

Margaritas para Lucía

LORENA DONCEL



SINOPSIS

Lucía esta en el mejor momento de su vida, diseñadora de interiores y con un amplio abanico de “machotes” a su espalda, lo último que desea es reencontrarse con su pasado... Pero claro solo falta que lo desees para que suceda lo contrario. Y cómo el propio dicho dice: ¿No quieres sopa? ¡Toma dos tazas! O tres...

Y aparece un hombre... El hombre que cambió su vida por completo y que a base de decepciones la convirtió de niña a mujer, pero del que nunca obtuvo sus ansiadas margaritas. Y mientras lucha consigo misma para no volver a caer en sus redes, a su vida llegará en el momento menos indicado algo contra lo que no podrá lidiar. Alguien que hará que ese cuento mágico que le contaban de pequeña tome forma; aunque no pueda alcanzar su final feliz...

Risas, pasión, amores “no convencionales”, amistades a ferreas y un cóctel de emociones que harán que no podáis dejar de leer.

Déjate envolver por la pasión y la locura de Lucía ...

¿Hola? ¿Dónde están mis margaritas?

1ª Edición: julio 2015

©2015 by Lorena Doncel

©2015, de la presente edición en castellano para todo el mundo:

Ediciones Coral

www.edicionescoral.com

Depósito legal: B.11111-2015

ISBN EPUB:

Diseño de cubierta: ©Nune Martínez

Fotografías de cubierta:©Depositphotos

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

MARGARITAS PARA LUCÍA

LORENA DONCEL

*Al primer amor se le quiere más,
a los otros se les quiere mejor.*

Antoine de Saint -Exupéry

CAPÍTULO 1

Reencuentro...

A día de hoy aún recuerdo las largas tardes de risas y bromas con él. También cuando me recogía en casa con su moto, e incluso de cómo me miraba. Era como si yo fuera para él la luz que iluminaba sus días.

—Éramos unos niños ¡sí! Pero el primer amor se vive diferente, se vive como si te fuera la vida en ello. ¿Sabes lo que te digo no? —pregunté mientras me mordisqueaba las uñas.

Beca asintió y me miro con devoción. Como mi fiel amiga que es.

—Es como que me faltaba el aire, cada vez que lo veía, cuando me dejaba en la puerta de mi casa y me besaba, el mundo se detenía, no había nada más, solo él y yo. Aún no entiendo cómo se torcieron las cosas, en verdad no sé quién tuvo la culpa, las peleas, los desplantes, los reproches... Todavía duele recordarlo, después de cinco años reencontrarme con él ha sido como... No se Beca, cuando lo he vuelto a ver, el mundo se ha parado. —Ella me miró con los ojos muy abiertos.

—¿No me lo estarás diciéndolo en serio?

—No que va... —me reí sarcásticamente.

—Que embustera tía, en serio, no me lo puedo creer —dijo levantándose de un salto del sofá—. ¡Es que es muy fuerte!

—A ver, solo ha sido, no sé... —dije dando un suspiro.

—¡Tú y tus no sabes! —repuso nerviosa mientras caminaba de un lado a otro—. Como se entere tu hermano...

—Por muy enfadada que estés, intenta calmarte y sobre todo no le digas nada a Marc—. Mi voz se apagó.

—¡No diré nada! Y que conste que no lo estoy pero no quiero que te vuelva a destrozar Lucía, él es dañino ¿lo sabes verdad?

—Sí, no lo volveré a ver más, ¡ni siquiera nos hemos intercambiado los teléfonos!

—Ya bueno, sabes cómo es, conociéndole te buscará e intentara acercarse a ti como antes ¿o ya no te acuerdas? —dijo muy sarcástica ella.

—Lo conozco muy bien, pero esta vez será diferente, ahora sé lo que quiero y cómo lo quiero. —Contesté muy segura de mi misma intentando ocultar lo confundida que me sentía en ese momento. Rubén, mi Rubén. El mismo chico del que me enamoré siendo una niña y tan mal me lo hizo pasar. Cerré los ojos con fuerza intentando borrar de mi mente los recuerdos tistes y bochornosos que me hizo vivir.

—Bueno, ya me conozco yo tus monólogos de súper woman; pero sé que estás hecha una mierda, sé que estás confusa de verlo, siempre ha sido tan guapo y tu punto débil. Ya no te acuerdas todo lo que te ¡jodió! Porque yo ¡sí! Lucía me acuerdo de cuando te dejo tirada en el barrio de Saint Martí, de madrugada —dijo más alto de la cuenta acercándose a mí como una fiera.

—No recuerdas de cuándo te ridiculizaba delante de toda la familia y amigos.

—Ah no, espera... —se hizo el silencio—. No sigas por ahí, ¡no lo digas! —grité encarándome con ella, aunque no me sirviera de mucho—. No te atrevas.

—¿Por qué no? Lucía, recuerda lo que te hacía cuando regresabais de alguna discoteca, él iba como las motos y te obligaba Lucía ¡por el amor de Dios!

—Vale ya —contesté con los ojos anegados en lágrimas. No pienso llorar,

me dije mentalmente. Me senté en el sofá, crucé los brazos a la altura de mi pecho y miré hacia otro lado—. No hace falta ser grosera ¿sabes? No sé para qué te cuento nada tía, eres una...

—¿Una qué? —se carcajeó de mí.

—Una borde, eso es lo que eres, y encima ¿te ríes?

—Venga va tía ¿qué quieres que te diga? Venga ¿cenamos y unas copas?

—Sí. ¡Vamos va! —me incorporé y recogí mis cosas.

Mientras caminábamos en silencio calle abajo las dos íbamos distraídas. Yo intentando recordar todo lo malo que me hizo, cosa que no conseguía y a día de hoy aún no sé por qué. Y Beca, como siempre muy preocupada. Lo cierto era que me hacían sentir como a una niña tanto mi hermano como ella.

—Bueno Lucy, no quiero que discutamos más —me paré en seco y la miré a los ojos.

—Ni yo —le contesté.

—¿Sabes que te quiero verdad Lucy? Sabes que para mí eres más que mi mejor amiga, mi otra mitad, mi alma gemela.

—Lo sé Beca y yo te quiero igual, pero tenéis que dejarme mi espacio —le di un leve toque en el hombro—. Si me equivoco lo hago yo, entiende que necesito hacer lo que quiero y ahora me sentiría mejor si dejáramos el tema.

—Está bien. Ahora no te pongas melodramática, cerdi que eres una cerdi.

—Calla ya y paga unas copas. Y no disimules que ya sé que eres una mala pécora.

Al entrar en el bar, noté las miradas puestas en nosotras, como siempre que iba con Beca, todos los ojos se posaban en ella. Alta, rubia, de ojos azules y curvas espectaculares, por no hablar de lo provocativa que iba

siempre. Lo cierto es que es preciosa, por eso la odio con toda mi alma, dejando a un lado el asco que le tengo a la guarriperrri, esa diosa griega es mi amiga. ¡Ojo! Que la adoro con toda mi alma.

A su lado yo. No es que fuera poca cosa ni un orco pero en comparación...Yo tenía el pelo marrón y unos ojos verde lechuga de lo más normalitos, lo que viene siendo el verde de toda la vida ¡vamos! Encima y para rematar ni alta ni baja si no medida estándar y delgada, demasiado para mi gusto. No cogía peso por culpa del estrés producido por el trabajo y mi exigencia a la hora de él. Eso sí, tenía una buena delantera ¡si señor! Dos tetas como dos carretas, como decía el dicho. Puse los ojos en blanco, nada más ver cientos de miradas puestas en nosotras, bueno más bien en Beca.

—¿Qué te pasa ahora? —dijo Beca exasperada.

—Mmm... Nada, solo que todos te miran.

—No nena, puntualicemos, todos nooooo miran.

—Sí claro —dije levantando mi mano en señal de indiferencia y caminando hacia la mesa.

Nos sentamos al fondo y pedimos lo de siempre. Beca una ensalada César y sepias a la plancha, como soy una gula y quería verla sufrir un poquito nada más, me pedí un plato combinado de patatas, huevo y hamburguesa. ¡Vaya lo que es un número cinco en toda regla!

—Qué suerte tienes zorra esquelética del infierno —dijo muerta de la risa por ver mis ojos abiertos como platos—. Puedes comer lo que quieras y siempre estas perfecta ¡puagggg! —gritó asustando a los de la mesa del al lado y a mí. Más no me podía reír con ella, es qué no hacía una derecha, era constante una tras otra...No tenía vergüenza ni complejos, hacía y decía lo que le apetecía, si te gustaba bien y si no como decía ella ¡A mí plin!

—Bueno al menos algo tendré que tener bueno ¿no? —le enseñé mi dedo corazón.

—No. Me das asco —se rió como una hiena, con esa risa maligna que tiene mi cerdi. Mientras que yo negaba con la cabeza.

Mientras comíamos Beca me narró su intenso día y los pormenores con Andrés su actual novio del cual estaba cansada y pero no sabía cómo quitárselo de encima y darle puerta. Al final me preguntó lo que estaba muerta por escuchar y yo por decirle. Para qué negarlo, me moría por contárselo.

—Bueno cotorrita mía... —dijo al tiempo que chasqueaba la lengua—. Venga cuéntamelo, te mueres por decírmelo todo.

—Sí ¡y tú por escucharlo! —sonreí malvadamente para hacerla sufrir.

Me puse a relatar mi encuentro con Rubén bajo la atenta mirada de Beca.

—Estaba en la hora de la comida, había ido al gym y salía tarde como de costumbre e iba corriendo. De repente me sonó el teléfono mientras esquivaba a varias personas que transitaban tranquilamente. Dicho sea de paso, odio con toda mi alma ir con prisa ¡máxima! y encontrarme con gente que no tiene ninguna, iban por la calle como si estuvieran en la procesión de la Virgen del Carmen creando una caravana de personas.

—¡Lucía! No desvaríes y raja lo que quiero oír —me cortó Beca con una sonrisa en la cara, a ella le encantaban mis desvaríos.

—Bueno a lo que voy. Y de repente ¡pum! Nena un ostión que me di contra dos chicos que salían de un bar, cayéndome al suelo espatarrada con las piernas en alto, cual cucaracha luchando por mi dignidad. Solo pude ver como mi móvil volaba por los aires al igual que mi café junto con mi vergüenza y mi saber estar. Y de repente esa voz...y te juro que si hubiese habido un agujero negro de esos inmensos habría ¡reptado a él! Deja de reírte ¡tía! Estamos hablando de mi dignidad perdida ¿sabes? —La muy petarda no dejaba de reírse a pleno pulmón delante de mí...—. Entonces, como te decía, escuche esa voz...

—¿Lucía eres tú?

—En ese momento casi me da un soponcio. Te lo juro Beca ¡qué mal! Solo podía negar con la cabeza, tapándome los ojos con las manos, para que no me viera.

—¿Lucía estás bien? —dijo sorprendido, mientras que yo seguía en el suelo.

—¿A ti que te parece Rubén? — dije sarcásticamente—. Tomando la fresca no estoy. ¿Me ayudas? Perdona por arrollarte —torcí mi boca en un gesto de arrepentimiento, mientras me recomponía la falda.

—No pasa nada. ¡Vaya! No me creo que te tenga delante —sonrió feliz por verme y aprecié cómo le temblaban las manos por los nervios.

—¿A dónde vas tan deprisa mujer?

—Al trabajo que llego tarde —miré mi reloj fingiendo cara de espanto, me moría por salir corriendo y no verlo nunca más.

—¿Has comido?

—Mmm...No... vengo del gym.

—Encima te he tirado el café y... ¡ahora tendré que invitarte a uno!

—Gracias Rubén pero no puedo, llego tarde —me disculpé.

—¡Vamos Lucía! Será solo un café. Llama y di que te retrasas.

Su voz sonó tranquilizadora. El muy cabrito me puso morritos y movió su cabeza de lado al tiempo que sonreía como un canalla. En ese momento me rendí a sus encantos que para mí siempre habían resultado hipnóticos. Joder que bueno está. Mi cuerpo acababa de entrar en combustión espontánea.

—Joder que cruz— me quejé bajito—. Está bien, pero solo porque te he atropellado.

Tiró suavemente de mi brazo hasta que reaccioné y di un paso adelante.

Acto seguido posó su mano en mi espalda y me animó a caminar ya que mi cuerpo seguía estático. Habló con el hombre que lo acompañaba durante unos segundos mientras yo estaba a su lado. Solo sentía su mano en mi espalda y un calor... ¿cómo lo diría? ¡un calor de toda la vida! Tras ese segundo abrió la puerta del bar.

—Después de usted.

—¡Oooh, que caballeroso!

Lo mire con recelo y él me devolvió una mirada cómplice que paseó, de mis caderas a mi cara, sin un ápice de vergüenza. Pidió dos cafés, uno solo y otro con una mancha de leche y dos de azúcar. Tal y como a mí me gustaba. Cosa que me dejó de una pieza. Nunca pensé que se acordara. Mientras nos lo tomábamos me contó un poco de su vida. Habló de su ascenso en la empresa y no sé cuántas cosas más... a decir verdad no le prestaba atención por los nervios, la caída y el encuentro.

—Estás guapísima Lucía —su voz sonó ronca y exageradamente excitante, tanto que conectó con mi entrepierna directamente.

—Bueno, no estoy mal para estar saliendo del gym y acabar esparramada en plena calle del centro de Barcelona —fingí cara de disgusto y después una sonrisa coqueta.

—¿Qué narices llevabas puesto tía? —chilló Beca como una loca en medio del bar.

—¿Y eso?, ¿para qué quieres saberlo?

—¡Es obvio nena! Conociéndote...—hizo un mohín de disgusto.

—¡Oye! pues lo normal para venir de trabajar y del gimnasio.

—Vaya, que ibas disfrazada ¿no? —dijo riéndose de mí.

—No coño. Que repelente eres, o te callas o no te cuento nada más.

—¡Sí sí! Pero dime cómo ibas.

—A ver Beca; una falda de tubo por encima de las rodillas, gris oscura, con una blusa entallada blanca y un moño alto. —Dije desganada dejando escapar el aire de mis pulmones.

—¿Y qué zapatos?

—¡Joder Beca! Que pesada eres. —Arrugué la nariz mientras que con la mano apretaba furiosa el tenedor—. A ver, unos Estilettos negros. ¡Beca por Dios! —me reí de ella y de sus preguntas—. Eres un caso —le dije mientras me llevaba la copa a los labios, el vino ya me estaba rondando la cabeza pero continué...—Notaba como él me miraba la boca, los ojos, el pelo, vaya que me hizo un escáner completo. Me preguntó por la familia, el trabajo...lo normal. Después intenté despedirme educadamente pero me retuvo.

—No te vayas Lucía, hace cinco años que no nos vemos ¿no te interesa saber de mí?

—Sinceramente Rubén no me interesa <claro que me importa y mucho>.

—¿Tienes novio? ¿Te ves con alguien? —soltó a bocajarro como si por decir las palabras rápidas perdieran la importancia.

—Ehhhh,, ¿a ti qué más te da Rubén?

—Respóndeme —posó una mano en mi rodilla y apretó levemente.

—No tengo novio —solté de sopetón al tiempo que sonreí forzosamente. No me gustaba el Rubén preguntón malintencionado que llevaba dentro.

—Pero hay alguien ¿no?

Me puse rígida, torcí mi cabeza mirándolo directamente a los ojos y contesté muy rotunda, quería que le quedara muy claro.

—Sí... sí que hay alguien Rubén.

Sus ojos verdes se oscurecieron y vi cómo apretaba la mandíbula marcando perfectamente su mentón cuadrado y perfecto. Mataba por

mordérselo y darme un festín con él.

—En serio —expresó con sequedad, manteniendo su postura de defensa. Ahora es cuando todo cambia y salta por peteneras liando alguna de las tuyas, pero, para mi sorpresa relajó su expresión y sonrió—. Entonces... ¿qué?

—Preguntas demasiadas C O S A S —remarqué todas las letras dándole a entender que me estaba empezando a molestar. Conocía su mirada y esa precisamente era de enfado, la intentó ocultar pero a mí no se me escapaba nada de él—. Sí, tengo amigos lo normal para una chica soltera de mi edad

Mi tono era cortante y ya estaba nerviosa por irme y olvidar que lo había visto. En un principio me gustó la idea pero al volver a ver su verdadero yo, solo quería correr.

—¡Soltera y guapa! —sonrió mostrando sus dientes perfectos.

—Gracias, Rubén —contesté sosegadamente.

—Lucía ¿me darías tu teléfono y nos vemos una tarde? —sus ojos brillaron pero no podía ocultar su nerviosismo, su pierna derecha temblaba sin parar. Bueno, al menos no era yo la única nerviosa.

—No. Mejor que no —le corté.

—Vaya, no esperaba esa respuesta. Yo solo quería salir un día a cenar y tomar algo, como dos viejos amigos, ya sabes... —Ese “ya sabes” no me gustaba un pelo. Decía más de lo que pretendía.

—Ya veo. Pues te vas a quedar con las ganas. Ahora me toca preguntar a mí, ¿qué hay de ti? ¿estás con alguien?

Cuando hice la pregunta sentí un nudo en la garganta y una opresión en el pecho, esperaba un NO rotundo por su parte.

—Ahora mismo no.

—Aaah —dije dejando ir el aire de mis pulmones. Él sonreía divertido al ver mis expresiones y jugueteaba con el sobre del azúcar, mientras que yo miraba mi reloj en un acto nervioso.

—Hace poco que estoy soltero —dijo escondiendo una expresión de pícaro.

—Vaya. Lo siento —dije con fingida tristeza. Era una mentira como una catedral de grande pero qué otra cosa se podía decir.

—Pues yo no lo siento. Al contrario, me siento aliviado, vivo y feliz.

Fruncí el ceño sorprendida. Era el típico chico que necesitaba tener pareja no importaba ni siquiera si le gustaba o no, simplemente tener a alguien.

—Yo pensaba que...

—No. Era ¿cómo diría?... —hizo el silencio mientras buscaba las palabras—...un rollo que se alargó demasiado.

—¡Ostras! Espero que eso no lo dijeras de mí también.

—¡Quéeee! —exclamó al tiempo que dio un respingo—. ¿Qué dices? Tú eras mi novia Lucía. Lo pasé muy mal cuando me dejaste, me costó mucho superarlo. Nosotros estábamos hechos el uno para el otro. ¡Yo estaba muy enamorado de ti! —sonrió mientras acariciaba con ternura mi mejilla—. Imagínate, mis padres llegaron a comprarme un perro.

—Sí, lo sé —sonreí con una pizca de tristeza—, me llamaste ese día para contármelo. Pero bueno, de eso hace mucho —mostré una sonrisa serena y oculte el dolor que me producían esos recuerdos.

—Ya, lo pasado pasado está. Aunque ahora te tengo aquí delante y parece que no hubiese transcurrido el tiempo.

—Pues de eso hace cinco largos años.

El silencio se hizo patente entre los dos (y yo odio los silencios agónicos en los que quieres decir mucho y no dices nada). Así que sacando mi lado

más sociable le dije sin apenas resentimiento.

—Bueno Rubén, me alegro de haberte visto y saber que todo te haya ido bien.

—No te vayas —me cortó posicionándose delante de mí.

—Sí, me tengo que ir. Da recuerdos a tu familia.

Me puse de pie e intenté dar un paso, pero me cogió del brazo a la altura del codo girándome en su dirección y se abalanzó contra mí.

—¿Te vas sin darme un beso? —puso su voz melosa y se acercó un poco más a mí. Entre los dos ya no quedaba espacio. Mi cordura tenía límites y él los estaba traspasando. Saqué fuerzas y volví a despedirme. Me puse de puntillas y apoye mis manos en sus hombros, sonreí mirándole a los ojos y le di dos besos. Si quería jugar jugaríamos. Ahora se me daba bastante bien. Con mi dulce voz ronca y un aleteo de pestañas, al más puro estilo zorrasca, susurré:

—Que te vaya bien Rubén. Si llego a saber que te pondrías así de guapo no te habría dejado.

Beca no lograba cerrar la boca del asombro...

—Tras esas palabras y el guiño de ojo que salió solo me di la vuelta y emprendí la retirada. Me alejé de él con paso firme y seguro. Antes de abrir la puerta del bar giré para volver a verlo. Seguía ahí, estático, con una sonrisa infernal mientras que me devoraba con la mirada. Y solo pude decirle un adiós bastante soso. Él contestó igual que yo pero con esa sonrisa de malo que me volvía loca.

—¿Así? ¡Ya está! — exclamó Beca, disgustada.

—Sí. Ya está. ¿Qué más quieres?

—No sé, me pensaba que habíais fornicado como conejos.

—¡Anda sí hombre! Lo que me faltaba —me reí algo borrachuza ya.

—Pues no se tía, yo de ti me lo tiraba y después lo dejaba como la mierda que es.

—No. Eso no lo puedo hacer... ¡eso no está bonito! —dije abriendo los ojos y partiéndome de risa—. Eres mala cuki y un poco lagarta ¿lo sabes no?

—¿Por qué no? Tú eres una súper woman o más bien una súper guarri —dijo Beca entre carcajadas malvadas.

—Claro que sí pero no con él, está claro que derriba mis defensas —dije aceptando la verdad—. ¡Ojalá pudiera! —sujetando mi última copa mire el color del vino y entre varios pensamientos me dije a mi misma (tal vez nosotros...). No, no. Moví mi cabeza borrando esa mala idea. Enseguida volví en sí bajo la atenta mirada de Beca.

—Él te baja las bragas nena, no las barreras ni las defensas... admítelo.

—¡Eres una fresca! —le guiñé un ojo pícaro—. Bueno ¿y tú con Andrés qué tal?

—Bien, sin nada nuevo que contar. Igual que hace cinco minutos.

Su tono fue como siempre, pero su expresión y sus gestos me hicieron sospechar que algo no andaba bien. Ya me lo contaría cuando tuviera ganas. A Beca era mejor no presionarla o se cerraba como una ostra y no le podías sacar nada.

Andrés y Beca llevaban ya dos años juntos. Él no quería compromiso serio, pero se podía decir que vivían juntos. Es médico en un hospital de Barcelona al cual dedica casi todo su tiempo excepto cuando descansaba que se lo dedica a Beca por completo. Tiene nueve años más que ella, pero no se notaba en el físico precisamente. Es un hombre responsable, sensato y bastante serio, todo lo contrario que Beca.

—Por cierto ¿salimos mañana? Me han comentado que abren una discoteca nueva —dijo con la mirada perdida, yo sabía que el tema de Andrés le ponía de mal cuerpo.

—No me apetece mucho. Por no decir que nada.

—¡Por favor! Anda... anda. Estaremos prontito en casa, además vendrá Katy —dijo juntando sus manitas de muñeca, y venga, ya me había ganado la guarri.

—Está bien... Pero solo lo hago por no escucharte. ¡Katy que alegría! Hace meses que no la vemos ¿dónde está ahora?

—En Estambul, pero no te emociones mucho que en dos días se va a Roma otra vez.

Katy era una de mis mejores amigas, tanto como Beca. Por motivos de trabajo ya no la veíamos casi nunca, por no decir ¡nunca! Disfrutaba de su trabajo, organizadora de eventos de una sede de museos a nivel internacional, ese era el motivo de sus largos viajes. Estaba muy satisfecha pero ya no tenía vida social.

—Yyyyy... Lucía...—dijo algo tímida. Hasta se le subieron los colores, yo ya conocía esa cara—. ¿Cómo le va a tu hermano por Madrid?

—Beca... Ya sabes que...

—Si lo sé. Pero no va por ahí el temita ¡lista!

—¿A no? —levanté las cejas y apreté los labios en un mohín de incredulidad.

—No Lucy. Eso se acabó hace mucho, solo me gustaría saber qué tal está. ¡No busques donde no hay! Porque eso me cabrea. No te voy a negar que Marc siempre será mi Marc pero...no van por ahí las cosas.

—Le va genial Beca. Está trabajando duro, y le va muy bien. Además está soltero como ya te puedes imaginar. —Beca me miró con cara de satisfacción. ¡En fin como siempre!—. Oye ya que yo saldré mañana con vosotras tú el lunes podrías venirte conmigo al gimnasio.

—¡Ni lo sueñes! Ni muerta voy a ir, me niego, no —movió enérgicamente su cabeza negándomelo de nuevo.

—Por mucha dieta que hagas si no vas al gym... Venga nena te vendrá genial, quemarás toxinas y sacarás de ti esa mala leche... Anda... va.... Porfa —rogué como me hacía ella.

—¡Que no! Joder pídemme otra cosa.

—Está bien no te pongas así, no sé qué trauma tienes con los gimnasios. No entiendo que seas incapaz de hacer veinte minutos en la cinta y después te tires horas dando putivuelitas en una discoteca! —me reí de ella.

—¿Putivuelitas? —dijo muerta de la risa.

—Eso que haces siempre, dar vueltecitas —no había duda, al ver que cómo nos reímos las dos, entendí que ya íbamos bastante perjudicadas—. Bueno ya que no quieres venir te quedarás con las ganas de conocer al buenorro de Cristian.

—Bueno siempre le puedes dar mi teléfono —dijo con cara de buscona. Al tiempo que yo le enseñaba el dedo corazón mandándole un beso.

Después de cenar y tomarnos unas copas en la coctelería del centro de Barcelona, Beca me dejó en casa. Estaba algo mareada por no decir bastante borracha. Me despedí de ella lanzándole besos al aire como si de una actriz torturada se tratase. Levanté mis brazos y dando vueltas sobre mí misma me di cuenta que todavía llevaba un vaso de plástico en la mano, un mojito. La camisa negra que llevaba se subió enseñando mi barriga mientras yo seguía dando vueltas feliz, borracha y tremendamente ilusionada tras varios litros del alcohol corriendo por mis venas. Por fin Beca y yo habíamos tenido una conversación acerca de Rubén como dos personas civilizadas.

—¡Nada ni nadie me para! Me comeré el mundo —dije dando gritos de loca en plena calle a las tantas de la madrugada. Miré al cielo y sonreí. Esa noche estaba lleno de estrellas.

Mientras daba pequeños sorbos me tambaleé sobre mis zapatos de tacón y opté por descalzarme. Cogí los zapatos en mi mano junto con mi chaqueta

tejana y mi bolso. A esto le sumas el vaso y una cogorza importante ¡Woooo! Desastre al canto. Di varios saltitos con mis pies descalzos sobre la acera y noté que algo me pasaba... me estaba quedando sorda perdida, o tal vez fuera el alcohol que corría a raudales por mi cuerpecito zalamero, pero lo cierto era que no me escuchaba a mí misma. Eso sí, sentía ganas de cantar a pleno pulmón. Centrada en mantener el equilibrio y con las manos ocupadas por miles de cosas que a esas alturas no tenía ni idea de donde las había sacado, empezó mi lucha por encontrar las llaves dentro de ese maldito bolso enano, y casi muero cuando escuché esa voz...

—Buenas noches.

Miré en todas las direcciones posibles sin ver absolutamente nada. Volví a fijar mi mirada y la estampa que tenía delante me mató y fulminó al mismo tiempo. Como diría mi Beca “muerta moría me quedé”. Maldito Rubén y el gesto de diversión que tenía en la cara. Encima, por qué no decirlo, estaba tremendamente guapo apoyado en el portal con un pie y los brazos cruzados sobre su pecho.

—¿Qué haces tú aquí? —Solté de repente.

—Venía a verte —me contestó con indiferencia.

—¿Cómo sabes dónde vivo?

—¡Hola, buenas noches Rubén! Es lo típico que se dice Lucía. ¿Vas borracha? —al mamón se le escapó la risa.

—Yooooo... —me señalé a mí misma— hip... ¡No que va! —Mierda ahora tengo hipo.

—Vaya, no recordaba que te gustara andar descalza y cantar en la calle, con los zapatos en la mano y semidesnuda.

—A ver... yo he cambiado mucho —me puse seria. No me gustaba que él me viera en esa tesitura habiendo perdido mi dignidad esta mañana al arrollarlo.

—¡Ya veo ya!

Saqué las llaves y me dirigí hacia la puerta intentando esquivar todo contacto visual.

—Buenas Rubén, buenas noches —me estaba dando un sofoco de verlo tan jodidamente sexy.

—¿Ni siquiera me vas a invitarme a subir? —su tono bajó un octavo sonando increíblemente caliente.

—¿Yo? ¡Ni loca! —Volví a darle un sorbito a mi mojito y pasándole el vaso, busqué mis llaves.

—Pero ¿por qué no?

—Porque no, hip hip. No sé qué haces aquí. Y por último no quiero que subasss. ¡Mierda! ¿Esta puerta tiene dos cerraduras?, ¿desde cuándo? — Joder qué peo llevaba.

—Bueno Lucy siento molestarte. Esperaré a que entres y me iré —perdió toda su chulería y sí, me ablandó, pero solo un poquito.

—¡Está bien! —dije mientras empujaba la dichosa puerta que no abría.

—Lucía, nena... Si no giras la llave la puerta no se abre —el pobre se aguantaba la risa por el respeto que en ese momento yo ya no merecía y opté por lanzarme contra la puerta como un toro de miura. Lo mire con una pizca de odio mezclado con vergüenza y girando la maldita llave, con el porte de una reina, e intentando lanzarle unos rayos con mis ojos y achichárralo vivo, pero los rayos no salieron como yo los visualizaba.

Los dos mantuvimos la mirada durante unos segundos que me parecieron eternos. Cuando me di cuenta lo tenía sobre mí. Su boca peleaba con la mía como dos desesperados, mientras que con una mano me retenía del pelo, sin llegar hacerme daño, pero notando su fuerza y claro está eso era lo que me volvía loca de él. Apretó mis labios con sus dientes mientras los succionaba.

Mis manos fueron directas a su pelo el cual mantenía corto por los lados y algo más largo arriba. Mis dedos se enredaron en él mientras entraba a trompicones conmigo encima. La mano que tenía apoyada en mi espalda descendió, hasta ponerse en mi pierna, de un tirón la subió hasta su cadera y me impulsó hacia arriba logrando que mis piernas se enlazaran a él. Seguía besándome como si estuviera hambriento de mí, nuestras respiraciones eran rápidas y fuertes pero iban al compás. Mis brazos se enrollaron en su cuello y esta vez fui yo la que dirigió el beso.

Empotrada como estaba en la pared, sentí que una de sus manos subía hasta mi pecho, rugí de placer cuando noté su mano apretándome, como siempre rudo, el muy cabrito conocía mi cuerpo, me estaba volviendo loca y lo sabía. Podrá sonar raro y hasta mal pero que fuera tan varonil me quemaba a fuego lento...Lucía recapacita por Dios, dije para mis adentros.

—No... no, esto no puede ser. Debemos parar Rubén —las palabras salieron a borbotones de mi boca. Estaba muy excitada y frustrada, quería tirármelo pero no podía...jodido karma.

—¿El qué cielo? —dijo sin enterarse de nada, perdido en mí... mientras apretaba su erección más que dura contra mi sexo provocándome gemidos desde lo más profundo de mi ser.

—Nosotros...no, no... —me separé de él apartándolo—. Rubén voy borracha y esto no queda bonito... —me reí por la santa estupidez que acababa de decir...de dónde narices había salido eso.

—¿Por qué no? —me miró sorprendido—. Somos tú y yo Lucy. Claro que está bien cielo. ¡Eres el amor de mi vida! Es perfecto, así es como tiene que ser. Te he echado tanto de menos.

Maldito mamón del infierno, se me han caído las bragas al suelo.

—No... ¡No! —volví a repetir mirándolo directamente a los ojos.

—¿No qué? —dijo viniendo hacia mí como un tren de mercancías. Guapísimo como siempre, y yo tan tonta como de costumbre. Esta vez no

podía caer, tenía que ser yo la que dirigiera la situación y tenerlo en mi terreno.

—¡Para ahí pirata! —alcé mis manos para poner distancia entre ambos.

—Está bien Lucía, déjame quedarme contigo un rato. Prometo no besarte y no acercarme más de lo necesario. Yo solo quiero estar un rato contigo —su voz sonó tan sincera y su gesto era de derrota absoluta. Por fin había ganado yo.

—¡Es que no está bien Rubén! Esto no tiene *charm*.

—¡Pero que pija eres Lucy, no cambias! —los dos nos reímos como dos tortolitos en el portal de mi casa—. Solo quiero estar contigo un rato, prometo no molestarte y en el momento que tú quieras me marcharé.

Después de esas palabras quién era la bonita que se negaba. Estando frente a esos ojos, esos labios y la postura de macho alfa, sumado a lo que yo sabía que tenía debajo de esos pantalones y esa camiseta <ñam ñam>. Estaba para comérselo. Me cago en to, me regañe yo misma por facilona.

—Está bien, pero entre tú y yo quiero un metro de distancia.

Entramos en mi precioso piso que tanto esfuerzo me había costado y esperé su reacción.

—¡Guau! Es realmente impresionante. ¿Todo lo has hecho tú? —asentí nerviosa y avergonzada a la vez.

Mi vivienda tenía un concepto abierto, en colores muy neutros. A mi derecha un sofá en forma de luna en un tono lila, que le daba a todo un ligero toque de color. Los muebles eran bajos y blancos. En el centro una mesa enorme con las sillas de forja negras y el respaldo estrecho. Junto al sofá una alfombra negra que cubría toda la estancia. Una chimenea antigua que otorgaba al salón un toque muy chic y finalmente unas puertas francesas de cristales opacos, que invitaban a salir a la terraza.

—¿Qué te parece? —pregunté interesada.

—Es increíble.... Siempre supe que serías muy buena en tu trabajo y a la vista está, es una pasada Lucy.

—Si quieres mírala tú mismo mientras yo voy a ponerme cómoda.

—Claro, estás en tu casa, ve te espero aquí.

Fui a mi habitación, cogí mi pijama del vestidor y entré al baño a cambiarme. El pantalón del pijama era gris a conjunto con la camiseta, que a decir verdad era bastante escotada. Me recogí la melena en una cola alta (nota mental, cortarme el pelo ya). Madre mía tenía el pelo casi por debajo de la cintura, cuando me vea mi peluquero se va a llevar una sorpresa. Hace casi un año que no paso por la peluquería.

Una vez lista me calcé mis zapatillas negras de andar por casa y por fin fui feliz. Los zapatos son la perdición de las mujeres pero también un suplicio.

Salí al comedor algo más tranquila. El alcohol estaba perdiendo su efecto y por suerte ya era algo más persona.

—¿Te apetece tomar algo? —pregunté divertida por ver a Rubén casi haciendo el pino para ver los cuadros del salón.

—Oye ¿tienes los cuadros puestos al revés?

—¡Qué dices! —me burlé—. Son así Rubén, son arte abstracto.

—¡Jo pues son muy raros!

Me encogí de hombros mientras ponía algo de música para amenizar el ambiente.

—¿Qué pones, Malú? —giré y lo miré frunciendo el ceño.

—¿Cómo lo sabes?

Dio dos pasos hacia mí, con las manos en los bolsillos y se paró en seco, torció la cabeza a un lado y apretó sus labios hasta que formaron una línea

recta.

—Tres años son suficientes para conocer a una persona, ¿no crees? —mi cara era un poema, esa faceta de Rubén no la conocía—¿Te cuesta creer que me acuerde de cómo te gusta el café, de tu música favorita o de que las rosas te encantan? —En casi todo tenía razón, pero las rosas no me gustaban en absoluto. Volví a girarme y sin prestarle demasiada atención acabé de poner la música.

—¿Qué quieres tomar?

—Lo que tú tomes Lucy.

—Yo tomaré vino.

—Si es blanco, mejor.

—Sí. ¿Te apetece picar algo?

—Pues ahora que lo dices tengo algo de hambre —dijo tocándose el estómago por debajo de la camiseta enseñándome a traición ese vientre plano, marcado y perfecto. Giré sobre mis talones poniendo los ojos en blanco. Él entró en la cocina detrás de mí sentándose en la barra americana.

—¿Sabes qué?

—No, dime —contesté mientras rebuscaba en la nevera.

—Mataría por uno de tus bocadillos vegetales —siempre le habían encantado, otro detalle que recordaba de nuestra relación.

—¿Quieres uno? Tengo de todo para hacerlos —abrí la nevera y saqué varios de los ingredientes—. ¡Mira! ¿Te apetece o no? Yo también tengo hambre.

—¡Ostras sí! Qué bueno. Dime ¿dónde está el vino?

—En el botellero que hay en la despensa.

—No me lo has enseñado —dijo entrando en ella. El mamón se movía como pez en el agua.

Suspiré resignada intuyendo que volvía a entrar en mi vida, me gustara o no, volvía a estar dentro.

*Por qué si te quiero, te alejas
y si me alejo, te acercas.*

Santiago Alonso.

CAPÍTULO 2

Amigos por una noche...

Tenía la cena lista, estaba intentando sacar las copas del armario cuando sentí su cuerpo detrás de mí y su aliento cálido me acarició la piel como si de una caricia se tratase.

—¿Las bajo yo? —pasó su brazo por mi cintura y subió lentamente hasta el armario sin apenas rozarme, mientras yo contenía el aliento. Su tacto me producía una extraña sensación.

—Sí, por favor — le contesté en un susurro. Estaba ensimismada cuando escuché de fondo la melodía de mi teléfono—. Ahora vengo. —Dios, era Salva, un amigo con el que tonteaba más de la cuenta. ¡Y quería verme!

—No, hoy no me va bien. Ya te llamo yo y nos organizamos —dije dándole largas y colgando el teléfono—. Pesadooo...

Al darme la vuelta ahí estaba Rubén con dos copas en una mano y la botella de vino en la otra.

—¿Dónde nos ponemos? —sonrió tímidamente.

—La noche está preciosa ¿quieres que salgamos a la terraza? —estaba atacada de los nervios, Rubén era tan intenso que perturbaba mi paz mental.

—¡Genial! —dijo mientras se dirigía al exterior.

Llevábamos un buen rato charlando entretenidamente de todo. El vino estaba haciendo su efecto y nos reíamos como dos tontos, dicho sea de paso yo no necesitaba mucho más.

—Estás preciosa cuando te ríes.

—¡A buenas horas te das cuenta! —parpadeó dos veces sorprendido. Yo estaba sentada como un indio fumándome un cigarro y él medio recostado en el sofá.

—Siempre he pensado que eres preciosa ¡siempre! —recalcó—. La chica más bonita que he visto nunca.

—¿Sí? ¿En serio? —no me lo podía creer, nunca en todo el tiempo que estuvimos juntos dijo algo parecido.

—Sí Lucy. Siempre... y todavía lo pienso. —Se sentó reposando los brazos sobre sus piernas y se inclinó un poco más cogiéndose la cabeza entre las manos. —No sabes cuántas veces me arrepentí de ser un capullo y un niño contigo. No te imaginas las noches que no he podido dormir preguntándome si eras feliz y si estabas bien. Nunca te he olvidado.

Yo lo miraba incrédula no quería creer lo que oía. Siempre había sido tan idiota que no daba crédito a lo que escuchaba.

—Todavía tengo tus fotos y un neceser que te dejaste en mi casa.

—¿Un neceser?

—Sí, rosa.

—¡Éramos unos niños! —no sabía qué decirle, esa pequeña confesión me había dejado K.O.

—¡Ya! Pero...joder, me porté fatal contigo. Sé que te hice daño y reconozco que te trataba muy mal.

—Bueno ya es pasado —dije restándole importancia.

Levantó la cabeza y en sus ojos pude ver arrepentimiento, creo que hasta celos...

—¿Me has perdonado? ¿lo has hecho de verdad?

Me quedé estática por un momento y con sinceridad le contesté:

—Sí, no te guardo rencor. Prefiero quedarme con los buenos momentos y olvidar los malos.

—Me alegra escuchar eso Lucía porque sin tu perdón... —se mordió el labio y cerro sus ojos—. ¡Eso me reconcomía!

Parecía aliviado como si le hubiera liberado de una gran carga.

—¿Sabes de qué me acuerdo? —sus ojos chispeaban alegres.

—A ver, de qué melón —dije al tiempo que suspiraba... miedo me daban a mí sus recuerdos.

—El día que nos vimos en la puerta del instituto después de haber estado juntos el sábado. En aquella discoteca donde nos besamos por primera vez, cuando te vi me abalancé sobre ti. —Noté como le subía un rubor por las mejillas pero con una mueca pícaro a la vez.

—Aaah, sí que me acuerdo —me reí, lo había visualizado mientras él lo explicaba.

—Estabas tan guapa con la melena corta... —involuntariamente me acaricie un mechón de mi pelo que caía distraído a la altura del hombro y enredé un dedo en él.

—¿No te gusta mi pelo largo? —dije sorprendida—. ¡Pero si es lo más!

—¡Sí! —exclamó divertido por mi reacción—. Claro, estás preciosa. Estarías preciosa hasta con el pelo verde.

—Eso ya me gusta más —le di un toquecito con la yema de mi dedo en la nariz.

—Me acuerdo de muchísimas cosas... me acuerdo de todo Lucía.

—Yo también —dije incorporándome bajo su atenta mirada. —¿Quieres más vino? —le mostré la botella vacía y, tambaleándome sobre mis pies,

volví a repetir—¿Quieres o no?

—No, mejor que no, o no poder mantener mi promesa de tener alejadas mis manos de ti —di un respingo y salí en dirección a la cocina <<huyendo como un cobarde>> mientras que mi mente enfermiza gritaba por decirle “tómalo, tuyo es y mío no, tómalo...”.

¡Oixxx! cuánto daño me había hecho salir con Beca de reguetón, << nunca mais>> como decía mi hermano.

—¡Aguaaaaaaa...! —grité desde la otra punta despavorida. Estaba tan guapo y tan hombre, nada que ver con el chico que fue. Cogí dos vasos y una botella de agua fresca y me encaminé a la terraza. Al salir me lo encontré en el balancín y no me quedó otra que sentarme a su lado—. Toma —le pasé un vaso.

—Gracias —dijo cogiendo el vaso y recostándose a mi lado. Pasó un brazo a mí alrededor apoyando su mano en mi hombro. Mi mente más perturbada que nunca le decía muy bajito <<la teta Rubén la teta>>.

—Lucy ¿te puedo preguntar una cosa?

—Claro —dije poniendo distancia entre los dos y regañando a mi mente perversa.

—No tienes novio ¿no? —negué veloz—. Pero sí te ves con alguien.

—¡Sí! Algún amante bandido tengo por ahí —Batí mis pestañas dulcemente haciéndome la interesante mientras mi subconsciente me gritaba <<mentirosaaa>>...

—Te puedo preguntar ¿con quién te ves?, ¿de qué lo conoces?, ¿sientes algo por él? —dijo alterado mientras se le oscurecía la mirada.

—A ver... no es que me vea con alguien fijo, sólo que...—le cambió la cara al escucharme y hasta pude oír el rechinar de sus dientes—. No me mires así, déjame que te lo explique —me reí al ver su cara descompuesta—. Me refiero que tengo amigos con los que salgo y si nos apetece, ya

sabes.

—¿Más de un amigo? —dijo sorprendido.

—Sí —volví a reírme por las caras que ponía—. Amigos con derecho... como diría Beca mis queridos follamigos. Estoy soltera y hago lo que me apetece.

—¡Vaya vaya! Sí que ha cambiado el cuento ¿no?

—Bueno he madurado, sé lo que quiero y lo que no quiero Rubén —contesté orgullosa de mí y de ese discurso de súper woman que me había salido redondo. <<Ole por mí>>.

—¿Qué es lo que no quieres? —se volvió a recostar mientras me inspeccionaba atento a todos mis gestos y movimientos.

—No quiero un novio. No quiero tener que dar explicaciones. No quiero un hombre en mi vida. —Su expresión era seria y pensativa. Estaba tan interesante que me lo hubiera comido enterito con patatas.

—¿Y qué es lo que quieres?

—Exactamente lo que tengo. Mi vida me encanta y soy muy feliz.

—Eso está bien —dijo mientras invadía mi espacio vital.

—¿Y qué hay de ti Rubén? —le sorprendí con esa pregunta antes de notar sus labios contra mi cara—. Recuerda tu promesa —dije con la respiración entrecortada.

—La recuerdo... —tras esas palabras volvió a besarme en la cara y después en la barbilla—. No se me olvida... —mordió suavemente en ella y deslizando una mano por mi cintura me sentó encima de él. Era rápido en sus movimientos. Mordió y beso mi cara simultáneamente, haciéndome estremecer. Sentí su aliento fresco en mi boca aunque mantenía la distancia oportuna para que solamente se rozaran nuestros labios.

—¿Quieres que te bese? —me quedé en silencio sin poder moverme—. Si

no respondes es que sí —afirmó.

—No, me conozco tus trucos de galán pomposo —lo señalé con el dedo, momento que él aprovechó para darme un mordisquito.

—Te voy a besar preciosa.

Dicho y hecho, cubrió mi boca por completo. Me tenía cogida de la nuca con determinación, los dos manteníamos los ojos abiertos mientras nos comíamos el uno al otro. Volvió a cogerme de la cintura apretándome contra su erección, la cual conocía muy bien. Me apreté contra ella deslizando mi cuerpo. Dejé que me besara como los dos queríamos, como deseábamos. Me cogió la cara con las manos y ralentizó el beso mirándome directamente a los ojos.

—¿Recuerdas las tardes que pasábamos en el sofá de mi casa besándonos? No conseguimos ver ninguna película completa —me cogió de la coleta y tiró suavemente para acceder a mi cuello, momento que aprovechó para lamerlo y lograr estremecerme entera. De inmediato sentí el endurecimiento de mis pezones. Acto seguido su lengua bajo despacio hasta perderse en mi canalillo y no pude evitar gemir de placer.

—¿Te gusta?

—Sí. Pero sabes que no es buena idea continuar.

—¡Lo sé! —mordió mi labio inferior—. Pero no puedo alejar mis manos de ti y dejar de besarte. He soñado cinco años con esto cielo... cinco años sin notar tu tacto en mis manos y mucho tiempo sin probar tus labios. Siempre me han vuelto loco... tan esponjosos y perfectos, al igual que tú Lucía... y yo...

—¿Y tú? —pregunté entre jadeos— ¿Y tú...? —repetí la pregunta mientras pasaba la yema de mis dedos por su pelo.

—Yo me muero si no te beso —dijo al mismo tiempo que se abalanzaba sobre mis labios. Entre beso y beso hacia pequeñas confesiones—. Me conformaré con sólo besarte, pero déjame que te bese hasta que me duela

la boca —sostuvo mi nuca apretando mi cara con la suya mientras nos fundíamos en un beso. Un beso apasionado, que me hizo temblar entre sus brazos.

Vimos salir el sol entre los edificios de Barcelona. La estampa que formábamos los dos en la terraza mientras el día nos iluminaba me encogió el corazón. Los dos tumbados en el balancín, sus manos perdidas en mi cuerpo y las mías en el suyo. Nuestras piernas enredadas y mi cara en su pecho, como años atrás. Entonces recordé que por muy mal que resultasen las cosas entre nosotros lo que no faltó nunca en nuestra relación fue deseo y atracción... y eso nos acompañará de por vida.

En ese preciso instante supe que él fue el hombre de mi vida en ese momento pero que, a día de hoy, ya no lo era. Mi padre repetía con frecuencia que “Agua que no has de beber, déjala correr”.

Lo único que tuvimos esa larga noche fueron besos y caricias, no pasamos de ahí y mantuvo su promesa. Por más que mi cuerpo lo reclamara entero me controlé hasta el punto de convertir el deseo desenfrenado en cariño y ternura. Lo despedí en la puerta de mi casa con un beso largo y nostálgico, consciente de que no quería que se marchara.

—¿Puedo llamarte mañana? —dijo en un susurro.

—Será mejor que no —bajó su mirada al suelo e introdujo sus manos en los bolsillos, un gesto muy suyo—. Pero ¿puedo verte otro día? Por favor Lucía.

Negué con la cabeza sin mirarlo. No podía. Me mataba ver el dolor que reflejaban sus ojos.

—Será mejor que esto se quede aquí.

—No sé porque dices eso. Esta vez podría ser diferente, podríamos ser felices. Yo podría... podría darte lo que quieres Lucía. Sería paciente y te daría tu tiempo.

Casi parecían ciertas sus palabras, pero no lo eran. Ese era mi Rubén, el

que prometía la luna porque así lo sentía en ese momento pero después... todo se desvanecía. Por eso preferí cortar sin abrir las puertas a la esperanza.

—Buenas noches Rubén —dije con tristeza, mientras que él se inclinó despacio y me beso la mejilla.

—Buenas noches Lucía —su voz sonó rota, estaba a punto de romperse, no quería verlo de esa forma. Cerré la puerta despacio mientras veía cómo él mantenía su mirada fija en la mía.

—¡A ver quién duerme hoy con este calentón!

Cerré la puerta y caminando hasta la terraza la recogí. Lo cierto era que no tenía sueño, tenía una mezcla de sensaciones... cansancio, excitación, pena y hasta remordimiento. Remordimiento no sé por qué... soplé mientras llevaba los vasos a la cocina, me senté en el taburete y me serví la última copa de vino. Mi mente era un torbellino de imágenes que me recordaban lo maravilloso que podía ser Rubén y la mala persona en la que se convertía muchísimas veces.

No recuerdo bien cuándo empezó a cambiar, lo cierto es que pasó de un día para otro y yo sin ser consciente de ello me acostumbre a él. En mi vida no había sitio para nadie más. Poco a poco fui perdiendo los amigos y encerrándome en nuestra pequeña burbuja. No es que me maltratara o pegara... no, era más bien psicológico. Recuerdo una de nuestras primeras peleas, pero no una regañina como tienen las parejas a esa edad, una pelea en toda regla. El hecho de saludar a un viejo conocido a la salida del cine despertó al demonio que llevaba dentro. En el momento no dijo nada, el muy cabrito era reservado, me pasó el casco de la moto sin mirarme. Yo no le di mucha importancia en principio hasta que al llegar a su casa y ver que no estaban sus padre desaté su furia.

—¿Quién era ese? Te lo has follado ¿verdad? —Yo no entendía nada.

—Pero qué dices Rubén.

—No te hagas la tonta, ¡eres una zorra!

—¿Cómo? —Mis ojos se llenaron de lágrimas y mi primera reacción fue salir de su casa corriendo, el corrió detrás de mí, me pidió perdón de mil maneras y yo acepté sin saber siquiera qué había pasado.

Poco después de esa pelea vinieron muchas más. A mi mente vinieron flashes de más discusiones... las recordaba como si las estuviera viviendo en este preciso momento.

—Te recojo a las seis Lucía, no me hagas esperar cuando sientas el claxon de la moto, baja o si no me esperas en la calle.

Por miedo a discutir hacía lo que él decía. Había veces que lo esperaba en la puerta de mi casa hasta una hora sin recibir una llamada o un mensaje... absolutamente nada, y claro, luego a ver quién era la maja que le decía algo. Una tarde sentí el claxon, lo que tardé en coger el bolso y la chaqueta fue lo que me demoré en salir por la puerta de casa y para mi sorpresa ya no estaba. Como una tonta caminé hasta la parada del autobús que me llevo a su casa y, como imaginaba, él no estaba. Lo llamé cientos de veces pero él cogía y me colgaba. Para ese entonces mi teléfono era de prepago y me quedé sin saldo. Corrí hasta poder recargar y volver a llamar. Estuve toda la tarde y la noche llamándole hasta que por fin respondió:

—¿Qué quieres? —dijo rabioso.

—¿Pero qué te pasa? —Mi voz se cortaba por las lágrimas. El riéndose de mí volvió a colgarme.

Otra de las cosas que me hacía era obligarme a hacer cosas que yo no quería. En ocasiones hasta me forzaba, le daban igual mis lágrimas y que le rogara que no lo hiciera.

Otros días era el novio perfecto que me llenaba de regalos y me trataba como una princesa... En fin no entendía nada. Él salía y entraba de mi casa o mejor dicho de la de mis padres cuando quería, le daba igual si estábamos en su casa o en la mía para que por cualquier cosa me la estallara llamándome de todo a gritos y para luego girarse dando un portazo.

Con el tiempo me acostumbré a eso, después maduramos un poco y vino la época del tonteo con drogas... Salíamos y se ponía como las motos. Desaparecía durante un buen y cuando volvía no era el mismo. Algunas veces venía adorándome, besándome y bailando conmigo, otras veces al llegar me miraba con asco y ni se acercaba. Esperaba cualquier motivo para pelearse con algún chico por mirarme o simplemente por pasar a mi lado, después la culpa de que él se pegara era solamente mía, por vestir así o por ser una zorra sin escrúpulos y él, el pobre novio, tenía que matarse con los tíos porque yo les provocaba. Fuera como fuera la situación siempre acababa igual, en casa de algún amigo suyo continuando con la fiesta mientras que yo me dormía en el sofá o en el coche donde pudiera... Para cerrar con broche de oro siempre quería lo mismo, sexo, que no es que no me apeteciera pero él no iba en condiciones de nada... A veces aceptaba para que me dejara tranquila, pero otras me negaba aunque no servía de mucho.

Recuerdo un día en el que, mientras empujaba sudoroso por el esfuerzo y el coctel de drogas que acumulaba en su interior, me miró a los ojos y me dijo:

—¿Dónde estás nena? —se me llenaron los ojos de lágrimas y contesté entre hipidos con él todavía en mi interior...

—Donde tú no estés, esto me da asco es que ¿no lo ves? —no le importó lo más mínimo y siguió en lo suyo. Después me dejó en la puerta de mi casa y sin despedirnos siquiera, arrancó el coche destrozándolo contra un bordillo.

Estuve tres días sin verlo y sin saber de él. Cuando me enteré que estaba con sus amigos de aquí para allá. Al reconciliarnos seguía igual su comportamiento entonces le dio por ir con un chico bastante raro. No se despegaba de él y lo peor era que me llevaba con ellos. Me pasaba las tardes sin hacer o sin decir nada, ni una muestra de afecto me dedicaba, mientras que con la gente era un chico encantador y yo un limón rancio porque siempre tenía mala cara. En fin, seguimos así demasiado tiempo hasta que un día, me dio una bofetada. Su hermano pequeño me defendió, él le dio una paliza por entrometerse y yo no había hecho nada, sólo había ido a tomar un café con las novias de sus amigos. Nunca me pidió perdón,

yo ya estaba acostumbrada, mientras él permaneciera a mi lado me daba igual. La gente empezó a preguntarme qué me pasaba. Beca, mi hermano, mis padres, así como las pocas amigas que me quedaban entre ellas Katy, no entendían mi hermetismo. Poco a poco fui contándoles la situación y no daban crédito a lo que escuchaban.

Un día salí de trabajar y él estaba esperándome, me extrañó bastante. Yo ya me sentía rara estaba dejando de quererlo y me daba hasta asco mirarlo, en ese momento supe que de ese fin de semana no pasaba que lo dejara.

Esperé la siguiente pelea para tener una excusa a la que aferrarme. Sería muy fácil, sólo con negarme a meterme en su cama sabía que estallaría, y así fue. Tras negarme un millón de veces y hasta chillar, salió de la habitación dando un portazo, por suerte para mí estaban sus padres en casa. No dormí en toda la noche, tenía pánico a que él entrase e intentara forzarme nuevamente. A las seis de la mañana sentí la puerta de casa, eran sus padres que salían a trabajar y yo estaba vestida, así que recogí mis cuatro cosas y bajé al comedor. No me atrevía a dejarlo cara a cara por miedo a su reacción así que opté por escribir una nota. La sorpresa fue para mí cuando lo sentí bajar las escaleras...

—¿Qué haces? —dijo con su cabreo, que todavía le duraba.

—Nada... Me tengo que ir —sus ojos fueron hasta la nota y la pequeña bolsa de mano que tenía a mis pies. Mis ojos le recorrieron y agaché la mirada.

—¿Me estás dejando? ¿Te marchas? —su voz fue tan dura que sentí pánico. Miré en dirección a la puerta y eché a correr. Me cogió en volandas y rodeó mi rostro con sus manos.

—¡Mírame! ¡Te he dicho que me mires! ¿Me estás dejando?

—Sí, claro que sí —me cogió del cuello cortándome la respiración. Sus ojos estaban rojos por la ira. Mientras me apretaba con mucha fuerza mis manos cogieron las suyas para intentar apartarlo. No podía, era más fuerte que yo y sentía como me faltaba el aire. Cuando por fin soltó mi cuello caí de rodillas al suelo tosiendo e intentando recuperar el aire.

—Vete de mi casa zorra, no me dejas tú, te dejo yo —intentaba ponerme en pie. Estaba mareada, mi respiración era muy rápida y me dolía el pecho, me estaba dando un ataque de pánico. Cogí mi bolso y tambaleándome me acerque a la puerta pero no logré abrirla.

—No tengo llaves Lucía, sal por el garaje.

Sabía que sólo quería humillarme, aun así me dirigí al garaje. Al salir a la calle aceleré el paso porque sabía que esto no terminaría ahí... y no me equivoqué. Antes de doblar la esquina escuché el sonido de un motor y vi una moto viniendo en mi dirección. Era él. Corrí por la acera muerta de miedo hasta llegar a los ferrocarriles y en dirección contraria a los coches para despistarlo... Al llegar a los ferrocarriles apareció él descalzo, solo con el pantalón, hecho un mar de lágrimas llamándome a gritos. Me camuflé entre la gente como pude pero me encontró, tiró de mi pelo otra vez bajo la atenta mirada de la gente pero nadie dijo nada. Me rogó y suplicó pero no di mi brazo a torcer y acto seguido comenzó a dar gritos:

—Hay otro ¿verdad? Dime, ¿es eso? Estás con otro pedazo de....

Enseguida llegó el tren y me monté sin decir nada. Él se dejó caer al suelo mientras lloraba. Nunca lo había visto llorar... ni siquiera cuando enfrentó la muerte de su abuela.

Pasaron los días y poco a poco recobré las verdaderas amistades: Beca, Katy, Marta, Yolanda y Jessica. Con ellas salí nuevamente a divertirme. Rubén me llamaba a diario y juraba que se moría sin mí... me rogaba otra oportunidad... me decía que iba a cambiar...hasta el día que me llamo su madre.

—Tienes que entenderme Lucía, los hijos duelen, tu madre también te defendería.

Las palabras de Sofía me dolieron muchísimo. La adoraba, la quería como a una segunda madre.

—¿Te parece bien tener a mi hijo así?

—No sé lo que te ha contado Sofía pero...

—Me contó todas las cosas que te ha hecho Lucía y está bastante arrepentido. También me ha explicado que te cogió del cuello y tiro del pelo...

—Como comprenderás eso no se lo puedo perdonar...

—¿No? Por qué no? Ya te ha pedido perdón. ¿Qué más quieres que haga? Nosotros te queremos como a una hija y así nos pagas todo lo que hemos hecho por ti. Estas destrozando a mi hijo...

Eso me dolió muchísimo, mucho más que los tirones de pelo, las palabras dolientes y los insultos... nada me llegó a doler tanto como las palabras de Sofía.

Detallé mi copa de vino y le di un último sorbo. A día de hoy todavía no puedo creer que aguantara tanto. Mirara por donde mirara era imperdonable todo aquello y, a pesar de todo, lo perdoné. Pero no lo quería de vuelta en mi vida... las personas no cambian sólo se camuflan durante un tiempo.

—Adiós Rubén —Dije apagando la luz y caminando hacia mi habitación...

*El día que tú no ardas de amor,
muchos morirán de frío.*

François Mauriac.

CAPÍTULO 3

Hoy es para mí...

Desperté a las once de la mañana con energía, después de que la noche anterior tuve más de una hora con mi amigo a pila, hasta que conseguí quedarme dormida. Desayuné tranquilamente y recordé mi nota mental (ir a la peluquería). Llamé a Javi y me dio cita para la hora de comer. Perfecto, me daba tiempo ducharme y recoger la casa. Estaba inmersa en pleno marujeo, barajando la posibilidad de ponerme unos rulos cuando sonó mi teléfono. ¡Beca! Ya echaba de menos a mi pécora mala.

—¿Sí?

—Pequeña frígida ¿te has despertado?

—Sí, ya te contaré... <<cállate susurró mi subconsciente>>.

—Bueno que no tengo todo el día, algunas trabajamos los sábados ¿sabes?

—¡Sí ya! A ver, desembucha zorra.

—Quedamos a las diez en *La Pícola*.

—¡Y no cuenta na la perri! Ahí estaré como un clavo.

—¡Eso espero! Ya he avisado a Katy así que no te molestes, un Kiss... —y colgó el teléfono. Será... me daba una rabia que me dejará con la palabra en la boca—. La madre que la parió.

Me dirigí a mi habitación donde escogí mis vaqueros de pitillo y una blusa holgada de color marrón chocolate combinándola con unos zapatos del mismo color. Busqué mi bolsito bandolera y salí por la puerta de casa lista para matar, si no fuera porque tenía el pelo como un Cristo.

—Va a alucinar el peluquero cuando me vea.

Al entrar por la puerta de la peluquería ya me estaba esperando Javi con una sonrisa en la cara.

—¿Qué se va hacer mi clienta preferida?

—¡De todo! —dije muy segura.

Después de dos horas de peluquería y atenciones primarias, salí depilada de la cabeza a los pies. El pelo quedó espectacular. Me dio un baño de color castaño medio <<según él>> con unos reflejos que parecían realmente reflejos del sol. Cortó mi melena en forma de pico, respetando el largo. El pelo tenía un brillo único y esos tonos me sentaban de maravilla además del volumen y esas puntas disparadas.

Decidí irme de compras al centro y arrasarlo con todo lo que me pusieran por delante. Me dedicaba todo el día a trabajar y nunca me daba caprichos, bueno nunca... últimamente. Hoy era el día. ¡Hoy es mi día! Me dije. Después de patearme toda Barna y saquear mis tarjetas, me dirigí a casa para darme una ducha y prepararme para la salida con mis niñas.

Llegué al restaurante veinte minutos tarde. Iba sofocada por la carrera pero aun así cuando entre vi que todas las miradas se giraban en mi dirección. —¡Vaya, lo que hace el pelo! —me dije a mí misma.

Me había enfundado en un mono que compré esa misma tarde. Era clásico, negro, con pinzas, bastante arrapado en las piernas lo que elevaba mi trasero y sin mangas. Algo más holgado en el escote, cosa que hacía mis pechotes bastante apetecibles. Completando el conjunto elegí unas sandalias monísimas doradas de diez centímetros que combinaban con mi bolso y para rematar mi modelito una americana negra informal de tres cuartos, obviamente los labios rojo pasión.

—Vaya...estás preciosa —dijo Katy besándome.

—Gracias neni —me ruboricé y me entró la risa tonta. Hacía bastante tiempo que no me sentía guapa.

—¡Es cierto Lucy estás increíble! Ese pelo es una pasada estas muy guapa, así me gusta verte. ¡Joder!

—¡Gracias chicas! Necesitaba una tarde para mí —dije sentándome.

Enseguida nos tomaron nota. El camarero era un bombón. Un chico alto, rubio, de ojos azules y no dejaba de sonreírme. Me encantó provocarle con miraditas tímidas como si en realidad lo fuese, como se creían los demás <<pobres con lo lagarta que estoy últimamente>>. Pedimos tres ensaladas de la casa y unos solomillos al punto. Todo acompañado con un buen vino obviamente.

—¿Queréis que... os cuente una cosa? —dije pizpireta, muerta de ganas de contarles mi historia con Rubén. Lo que no les diría es que me moría de ganas de tirármelo... ¡Pobres inocentes! Ellas asintieron como dos santas, cosa que no eran... Estaban mucho más cerca de ser unas depravadas de mucho cuidado—. Pero si os lo cuento no quiero reproches ni nada que decir ¿estamos? ¿¡Estamos!? —les volví a repetir con una mirada amenazadora a la cual ellas contestaron que sí al unísono. Después de veinte minutos contándoles lo sucedido con Rubén, las dos estaban con los ojos y bocas abiertas de par en par.

—¿Y bien? —susurré dando un largo trago a mi copa de vino.

—¡Tía que fuerte! —dijo Katy— ¿está igual de guapo?

—Más —dije en un susurro.

—¡JODER! —emitieron las dos mientras notaba los ojos de Beca como me inspeccionaban.

—¿Y tú no dices nada?

—Te diré chata, que no eres tan santa —sonrío orgullosa de mí—. Y también que te va la marcha. Ten pido que tengas cuidado cielo, pero claro disfruta. Sal, diviértete y si él ha conseguido que estés así de guapa ¡alabado sea el señor! Pero... Si te hace daño se tragará sus pelotas y con lo que sobre me haré un mantón de manila o te regalo un bolso.

—¡JA JA JA! —me reí sarcástica—. Esto no es por él, es por mí. Quiero verme bien, estaba un pelín descuidada de pelo.

—¿De pelo solo? Reina estabas hecha un fiasco. Hace al menos dos años que no se te puede robar nada de ropa —fingió una mueca de disgusto.

—¡Calla ya! pécora —me reí.

Salimos del local después de una buena sesión de charla y risas entre amigas, cosa más efectiva que una terapia con el mejor psicólogo del mundo. Antes de marcharnos se acercó el camarero, alias el bombón, y me pidió el teléfono. No me hice de rogar nada, a veces soy de chichi suelto, la nueva Lucía no iba a ocultarse más. Quería contarles a ellas cómo me sentía en realidad, pero en el fondo me daba algo de pudor. No era fácil reconocer que llevaba mucho tiempo escondida detrás de una coraza que me forjé tras la ruptura con Rubén.

—Chicas ¿nos vamos a casa ya? —preguntó Katy.

—Nenas ahora nos vamos de marcha a un local nuevo en el centro, dejaros de leches y vamos a bailar como locas. —Katy y yo nos miramos analizando sus planes y las dos aceptamos.

—Donde tú digas jefa.

Paramos un taxi que nos llevó hasta la misma puerta del local. No queríamos ser las primeras así que fuimos al pub que había justo al lado a tomar unas copas.

—Tres margaritas —dije de lo más simpática a la chica de detrás de la barra. Mientras mis ojos iban detrás del barman con pantalón de traje y camisa negra una voz masculina me sorprendió.

—¿Todo eso es para ti? Chica dura.

Cuando volví la cabeza me encontré con Cristian, un chico majísimo del gym al iba todos los días. Nunca habíamos cruzado más de un hola o un adiós porque con lo bueno que estaba todas las chicas lo perseguían como

perras en celo. He de reconocer que no les hacia el menor caso, a decir verdad, las evitaba constantemente.

—¡Eh! Hola —lo saludé efusivamente plantándole dos sonoros besos—. No, son para mí y unas amigas. Todavía no voy tan mal, aunque poco me falta ya.

—Vale. —Al llegar la camarera pidió su bebida y dio un billete de cien euros—. Cóbrate todo.

—No... no hace falta, no te molestes.

—A ver... me apetece invitaros a ti y a tus amigas así que acéptalo, no me hagas el feo.

—Está bien, muchas gracias, pero a la próxima invito yo.

—Por mí encantado, preciosa, de que me invites a lo que tú quieras.

Giré sobre mis talones y salí como una cobarde a donde estaban mis pequeñas víboras sentadas con la típica sonrisita en los labios.

—¿De qué os reís? —les pasé las copas. El encuentro con ese dios del sexo me había dejado seca. Prácticamente me bebí la copa de dos grandes sorbos.

—Nena estás que te sales, todos te miran, el camarero del bar, el coctelero y ese bombonazo. Pero bueno... ¿llevas feromonas en el perfume o qué?

—Estáis muy pesaditas. ¡A callar ya borrachas! Y dejarme tranquila.

Creo que iba por la tercera copa cuando vi que Cristian no dejaba de mirarme. Mis ojos lo seguían y se encontraban con su mirada continuamente.

—Lucy ¿has visto a tu amigo? Te devora con la mirada nena... —le hice un gesto con la mano—. Te quieres callar Beca. Eres una cansina. Y tú, Katy, defiéndeme de esta ¡pessá!

—En serio, de verdad.

—Te mirará a ti ¿por qué tiene que ser a mí? —le contesté cansada del tema.

—¡JA! Ese pipiolo está deseando clavártela cielo —abrí los ojos como platos y me atraganté con la bebida.

—Eres de lo peor —se rio con su típica carcajada de mala malísima haciéndonos reír a Katy y a mí.

—Y por eso me quieres. ¿A que no te atreves a ir donde está él y darle un beso con lengua?

—Pues no, no pienso hacer eso —se me escapaba la risa, iba piripi.

—¡Gallina gallina! Empezaron las dos a hacerme burla e intentaban picarme porque sabían que era una rabiosa.

—¡Parar, no seáis crías!

—Perdona chata pero nosotras somos unas jovencitas.

—Baab ¿qué me dais a cambio si lo hago? —ya había caído y me encantaba el reto pero quería hacerlas padecer.

—Cincuenta euros cada una —dijo Katy.

—Buuu, por eso no lo hago.

—Te limpio el coche —volvió a rebatir Katy.

—Cien euros y me limpiáis el coche, es mi última palabra y estoy que lo tiro...

—¡Hecho!

—¿Sí? ¿De verdad? Si luego no lo hacéis me enfadaré.

Pusieron cada una los billetes en la mesa y las miré.

—Sois unas hijas de PU... —me reí y les reiteré lo del coche, me aseguré bien.

Caminé decidida hasta él, que estaba apoyado en la barra. Llevaba un pantalón color mostaza y una camisa azul, estaba muy guapo además de muy bueno. Me planté delante de él que estaba rodeado de amigos y sonreí con picardía. No se sorprendió cuando lo besé. Me cogió de la cintura y me acercó un poco más a él. Increíble de mí pensaba que lo iba a sorprender. Nos besamos durante unos minutos mientras me masajeaba mi trasero. He de reconocer que despertó mi deseo en un santiamén. Oí unos silbidos y al girarme estaban sus amigos vitoreándolo.

—Vaya, sí que se alegran —él se rio y tiró de mí hasta fuera del local. Me tenía cogida de la mano mientras esquivábamos a la gente. Al salir a la calle me cogió de la cintura hasta dejarme atrapada entre su cuerpo y la pared.

¡Joder! Nuestras lenguas se entrelazaron con la misma agilidad que nuestras manos inspeccionaban nuestros cuerpos. Me froté contra él, me dejé llevar por el momento y no pensé en nada más. Ahí estábamos los dos dando un espectáculo en plena calle. Nota mental -cambiar de gym el lunes-. Cuando terminó el beso me miró.

—Que diferente estás —dijo bajando su voz hasta hacerla la más sensual del mundo. Tiró suavemente de un mechón de mi pelo.

—¿Lo dices por mi pelo?

—¡No! ¿Por qué? ¿Está diferente?

—He... no —me reí—. ¿Por qué me ves diferente?

—No sé. Te ves tan alegre y divertida...

— ¡Hombre! —me puse rígida—. Es que lo soy —él sonreía por mi reacción.

—Digo, que siempre que me he fijado en ti estabas muy seria, hasta tu forma de vestir es seria. No te lo tomes a mal —volvió a besarme en los labios tímidamente.

—Cuando tú me ves, es porque salgo del trabajo en la hora de la comida y voy con prisa.

—Bueno... perdona. Empiezo de nuevo ¿en qué trabajas?

—Soy decoradora de interiores y estoy en la oficina casi todo el día ¿y tú?

—Yo soy mecánico.

—Aahh... muy bien ¿no? —no quedaba ni rastro de glamour.

—Bueno, mi pasión es todo lo que tenga motor.

—Eso está bien, hay que hacer las cosas con pasión.

—Todo lo que hago... —suspiró y se dibujó en su boca una sonrisa de pillo— ...lo hago con mucha pasión —besó mi cuello y después mis labios haciéndome estremecer.

—¿Entramos? Mis amigas se preguntarán dónde estoy.

—Vamos —dijo mientras me tendía la mano para entrar.

— Después ¿a dónde irás preciosa?

—Al local nuevo de enfrente —lo mire de soslayo.

—Nos vemos allí...

—Está bien —intenté caminar pero me lo impidió—. Dame otro beso —susurró en mi pelo. Me giré en su dirección y le di un piquito en los labios antes de seguir mi camino.

El local estaba lleno hasta decir basta y yo iba algo mareada. Entre los tacones y el alcohol me costó llegar a la mesa donde esperaban Beca y

Katy. Me reí malvadamente por lo chafarderas que son.

—Un margarita para la mujer más bonita del local.

Delante de mí tenía al coctelero con un súper margarita y varias sombrillas... hasta una bengala tenía la copa.

—¿Es para mí? —lo miré de arriba a abajo.

—He dicho la mujer más bonita del local ¿no? —asentí divertida.

—¿Y esa soy yo? —lo miré con los ojos bien abiertos ante el asombro de mis amigas que no perdían detalle.

—¿Tú has visto alguna mujer aquí más guapa que tú?

—Lo cierto es que no —le guiñé un ojo y cogí mi copa—. Muchas gracias, te has convertido en mi barman favorito.

—¡Vaya vaya! —dijo Katy—. Hemos despertado a la loba —se moría de risa y Beca aplaudía sin parar.

—¡Ole! Mi niña, suéltate la melena y vuélvete loca.

—Ya está bien chicas, parar —dije cogiendo mi copa y bebiéndomela casi de un tirón.

—¿Has visto la cara que se le ha puesto a ese tal Cristian al verla con el camarero? —le dijo Beca.

—¡Pero que decís! Me ha invitado por ser simpático. No seáis malas.

Llegó la hora de cambiar de local y fuimos a esa discoteca tan de moda. De Cristian no había ni rastro así que me olvidé de él. El local era de lo más normalito, no entiendo tanto bombo, era oscuro como todos. Vaya chasco.

—Está chulísimo —gritó Beca bailando como una loca.

—Buenoooo... —me mecí al ritmo de la música, mientras respondía en modo balleno, cosa habitual en mí.

—Suéltate nena —dijo Katy pasándome la copa y salpicándonos a las dos. Después de varias rondas ya empezaba a entrar en calor. Me notaba más desinhibida y empecé a bailar como una loca uniéndome a ellas. De pronto sentí unas manos en mi cintura y, al girar mi cara, me encontré con un desconocido.

—¿Qué haces? —di un respingo y dije alzando la voz.

—Bailar princesa.

—Pues conmigo no, no me toques —dije con cara de asco.

—Vaya estúpida estás hecha bonita —dijo mientras se daba la vuelta y se iba. Seguí bailando esa canción que me encantaba al girar con Beca vi a Cristian en la barra mirándome. Le guiñé un ojo y no le presté más atención. Se nos unieron un grupo de chicos que yo no conocía pero Katy y Beca estaban encantadas de conocer.

—¡Me cachis! —dije poniendo cara agria. Uno de ellos ya me estaba rondando cogiéndome de una mano para bailar. Me solté y le dije que no con la cabeza.

—¿Tienes novio? —preguntó pegándose a mí, sudoroso. Agggg era repulsivo. ¡Por Dios que alguien me corte la mano! A ver, el chico estaba bien, pero que te entren como si fueras carnaza me daba fatiguita.

—¡Sí! —dije demasiado deprisa, sin pensarlo.

—Pero él no está aquí ¿verdad? —lo miré sin saber que decir—. No creo que le moleste que bailes conmigo.

—Yo creo que sí —dijo Cristian que venía a mi rescate. Supongo que por mi cara de circunstancias decidió intervenir. Lo noté pegado a mi espalda y apoye mi cabeza en su hombro.

—Lo siento. —Dijo el chico mientras se retiraba del cortejo, por llamarlo

de alguna manera. Subí mi cabeza hasta rozar su cuello con mi nariz.

—Gracias —volví a besar su cuello, notando como él se estremecía bajo mi tacto.

—De nada. ¿Bailas conmigo o me vas a dar calabazas como a esos dos?
—vi que su lengua acariciaba su labio inferior y note que mi vagina se contraía.

—No sé... no sé —dije dado un paso al frente y moviendo las caderas. No tardó ni dos segundos en pegarse a mi espalda.

—¿Me harás que te ruegue? —se movía a mi ritmo, meciéndose contra mí. Eso era cochino y me encantaba.

—No mucho... quizás solo un poquito —me reí, girándome y quedando cara a cara con él. Me encantaba sentirme así de deseada—. No te oigo rogar... —entreabrí los labios y eché la cabeza hacia atrás. Cristian me besó el cuello y yo sentí que me moría.

*Donde hay amor
no hay temor.
Refrán.*

CAPÍTULO 4

Ves como no soy seria

Al final sus amigos se unieron a nosotras. Cristian estaba pegado a mí todo el rato. Cuando no me besaba bailaba conmigo o me estaba acariciando, excepto cuando él iba al baño que era bastante a menudo.

—Es un amor —me dije.

—Lucy ¿vamos a pedir? —dijo Beca que ya llevaba una borrachera importante, tirando de mí, desincrustándome de los brazos de mi amigo, que justo acababa de aparecer agarrándome otra vez.

—Ahora vengo —grité, desapareciendo entre la gente. Cuando llegamos a la barra, me encontré con Sergio, un amigo de Rubén.

—¡Eeeh Lucía! Vaya, estás preciosa.

—Gracias. Tú estás igual —lo saludé con recelo.

—¿Estás sola? ¿soltera?

—No estoy sola. Un gin tonic —le dije a la camarera haciendo caso omiso al patán de mi lado.

—¿Tienes novio? —preguntó mientras me apartaba el pelo de la cara.

—Oye no seas pesado, no estoy sola Sergio.

Nunca me cayó bien, no es que yo fuera una estúpida pero ese chico siempre me miraba raro y no me gustaba.

—¡Vaya! Sigues tan simpática como siempre —se rió.

—Gracias. — Mi voz sonó bastante irónica. Por suerte, sirvieron nuestras consumiciones y nos dirigimos a la pista. Inmediatamente le di la copa a Cristián que miraba hacia la barra.

—Toma —la cogió sonriéndome, pero sin apartar la vista de mis ojos. Le dio un trago enorme y me rodeó la cintura con su brazo libre.

—No te puedo dejar sola eh...

—¿A no? ¿Y eso por qué? —disimulé.

—Por el chico de la barra —dijo con cara de hastío.

—¿Lo has visto? —Ya sabía que sí, pero quería que me halara un poquito los oídos.

—Solo miro donde estás tú. ¿Cómo no lo voy a ver si todos te miran? —dijo apretando la mandíbula... era tan mono. Salimos del local dando tumbos.

—Está amaneciendo —dije alarmada—. ¿Qué... qué hora es?

—Las seis y media ¡la noche es joven! —gritó Katy, que iba a caballito sobre uno de los amigos de Cristián.

—¡Será para ti! yo tengo los pies destrozados —me quejé. Sin darme tiempo a pestañear Cristian me cogió en brazos.

—Ya te tengo bella dama —me besó en los labios.

—No hacía falta, dulce caballero, pero muchas gracias —me acomodé sobre su pecho.

—¿A dónde vas ahora? —me dijo Cristian bajito, acercando su boca a mi cuello.

—¡A casa, a casa!

—¿A mi casa? —lo miré cerrando los ojos hasta casi la mitad.

—Beca, Katy —les llamé— ¿cómo os vais a casa?

—En taxi —respondió Beca.

—¿Tú no vienes? —dijo Katy alarmada.

—No. Yo me voy con él —lo miré—, a desayunar churros...

—Ya sé yo el churro que te vas a desayunar —dijo Katy muerta de la risa como todos los demás... se partían el culo.

—Pues yo noooo... —dije riéndome. Notaba que Cristian se reía y no me pude aguantar—. Eres una asquerosa —fue lo único que conseguí decir.

Al final las llevó Ferrán, el chico que llevaba a Katy a caballito. Nosotros cogimos el coche de Cristian, un Honda Civic negro de los nuevos.

—¿Así que churros? —me preguntó divertido una vez dentro de su coche.

—¿Creía que íbamos para eso a tu casa? —me mordí los labios para no reírme.

—¿Tú quieres churros? —lo miré con sorpresa—. Yo si quiero churros —le escuché decir mientras yo me miraba en el espejo.

—Vale.

Al entrar en su casa me descalcé y dejé que me guiara hasta la cocina. Era un pisito pequeño pero mono, me senté en una silla de madera y miré como servía el chocolate caliente.

—Verás cuando lo pruebes, mi chocolate es el mejor de todo el mundo. — Se sentó a mi lado y me cogió las piernas poniéndolas encima suyo. Desayunamos mirándonos en silencio. Pude sentir como me repasaba de arriba a abajo, mientras yo engullía.

—Sí que están bueno si...

—Te lo dije —me puse en pie y recogí un poco la mesita que tenía en la

cocina—. ¿Dónde está el baño?

—La segunda puerta, no hay más.

Entré en el lavabo y me aseo. Estaba muy nerviosa. Me alboroté un poco el pelo y retoqué el maquillaje. Cuando salí lo encontré en el comedor poniendo música.

—¿Qué es? —dije mirando la mini cadena.

—Es *Soul* ¿te gusta?

—¡Sí! suena bien.

Caminé en su dirección hasta que nuestros cuerpos se encontraron, me cogió de las caderas y se dejó caer en el sofá llevándome con él. Yo estaba estirada encima de él, apoyando la cabeza en el reposa brazos del sofá, con mis piernas encima suyo. Estábamos besándonos con calma. Él me acariciaba el muslo en dirección ascendente hasta llegar justo debajo de mi pecho y volvió a bajar la mano. Lo miré, él sonrió y de un salto se puso en pie conmigo en brazos sin dejar de besarme. Caminó hasta la habitación, me tumbó en su cama y se posicionó encima de mí. Noté su erección, estaba realmente tan excitado como yo. Me agarré a su espalda mientras le mordía suavemente un pecho. Poco a poco nos fuimos desnudando el uno al otro entre caricias y besos. En todo momento sabía en donde tocar, donde morder y donde posar sus labios. Era un experto en artes amatorias y yo me dejé hacer sin ningún problema... estaba encantada. Hicimos el amor durante un buen rato, nos mirábamos a los ojos fijamente mientras nuestros cuerpos bailaban.

—Eso es nena... otro para mí —dijo cuándo notó que yo explotaba por segunda vez.

Me desperté abriendo los ojos como platos.

—¡Mierda! —dije en voz alta.

Me encontré sola en la cama. ¿Dónde narices se había metido? Seguro que

se había ido con la esperanza de que recogiera mis cosas y me fuera cagando ostias. Levanté la sábana y vi que seguía desnuda. ¡Joder joder! me agarré la cabeza con mis manos, me molestaba hasta mi propia voz. Sin esperármelo se abrió la puerta y lo vi entrar envuelto en una toalla blanca de cintura para abajo con el pelo y el cuerpo húmedos, al igual que yo en ese momento.

—Buenos días —dijo subiendo la persiana y sonriéndome—. Te has levantado pronto no me ha dado tiempo ni de hacer café.

—No te molestes, recojo mis cosas y me voy —dije cubriéndome con la sábana.

—¿Ya te quieres ir? —fijó sus ojos en mí, dejándome obnubilada con tanta guapura <<¡que lo detengan! gritaba mi yo interior>>.

—¿Qué hora es? —estaba entrando en pánico, quería salir de esa cama, de su habitación y también de la casa.

—Las doce ¿tienes prisa? —suspiré, y apartándome el pelo de la cara, recordé que ni siquiera me la había lavado <<corre al baño loca, ese careto debe dar pánico>>.

—¿Por qué no me has despertado? —me puse en pie enrollada en las sábanas.

—Estabas tan guapa dormida que no quise despertarte.

Se sacó la toalla y se quedó en pelotas delante de mí, <<que alguien me arranque los ojos>>, quería llorar. Qué bueno estaba ñam ñam. Caminó hasta la cama y me dio un beso en los labios, sacó de la mesita unos bóxer negros y se los puso.

—Voy al baño —dije mientras recogía mis cosas. El muy cretino tiro de la sábana hasta dejarme desnuda y sentí como me sonrojaba.

—¡Dámela! —dije tirando de ella hasta lograr quitársela, él se rio como un niño travieso recorriendo mi cuerpo con su mirada.

Al salir del baño con la misma ropa de la noche anterior me sentí asquerosilla, un poco putilla y todo lo que terminara en “illa”.

—Ven, ya está el café.

—Estooo... gracias. No hacía falta, prefiero irme a casa.

—Bueno, desayuna y te llevo.

—No hace falta enserio, tendrás cosas que hacer.

—No tengo que hacer nada —sonó calmado—, pensaba pasarme el día entre tus piernas.

—¿Cómo? —abrí los ojos lo más que pude.

—¿Tú tienes planes para hoy? —dijo escondiendo una risita.

—Sí. Quiero darme una ducha y ponerme ropa limpia.

— ¡Vale! Desayuna y vamos.

Durante todo el trayecto a mi casa cada uno iba sumido en sus pensamientos, únicamente hablé para indicarle el camino. Sin darme cuenta vi que estaba estacionando.

—¿Subimos? —dijo sacándome de mis pensamientos.

—¿Ehhh...? Sí, perdona. Al entrar en mi casa abrió los ojos alucinado, pero no dijo nada.

—Investiga tú solo... me muero por darme una ducha.

—Vale ve tranquila, espero no perderme —dijo en tono jocoso.

—No creo, de todas formas hay un mapa en el ala este —le contesté guiñándole un ojo.

—Graciosa —repuso, mientras miraba todo el salón.

—¿Vas a querer salir o nos quedamos aquí?... ¿mejor aquí no? —arrugó esa nariz perfecta que tenía.

—Vale, ponte cómodo —cogí mi pijama y entré en la ducha. Me estaba enjabonando el pelo cuando se abrió la puerta del baño y entró, se estaba desnudando.

—¿Qué... haces? —miré por encima de la mampara.

—Ponerme cómodo, eso has dicho que haga ¿no?

—Sí pero me refería a... —lo sentí entrar en la ducha.

—Estoy cómodo donde estés tú y más si estás desnuda —lo tenía pegado a mi espalda, con una de sus manos me acariciaba el pecho mientras que la otra la deslizaba por mi estómago. Sentí que perdía el norte cuando note sus dedos abrir mis pliegues íntimos, me lamía el cuello mientras que su otra mano pellizcaba mi pezón. Yo tenía mi labio mordido y mis brazos colgado a cada lado de mi cuerpo. Me dejé caer contra él mientras me acariciaba. Despacio y con un dedo frotaba mi parte más sensible, las piernas me temblaban, casi no me podía sostener. Mientras él seguía tocándome y lamiéndome, noté cómo introducía un dedo dentro de mí para luego sacarlo y volver a meterlo, con el dedo pulgar volvía a apretar mi clítoris y no dejaba de morder y lamer mi cuello. Sentí que moría de placer cuando me corrí. De mi garganta salió un grito ahogado. Con un tirón de pelo aprovechó para poder morder mi cuello, todavía tenía espasmos cuando me levantó en el aire y me la metió de un solo empujón.

—¡Dios! —exhalé sin aire. Noté la cerámica de la ducha fría en mi espalda mientras el agua caía sobre nosotros—. ¿Te has puesto...?

—Sí, lo llevo —susurró contra mi pecho.

Nos corrimos los dos a la vez mientras nos besábamos, aún estábamos en la misma posición. Él seguía dentro de mí sin moverse mientras su lengua jugaba con la mía. No se cansaba de darme besos, era un adonis del sexo y todo para mí.

Salió de la ducha mientras yo me enjuagaba, no podía creer lo que acababa de pasar en ese momento.

—¡Qué vergüenza! —dije escondiéndome debajo del agua... que vergüenza que me haya masturbado así en la ducha, a veces soy un poco pava lo sé pero es que... no estaba acostumbrada a esas cosas. Salí del lavabo con el pijama y el pelo recogido en una toalla, abrí las puertas que daban a la terraza y me encendí un cigarro.

—¿Fumas?

—A veces.

—Toma, no hay mejor cigarro que el de después del sexo —me miró sorprendido—. Oye, que no lo dijo yo, lo dice Joaquín Sabina ¿sabes?

—¿A sí? ¿y que más dice?

—Baah... no sé —me senté en el balancín—. Si quieres te puedo dejar unos pantalones o algo, estarás más cómodo.

—No creo que me sirva tu ropa, pero gracias.

—Míaaa... noooo —dije cantarina.

—¿Me estás ofreciendo ropa de algún ex? —abrió los ojos y cruzo sus brazos mirándome desconcertado.

—¿Qué? ¡nooooo!... de mi hermano ¡hombre!

—Aaahh... entonces sí —se rio—. ¿Vive aquí?

—No, cuando viene a Barcelona se queda unos días. Tiene varias cosas y no creo que le importe.

Caminamos hasta la habitación de invitados y le di un pantalón de chándal y una camiseta todo en color negro, mi hermano Marc era tan sobrio en colores como yo.

—Lucía ¿pedimos algo de comer? —dijo entrando en el terraza ya cambiado <<joder que bien le queda la ropa de mí queridísimo hermano>>, los pantalones le caían en las caderas y le hacía un culo de la ostia.

—Como quieras, pensaba hacer algo —dije mientras él se sentaba a mi lado.

—¿Algo como qué?

—¡No sé! —me encogí de hombros. Él volvió a repetir el gesto de ayer por la noche cogiendo mis piernas y poniéndolas encima suyo.

—Ah, ¿no sabes?

—No, no sé. Hay de todo, cualquier cosa —dije despreocupada.

—No, los domingos son para estar en el sofá tirados y si te metes en la cocina ya no estamos.

—Pide un italiano —lo miré feliz mientras le daba un beso en la comisura de sus labios.

—Está bien, me encanta la comida italiana y tú eres un poquito finolis ¿verdad reina?

—¿Yo? —me sorprendí muchísimo—. ¡Para nada bonito!

Eran las ocho de la tarde, estábamos tirados en el sofá después de otra sesión de sexo pos coito cuando sonó el timbre.

—¿Esperas visita? —dijo Cristian extrañado.

—¿Tú me ves cara de que espere visita?

—No, yo te veo cara de que deseas otra ducha, je je je...

Abrí la boca como un besuguillo y torcí mis labios en un gesto de reprimenda

—Salido —dije señalándolo con el dedo, mientras me dirigía hacia la puerta <<¿quién osa interrumpir mis escarceos>>, escuché su risa de fondo , al mirarme en el espejo del recibidor tenía los labios hinchados por los besos, los ojos cristalinos y el moño desecho de tanto revolcón... pero me vi sensual. Tenía la camiseta del pijama enrollada en mis brazos y los botones del pantalón desabrochados. Vaya, echa un trapo, pero sexy.

Abrí la puerta y me encontré con Rubén que me miraba de arriba a abajo.

—¡Vaya vaya! —dijo hinchando su pecho de aire, mientras sonreía.

—¿Qué haces aquí?

—He venido a verte.

—No es un buen momento.

—¿No? ¿por qué?

—No estoy sola —le cambió la cara, sus facciones se endurecieron y apretó los puños—. Creo recordar que te dije que no vinieras.

—¿Con quién cojones estás? —dijo rabioso.

—Con un amigo Rubén no creo que...te tenga que dar ninguna explicación de nada a si que... por favor...

—¿Un amigo? Lucía, yo los llamaría follamigos.

—¡A ver, ya!... para —dije seca.

—¿Qué amigo? ¿quién coño es? ¿llevas follándotelo todo el puto fin de semana?

—A ti no te importa y por favor te pido que te marches. Lo nuestro acabó hace cinco años por el amor de Dios —estaba empezando a desesperarme.

—¡Claro que sí! ¡Dime quién es!, ¡dime con quien estás!

—Conmigo... está conmigo —el tono de Cristian era duro pero calmado. Los dos se miraron de pies a cabeza.

—Adiós Rubén, ya nos veremos... —dije intentando salir de esa situación tan incómoda.

—¡Claro que nos veremos! —dijo abriendo el ascensor—. Esto no queda aquí... —aseguró.

Cerré la puerta y miré a Cristian, sin camiseta con los pantalones medio caídos.

—No puedes estar más sexy —le dije mirándolo con deseo.

—Ni tú más preciosa.

Y ahí estaba otra vez entre sus brazos. La facilidad que tiene para cogerme el señor. Eran las once de la noche cuando nos despedimos no sin antes darnos otro revolcón como dos desesperados.

Cuando me acosté me sentí dolorida pero feliz, feliz de la vida. Hacía años que no me sentía tan plena, segura, feliz y mimada. Hablamos de muchísimas cosas, me contó su vida y yo la mía mientras nos besábamos. Sus caricias recorrían mi cuerpo como si lo hubieran hecho toda la vida. Cristian parecía salido de un sueño, lo tenía todo.

Mientras los brazos de Morfeo me atrapaban noté una sonrisa en mi cara.

*Una pequeña palabra puede matar
o iniciar un gran sentimiento.*

Anónimo.

CAPÍTULO 5

Que te ha pasado...

Me levante temprano esa mañana feliz contenta, hacía tiempo que no me sentía de esa manera, con mariposas en el estómago <<mega cursilada>>. Me di una ducha rápida y entré en mi vestidor, revisé curiosa mi ropa hasta que me decidí por unos tejanos claros de cintura baja bastante estrechos hasta los tobillos y una camisa roja de manga larga a la que desabroché tres botones, casi se podía ver el sujetador negro de encaje. Me puse una americana negra entallada y unos zapatos negros de *Louboutin* con suela roja, un bolso rojo extra grande y me solté el pelo tal y como me dijo el peluquero que hiciera. Después me maquillé sutilmente y me di color en las mejillas. Antes de salir de casa me miré en el espejo y me encantó lo que vi.

—La nueva Lucía —dije mirando mi reflejo.

Bajé al garaje y cogí mi coche cosa que nunca hacía ¡por cierto! Era precioso, un Audi A3 blanco nuevo impresionante. Me puse mis gafas de Gucci y salí del parking dispuesta a conducir por Barcelona. A esas horas el tráfico era una pasada y al llegar dejé el vehículo junto al de mi padre. Al entrar en la oficina note las miradas de mis compañeros de departamento, esa era justo la reacción que esperaba, entré en el despacho de mi progenitor.

—Buenos días papá —levantó la vista del ordenador y me miró.

—Vaya hija... ¡qué guapa estás!

—¿Si? —dije dando saltitos y acercándome a él, le di un montón de besos.

—Hija estás irreconocible —dijo feliz.

—Que va, es que hoy tenía ganas de arreglarme, además tengo una cita importante a las cuatro.

—¿Con la señora Martín? —asentí.

—Sí, me quiere enseñar un local y darme unas directrices.

—¡Vaya por Dios! ella y sus directrices —se rio. La pobre mujer no entendía un comino y casi tenía que descifrar sus puñeteras indicaciones.

—Pues sí...estaré en el despacho por si me necesitas.

—¿Sabes algo de tu hermano?

—No ¿por?

—Esta mañana me ha dicho tu madre que no la vais a ver, que no la llamáis ¡ya sabes! ... cosas de las suyas.

— Pobre, bueno en un rato la llamo.

—Yo no te he dicho nada.

—No te preocupes —dije cerrando la puerta.

Eran casi las doce del mediodía, estaba en mi despacho preparando unos bocetos y, justo cuando me dispuse a desayunar llamaron a la puerta.

—¡Sí! Adelante.

—Lucía tiene una visita —dijo Nerea la recepcionista.

—¿De quién se trata? No espero a nadie —dije colocando mis gafas en la punta de la nariz.

—Es un caballero, quiere hacerle una consulta

—Dile que pase —mordí el lápiz pensativa.

—Ya puede pasar —escuche que decía. Cuando vi entrar a Rubén en mi despacho me dio un vuelco el corazón, llevaba un traje gris oscuro con camisa negra, la verdad es que estaba impresionante.

—Buenos días.

—Hola, ¿qué haces aquí?

—Quería verte... —silencio incomodo—. ¿Quién era ese de ayer?

—Ya estamos —dije poniéndome de pie—, ¿a ti qué te importa?

—Me importa, dime quién era.

—Un amigo Rubén, ya te dije que tenía amigos ¿recuerdas?

—¿Amigos con los que te pasas un domingo follando? —escupió las últimas palabras.

—Ese vocabulario tan soez ya no me intimada ¡sabes! —me acerqué a él —, ni que te pongas así, mejor ahórrate el numerito y déjame en paz.

—No entiendo como después de estar conmigo el viernes y vivir lo que vivimos, el domingo podías estar en brazos de otro.

—¡Venga va! no seas hipócrita, déjate de celos y tonterías tú ya no estás en mi vida ¡gracias a Dios! — le señalé con el lápiz y cerro su mano en un puño.

—¿Así que gracias a Dios?

—¿Qué quieres que te diga?, ya no sé cómo explicarte que no te quiero en mi vida. Me sorprendió el verte sí, pero ya no hay nada que rascar.

—Eso no es cierto —gritó.

—No chilles ni me montes un numerito.

—Perdona —se acercó a mí y me cogió de la cara—, perdóname Lucía,

no sé qué me pasa. Siento que podemos estar juntos, podemos arreglarlo, yo nunca he dejado de quererte —casi me da un ictus al escucharlo.

—¡Pero vamos a ver! han pasado cinco años y yo no siento nada por ti, no te quiero.

—Yo sí, y sé que te puedo volver a enamorar.

—No lo creo Rubén, no me lo hagas más difícil.

—¡Sí... sí! déjame al menos intentarlo, sé que me quieres solo que ese sentimiento está dormido.

—No Rubén, no te quiero, te dejé porque ya no te quería, tú te encargaste de conseguir eso.

—Lo sé, lo sé, perdóname... —sentí que daban unos golpes en la puerta y al girarme a contestar vi que entraba mi padre.

— Hija... —se quedó parado en la puerta—. Rubén —dijo casi sin creérselo.

— Hola Ricardo —me soltó y dio dos pasos hasta mi padre para el tradicional apretón de manos.

—Vaya, no esperaba verte aquí —dijo papá.

—Nos encontramos el otro día y se me ocurrió pasar e invitar a Lucía a desayunar.

—Ya, entonces os dejo.

—No papa él ya se iba —dije bastante seria—. Gracias Rubén pero no puedo, tengo una reunión en diez minutos —me volví hasta papá que seguía en la puerta—. ¿Por eso venías no?

—Sí, venía a recordártelo.

—Pues dame cinco minutos —salió con un asentamiento de cabeza.

—Como verás no puedo atenderte.

—¿Y en la hora de comida?

—Estoy liada, lo siento... <<la hora de la comida la tenía reservada para ir al gym a ver a Cristian >>.

—Algún momento tendrás ¿no? —sonó exasperado.

—Si quieres déjale tu teléfono a la recepcionista y ya te llamaré —dije al tiempo que me soltaba el moño y cogía mi chaqueta.

—Ahora si me disculpas... —lo despedí muy educadamente.

—Vale, esperaré a que me llames, ¿porque lo harás verdad?

—¡Sí! claro —soné segura.

Se acercó a mí y me dio un suave beso en la cara, después salió del despacho.

Madre mía que momento tan incómodo. Me encaminé al despacho de mi padre para explicarle la situación, le conté más o menos lo que me interesó y al final quedo conforme con mi escueta versión.

Iba de camino al gimnasio y notaba el corazón a doscientos por hora, casi se me salía por la boca. Estaba nerviosa por volver a ver a Cristian después del fin de semana, no sabía cómo reaccionar, si saludarlo con dos besos o simplemente hacer como si nada. Al cruzar la puerta del gym podía notar como mis piernas seguían adelante por inercia pero yo no quería entrar. Tenía un nudo en la garganta. Después de cambiarme y ponerme unas mallas negras con un top, salí del vestuario como una espía profesional mirando de reojo en todas direcciones. En la mano llevaba mi botella de agua y la toalla, cogida con fuerza por los nervios. Entré en la sala de *fitness* y lo vi al fondo sentado en el banco de pesas. Las rodillas me flaquearon por un momento, observé que se quedaba una máquina de correr libre y sin pensarlo me subí en ella. Coloqué mis cosas y me puse la música en el iPod. A los veinticinco minutos estaba visualizando los

bocetos de la señora Martín y pensando en los retoques, sabía que a ella le iban a encantar pero de todas formas quería sorprenderla otra vez. Miraba al frente, sin ver nada en concreto, cuando algo llamó mi atención, Cristian estaba a mi lado sonriendo. Lo vi por el reflejo de los cristales, volví mi cabeza y lo miré con una leve sonrisa.

—Hola chica seria.

—Hola chico alegre —sonrió con su cara morena y su barba de un par de días.

—No te he visto entrar —dijo cogiéndose a mi máquina.

—Llevo unos veinte minutos más o menos —ya estaba andando despacio y bajé.

—Voy hacer remo —dije pasando por su lado.

—No me vas a saludar ¿no? —arqueó una de sus perfectas cejas.

—Hola.

—¡Vaya! hoy me he encontrado a la Lucía oficinista ¿no?

—No ¿por qué lo dices?

—No sé —dijo cogiéndose de la nuca, pensé que el fin de semana...

—Sssh —dije poniéndome de puntillas y acercándome a él.

—Sssh ¿qué?

—No, nada —me puse colorada como un pimiento mientras que él se divertía al ver mi expresión.

—¿Vienes a hacer remo? —tiré de su camiseta, él me siguió pero no contestó. Me coloqué en posición mientras él se sentaba a mi lado—. ¿Cuatro repeticiones de veinticinco?

—Vas fuerte eh... —su comentario llevaba un doble sentido.

—Lo que tu aguantes —le hice una mueca de burla.

—Ya sabes que aguanto —dijo picarón, volví a abrir los ojos y a ponerme colorada, noté que me miraba mientras hacía el ejercicio.

—¿Me estás mirando?

—¡Claro! porque aún no me has saludado.

—Sí que lo he hecho, te he dicho hola.

—¿Y esa es forma de saludarme?

—Pensaba en traer unos pompones y citar tu nombre, pero no lo he encontrado muy *chic* ¿sabes?

—Muy graciosa —me reí.

—No soy tan seria.

—Ya veo... oye ¿qué haces esta tarde?

—Trabajar, tengo una reunión a las cuatro y estoy bastante agobiada la verdad.

—Entonces supongo que estarás muy ocupada para tomar algo ¿no? —sonó serio, una mezcla entre descortés y frío, una faceta de Cristian que no conocía y no sabía cómo reaccionar ante ella.

—La verdad es que estoy muy liada pero a unas cervezas y patatas fritas les puedo hacer un hueco.

—¿Conmigo?

—Claro —fruncí el ceño << no lo pilló>>.

—Genial... pensé que me estabas dando largas —sus músculos se

tensaban con cada estiramiento marcando su cuerpo delgado y bien definido en cada movimiento, un velo de sudor recorría su cara morena y esas facciones finas. Realmente era guapísimo, tenía unos ojos negros grandes y rasgados, unos labios ni finos ni gruesos sino más bien perfectos. Estaba tan guapo y tan inseguro que me hacía gracia.

—¿Ahora qué? ¿unas pesas?

—Tengo una clase de spinning que empieza en ocho minutos.

—Todo lo mides al milímetro.

—Soy decoradora, si no lo hiciera qué futuro me esperaría.

—Eres tan... —se rio mientras cruzaba sus brazos.

—¿Tan qué?

—Tan perfecta.

—Y sería.

—Y sería —aseveró con una sonrisa en los labios.

—¿Algo más?

—Sí, preciosa.

—Eres un adulator y lo sabes.

—No, no lo soy, lo que soy es observador, digo lo que veo. Ya te tienes que ir así que ¿cómo quedamos?

—Creo que estaré libre sobre las seis.

—Perfecto yo me desocupo a las siete, esta semana no tenemos mucha faena.

—¿Me das tu número? así te llamo cuando salga y me paso por donde

estés.

—Dame el tuyo y te llamo yo... y que conste que no me has saludado — intentó cogermelo de la cintura pero yo, ágil como una gacela, salí de su amarre.

—Me voy que empieza mi clase —me despedí con la mano y me encaminé a la zona de bicis.

—Te llamo —dijo despidiéndose.

Entré en los vestuarios, molida pero feliz. Esa profesora era una máquina de tortura, nos dio una caña espantosa, estuve a punto de desmayarme un par de veces. Saqué las cosas de baño de la taquilla y fui directa a una ducha de las grandes, a esa hora estaba medio muerto el vestuario por lo que disponía de intimidad. Una vez dentro disfruté del agua cayendo por mi cuerpo cuando repentinamente se abrió la puerta y solté un grito histérico.

—Shhhh —susurró Cristian.

—¿Qué... qué haces aquí? —dije tartamudeando.

—Shhhh —se pegó a mí. Intenté taparme como si nunca me hubiera visto desnuda.

—Te estás mojando —intenté apartarlo.

—No me has saludado —me cogió por las caderas pegándose más a él.

—Hola —dije muerta de la vergüenza.

—No me digas que te da vergüenza que te vea desnuda.

—¡Es que estoy desnuda! —dije como una niña.

—¿Y eso qué? ¿quieres que me desnude yo?

—No... ¡ni se te ocurra! —puso sus manos en mi culo.

—No me has saludado.

—¿Otra vez? —me estaba poniendo muy nerviosa.

—Te lo reiteraré hasta que me saludes.

—Te he saludado tres veces —me reí tímida.

—Con un “hola” no me doy por saludado.

—¿Y qué tengo que hacer para que el señor se dé por saludado?

—Darme un beso que menos ¡no!

—¿Un beso?

—Sí, o dos, los que tú quieras.

—Anda sal, que me tengo que acabar de duchar.

—Hasta que no me lo des no me pienso ir.

—¿Si te doy uno saldrás del vestuario de señoras sin montar un escándalo? —asintió con una sonrisa, me puse de puntillas y le di un beso casto en los labios.

—Ha sido muy pequeñito, no me siento saludado.

Puse los brazos en jarras olvidando que estaba desnuda

—¡Mentiroso! —sus ojos se movían por mi cuerpo—. Lárgate —dije tapándome.

—No te tapes, lo he visto todo ya.

Me mordí el labio nerviosa y volví a besarlo esta vez de verdad. Me cogió del culo y me hizo dar dos pasos para adelante, mientras él se apoyaba en la pared húmeda. Nos dimos un beso de esos largos con lengua incluida y unos gemidos por mi parte cuando sus manos acariciaban rincones

prohibidos.

—Ya está usted saludado —me di la vuelta hasta meterme debajo del chorro de agua.

—Sí, estoy saludado pero no te has despedido —tiró de mi brazo hasta volverme a estampar contra su cuerpo para besarme húmedamente mientras sus manos me manoseaban entera.

—Es usted un pulpo —se rio.

—Y usted preciosa.

—Venga fuera —dije desesperada— como nos pillen nos echan a las dos.

—Vale, vale... —dijo alzado las manos en señal de defensa—, ya me voy. Te llamo sobre las seis —asentí muerta de vergüenza.

Subía las escaleras que daban a la calle cuando lo vi montándose en su moto, él me vio también y se paró en seco.

—¿Todavía estabas abajo?... sí que tardas.

—Pues mira ahora como corro porque alguien me ha entretenido y tendré que hacerme pasar por la hija del viento si quiero llegar a tiempo. ¡Mira como corroooo!

—¿A dónde vas? — dijo el muerto de risa.

—A la oficina, en la otra punta de Barcelona.

—¡Te llevo!

—¿Qué?

—¿Que si te llevo?

—Tengo que ir al despacho a recoger las cosas —dije extrañada por tanto romanticismo de su parte.

—Venga, sube y te llevo.

—No tienes casco extra.

—Sí que tengo —me enseñó uno que colgaba de su brazo, me lo tendió y yo lo cogí.

—¿Dónde está tu curro?

—A tres manzanas de aquí —arrancó la moto y yo me cogí a él.

—Veo que eres fan de la casa honda.

—¿Por qué lo dices?

—Por la moto y el coche.

—En realidad sí.

—Es aquí, para —salté de la moto—, ven acompañame.

—¿Quieres que vaya? —dijo sorprendido.

—Sí, tenemos tiempo a comer algo, pero corre —se bajó de la moto y corrimos por la recepción hasta el ascensor.

—Vaya sitio más fino.

Piqué a la sexta planta pero el ascensor se fue para abajo.

—¡Joder!

—¿Cómo? —se rio.

—Me cachis —me disculpé.

Se abrieron las puertas y apareció mi padre...

—Lucía.

—Hola papá, mira este es un amigo Cristian, mi padre Ricardo —los presenté.

—Encantado —dijo papá.

—Igualmente señor.

—Llámame Ricardo, un amigo de mi Lucy es amigo mío. —Mi padre estaba sorprendido, se lo noté en el gesto relajado y como hablaba con él.

—Hija ¿por qué estás tan agobiada? ¿es por la reunión con la señora Martín?

—Oh vaya, ya me lo has recordado, ahora me sentara mal hasta la comida.

—Esa mujer es agotadora —salimos todos del ascensor.

—¿Qué tal si revisas los cambios y me das tu opinión?

—Confío plenamente en ti ¡estarán bien!

—Míralos por favor —supliqué—, esa señora es muy muy austera y quiero sorprenderla.

Caminamos hasta mi despacho los tres. Al entrar Cristian se quedó petrificado en la puerta.

—Ven, siéntate que nos da tiempo a una ensalada de pasta y una tortillita —dije sacando los envases de una nevera pequeña y monísima que tenía tras un biombo.

—Son sublimes Lucy, como siempre. Los pilares centrales son algo extravagantes pero a la clienta le encantarán —dijo papá sin levantar los ojos de los bocetos.

—¿Te gustan?

—Sí hija sí. Bueno me retiro y os dejo comer tranquilos —palmeó el hombro de Cristian—. Encantado muchacho, espero volver a verte pronto.

Se despidió de mí con una mega sonrisa y salió por la puerta.

—Le has gustado a mi padre.

—¿Tú crees? —arrugó la frente.

—Y tanto —dije sentándome y dividiendo la comida en dos platos. Antes de poder empezar a comer sonó el teléfono:

—¿Si?

—Señorita tiene varias llamadas y unos mensajes.

—Pásamelos por email. Esta tarde no volveré así que si quieres cógete la tarde libre.

—Sería estupendo.

—Me alegro, nos vemos mañana.

—Que pase buena tarde.

—Igualmente —él me miraba sorprendido.

—¿Sí que estas ocupada?

—Bueno no te pienses —dije hincando el diente en la tortilla.

—Esta tortilla esta increíble ¿la has hecho tú?

—Claro que te piensas.

Comimos mientras le explicaba la reunión de la tarde, después salimos corriendo otra vez y cuando me bajé de la moto tiró suavemente de mí.

—¿Me vas a dar un beso o tengo que volver a llorarte?

—No hace falta —dije besándolo.

—¿A las seis? —dije que sí con la cabeza y piqué el timbre de la imponente casa.

La reunión trascurrió normal, al final los bocetos le encantaron.

—Son espectaculares Lucía, me encantaría que te pusieras ya con ello.

—Estupendo, mañana mismo encargaré los materiales y las telas, supongo que en unos quince días podríamos empezar las obras.

—Fantástico, empezaremos por el salón.

—No, mejor desde dentro para afuera, es una manía que tengo. Prefiero comenzar desde el fondo hasta la entrada porque así no ensuciamos ni estropeamos nada.

—Me parece genial, como tú digas, entonces espero tu llamada.

—Sí, la semana que viene cuando tenga las telas la llamo, concretamos una reunión y decide bien con ellas en mano.

Después de casi dos horas salí a la calle, allí estaba el taxi y recordé que había quedado a las siete en la calle Marina con Cristian.

Al coger mi coche miré los emails del trabajo. Que pesado estaba Rubén, todos los mensajes eran de él. No respondí y llamé a Beca que alucinada quedó la pobre cuando le conté mis novedades.

—Joder con el Cristian. Cuéntame ¿cómo la tiene? —se reía.

—Beca, no seas marrana.

—¿Marrana yo? perdona bonita eso tú que has estado todo el fin de semana fornicando con un macizo.

—Eso sí.

—¿Estas alegre?

—Y feliz beca, de verdad me encanta.

—¿Quedamos mañana y nos vemos con Katy para que nos lo cuentes todo?

—Vale ¿a las nueve donde siempre?

—Perfecto.

—¿Y tú qué tal?

—Bueno, como siempre —sonó tensa, triste, como si fuera a romperse...

—¿Te pasa algo?

—No solo es que estoy cansada, mejor mañana hablamos.

—¿Es por Andrés?

—Sí y no... mañana mejor.

—Vale, un besito —después de colgar, me incorporé al tráfico.

*Para un amante
ya no hay amigos.*
Stendhal.

CAPÍTULO 6

Quiero conocerte...

Llegué casi diez minutos tarde y aparqué frente a un pequeño taller. Llamé a Cristian.

—¿Estás aquí? —dijo Cristian al descolgar.

—Ahora eres tú el que no saluda.

—Perdona, hola Lucía.

—Hola, ya he llegado.

— No te veo.

Observé que del taller salía él con dos chicos más. Bajé del coche y alcé la mano en señal de saludo. Sus ojos se posaron en mí y seguidamente miró mi a coche. Caminé hacia él y antes de poder decirle nada ya me había dado un beso.

—Hola, encantada —les tendí la mano y ellos me saludaron muy amablemente.

—Lucía, dame un segundo que se me ha echado el tiempo encima y no me he cambiado.

—Mea culpa —dijo Albert.

—No te preocupes, yo también me he retrasado.

—Ve tranquilo, ya la cuidamos nosotros —dijo uno de sus amigos.

—Te quiero a diez metros de ella —se alejó caminando mientras mis ojos lo devoraban.

—¿Este es tu carro? —dijo Albert.

—Si por carro te refieres a mi coche ¡sí!

—¡Vaya Buga! —dijo el otro. Me reí, menuda jerga tenían.

—¿Cuánto coge?

—Corre lo normal supongo, es un...

—Diesel.

—No, cielo no me gustan los petroleros, es de gasolina, un dos mil.

—¡Buen carro!

—Sí, no está mal... —no quise darle demasiada importancia, vi que salía Cristian con un señor mayor y que me hacía gestos para que me acercara, fui hasta él sintiendo como sus amigos me seguían con la mirada.

—Hola —saludé al hombre.

—Papá esta es Lucía.

—Encantado señorita.

—Igualmente —me acerqué y le di dos besos, desprendía ternura y bondad.

—Papá, nosotros nos vamos, solo tienes que apagar las luces.

—Vale hijo, que lo paséis bien —sonrió pero su rostro era de tristeza.

—Caballero, encantada.

—Caballero no reina, para ti Mariano.

—Mariano ha sido un placer conocerle.

—Igualmente bonita.

—Vamos... —Cristian tiró de mi mano y se encaminó a sus amigos.

—Bueno majos, nosotros nos vamos.

—¿No vas a venir a tomarte unas copas?

—¡Joder! estamos todos, es mi cumpleaños...

—Se me pasó tío, lo siento.

—Si lo dices por mí no tengo problema en acompañaros, si quieres podemos ir —dije contenta.

—No... —contestó Cristian.

—¿No? ¿Por qué no? ¿te avergüenzas de nosotros?

—¿Qué dices? Es solo que...

—Venga vamos —dije yo.

—¿Enserio?

—¡Sí! ¿Por qué? —abrí las palmas de mis manos haciendo un gesto de incompreensión, los tres soltaron una carcajada—. A ver ¿es su cumpleaños no? —dije señalando al muchacho.

—¡Sí! —contestaron los tres a la vez.

—Entonces vamos... ¿o no queréis que vaya?

—¿Qué hago? Me la como ¿o no? —dijo Cristian pasándome un brazo por los hombros.

—Si no te la comes tú me la como ¡yo!

—¡Si JA! —dije mirando Cristian, se acercó a mi oído y me susurró <<me encantas>>.

—Venga cojamos el metro.

—¿El metro? —sonó mi voz de pito <<metro igual a horror>>—. ¡No no no!, tengo el coche ahí —caminé hacia él con cara de perrito tristón, mientras los tres me miraban extrañados. Cogí mis llaves y se las tiré a Cristian—. Vamos chicos todos al coche—dije alzando mi puño en señal de victoria —, en el metro ni muerta me subo.

—¿Por qué? —dijo sorprendido.

—Porque NO, no me gusta y huele fatal además, ¡que no, que no! Por ahí no paso.

—¿Quieres que lo lleve yo?

—Claro, estoy cansada de conducir y con estos zapatos es difícil —nos montamos los tres.

—Hostia tío vaya Buga, hermano —dijo el otro chico pintoresco, del cual no recordaba el nombre—, ¡es full equip!

—Sí es una edición limitada —contestó Cristian.

—¡Esto te ha costado un pastizal!

—No lo sé — <<odio hablar de coches>>.

—¿No lo sabes? —dijo Cristian.

—No, qué más da —dije despreocupada.

—Me estás diciendo ¿que no sabes cuánto vale el coche que llevas?

—¿Por qué me lo dices? que conversación más tonta...

—Vale cuarenta y siete mil euros...

—Joder —exclamó Albert.

—Yo fui al concesionario y elegí el que más me gustaba, ¡tampoco pregunté! ¡Que me detengan!... —fingí un asombro desmedido, ellos al verme se rieron con ganas, menos Cristian que estaba serio—. El concesionario es de mi padre y mi hermano.

—¿Te lo regaló tu padre?

—No, lo he pagado yo. ¿En serio os preocupa cuánto vale mi coche? ¡No entiendo!

—¿No preguntaste el precio?

—Jooooo que no. Hablé con mi hermano y él se encargó de todo. En menos de tres días me lo dejaron en el despacho.

Aparcamos el coche y nos encaminamos hacia la acera.

—Qué calle más pintoresca —exclamé mientras caminaba con Cristian cogido de la mano.

—¿Has dicho pintoresca? —dijo su amigo.

—Sí ¿por?

—Qué raro hablas.

—Y tú no ¿verdad? carro, Buga, pastizal —enumeré sus palabras—. Casi tengo que sacar el diccionario para entender tu jerga callejera —me reí.

—Menuda boca tiene la nena —exclamó Cristian. Nos reímos todos y enseguida noté que les caía bien. Lo que aún no entendía era por qué les hacía tanta gracia. Entramos en un bar pequeño y al fondo había una mesa llena de gente hacia la que nos dirigimos.

—¡Qué bien, están todos! —dijo alegre el chico que se hacía llama Peta. Cristian me apretó la mano.

—Te prometo que durará poco —me acercó a él mientras me iba presentando a sus amigos y amigas—. Gente, esta es Lucía —les dijo a todos.

—Encantada, he oído hablar mucho de ti yo soy Paula —dijo una chica morena muy simpática.

—Oh... cállate —le espetó Cristian, yo me reí, mientras me sentaba entre él y Paula. Comenzaron a servir tapas y pidieron cervezas para todos, me lo estaba pasando pipa en verdad. Era un grupo de gente alegre con mucho cachondeo. Se hacían bromas, se metían unos con otros, yo me reía con ellos y las chicas eran encantadoras. Todas estaban con sus novios bromeaban tanto o más que ellos. Me sirvieron un quinto.

—¿No ponen vaso? —le dije a Cristian al oído.

—Nena esto se bebe así —limpió la boca de la botella con la mano y bebió un trago.

—Ahhhh —dije haciendo lo mismo—. ¡Esta rica! —Cristian estalló en carcajadas y sin verlo venir me dio un beso en los labios.

—Tú sí que estas rica.

Una de las chicas empezó a cantar y los demás a tocar palmas, no entendía que hacían.

—Conozco la canción —di un saltito en la silla—, ¡son los delincuentes!
—Cristian me miraba mordiéndose el labio.

—Sí.

—Lo sabía —dije entusiasmada mientras hacía palmitas como una lerda.

La chica cantaba realmente bien, los demás le acompañaban con palmas y aporreando la mesa.

—Cristian, arráncate con el cajón —le dijo Claudia una chica morena de pelo largo, se lo paso de una patada y él se lo colocó entre las piernas.

Sonaba bien pero lo cierto era que lo estaba aporreando, algunos se pusieron a bailar, mientras yo alucinaba en colores, <<¡estamos en un bar y estos montando una verbena! mira como corro llena de vergüenza!>>.

—Ven a bailar —tiró de mí un chico rubio con la cabeza rapada estilo militar.

—¡No! no —dije intentando volver a sentarme.

—Vengaaa... —de un tirón me puso de pie, estaba muerta de vergüenza pero bueno... bailé. Cristian me miraba con una sonrisa de oreja a oreja mientras que sus amigas se unían a bailar conmigo. Gracias a Dios me rodearon y casi no veía a los demás por lo tanto ellos a mí tampoco. No es que baile mal, es que no los conocía y bailar así por las buenas... Al acabar la canción volví a mi sitio.

—¡Ole! mi gitana —me dijo Cristian que volvió a besarme, estaba muerta de vergüenza—. ¿Nos vamos ya?

—Tío que pesado, ella se lo está pasando bien —dijo Paula que estaba sentada al lado de un chico pelirrojo muy simpático.

—Sí es verdad, me lo estoy pasando bien —lo mire divertida.

—Vale, no digo nada más.

—Vale —contestamos al unísono.

Salí a fumar con las chicas y me comentaron que me imaginaban diferente. Cristian les contó que había una chica en el gym que le gustaba pero que la tía era un hueso, no sonreía ni a la de tres y encima era una estirada.

—¿Eso dijo de mí? Increíble. No puede ser... — mientras me llevaba la mano a mi pecho sorprendida.

—A ver, fina eres un rato...—se rió Paula—, pero eres muy agradable no sé por qué te definiría así —ellas se morían de risa viendo mi cara.

—¿Qué capullo no? —me reí.

—No sé, siempre ha sido un idiota —dijo otra de las chicas. En ese momento salió Cristian hablando por teléfono y al pasar me guiñó un ojo. Por la forma de hablar entendí que era una llamada de trabajo.

—Es muy bueno —cometo Claudia—, trabaja demasiado y hace mucho que no lo veía tan feliz.

—Es cierto —repuso Paula—, desde lo de su madre... estaba muy apagado.

—¿Su madre?

—¿No te ha contado nada?

—No, nos conocemos desde el sábado.

—No he dicho nada entonces.

—No, no ¡dime! —a chismosa me ganaba únicamente Beca.

—Su madre les abandonó hace unos años.

—No me digas —me quedé de piedra al escucharla.

—No digas nada ¿vale?

—Tranquila, esperaré que decida contármelo.

Salió un chico que estaba en la mesa del cumpleaños.

—Perdona Lucía ¿dónde está Mec?

—¿Mec? no sé quién es... solo ha salido Cristian —él se rió y me dio un golpe en el brazo.

—¡Que jodía!, ¿dónde está?

—¿Quién? —no entendía nada.

—Está hablando por teléfono —se rió Paula.

—Dile que no tarde que ya sacamos el pastel —se dio media vuelta y se marchó.

—¡Hola! ¿Me podrían decir quién es Mec?

—Es Cristian, Mec... de mecánico.

—Aaaah... vaya obvio.

¡Hola ... stop, Mec... stop, recapitulemos, no vas bien Lucía, no vas bien. Volvió a aparecer Cristian en escena y me cogió de la mano.

—¿Vamos? Van a sacar el pastel.

—¡Sí! han salido buscándote... Mec —me miró sorprendido.

—Vale, vamos.

Entramos todos y al momento sacaron el pastel. Le cantaron el cumpleaños feliz con palmas y aporreando la mesa, después de un buen rato de estar en el bar salimos a la calle.

—Bueno chicos ahora sí, nos vamos.

—Tío vengan a fumar unos leños —dijo Peta.

—No, paso.

—¿Leños? ¿qué es eso? —cada minuto que pasaba más me costaba descifrar su jerga.

—María — dijo Cristian muy serio.

—¿Quién es María?

—María de fumar.

—Aaaah cigarritos de la risa —me reí como una pava—. ¡Yo quiero! — todos me miraron con los ojos como platos—. ¿Qué pasa?

—¿Tú fumas? —dijo Cristian muerto de la risa.

—A ver, solo ocasionalmente.

—Ya, ocasionalmente —repitió Peta.

—Sí, desde que viajé a Ámsterdam y lo probé, la verdad es que me doy un caprichito de vez en cuando.

—¿De dónde la has sacado? —repuso uno.

—Eeeh... ¿qué pasa? —dije al tiempo que me reía.

—Mira que eres pija —me lo tome en broma.

—¿Soy una pija? No me digas —volví a reírme—. ¡Venga! esos lechos— dije cogiendo ritmo y caminando entre ellos —los demás estallaron en carcajadas.

—Leños —repitió Cristian cogiéndome en brazos—, yo es que te como Lucía. ¿Te estas divirtiendo?

—Sí, mucho —sabía que tenía unas cuantas orejas puestas —, algunos de tus amigos son muy pintorescos ¿sabes?

—Eeeh... capulla —dijo uno— ¿lo dices por mí?

—Hombre tú dirás, te llamas Peta.

Llegamos a una plaza con una fuente en medio y varios bancos alrededor. Se sentaron donde normalmente la gente pone la espalda y empezaron a charlar. Lo cierto es que me sentía cómoda. Mi niñez y adolescencia no fue muy común, me pasaba el día estudiando en ballet, tenis, de viaje con mis padres, torneos de fútbol con mi hermano... hasta que conocí a Rubén

que era casi igual que yo. Él quería ser abogado por lo que se pasaba los días estudiando y yo con él... en ese momento me di cuenta que me había perdido muchas cosas. Vi que Cristian se estaba haciendo un cigarro de esos de la risa y se lo encendía.

—Pues menuda... maña tienes... —dije señalándolo con mi dedito acusador.

—Son muchos años ya. Toma —me lo pasó y le di una calada.

—Esta buena mmm... pero las he probado mejores.

—Sí, es de alta calidad, de las mías —dijo Peta.

—Ella no quiere nada —miré a Cristian y me di cuenta que el comentario de su amigo no le había gustada nada.

—No quiero nada, pero gracias de todas formas.

—Bueno, ahora sí —me rodeó la cintura con los brazos y apoyo su barbilla en mi cabeza—, ahora sí que nos vamos, son las doce.

—¡Uy sí! Mañana tengo que madrugar —me despedí de todos con dos besos y cogí la mano de Cristian.

—Lucía —me llamó Paula.

—Dime.

—¿Volverás, vendrás más veces?

—No sé... supongo —lo miré a él.

—¡Cuando tú quieras!

—Entonces sí.

—Vale, eso espero —dijo dándome otro beso. Caminábamos cogidos de la mano en dirección al coche.

—¿Qué tal?

—Bien, son muy majos.

—Están locos pero son buena gente —me soltó la mano y pasó su brazo por mis hombros—. Les has gustado.

—Ellos a mí también.

—Más me gustas a mí.

—¿Sí?

—Claro —dijo sacando pecho.

—Ya, ya...

—Ya ¿qué?

—Nada... la chica sosa, seria, tiesa como un palo, algo estirada — conforme se lo decía sonreía apretando los labios —no pensé que te gustara...

—Esa me gusta, pero esta... esta... —me tocó la cara con la mano—esta me gusta mucho más.

Al llegar al coche, me pasó las llaves.

—No, llévalo tú porfa —sostuve las llaves con mis dedos alzando el brazo, vino hasta mí y me cogió del culo atrapándome entre el coche y él mientras me besaba.

—Eres tan bonita...

—Que manos más largas tienes —dije coqueta.

—Pero a ti te gustan —alzó su ceja.

—A mí, me encantan —lo besé y una vez dentro del coche volví a besarlo.

—Bueno ¿tú dirás?

—Yo diré ¿el qué?

—¿Te llevo a tu casa, me voy a la mía...?

—Como tú quieras.

—Yo quiero estar contigo, me da igual donde. Quiero acostarme contigo y hacerte el amor hasta mañana.

—A mi casa —dije sin dudar. Torció su boca en una sonrisa y salió del aparcamiento, dirigiéndose a mi *loft*.

En el ascensor ya me llevaba colgada de su cuello con mis piernas apretadas a sus caderas. Entre besos y conmigo en brazos se peleó con la puerta unos minutos. Cuando consiguió abrirla la cerró de una patada y fuimos directos a mi dormitorio.

No faltó a su promesa. Se pasó hasta las altas horas de la madrugada dentro de mí, suave, fuerte, de mil maneras. Me volvía loca con cada roce, cada vez hacia algo distinto, me tocaba de formas diferentes, sabía lo que pedía mi cuerpo en todo momento y yo no sentía ningún tipo de pudor... me movía y acataba sus exigencias adaptándome a él en cada demanda y descubrí que mi cuerpo estaba más vivo que nunca.

Dormimos abrazados con las piernas entrelazadas. Nuestros corazones y respiraciones se acompasaron y sin más me atrapo un sueño muy profundo.

*Conocer el amor de los que amamos,
es el fuego que alimenta la vida.*

Pablo Neruda.

CAPÍTULO 7

El despertar más bonito

Sentí besos por mi cara, el cuello, las muñecas y lentamente fui abriendo mis ojos.

—Buenos días —dijo al mismo tiempo que iba dejando un rastro de besos desde mi brazo hasta el hombro.

—Buenos días —sonreí inquieta, es tan cariñoso...

—Venga remolona, vamos a la ducha.

—No, no quiero —dije haciendo un puchero.

—Tenemos que ir a trabajar —dijo armado de paciencia mientras yo me escondía debajo de las sábanas.

—¿Qué hora es?

—Las seis y cuarenta y cinco.

—Solo he dormido dos horas, noooooo...

—Venga una ducha —me senté de rodillas en la cama completamente desnuda—. No, no puedo moverme ¿a qué hora entras al taller? —dije tapándome la cara con la mano ocultando un bostezo.

—A las nueve.

—¿y por qué me haces madrugar?

—Ya han sonado tres despertadores y cinco alarmas del móvil.

—¡Me cachis! —dije pausando las palabras.

—Tira a la ducha.

—Jooooo...

—Lucía ¿a qué hora entras en la oficina?

—A las nueve, pero hoy no voy, acabaré la faena en casa —dije mientras entraba en el baño —. Necesito dos minutos de intimidad —dije cerrándole la puerta en las narices. Me estaba haciendo pis y con público no queda bonito. Sin darme cuenta ya estaba dirigiéndose hacia la ducha.

—Venga tardona.

—Voy, dame un segundo que me lavo los dientes —cuando entré en la ducha el agua estaba calentita y me pegué a él.

—Estoy agotada —apoye mi cabeza en su pecho mientras el agua nos cubría a los dos, su boca bajó hasta la mía y se encajaron en un beso largo, noté a la altura de mi estómago, que lo que tenía entre las piernas tenía vida propia.

—¡Dios, no te cansas!

—Contigo no —me dio la vuelta y me puso de cara a la pared.

—Separa las piernas —obedecí. Al instante se acercó más a mí y me acarició el cuerpo con las manos hasta tocar mi vagina con sus dedos. Separó los labios y empezó a moverlos con movimientos suaves.

—Joder, quiero comerte entera —volvió a girarme mientras que se arrodillaba frente a mí. Apoyé mis manos en sus hombros y mire hacia el techo. Me atrajo más a él cogiéndome del culo y sentí su lengua en mi vagina. Lamía mi clítoris con pasadas cortas y suaves. Volvió a apretarme más a él y con un dedo me penetró. Mis piernas no me sostenían...

—Para, para —le pedí cuando note que ya no podía más—. Para por favor...

—No, déjate ir nena, déjame probar como sabes —aceleró sus movimientos mientras daba toques maestros con la lengua ejerciendo presión mientras sus dedos entraban y salían de mí. Estallé clavándole las uñas en los hombros con temblores por todo mi cuerpo. Siguió devorándome hasta que deje de temblar en su boca, después levantó la vista y me miró mientras se incorporaba.

—No tengo condones —abrí los ojos y lo miré —ayer acabamos con todos.

—Yo me tomo la píldora.

—¿Sí? —su rostro cambió—, yo estoy sano cielo.

—Yo también —dije dándome la vuelta y ofreciéndole mi culo. Inmediatamente oí como chasqueó la lengua dándome la vuelta

—Me gusta mirarte mientras te follo —me levantó en el aire y me penetró. Enrosqué mis piernas en su cintura e hicimos el amor, porque a lo que hacíamos no se le podía llamar follar.

—No tardes, voy a hacer el desayuno — dijo mientras se enroscaba una toalla en su cintura.

—Vale —dije volviendo mi cabeza para recoger la melena en una toalla. No habían pasado ni diez minutos cuando volvió a entrar.

—Lucía como tardas tanto... —abrió los ojos como platos—. ¡Joder! — dijo gesticulando con las manos.

—Calma, ya estoy lista.

—Joder nena que buena estas —se pegó a mi trasero.

—Quita salido, me acabo de poner las cremas —di un respingo hacia delante, llevaba el pelo recogido en una toalla y un monísimo conjunto de ropa interior negro con encaje, de la perla. Tenía una pierna apoyada en el lavabo mientras me aplicaba mi loción y sentí un ruido.

—¿Qué haces?

—Una foto.

—¿Qué? borra eso.

—¿Qué dices...? ¿cómo pretendes que no te haga una foto si eres lo más sexy que he visto en mi vida.

—A ver zalamero, enséñame esa foto.

—¿No la borrarás?

—Si salgo mal sí —me acercó el teléfono para poder observarla. La verdad es que salía guapa en esa posición con el culo en pompa enseñando mi braguita brasileña mientras me acariciaba la pierna. Salía de perfil y en el espejo se podían visualizar mis pechos apretados y sugerentes.

—Salgo monísima de la muerte.

—Estás impresionante. El desayuno se enfría Lucy, aunque si quieres... — se rozó conmigo.

— ¡Dios! ¿no tienes un botón de off?

—No creo, pero revisa... si hay tiene que estar por aquí...— me dijo el sinvergüenza mientras me señalaba su miembro viril.

—Anda sal —cogí una bata de seda verde clarita y me la até a la cintura—. A ver ese desayuno.

—Enséñame las tetas.

—¿Qué has dicho? —me di la vuelta para mirarlo, se estaba partiendo de la risa.

—Que me enseñes las tetas.

—¿Es en serio? —asintió como un niño pequeño.

—Por favor.

—Solo si te portas bien —me di la vuelta y caminé hacia la cocina.

—Enséñame algo Lucí —me levanté la bata y le enseñé el culo.

—Hostia, que culazo nena —dijo cogiéndome en brazos y caminando conmigo por el pasillo. Me sentó en el taburete de la cocina y me sirvió el desayuno. Solo llevaba puesto el pantalón de chándal que le dejé de mi hermano.

—Que rico —dije dándole un bocado a una tostada con mantequilla.

—No conozco esta mega cocina, pero me las he apañado.

—Mmm me encantan las tostadas —me sirvió el café y se sentó a mi lado. Cogí mi teléfono y llamé a mi padre.

—Hola mamá ¿está papá? Oh, vale. Dile que por la mañana no iré, que me pasaré en la tarde a enseñarle unas cosas... Sí, bien... No estoy sola... ¿Cómo lo sabes?... Sí sí, en un rato te llamo. Besos.

—Tu madre —dijo él.

—Sí, y ya sabe cómo te llamas.

—¿A sí?

—Sí, mi padre le contó que te conoció.

—¿Y sabe que estoy aquí?

—Se lo ha olido —me toqué la nariz sutilmente.

—Vaya.

—Te quiere conocer —me miró —. No te asustes, ella es así, es muy cuki.

—No, no pasa nada.

—A ver, ya se lo que hay.

—¿A sí? ¿y qué es lo que hay?

—Pues esto —nos señalé a los dos—. Dos personas adultas.

—¿Y qué es lo que hay entre ellas?

—Ay de verdad... pues esto ¡joder!

—Joder —dijo en tono de burla.

—Me estas poniendo nerviosa.

—Nena aquí hay lo que tú quieras —giré mi cara y lo miré, él aprovechó para besarme.

—¿Seguro? —sonrió y el mundo dejó de girar—. ¿Y si yo quiero casarme por la iglesia y tener siete hijos?

—Pediré hora en la catedral, me sacaré una mutua y trabajaré más horas.

—Oh, cállate —dije tirándole la servilleta a la cara.

—Lo que tú quieras, lo digo en serio —lo miré mientras bebía mi café—. Me voy a vestir que tengo que coger el metro nena.

—El metro no, te llevo yo.

—No hace falta.

—Tengo que salir, quiero ir al centro.

—¿Seguro?

—Sí, Mec.

Entramos en el garaje. Yo llevaba un pantalón negro pillo y una camiseta beige con gran escote en el pecho y un hombro al aire. Mis zapatos de

batalla de tacón moderado y mi bolso negro mega grande, le pasé las llaves y me sonrió.

—No te gusta conducir.

—Sí que me gusta pero, prefiero que me lleves. Tanto coche me sube la tensión —me reí.

—Como le guste a la señorita —dijo con ríntintín.

Aparcó en el vado de su taller y vi al padre levantando la persiana.

—Mira, tu papi —salimos los dos para echarle una mano.

—Buenos días Mariano —le saludé.

—Buenos días bonita —me acerqué y le di dos besos.

—Hijo, voy tomándome un café.

—Yo ya he desayunado papá, ve tú.

—¿Yo solo? —se quejó—. Lucía ¿quieres tomarte un café con este viejo?

—Yo no veo ningún viejo por aquí, yo veo a un muchacho y a un señor muy simpático.

—Bueno ¿te tomas un café con un señor simpático?

—Encantada.

—Papá tendrá prisa —dijo Cristian.

—Yo no tengo prisa para tomarme un café con un hombre apuesto y tan agradable.

—Ay hijo, que te la quito —se rió mientras me tendió un brazo que yo acepté encantada. Caminamos unos cuantos pasos y entramos en un bar.

—Buenos días, ponme a mí lo de siempre y a esta señorita lo que quiera —le dijo al camarero.

—Yo un cortado, gracias.

—Y un cruasán —dijo él. Nos sentamos en una mesa a desayunar mientras charlábamos del tiempo y del taller. Era un hombre muy agradable, se veía que era todo corazón.

—Vaya que moza tan guapa —dijo una mujer mayor, acercándose a nosotros.

—Sí que lo es —contestó Mariano.

—¿Es de tu Cristian? —dijo la mujer dejando al pobre hombre descompuesto.

—Es de su padre y de su madre, pero anda con mi chico, que tiene tan buen gusto como yo.

—Sí, un gusto muy selecto tiene el niño.

Llevábamos más de veinte minutos, yo estaba encantada de la vida. Me estaba riendo de las cosas que me contaba sobre la gente que iba al taller, las cosas que pedían... cuando entró Cristian por la puerta.

—Vaya, yo trabajando y vosotros aquí de cháchara.

—Pues sí —dijo el padre— ¿quieres algo?

—Sí. Carlota un bocata de tortilla y una Coca-Cola —se sentó a mi lado.

—¿Tú no te tenías que ir? —me acarició el hombro.

—No tengo prisa la verdad y estoy aquí pasándomelo pipa con tu padre.

—¿Estás celoso hijo?

—Celoso no, pero sé que te pones pesado y vengo al rescate.

—¿Pesado quién? ¿tu padre? —dije abriendo los ojos—, más pesada soy yo.

—No chiquilla, tú eres muy graciosa.

—Pues tu hijo dice que soy una sosa y que no me río porque soy una tiesa.

—¿Será verdad? —dijo serio—. ¿Has dicho eso de esta criatura?

—Ostras nena ¿no lo vas a olvidar? Yo no la conocía.

—¿Has visto Mariano? el soso aquí es él.

—Si hija, aunque hace unos días ya no es tan sosainas —lo miró con ternura.

—Tu móvil Lucy.

—¿El qué? —dije sorprendida.

—Te está sonando el móvil.

—Ay sí. Hola papá, estoy en Barcelona... de acuerdo, me encargo yo que estoy al lado...No, ahora estoy desayunando con Cristian y su padre —les sonreí—. Sí a la tarde. Besitos papá... Sí, yo se los doy.

—Recuerdos de mi padre —sonrieron los dos.

—Bueno, vamos a trabajar —le dijo Cristian a su padre.

—Está bien aguafiestas...

Cristian y yo salimos a la calle mientras el hombre pagaba.

—Has enamorado a mi padre y no me gusta la competencia.

—No des a elegir —le di un beso pequeñito en los labios—. Ahora sí que me voy. Mariano encantada de desayunar con usted —le sorprendí con dos besos y un abrazo.

—Nena ¿hoy irás al gym?

—No, hoy no —dije mirándolo de reojo—. Estoy agotada, ayer hice demasiado esfuerzo —le susurré.

—¡Tendrás quejas!

—Yo ninguna pero hoy no me puedo mover —me acompañó hasta el coche con las manos en los bolsillos y mirando al suelo.

—Lucía... esto que tenemos y que tú no quieres definir ¿me da derecho a verte esta tarde? — lo miré—, ¿me da derecho a pasar a buscarte por el trabajo? —Cristian me apartó la mirada esperando un rechazo.

—Mírame...

—No quiero llevarme un chasco, si ves que no tengo tantos derechos pon unos límites.

—Tienes derecho a llamarme, a recogerme en el trabajo y a venir a mi casa. Me cuesta ceder terreno, es cierto, pero de momento tienes todos los derechos que tú quieras tener.

—¿En serio? —le sonreí.

—En serio, coño.

—¿Coño? —me reí.

—No seas tonto. Esta noche he quedado con Beca y Katy a las nueve para cenar. Te llamo luego —le pasé los brazos alrededor de su cuello y lo atraje hacia mí—. Me despido de ti —dije antes de besarlo.

Recorrí Barcelona de punta a punta recogiendo telas y unos encargos de papá. Sobre las dos aparecí en casa de mis padres a comer con ellos.

—Hija —gritó mamá nada más verme—. Que poca vergüenza tienes que no pasas por aquí jamás.

—Mamá perdóname ¿sí? —nos sentamos a la mesa y les puse al día sobre Rubén.

—¿Y qué hay de ese Cristian? me ha dicho papá que es muy apuesto y parece muy buen chico.

Le conté, todo sin ocultarle nada... bueno lo del sexo salvaje y los cigarritos de la risa sí, eso me lo callé como una perri, pero por lo demás le conté todo.

—Tengo ganas de conocerlo.

—Despacio mamá ¿vale? No quiero verme en una relación formal en dos días porque me agobiaría, prefiero ir poco a poco y si no se tuerce ya lo conocerás.

Mis padres eran una pareja encantadora enamorados como dos adolescentes, se besaban y abrazaban en cuanto tenían la oportunidad. Eran dos personas que lo daban todo por la gente que les rodeaba, tanto a mi hermano como a mí nos enseñaron el significado de las cosas y sobre todo lo que era importante en la vida. Nos educaron con mucho amor, la verdad es que eran excelentes personas. Llevaban desde los catorce años juntos y ya casi tenían sesenta.

Entré en el restaurante a las nueve en punto, estaba solo Beca esperando y estaba tristoná.

—¿Qué te pasa churri? —le dije sentándome a su lado.

—Se acabó.

—¿El qué?

—Andrés, lo hemos dejado.

—¿Y eso?

—Tiene un lío con una compañera de trabajo.

—Te lo ha dicho él.

—No pero esta raro y... bueno lo sé, la cuestión es que lo sé.

—Pero a ver, que tú te monta sus películas y a veces ves cosas donde no las hay.

—Esta vez no, no quiero hablar, te importaría si nos vamos a casa.

—No claro que no.

En ese momento llegó la que faltaba, entró casi como un huracán.

—Nenas ¿qué pasa?

—No se encuentra bien.

—Andrés ¿no?

—Sí —dijo conteniendo un sollozo.

—No Beca no llores << no te rompas por favor que me romperé contigo>> —venga va cielo, seguro se os pasa.

—Esta vez no, lo sé.

Salimos del local las tres y nos dirigimos a casa de Katy que estaba al lado. Pedimos chino y mientras Beca lloraba sin consuelo, nosotras intentábamos animarla diciéndole que estaba exagerando las cosas.

—Nena creo si lo hablarais.

—No, sé que esta con ella —Katy era de la opinión de Beca.

—Lucy blanco y en botella, hija no lo defiendas más deja de ser tan pava.

—Pava no, pero ya sabes las películas que se monta, lo mismo esta agobiado.

—Hace casi dos meses que no me toca. Dice que está cansado que no tiene ganas, que es por el trabajo —me dejé caer a su lado en el suelo.

—No sé qué decir..., bueno sí, como tú dices, pasa de todo y sonríele a la vida, él se lo pierde cielo.

—Ya lo sé pero yo le quiero —escuché mi móvil de fondo.

—Hola.

—Lucía ¿qué haces?

—Estamos en casa de Katy hemos cenado aquí.

—¿Qué tal la noche?

—Buff —salí en dirección al balcón — pues no muy bien ya te contaré...

—Vale.

—¿Tú que haces?

—Estoy tirado en el sofá viendo la tele.

—Yo no tardaré en irme a casa.

—¿Cómo te vas a ir?

—Hemos venido caminando.

—¿Quieres que vaya a buscarte? —eso me dejó de piedra. Rubén nunca quería recogerme, si se lo pedía se ponía hecho un basilisco.

—No te molestes, pero gracias.

—No me molesta lo hago encantado, es más me muero por verte —me dio un colapso.

—¿En serio?

—Sí nena, me muero por verte por esta contigo un rato.

—En ese caso ven.

—¿Sí?

—Sí

—Dame cinco minutos. Pásame la dirección por mensaje. Un beso

—Un beso.

Suspire como una tonta mientras le mandaba el mensaje con la dirección. Cuando entré en el comedor Beca estaba dormida, cogida a la botella de vino y Katy me miraba negando con la cabeza.

—A este le corto la polla.

—No hables así, santíguate —dije riendo, estaba loca.

—Nunca la he visto en este estado, esta jodida de verdad.

—Ya lo sé, estaremos junto a ella, más no podemos hacer.

—Ya, pero como me lo encuentre se la corto —movió sus dedos. Era tan graciosa mi morena. Con el pelo corto, delgada, tan exótica de boca grande y ojos negros muy expresivos y echada para adelante... nada le daba miedo—. Es que siempre tiene tan mala suerte... primero tu hermano, el golfo entre los golfos y después este capullo, parece que cuando se enamora lo hace de los malos.

—Mi hermano no es malo... solo que...

—Lo siento Lucy.

—No pasa nada —sonreí para quitarle hierro al asunto—. A decir verdad tienes razón, Marc lo hizo muy mal y lo peor es que lleva enamorado de ella toda la vida.

—Y ella él. Fíjate lo que te dijo, ellos nos darán unos sobrinos guapísimos.

—Qué horror no... aunque sea mi hermano él no se la merece —sonó un aviso de mensaje en mi teléfono, era Cristian.

Nena estoy abajo.

Conseguía ponerme la piel de gallina solo con un “nena” escrito. Besé a Beca en la frente y la arrope con una manta, me despedí de Katy y bajé las escaleras.

Al salir lo vi sentado en su moto apoyado en el depósito, temblé de gusto, corrí hasta él y lo besé mientras él me abrazaba, después me paso el casco y me monté abrazándome a él. No me di cuenta del camino, ni siquiera era consciente de donde estábamos cuando baje de la moto.

—¿A tu casa eh?

—Sí, ¿querías ir a la tuya?

—No —entré en su comedor y me quité los tacones.

—Me duelen los pies.

—¿No tienes bambas?

—¿Bambas? No.

—¿Otro calzado?

—Sí, tengo miles de zapatos y botas.

—Ya veo princesa —me llevó a la habitación y me sacó la camiseta, después los pantalones y me puso una camiseta de pijama. Él se colocó su pijama y tiró de mí hasta meterme en la cama. Encendió la tele, se pasó mis piernas por encima suyo y cogió uno de mis pies para masajearlo.

—Oh Dios... —eché la cabeza hacia atrás, con una mano le acaricia el

cuello, le pasaba las uñas de arriba abajo y noté como su piel se erizaba.

—¿Te morías por verme? —el cogió mi otro pie y lo acarició.

—Mucho, me he pasado la tarde pensando alguna excusa para ir a por ti
—me sorprendió.

—¿De verdad? —afirmó con un movimiento de cabeza y aproveché para estírame entera.

—Ven —tiró de mi mano hasta colocarme entre sus piernas. Me acoplé de espaldas a él mirando la tele mientras masajeaba mis hombros.

—Estás tensa, es por la mesa que tienes de dibujo.

—Puede ser... —pensé en ella.

—Esta baja y poco inclinada.

—Ya, se rompió la palanquita y quedó fija.

—Si quieres te la puedo mirar, a lo mejor puedo hacer algo —giré mi cabeza en su dirección y le di un fugaz beso en la comisura de los labios. Volví a recostarme en él y presté atención a la tele una película. Notaba sus manos por mis brazos habiéndome cosillas, me encontraba tan relajada con él.

—Esta mañana no me has enseñado las tetas.

—Te he enseñado el trasero.

—Sí, un culo precioso —coló sus manos dentro de la blusa del pijama y me cogió los pechos, los amasó entre sus manos y noté como mis pezones se endurecían con su tacto.

—Lucía ¿te puedo preguntar una cosa?

—Claro, dime —alcé la vista para mirarlo.

—Estas —me levanto el pecho— ¿son de verdad? ¿son tuyas? —abrí la boca sin podérmelo creer.

—Claro son mías, son naturales —retiré sus manos, acto seguido me di la vuelta y me senté a horcajadas encima suyo. Me saqué la camiseta de un tirón y me cogí los pechos con mis manos—. ¿Te parecen a ti que no lo sean?

—Son perfectas —me beso en las manos.

—Déjame que te las vea —retiré mis manos y volvió a cubrírmelas con las suyas.

—Entonces ¿te gustan?

—Me encantan —se acercó con la boca abierta y succiono mi pezón. Tomé su cabeza pegándolo a mí. Cuando notó lo sensible que tenía el pecho fue a por el otro y repitió los movimientos. Yo me movía lentamente encima de él, frotándome sobre su erección y tiró de mi coleta hacia atrás arqueándome entera.

—Joder cielo —dijo tumbándome en la cama— me muero por comerte.

Estiré mis brazos por encima de la cabeza y dejé que me sacara la única prenda que me cubría, unas braguitas negras, levantó mis piernas hasta dejármelas dobladas y hundió la cabeza entre mis muslos.

—Ay —dije sobresaltada por el tacto de su lengua, deje que jugara conmigo todo lo que quiso, ya no sentía ninguna vergüenza con él, me quería así y yo cedía a su petición. Se recostó sobre mí y tentó mi entrada.

—No —dije saliéndome de debajo de él.

—¿No? ven aquí —tiró de mí.

—No —me miró divertido, se sacó los pantalones y se sentó en la cama—. Siéntate aquí.

—Nena... —me advirtió mientras yo me arrodillaba en el suelo—. Lucía

joder... —dijo casi sin aire en los pulmones cuando me introduje su pene en la boca, era bastante grueso y grande. Recogí con la lengua una gota de su excitación y lo rodeé con mis labios, lamí gustosa, como una gata, oía su respiración agitada y sus gemidos.

—Para, para —dijo tirando de mi pelo, lo miré relamiéndome.

—No quiero saber dónde has aprendido a hacerlo así — me reí << hombres>>, me senté encima suyo y yo misma coloque su miembro en mi entrada poco a poco fui ejerciendo presión hasta introducirla entera, lo besé mientras me balanceaba muy despacio notando como salía y entraba. Rodó sobre la cama hasta quedar encima mío, cogió mis manos y me las puso encima de la cabeza entrelazando sus dedos con los míos y siguió bombeando en mi interior al tiempo que me besaba y repetía mi nombre.

—Joder —dijo mirándome a la cara. Yo me revolvía debajo suyo, sentía un orgasmo nacer en lo más profundo de mi ser, apreté su parte baja con mis piernas y me dejé ir.

—Nena me vuelves loco, voy a perder la cabeza —dijo mientras se hundía en mí y se dejaba ir. Se estiró sobre mí apoyado con sus antebrazos a cada lado de mi cara sin salirse de mi interior, notaba su calor en mí y mantenía los ojos cerrados.

— Mírame nena —abrí los ojos y lo mire—. ¿Lo notas? ¿notas esto? —no sabía a qué se refería—. ¿Notas lo bien que encajamos? —sonreí y asentí. Bajó su cabeza hasta mi boca y volvió a besarme.

—No dices nada —repuso nervioso.

—No sé qué puedo decir ahora —me miró mientras salía de mi interior. Vi que se encaminaba al baño y fui detrás de él. Entramos en un plato de ducha pequeño y me apretó a él dejando que el agua nos lavara a los dos.

—Lucía yo... esto se me está yendo de las manos.

—¿Qué quieres decir? —apretó los labios.

—Esto nena, tú.

—¿Qué quieres decir? habla caro. No te entiendo y eso me pone nerviosa. No sé si quieres mandarme a paseo o...

—No, solo te dije que yo... —metió su cabeza debajo del agua—. Lucía yo me estoy enamorando de ti —dijo al tiempo que miraba mi reacción, abrí los ojos y la boca al mismo tiempo.

—No quiero que te agobies, solo que lo sepas... estoy empezando a sentir cosas.

—¿Qué cosas? —el tema me estaba empezando a asustar. Me cogió de las caderas.

—Estoy enamorándome de ti y creo que no es un enamoramiento pasajero ¿me entiendes?

—Más o menos, solo hace cuatro días que nos vemos.

—Ya lo sé pero toda tú eres tan bonita —acarició mi cara—, no te pido nada solo quiero que sepas las cosas me gustan, ser sincero contigo y noto que quiero más.

—¿Qué más quieres?

—A ti, te quiero a ti, conmigo, en mi vida. Cielo, yo... Joder Lucía, no tendría que haberte dicho nada.

—¿Por qué? —dije mirándolo sin entender nada. Salió de la ducha dándome una toalla.

—Porque más o menos sé cómo eres y sé que saldrás corriendo.

—No voy a salir corriendo Cristian, me gusta que seas sincero y que me digas las cosas —caminé hasta él y lo abracé—. Yo también... yo también siento cosas.

—¿Qué cosas mi niña?

—No estoy preparada para decírtelas, pero siento más o menos como tú. Me asusta la verdad, pero me estoy dejando llevar. Me cuesta bastante Cristian, no te puedo decir que sea amor pero... —mordí mi labio nerviosa— estoy a gusto contigo. Me gustas... ahora mismo no te puedo decir más.

*Puedes olvidar a aquel
con el que has reído,
pero no a aquel
con el que has llorado.*
Jalil Gibran.

CAPÍTULO 8

Más cambios

Llevábamos toda la semana juntos, las horas libres que teníamos ¡claro! Yo estaba atacada con el proyecto de la señora Martín y Cristian tenía bastante faena en el taller. El jueves era nuestro día de chicas <<cenita y mojitos>>. Beca estaba un poco mejor que la última vez que la vi y Katy salía de viaje el viernes por la mañana, se iba quince días a Roma por motivos laborales.

El viernes por la tarde cuando salí del despacho, me dirigía hacia el centro de Barcelona a comprar algunas cositas básicas de aseo, ropa interior, algún pijama ... ya que pasaba más tiempo en casa de Cristian que en la mía propia estaba frita de ir con mi bolsón de un lado a otro. Al poner un pie en la calle me encontré con Rubén, intenté salir sin que me viera pero no me sirvió de nada.

—Lucía cielo —se acercó a mí.

—Hola —dije poniendo cara de asco.

—He estado esperando tu llamada.

—Estoy liada Rubén —dije saliendo de su campo visual—, tengo prisa.

—Escúchame Lucía —gritó detrás de mí, aceleré el paso y crucé la carretera.

—Déjame tranquila ¡ostias! —comencé a correr.

—¡Que me esperes! —dijo cogiéndome del brazo con bastante fuerza y

girándome en su dirección—, solo quiero hablar.

—Pero yo no, no te quiero —dije gritando como una loca, la gente que pasaba a nuestro alrededor se paraba al vernos—. Quiero que me dejes, que me olvides de una puta vez y no quiero verte nunca más Rubén.

—Es por ese niñato con el que te ves ¿verdad?

—No es ningún niñato y se llama Cristian —dije defendiéndolo.

—Él no te quiere como yo, te amo cielo, déjame intentarlo.

—Que sabrás tú ¡nunca has querido a nadie!

—A ti sí, siempre.

—Ooooh vaya, que pena me das —dije con sarcasmo intentando soltar mi brazo de su agarre, solo conseguí lo contrario.

—Me estás haciendo daño —dije entre sollozos.

—Cielo escúchame por favor, estate quieta —dijo aflojando su mano—, solo dame una oportunidad,

—No quiero —grité—. ¡Suéltame! ¡joder que me sueltes! —cada vez apretaba más, podía ver en su mirada su furia contenida para no pasar a mayores.

—¡Para! estate quieta —me arrinconó contra una parada de autobús—. Lucía cariño solo te pido una oportunidad.

—Suéltame por favor, déjame que me vaya —se acercó a mí e intentó besarme.

— No, ¡para! —dije estallando en llanto, su mano seguía apretando mi muñeca, parecía que me la estaba partiendo en dos. Mi voz salía a trompicones entre las lágrimas a causa del dolor.

—Te quiero, joder Lucía tenemos que estar juntos yo... yo —el también

rompió en llanto.

—Suéltame Rubén por favor no soporto el dolor —sentí como aflojaba su agarre pero sin soltarme del todo.

—Yo no quiero hacerte daño, solo quiero que me perdones.

—Rubén tu nunca quieres hacerme daño, lo sé, pero siempre me lo haces y entiéndeme que ya no te quiera. Ha pasado mucho tiempo, sufrí horrores y quiero que me dejes — sus ojos se clavaron en los míos.

—Pero Lucía no lo entiendes eres mi vida estos cinco años han sido una mierda, nunca he dejado de quererte, por favor...

—No puede ser.

—Al menos deja que seamos amigos.

—Dame tiempo, pero ahora déjame.

—Te quiero, si me dejas ser tu amigo no te arrepentirás, si tú quieres... — dijo abatido — yo puedo cambiar, puedo ser bueno para ti. ¡Joder! Soy un cabrón, te he vuelto hacer daño y todavía no sé cómo. Yo solo quiero estar contigo, que seas feliz y siempre termino haciéndote daño cariño. En el fondo sé que tienes razón y que no soy bueno para ti —esas palabras no me las esperaba y lo peor de todo es que me las creía de verdad, solo yo lo conocía y sabía que eran ciertas.

—Prométeme Lucía que me darás una oportunidad como amigo... déjame que te demuestre que puedo cambiar.

—Rubén yo... me das miedo.

—Nooooo, seré tu amigo de verdad.

En cuanto me soltó le di un empujón y me aparte de él.

—¡Olvídame! —corrí en dirección contraria a él y paré un taxi—. Al centro por favor... —me cogí la muñeca dolorida con la otra mano y noté

como corría una lágrima por mi mejilla. Cuando saqué el teléfono para llamar a Beca y vi que Cristian me estaba llamando rechacé la llamada y marqué el teléfono de mi amiga.

—Nena ¿dónde estás? —dije llorando.

—Estoy trabajando cielo, ¿qué te pasa?

—Nada quería verte.

—Hoy plegaré tarde, tengo muchísima faena atrasada de estos días, que me he dedicado a lamerme mis heridas.

—Ooooooh.

—¿Qué te pasa?

—Rubén estaba fuera de mi oficina y me ha saltado encima.

—¿Te ha hecho daño?

—Sí en la mano, ya te contaré, te dejo nena tengo que pagar al señor taxista —le mostré una sonrisa de disculpa, mientras que el alzaba la mano.

—Tranquila.

—Beca te llamo a la noche.

Pagué el taxi y me dirigí a El Corte Inglés.

Sin darme cuenta estaba comprando pijamas de hombre, no pensaba, compré cosas sin sentido. Solo podía mirar en todas direcciones buscando a Rubén, <<¿sería cierto lo de ser amigos? sentía pánico>>.

Los necesará cuando venga a mi casa —susurré para mí. Después de comprar unos cuantos regalos para Cristian subí a la planta femenina, compré las cosas que necesitaba y bajé a la zona de perfumería. Salí del centro comercial cargada de bolsas, sin darme cuenta había comprado de

todo. Me encaminé a una parada de autobús y cogí uno que iba hacia la calle Marina. Me mire la muñeca que estaba morada y dolía horrores, bajé las mangas de la camisa y llamé a Cristian.

—Cariño —dijo nada más descolgar.

—Hola.

—Te he llamado.

—Lo acabo de ver, ¿estás en el taller?

—Sí.

—Voy para allá ¿vale?

—Claro cariño, te espero.

Saqué un espejito de mi bolso y me miré, vaya cara tenía, daba miedito.

—Mejor —dijo una chica que estaba a mi lado.

—¿Sí? Gracias.

—Un día duro.

—La verdad es que sí... —suspiré mientras me tocaba la muñeca.

Al bajar del autobús me despedí de la amable chica y me encaminé al taller.

Entré en el pequeño antro de manchas de aceite.

—Hola.

—Aquí debajo cielo —dijo Cristian —, ahora salgo.

—Tranquilo — me esperé con las bolsas cogidas en una mano.

—¡Vaya que alegría muchacha!

—¡Mariano! —corrí en su dirección y lo abracé.

—Que recibimiento —dijo el rodeándome con sus brazos, no lo solté, necesitaba sentirme arropada al menos unos minutos.

—Lucía, ¿te pasa algo? —lo miré con los ojos brillantes.

—No, no —le di un beso en la mejilla y él me miró con su rostro contrariado. Desvié mi vista hasta una mesa repleta de papeles —¿Hola? ¿Qué ha pasado ahí? —le dije a Mariano para desviar su atención del tema que le estaba rondando la cabeza y yo intentaba evitar.

—Todavía no sé cómo va muy bien este cacharro — dijo señalando el ordenador y los papeles.

—Lucy, me cambio y nos vamos.

—Vale —le contesté a Cristian.

—Bueno hija muchas gracias por todo.

—¿Ya se va?

—Sí, me voy a casa que estoy baldado.

—Descanse Mariano —le dije despidiéndolo con la mano. Cristian con unos vaqueros rotos y una camisa negra, llevaba unas bambas oscuras e iba despeinado.

—Nena estas muy rara —dijo cogiéndome las bolsas—, ¿qué has comparado? ¿la tienda entera?

—Sí, je je je solo unas cositas básicas para mi supervivencia en tu casa — me reí.

—No me has dado ningún beso pijita mía —me acerqué más a él y lo besé, me rodeo con sus brazos y dio dos pasos hacia adelante mientras nos

besábamos.

—Eso está mejor, ¿dime que tal el día?

—Bueno, como todos.

—¿Quieres ir a casa?

—No, preferiría picar algo por ahí.

—¿Te apetece ir al centro?

—Vamos donde el otro día.

—¿Al cortijo? —me miró sorprendido.

—Sí por favor, vamos, la comida era aceptable —él me miró con los ojos abiertos.

—Espera, iremos en moto —esperé hasta que salió con ella del taller y al subirme cogí la bolsa.

—¿Las dejamos mejor en casa?

—Sí mejor.

Cuando entramos en el piso fue directo a la habitación yo seguí sus pasos

— Te has comprado cosas para dejarlas en mi casa —gesticuló con sus cejas.

—Sí, bueno... no había pensado que a lo mejor te molestaba...

—No me molesta para nada, ¿puedo mirar?

—Claro —abrió las bolsas.

—Estooo... cariño ¿desde cuándo utilizas calzoncillos?

—Calla burro, esas cosas son para ti, para cuando estés en mi casa —se rio.

—Eres perfecta —vacío el contenido de las bolsas y lo depositó sobre la cama—. Dos pijamas, calzoncillos, unas zapatillas y un chándal, todo de marca, no hacía falta.

—Son cosas que necesitas, también hay un cepillo de dientes y gel masculino, higiene corporal nene, básico... muy básico —él se rio a carcajadas y negando con la cabeza se acercó a mí.

—No podrías ser más cursi cielo ni aunque te lo propusieras.

—A ver... —dijo abriendo otra bolsa—. ¡!!Vaya!!! ¿Y con esto vas a estar tú aquí? —sacó un camisón azul claro todo de encaje.

—Sí, un par camisones y ropa interior —dijo extrañada—. Lo normal ¿qué quieres que vaya en pelotinas?

—¿Y todas estas cremas?

—Las mías, las de uso diario.

—¿Todas?

—Sí, todas.

—Mira nena este cajón está vacío coloca tus cosas aquí, bueno... donde tú quieras.

—Vale, lo hacemos luego —dijo metiendo todas las cosas del baño en una bolsa y dejándola en la cama.

—Vamos —dijo cogiendo el bolso.

—Sí —cogió mi mano.

—¡Ay! —grité de dolor.

—¿Te he hecho daño? A ver... —levantó mi mano.

—No, no —la retiré.

Salimos a la calle.

—Vamos andando, está a dos manzanas —volvió a cogerme de la mano y yo sin quejarme reprimir un sollozo repentino, le pasé mi brazo alrededor de su espalda, la mano me dolía horrores y notaba que la tenía hinchada. Al entrar en el bar vimos a Paula con su novio, enseguida se puso de pie y nos llamó.

—¡Lucy! nena aquí —fuimos en su dirección y Cristian volvió a tirar de mi mano.... Dios, vi las estrellas.

—Ay —me quejé.

—¿Pero qué te pasa?

—Nada, un mal gesto —por suerte para mí, no le dio más importancia, retiró una silla para que me sentara.

—Hola —dije mientras los besaba a ambos. Charlamos entretenidamente mientras nos tomaban nota. Pidieron unas tapas y unos bocadillos, yo pedí una torrada de jamón. Ya se me había pasado el mal trago de la tarde charlando con ellos mientras Cristian me arropaba con su brazo y me daba besos de vez en cuando. Me sentía genial con ellos, una más. Cuando nos sirvieron la cena mis tripas dieron un vuelco. Cogí los cubiertos y al sostener el cuchillo cerré los ojos por el dolor, los cubiertos se resbalaron de mi mano y Cristian me miró.

—Tanto te duele! —cogió mi brazo con delicadeza y yo me solté rápidamente.

—No es nada serio, un mal gesto.

—No puedes ni coger un cuchillo cielo eso no es un mal gesto.

—A ver —dijo Paula.

—No, que no es nada serio, de verdad, cenar tranquilos —me comí la tostada como pude y picotee de las diferentes tapas. A la hora de los cafés ya no me acordaba de la mano ni de nada. Sin darme cuenta recogí las mangas de mi camisa y pasé una pierna por encima de las de él. Cristian posó sus manos encima de esta y me masajeo mientras tiraba despacio de mi labio inferior. Paula y su chico se habían ido rápido tenían entradas para el cine así que estábamos los dos solos. Me abrazó acercándose a él, cuando vi que se tensó como una cuerda, me miro sorprendido y después miro mi mano.

—¿Qué cojones te ha pasado?!

—¿A mí? —dije sin comprender.

—Sí, tu mano y no me digas que eso es un mal gesto —dijo conteniendo la rabia—. ¿Quién cojones te ha hecho eso? —me llevé las manos a mi cara.

—Nada; en serio Cristian no ha pasado nada.

—Nena no me vengas con ostias y dime como te has hecho eso, o dime quien te lo ha hecho.

—Venga, vamos a pagar —me puse de pie de un salto bajándome las mangas.

—¿No me vas a decir nada?

—Es que no quiero hablar de eso.

— ¿Por eso que estabas tan rara hoy?

—Eeeh ... sí. Cristian, vámonos.

—Sí vamos —dijo caminando hasta la barra, pidió la cuenta y después de pagar salimos del bar. Me encendí un cigarro y le di otro a él, estaba demasiado serio. No me cogió de la mano ni de la cintura, aceleré mi paso y me pegue a él, cogí su mano con la mía sana y caminamos en silencio. Entramos en el piso todavía callados, fui hasta su dormitorio y doblé los

cuatro trapos que me había comprado, los coloqué en el cajón libre cuando él entró.

—¿De verdad no vas a contarme qué te ha pasado?

—Es que no quiero —dije mordiendo mi labio, me estaba temblando y notaba que no podía reprimir más las lágrimas que bajaron libres por mi cara. Mi pecho subía y bajaba, me quede de pie delante de él llorando como una cría.

—Cielo ¿hay algo que debería saber?

—No.

—¿Por qué no me lo cuentas?

—Abrázame le pedí —caminó hacia mí cogiéndome entre sus brazos, cuando note que estaba más tranquila saqué mi cabeza de su cuello y lo miré.

—¿Me dejas verte la mano? —asentí mientras subía la manga, cuando me vio la mano apretó la mandíbula hasta hacer rechinar sus dientes.

—¿Quién te ha hecho eso?

—Rubén.

—¿Quién es? —lo miré y relajé mi cuerpo.

—El chico que apareció en mi casa el domingo.

—Ah ya, y se puede saber ¿por qué te ha tocado? Ven —se levantó conmigo en brazos—, esto te lo tienen que mirar.

—No, ya está dame hielo y me lo vendo.

—Está muy morada —buscó en el congelador y cogió un paño limpio—. ¿Por qué te ha tocado?

—No sé, se ha puesto nervioso, hemos discutido y hemos forcejeado.

—¿¡Queeee!?! —dijo adelantado la cabeza—. ¿Te ha pegado?

—No, solo me ha cogido de la muñeca.

—Pero a ver... —dijo poniéndome el hielo en la muñeca—, nena por favor explícamelo todo bien porque me está hirviendo la sangre y no sabes de lo que soy capaz.

Le conté la historia desde el principio, desde que éramos novios y cómo fue nuestra relación, también el primer y segundo encuentro y las veces que apareció en la oficina. Fui sincera y le dije que nos habíamos besado el viernes.

—¿Os acostasteis?

—No Cristian, no —vi que suspiro aliviado.

Después relaté los hechos de esa misma tarde.

—Qué hijo de puta, como te vuelva a poner una mano encima vamos a tener un problema ¿por qué no me lo has dicho?

—¿Para qué, para esto? ¿para qué te enfades?

—Yo no estoy enfadado contigo cielo, pero a él como le vea la cara, no sé de lo que soy capaz.

Esa noche no hicimos el amor, vimos unas películas tirados en el sofá mientras comíamos palomitas. Me obligó a tomarme unos anti inflamatorios, después me puso una pomada y me vendó la muñeca. No tengo noción de cuándo me dormí y abrí los ojos cuando me llevaba a la cama.

—Dime cielo.

—Me vas hacer el amor —dije adormecida entre sus brazos.

—Es tarde y estás cansada.

—Pero yo quiero que me lo hagas...

Él cumplió mi petición. Me dejó en la cama y mientras me desnudaba besaba mi cuerpo con devoción.

—Cariño —lo llamé, tenía la cabeza entre mis muslos—, quiero sentirte dentro —subió por mi cuerpo lamiéndolo y acomodándose entre mis piernas, cogí su pene entre mis mano y lo tente en mi entrada.

—¿Quieres tenerme dentro?

—Sí —abalancé las caderas sintiendo como se introducía un poco más.

—¿Cómo me quieres?

—Dentro —supliqué removiéndome debajo de él, se coló en mi interior despacio. Pude sentir como mi cuerpo disfrutaba una dulce locura.

—¿Lo notas ya? —ronroneó.

—Sí.

—¿Notas lo que te quiero nena?

Cogí su cara con mi mano y lo acerqué a mi boca. Nos miramos a los ojos desnudando nuestras almas.

—Te quiero —dijo mientras tiraba de mí poniéndome encima sin dejar de mirarnos, empezó a moverme de arriba a abajo como a él le gustaba y reclinándome hacia atrás, me abrazó con sus brazos sujetándome la espalda. Él se movía a mi ritmo debajo de mí.

—Córrete cariño, no puedo más —coló un dedo entre nosotros y comenzó a tocarme el clítoris.

Estallamos los dos en un orgasmo bestial abrazados el uno al otro e intentando respirar con normalidad.

—Te quiero nena, ¿me quieres tú a mí?

—Sí, te quiero.

Desperté el sábado temprano, él seguía dormido como un angelito, con cuidado salí de debajo suyo y entré en la ducha. Ya tenía mucho mejor la muñeca, la destapé con cuidado y me metí en la ducha. Me lavé tranquilamente con todas mis cosas, me apliqué una mascarilla y me relajé debajo del agua. Después volví a la habitación, vi que se removía buscándome estaba dormido y relajado, saqué mi ropa interior y unos vaqueros con una camiseta negra de manga larga, volví a entrar en el cuarto de baño y comencé a vendar mi muñeca. Estaba mejor pero vendada no me dolía, levanté la vista al espejo y lo vi en el marco de la puerta mirándome. Se acercó rápidamente y le sonreí cuando lo noté pegado a mí.

—Deja, ya te la vendo yo —me volví hacia él apoyando mi trasero en el mueble del baño y le tendí mi brazo, me besó la palma de la mano y los moratones de las muñecas.

—Ya está —susurró pegándose a mí, me dio media vuelta encarándome al espejo. Vaya cuadro, los dos desnudos... yo con el pelo húmedo que caía por mi pecho y el despeinado, recogió mi pelo con sus manos y lo colocó en mi espalda, posó sus manos en mi estómago y las deslizó hasta cubrirme los pechos.

—Abre los ojos —le obedecí y miré a través de él. Me los acariciaba casi con reverencia, pellizcó los pezones que ya estaban duros por su tacto y tiró de ellos. Deslizó sus manos por mis costillas hasta llegar a las bragas, las bajó hasta medio muslo lamiendo mi espalda y ellas cayeron solas al suelo. Metió una mano en el arco de mis mulos y con dos dedos los deslizó hasta el fondo de mi vagina.

—Buff... que calentita estas —cerré los ojos—. Míranos.

—Me da vergüenza.

—¿El qué? ¿mirarnos te da vergüenza?

—Sí —lo miré—, me da vergüenza ver las cosas que me haces —me estaba poniendo colorada.

—Me encanta tocarte así —frotó sus dedos en mi interior.

Miraba la escena que tenía delante de mis ojos, era tan erótica que no podía dejar de mirarla. Él me besaba el cuello mientras me acariciaba, me inclinó hacia adelante apoyándome sobre unas toallas que colocó.

—Recuéstate pero no dejes de mirarnos —levanté la mirada mientras él me separaba las piernas.

—Quiero que veas cómo me meto dentro de ti, quiero que ves la cara que pones cuando hago que te corras.

Esas palabras eran la ostia de excitantes, me dije mientras mantenía la vista en nosotros.

—Quiero que veas lo preciosa que eres.

Yo lo miraba solo a él, tan grande, pegado a mí, tan guapo... bombeaba dentro mío apoyado sobre mi espalda y con una mano tiraba de mi pelo levantado mi cara para que mirara el espejo.

—Córrete —me pidió, yo complacida me deje ir note que él se venía conmigo. Rugió en mí nunca mi nombre Lu...Lucía te quiero —dijo controlando sus espasmo que me empotraban más contra el mueble.

Salíamos del cine cogidos de la mano.

—Ven nena —dijo tirando suavemente de mí—, vamos a comprarte unas bambas.

—¿Unas bambas? ya tengo bambas para el gym.

—No, para el gym no, para ti, para salir a la calle. Siempre vas con tacones.

—¡Qué dices! No... no ni muerta —me reí.

—Sí, ven, entremos en una tienda de deportes —saludó a un chico vestido de árbitro mientras yo miraba las bambas.

—Ven que te la presente. Nena —me giré en su dirección— te presento a Víctor. Víctor ella es Lucía.

—Encantado —me dio dos besos—. Vaya, no nos dijiste que era tan guapa —me reí.

—¿Has visto algunas bambas que te gusten?

—No sé, a ti ¿cuáles te gustan? —le pregunté.

—Mírale unas New Balance de estas que son finitas en negras o blancas, sencillas.

—También hay unas nuevas que son muy guapas.

—Saca las que tú veas —caminamos por la tienda mientras íbamos mirando unos chandals. Él cogió dos pantalones y tres sudaderas.

—Nena ven —dijo levantando una— pruébatela.

—¿Que me pruebe esto?

—Sí ven, no seas estirada —se rió.

—Capullo —le devolví la burla. Era una una chaqueta de chándal gris clarito con los bordes rosas, era Adidas y muy bonita.

—¿Te gusta?

—Sí, está muy chula —al final me decidí por las bambas que eligió Cristian pero se empeñó en coger los dos pares.

—Me gustan las dos.

—Bueno... —me encamine a caja saque el monedero.

—Guarda eso —dijo sacando su cartera.

—Cóbratelo todo —dijo a la chica que desnudaba con la mirada.

—Tres pares de bambas, dos chandals, una sudadera, vaya que generoso es tu novio —me miró.

—Sí —me puse de puntillas y lo besé, él le dedicó una sonrisa cuando cogió el cambio.

—Vaya —dije saliendo delante de él.

—¿Vaya qué?

—Nada —nos despedimos de su amigo y salimos del local.

—¿Vaya qué?

—Esa sonrisita de idiota —dije algo molesta.

—¿Estas celosa?

—¿Yo? que va... —el parecía divertido pero yo tenía un cabreo monumental.

—Sí, estás celosa —se rió.

—Que no.

—Cariño, yo solo tengo ojos para ti —me dio una palmada en el culo y me lo apretó—. ¿Cenamos?

—Vale.

—¿A dónde quieres ir?

—Bueno, ya que tú has decidido el cine y las compras innecesarias... —él arqueó una ceja —vamos al puerto a una marisquería.

—Tus deseos son órdenes para mí —me cogió en brazos mientras yo lo besa a punto de volverme loca.

—Esas sonrisas te las guardas para mí ¡vale!

—Vale —dijo tirando de mi labio.

—Lucía —sentí la voz de mi madre que venía en nuestra dirección con papá. Cristian me dejó en el suelo algo nervioso, mientras ellos se acercaban cogidos de las manos sonriendo.

—Vaya, vaya... con que este es Cristian —saltó a sus brazos besándolo —hijo que guapo eres —ella lo miraba por todos lados.

—María, mujer, que lo estas incomodando —se rió mi padre que le ofreció una mano.

—Ricardo, María encantado de veros y de conocerte, ahora ya sé por qué Lucía es tan guapa.

—Ya la has enamorado —le palmeo el hombro papá.

—¿A dónde vais hija? —dijeron mis padres a la vez.

—Hemos salido del cine y vamos a cenar al puerto.

—Que suerte, tu padre nunca me saca.

—Podríamos tomar algo los cuatro ¿no? —le dijo papá a Cristian.

—Por mí encantado.

—Venga, vamos.

Mamá se cogió a Cristian tirando de él. Entramos en una cafetería y al tomar asiento preguntó curiosa:

—¿Qué os habéis comprado?

—Mira —le enseñé las bambas.

—¿Tú con bambas? Hija, si no lo veo no lo creo.

—Él se ha empeñado.

—Ya veo —lo miró complacida—. Me gusta mucho hija que vayas más informal, siempre vas tan perfecta que da miedo abrazarte. Me gustas —lo señaló a él que charlaba entretenido con papá.

—Lucy —dijo papá mirando mi muñeca vendada— ¿qué te ha pasado?

—Nada un golpe —Cristian apretó la mandíbula y mi padre lo miró.

—¿Eso ha sido Rubén no?

—Sí papá.

—Cuéntanoslo ahora mismo —dijo mamá alarmada—. ¿Le has puesto una denuncia?

—A ver, te lo explico si callas un segundo... salí del trabajo y me lo encontré quería hablar y como me negué forcejeamos.

—Me dijo el conserje que te vio discutir con un chico.

—Ya, pero no pasó de ahí.

—Relájate le dijo mi padre a Cristian que estaba tenso.

—Es que... —me apretó con sus manos —es que este tema me pone nervioso.

—Yo el lunes lo llamaré.

—No, déjalo, no creo que vuelva a venir... ya le quedo todo claro. Bueno, nosotros nos vamos —nos despedimos de ellos y salíamos del local cuando mi madre tiró de nosotros.

—Cristian cielo ¿por qué no venís a cenar el jueves a casa? vendrá mi hijo y así lo conoces —él me miró esperando mi consentimiento.

—Mamá no seas pesada.

—Yo solo quiero conocerlo y que nos conozca.

—Si su hija quiere yo iré encantado.

Al entrar en su coche lo miré.

—Si no quieres ir no pasa nada.

—¿Por qué no voy a querer ir?

—No sé, por verte obligado a conocer a mi familia tan pronto cuando aún nos estamos conociendo nosotros.

—Nosotros ya nos conocemos cielo, no pasa nada,

—No sé, eso es cosa de novios no —dije arrugando la nariz y giró su cabeza en mi dirección.

—¿No somos novios?

—No.

—¿No? —respondió preocupado.

—No, no lo somos, no me lo has pedido nunca —él me miraba con la boca de lado—, yo pensé que éramos amigos...

—Amigos te voy a dar yo a ti —tiró de mi nuca dejando mi cara a un centímetro de la suya. —¿Quieres ser mi novia? —dudé unos segundo bajo su mirada fulminante, mordí mi labio nerviosa y respondí.

—Sí, claro que sí.

—Buff —me besó fugazmente — te quiero —dijo mirándome a los ojos.

—Y yo a ti.

—Dímelo —rogó

—Te quiero. Sí —dije mientras descolgaba el móvil.

—Nena ¿nos vamos a ver?

—Voy a cenar al puerto te llamo después y te recogemos.

—¿Con vosotros de aguanta velas?

—¿Qué dices? —me reí—. No, podemos ir a tomar algo con lo amigos de Cristian, te gustarán son gente muy maja.

—Vale, me llamas cuando terminéis.

Tras colgar vi la cara de preocupación de Cristian, no tenía ni idea de qué le pasaba, en fin yo solo pensaba en el te quiero que le había dicho sin saber si realmente lo sentía.

—Cielo ¿de verdad quieres ir con mis amigos?

—¿Sí por qué?

—Pensé que no eran el estilo de gente con la que te gusta rodearte.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que tus amistades son diferente a nosotros, ya ves somos de barrio —dijo casi avergonzado, no sé si de él o de mí.

—Eso está fuera de lugar ¿sabes? , tú eres de ese barrio y desde hace un rato eres mi novio ¿por qué no voy a querer ir contigo y tus amigos? además te aseguro que me siento mucho más cómoda con ellos que contigo ahora mismo —se giró de golpe mirándome , yo estaba sentada con el rostro serio mirando al frente con brazos y piernas cruzadas.

—Cielo, no quería decir eso..., solo que me ha sorprendido.

—Ya déjalo.

—Mírame.

—No —salimos del aparcamiento y ya no podía más, no me podía callar.

—A ver, lo que no entiendo es que opinando eso de mí quieras estar conmigo, si te avergüenzas de mí y de mi amiga entonces eres un clasista.

—Nena no me avergüenzo de ti —dijo girando el volante mientras miraba por el retrovisor —estoy contigo porque te quiero, no pienses esas cosas, solo que pensé que a ti no te gustaba mi mundo.

—Me ha sentado fatal, ¿tan diferentes nos ves?

—No.

—¿Entonces?

—Perdóname —me cogió del muslo —perdóname mi niña.

—Está bien pero vigila ese vocabulario tuyo.

—¿Me das un beso? —dijo parándose en el semáforo.

—No me apetece besarte.

—Por favooooor...

—Está en verde —miré por la ventanilla del coche.

La cena no fue tan tensa como yo esperaba. Él con sus bromas consiguió que me relajara. Cenamos un arroz caldoso que estaba buenísimo. Después del café y de fumarnos un cigarro charlamos entre muchas cosas de Beca y Andrés, le puse bien al día.

—Cielo yo pienso que Beca tiene razón, si es como lo contáis te aseguro que él está con la otra, mírame a mi yo no puedo apartar mis manos de ti.

—Es diferente nosotros llevamos unos días conociéndonos, ellos llevan dos años, la pasión y la lujuria ya se han esfumado cual caballo veloz.

—¿Caballo veloz? Lucy —se rió —ya pueden pasar mil años que te aseguro que yo no apartaré mis manos de ti.

—Ya... venga, vámonos —saqué el monedero.

—¿Qué haces? —su tono era de enfado.

—Pagar, siempre pagas tú todo, lo justo es que pague yo la cena.

—No, tú no vas a pagar nada y esto no es discutible, pago yo.

—Está bien —dije alzando mis manos al cielo, guardé el monedero y dejé que él pagara. Íbamos cogidos de la mano caminando hacia el coche cuando me encontré con unos viejos amigos, Sandra y Nacho, unos compañeros de la universidad.

—¡Sandra! —nos paramos delante de ellos.

—Lucía que guapa estas —nos saludamos con dos besos y presenté a Cristian como mi novio. Ellos fueron muy simpáticos y agradables.

—Podríamos quedar un día para cenar y nos conocemos mejor.

—Cuando queráis —contestó él y después de unos minutos de charla nos despedimos.

—Ves, mis amigos no son tan diferentes a los tuyos.

—Ya —dijo abriéndome la puerta del coche.

—¿De qué te ríes?

—Cuando me vean aparecer con Beca verás la que se lía.

—¿Es muy exuberante no?

—Rodri se enamoró de ella el día del pub.

—¿Si?

—Sí, cuando la vea ya verás.

Aparcamos debajo de su casa y salimos a esperarla, nos estábamos fumando un cigarro cuando salió del portal con unos pantalones negros, unas botas de caña alta tejanas, una blusa tejana recogida en un lazo en la cadera y su bolsito de mano.

—Vaya Beca estas guapísima —le dije abrazándola.

—A ver chicos a donde me lleváis.

—Pasaremos por el barrio a ver dónde va esta gente y si nos apetece nos unimos.

—Genial.

—Nena estás guapísima —dijo mirando mi ropa. Yo llevaba unos pantalones de pinza negros con una camisa negra ceñida y muy escotada con unos zapatos rojos altos y el bolso a conjunto.

—¿Qué te pasó ayer?

—Mejor que te lo cuente después porque me pongo enfermo — le enseñé la muñeca.

—No me lo digas, Rubén ¿verdad?

—Alucino... todos saben que fue él en cuanto te ven la muñeca ¿qué clase de relación teníais? —dijo casi arrancando el volante.

—Una muy destructiva.

Al bajar del coche enfrente del cortijo ese donde se reunían, Beca me miró sorprendida.

—Venía a ver dónde estaban y si ibais a salir.

—Que va, vamos para casa —dijo uno mirando a Beca.

—No nos presentas —dijo otro

—Mi novia Lucía y una amiga Beca —nos saludaron y todas las miradas se centraron en ella.

—Que pasa Lucy —gritó Peta nada más verme. Lo saludé con dos besos y me pasó un brazo por los hombros.

—Joder ¿de dónde has sacado esa Rubia? —se relamió los labios.

—Es mi amiga Beca —ella estaba encantada siendo el centro de atención. Al momento salieron los demás, todos me saludaron parecían contentos de verme sobre todo las chicas. Volvimos a hacer una ronda de presentaciones cuando un coche se paró en frente y se bajó un chico alto guapísimo vestido con tejanos y camisa oscura.

—Tíos ¿dónde vamos? —cuando vio a Beca se le cambió la cara, después me busco a mí con la mirada sonriéndome y por último miró a Cristian, se acercó a él y le dio un abrazo.

—Te estábamos buscando para salir ¿has visto? te hemos traído a la rubia.

—Esta pillada tío.

—Ya no —dije yo dando saltitos.

—¿Ya no? —se giró y camino hacia ella como un bandido.

—Ven —tiré de Cristian.

—Rubia —dijo el acercándose hasta darle dos besos.

—Hola —sonrió. Estaba tan guapa, encima se le veía el ombligo y no estaba sexy... lo siguiente << que le corten la cabeza> grite en mi interior.

Él le pasó un brazo por los hombros.

—¿A dónde vamos a ir esta noche rubia?

—A bailar —contestó. Él la sacó descaradamente de entre los demás que se la comían con los ojos y caminaron hasta llegar a nosotros.

—Venga tío ¿a dónde vamos? —le dijo a Podrí.

—A bailar.

—Sí, quiero bailar y beber.

—Yo quiero que bebas —se rió el muy pillín mientras nos encaminamos a los coches.

—Pero vamos juntos no —dijo Beca colándose entre nosotros.

—Como quieras.

—Tú amigo me mira con deseo —se rió y los demás nos reímos.

—Rubia, tú en mi coche conmigo.

—Ay no sé —dijo la pija mirándonos.

—No te haré nada que tú no quieras —la cogió de la mano y tiro de ella, ella encantada se dejó girar.

*El amor es emoción,
y el sexo acción.*
Madonna.

CAPÍTULO 9

Baila conmigo

Entramos en local sobre las dos de la mañana, nos pusimos directamente en el centro de la pista; sonaba una canción que me encantaba del artista DSoul El No Te Dá, ya íbamos cargaditas de alcohol así que sin pensarlo mucho bailamos como si no hubiera un mañana. Yo bailaba junto a Cristian.

—¿Tío vamos a pedir algo de beber? —le dijo Rodri.

—Ahora vengo, no te muevas mucho —bailé con Beca moviendo las caderas y cogidas del mano, ella me dio una vuelta.

—Nena como está el Rodri este ¿no?—dijo en mi oído.

—Sí es monísimo, y se le cae la baba contigo.

—¿Tú crees?

—Tía se me cae hasta a mi —le dije muerta de la risa, volvió a darme una vuelta cuando se acercaron unos chicos a nosotras.

—¿Qué hacen dos chicas tan guapas y solas? —dijo uno invadiendo mi espacio vital.

—Ni guapas ni solas —dijo Cristian —, apártate de mi novia ¡Ya!

—Perdona no lo sabía— se disculpó el chico.

—Andando —dijo Rodri detrás de ellos. Me disculpe con una sonrisa y me acerqué a ellos, cogí mi copa y besé a Cristian.

—No te puedo dejar sola ¿eh?

—¿A mí? ¡Qué dices! anda va— tiré de él para bailar. Rodri le dio la copa a Beca y ella ni corta ni perezosa tiro de su camisa hasta besarlo.

—Estos se piensan que solo se pueden dar besos ellos —dijo después mirándonos — Demuéstrales que nosotros también sabemos— se volvió a acercarse a ella.

—Se la va a comer— le dije a Cristian que se rió.

—Lo más seguro, pero nena yo te como a ti —tiró de mi pelo mordéndome la oreja.

—Baila conmigo cariño— dijo cogiéndome y dándome una vuelta, entre besos caricias y tanto baile estaba algo mareada, Rodri y Beca se comían el uno al otro apoyados en una columna. Notaba que Cristian estaba alterado, su corazón latía fuerte y estaba demasiado cariñoso <<me encantaba>>.

—Ven— tiró de mí hasta llegar a la escalera.

—¿Dónde vamos?

—Fuera a fumar.

—A vale —dije subiendo las escaleras de dos en dos para seguirlo. Al salir me dio un cigarro, nos alejamos de la puerta y caminamos hacia el final de la calle, estaba oscuro, las farolas no daban casi luz.

—Está muy oscuro.

—Mejor ven —dio un tirón de mi brazo y dio dos pasos hacia adelante—. Ven ponte aquí— me apretujó contra un coche.

—¿Qué haces?

—Besarte —dijo hundiendo la cara en mi escote; me beso despacio de abajo a arriba hasta llegar a mis labios—. Mira nena como voy solo de

verte bailar —me cogió una mano y la llevó a su erección—. Ven ponte aquí.

—¿Qué haces? Estás loco.

—Shh...calla.

—Nos van a ver.

—Peor para ellos —dijo metiendo una mano dentro de mis pantalones—. Separa las piernas —noté como apartaba mi ropa interior con un dedo y me acaricia por dentro.

—Estas caliente.

—Sí —dije colgada de su cuello, ya no podía articular palabra.

—Voy hacer que te corras aquí en la calle, para después bajar a bailar mientras estas húmeda y deseosa que te la meta y cuando llegemos a casa me ruegues que te folle duro. ¿Me oyes?

—Sí...— dije con la respiración agitada

—¿Te gusta cielo?

—Mucho, pero... ¡esto no está bonito en plena calle!—se pegó a mi rozándose conmigo mientras sus dedos salían y entraban en mí, rápido y fuerte; con el pulgar presionaba mi clítoris martirizándolo.

—¿Te quieres correr ya?

—Sí —grité cerrando los ojos, saco los dedos que tenía dentro de mí empapados y el otro sobre mi botón del placer, succiono mi lengua con fuerza y yo me corrí violentamente sobre su mano.

—Me va a estallar la polla —dijo mirándome y besándome violentamente. Todavía temblaba de placer pegada a él.

Cuando mi respiración se normalizó, volvimos a caminar hacia el local

mientras él me daba un cigarrillo encendido. En ese preciso instante vimos a Beca y Rodri.

—Donde estabais?—dijo mi amiga, al verme la cara se hecho a reír.

—Vale no digáis más —dijo cogiéndose a Rodri.

—Estábamos fumando —dijo Cristian—.Venga para adentro — nos arrastró a todos.

Después de ese orgasmo increíble me sentía vacía lo quería sentir dentro y que me follara duro. No podía para de bailar con él y de restregarme; a las cuatro de la mañana ya no podía más. Cristian cuándo no bailaba junto a mí se tomaba algo en la barra sin dejar de mirarme.

—Vamonos... por favor...—no me dio tiempo a más en ese momento me cargó en el hombro mientras los otros dos iban dándose besos de película.

—Rubia te vienes a mi casa —escuché.

—Donde tú quieras.

Levanté la cabeza y los miré.

—Cielo vas muy pedo —dijo Beca.

—Este que me ha emborrachado —me reí—. ¡Bájame!

—No hasta que lleguemos al coche. —Al pasar por delante de los porteros ellos me miraron con una sonrisa.

—Buenas noches —dije pizpireta. Llevaba un pedo importante y suerte que Cristian me llevaba auestas si no tendría que ir a gatas, que para el colmo no era la primera y seguramente la última tampoco << ¿que hago con mi vida?>>.

Entré en casa descalza con los zapatos en la mano y fui directa a mí dormitorio; me quité la ropa y dejé solo mis braguitas.

—¿Cristian dónde estás?

—En el comedor.

Cuando salí se estaba haciendo un cigarrito de esos “aliñados”.

—¿Qué haces? — dije poniéndome delante suyo.

Me miró incrédulo y cogió mis bragas acercándome a él. Me besó en el estómago, en los huesos de las caderas, mientras que frotaba su nariz por encima de mi pubis.

—Siéntate —me mordí el labio nerviosa y me senté a su lado, él se recostó en el sofá mientras sacaba el humo de su boca, le desabroche la bragueta y colé una mano dentro de su ropa interior; estaba duro como una piedra.

—Vaya...— lo miré.

—Toma fuma —me lo puso en los labios y yo le di una calada, me coloqué entre sus piernas de rodillas en el suelo mientras le bajaba los pantalones. Se los saqué mientras me acercaba a él para darle otra calada, poco a poco lo desnudé.

—Siéntate encima mío — me pidió.

—No.

—Cielo...ven.

—Shh —dije volviendo a ponerme entre sus piernas con su erección en mis manos; pase la lengua por la punta mientras le miraba.

—¿Qué vas hacerme?

—Voy a chupártela —dejó caer la cabeza hacia atrás mientras yo me metía su miembro duro en la boca, chupaba su punta y pasaba la lengua sobre su orificio a su vez iba succionando. Después me la introduje entera en la boca y la lamí de arriba a abajo; con la otra mano le acariciaba sus

testículos que estaban hinchados. Él se impulsaba con las caderas hasta el fondo de mi garganta.

—Para... para por favor —lo escuché decir mientras me cogía del pelo para apartarme, no le hice caso y seguí succionando con fuerza al mismo tiempo que noté en mi paladar su esperma caliente y como sufría los espasmos del placer, lo miré a los ojos sacándomela de la boca, él me miraba con el rostro relajado pero yo estaba caliente como una perri y antes de incorporarme le di un último lametón.

—¿Mejor cielo? — le dije mientras de un salto se puso en pie cargándome al hombro.

—Joder y tanto que mejor —dijo en tono chulesco y complacido—. Me la chupas de vició cielo, casi me muero del gusto —me dejo de pie en el suelo mientras él se estiraba en la cama.

—Nena siéntate encima mío— me coloqué a horcajadas sobre su pelvis cuando me levantó de las axilas y me sentó sobre su cara.

—Cógete al cabezal —obedecí gustosa.

—Me has roto las bragas —me reí.

—Me molestan —dijo metiendo su lengua en mi interior, me movía sobre su boca buscando mí propio placer; ¡Joder! que bien me sentía en esa posición.

—Nene —dije cogiendo aire.

—Dime cielo.

—Quiero que me folles duro— fui a levantarme pero me lo prohibió.

—Estate quieta —me dijo sentándome otra vez sobre su boca

—¡No puedo más!

—Córrete ...

—Quiero hacerlo contigo dentro.

—Eso después ahora córrete —me dejé llevar, ya no podía más.

—No te muevas, te quiero así —dijo posicionándose detrás mío—. Tú quieres que te folle ¿sí?

—Sí, no puedo más.

—Tócate cielo, déjame verte mientras lo haces —me giré y deslicé una mano en mi pubis, con la otra me cogía el pezón mientras tiraba de él, noté su aliento sobre mi otro pecho.

—Tócate —me dijo antes de lamérmelo.

—Quiero que me la metes por favor —dije acariciándome.

—Date la vuelta tal y como estás y chúpate los dedos —dijo ciego de pasión, cuando los metí en mi boca notando mis propios flujos él rugió, cogiéndome por las cadera y alzándome el culo.

—Dame tu culo.

—Soy tuya coge lo que quieras— dije sin darme cuenta de lo que le estaba diciendo, me inclinó hacia la pared y cuando pensé que me iba a penetrar sentí su lengua en mi otro agujero.

—No, no ¿qué haces?

—Lamerte y prepararte nena.

—Pero ¡ahí no! —intente apartarme.

—Estate quieta.

—No yo nunca.... no ahí noooooo —dije al sentir su lengua en mi orificio trasero, con una mano me masturbaba mientras que con la otra me separaba las nalgas, lo lamía como me hacía en el clítoris y poco a poco introdujo un dedo.

—¡Ahh! — me quejé.

—Estas tan apretada.

—Sácalooooo.

—¿Eres mía?

—Sí, pero...

—Pues déjame hacerte esto.

—Está bien pero no metas nada.

—No, hoy no —dijo mientras me recorría con la lengua, yo estaba punto de llorar le había pedido un centenar de veces que me la metiera de una vez pero él estaba concentrado en mi culo.

—Cristian —dije — ¡fóllame de una puta vez! —le escuché una carcajada y después incorporarse detrás de mí, de una sola estocada me penetró y yo me volví loca de placer, me corrí en la segunda investida cogiéndome a su cuello mientras él estaba detrás dándome muy fuerte.

—¿Quieres más?

—Sí.

—¿Cómo lo quieres?

—Fuerte, lo quiero muy fuerte.

—Cógete a mi nena —dijo mientras entraba y salía, nuestros cuerpos chocaban el uno con el otro violentamente, cuando él se corrió me volví a ir con él y los dos nos caímos sobre la cama en un éxtasis demencial.

—Joder nena podría follarte toda la noche —dijo besándome un pecho, intenté ir al baño pero él nos cubrió con la colcha—. No te muevas. Te amo nena —me dijo en el oído, bajito.

—Y yo a ti, te quiero más que a mi vida— lo miré y lo besé.

Mientras nos quedábamos dormidos estaba siendo consciente que le estaba entregando mi corazón y esperaba poder tener mis margaritas junto a él.

*¿Te acuerdas cuando
jugábamos a "Te amo más"?
Bueno, ahora sabes
que yo te amaba más.*
Anónimo

CAPÍTULO 10

Despertares bonitos, anocheceres tristes

Desperté al lado de Cristian, él dormía abrazado a mí, se le notaba tranquilo y relajado mientras yo me encontraba fatal. Noté que se removía inquieto, parecía que teníamos hasta el sueño sincronizado. Poco a poco abrió sus ojos y dirigiéndose a mí, su boca se torció en una sonrisa <<preciosa>>.

—Buenos días cielo —dijo mientras me cogía entre sus brazos y apretaba ligeramente mi cuerpo en un abrazo de oso.

—Bueno días, me encuentro fatal —dije incorporándome.

—¿Qué te pasa?

—La cabeza y barriga —me retorcí—. ¡Hostia la regla!

Salí en dirección al baño y, efectivamente era la regla, lo llamé y le pedí el bolso.

—Toma cielo ¿estás bien?

—No, tráeme ropa interior por favor.

—Voy —entró en el cuarto de baño, yo ya está en la ducha.

—¿Qué te pasa?

—Me ha venido la regla y me encuentro muy mal.

—Te hago el desayuno, ¿quieres café y tostadas?

—Sí por favor.

Después de una ducha de agua caliente me sequé, me vestí y cogí unos vaqueros estrechos, una camiseta y unos calcetines que tomé de Cristian y me coloqué las bambas blancas que me regaló. Terminé mi atuendo recogíndome el pelo en una coleta, salí al comedor y me acurruqué en el sofá.

—Nena me sabe fatal que estés así, ¿puedo hacer algo?

—No —dije lloriqueando—. Con el desayuno me tomo un ibuprofeno a ver si me encuentro mejor.

Me sirvió el desayuno en el sofá y se sentó a mi lado, mientras los dos desayunábamos tranquilamente llamaron al timbre, Cristian se levantó a abrir y al pasar por detrás mío me beso en la cabeza, mientras se dirigía a la puerta lo escuché maldecir << tenemos el mismo despertar >>.

El primero en entrar fue Rodri sonriente seguido de Beca, que tenía unas pintas de haber estado toda la noche martirizándolo con sus artes amatorias de mala mujer, y detrás de ellos Cristian.

—Buenos días nena ¿te ha venido la regla?

—¿Tú que crees? —dije mordiendo la tostada.

—¿Y sigues aquí? —le dijo a Cristian, él la miró sin entenderla.

La mala pécora se dirigió a la cocina y vino con un vaso de agua, lo dejó delante de mí y me dio dos pastillas.

—Tómatelas ¡ya!

—Voy —dije de malos modos y mirándola con reproches, sin entender por qué.

—Ahora te digo —las cogí atravesándola con la mirada y las tomé. Se

quedaron a desayunar con nosotros. Pude ver que Rodri estaba inquieto y la miraba como si fuera la puñetera diosa griega, << pobrecito, inocente, no te enamores>>.

—Tío vamos a por algo para comer —le dijo Rodri. Cristian lo miró y pestañeó dos veces pero entre ellos se entendían con un cruce de miradas como nos pasaba a nosotras.

—Sí vamos —le respondió poniéndose en pie y besando mis labios dulcemente—. ¿Quieres que te traiga algo nena? —negué rápidamente y me recosté en el sofá en posición fetal.

Nos habíamos quedado solas y yo ya me encontraba algo mejor cuando decidí sacarle detalles.

—Cuéntamelo todo —le dije.

Ella me relató con pelos y señales todo lo que habían hecho.

—Como te lo cuento... en el mismo rellano de su casa —yo estaba hecha una bola riéndome a carcajadas y me tapé la cara con las manos.

—No lo voy a poder mirar más —me reí.

—Cielo ¿y tú? nunca te he visto tan feliz —dijo contenta por mí—. Me encanta Cristian Lucy es...

—Gracias rubia, tú también a mi —dijo él. Las dos dimos un respingo en el sofá, entraban cargados con bolsas y los dos tenían una sonrisita en la cara. Yo no podía mirar a Rodri a la cara y sentía que ésta me ardía. Él me buscaba con la mirada y cuando no pude evitar más tiempo que se cruzaran soltó una risotada a la que se le unieron Beca y Cristian. Yo me reí también tapándome la cara con un cojín.

—Estáis todos salidos —dije riéndome con ellos y me recosté nuevamente.

—Me dirás que mi amigo no te hace esas cosas? —dijo picarón mientras subía y bajaba sus cejas rítmicamente y yo volví a ponerme roja.

—Lucy... —dijo Beca acercándose a mí.

—¿Dime? —dije curiosa.

—Déjame unas bragas —abrí la boca.

—Ven conmigo—la conduje hasta la habitación que por suerte había dejado recogida y abrí un cajón.

—Vaya nena ¿tienes un cajón y todo?

—Sí, y mis cosas en el baño, ve y coge lo que quieras —le di una braguita negra sin estrenar, una toalla limpia y le abrí la puerta—, es aquí.

—Pasa anda.

—No —me reí—, no quiero ver cómo te lavas —dije dejándola sola y me dirigí a la cocina.

—¿Os ayudo?

—No cielo, ve al sofá y échate a ver si se te pasa el dolor.

—En este momento estoy mejor —me quejé mientras él me sacaba en brazos.

Después de comer se fueron, poniendo de excusa que iban a echarse una siesta.

—Cristian vamos a mi casa, tengo que preparar las cosas para mañana y así aprovechamos y dejas ahí tus cosas.

—Vale —y de un salto se dirigió al dormitorio.

Eran las nueve de la noche cuando estábamos en el sofá cenando unas hamburguesas con patatas, nos quedamos dormidos enseguida, cuando picaron a la puerta, se levantó Cristian a abrir.

—Hola.

—Hola, perdona ¿tú eres?... —dijo mi hermano.

—Cristian, soy Cristian.

—Ostia tío —le palmeó la espalda—, mi madre me ha hablado mucho de ti.

—¿Tú eres el hermano de Lucy?

—Ese mismo.

—Perdona —le dio la mano y entraron en el comedor.

—Está dormida, no se encuentras muy bien.

—¿Le ha venido la regla?

—Sí.

—Se pone malísima el primer día —entraron en la cocina y se sentaron, mi hermano abrió la nevera y saco dos cervezas. Al oír voces me levanté y me apoyé en el marco de la puerta frotándome los ojos.

—Tete.

—Nena —corrió en mi dirección cogiéndome en brazos.

—Dios que asco de cara niña...

—Ya, estoy mala.

—Ya, lo veo.

—¿Cómo estas cielo? —dijo Cristian acercándose a mí, lentamente me cogió en brazos como si yo no pesara nada y me dejó en el asiento de su lado justo frente a mi hermano.

—Tete, ¿has pasado por casa de los papás?

—Claro. Ahora espero que me cuentes que narices pasó el otro día —negó con la cabeza como si estuviera dándome una regañina—. ¿Por qué tengo que ser la última mierda en enterarme de todo?

—Tete no es eso, lo que pasa es que te conozco y a golpes no se arreglan estas cosas.

—Bueno cuéntame y ya decidiré yo como arreglarlas.

Volví a contarle la historia bajo la atenta mirada de Cristian, le narré todo con pelos y señales << ¿no querías saber? ¡Pues toma!>>. Cristian mantenía la mandíbula tan tensa que pensaba que le iba a estallar, mientras que mi hermano seguía negando con la cabeza mirándome otra vez como si fuera una cría, se levantó despacio y abrió la nevera, saco dos cervezas frías y sin mirarme me dio una tarrina de chocolate.

—Mmm... —me relamí y devoré la primera cucharada como si me fuera la vida en ello.

—Bueno pequeña... no pienses más —dijo mirando mi cara de cachorrito apaleado—, mañana iré a verlo y... —le corté con un grito histérico.

—¡No Tete no irás! me defendí sola y lo dejé bien claro, no hace falta que le digas nada ¡estáis muy pesaditos con el tema y yo estoy hartita! como dice la yaya...

Antes de acabar todo lo que le quería decir por mi furia interna escuchamos como picaban a la puerta. Cristian salió disparado hacia ella y yo detrás seguida de mi hermano que me alcanzo en dos zancadas.

Cuando aparecí en el recibidor Cristian tenía cogido a Rubén del cuello y lo tenía levantado dos palmos del suelo.

—¡A ti te quería yo ver hijo de puta! —dijo dándole un cabezazo.

—Nooo —grité, he intenté sepáralos pero mi hermano me cogió.

—Estate quieta — me retuvo cogiéndome por detrás y rodeándome con sus fuertes brazos

—Como te vuelvas a acercar a mi novia...

—Lucía —gritó Rubén y Cristian lo zarandeó.

—Que no le hables, que no la mires, es mi novia y como te vuelvas a acercar a ella te arranco la cabeza cabrón —lo tiró al suelo—. Casi le partes una mano cerdo, pégame a mi si tienes huevos —le dio una patada en el pecho— ¡venga tío chulo!

—¡Lucía cielo!—gritó. Rubén estaba histérico y tenía sus manos en la cabeza.

—Déjala tranquila de una vez, no te acerques más ¿estamos? —Cristian estaba como loco, descubrí una furia que nunca vi antes en él. La cara le había cambiado y su voz daba miedo, ese no era mi Cristian.

—No, no estamos, yo la quiero y ¿tú quién coño eres? —dijo con asco— ¡Un cocainómano de mierda! eso es lo que eres.

—Su novio —dijo intimidándolo con su cuerpo —yo no me drogo.

—Vete de aquí —le dijo mi hermano e intentó acercarse a él pero Cristian le corto el paso.

—Tío lo siento, me puse nervioso... —le dijo Rubén a mi hermano y luego se giró hacia mí—...yo no te quería hacer daño.

—Se me está hiendo la cabeza, vete de aquí —dijo Cristian.

—No me voy hasta hablar con ella.

—Pero vamos a ver... —volvió a cogerlo del cuello— ...que no te acerques a mi novia tío ¿eres tonto? —lo empujó hasta casi tirarlo por las escaleras.

—Lucía, dile a tu amigo que me suelte.

—No soy su amigo, te vuelvo a repetir que soy su novio y como te vea cerca de ella te-ma-to —dijo cerrando la puerta, yo estaba tiesa como un palo en los brazos de mi hermano.

— Nena —dijo caminado hasta mí, me envolvió con su cuerpo— ya está, ya sea ido —dijo besándome.

—Vamos a la cocina —dijo mi hermano. Cristian me cogió en brazos y camino conmigo.

—¿Sabías que era él? —le preguntó Marc.

—Sí. La primera vez vino un domingo sobre esta y ya tuve el presentimiento.

—Yo al verte lo he imaginado.

—Lo hubiera matado.

Después de tomar unas cervezas me fui a la cama y ellos se quedaron en el comedor charlando. Al despertarme por la mañana vi salir a Cristian del baño.

—¿Cómo estas cariño?

—Mejor —le besé en los labios.

—¿Te preparo el desayuno?

—¡Tarde! —se escuchó de fondo, me reí meneando mi cabeza. Mi hermano siempre se levantaba muy temprano y como costumbre subía el desayuno, lo hacía desde que éramos unos críos. Después de ducharme me vestí con un pantalón de pinzas, blusa y americana, me recogí la melena en un moño y me di algo de color en la cara. Al entrar en la cocina los conseguí a los dos bromeando.

—Toma gorda —me pasó mi hermano una napolitana de chocolate.

—Mmmm... —que buena.

—Recuerda, con la regla que no le falte e chocolate —se rió—, pastas, bombones, lo que sea...

—Está bien saberlo —contestó mi novio guapo y perfecto.

—Tete ¿vas hacia la oficina?

—Claro ¿te llevo? —asentí mientras devoraba la pasta.

—¡Vaya! me caías bien... pero ahora... —Cristian se frotó la barbilla—, ahora que me quitas mis privilegios no tanto —sonó divertido.

—Perdón —se excusó mi hermano.

—Me encanta hacerle el desayuno y llevarla al trabajo por las mañana, pero bueno siendo tú, esa tarea la podemos compartir.

Salíamos los tres de casa.

—Cielo te llamo a la hora del desayuno —le di un beso de despedida y monté con mi hermano en el coche.

Estaba en la oficina con Marc y mi padre cuando me llamó Mery.

—Dime.

—Hay un repartidor con el desayuno para ti Lucía.

—¿Perdona? —dije sin entender nada.

—¿Desayuno?

—Sí, ¿le dijo que pase? —dijo con una risita.

—Sí —fue mi única palabra.

Los tres miramos hacia la puerta cuando esta se abrió, entró un repartidor con una caja y un ramo grandioso de calas acompañado de una mariposa de tela azul. Me puse en pie y cogí el ramo y vi que tenía una tarjeta azul

con mi nombre en color plata. Mi hermano cogió el desayuno y lo dejó en la mesa, después le dio una generosa propina al chico que sonrió de oreja a oreja.

—¿Esto... de quién? —preguntó mi hermano mientras me miraba detenidamente.

—Es... —dije mientras abría la nota—...Cristian.

Porque te quiero. Cristian

—Es un tío de puta madre papá —dijo mi hermano— a ver que hay en la caja... ¡Ostias! —se le ilumino la cara, sacó una bandeja con cruasanes pequeñitos manchados de azúcar glas y rellenos de chocolate. Al lado tres vasos: un café, un cortado y un manchado con pepitas de chocolate junto a otra nota que yo le arranqué de las manos. Bajo la mirada de papa << a quien no se le escapaba una>> yo leía.

Siguiendo el consejo de mi cuñado

ahí va chocolate para mi niña.

y los cafés son tres porque no sé

lo que te apetece. Te quiero

Cristian

—Aaaah... —dije intentando parecer alucinada, papá me miraba preocupado, recordando el cuento que me leía desde que era pequeña y mi hermano solo miraba los cruasanes.

—Lucía anima esa cara —dijo papá —, no son margaritas, pero... es solo un cuento.

Mi hermano nos miró a los dos entendiendo por donde íbamos.

—¿Ya estas con las gilipolleces del amor puro y real? —lo dijo con asco en la cara—. ¡Eso no existe niña! Espabila ¡joder!

—Me da igual que no exista, yo lo creo y eso me vale << ¡quiero mis jodidas margaritas!>>.

No es que sea una fetichista con ellas, solo que... siempre soñé que el verdadero amor de mi vida me regalara margaritas. Papá desde pequeña me contaba la historia de una hermosa princesa que vivía en la torre más alta del mundo, que no encontraba el amor y un día organizó un hermoso baile al que todos los invitados tenían que llevar un regalo. Le regalaron miles de cosas: joyas de todo tipo, animales, trajes y hasta flores pero ella no quería nada de eso... ella quería encontrar un hombre que entendiera sus alegrías, penas y demás sentimientos. Daisy era su nombre y su don ser como el ojo que todo lo ve, porque por el día florecía y por la noche se cerraba como las margaritas. Al cumplir los siete años cayó sobre ella una maldición de la cual solo la libraría al encontrar un amor puro y verdadero que se transmitía con la flor de cuyo nombre ella era portadora. Deseaba que ese hombre con el que compartiría su vida notara su inocencia, su castidad, su pureza y la paz que reinaba en su corazón. Pasaron muchísimos años hasta que llegó un pobre bandolero del cual se decía que era un sanguinario y la persona más malvada de la tierra. Él pidió permiso para descansar en el castillo después de una larga y dura batalla. Pasaron dos días en los que no se dirigieron la palabra, ella le temía tanto que estaba deseando que llegara el momento de su partida. Antes de abandonar el castillo el extraño decidió agradecer las atenciones recolectando un hermoso ramo de margaritas del prado cercano. Cuando ella recibió de la mano del bandolero su ansiado ramo de margaritas la maldición se destruyó y con la de ella también la de él. Dejó de ser un bandolero cruel y desaliñado para ser un precioso príncipe y al cruzar sus miradas fueron concientes de que se pertenecían el uno al otro y justo en las palmas de las manos se les dibujo para toda la eternidad una preciosa margarita.

—Será una tontería Tete —dije reprimiendo un sollozo— ¡pero yo las quiero!

—Bla... bla... bla... eres una repelente.

El resto de la semana paso como todas, entre el trabajo y Cristian me pasaba los días bastante ocupada, no le comenté nada a Cristian de mi

historia con las margaritas solo me limité a darle las gracias. Él tampoco le dio más importancia ya que casi todos los días venía con algún regalito. Yo le quería ¡sí! Pero ya no me sentía tan enamorada, no solo por el hecho de la decepción de las margaritas sino porque entendí que no estábamos hechos el uno para el otro. La persona que está a tu lado nunca debería pedirte que cambies, ni decirte que eres remilgada o que pareces una estirada... La persona que está junto a ti debe quererte con tus defectos y virtudes, que su mundo empiece y acabe contigo y cuando te mire no exista nada más, pero sobretodo debe respetarte.

Yo quería mis Margaritas y sabía que nunca me las daría.

*A donde irán los besos
que guardamos, que no damos.*
Víctor Manuel

CAPÍTULO 11

Celos, rubias y una pelea

Era miércoles, estaba destrozada, esas noche de locura me estaban dejaban K.O. Sonó mi teléfono.

—¿Lucía?

—¿Sí?

—Soy Verónica Martín.

—Hola, ¿ya está de vuelta?

—No, verás... hemos encontrados dos locales preciosos en la avenida serrano y quería que vinieras y le dieras el visto bueno a uno de ellos.

—¿!No me digas! —dije abriendo los ojos.

—Si hija si, te necesito como agua de mayo —dijo riéndose—. De paso te haces una idea de lo que quiero.

—De acuerdo, organizo la agenda y esta tarde le digo cuándo puedo estar en

Madrid.

—¡Qué feliz me haces niña!, avísame y te saco los vuelos. Te necesito aquí y cuanto antes mejor.

—A la tarde le digo, intentaré estar lo más pronto posible —dije cortándole porque no paraba de hablar la buena mujer.

Salí del despacho dirección al gym, estaba en la máquina de remo cuando entró Pedro uno de los entrenadores del gimnasio.

—Lucía ¿qué tal? —se arrodilló a mi lado.

—¡Hola! bien aquí trabajando un poco.

—No trabajes en exceso, tú no lo necesitas.

—Gracias.

—Me preguntaba si, te apetecería tomar algo, algún día...

—Eh... la verdad es que no.

—¿No...? Tú sinceridad es aplastante —dijo sorprendido.

—Tengo novio y no creo que le guste que me tome nada con mi entrenador personal.

—Él no tiene por qué enterarse...

—Se enteraría porque yo se lo digo todo —dije tajante.

—¿Todo... todo? —dijo de lo más tonto <<puagggg>>.

—¡Todo todo! —rugió Cristian en mi espalda—. Me entero de todo ¿sabes?

—¿Tú eres el novio? —preguntó confuso.

—Sí, él es mi chico —miré a Cristian.

—Vaya... perdona lo siento yo pensaba que... no sé... que estaba soltera —dijo de lo más avergonzado.

—Nena —me llamó Cristian cariñoso mientras me daba un beso dulce en los labios.

—No te he visto entrar.

—Ya bueno no pasa nada, te he buscado.

—Te he visto —me acarició la cara —estaba en el banco de pesas y cuando vi que se acercaba Pedro y decidí acercarme porque no me gusta cómo te mira.

—Ya está.

—Es que a la que me doy la vuelta hay algún baboso detrás tuyo.

—Que exagerado eres.

—Que no ¡ostias! cualquier día le suelto un guantazo a alguno.

—Ya está Cristian, no me gusta cuando te pones así y por cierto me gustaría comentarte una cosilla del trabajo.

—Cosilla como qué, ya me conozco yo tus cosillas y esa forma que tienes de hablar tan cursi.

—¿Perdona? —dije dando un saltito al notar sus manos en mis lindas posaderas.

—Es broma preciosa, venga dispara.

—Tengo que ausentarme un día, a lo sumo dos —su cara era un poema—. No me mires así, tengo que ir a Madrid para valorar un nuevo proyecto.

—Ya bueno...

—¿Bueno qué? —dije molesta.

—No nada... ¿cuándo te vas?

—El jueves e intentaré volver el mismo día. La pesada de siempre la señora Martín se ha encaprichado de un local y quiere que le haga los diseños.

—¡Vaya por Dios! —suavicé el gesto y me bajé de la máquina —. ¿Quieres que vayamos a comer juntos?

—Hoy tengo mucha faena pero intentaré recogerte a las seis y pasamos la tarde juntos.

—Yo quería ir de compras —me miró incrédulo.

—¿El qué te quieres comprar ahora?

—Cosas... algo de ropa y cosas para Madrid, aunque nunca se sabe cuándo te puede hacer falta una nueva prenda.

—Pero si solo vas un día.

—Bueno que necesito cosas jolín —me quejé. Al final tuvimos que dejar la conversación porque no llegaríamos a ninguna conclusión. A las cuatro en punto me llamo la clienta.

—Lucía.

—Dígame.

—Ya tengo los vuelos el jueves a las nueve de la mañana y de regreso el viernes en la noche.

—¡¡Viernes!!

—Sí, no habían para antes así el viernes puedes hablar con el arquitecto y darle esas ideas tan fabulosos que me comentaste.

—Está bien, si me pasa la dirección del local iré en cuanto ponga un pie en el suelo.

—Te alojarás en el hotel de la calle de atrás del local, te encantará es muy chic.

—Gracias, no tenía que molestarse.

—Es todo un placer hija, es lo menos podría hacer.

Decidí tomármelo con calma, dos días pasan rápido, aunque el pensar que tendría que estar cuarenta y ocho horas con esa mujer los pelos se me ponían como escarpas.

Fui directa al despacho de papá que estaba reunido con mi hermano, entré sin avisar y me senté junto a ellos. Les expuse el tema y les pareció increíble que hubiera cogido ese proyecto.

—Hija me alegra saber que lo vas hacer finalmente.

—Enhorabuena hermanita, todo Madrid está esperando la inauguración de su nueva boutique, dicen que las aperturas son lo más —se rió imitándome—. Si sale bien, que seguro que sí, darás un salto grandioso en tu carrera.

—Eso me pone muy nerviosa.

—No te preocupes hija seguro que los sorprenderás.

—Voy a tener que viajar mucho ¡hay Dios! odio volar. Qué espanto...

—Te puedes quedar en mi casa —comentó mi hermano feliz.

—El jueves me quedaré en el hotel ya lo ha reservado. Chicos os dejo que quiero salir a hacer unas compras y preparar la maleta —me despedí de ellos dándoles unos besos y ellos me dieron ánimos y mucho apoyo. Eran dos de los tres hombres más importantes de mi vida y su apoyo y confianza en mí me hacían sentir muy bien. Llamé a Cristian mientras recogía unas láminas de dibujo, unos lápices y una maleta de tejidos muy *cool* que me había llegado justo esa mañana.

—Nena.

—Hola guapo, ¡al final plego ya!

—¿Sí?, ¡ostras! ahora estoy liado.

—No pasa nada iré directa al centro, te llamo cuando acabe y voy para allí

volando.

—Lláname y paso a recogerte cielo.

—Vale, por cierto te tengo que comentar algunos puntitos de lo del viaje pero nada importante, cosas básicas.

—Vale lo hablamos cenando.

—Cielo tengo una llamada te dejo besitossss —colgué y cogí la llamada entrante.

—Cari —sonó la voz de Katy.

—¡Hola! viajera ¿qué tal?

—¡Fenomenal! ¿estás en el despacho?

—Sí, me pillas casi saliendo.

—Baja, que estoy en el vestíbulo.

—¿Pero tú no estabas en Roma?

—He adelantado la vuelta, tengo dos días libres a la espera de unos cuadros y me he venido a casa.

—No te muevas de ahí espera un momentito, recuerda que soy la hija del vientoooo—dije mientras colgaba y Katy se reía.

Al salir del ascensor corrí hacia ella, llevaba un montón de días sin verla y la echaba muchísimo de menos, nos dimos un abrazo de oso amoroso.

—¡Estas guapísima!

—Y tú —volví abrazarla—. ¿Has llamado a Beca?

—Sí nena, está trabajando y no puede salir.

—Qué pena... acompáñame al centro que tengo que comprar un cosillas y de paso se nos van las penas —de camino al parking ya le puse al tanto de mi vida laboral y amorosa, ella estaba encantada de lo que oía y se alegraba por mí. Pasamos toda la tarde comprando como locas, teníamos los pies destrozados y decidimos merendar en una cafetería que nos encantaba. Pedimos unos cafés y unos bollitos de chocolate con nata ¡vivan las calorías!

Me Llamó Cristian y me dijo que se había encontrado con una vieja amiga y que se iba a tomar unas cañas.

—¿Te importa cielo?

—No, ve tranquilo, yo estoy con Katy en Barcelona y tenemos para un buen rato todavía.

—¿Paso a por ti después?

—No, he traído el coche, después paso por tu casa.

—Vale cielo.

Después de colgar seguimos merendando y cotorreando, al final nos dieron las tantas y cuando la dejé en su casa eran casi las diez de la noche.

—Cielo estoy en el cortijo —me dijo cuando lo llamé, me dirigí al antro y después de aparcar entre al ``barcillo'', estaban todos junto cenando y tomando algo, a su lado estaba sentada una chica rubia con el pelo casi blanco y

con flequillo, pintada como una puerta, con una camiseta de básquet que por el lado se le veía todo el sujetador <<que horror, que alguien me tape los ojos, ni no ni no ... las sirenas de los celos llamaban a mi puerta>>.

—Hola —los saludé a todos, ellos me devolvieron el saludo y Cristian se levantó y me besó.

—Nena has tardado lo tuyo, ven —tiró de mí hasta sentarme encima suyo, la peli teñida me miraba de reojo.

—Cristina te presento a mi novia Lucía —me dio dos besos.

—Vaya, por fin te conozco, Cristian se ha pasado la tarde hablando de ti
—dijo con cara de perro pachón.

—Espero que cosas buenas.

—Buenooo... —hizo un gesto con la mano y se giró a charlar con Rodri, Paula me miraba y cuando nadie la vio se metió dos dedos en la boca y fingió una arcada. Se me escapó una carcajada, ella me guiñó un ojo y me sacó la lengua.

—Mala.

—Cielo ¿has cenado?

—No, hemos picado algo pero tengo hambre.

—¿Quieres una torrada de jamón?

—Vale.

—Espera un minuto que la voy a pedir.

—Mientras lo traen salimos a echar un piti —dijo Paula.

—Sí vamos —dijo antes de salir—. Lucía, esa es una mala perra.

—¿Por qué?

—Tú vigila, solo te aviso,

Me dejó pensativa pero no le di mucha importancia.

—Lucy te quería pedir un favor y no sé, me sabe mal.

—Dime ¿qué pasa?

—En verdad son dos favores —puso cara de apuro.

—Dime Paula, si te puedo echar una mano estaría encantada, de verdad.

—No sé si sabes que entre los estudios de fotografía y pintura he sacado tiempo para hacer una exposición.

—No me digas... que bien —le di un abrazo.

—Hago lo que puedo, en verdad es el proyecto final, entre unos pocos hemos alquilado un local donde expondremos nuestras obras, mi trabajo será de fotografía y pondré dos pinturas.

—¡Es genial! dime cuándo y ahí estaré.

—Sé que nos conocemos desde hace dos días pero no sé a quién puedo recurrir para esto...

—A ver, somos amigas ¿no?

—Claro, verás... no tengo nada que ponerme y mis padres no van muy bien de dinero ¿tu tendrías algo para dejarme?

—Claro, pásate por mi casa y coge lo que más te guste.

—¿Sí? ¿En serio?

—Claro.

—Me salvas la vida Lucía.

—¿Y el otro favor?

—Esto sí que me da apuro.

—No tienes por que, dispara.

—El otro día Cristian me prestó su móvil para llamar a mi madre y trasteándolo vi una foto tuya.

—No me digas esoooo —me tapé la cara, ella se rió— estabas preciosa Lucía.

—Bueno, no se yo...

—Tienes un perfil muy bonito, al igual que tu cuerpo necesito y una modelo.

—Ay no —di un respingo— eso no Paula.

—Pero ¿por qué? No pongas esa cara.

—Yo soy muy vergonzosa, no no no puedo...

—Por favor Lucía, no tengo a quien más pedirle ayuda.

—¿Y tus amigas?

—Lucía, mis amigas no sirven para esa clase de fotos, tú tienes clase, eres fina y tus rasgos son simétricos.

—¿¡Yo!? Hombre un poco *sharm* si que tengo—dije de lo más incrédula y pensativa.

—Sí, tú eres guapísima y tienes un culazo, por favor —dijo juntando sus manitas a modo de súplica.

—Me pones en un apuro.

—Lo sé y lo siento pero es que estuve buscando modelos y cobraban cien euros y no los tengo.

—Pues yo te doy el dinero —saqué el monedero— toma mi aportación en la carrera de una artista.

—No —se negó en rotundo, levanté la vista y la miré—, quiero hacerte las fotos a ti por favor...

—Déjame que lo piense.

—Está bien pero no tardes tengo que tenerlo todo listo para primeros de mes —mientras charlábamos entretenidamente sentí a mi espalda como mi chico me llamaba.

—Nena entra —dijo Cristian— ya está la cena —tiró de mi mano y nos volvimos a sentar en la misma posición. Mientras yo cenaba ellos iban charlando tranquilamente, Paula me miraba de vez en cuando y me apretaba los morritos.

—Ay Cristian —dijo la rubia fastidiosa— ¿te acuerdas el día que estaba castigada y te colaste por mi ventana?

—No sé, hace muchos años.

—Sí hombre, aquel día que no me dejaban salir e íbamos a aquella discoteca que estaba por Mataró.

—Aaah sí... algo recuerdo—dijo mientras me cogía de las caderas.

—Te acuerdas del peo que nos cogimos —se rió— ¡qué fuerte tío!

—¡Ya!—sonó cortante, fuese lo que fuese no le hacia ninguna gracia lo que su amiguita quería recordar.

—Qué fuerte ¿por qué? —repuso Peta— Cristian se ha cogido peos muchos más grandes que ese día —comento sin entender.

—Fuerte eso no, fuerte cuando nos pilló mi padre en pleno polvo y lo hecho a patadas —al escuchar eso deje de masticar, no me moví ni miré a ningún sitio, en la mesa había un silencio incómodo y casi todos me miraban.

—Pues no me acuerdo—dijo Cristian.

—No fastidies tío, como olvidarlo.

—Si te digo que no me acuerdo es que no me acuerdo —acabé mi torrada a duras penas, me costaba tragar, pero no le daría el gusto a ella de ver cómo me afectaba. El buen rollo en la mesa se había acabado, seguían

hablando pero más bajo, estaban incómodos.

—Y tú Lucía —dijo la “amiguita” de mi novio— ¿en qué trabajas? —me preguntó ella encantadora.

—Soy diseñadora de interiores.

—Bueno... una señorita en toda regla — me encogí de hombros mientras bebía de mi Coca-Cola.

—Cielo —me giré en su regazo, mientras Cristian mantenía sus manos firmes en mis caderas —me pides un cortado con espumita, por favor.

—Lo que tú quieras nena.

—Que monos ¿no?, nuestro Cristian con novia, quién lo iba a decir.... y con una novia fina de los altos barrios.

—¿Por qué no te callas? —le dijo Rodri incorporándose— o vete mejor.

—¿Que me valla yo? —hizo una mueca con su cara — ¿por qué tendría que irme?

—¿No lo ves? —le respondió Rodri con cara de asco.

—¿Qué es lo que pasa? —dijo imitando mi tono de voz.

—Te estas poniendo en evidencia —le dijo Paula.

—Que pija te estas volviendo desde que tienes amigas nuevas —me miró de arriba a bajo.

—Toma nena —Cristian me dio el cortado y se acercó a mi dándome un beso en los labios, me ofreció la mano para que me levantara y me sentara encima suyo, no me dio tiempo ni a moverme que tenía a la rubia retorcida delante mío.

—Aaah pero nooo... ¿lo tomas con sacarina? —apretó sus labios y movió la cabeza de lado a lado—. Muy mal —dijo cantarina, yo quería matarla

pero claro rebajarme a su altura me costaba un pelín.

—Oooh no me hace falta no tengo cartucheras — removí lentaaaamenteeee mi café y sonreí como hacía mi Beca demostrándole que todavía podía ser algo mas zorraska.

—¿Me estás diciendo gorda?

—Yo para nada cielo — volví a sonreír y lentamente moví mi cabecita de lado a lado <<cuando quiero soy toda una repelente>>.

—¿Tú de qué vas? —dijo descompuesta con los ojos rojos de aguantarse las lágrimas.

—Eh ¿qué te pasa a ti? —le dijo Cristian a su amiguita del alma—. ¿Qué cojones te pasa a ti con mi novia?

—¿A mí? —dijo ella haciéndose la ofendida y dolida—. A mí no me pasa nada, ha sido ella, esta pija estirada y sabes que tengo razón —abrí los ojos y mire a Cristian antes de escuchar lo que iba a decir—. No pegáis ni con cola nene, como tú has dicho antes —dijo torciendo su cara a un lado y mirándolo directamente a los ojos—. Además me ha llamado ¡gorda!... y gorda para mí es como para ti...

—Que te calles —la cogió del brazo cortando su parafernalia.

—Yo no he dicho que estés gorda —dije de lo más remilgada—, a lo mejor ese atuendo que llevas de poligonera y no te favorece, pero no diría que estas gorda, diría que eres más bien fondona —la mire con una sonrisa.

—Esta es gilipollas Cristian ¿qué haces con ella?

—No insultes a mi novia —la señalo con el dedo índice.

—Pírate ya —le dijo Paula.

—Es una pija de mierda seguro que aún no te la has tirado.

—Ya está bien —dijo cabreado y dando un paso hacia adelante.

—No te la has follado ¿verdad? Seguro que a ella no le haces las cosas que me haces a mí?

—Cielo dale cinco euros y que se vaya —dije con una mueca de disgusto.

—A lo mejor la chupas tú por cinco euros —me reí.

—¿Yo por cinco euros? ¿En serio? eso es lo que dejo de propina cielo.

—Sal a la calle si tienes lo que hay que tener pija de mierda.

—¿Hola? ... ¿en serio me estás diciendo eso? no sé de qué poblado o de que barrio de la periferia habrás salido pero... eso roza los límites del chonismo.

—Eres una perra —intentó cogerme pero Rodri la cogió del brazo.

—¡Vamos! ven —tiró de ella hacia el exterior.

—Cristian paga —dije intentando tranquilizarme—, paga y vámonos ¡ya!

—Voy —dijo intentando mirarme a los ojos—. Eh nena —intentó cogerme de la barbilla pero aparté mi cara antes de que pudiera hacerlo.

—Quieres pagar por favor, me quiero ir.

—Pero antes dime que estamos bien.

—Mira, me parece increíble que tenga que estar aguantando esta situación, por favor ve a pagar y vámonos —me puse de pie y salí por la puerta, él se detuvo en la barra y al llegar a la calle la tal Cristina estaba armando un escándalo monumental. Intentó venir hasta a mí pero Rodri la paró. Salieron Paula, Peta y unos cuantos más y después Cristian.

—Eh tú —dijo ella soltándose de Rodri y viniendo en mi dirección. Cuando llegó a mi altura mi mano salió disparada hasta su cara ¡plas! ostia que te llevaste bonita. Ella se tapó la cara con la mano y dos lágrimas

bajaron por sus mejillas.

—¿Qué has hecho? —dijo Cristian—. ¿No has tenido bastante con ridiculizarla y humillarla? —me miró con furia en los ojos.

—Esto es el colmo, me voy —me encaminé con paso decidido al frente.

—Cielo espera —dijo cuando me montaba en el coche, se sentó a mi lado y arranqué.

—¿Por qué le has pegado?

—Déjame, no quiero hablar —aparqué en la puerta de su casa—. Baja por favor.

—¿No vienes?

—No, me voy a mi casa, mañana salgo de viaje y tengo que preparar las cosas.

—Solo te vas un día.

—No, me voy dos y no descarto pasar el fin de semana ¿bajas? Por favor.

—No, vamos a tu casa, mañana te llevo al aeropuerto.

—No hace falta.

—Nena no me hagas esto —me incorporé a la calle y conduje hasta llegar a mi garaje.

—¿No piensas hablarme? —me dijo cuando sacó las cosas del maletero.

—No tengo ganas, esta noche ya he hablado y escuchado demasiado.

—Cielo...

—Ahora no.

Estaba en mi habitación preparando la maleta...

—¿Todos esos trajes?

—Son para trabajar.

—Son un poco cortos ¿no? —dijo cogiendo una falda entallada.

—No menos que los pantalones de tu amiguita.

—Ven —tiro de mí haciéndome sentar en la cama.

—Siento lo que ha pasado, no sé por qué se ha comportado así, ella es...

—Mira, déjalo de verdad —dije poniéndome de pie y entrando en el vestidor, saqué la ropa interior, un par zapatos y volví a entrar en la habitación.

—¿Vamos a estar así? mañana te vas.

—Sí, gracias a Dios mañana me voy.

—Joder —dijo saliendo de la habitación—. Me daré una ducha ¿te bañas conmigo?

—Tengo cosas que hacer.

—Me cago en mi vida —dijo mientras se sacaba la camiseta de malas formas. Al salir del baño yo ya tenía la maleta preparada y la ropa que me pondría para el viaje colocada en una percha. Salió desnudo como su madre lo trajo al mundo y entró en el vestidor, yo entré en el baño a darme una ducha pero al final me decanté por un baño, abrí el grifo y eché unas sales de baño... necesitaba relajarme. Volví a entrar a mi habitación y rebusqué en el bolso hasta encontrar mi iPod. Lo conecté y cerré la puerta, bajé la intensidad de la luz del baño y me metí en el agua acomodando mi cabeza en unas toallas mientras escuchaba de fondo la música de Alejandro Sanz... “Mi marciana” unas de mis favoritas.

...mi dama valiente, se peina, la trenza como las sirenas

y rema en la arena si puede. Mi hembra...

Cuando sentí una caricia en mi cara, abrí los ojos y lo miré. Estaba de pie enfrente mío sin camiseta con un pantalón de pijama de los que le regalé.

—Tardabas...

—Estoy dándome un baño.

—Ya lo veo, toma —me tendió uno de sus cigarros, acerque mi boca a su mano y le di una calada, se sentó en el borde de la bañera y metió una mano dentro del agua.

—Está muy calentita —afirmé con un movimiento de cabeza mientras volvía a darle otra calada, comenzó a mover su mano hasta tocarme la cara interna del muslo, me acariciaba la pierna de arriba abajo hasta que una de las veces fue más abajo de la cuenta, me rodeo la ingle y con dos dedos caminó por mi monte de Venus hasta perder uno dentro de mi vagina, cerré los ojos ante su tacto me acercó el cigarro a la boca mientras su dedo curioso inspeccionaba.

—Eres tan suave —dijo colando otro, cogió mi clítoris con sus dedos y lo rotó entre ellos— ¿quieres que me bañe contigo?

—Como quieras —dije acompasando mi respiración, se deshizo del pantalón de pijama y se metió conmigo en el agua.

—Cabemos los dos —dijo estirándose encima mío.

—Es muy grande.

—Lo es —condujo su erección a mi abertura y empujó, de una sola vez me ensartó, gemí de placer mientras él me besaba, nos impulsó a los dos un poco más para abajo y empezó a moverse dentro, fuera, dentro, fuera mientras me besaba

—Me encanta hacerte el amor cielo.

—Me encanta que me lo hagas —estaba seria, todavía seguía enfadada.

Estábamos haciendo el amor y él era dulce y tierno pero yo tenía un cabreo monumental. Dejé que me lo hiciera porque lo necesitaba y porque por la mañana me iría y no lo vería casi en dos días. Sentí que me corría y mordiéndole el hombro me deje ir.

—Así es pequeña, córrrete —me dijo uniéndose a mí.

El despertador sonó a las cinco y cuarenta y cinco lo apagué y me di la vuelta, él saltó de la cama y entró en el baño. Yo volví a dormirme. A las seis en punto volvió a sonar, me senté en el borde de la cama y me despecé.

—Joder —me quejé, odiaba madrugar tanto, salí al comedor y escuché ruido en la cocina, como siempre estaba haciéndome el desayuno.

—Buenos días mi amor.

—Buenos días —me apoyé en la barra y me dejé caer—. Que sueño tengo por favor ¡que alguien se apiade de mí y me mate!

—Toma —me pasó el café y las tostadas y se sentó a mi lado—. Cielo, desayuna.

Cogí el café y le di un sorbo

—Mmmm ¿qué lleva? Qué rico esta.

— Un poco de Colacao —me dedicó una sonrisa preciosa, pero yo seguía enfadada. Al terminar de desayunar recogí mientras me fumaba un cigarro.

—Cielo ¿hacemos las paces?

—No hace falta hacer las paces no nos hemos peleado —dije colocando las tazas en el armario.

—Pero tú estás enfadada.

—No estoy enfadada, estoy dolida ¿en serio le dijiste que no pegábamos

ni con cola? También es una ex, cosa que yo no sabía, y para colmo la defiendes a ella... mira ¿sabes qué? Ya se me pasará.

—Pero nena como te vas a marchar así conmigo, estoy hay que arreglarlo.

—¿Tú me escuchas cuando te hablo? ¿Por qué le dijiste eso de mí? ¿Eso piensas? ¿Qué haces conmigo? Y para colmo ella sabe más cosas de ti que yo que soy tu novia. Algo ocultas y quiero saberlo.

—No oculto nada ¿qué quieres saber?

—No sé ni con quien estoy, ni con quien comparto mi vida.

—Mi madre nos abandonó por ir tras un viejo con mucho dinero y tuve que dejar mis estudios, caí en las drogas y además me detuvieron un par de veces por venderla y robar. ¿Es eso lo que querías saber? No encajo con tu fantástica vida de revista pero me he enamorado de ti.

—Está bien —sus palabras me habían dejado muda solo, quería salir y perderlo de vista un rato—. Vamos a vestirnos, son las seis y media pasadas, ya hablaremos de todo esto a mi regreso.

—Dame un beso —me acerqué y lo besé.

Estaba acabando de maquillarme cuando entró en el baño.

—Nena —dijo mirándome— ¿como vas a ir así?

—Todavía me tengo que vestir.

—Ya imagino, pero esas medias y esas braguitas —dijo acariciándome el culo.

—¿Qué les pasa?

—Nada.

—¿Entonces?

—¿Por qué te las pones? ¿Quieres torturarme?

—Porque voy a llevar falda y no, no quiero torturarte Cristian —llevaba puesto un conjunto de ropa interior blanco la parte de abajo era un tanga de encaje con un liguero del mismo color que sostenía unas medias de color carne, metió una de sus manos en mi melena y me amasó el cuero cabelludo.

—Cielo te follaba ahora mismo.

—No tenemos tiempo —me aparté de él alborotando la melena que caía en cascada sobre mi espalda, acabé de ponerme el rimel y me dirigí a la habitación.

—Estate quieta —dijo haciéndome una foto.

—Para.

—No, ven ponte así —me colocó una mano en lo alto del marco de la puerta mirando

hacia el baño con la cara de lado—. Ya está —dijo disparando la cámara del móvil.

—Ven, estírate en la cama.

—Que me tengo que vestir —cogí la blusa y mientras abrochaba los botones el seguía con las fotos.

—Nena te faltan botones por abrochar

—Me gusta así —carraspeó pero no dijo nada

—Para ya con las fotos —me subí la falda y coloqué la camisa por dentro.

—Es muy corta ¿no?

—A ver, es por encima de la rodilla.

—Está bien, está bien —dijo saliendo de a habitación, me coloqué la americana, los zapatos, el cinturón y mi bolso cartera de la bimba Lola en una mano.

—Ya estoy.

—Esos zapatos te hacen unas piernas espectaculares.

—Gracias quiero causar buena impresión — cogió la maleta y nos disponíamos a salir cuando me pregunto:

—¿Me quieres?

Dudé unos instantes <<te quiero pero no eres el hombre de mi vida y no te amo>>.

—Mucho —dije con remordimiento.

—Tengo la sensación de que te has cansado de mi nena y para colmo te vas.

—No me he cansado de ti Cristian solo es que lo de ayer me superó, eso es todo y si le sumas que me has ocultado cosas de tu vida, cosas importantes...

—Sabes que te quiero... dame un beso —tiró de mí hasta aplástame con un abrazo de oso.

Cuando nos despedimos entre besos y abrazos, el enfado ya se me había pasado y me daba una aprensión increíble separarme de él.

—Nena, que solo es un día.

—Ya... —dije abrazándolo, tenía los ojos vidriosos y estaba a punto de romper en llanto.

—Venga cielo —me acaricio el culo—, te están esperando a ti.

Volví a besarlo y cogí mi maleta.

—Te quiero —dije con un nudo en la garganta.

—Yo más a ti —se despidió con la mano, mientras yo avanzaba por el pasillo.

*No hay mal que cien años dure
y cuerpo que lo aguante.*
Refrán.

CAPÍTULO 12

Primer viaje, primer susto...

A las diez y cuarto estaba en el aeropuerto de Barajas, llamé a Verónica y me facilitó la dirección del hotel.

Dejé mis pertenencias en la habitación y salí a la calle dispuesta a malgastar mi sueldo en las preciosas tiendas de una de las calles más codiciadas de Madrid.

—¡Madre del amor hermoso! todas mis tiendas favoritas alineadas para mí. ¡Gucci ven a mí!

Como me sobraba un ratito decidí entrar en todas <<que me maten>>. Salí de la última tienda cargada con un montón de bolsas, el tiempo se me pasó volando y llegaba algo tarde, corrí calle abajo hasta que pude visualizar a mis objetivos. Estaba la señora Martín esperándome y al verme aligeró el paso hasta llegar a mi altura, frené el paso para no impactar con ella, me sorprendió con un abrazo y dos besos sonoros.

—Lucía que puntual

—Temía no llegar a tiempo —Dije recobrando poco a poco el aliento

—Ven quiero presentarte a unas personas <<¿Hola? Personas, personillas o personajes>> —tiró de mí unos metros hasta quedar en frente de un grupo de gente—, mirar, os presento a Lucía nuestra diseñadora. Ellos son los jefes de obra este chico tan apuesto el arquitecto y esta señorita la encargada de enseñarnos los locales —los saludé a todos con un firme apretón de manos.

—Encantado soy Robert.

—Lucía —estaba de los nervios.

Caminábamos en dirección al local.

—Entonces tú serás quien nos lleve de cabeza —dijo un chico alto y delgado.

—Creo que sí —me reí.

—Soy Eduardo —yo Lucía.

—Encantado creo que trabajaremos juntos algún tiempo.

—Sí, eso parece.

—¿Nos hemos visto antes?

—No que yo sepa —<<por favorrr>>.

—Me suena tu cara, seguro ¿que no nos hemos visto?

—Yo diría que no.

—¿Te suena su cara? —se rió Verónica—, ¿És guapa verdad?

—Sí, muy guapa —repuso el muchacho. De repente se giró su compañero y me encaró.

—Podrías centrarte —le recriminó a Eduardo.

—Sí, perdón —me guiñó un ojo y alcanzó a su compañero. Era algo más bajo que él, de espalda ancha y llevaba un traje negro que le hacía estar tremendo <<ñam ñam>>; sus facciones eran angulosas y tenía los ojos verdes, vamos era un bombón en toda regla. Nos paramos delante del local mientras la chica subía la persiana.

—Diana apunta, quitar persiana —dijo Verónica a una chica menuda que nos seguía dos pasos por detrás.

Sobre las tres de la tarde acabamos de ver los dos locales más otro que teníamos al lado; yo fui tomando todos apuntes necesarios bajo la atenta mirada de los dos arquitectos.

—¿Lucía comerías con nosotros? —dejo Robert acercándose a mí.

—No sé... tengo faena.

—Venga Lucía —dijo Verónica— vente con nosotros y así decidimos que local es el apropiado.

—Está bien —di un paso al frente y Robert me dedicó una sonrisa; yo sentí que me moría. Avanzábamos los cuatro por la calle serrano, Diana iba un paso por detrás y eso me hacía sentir incómoda por lo que aminoré la marcha hasta llegar a su altura.

—Hola, soy Lucía —le tendí la mano.

—Encantada señora, soy Diana la secretaria de la señora Martín.

—Disculpa un minuto tengo que atender una llamada.

—Hola cielo —dijo Cristian.

—Cariño —dije feliz de oír su voz.

—Te echo de menos nena.

—Y yo a ti cielo, mañana en cuanto llegue paso a verte.

—Vale ¿qué tal todo?

—Muy bien, hemos visto los locales y ahora vamos a deliberar.

—¿Sí?

—Sí con los arquitectos, son un poco... cómo diría yo... tajantes con sus ideas pero creo que les puedo llegar a convencer.

—Eres una buena negociante reina lo llevan claro —me detuve en la puerta del restaurante.

—Disculpe ahora entro —me di la vuelta, sintiendo en mi espalda los ojos de Robert que a esas alturas ya me tenía algo turbada.

—Cielo te tengo que dejar, te llamo en cuanto tenga cinco minutos, te quiero.

—Yo sí que te quiero a ti.

Al empujar la puerta salió Robert, mirándome con esos ojos tan bonitos y una sonrisa ladeada, el chico estaba impresionante dentro de su traje y esos zapatos de firma, realmente era un hombre espectacular. Por mí mente perversa pasaban cosas bastante... como diría... bastante malotas, <<no nenita no estas con Cristian es tu novio>> sin perder la sonrisa de chico malo y te mojo las bragas en un instante, me dijo con voz ronca.

—¿Fumas Lucía? —lo miré.

—Sí, de vez en cuando —por favor... ¿hola? y ese calor de dónde viene, tengo la mirada sucia y la mente enferma.

—Toma —me ofreció uno, dudé unos instantes—. Toma Lucía, no muerdo todavía —lo acepté, la verdad es que me moría por uno, llevaba todo el día deseándolo, al cigarro me refiero....

—¿Era tu novio?

—Eso es una pregunta personal, ¿hola? ¿Nos conocemos? Yo diría que no, así que no preguntes.

—¿Sí? ¿En serio?

—Sí, sí que era mi novio.

—Pensé que estabas soltera.

—No, no lo estoy —me sentía incomoda con su actitud desafiante, me

miraba de arriba a abajo sin ocultarse, y para colmo me clavaba esos ojos verdes en los míos, yo retiraba la mirada nerviosa y algo excitada.

—Bueno, entro —dije tirando el cigarro a la mitad, entré y me dirigí al reservado, ojeé la carta con recelo “agggg” no me apetecía nada... solo un moreno de ojos verdes.

—Qué tomarán —dijo una camarera, todos fueron pidiendo mientras yo ojeaba todavía la carta.

—Yo de primero tomaré la ensalada de langostinos y dorada a la sal, de beber un vino blanco por favor.

—Bueno Robert ¿qué te han parecido los locales? —dijo Verónica, él me miro a mí directamente.

—Yo escogería el segundo, es mucho más grande y no necesita hacer una reforma exhaustiva —dijo el clavando su mirada en la mía, como si no hubiera nadie más.

—¿Y tú Eduardo? —dijo Verónica maravillada con la escenita de Robert.

—Yo tengo la misma opinión que mi compañero, ¿y tú Lucía?

—Yo siento discrepar, pero me quedaría con el primero.

—Es muy pequeño —sonó la voz de Robert como si tronara.

—Robert ya sé que es más pequeño en proporción, pero está mucho mejor distribuido y el espacio es mucho más amplio, siempre podríamos unir los dos locales —Verónica me escuchaba atentamente—. Podríamos fusionarlos y... voilá tendríamos el local perfecto y conseguiríamos una armonía entre espacio y simetría, mucho más cuadrado.

—Tonterías —bufó mientras se recostaba en la silla y volvía a mirarme.

—Tonterías no, no tendría puntos muertos.

—Veo una estupidez coger dos locales cuando uno nos da todo lo que

queremos.

—¿Hola? ¿Me estas escuchando? —sus ojos se abrieron como platos.

—¿Hola? Para qué me saludas —dijo sin entender.

—No te estoy saludando, es una expresión que yo utilizo muy a menudo; como te decía el que dices tiene miles de esquinas que nos quitan espacio, aparte tiene una forma horripilante.

—¿Horripilante por qué?

—Es estrecho en la entrada y después se va ampliando para luego, sin ningún sentido, estrecharse aún más con una salida a la terraza, terraza que no necesitamos. El otro es cuadrado con forma de tubo, mirando que lo que vamos a crear es una boutique es mejor por su disposición, todo en una misma estancia, además si le sumamos los ciento treinta metros de al lado... ¡tachan! nos queda perfecto, monísimo de la muerte.

—Me vas a hacer que tire una puñetera pared maestra de dos edificios, simplemente porque te gusta más como queda en tus diseños? —dijo incorporándose y cogiéndose el puente de su nariz—. De verdad tengo que tirar esos jodidos muros por que a ti te gusta? —parpadeé dos veces seguidas <<clin clin>>.

—No es por mis diseños, siendo profesionales tendremos que admitir que el segundo local es horrorosooooo para hacer un salón de moda lo primero, y lo segundo es que aprovecharemos mucho mejor el espacio. Yo cuando entro en una tienda, digamos a por unos pantalones, voy directa donde están, pero si la tienda es espaciosa y tiene las cosas a manos al final acabo cogiendo blusas, zapatos y todo lo que me quepa en estas manitas. Las tiendas van por secciones y de esa forma tendrían que recorrer la tienda entera, en el segundo local la gente no pasaría de la mitad.

—Eso es una memez —lo apuñalé con mis ojos.

—Además la zona de probadores tendría que ir al final y en el local que tú

dices tendrían que ser pequeños y estrechos, eso nos cansa cuando vamos de tiendas... hacer cola de pie ¡que horror!, mientras que en el otro podrían ser amplios y luminosos, con una pequeñita sala con sofás donde las clientas podrían esperar tranquilamente y ojear algunos complementos que estarían estratégicamente. Mira —dije levantando las compras de esa misma mañana—, he cogido de todo y solo iba a mirar —me reí pícara y en sus ojos vi una chispa de alegría.

—Yo no lo veo —dijo rotundo.

—Tú no lo tienes que ver, lo tiene que ver Verónica.

—Yo opino como Lucía —Verónica salió a mi rescate.

—¡Vaya por Dios!, entonces la obra tardaría algunas semanas más, tengo que pedir permisos de obras y licencias...

—Estupendo, pídelo y en cuanto lo tengas nos ponemos de acuerdo —me miraba como si quisiera matarme.

—Entonces tiraré los dos jodidos muros, si es lo que quieres —se acercó a mí y yo retrocedí mi menudo cuerpo hasta quedarme atrapada entre el sofá y el <<grandullón>>.

—Eso era lo que querías ¿no?

—Yo... yo...

—Comamos —dijo Verónica poniendo paz.

—Mañana en el desayuno bajaré algunos bocetos y decidimos mejor ¿os parece?

—Tú quieres el primero, los dibujos serán parciales.

—Te equivocas, soy profesional y me da igual el espacio que decorar solo quería dar mi opinión — la comida fue tensa por las miradas del arquitecto, aprovechaba cualquier momento para fulminarme con la mirada, estaba tomándome el café cuando me llamaron.

— ¡Lucía! —levanté la cabeza y vi a un amigo de mi hermano.

—Hola Daniel —me levanté a saludarlo con un abrazo.

— ¡Lucía estas preciosa! ¿Estás con tu hermano?

— No estoy en una comida de trabajo —se giró y saludo a mis compañeros de sobre mesa, mientras que sus ojos se cruzaban con los de Robert que estaba más tenso que de costumbre. Mientras los saludaba me rodeo con sus brazos por la cintura y me acercó a él.

—¿Haces algo esta noche?

—No, no tengo planes, quería quedarme en el hotel y acabar unos bocetos.

—Podría pasar a buscarte y salir a cenar.

—Estupendo, busqué en mi bolso y saqué un tarjetero—. Toma —le di una tarjeta con mi nombre y teléfono.

—Te llamo después —dijo al mismo tiempo que me besaba en la mejilla.

—Vaya —susurró Verónica cuando me acerqué otra vez a la mesa—, que hombre más guapo.

—Daniel bueno...

—Te estaba cortejando —dijo Robert con la mirada puesta en Dani todavía, se me escapó una risita tonta.

—No, es un amigo de mi hermano.

—A ese chico le gustas, le brillaban lo ojos cuando te miraba —me contestó Verónica— aunque no me extraña eres guapa y muy lista —me sonrojé.

Después de la comida me dirigí hacia mi hotel el cual quedaba relativamente cerca, llame a Cristian y le expliqué como había ido mi día y mi encuentro con Daniel el cual no le hizo ninguna gracia.

—No me hace gracia Lucía, no me gusta que salgas con un hombre por ahí.

—Pero es un amigo de mi hermano de siempre, me ha visto en pañales por favor.

—Por eso no me gusta pero eres mayorcita para hacer lo que quieras —le conté que la comida fue un desastre total para cambiar de tema.

—Creo que tu exposición de los hechos es mucho más amplia que la de ese arquitecto, tú defiende tu propuesta como hasta ahora cielo.

—Sí, eso haré —nos despedimos con besos y palabras bonitas.

—Llámame en cuanto llegues al hotel.

—Eso haré pesadito.

—Pesadito me voy a poner mañana cuando te tenga en la cama...—dijo con un suspiro.

Al colgar me di una ducha rápida y rebusqué en la maleta, me decidí por el mono que me puse la noche que me encontré con Cristian.

Estaba acabando de maquillarme cuando recibí un mensaje de un número desconocido, me dejó petrificada en el mismo instante que lo leí:

Lucía soy Robert, ¿te apetece salir esta noche?

Estaría encantado de invitarte a cenar y tomarnos unas copas.

No me lo podía creer <<quiero, quiero, quiero gritaba mi mente calenturienta>> pero no podía, con él no debía.

Lo siento, pero ya tengo planes. Saludos.

Recibí otro mensaje pero este de Daniel <<woooo>> era un escueto “estoy en la recepción no tardes”.

Cuando salíamos del hotel nos encontramos con Robert y Eduardo que entraban, al vernos los dos me miraron de reojo y acto seguido a Daniel que tenía una mano colocada en mi espalda.

—Buenas noches —dije pasando por su lado, solo contestó Eduardo.

—Vaya Lucy, tus compañeros no son muy amigables.

—Bah... no tiene importancia, son los arquitectos de la obra y hemos tenido una pequeña disputa hoy, ya se le pasará.

Durante la cena nos tomamos dos botellas de vino, yo ya me sentía algo mareada pero me lo estaba pasando tan bien que no quería irme al hotel, al menos no tan pronto. Subíamos por la Gran Vía caminando hacia una discoteca a tomar una copa, cuando Daniel se encontró con unos amigos que, al parecer, iban al mismo local que nosotros y nos unimos a ellos.

Estábamos en la barra pidiendo cuando me encontré con Robert.

—Buenas —dijo poniéndose a mi lado, le saludé con un movimiento de cabeza y me dispuse a dar la vuelta cuando me retuvo.

—Lucía siento mi comportamiento.

—No pasa nada, no te preocupes —dije alejándome de él y acercándome Daniel. Bailé con Daniel y con alguno de sus amigos, estaban pendientes de mí en todo momento, sabían que era la hermana de Marc así que ninguno dijo nada incómodo

excepto alguna miradita que no me incomodaba, al contrario me hacía sentir segura y sexy,

Robert se acercó a mí por la espalda.

—No creo que a tu novio le guste que estés bailando rodeada de hombres.

—Que dices son amigos de mi hermano.

—Quieren follar ¿o no lo ves?

—¿Cómo has dicho? —dije sorprendida por la grosería que acababa de salir por esa boca de pecado.

—Ya me has oído, no te hagas la tonta.

—Mira, déjame tranquila ¿vale?

—No, no te dejo tranquila, prefieres que... —movió su cabeza de lado a lado y se acercó a mi oído.

—Si quieres que te follen yo estaría dispuesto.

—¡Estás loco!

—Dime algo que no sepa, y contéstame ¿quieres que te folle nena? ¿eso quieres?

Me solté de él dándole un empujón y fui directa al baño, no podía negar que sus palabras me habían encendido como nunca y él me atraía pero yo... tenía novio y no podía. Este hombre no estaba en sus cabales ¿quieres que te folle? ¿hola? ¿se puede ser más grosero? <<siiiiinii>>.

Salí del habitáculo al que la gente de la discoteca llamaba lavabo y me miré en el espejo, todavía tenía la respiración entrecortada y sentía palpar el interior de mis muslos <<caliente como una perri>>. Cerré los ojos, y sentí la puerta abrirse, era él, Robert desabrochándose un botón de la camisa y viniendo en mi dirección, me aferré al lavabo y contuve el aliento.

—Joder, estas aquí —aplastó su cuerpo contra el mío y noté como olía mi pelo, de sus labios salió un ronroneo como de un tigre y frotó la parte baja de su cuerpo contra la mía.

—Eres irresistible, solo pienso en tenerte desnuda debajo mío y sentir como te corres una y otra vez —levanté la vista y lo miré. No pude decir nada abrí la boca pero de mi garganta no salió ningún sonido.

—Noto lo caliente que estás pequeña, sé que deseas que me meta ente tus piernas.

—Yo... yo no quiero nada de eso —conseguí decir, ante mi respuesta me cogió de un brazo y me hizo girar sobre mí misma quedando a escasos dos centímetros de él, su boca y la mía estaban relativamente cerca <<peligrooo>>apartó mi pelo de la cara y sostuvo con una leve fuerza mi mandíbula, sus manos se grababan a fuego en mi piel, repasó mi labio inferior con su dedo pulgar.

—Quiero besarte Lucía y tú quieres que te bese ¡joder! Eres preciosa.

—Yo quiero irme a mi hotel, sola por favor.

—No te creo, estas cachonda, no te hagas la estrecha y déjame que te folle —de la tensión que me estaba haciendo sentir reprimí un sollozo.

—Shh no llores nena —dijo separando su cuerpo del mío—, perdóname no era mi intención asustarte solo quiero que nos acostemos y que esto —dijo señalándonos—esta situación se acabe.

—Y crees que acostándonos se arreglará.

—No quiero acostarme contigo, solo follarte y poder centrarme en mis cosas.

—Siento esto... pero a mí no me vas a follar.

—Déjate de ser tan repipi y cursi, sois las peores, nunca queréis y después la chupáis como si no hubiera un mañana —fue entonces cuando no pude aguantar más y comencé a llorar.

—Me he equivocado contigo —dijo cogiendo con su dedo una lágrima que resbalaba por mi cuello y se la llevó a la boca—, tú te lo pierdes —dijo antes de salir y dejarme sola <<por suerte para mí>>.

Salí del baño y busqué a Daniel que para esas ya tenía colgada a una chica de cuello, me costó convencerle de que me marchaba ya, al final cogí un taxi y fui directa a mi hotel. Entré en la habitación dando tumbos, llevaba una buena borrachera. No eran más de la una de la madrugada cuando llamé a Cristian, estaba a punto de colgar cuando me contestó:

—Cielo...

—Cariño ya estoy en el hotel.

—Vaya horitas, venga vete a dormir y mañana hablamos.

—Te quiero.

—Yo más a ti —me contestó.

Habíamos quedado a las diez para desayunar, estaba saliendo de mi habitación ya con la maleta recogida y todo listo cuando vi salir a Eduardo.

—Lucía espérame —dijo corriendo unos pasos hasta alcanzarme mientras yo esperaba el ascensor.

—Estas impresionante <<al final me lo voy a creer y todo>>.

—Buenos días —dije picando el botón de la planta baja. Antes de que cerraran las puertas Robert lo paró con una mano.

—Hola —dijo entrando y dándonos la espalda; no contesté, me parecía un chulo y un estúpido, se giró y me dedicó una mirada de arriba a abajo ¡será idiota! Pensé. Esa mañana me había puesto un vestido negro cortó por encima de las rodillas, de media manga con los hombros descubiertos, un cinturón de cuero en la cadera que le daba un toque más informal y los zapatos negros con los que llegué a Madrid. Cuando llegamos al vestíbulo le dejé mi maleta al conserje mientras ellos me esperaban; llevaba en la mano una carpeta con varios dibujos para esa última reunión, estábamos a punto de cruzar la calle cuando pasaron unos chicos jóvenes, trajeados, y se dieron la vuelta en mi dirección. Uno de ellos me dijo que le había alegrado la mañana con esas piernas y Robert sin levantar la voz les dijo que podían acabar la mañana en urgencias.

—¿Por qué has dicho eso? —dije abriendo los ojos.

—Digo lo que me da la gana ¿vale? —no quise discutir más con él, me

sacaba de mis casillas y no quería perder los papeles <<había puesto el modo Profesional>> repetí en mi mente. Al entrar estaba esperándonos la secretaria de Verónica, Diana.

—Señorita Lucía, mi jefa llegará un poco más tarde, dice que no la esperen a desayunar, que cuando llegue ya tomará ella algo.

—Vale, vente con nosotros Diana.

—Yo no, la esperaré en la barra.

—Vente con nosotros, va —tiré de ella.

Estamos los cuatro sentados en la mesa esperando que nos sirvieran el pedido mientras yo les mostraba el boceto.

—Mira —le dije a Eduardo— míralos y opina.

—Son buenos —dijo Eduardo pasándoselos a Robert.

—Sí, lo cierto es que sí; tú ganas Lucía, tiraré esos muros y te haré el local a tu gusto.

—¿Te rindes? —dijo Eduardo con una sonrisa.

—Me rindo —respondió con una sonrisa—, ella tiene razón aunque me pese —yo sonreí como una tonta.

—Como no rendirse ante esas piernas —Diana dio un respingo en la silla y yo tiré de mis dibujos de mala manera.

—¿No aceptas un cumplido?

—De ti no, prefiero que reconozcas mi trabajo —dije guardándolos.

—Gracias —le dije al camarero que nos sirvió, antes de darnos cuenta apareció Verónica, Robert me pidió los dibujos que yo saqué con una sonrisa forzada y él se colocó detrás de nosotras a explicarnos lo que haría. Apoyó todo su peso en el respaldo de mi silla y rozo su brazo con

el mío, una ráfaga de electricidad me recorrió entera, giró su cabeza un poco y me miró a los ojos con otra sonrisa de que malo.

—Entonces ¿estás de acuerdo con Lucía?

—Rotundamente sí, los dos diseños son increíbles pero siendo sincero este —señaló el del local número uno— es mucho mejor, las formas, distribuciones, he incluso la luminosidad.

—Gracias —dije mirándolo.

—Entraré por aquí —dijo poniendo el dedo en los planos del local—, derribaré los dos muros y colocaré una viga de hierro con dos pilares para soportar mejor la carga. Eduardo os hará los planos y os los enviará cuanto antes.

—Lucía necesitaré tu correo y tu teléfono —<<mi teléfono ya lo tienes cabrito, dije para mis adentros>> —tendremos que estar en contacto para adaptar tus peticiones al proyecto —les entregué una tarjeta a cada uno.

—Fantástico, en cuanto digáis nos ponemos manos a la obra mientras tanto trabajaré un poco más en el boceto principal.

—Mientras nos dan los permisos modifico los planos y aviso al aparejador, te agradecería que cualquier modificación que desees hacer me la comuniques.

—Por mi está perfecto así —me levanté y me dirigí al servicio. Me estaba refrescando cuando se abrió la puerta y entró Robert. Volvió a mirarme mientras yo estaba de espaldas a él y lo miraba desde el espejo. Subió su mirada por mi cuerpo hasta que nuestros ojos se encontraron.

—Realmente eres preciosa —respiré y me armé de valor saliendo del baño sin dirigirle la palabra. Cuando llegué a la mesa me despedí de todos y me encaminé a la salida, crucé la calle y entré en el hotel. Recogí la maleta y pedí que me llamaran a un taxi; mi visita por Madrid había llegado a su fin.

*Mis sentimientos son tan ingenuos
que me dejo llevar por la corriente.*

Asayés.

CAPÍTULO 13

Feliz domingo... ¿o no?

Desperté con Cristian entre mis piernas, empujaba lentamente entre mis muslos, mientras yo me estremecía bajo su cuerpo, me encantaba sentirlo dentro, me hacía sentir única. Besaba la comisura de mi boca e iba bajando mientras mordisqueaba mi barbilla. El placer era tan intenso que estaba a punto de estallar y no podía aguantar más esa dulce tortura.

—Me voy —dije arqueando mi cuerpo y abrazándolo, aún notaba mis espasmos cuando sentí su calor dentro de mí.

Después de darnos una ducha volvimos a la cama, hacía calor, pero el día era gris y lluvioso.

—¿Qué te pasa? —dije con voz pesarosa.

—Nada cielo, tranquila —me acarició la espalda—, cosas del taller y de mi padre.

—Cuéntamelo y entre los dos...

—¡No! —me cortó de golpe—, no quiero aburrirte —se levantó de la cama y se dirigió al vestidor.

—Pues vaya —me dije a mí misma dándome la vuelta, poniéndome boca abajo y aplastando mi cara contra la almohada.

—Cielo voy a salir a que me el aire y de paso traigo algo de comer —no me dio tiempo a

contestarle cuando salió como alma que llevaba el diablo. Me levanté a mi pesar y me coloqué la ropa interior y una bata de seda con las mangas de

murciélago de color lila oscuro, recogí

el baño y la habitación.

—Sí que tarda —me quejé. Empezaba a tener hambre y las tripas me rugían, me estaba fumando un cigarro en el la terraza cuando escuché la puerta.

—¡Nena! —gritó entrando en la cocina.

—Voy —apagué el cigarro y caminé en dirección al comedor, cuando de sin esperarlo salió de la cocina con una enorme sonrisa y alzando unas bolsas de cartón.

—¡Tachan! —dijo cantarín, lo miré arqueando las cejas.

—Venga cielo, siéntate en la mesa que te sirvo la comida —me hizo una reverencia .Después de comer las lasañas de carne y las berenjenas rellenas yo no podía ni moverme.

—¡Dios! voy a rodar hasta el sofá —dije tocando mi barriga.

—No es para tanto.

—E ingerido todo mi peso ¿sabes? —me sonrió y coló una mano debajo de mi bata

—¿Lo quemamos? —preguntó levantándome de un solo movimiento, cuando me quise dar cuenta estaba encima de la barra americana gritando su nombre como una loca.

Después de ese revolcón en la cocina por fin pudimos entablar la conversación pendiente... Tras contarme como su madre los abandonó en la más absoluta ruina me dijo que él abandonó los estudios para ayudar en casa con su sueldo. Empezó a salir con los amigos y poco a poco cayó en las drogas, eso le llevó a robar camiones y pasando a mayores, yo no daba crédito a lo que escuchaba. Poco a poco y con la ayuda de su padre logró dejarlo todo.

—Y esa es toda mi vida nena —sin más cortó la conversación, lo cierto es que contestó a todas mis preguntas y creo que fue sincero.

Después de eso nos dimos un baño relajante. Sobre las nueve de la noche estábamos ya bastante cansados de estar en casa, los días eran más largos y por ello nos animamos a salir un rato.

Entrábamos en el bar de su barrio donde siempre estaban sus amigos. A las once era el partido de fútbol y Cristian estaba de lo más pesadito con verlo, cuando sonó un mensaje en mi móvil lo miré, no me lo podía creer...

Buenas noches Lucía

No te despediste de mí

supongo que no te darías

cuenta, saludos. Robert

Abrí los ojos como platos y directamente le di a la tecla para borrar. Mientras me sentaba al lado de Cristian sonó otro mensaje:

Supongo que con lo

estirada que eres no

me contestarás. Robert

—Pero bueno... —dije al tiempo que lo borraba.

—Dime cielo —se giró Cristian en mi dirección.

—No nada, cosas mías.

—Lucía —dijo Paula retirando una silla vacía y sentándose al lado—
¿Lucía te pensaste eso?

—Eh... sí.

—¿Sí de que sí lo pensaste o de que sí lo hacías?

—Sí a las dos cosas —ella saltó de alegría dándome un abrazo—. Mil gracias de verdad, gracias gracias gracias...

—¿De qué habláis? —dijo Cristian sin prestarme atención.

—De nada —contesté rápido.

—¿Nada? —preguntó confuso mientras hablaba sobre el fútbol.

—Después te cuento, Paula discreción por favor —ella asintió y me volvió abrazar.

—¿Cuándo quedaremos, esta semana?

—Sí.

—Las podríamos hacer en algún hotel.

—No hace falta hotel, si quieres vienes a mi casa la miras y si te gusta las hacemos ahí.

—Sería genial, ¿cuándo podemos ir?

—No sé.

—Eh vosotras —dijo el novio de Paula. Panocha, así le llamábamos al muchacho—, ¿qué os tramáis?

—Nada, Lucía que me ha invitado a ir a su casa una tarde.

—Genial —dijo engullendo un bocata de pinchos con alioli.

—¿Cuándo los has invitado cielo? —me preguntó Cristian curioso.

—No sé, esta semana ¿por?

—Nooo por nada, es que...

—¿Es que qué? —dije sin entender su cara, se había quedado pensativo.

—Es que esta noche hay fútbol.

—¿Y? —dije de lo más curiosa.

—Pues eso, que si no te importaría que vinieran a tu casa así lo vemos juntos —carraspeé y cogí aire. Este hombre es tonto... guapo y una bestia en la cama, pero tonto de remate.

—Cielo ¿podemos hablar en privado? —dije suplicando con la mirada.

—Lucía ahora no, nos van a traer la cena.

—Sí ¡ahora! necesito decirte una cosa de máxima importancia.

—Pues venga, vamos fuera —nos dirigimos al exterior.

—Bueno ¿qué? —dijo con bastante chulería.

—¿Bueno qué...? —lo miré con ternura y caminé hasta llegar a él—. Cielo ¿somos pareja?

—Claro eres mi novia, lo más importante de mi vida, ¿por qué dices eso?

—Lo tuyo es mío y lo mío es tuyo.

—Más o menos.

—¿Más o menos? —dije ojiplática.

—¿Sí, no? —me contestó.

—¿No es tu casa la mía?

—Claro nena pero ¿dónde quieres ir a parar?

—Quiero saber en qué se basa nuestra relación. Nene, no hace falta que preguntes si tus amigos pueden venir a mi casa, o mejor dicho nuestra

casa. Yo considero la tuya mía y no creo que haga falta esas tonterías, así que si quieres invitar a quien quieras hazlo sin más.

—No sé, pensé que...

—Cristian cielo... no pienses —el soltó una carcajada y me besó.

—Es que te como entera.

—Ya. Eso luego —dije entrando al bar y sentándome en nuestra mesa.

—Mmm que buena pinta —dije cogiendo mi torrada de tortilla de patatas — le ofrecí un trocito a Cristian con mi tenedor que aceptó encantado, él se había pedido el dichoso bocadillo de pinchos.

—Toma, pruébalo.

—No gracias —me aparté de él.

—Pruébalo por favor.

—Bueno dame un trocito de carne —sonreí de lo más forzada.

—Anda come Lucy que está que te cagas.

—¡Diego! —me reí <<por fin sabía el nombre del Panocha y no tendría que volver a llamarlo así>>.

—No seas cursi —volvió a decirme Diego.

—Oye tío —dijo Cristian dirigiéndose a Diego— ¿dónde vas a ver el partido?

—Pues supongo que aquí, es de pago.

—¿Y si os venís a casa? —dijo mirándome, yo todavía mantenía el trocito de carne manchado de Alioli entre los dedos.

—¿Te has puesto el plus?

—¿Qué? No, ¿qué dices?

—No sé, como has dicho a tu casa...

—Bueno, a nuestra casa —dijo mirándome.

—Sí, vamos —repuso Paula aplaudiendo con las manitas.

—Venga.

—Nena, cómete eso ya.

—Si voy —dije metiéndomelo en la boca, lo mordí, saboreé y mastiqué... dejé que el sabor invadiera mi paladar—. ¡Joder! qué bueno está —dije mirándolo, Cristian me miró sorprendido mientras que los demás se partían el culo de risa.

—Cielo has dicho “joder”.

—Sí, ¡joder! que bueno está —dije dándole un mordisco a su bocata—. Mmm... —me relamí

—¿Lo quieres?

—No, es igual.

—Vale —dijo intentando darle un mordisco que no llegó a dar porque yo se lo retiré de sus manos.

—¡Sí sí! lo quiero —dije cambiándoselo por el mío. Al final solo me comí la mitad y

Cristian se comió el mío y lo que me sobró. Estábamos llegando a casa cuando recibí otro mensaje:

Como me imaginaba

no contestas

—Joder, vaya palacio —comentó Diego.

—Qué bonito —dijo Paula—, me encanta.

—Entrar —dije abriéndome paso entre ellos.

—¿Me tengo que descalzar?

—Muy gracioso Diego.

Conforme les mostrábamos la casa cada vez estaban más sorprendidos. Paula alucinó con mi vestidor.

—Que pasada... ni en mis mejores sueños, ¿Cristian tiene aquí sus cosas?

—Claro —dije sin más, me estaba poniendo cómoda.

—Que pijama más bonito tía... y estas batas ¡que pasada!

—Mira tú misma, a ver qué te gustaría ponerte para la presentación.

—¿De verdad?

—Sí, en serio, mira lo que quieras —dije asomándome al comedor.

—¿Chicos queréis unas cervezas?

—Estaría bien —dijo Cristian espatarrándose en el sofá. Entré en la cocina y preparé

un bol con patas, olivas, taquitos de queso y cuatro cervezas.

—Cielo ¿pongo un mantel?

—Sí porfa —dije saliendo con una bandeja.

—Vaya Lucy, hasta los platos son de diseño.

—¿Qué dices? son del chino —me reí.

—¡No jodas!

—No jodo, en serio —dije poniendo las cosas sobre la mesa.

—Tío tu novia es una pasada.

—Sí ¿por qué?

—No sé, Cristian el primer día que la vi pensé “menuda finolis” y todavía lo pienso, pero aún así como está ahora en pijama con el moño mal hecho y tan natural pienso que no has podido elegir mejor.

—Gracias tío... desde que la vi el primer día tan estirada me volvió loco —salí de la cocina haciéndome la sorda, pero de sorda no tenía nada de nada, me acerqué a la mesa y dejé una bandejita con nachos y unos boles pequeñitos con diferentes salsas.

—Oye ¿y mi novia? creo que se ha perdido.

—Estoy aquí capullo, Lucy ¿puedes venir?

—Claro —fui hasta ella—. ¿Dime cuki que te pasa?

—Es que no sé, es todo tan fino y bonito que no creo que nada me quede bien.

—A ver ¿cómo te gustaría verte, vestido pantalón o blusa?

—No sé, nunca he ido tan elegante —se dio unos golpecitos en el mentón con el dedo índice. —Pruébate esto —saqué un vestido negro entallado hasta la rodilla con forma de palabra de honor—, y... esto —saqué unos zapatos rojos y un cinturón—. Te espero afuera.

Cuando salió la encontré monísima de la muerte y le dediqué una sonrisa de aprobación.

—No sé... no me veo yo —dijo con un poco de vergüenza —siempre voy tirá ¡tía!

—Sandeces... ven —la conduje hacia el baño y le solté la melena que llevaba rizada—. Estas preciosa, sal y ya veremos qué opinan.

Cuando la vieron los chicos se quedaron embobados, realmente estaba espectacular.

—¿Cariño?

—Sí —dijo colorada como un tomate—, ¿y bien?

—Guapísima —comentó Cristian.

—Cielo ¡espectacular!

—No sé. Me da corte.

—¿Prefieres pantalones? —ella apretó los labios y asintió, al final se decantó por un pantalón gris oscuro y camisa negra. Cuando la vieron los demás le dijeron que no y ella no pudo resistirse a los halagos que le dedicamos. Ganó el vestido, me comentó que le encantaría hacer las fotos en mi casa y a mí me pareció la mejor opción ya que de tener que posar en paños menores prefería hacerlo en mi hogar. Estábamos viendo el partido tranquilamente... bueno si se puede llamar así. Cristian me dijo:

—Nena tu móvil —me lo pasó rebotando en el sofá.

—¡Mierda! —exclamé cuando vi que era el pesadito de Robert.

Pasas de mi lo tengo

asumido pero que sepas

que conseguiré que cites

mi nombre cuando te

esté follando

<<Ay Dios ay Dios>> lo borré rápidamente mientras Cristian me miraba.

—¿Qué pasa?

—Nada, nada.

—No ¿qué pasa?

—Verónica que quiere que vaya a Madrid antes de fin de mes.

—Joder que pesada —se quejó, momentos después sonó de nuevo y era Beca.

—Dime guapi.

—¿Qué haces?

—Viendo el partido.

—Oye, ¿quedamos mañana al medio día?

—Voy al gym, nos vemos después.

—No, no puedo, he quedado con Andrés.

—¿A sí? —salió mi lado chafardero— cuenta...

—No, mejor mañana —charlamos un rato más de tonterías y me convenció para no ir al gym.

—Entonces ¿mañana no irás al gym? —preguntó Cristian cuando dejé el teléfono.

—No, he quedado con Beca.

—Vale... —al minuto estaba saltando y gritando a la tele.

Salió con unas cervezas y tras dejarlas en la mesa se sentó a mi lado cogiéndome en brazos. No sé ni cuándo ni cómo me dormí, desperté en mi cama y desnuda <<juraría que me puse el pijama>> de fondo escuché ruido de platos y olor a café, como siempre estaba haciéndome el

desayuno.

*No insistas en quien te decepciona,
aprecia a quienes te quieren.*
Refrán.

CAPÍTULO 14

Sonríe por favor

Las semanas iban pasando sin ninguna novedad; entre el trabajo, las amigas y Cristian no me daba tiempo de nada. Estaba como en una burbuja, feliz de la vida. Mi gran sorpresa fue lo divertido y emocionante que resultó ser posar para Paula, lo disfruté muchísimo.

Al salir del trabajo fui al taller a ver a Cristian antes de irme a cenar con mis chicas, entré y estaba vacío pero sabía que se encontraban dentro por los gritos que se escuchaban.

Llamé a Cristian al móvil y salió.

—¿Se puede saber que son esos gritos? —dije furiosa nada más verlo.

—Nada nena, cosas mías.

—¿Qué cosas pueden justificar que le chilles así a tu padre?

—Déjalo ¿qué quieres?

—Quería verte pero ya me voy —me dirigí hacia mi coche y él ni siquiera me detuvo. Arranqué el motor y salí pitando, estaba bastante furiosa y no entendía cómo podía gritar así a ese pobre hombre. Entre en la cafetería nueva de la Plaça del Pi y vi a mis niñas entadas en una mesa riéndose como dos locas. << Ay mis PDF>> ``putillas diferentes y folladoras´´.

—Chicas —las llamé.

—Siéntate —tiro Beca de mí —¿sabes qué?

—No ¿qué?

—¿Qué te pasa?

—Nada.

—¿Lo quieres saber o no?! Andrés me ha pedido matrimonio.

—¿Qué dices? —salté de la silla de emoción.

—Sí, desde que volvimos estaba diferente, más cariños, más atento y ayer por la noche mientras cenábamos en casa me lo pidió arrodillado.

—Me muerooooo.... no me lo puedo creer, me alegro muchísimo Beca.

—Bueno, a ver cómo sale —dijo Katy.

—Genial, están hechos el uno para el otro.

Estuvimos toda la tarde hablando de la boda, de la despedida y hasta de como quería al boys (perris) antes de cenar Cristian me mandó un mensaje:

Cielo me voy a casa

no me encuentro bien, besos.

No le di más importancia en fin... Beca me confesó que llevaba un par de semanas viéndose con mi hermano. Lo cierto es que me sentó como una patada en el estómago. Marc y ella tuvieron una relación que empezó siendo unos críos, ella tenía tan solo dieciséis años y él bastante más mayor, paso de ella y la trato muy mal. A Beca le costó muchísimo tiempo superarlo y cuando lo consiguió volvió a caer en las garras de mi hermano. Estaban siempre igual y como no, yo en medio. Estuvimos hablando bastante rato sobre ese tema (que yo odiaba), él es mi hermano y Beca mi mejor amiga y no entendían que si ellos se destrozaban yo sufría por igual. Juró por activa y por pasiva que solo se habían dado unos cuantos revolcones y que la cosa no pasó de ahí, pero ella y yo sabíamos que era mentira. Lo cierto es que ellos estaban enamorados pero eran demasiado iguales para estar juntos, además que mi hermano es un picha brava como decía mi madre y Beca ... bueno Beca era Beca, era así y yo

la quería con sus más y con sus menos... y ojo, que yo no soy una santa, pero ella era la reencarnación del mal convertido en cuerpo de diosa griega. La muy petarda siempre decía que tenía cuerpecito zalamero y que para que se la comieran los gusanos prefería que la disfrutaran los cristianos <<que le corten la cabeza >>.

Me despedí de ellas en la misma puerta del bar y me decidí llamar a Cristian. Ya casi ni me acordaba del enfado, descolgó al primer tono:

—Nena.

—Cielo, ¿en cuál casa estás? tenemos dos —le comenté juguetona.

—En la mía.

—Perfecto, en veinte minutos llego —dije antes de colgar <<pues sí que esta pachucho, pobrete vaya voz que tenía>>.

Entré en el comedor y ahí estaba él con unos pantalones cortos y sin nada más, haciéndose

un cigarro de los suyos. Estaba la mesita de centro llena de latas de cerveza y la mesa hecha

un fiasco con una sustancia extraña en ella <<¿qué narices son esos polvos>>.

—¿Han estado los chicos?

—No ¿por qué lo dices?

—Por nada, ¿qué te pasa cielo? —dije sentándome a su lado.

—Nada —dijo posando una mano en mi rodilla.

—Dime qué pasa y entre los dos encontraremos una solución —se levantó y cogió otra cerveza bebiéndosela de un trago.

—¿Quieres saber qué cojones me pasa? —dijo más alto de la cuenta.

—Claro cariño.

—La asquerosa de mi madre lleva tres años chantajeando a mi padre — abrí la boca— ¡sí!, no pongas esa cara; tres años haciéndole chantaje, si no le pasa dinero ella reclamará la parte del piso y del taller que le correspondería —dijo echándose las manos a la cara—. Mi padre por no perder su casa pidió un préstamo para poder pagarla.

—Lo siento —cogió otra cerveza y repitió el ritual de antes.

—Lleva casi un año sin pagar el dichoso préstamo y ahora nos embargan el jodido taller, lo perdemos Lucía —dijo sentándose en el sofá con las manos en la cara— lo perdemos...

—Tendrá solución.

—Eso pensé yo, esta mañana he ido al banco a sacar mis ahorros ¿y sabes qué?

—No ¿qué? —pregunté alarmada.

—Que no tengo un duro, ni de la herencia de mi abuela, ni de mi puto dinero. Ella se largó con una parte y mi padre ha sacado el resto más lo que le pertenecía a mi hermana, para poder pagarle, estamos en la puta ruina...

—Cielo tendrá solución, todo tiene solución — levantó la cabeza y me miró con rabia.

—¿Qué cojones sabrás tú? qué vas a saber tú si eres una jodida niña rica, que no se preocupa ni de cuánto vale su coche.

—Cielo yo...

—¿!Tú que? —dijo rabioso— estoy sin un duro niña, entérate —se colocó delante de la mesita y empezó a mover la sustancia de un lado a otro.

— ¿Qué haces? ¿Qué es eso?

—A veces pienso que eres tonta...que va a ser niña, COCA es COCA — dijo con la mirada perdida —ven, siéntate a mi lado ¿quieres probarla? Está muy buena, te gustará.

—No, no quiero y tú no deberías hacerlo.

—¿Ahora me vas a dar una charla?

—No en absoluto.

—La tomo de vez en cuando, no siempre —se disculpó.

—¿A sí? ¿Desde cuándo?

—Lo ves, no te enteras de nada —dijo retorciendo un papel e inclinándose en la mesa, acto seguido esnifó la droga, conseguí reprimir las lágrimas como podía.

—¿Desde cuándo?

—No sé Lucía —dijo pasota—. Cuando me apetece o cuando salgo.

—¿Cuándo has salido conmigo te has drogado?

—Alguna vez...

—No me lo puedo creer. Mira, yo...

—¿Qué vas a hacer ahora? ¿vas a salir corriendo?

—No voy a salir a ningún sitio, somos una pareja y los problemas los afrontamos juntos.

—Ven, pruébala.

—No quiero. Si me cuentas lo que ha pasado a lo mejor encontramos una solución

—¿Qué es lo que no entiendes? —me encaró—. No entiendes una puta

mierda.

—¿De cuánto es la deuda? —dije reprimiendo las lágrimas otra vez.

—¿Para qué quieres saberlo? —dijo cogiéndose de la nunca— ...treinta mil euros, un pastizal.

—Uff qué susto... Cristian y ¿tú ves que treinta mil euros sea motivo para hacer lo que estás haciendo? si eso no es nada por el amor de Dios —eché mis manos a la cabeza—. Me has asustado —me miraba con el gesto de su cara impasible.

—¿No escuchas?

—Sí que te he escuchado cielo, pero si pagas los treinta mil euros no os quitan el taller.

—Sí, nos piden la deuda exacta o si no tenemos quince días para dejar el taller.

—Bueno, treinta mil euros es poca cosa, yo pensaba que era muchísimo más, quinientos mil o no sé algo así, si quieres puedo...

—No quiero tu jodido dinero —espetó.

—Se lo podemos pedir a mi padre, él...

—Que no, que no quiero ni tu dinero ni el de tu padre, con eso demuestras que eres una niña de papá.

—¿Perdona? Solo quería echarte una mano ¿sabes?

—Pues no quiero tu ayuda.

Me puse en pie y me quite la chaqueta, volví hacia la mesa y comencé a recogerla.

—Es que tú no te das cuenta de nada ¿verdad? —no contesté—. No te das cuenta de la diferencia que hay entre tú y yo; yo me he ganado la vida, lo

que tengo lo tengo por mí, nadie me ha solucionado nunca nada —escupió de malas maneras mientras yo no podía articular palabra— ¿no piensas decir nada? eres un jodido témpano de hielo.

—Ya está bien —dije calmada—, se acabó la conversación, me voy a la cama.

—No sé qué cojones haces, ya te he dicho que estoy en la puta ruina.

—No me interesa tu dinero, ni tus drogas, ni tus mierdas Cristian.

—A no, es verdad, la señorita deja cinco euros de propina o se gasta en ropa cada semana lo que yo cobro en un mes.

—¿Algo más que decir?

—¿Qué? —dijo mientras volvía a prepararse otra dosis.

—Que si me quieres decir algo más que lo hagas ya que me voy a dormir.

—Pues sí, claro que tengo que decir mucho más.

—Entiendo que estés enfadado pero yo no tengo la culpa —me di media vuelta y me encaminé hacia la habitación. Cerré de un portazo y me acosté incluso vestida.

Escuché como entraba en la habitación.

—Lucía nena escúchame...

—No quiero escucharte, sal del dormitorio.

—Ven fuera, podemos hablar las cosas y...

—¿Y qué?

—Follar, quiero echarte un polvo, voy cachondo y necesito follarte.

—¿Cómo dices? —no me podía creer lo que me estaba pidiendo.

—Ya me has oído, que te quites la ropa y que salgas.

—Déjame tranquila, esto te lo paso porque vas drogado y no sabes lo que dices, pero cuando se te pase tendremos una conversación sobre este tema.

—¿No sales? ¿Me rechazas?

—Sí, ahora déjame tranquila.

—Como quieras Lucía, pero lo que no me des en casa lo voy a buscar fuera —dijo dando un portazo y dejándome en la cama muerta de miedo <<otro Rubén>> nooo, no podía ser. Lloré hasta que mis ojos no pudieron más y se cerraron lentamente.

A las seis de la mañana me desperté sobresaltada y salí al comedor, él estaba en el sofá durmiendo la mona y yo histérica, necesitaba gritar o correr me daba igual pero tenía que salir de esa casa. Recogí mis cosas y me marché.

Por la mañana estaba hecha un fiasco, cuando llegó mi padre al trabajo yo me encontraba en su despacho hecha un manojo de nervios, le expliqué la situación y él aceptó encantado el echarme una mano. Yo sabía que Cristian recapacitaría y lo entendería, éramos una pareja y por ende estábamos para lo bueno y lo malo. Me encaminé al banco que estaba justo al lado de la casa del padre de Cristian sin dudarle un instante hice lo que mi corazón me dictaba. Eran las cuatro de la tarde y Cristian no daba señales de vida, lo llamaba y pero lo tenía apagado así que papá y yo entramos al taller.

—Mariano.

—Niña —corrió a saludarnos.

—Mariano este es mi padre Ricardo. Queríamos comentarle un asunto...

Después de llamar a Cristian cientos de veces no nos quedó otra opción que cerrar el taller y dirigirnos casa del padre de Cristian donde mi padre le explicó.

—Mariano, mi hija me ha contado por la situación complicada que estáis pasando —el buen hombre estaba muy avergonzado—, ella ha ido esta mañana y lo ha arreglado todo. El préstamo esta liquidado.

—¿Cómo? no puede ser.

—Sí, la deuda era de veintiséis mil euros.

—Ya...

—Los cuatro mil restantes están en su cuenta, los términos de devolución son muy sencillos. Usted le ingresa cien euros al mes directamente a mi hija en su cuenta hasta saldar el monto total.

—Pero no, yo no puedo consentir eso, de verdad.

—Sí, Mariano sí.

—Hija, yo no puedo aceptarlo.

—Sí puede, ha trabajado toda su vida y no voy a permitir que lo que ha construido con sus manos lo pierda por culpa de una mujer sin corazón, que por cierto esta mañana el abogado de la empresa le ha interpuesto una querrela por abandono de hogar y fraude además de chantaje y extorsión.

Después de consolar y mucho explicar el pobre hombre aceptó por fin. Suspiré para mis adentros y salí muy contenta ya que teníamos un problema menos.

Me dirigí con papá al estudio para que me mostrara unos diseños de una obra nueva que le había llegado hacía una semana y no había tenido tiempo de poder revisar, ¡en fin vaya día!

A las seis salí directa hacia el taller quería saber de Cristian, quería saber cómo se encontraba.

—Mariano.

—Hija por Dios Cristian te está buscando.

—Yo le estoy llamando pero no responde.

—Ha ido a tu oficina.

—Voy para allá entonces.

—Está enfadado, no quiere que aceptemos el dinero.

—Pues se va a tener que aguantar Mariano —conduje de nuevo hasta mi oficina, cuando al llegar me avisaron que se acaba de ir hecho una furia.

Me pasé la tarde de su casa al taller y viceversa. Estaba agotada, me dolían los pies y la cabeza, llamé a Mariano y me dio las llaves del piso. Cuando entré Cristian estaba aún peor que cuando lo dejé.

—¿Dónde cojones has estado todo el puto día?

—Cristian ... —dije quitándome los zapatos—, estoy agotada no chilles por favor.

—¿¡Que no chille!?!? pero ¿de qué cojones vas? te dije que no quería tu jodido dinero.

—Pero...

—Pero nada, te lo dije... ¿qué te piensa? que por estar podrida de dinero puedes hacer con nosotros lo que te de la gana. Eres una estirada, una consentida y una...

—¿Qué soy? Vamos, acaba la frase.

—No quiero tu dinero, no quiero estar en tu jodido piso de revista y no quiero conducir tu jodido coche que no sabes ni lo que vale.

—¿Y ese vaso? —dije señalando uno con pintalabios rojo.

—De Cristina... te dije que si no me dabas lo que te pedía lo buscaría fuera...

—¿¡Qué!?! —me revolví como una fiera—¿la has metido en casa?

—¿En casa? no reina, en mi casa.

—Cristian —dije seria.

—Que es mi puta casa, mi puto barrio y mis putos amigos ¿sabes? si no te gusta... Después de todo ella va a tener razón.

—¿A sí?

—Sí, eres una niña de papá, en cuanto tienes un problema vas llorando a él y yo no soy más que un capricho.

—¿Un capricho?

—Sí, una niña rica se enamora de niño pobre... —recogí la chaqueta y mi bolso.

—¿Dónde vas?

—A casa.

—A tu casa dirás.

Me di la vuelta para irme y repentinamente me cogió del brazo y tiró de mí, se me doblaron

las piernas tambaleándome y él me sostuvo con las manos.

—¿Vas en tu cochazo a buscar a tu papá para decirle lo malo que soy? Y después te irás a llorar a tu puta casa ¿verdad?

—Fin de la discusión.

—Eres fría para todo, eres incapaz de levantar la voz sabiendo que me he follado a otra.

—Adiós.

—Si te vas no vuelvas —me paré en seco.

—¿En serio? ¿Quieres que me quede después de todas las barbaridades que me has dicho, y de acostarte con otra?

—Sí, me la he tirado cosa que tú me negaste anoche y te avisé.

—Bueno pues que te aproveche ¿vale? y no vayas a pensar que aquí la única cornuda soy yo.

—¿¡Qué!?! —gritó frenético caminando en mi dirección hasta cogermé por lo brazos—. ¿Qué hablas de cuernos? ¿Me has engañado?

—Sí. Jódete carbón, te odio —dije con toda la rabia que pude—. ¿Y sabes qué? No es un niñato, ni un cocainómano como tú, es un hombre de verdad —me zarandeo como si no pesara nada y noté como su respiración se agitaba todavía más.

—No te creo.

—Pues peor para ti. Tú te tiras a tu amiga en casa y yo me tiro a quien quiero y cuando quiero ¿qué te piensas? ¿que aquí solo follas tú cuando te de la gana?

—¡Cállate! —dijo fuera de sí, me soltó y le dio dos patadas a la mesa—. Júrame que es de verdad Lucía?

—Te duele ¿verdad? ¡pues te jodes! —dije saliendo de su casa y corriendo como una loca hasta la mía. Gracias a Dios no me cruce con ningún policía ni con ningún transeúnte.

Pasaron varios días sin saber nada él <<mejor me dije>>. Me sentía como una mierda, como si no valiese nada, cuando por fin fui algo más fuerte me dirigí a su casa a buscar mis cuatro pertenencias y a devolverle las suyas.

Piqué durante un buen rato hasta que al final me abrió

—¿Qué haces aquí?

—Toma —le di su bolsa con sus cosas—. Por favor te agradecería que me diceses las mías.

—Pasa —dijo abriendo la puerta y apartándose a un lado.

La casa daba asco, estaba todo sucio, con botellas vacías y con un olor porcino. Entré en la habitación y abrí las ventanas.

—¿Qué haces?

—Ventilar, huele fatal —me fijé en un sujetador rosa fucsia y lo miré—. Te odio —no contestó, se mantenía apoyado en la pared de la habitación.

—Lucía lo siento.

—Yo más Cristian, créeme que yo más.

—¿De verdad me fuiste infiel?

—No Cristian, yo no me he acostado con nadie estando contigo, no porque no pudiese si no porque te he respetado en todo momento.

—Perdóname, siento de verdad todo lo que ha pasado.

—No me des explicaciones de tu vida, yo ya no formo parte de ella.

—Podríamos hablar —dijo mientras que yo pasaba por su lado para entrar en el baño.

—No, no te pienso perdonar.

—Será mejor así, ahora que no puedo darte nada, supongo que te cansarías de mí.

—Si claro, soy lo peor —me reí— ¿soy de lo peor verdad? Claro... —dije una vez terminado de recoger todas mis cosas.

—No te vayas por favor, Lucía yo te quiero nena...

—¡Sí! lo demuestras muy bien.

—De verdad cariño lo siento...

—Yo no, ahora sé cómo eres y lo que haces y no te quiero en mi vida.

—¿Ah, no? —sonó dolido.

—No, pero no por el dinero, si no por lo que haces y en quien te conviertes.

—¿Te crees mejor que yo?, siempre ha sido así.

—No para nada, pero hazte un favor y deja la drogas, no te sienta bien y piensa en tu padre.

—Está bien Lucía ¿cómo te pago el préstamo?

—Ya está solucionado, tu padre se hará cargo. De ti no quiero nada —dijo cerrando la puerta detrás de mí.

—¡Lucía! —gritó mientras abría la puerta. Yo furiosa con los ojos anegados en lágrimas pero sin darme la vuelta lo escuché—. ¿De verdad me dejas? —no le contesté—. Escúchame Lucía, escúchame bien —esta vez sí que lo miré a los ojos. Él lloraba y no se ocultaba, yo no podría reprimirlo más, rompí en llanto.

—¿Dime?

—No quieres que estemos juntos, lo entiendo, pero podemos follar cuando quieras. No te voy a negar que tienes un polvazo y de alguna manera te tendré que pagar el préstamo ¿no?— lo dijo con rabia y para hacerme daño y el muy... lo consiguió. Lo que ni él ni yo esperábamos era mi reacción me dirigí hasta él y le abofeteé sin pensarlo hasta que me dolió la mano. Él aguantaba los golpes sin moverse, sin taparse y ni siquiera apartarse.

—Me los merezco, lo sé —dijo cuándo bajé las escaleras.

*Pero que no quepa duda,
muy pronto estaré liberado,
porque el tiempo todo lo cura
por que un clavo saca a otro clavo.*
Melendí.

CAPÍTULO 15

La vida sigue

Después de dos semanas encerrada en mi casa y con cuatro kilos menos solo salía para trabajar y aguantaba horas y horas y horas con Beca y Katy, ahí estaba yo devuelta en Madrid con una falda monísima de color verde y una blusita blanca.

—Que calor hace aquí —dije susurrando mientras levantaba la persiana del local, quería ojear como iba la obra.

—Vaya, vaya a quien tenemos por aquí si es la señorita no contesto a los mensajes.

—Eh... hola.

—¿Qué cojones haces aquí y por qué no has entrado por la puerta de atrás?

—No sé, estoy aquí para ver cómo van las obras y no creo que debas hablarme así grandullón...

—Haré como que no he escuchado nada y toma ponte el casco.

—¿Perdona? ¿Casco? no no no... llevo un moño y no me lo puedo colocar.

—Es por tu seguridad.

—Oh vaya, ya entiendo si se cae el bloque encima mío por culpa de un arquitecto que no ha sabido tirar las paredes adecuadas, este casco —dije repicando con mis uñas sobre él —me salvará la vida, vaya que

considerado, gracias —dije arrancándoselo de un tirón, él no dijo nada pero me miró sorprendido.

—Ven, —intenté seguirle pero no podía cruzar la regata de metro y medio que había en el suelo.

—No puedo, espera.

—¿No puedes por qué? —dijo girándose y mirándome.

—La falda ¿hola? La falda, no me digas que no la has visto porque es divina.

—Ya estamos con los "holas"... ¿Qué cojones haces en una puta obra con falda y zapatitos? —dijo levantándose en brazos.

¡Dios! era increíble sentirse en los brazos de este hombre su olor... mmm... me moría del gusto, "cómeme enterita".

—No encontraba el mono y las botas de hierro, ya puedes bajarme —me dejo en el suelo y lo seguí—. ¡Ah! pues está bastante más avanzada.

—¿Qué te piensas que soy un novato?.

—No he dicho eso, solo estoy bastante sorprendida, tienes unas contestaciones y una falta de autoestima preocupante —dije al tiempo que le palmeaba el duro pecho, la electricidad de mi mano conectó con mi entre pierna y no podía dejar de acariciarlo, sus ojos me miraban divertido.

—Que repipi eres.

—Haré como que no he escuchado eso.

—¡Eduardo! —lo llamé —vino hacia mí plantándose delante mío y le di dos besos que él me devolvió a modo de saludo, acompañado por un abrazo y elevándose dos dedos del suelo.

—¡Lucía que alegría! Como puede ser que cada vez que te veo estés más

guapa.

—Calla zalamero.

—¿Qué te parece?

—Genial, está perfecto.

—Gracias.

—Voy a mirar los adelantos, no quiero distraerte y que se nos caiga el techo —me reí.

Quería mirar la altura de los techos y necesitaba colocar el metro laser lo más arriba posible, cogí una escalera y me subí en ella.

—Bien, ésta es alta— dije subiendo por ella.

—¿Qué cojones haces ahí? —gritó Robert desde la otra punta venía en mi dirección como un toro.

—Midiendo —sujetó la escalera.

—¡Joder!

—¿Qué pasa ahora? Roberto.

—Llámame Robert y nada, solo que desde aquí tengo una panorámica increíble.

—¿De qué? —miré en todas direcciones y solo había una, miré hacia abajo y él se rió.

—¡Nena! De ese precioso culo adornado con esas bragas —me tambalee ante su respuesta.

—Sal de ahí marrano.

—No quiero, me gusta lo que veo.

—Cochino — intenté taparme como podía y se me resbaló un tacón por culpa de los balanceos para cubrirme.

—Estate quieta —dijo antes de que yo resbalara y cayera —me cogió al vuelo.

—¿Qué cojones haces?

—Has sido tú —dije intentando soltarme.

—Yo estaba muy tranquila midiendo —volví a forcejear con él.

—Estate quieta.

—Que no —dije notando su erección sobre mi culo y lo miré —eres un cerdo.

—Y tú tienes un culazo, no es mi culpa —dijo defendiéndose—. No es mi culpa que me la pongas tan dura —yo todavía estaba en sus brazos cogida a su cuello como una princesa. Me encanta que hable así, olí su cuello y rocé la punta de mi nariz contra él, noté como suspiró, estábamos quietos solo se escuchaban nuestras respiraciones.

—Espero que notes lo que tenemos y que te decidas a dejar que te folle porque si no esto va a ser muy duro.

—Ni lo sueñes bonito, esta que está aquí jamás va a abrir sus piernas para que te cueles en ellas.

—¿Quieres apostar?

—No, gracias y ahora te agradecería que me dejaras en el suelo.

—Lo repipi que eres, hace que me duele la polla nena.

Al dejarme en el suelo salí corriendo como alma que llevaba el diablo, no deje de correr hasta llegar al hotel. Salía de la ducha “fría” cuando escuché mi móvil sonar. No puede ser, me dije muerta de la risa mientras mantenía el teléfono en la mano.

Robert a Lucía

*Me duele la polla tendrás
que hacer algo para remediarlo
¿o eres una estrecha?*

Pero esto alucinante, este está enfermo.

Robert a Lucía

*No contestes, ya sé que no
lo vas a hacer pero antes
de que te des cuenta te follaré
ese culo. Tú lo sabes y yo lo sé.*

No daba crédito a lo que leía, esta vez sí que le iba a contestar... y tanto...

Lucía a Robert

*Deja de acosarme por favor
yo no sé nada, Roberto.
Si la tienes dura no es mi
problema te la puedes cascar
como un mono a mí me da
lo mismo. Lucía*

Bueno, no me salió otra cosa, quería insultarlo y está mal decirlo pero no me salió, ni dos minutos pasaron que recibí otro mensaje, me reí por lo graciosa que era la situación.

Robert a Lucía

Veo que la señorita requetepija

por fin me contesta...

Dime preciosa ¿dónde estás?

Lucía a Robert

En el hotel, voy a trabajar un rato

y tú tendrías que hacer lo mismo

Bueno, a ver ... qué te pasa tonta, me reí, parecía que tuviera quince años, sonaba el teléfono y sentía mariposas en la barriga ¡Dios! Me encanta ese hombre con esa boca sensual y mal hablado, sucio, ofensivo y miles de cosas que le podría decir pero me encantaba de la cabeza a los pies.

Robert a Lucía

¿Estás en el mismo hotel?

¿Puedo ir?

Entre tanta tontería estuvimos mensajeándonos hasta las tantas. Dormí feliz con unos sueños subditos de tono. Desperté temprano y me di una buena ducha, me dirigía a la cafetería del hotel cuando me di cuenta que lo más seguro es que me encontrara con Robert ahí, así que salí del hotel y caminé calle arriba, hasta encontrar un bar pequeño que estaba en la misma esquina. Era diminuto pero tenía muy buena pinta, me senté en la barra, enseguida apareció un camarero de mediana edad a tomar nota

—¿Qué tomará la señorita?

—Buenos días, póngame unas porras y un café bien cargado —no acabe de decir la última palabra cuando aparecieron Eduardo y Robert.

—Buenos días Lucía.

—Buenos —me dirigí a Eduardo, no podía ni mirarlo que vergüenza, tierra trágame.

—Buenos —dijo el arrogante arquitecto mirándome de arriba a abajo.

—¿Podemos desayunar contigo?

—Sí— volví a prestar toda mi atención al aparejador, se sentaron cada uno a un lado mío, y claro está, giré el taburete en dirección a Eduardo.

—¿Lucía hasta cuándo te quedas?

—Hasta hoy a mediodía, a las cinco sale el avión.

—Yo me quedo, ya que no tengo ganas de estar subiendo y bajando continuamente.

—¿Tú no eres de aquí?

—Sí, soy de Madrid, pero ahora resido en Santander, tengo unos proyectos que por el momento me retienen, aunque después me iré pero solo por unos meses, así que por ahora me tienes a tu entera disposición —agitó su cabeza— para enseñarte Madrid me refiero.

—Estupendo, aquí casi no conozco a nadie y mi hermano tiene su vida.

—¿Es de aquí?

—Sí, se mudó hace seis años —mientras nosotros hablábamos tranquilamente, Robert pagó el desayuno de los tres, cuando salíamos por la puerta del hotel me cogió del brazo.

—Me dedicarías un momento.

—Tenemos prisa —soné demasiado seria, pero es que era tan pedante.

—Será un minuto.

—Edu ve tirando, enseguida te damos alcance.

—Tú dirás —me encendí un cigarro que me dio él.

—Lucía sé que a veces soy un poco... bruto.

—Esa no es la palabra correcta.

—¿Y cuál es?

—Sátiro y mal educado.

—Ja ja ja bueno a veces sí, un sátiro y un mal educado, pero soy buena gente, siento si te he molestado —lo miré frunciendo el ceño—. En serio lo siento, me extralimité contigo y te pido disculpas no se volverá a repetir.

—Disculpas aceptadas.

—Me gustaría que fuéramos colegas.

—Si te refieres al trabajo por supuesto.

—Sí, solucionado —nos dirigíamos en silencio hasta el local.

—Eeh... Lucía me encantaría, si tú quieres claro... salir una tarde y enseñarte Madrid, soy de aquí y me conozco los rincones más...

—¿Salir tu y yo? —le corté sonando insolente pero me dejaba a cuadros
—¿Una cita?

—No no, cita no, como colegas ya sabes en plan guía turística.

—En ese caso sí, creo...—dije de lo más confusa.

—Empezamos con mal pie pero la sangre no ha llegado al río así que...
—se rió.

Mi mente voló a donde le dio la real gana perdiéndome en esa sonrisa de diablo, era guapísimo y yo una pava de cuidado mi instinto me decía que saliera corriendo de Madrid, pero mi otro yo (esa perri) aceptó encantada.

—¡Verónica!

—Lucía que alegría —me dio la sesión correspondiente de besos “que cansina”.

—Verónica mira lo que te traigo —dije feliz— nos sentamos en una pequeña mesa improvisada y le di unas bandas de tejidos franceses, más un muestrario diminuto de papel pintado mandados a traer desde la mismísima Inglaterra.

—Oh que chic.

La verdad es que ella no se lo esperaba y dio un gritito de sorpresa, sonó mi teléfono varias veces y no le presté ninguna atención ya que sabía perfectamente quien era, Cristian. Estaba aguantando bien, casi un mes sin verlo y sin cogerle el teléfono sííí, toda una campeona.

—¿No lo coges querida? —dijo Verónica— a mí no me importa.

—Eeh... No, no lo cojo —dije con una pizca de tristeza en la voz.

—Mal de amores reina, tranquila todos hemos pasado por eso —sonreí levantando la cabeza, cuando me encontré con los ojos de Robert. Tenía la mirada clavada en mí y estaba serio, que mosca le ha picado a este.

Después de comer decidí mirar el teléfono, vi que tenía tres llamadas de mi hermano y siete de Cristian y para colmo un mensaje de Robert que conociéndolo sería alguna bordería de las suyas. Llamé a mi hermano.

—Tete.

—Hola por fin contestas.

—Tenía faena, perdona ¿ocurre algo?.

—Si Lucy, necesito que me salves el culo.

Yo no me lo podía creer, que mi hermano necesitara mi ayuda...Él para mí era Súperman.

—Claro Tete dime.

—Necesito que vengas directamente a casa en cuanto llegues a Barcelona.

—Está bien, claro iré a casa, donde crees que puedo ir con las maletas, ¿hola? Voy cargada como una mula, ¿tú sabías que hay una calle alineada con todas mis tiendas preferidas? casi muero ...

—¡Lucy! No desvaríes más, aquí te espero.

Estaba sentada en el avión ya rumbo a Barcelona cuando me decidí a leer el mensaje de Robert.

De Robert a Lucía

Lucía me encantaría salir contigo

como compañeros,

espero que cuando vuelvas

acceptes mi invitación.

De Lucía a Robert

Eso está hecho

siempre que te comportes.

Hasta la vuelta

¡Venga! Ya está, ya se lo he enviado, suspiré aliviada. Lo cierto era que estaba agotada de tanto vuelo y de tanto taxi, solo quería llegar a casa y descansar.

Giré la cerradura de casa y entré decidida. Ya no pensaba en él, ya no olía a él, me quedé de pie mirando el salón lo vacío que se veía si no estaba él. Cerré los ojos con fuerza intentando quitar esos pensamientos de mi cabeza, cuando se abrió la puerta detrás de mí.

—Hermanita ¿qué te pasa? —dijo al ver mi aspecto.

—Nada el avión, el taxi...

—Vale refréscate y charlamos. ¿Preparo algo de picar?

—Sí —dije mientras dejaba mis cosas en la habitación.

Me dirigí al cuarto de baño y al entrar en él mi mente regresó días atrás a una escena donde en la ducha Cristian y yo nos dábamos placer. Sin querer mis ojos se inundaron en lágrimas y he de reconocer que después de llorar me sentía mucho mejor. Cogí un pijama de verano y me enrollé la melena en la toalla; cuando salí mi hermano ya tenía la mesa puesta, con unos bocatas de jamón y unas patatas de bolsa. Me senté a su lado mientras comíamos los dos yo masticaba bajo la atenta mirada de mi hermano que me conocía como nadie.

—¿Pequeña como estas?

—Bien Tete, estoy bien, de verdad.

—Ya hablarás cuando tengas ganas —me sonrió.

—Coméntame en qué requieres mi ayuda —los ojos de mi hermano no dejaban de mirarme inspeccionando mi estado anímico, podía hacerme un escáner completo.

—Sí perdona, te veo y... en fin, sabes la obra que tengo entre manos ¿verdad?

—Si el hotel, ¿qué pasa?

—Pues verás... —se rió— ¿Te acuerdas que te dije que me veía con la decoradora que nos estaba haciendo los diseños? —asentí con un leve movimiento de cabeza— ...en fin que nos ha dejado tirados.

—¿Y eso por qué? ¿Cómo ha podido hacerlo? ¿Y el contrato?

—Bueno no teníamos contrato ni nada, simplemente recurría a ella de vez

en cuando.

—¿Y por qué ha dejado el proyecto?

—¿De verdad lo quieres saber?

—¡Oh! Esa cara no me gusta nada. ¿Tema amoroso?

—Que si no, bueno tú vas a estar en Madrid y no encuentro mejor decoradora que tú.

—Tete no por favor.

—Échame una mano Lucy, sé que eres capaz de eso y de mucho demás, sé que le vas a encantar y sé que tu trabajo es minucioso, estudiado y perfecto.

—No me halagues anda.

—Bueno tú vas la semana que viene y ves si te interesa, además a la clienta no le convencía ni el estilo, ni los bocetos. Ellas no congeniaban... simplemente no encajaron.

—¡Ya! Está bien pero necesitaré los planos y las directrices de la clienta.

—Lo tengo todo en tu oficina.

—¿Sabías que diría que sí? —me reí nerviosa.

—No lo tenía del todo claro, pero me imaginé que no me dejarías tirado.

—Voy a secarme el pelo y después, si me da tiempo, me echaré una siesta.

—¿Has quedado con Beca?

—¿Por qué lo quieres saber...?

—¡Calla! —le corté—. Necesito información —me coloqué delante de él con los brazos en jarras.

—Está bien. Tú lo has querido, sí, nos hemos seguido viendo.

—Ella está con Andrés y se van a casar.

—Ya.

—¿Ya? Y ¿te quedas tan pancho? —alucinante.

—Me busca ella.

—¡Ja! —dije dándole con la puerta de mi habitación en las narices.

—Vendrá a las nueve y ya son las ocho — gritó desde fuera.

—Está bien —dije distrayéndome con recuerdos crueles y martirizándome un rato hasta que conseguí dormirme en mi cama, sola muy sola, esperaba que Beca me despertase al llegar como de costumbre.

*Amiga dile que no le quiero,
dile que le he olvidado,
pero que nunca se entere
que al decirlo estaba llorando.*

Frases célebres

CAPÍTULO 16

Lucía no bebe...

—**Y**a estoy lista —grité entrando en el salón, Beca me había despertado, mientras se entretenía con mi hermano; desde mi cama oía las risas—. Aviso porque no quiero ver nada desagradable —con todo el retintín que pude dije esas palabras.

Entré en el comedor y para mi sorpresa los encontré en la cocina charlando entretenidamente <<no fornicando como animales en celo>> tal como los imaginaba, cada uno en su sitio tomando una copa de vino. En cuanto vi a mi amiga, fui hasta ella y la estreché en mis brazos <<la quería tanto>> estaba realmente exuberante; ese día llevaba la melena rubia lisa, con un vestido extra corto, de color rojo y unos taconazos de infarto.

—¡Beca! —me quedé con los ojos tan abiertos como los de mi hermano.

—¡Lucy! estas guapísima. Me alegro de verte tan tú, últimamente...

—¿Y tú te has visto? —dije dándole dos besos—, pensaba que yo iba demasiado... pero tú...

Yo me había peinado con la melena alborotada y vestido parecido a Beca pero de color negro con unas sandalias plateadas a conjunto con mi bolso de mano.

—Toma —me pasó mi hermano una copa, charlamos los tres entretenidamente.

—Ven con nosotras Tete, porfis... —dije a sabiendas de que no vendría,

cosa que podía comprender pero yo egoístamente quería que mi hermano viniera con nosotras.

—No reinas esta noche no puedo, tengo planes —¡Normal! me dije <<es mi hermano sí, pero en el fondo otro hombre más...>>.

—Ya se nos jodió el buen rollo —le dirigí a mi querido hermano una mirada asesina.

Cenamos en el “japo” preferido de Beca. Ya cansadas de comer y de escucharnos la una a la otra nos dirigimos a unas carpas nuevas, que estaban cerca de la playa. Íbamos caminando mientras charlábamos entretenidamente y algo bebidas, todo hay que decirlo, ninguna de las dos estábamos en nuestro mejor momento.

—¿Beca de verdad te vas a casar con Andrés?

—¿Por qué lo dices?

—Lo digo porque sé que te ves con mi hermano y porque creo que cuando tú... —la señale con el dedo— cuando tú crees en algo, lo haces hasta el final. Tú dices que Andrés te engañaba y no creo que... ¡ya no lo pienses! Nos conocemos Beca y sé que...

—Es verdad Lucy me engañaba, me lo confesó él pero lo he perdonado. Yo también le he sido infiel con Marc —al decir el nombre de mi hermano los ojos le brillaban. Ojalá pudiera hacer que ellos... dejaran el rencor a un lado, se miraran a los ojos y viesan lo que vemos los demás... Amor verdadero, él era el hombre de las margaritas de Beca.

—¿Y mi hermano qué es, como tu venganza?, porque eso no me gustaría nada Beca, sé que te hizo mucho daño... pero...

—No, no es una venganza, pero es él... es Marc y no puedo resistirme a él, y tú ¿qué me dices de Cristian?

—¡Bah!... de ese nada, esta todo igual; no pienso perdonarlo y mucho menos volver con él, además en Madrid... —me callé.

—¡No te calles mona! ¿En Madrid qué?

—Bueno... un chico, no empezamos con buen pie ¿sabes? Pero me hace gracia... no es un niño, es un hombre y me encanta <<muchísimo>>.

—¿Y Cristian? —dijo confusa.

—Dejemos el tema —dije poniéndome a la cola en la dichosa discoteca.

Nada más entrar fuimos directas a pedir unas copas, con tan mala pata que a la primera nos dimos de bruces con Rodri y Cristian, estaban sentados en la barra con los ojos puestos en nosotras.

—¡Mecachis! —dije quedándome helada paralizada. Beca, que a veces no piensa, los saludó a gritos y corriendo fue hacia ellos mientras que yo caminaba por inercia y miraba en todas direcciones nerviosa<<pa matarme>>. Me acerqué a ellos y los saludé fríamente; Rodri se levantó y me dio dos besos, notaba los ojos de Cristian por mi cuerpo. No me quedó más remedio que saludarle, mi cuerpo no atendía a razones, me mantuve en mi sitio sin moverme, lo único que logré hacer fue levantar mi mano en señal de saludo. El caminó hasta mí con los brazos extendidos para poder abrazarme, me removí nerviosa y miré a Beca y a Rodri buscando su ayuda. Ellos me miraron con cara de disgusto pero antes de que dijeran nada Cristian me abrazó e intentó darme un beso en los labios, giré mi cara y sus labios impactaron con mi mejilla, me miró a los ojos y por fin me soltó, caminó a la barra con pasos rápidos.

—Ponme dos whiskys con hielo y un margarita ¿Beca tú? —dijo serio. ¿Qué esperaba que me lanzara a sus brazos? Que hiciéramos como si no pasara nada...

—Yo otro margarita —dijo apretando mi mano, me acerqué más a ella y le apreté la mano para que me prestara atención.

—Me quiero ir, me quiero ir ¡ya! —recalqué el “ya” con bastante énfasis, Rodri lo escuchó y me miró apretando sus labios hasta que dibujaron una línea de comprensión, torció su cabeza a un lado y me dirigió una sonrisa.

—Tomar chicas —nos pasó las copas.

—Gracias —dijimos las dos sincronizadas.

—Nena —se acercó a mí tanto que tuve que dar un paso atrás.

—Lucy ¿no vas a saludarme? —intenté darme la vuelta pero me retuvo.

—¡Escúchame!

—No quiero escuchar nada, he salido a disfrutar con mi amiga y nos hemos encontrado ¡bien! ya te he saludado. Y ahora me voy —le devolví la copa y caminé hacia adelante, sabía que Beca me seguía y no dudé en ningún momento hasta que estuve en la otra punta de la barra. Al llegar respiré profundamente y dejé caer la cabeza hacia atrás <<mierda de tensión>>.

—¿Lucy estás bien? —Beca me miró preocupada.

—Sí, genial... hemos salido a bailar y beber y eso es lo que voy hacer —dije tragando mi copa en tres tragos bastante seguidos, ella se rió como las locas.

—Así que...—meció sus caderas de infarto— esta noche somos dos mujeres preciosas que buscan guerra.

—No, ¡no Beca! —dije riéndome con ella— somos dos mujeres que van a disfrutar de la música y la brisa del mar —ella se volvió y apoyando sus brazos en la barra pidió dos copas más, que bebimos casi sin darnos cuenta; los teníamos otra vez detrás, sentados en la barra, a poca distancia de nosotras.

—Lucy ¿te has dado cuenta que están ahí?

—Si, hace un rato. Mira nos lo estamos pasado genial, no voy a dejar que me estropee la noche Beca.

—Pero... ¿por qué no nos vamos ya? estoy a disgusto y.... — sus ojos se abrieron como platos.

—¿Bailas? —se acercó a mí un chico alto, rubio y bastante guapo.

—Sí —dije de lo más atrevida, Beca negó con la cabeza mirando a la barra.

—Lucy esto... vámonos... ¡sí! mejor vámonos.

—Espera, quiero bailar esta canción —me cogí del brazo del chico y caminamos hasta la pista, no habíamos llegado a la pista que Cristian nos alcanzó en dos zancadas y tirando de mi brazo me apartó del chico que tenía cara de asombro.

—¿Qué cojones te piensas que estás haciendo? —dijo al tiempo que tiraba de mí, hasta que nuestros cuerpos se tocaron.

—¡Bai-lar! —sisee las palabras como una serpiente.

—Eh tío ¡piérdete! —le dijo al pobre chico que me miraba esperando una respuesta.

—Piérdete; no te lo voy a volver a repetir —dio un paso en su dirección.

—¿Qué estás haciendo?

—No, chata ¿qué cojones estás haciendo tú?

—¿Yo? salir y divertirme.

—¿Con éste? no te hace falta darme celos con ningún niño para hacerme sentir como una mierda. Bastante tengo ya, que te estoy perdiendo.

—Yo no quiero darte celos Cristian y no me estás perdiendo —abrió sus ojos—, me has perdido ya, no intentes recuperarme porque será en vano y con esto...—dejé escapar el aire, ya no me quedaba paciencia ni ganas de aguantármelas, no quiero hacerte daño, solo quiero que veas la realidad —dije gritando desesperada—. Si te jode que baile con un chico, te aguantasss...

—Baila lo que quieras, pero sola no voy a dejar que nadie se te acerque.

—¿No? ¿por qué? —dije perdiendo los nervios—. Ya te darás cuenta de lo fría que puedo ser, una pija, una estirada y todas las lindezas que me llamas, pero al menos, mientras tanto me ¡divierto! y si te molesta... ya sabes —estaba gritando como una loca y lo cierto era que me importaba tres pimientos montar un espectáculo—. Ya puedes hacer lo que te dé la gana ¿sabes por qué?

—¡A ver! ¿Por qué? —gritó algo más fuerte que yo.

—Porque me voy a Madrid ¿sabes? y no te pienses que allí le soy indiferente a los hombres, bastante me he autodestruido por una relación, bastante he sufrido y martirizando pensando que yo era una mierda y poca cosa como para meterme contigo en una relación que desde el comienzo... está abocada al fracaso. No voy a dejar que me manipules ni tampoco que me hagas sentir mal. Si Rubén, que fue mi novio de 3 años, no me destruyó ni me anuló como persona tú tampoco lo harás. Ahora me quiero, me respeto y soy consciente de que yo puedo con todo así que búscate una novia que esté a tu altura chato, porque yo estoy muy por encima.

—No me toques los cojones.

—Yo a ti no te toco nada —intentó cogerme pero me escapé.

—Beca ¡nos vamos! —caminé hasta la salida con mi amiga pegada a mi espalda, seguida de Cristian y Rodri.

—¡Lucía espérame joder! —gritó. Salí a la calle y busqué a un portero con la mirada, cuando lo vi corrí en su dirección.

—¿Perdone? —dije sin aliento.

—¿Qué pasa?

—Este chico —señalé a Cristian—, me está molestando.

—¿Cómo? —se encamino hacia mí.

—Solo quiero coger un taxi y marcharme a casa ¿lo podría retener? Por

favor.

—¿Que cojones estás haciendo Lucía?

—Déjame, no quiero que te acerques más a mí.

—¿Lo conoce? —me preguntó el portero.

—Si lo conozco, pero me está molestando y yo solo quiero irme, si fuera tan amable de retenerlo solo a él hasta que yo me pueda marchar, se lo agradecería muchísimo.

—¡Es mi jodida novia! —gritó cuando el portero le cortó el paso en mi dirección.

—No lo soy, de verdad que lo fui pero ya no y me acosa ¿quiere que le enseñe el móvil?

—No, no hace falta —llamó a un compañero suyo y le dijo que nos encontrara un taxi.

—Te has pasado —dijo Beca muerta de la risa—, pero tengo que reconocer que me siento orgullosa de ti, por no dejarte pisar y por estar volviendo a mi Lucy después de cinco años...

—¿Ah sí? ¿y por qué te ríes? —dije perdiendo la compostura y riendo como las locas.

—Sabes que esta noche la vamos a tener ¿verdad?

—Y tanto. Lo que no cuentan, es con el factor sorpresa.

—¿Qué factor sorpresa? —dijo asustada y riendo en partes iguales.

—Que estoy borracha y en cuanto aporree mi puerta le abriré desnuda —se rió.

—¿Y eso es el factor sorpresa? anda Lucy...

—Lo conozco, vendrá con Rodri y cuando vea que estoy desnuda le da un ictus.

Apareció un taxi delante de nosotras y el portero nos acompañó, mientras un compañero retenía a Cristian que estaba furioso. Me despedí del portero y le di las gracias. Montamos en el coche y mientras le contaba mi estupendo plan, sin darnos cuenta llegamos a mi casa. Subimos corriendo por el momento de adrenalina.

—Oye —dijo mientras yo abría la puerta— ¿y si viene solo?

—Eso no sería un problema, bueno estas tú, te desnudas también.

—Vale —dijo animada por mí.

—Tía me meo de risa, me muero, no puedo respirar —a mí el pecho me subía y bajaba.

—Venga desnúdate —dije sacándome la ropa.

—Están ahí —dijo dando saltitos — ¿tiene llaves no?

—No las tiene pero vamos... que el portero lo conoce y le dejará subir — esperábamos las dos, detrás de la puerta como dos pánfilas en cueros, al sentir el ascensor Beca corrió hasta el comedor.

—Cristian te quieres tranquilizar —le dijo Rodri—, relájate tío.

—La ahogo ¡te lo juro!

—Tu espera en el salón —le dije a Beca que no dejaba de asomarse al recibidor.

—Veleeeee — dijo yendo en esa dirección, sentí unos golpes fuertes en la puerta.

—Lucía joder abre —dijo picando al timbre mientras también aporreaba la puerta.

—¿Quien essss? —dije muerta de la risa.

—Lucía para ya, o abres o te tiro la puerta abajo.

—Seguro —contesté coqueta.

—Abre la puerta o la echo abajo, no te lo volveré a repetir.

—Como quieras —abrí de sopetón y nos encontramos cara a cara, él la tenía desfigurada de tanto que apretaba su mandíbula, miró hacia abajo y me vio desnuda.

—¿Qué cojones haces? —dijo entrando y tapándome con su cuerpo.

—Pasa Rodri—dije socarrona.

—Yo no paso, ni loco.

—Mejor espera afuera —le dijo Cristian, cerró de un portazo empujándome con el pecho.

—¡Lucíaaaa joder!—dijo viendo a Beca—, ¿qué coño hacéis? —gritó dándose la vuelta y tapándose los ojos—, estáis como una puta cabra.

—¡Beca fuera! —le dijo de malas formas.

—¡Una mierda! —dijo mi hermano plantándose en medio del comedor, medio dormido.

—Joder Marc diles algo.

—Lucía vístete ¡por Dios! —dijo mirando en otra dirección.

—¿Qué haces aquí? —le dije — ¿no tenías planes?

—Dormir a estas horas, ¿ya me dirás que cojones estáis haciendo?—dijo enfadado, picaron a la puerta y se encaminó a abrir—. Como sea la policía os vais a cagar —al abrir se encontró con Rodri y su cara de niño bueno, al pasar los ojos de éste recorrieron el cuerpo de Beca, la muy marranota

no se ocultaba como yo, que en plan cobarde me tapaba con mis manitas mis vergüenzas. Mi hermano al ver a Rodri como la devoraba se le cambió la cara.

—¿Tú quién cojones eres? Y tú— señaló a Beca — vístete ahora mismo, no creo que nadie excepto yo te tenga que ver desnuda —su tono fue tan duro que vi como Beca se estremecía y me pareció ver como en su mirada saltaba la chispa del deseo.

—Vengo a llevarme a Cristian —dijo Rodri sin apenas voz, intimidado por mi hermano que estaba justo de cara a él y mirándolo como si quisiera matarlo.

—Déjalo pasar —dije tapándome con un cojín, como podía mientras corría a mi habitación en plan cobarde, tapándome el culillo. Cristian intentó seguirme pero mi hermano le cortó el paso.

—Para acercarte a mi hermana, lo primero tranquilizarte y lo segundo explicarme esto —dijo fulminando a Beca con la mirada. Mientras yo me vestía Beca relataba la noche, tal cual fue.

—Y a ti te dicen que te desnudes y tú vas y te desnudas ¿no?

—¡Claro! para eso mis padres me dieron este cuerpecito...

—Como digas zalamero te crujo— le dijo Marc. Yo no podía reírme más, escuchaba a Cristian disculpándose con mi hermano mientras caminaba por la cocina.

—Tranquilízate o no te acercarás a mi hermana, pero bueno...si te hace sentir mejor la ahogo yo —dijo riendo—. Casi que no me creo nada de lo que me contáis en relación a mi hermana, pero en fin... Esperaré a que ella me lo confirme —les advirtió a los presentes.

—Es cierto Tete, todo —me coloqué detrás de mi hermano quedando frente a Cristian.

—Lucy...nena...—dijo mirándome con tristeza.

—De nena nada, de Lucy menos, ahora te agradecería que salieras de mi jodida casa de revista y de mi barrio de mierda, con tu jodido cochazo y te fueras a tu puta casa que está en tu perfecto barrio —todos estaban alucinados con mi forma de hablar ya que nunca gritaba y nunca decía tacos.

—Vamos —dijo Rodri incómodo por la situación.

—Tú eres bien recibido Rodri ¡de verdad! pero tú ¡andando! VEN-GA —dije de lo más chulita, respaldada por mi hermano.

—Nena... déjame decirte...

—Cristian por favor, ya has escuchado a mi hermana —le cortó mi hermano.

—Si, me voy —contestó derrotado.

—Mañana te llamo y hablamos ¿vale? pero también te digo que me has decepcionado tío —eso le dolió, lo sé por la cara que se le quedó.

—Está bien Marc disculpa —se frotó la cara—, disculpa esto... tío me voy a dormir.

Mientras cogía el sueño escuché como Marc le decía a Beca unas cuantas cosas... a lo mejor él no se daba cuenta de lo posesivo, duro y hasta manipulador que llegaba a ser con ella, no podía creer que Beca se dejara atormentar así por él. Con lo que ella era ¡por Dios! parecían amo y sumisa...

Me despertó Beca a las once de la mañana, sentí como entró en el vestidor y rebuscaba en él.

—Venga ¡loca perdía! nos vamos a la playa. Por cierto asquerosa tienes tu mis zapatos de Prada, eso es una grieta en nuestra amistad ¡que lo sepas!

—Perdona llévatelos, y no, no pienso levantarme...

—¿Cómo que no? mueve ese precioso culo de la cama, antes de que te de

una patada en él y te lo deje a topitos...

—Venga Beca déjame tranquila, quiero descansar —dije cubriéndome entera.

—¡Que sí! que sí, que hemos quedado con Katy , ¡así que espabila!

—Esta tarde tengo la exposición, necesito descansar.

—Lo sé —dijo tirando de mi pie hasta hacerme caer de mi cama, boca abajo.

—¡Estas tonta! —dije furiosa, encima se sentó arriba mío y reía como una loca—. Ve con mi hermano.

—Se ha ido a no sé qué mierda de la oficina, ¡uno, dos, tres! vencedora en la primera ronda ¡Rebecaaaaaaa! —gritaba como las locas, yo quería matarla.

—¿Habéis?...

—Ya lo creo, toda la noche ¡venga!

Ahí estábamos las tres Marías en la playa de Mongat tomando el sol; yo me encontraba fatal pero bueno después de desayunar y beberme un par de Coca-Colas me sentía mucho mejor. Vino Katy corriendo como una energúmena, llenándonos de arena...

—¡Chicas! mirar quiénes viene por ahí —señaló con su dedo índice sosteniendo a la vez unos refrescos.

—Las dos nos levantamos, dando yo un pequeño saltito, en un principio no vimos nada raro. Giré mi cabeza en dirección contraria a la que estábamos mirando, cuando de golpe y porrazo vi a Rodri, Cristian y Diego invadiendo mi campo visual << que alguien me mate y me entierre en esta misma arena de gente guapa por favor>>. Cristian con la camiseta al hombro, era una delicia para los ojos de todas las chicas.

—Nenis al suelo —dije casi tartamudeando. Nos volvimos a tumbar,

disimulando e intentando desaparecer, cuando se nos plantaron delante nuestro.

—Hola —contesté al saludo de Rodri y Diego.

—¿Qué coño te ha dado por desnudarte? ¡Tápate ahora mismo! —me dijo Cristian.

—¡Estoy en la playa! —dije como si estuviera tragando cemento ¿a ti que más te da? déjame tranquila.

—Ya, pero te están viendo las tetas, y ninguno de mis amigos tiene por qué ver como ¡tú! tienes las tetas.

—Te lo repetiré otra vez —dije con toda la paciencia que fui capaz— y sin que sirva de precedente, ya que tienes unos hábitos de vida que te dejan de esta guisa —volví a señalarlo de arriba a abajo con mi dedito acusador—. Te diré que estoy en la playa, por si no lo has notado —dije poniéndome de pie y saludando a Diego con dos besos.

—¡Que te-ta-pes! —escupió las palabras de su boca.

—¿Qué pasa? —dije muy chulita—. ¿No quieres que vean mi cuerpecito zalamero? —pregunté, escondiendo una risita maligna, mientras Beca y Katy se tronchaban de risa junto a los amigos de Cristian, éste se pasó la manos por detrás de su cabeza y suspiró.

—No te lo repetiré más veces tapate Lucía, por favor —su gesto era de agresividad, pero sus palabras eran una súplica.

—Bueno, si tanto te molesta que enseñe mis pechos, me pondré la parte de arriba, pero solo porque no quiero que montes un numerito de los tu-yos y me fastidies el día. Ahora como me ¡queden marcas! la tendremos.

—Sí, sí. Gracias.

—¡Lucy! mil gracias por todo —dijo Diego dándome un abrazo.

—De nada ha sido un placer —Cristian nos miró sin entender.

—¿Vendrás verdad?

—Sí, ella ya sabe la hora.

—No sé... como agradecerte todo lo que has hecho por mi novia Lucía.

—No tienes por qué, en serio para mí ha sido un placer ayudarla y sobre todo conocerla— esta vez fui yo quien lo abrazo y le di unos besos. —En serio, Diego, encantadísima estoy de teneros como amigos —y con un gesto despectivo miré a Cristian—. Seré diferente a los ojos de algún paleta, pero vosotros —mire también a Diego— siempre me habéis hecho sentir como una más.

—¡Esta bien! —dijo Cristian, ahora sí cabreado no, cabreadísimo— vamos a buscar sitio.

Total que se pusieron justo delante de nosotros, un poco más para abajo. Me sentía incomoda y estaba como loca por irme. Cuando recibí un mensaje de Robert.

Hola Lucía que tal en barna

supongo que mejor que yo currando

espero que vuelvas para salir

y no destroces mi ego dícese que

los arquitectos no tenemos el ego

grande si no que los espacios son

reducidos un beso.

—Mirad —le dije con el móvil en mano—. Es Robert, me ha escrito.

—A ver —me dijeron las dos al unísono, me lo arrancaron de las manos.

—¿Qué le vas a poner?, ¿le dirás algo? —dijo Katy.

—Bueno... algo... sí ¿no? dame —le pedí el teléfono, ya que las muy chafarderas estaban mirando la foto de su perfil.

—Que bueno está —dijo Katy.

—Claro que esta bueno nena, ¿tú te piensas que esta remilgada se va a fijar de un pipiolo?

De finición de arquitecto:” dícese de aquel

que no fue tan macho para ser ingeniero

ni tan maricón para ser decorador”

con humor claro... estaré allí antes de

lo que te imaginas bst

—Que humor más raro que tenéis —dijo Katy sorprendida.

—Bueno es del tema del curro...

—Ya, ya, pero sois raros —dijo Beca. Escuché vibrar mi móvil y di un gritito provocando que Cristian se diera la vuelta y me mirara mal, muyyyy mallll <<que te den>>. Le contesté a esa mirada con una sonrisita y volví a prestarle toda mi atención a mi móvil.

¿Cuándo vienes?

estaría encantado de

recogerte y mostrarte

sobre plano Lucía

Lucía a Robert

Llego el lunes por la noche con mi hermano

Robert a Lucía

¿Hotel? (y una cara sonriente)

Lucía a Robert

Más quisieras...

en casa de mi hermano.

—¿Con quién cojones estás hablando? ¡a mí no me toques los cojones Lucía! —me amenazó, mientras yo levantaba la vista y vi a Cristian todavía más cabreado.

—Pero vamos a ver ¿a ti que más te da? tu ya tienes una que te calienta la cama y yo tengo mi vida ¿sabes?

—¿Que qué más me da? que yo sepa hasta hace nada eras mi novia.

—Tu lo has dicho hasta hace nada, hasta que metiste a otra en tu cama, obvio que ya no lo sea ¿verdad cielo?

—Es cierto, me da lo mismo —dijo pasando por mi lado e intentando quitarme el teléfono de las manos.

—¡Quieto! —dije apartándolo de su alcance.

—Mira ¿sabes qué? Cristian —dijo Beca interponiéndose entre nosotros.

—¿Qué?

—Eres un gilipollas —le dijo a dos centímetros de su cara—. A lo mejor te piensas que con ella puedes, pero conmigo ¡no! te doy una patada en los cojones que te los tragas ¡majete! —el majete vino acompañado de dos golpecitos en la cara—. Niñato, que eres un niñato —éste se quedó blanco por la reacción de la “rubia” como la llamaba él, agachando la cabeza se marchó dejando a sus amigos y a nosotras paralizados por el numerito. Seguimos como si nada el resto de la mañana, ellas tomando el sol y yo “guarripeando” con Robert.

*Donde hubo fuego,
cenizas quedan.*
Refrán.

CAPÍTULO 17

Dirías que soy yo.

Tenía que estar en la galería a las cinco en punto, Beca y Katy estaban ocupadísimas, una salía de viaje y la otra tenía cena de reconciliación, así que me acompañaba mi hermano. Estaba acabándome de vestir cuando entró Beca por la puerta como un huracán.

—¿Qué haces aquí? —dije sorprendida— ¿Y tu cena romántica?

—Me voy con vosotros.

—¿Qué ha pasado?

—Lo de siempre, una urgencia.

—Bueno es doctor, estará salvando una vida —dije poniéndome sobre unas sandalias rojas de tacón, llevaba un vestido negro “como casi siempre”, corto y bastante ceñido con tiro recto y de tirantes, elegante pero a su vez informal. Me puse la esclava de platino era regalo de mis padres de cuando cumplí los dieciocho, con unos pendientes de aro grande y un bolsito de la *Bimba & Lola* de color rojo. Llevaba un recogido con un moño bajo en el lado derecho.

Entramos los tres con paso decidido en la galería, cuando Paula nos sorprendió.

—¡Lucy! —dijo al tiempo que me abrazó—, ¡estás guapísima!

—Y tú increíble —presenté a mis acompañantes y ella nos dirigió al centro de la sala.

—Ha venido muchísima gente, ya verás las fotos, has salido ¡genial!

—Estoy segura —se le veía tan emocionada y tan feliz, que me dejé llevar por su entusiasmo. Cuando vi una de las fotos que me había hecho donde salía yo estirada sobre la alfombra, con una camisa de Cristian noté un “crack” ese ruidito fue el que sentí en mi pecho, ahora algo destrozado.

—¿Qué te parece? —me preguntó Paula algo tímida.

—Maravilloso, me gustaría comprarlo.

—¿Que dices?... te haré una copia.

—No, quiero éste —me acerqué hasta la mesa de compras y lo encargué.

Estábamos las tres paradas frente a otra obra en la que salía yo en mi terraza, sentada en el balancín y recostada. Enseñaba más de lo que pretendía, por las sombras el rostro no se me veía con claridad además tenía un libro en las manos que tapaba parte de mis piernas, parecía realmente que estaba relajada en un mundo paralelo.

—Este se llama *El relax de Lucía*.

—Es precioso —sentí una voz masculina bastante conocida detrás de mí, no me molesté en saludar. Caminé sola dejando que ellos hablasen, iban mirando diferentes retratos de mi rostro, de mis piernas y del busto. Eran realmente finas y sensuales. Me paré delante de otro en el que solo salían dos labios besándose, dos bocas realmente preciosas. El rostro de la chica estaba entre unas manos muy varoniles, una de ellas la sostenía por el cuello y a su vez con la otra le acariciaba suavemente en la mejilla. La imagen estaba cargada de sensualidad.

—¡Paula! —la busqué, estaba junto al resto de personas, explicándoles otra foto.

—Dime —dijo viniendo en mi dirección y seguida de los demás.

—Quiero éste—señalé el cuadro del precioso beso.

—Lucy te hago una copia, no te gastes más dinero. Ya has hecho bastante.

—¡No digas tonterías Paula! éste es realmente espectacular es... es...

—Es maravilloso yo quiero ser besada así —dijo Beca.

—Muy sensual —dijo Marc—, yo quiero otro.

—Es extraordinario, es increíble, Paula lo quiero.

—¿Tanto te gusta? —dijo entregándome un vale de compra.

—Sí, me encanta.

—¿Qué ves en él?

—Veo amor incondicional, beso, atracción y sexo pero sobretodo amor verdadero.

—Cierto, ¿qué más? —dijo un hombre mayor a mi lado.

—La forma en la que el hombre tiene cogida a la mujer muestra respeto, adoración, la coge con posesión como si fuera el tesoro más preciado para él, con lujuria, deseo y necesidad.

—Correcto, exactamente es lo que es —se giró hacia mí ofreciéndome la mano.

—Hola, supongo que tú eres Lucía.

—Sí...

—Soy el orgulloso profesor de la señorita Paula.

—Encantada, perdón... me he quedado tan fascinada... Paula ha realizado un excelente trabajo.

—Fascinado me he quedado yo con el trabajo de Paula, con su armonía y majestuosidad.

—Gracias profesor —dijo ella muerta de vergüenza.

—Eso será como mínimo un aprobado —repuse yo también nerviosa.

—Cuenta con un sobresaliente, la beca y dos cartas de recomendación, estoy tan fascinado como todo el mundo aquí y muy orgulloso, tanto que he comprado un cuadro.

—¿Cuál? si pude saberse —dije levantando las manos.

—Por supuesto, *El relax de Lucía*. No hay nada más atrayente que una mujer hermosa con un libro en las manos. Ahora si me disculpan... —meneé la cabeza de lado a lado y volví a contemplar el precioso cuadro.

—Paula ¡que buenas noticias!

—Me tiemblan hasta las rodillas —le pasé el brazo por encima del hombro.

—Me lo quedo.

—¿Estás segura? —dijo con apuro.

—Sí, realmente lo quiero.

—Pauli —dijo un chico jovencito —me tienes que presentar a la musa.

—Sí, claro —dijo ella, sentí a Cristian detrás y di un pasito en dirección a mi hermano, buscando su calor y protección.

—Realmente has interpretado todo esto con un simple vistazo —dijo ella.

—Si, es extraordinario y majestuoso, no sé la de fotos que habrás tenido que hacer para conseguirlas.

—¡Qué va! ésta fue de chiripa —abrí los ojos.

—Son unos buenos amigos.

—Que suerte tiene la chica —resopló una joven que observaba la foto de al lado..

—Y que lo digas —dijo Beca.

—¿Entonces estás segura que lo quieres?

—Si, por cierto ¿cómo se titula?

—*Almas gemelas*.

—¡Oh!

—Almas gemelas, *Lucía y Cristian*, mira lo pone aquí —señaló unas letras blancas. Nadie dijo nada nos quedamos todos callados mirando la foto durante dos largos minutos, intenté moverme pero Cristian me retuvo en mi sitio acercándome a él lentamente, mientras acercaba su boca a mi cuello.

—¿Lo ves? ¿Te das cuenta ahora? has dicho todo lo que no sé expresar, todo lo que me haces sentir... porque te quiero, te necesito, porque sin ti... mi vida está... vacía, me he acostumbrado a ti y no quiero que me faltes. ¿Quieres tiempo? bien te lo doy, pero no me dejes, no me olvides y no me eches de tu vida —sentí que me soltaba y se apartaba de mí. ``¡Mierda; ¡joder! mierda y más mierda´´ dije mentalmente una y otra vez... me quería morir, quería que la tierra se abriera y me tragara. Después del mal rato y de ver más cuadros, Beca se acercó a uno.

—Lucy... —fui hasta ella que estaba con mi hermano y los demás.

—Dime.

—¿Has visto este?

—¡ Ay Dios! —me tape la cara.

—Eres una guarri —se rió y susurró al mismo tiempo. Salía yo de rodillas en la cama mirando a la pared con un liguero blanco y la dichosa camisa blanca con una mano perdida entre mis muslos y otra acariciándome un pecho, el pelo revuelto y la cara semi girada o mirando a la nada.

—Se llama *Déjame ver* —dijo Cristian—, no lo intentes comprar, está vendido —lo fulminé con la mirada y busqué a Paula.

—Bueno cielo me tengo que ir, no puedo expresar lo maravilloso que ha sido pero mañana salgo de viaje —me despedí de ella y salí hacia el exterior, mi hermano no tardaría en salir en mi busca, encendí un cigarro mientras caminaba por la calle.

—¡Mierda y más mierda! —dije a punto de romper en llanto.

—Nena... —apareció Cristian delante mío— escúchame, soy de lo peor cielo...perdóname por todo ¡nunca más! volveré a hacerlo. Por ti Lucía, por ti haría lo que fuera necesario.

—No soy tu nena no me lo digas nunca más —dije rompiendo en llanto.

—Está bien Lucía ¿podríamos por lo menos tomar un café?

—No, me voy, ya ha salido mi hermano, me tengo que ir Cristian, siento como ha acabado lo nuestro pero... yo no puedo... conocí una parte de ti que no me ha gustado, además de todas las cosas que me has reprochado siempre.

—¿No me vas a perdonar?

—No, jamás, pisoteaste mi corazón y no quiero saber nada más de ti, olvídate como yo he olvidado lo nuestro, como tú metiste a otra en la cama aún estando caliente por mí. Y no, no puedo perdonarte por más que quiera y te agradecería que me dejaras tranquila.

—¿Eso quieres? —me miró— ¿de verdad?

—Sí —corrí hasta mi hermano refugiándome en su pecho.

—Llévame a casa ¡ahora!, por favor Tete —él se mostró compasivo sacándome de encima a Cristian y me dejó en casa, me dio miedo entrar y no encontrarme con él; me dolía ver mi casa tan vacía... Esperé en el portal hasta verme con fuerzas para poder subir a mi hogar, justo en ese momento vibró mi móvil y al cogerlo vi que era Rubén. Se me resbaló de

las manos hasta caer y desmontarse por el suelo, cuando conseguí colocar cada pieza en su lugar tuve la genial idea de devolverle la llamada... un tono... dos tonos, estaba a punto de colgar por un segundo de lucidez “que no los suelo tener muy a menudo” cuando descolgó.

—¡Lucía!

—Sí —me quedé mudita.

—No me creo que me estés llamando.

—Me has llamado tú.

—Si, quería verte y hablar contigo, disculparme por todo y... pedirte perdón. Sé que no será suficiente pero lo necesito.

—Me parece perfecto que te disculpes te lo agradezco de corazón —dije de lo más llorosa y mocosa “oixx que penita de mí, con lo que soy yo”.

—¿Estás bien Lucía?

—No.

—¿Dónde estás?

—En el vestíbulo de mi casa.

—¿Qué haces ahí?

—Calceta no, desde luego.

—Voy a buscarte, estoy cerca.

—Vale —después colgué y salí a la calle y esperé, no quería pensar, no me podía creer que estuviera esperando a Rubén ``¿hola? ¿un psicólogo por aquí?´´. En apenas diez minutos lo tenía aparcado en doble fila en la puerta de casa, conducía el coche negro que se compró pocos días antes de nuestra ruptura, suspiré cuando vi que se acercaba a mí, parecía otro, estaba tan perfecto como siempre con unos tejanos desgastados, unas

bambas blancas y una camiseta de manga corta, pero había algo distinto en él...

—Eeh nena ¿y esa carita? —mordí mi labio reprimiendo un sollozo—. Shhh ¿qué te pasa? ¿quién te ha hecho estar así? —me envolvió en sus brazos y besó mi cabeza. Tras unos minutos así me cogió la cara y me miró.

—Ven, vamos a tomar unas copas, hablamos y me dices quien es el culpable de que tengas esa carita.

“¿Perdón? ¿quién eres y que has hecho con Rubén?”. Después varios minutos en silencio bastante incómodos, rompí el hielo.

—Rubén, ¿te puedo preguntar una cosa?

—Claro —sonrió, como solo sabe sonreír él.

—¿Por qué haces esto?, ¿por qué me llamas? —apretó el volante con las manos y bufó.

—No lo sé. Lucía ¿qué quieres que te diga? —dijo negando con la cabeza —, desde que te vi se me han removido cosas, la noche que estuvimos juntos y te tuve entre mis brazos me hizo sentir que eres la única mujer de la que he estado realmente enamorado y de la que sigo enamorado, nunca he dejado de estarlo.

—Hace ya cinco años de todo eso.

—Pero nunca he dejado de quererte ¿no te das cuentas?

—Rubén... —quise que entrara en razón.

—No, no es una tontería ni un capricho de tirarme a mi ex, nunca he dejado de quererte. Pensé que te tenía olvidada hasta que te vi correr por la calle hasta chocarte conmigo, supongo que me merezco todo esto ¿no? —no quise hablar más, me cerré en banda mientras él hablaba. No quería ni escuchar, este es capaz de vender gomina a un calvo si se lo proponía. Entramos en una taberna del Born y tras pedir unos cócteles nos sentamos

en una mesita. El local estaba decorado como las tabernas antiguas donde los piratas se repartían los tesoros, los vasitos eran barriles de madera.

—¿Te gusta el sitio Lucy? —sonreí.

—Si es una pasada, me encanta.

Al final, sin darme cuenta, acabé dándole un sermón sobre mis problemas sentimentales, él me escuchaba atento y de vez en cuando asentía.

—Perdona, te estoy aburriendo con cosas que ni te van ni te vienen.

—No digas eso, claro que me importa todo lo que tenga que ver contigo.

Poco a poco y copa tras copa conseguí olvidar que era el Rubén que durante tres años me amargó la existencia... bueno no siempre, pero la mayor parte sí... y me sentí cómoda como si fuera un amigo más. Me reía de sus bromas y no le daba importancia a que me tocara o jugueteara con mi pelo o que me acariciara la espalda con la yema de los dedos, lo cierto era que me estaba dejando envolver con mucho gusto en su tela de araña.

Después de salir del local caminamos por una calle bastante estrecha, íbamos en dirección a la Ciudadela cuando se le ocurrió tomar la última copa en el *Copernica*, otra coctelería de Barcelona. Al entrar en el local nos mantuvimos de pie en la barra con nuestras copas y de repente se apoyó en la barra encerrándome entre sus brazos, acercó su nariz a la mía y yo contuve el aliento.

—Me encantaría besarte.

Lo miré a los ojos y sin pensarlo le dije que me besara. Nos besamos durante muchísimo rato y cuando digo muchísimo es porque nos absorbimos como dos energúmenos. Después de pagar salimos a la calle besándonos sin mirar por donde íbamos o por donde caminábamos, hasta chocarnos contra uno de los coches aparcados en la carretera.

—¡Ay Dios! —me reí—¿Qué estamos haciendo?

—¿Qué? —dijo meloso mirándome directamente a los ojos.

—Rubén, esto es una locura —tiró de mí y me apoyó en el coche. Solo pude mirar al cielo, la noche estaba bastante oscura ya que la luna no la iluminaba. Me sentía libre y dispuesta a hacer cualquier locura, sentí sus labios recorrer mi garganta y después su lengua trazar caminos hasta que sus dientes tiraban de mi oreja, podía percibir su respiración caliente y húmeda.

—Solo tú puedes ponerme como loco Lucía, solo tú —tentaba mi boca con su lengua y cuando estaba a punto de cazarla se apartaba. Tiré de su cuello hasta pegarlo a mí y de repente me vi pidiéndole que me llevara a su casa y me follara. Lo sorprendí hasta dejarlo de piedra pero no perdió el tiempo, sin darme cuenta y a la velocidad de la luz estaba sentada en su coche, nos reíamos por cualquier tontería y en cada semáforo nos besábamos como si fuéramos aquellos niños que una vez se enamoraron y se pasaban largas tardes en un parque besándose. Los coches nos pitaban ya que ninguno nos dábamos cuenta de que el semáforo había cambiado de color.

Tenía un piso en la carretera de la Rabasada, un pisito muy mono con decorado tan varonil como él. Lo cierto es que no vi mucho ya que estaba todo oscuro y en verdad me importaba un bledo. En ese momento tras chocarnos con todas las paredes, puertas y muebles de su casa por fin entramos en su dormitorio. Caímos a oscuras encima de su cama, la única luz que entraba era la de las farolas de la calle que se colaban por las ventanas de su habitación. Tras varios besos y caricias me puse de pie sin dejar de mirarlo.

—¿Dónde está el baño?

—Al salir la segunda puerta.

—No tardo ¿me puedes traer algo de beber por favor?

Después de adecentarme un poco volví a entrar en la habitación, había encendido una lamparita que tenía una luz pobre pero perfecta. Entré sonriéndole, sus ojos me devoraban entera, me sentía poderosa ante él.

Por primera vez en la vida Lucía se comía a Rubén, él era la presa. Me sentí malvada tras ese pensamiento pero me crecí un poquito más; comencé a desnudarme despacio, mi vestido cayó al suelo...solo podía ver su pecho subir y bajar, estaba ante él con mis zapatos rojos de tacón, unas medias de verano cogidas a unas ligas y ropa interior de encaje, la copa del sujetador tapaba muy poquito a decir verdad, pero lo cierto era que me alzaba y apretaba el pecho ``perfecto``. Caminé lento y me senté entre sus piernas, él con mano temblorosa me pasó una copa de champan frío. Tras un largo trago lamí su boca.

—Me muero nena, ni en mis mejores sueños hubiera imaginado tenerte entre mis brazos —intentó besarme pero me aparté.

Dejé la copa en la mesita y le ayudé a quitarse la camiseta. Mientras me acomodaba encima suyo tiré de su pelo y lamí su garganta. Lo sentía rugir bajito, notaba como intentaba controlarse. Volvió a beber de su copa y después me ofreció, al intentar beber el volcó la copa vertiendo el contenido en nuestras bocas... nos lamimos el uno al otro muertos de deseo. Caminó conmigo en su regazo hasta la pared del fondo de su habitación, mis piernas envueltas a su cintura, mis dedos se perdieron entre su pelo mientras él mordisqueaba y buscaba con su lengua mi pezón.

—¡Puto sujetador! me está volviendo loco —debajo de la tela de sus pantalones notaba su erección apretar contra mí, mordía y lamía mis pechos. Me miró a los ojos.

—¿Dime qué quieres, dime qué quieres que te haga? —la cara de pervertido no le había cambiado, pero al menos ahora preguntaba, parecía que hasta le importaba... nunca fue así claro, antes solo miraba por él.

—Quiero que me chupes hasta volverme loca —lo vi caer de rodillas ante mí, “¡sí, sí sí! dijo mi lado perverso”.

Tiró de mis braguitas hasta los tobillos y aún subida a mis tacones me deshice de ellas, me abrió las piernas con delicadeza y pasando una mano por detrás de mi trasero introdujo en dedo sin previo aviso, al mismo tiempo que su lengua trazaba círculos sobre el nudo de nervios que tenía entre las piernas. Su lengua recorría mis partes más íntimas entrando y

saliendo de mí como sus dedos, con sus dientes mordía y tiraba de mi clítoris, mientras pasaba su lengua con calma. Enseguida noté que me dejaba arrollar por un éxtasis que no podía controlar, un orgasmo que pedía a gritos salir y sin más sentí que explotaba en mí. Tiré de su pelo hasta apretarlo contra mí, las piernas me fallaban mientras me dejaba ir sin vergüenza. Después de recomponerme y recuperar las fuerzas levantó sus ojos hasta mirarme con cara de complacido. Me aseguró que no había acabado conmigo y volvió a esconderse entre mis piernas y siguió devorándome con ganas. Tras el segundo orgasmo me encontraba apoyada en la pared con mis piernas en sus hombros el aguantaba mi peso, sin descanso lamiendo y mordiendo, llevándome al límite. Así era él, llevaba al límite todo lo que hacía. Me ayudó a ponerme en pie y me cogió en brazos, con una mano se bajó los pantalones, los calzoncillos y se restregó contra mí.

—Ponte un preservativo Rubén.

—¿Lucía?

—Póntelo —tras rebuscar en la mesita y colocárselo cargó conmigo con fuerza, chocó su mano contra la pared y me ensartó.

—Lucía —ronroneo muerto de deseo —nena, agárrate fuerte.

No fue suave ni dulce, fue un polvazo contra la pared como los de las películas “vamos que estaba toda empotrada”. Entre besos húmedos y empujones me estaba volviendo loca, los dos gemíamos con fuerza, nuestros cuerpos chocaban duramente. Sentí que mi cuerpo volvía a liberarse y le pedí que se corriera conmigo.

—Espérame —me dijo.

—¡Ya! —grité acogiéndolo con fuerza en mi interior. Estallamos los dos a la vez, mientras nuestros cuerpos se recomponían mantuvimos el beso hasta casi hacernos daño, cuando salió de mi interior me cogió en brazos entrando conmigo al lavabo.

—Dime que no ha sido la ostia nena —estallé en una carcajada—. Dímelo,

porque yo todavía estoy alucinando, nena ¡joder! —dijo asintiendo con su cabeza.

—Si, ha sido una pasada —sin ningún tipo de pudor nos limpiamos y vestimos.

—No te vistas, déjame que te vea con ese sujetador y esas bragas... antes no era así tu ropa.

—¡Bueno guapo! —exclamé molesta— era una niña.

—Ya, pero nena avísame, casi me da un ataque al corazón cuando te he visto.

—¿Tanto te ha gustado el sujetador?

—Me gusta más lo que hay en el interior.

—¡Vaya por Dios! yo que pensaba regalártelos.

—Si me vas a regalar algo, que sean las bragas —abrí los ojos y pestañeé.

—¿No lo dirás en serio? —dije muerta de vergüenza. Caminó felino hacia mí.

—Lo digo en serio, si me las das me alegrarás muchas noches.

—Eres un marrano.

—Y tú estás muy buena —nos fumamos unos cigarros asomados a la ventana.

—Me ha dado hambre y no tengo una mierda en la nevera.

—Yo en mi casa tengo bastante cosa.

—Venga cariño vamos a tu casa, ahora mismo daría un brazo por unos bocatas.

Tras vestirnos y coger el coche llegamos en mi casa. Preparé unos bocatas vegetales ya que se puso de lo mas pesadito, unas Coca-Colas y nos los comimos en la misma cocina recordando viejos tiempos entre besos y caricias. Estaba amaneciendo cuando nos despedimos en la puerta.

—Entonces no me vas a dar tus bragas ¿no?

—No.

—¡Joder! Lucía nena ¿qué te cuesta?

—Nada, pero eso es de marranos.

—Me harías feliz —dijo caminando hasta el ascensor. Antes de que se cerrara la puerta lo llamé.

—¡Rubén! —éste salió con una sonrisa de oreja a oreja y con una sonrisa mía bastante pícara deslice mis braguitas sobre mis muslos las cogí entre mis dedos y se las tiré a la cara. Las cogió al vuelo y las apretó en un puño llevándosela al pecho. Se me escapó la risa por su gesto dramático y tras negar con la cabeza, cerré la puerta. Me apoyé en ella sin poder creerme nada de lo sucedido. Me pareció raro no escuchar el ascensor y mire por la mirilla, lo vi andar por el rellano con mi ropa interior en la mano y se me escapó una risa silenciosa. Lo vi hacer el intento de picar pero no lo hizo; luego se pasaba las manos por el pelo y al final llamó. Cuando abrí me sorprendió con un beso de esos que te hacen caer las braguitas al suelo, ``menos mal que no llevaba``.

—Eres y serás lo más sexy y bonito que me ha pasado en la vida.

—Calla anda.

—En serio mi niña, no te tendré como quiero pero seré para ti el mejor amigo que puedas tener ¡te lo juro! —dijo besándome en la frente.

Nos miramos unos instantes y sin decir nada se marchó dedicándome una sonrisa preciosa.

*Al bueno por amor,
y al malo por temor.*
Refrán

CAPÍTULO 18

Una salida de amigos

Desperté sobresaltada y hasta con malestar, peor fue cuando vi el teléfono y todas las llamadas de Cristian, me rompían el corazón. Después de comer con mi hermano, preparamos las maletas y sin mirar atrás me fui dando un portazo. Al llegar a la calle estaba Cristian apoyado en su coche, fumándose un cigarro.

—¡No te vayas! —dijo desesperado, mientras que yo me sentaba en el taxi.

—Se va por cuatro días ¡tío! el viernes la tienes aquí otra vez Cristian, ahora déjala estar.

—¡Me muero... Marc! de verdad, yo la quiero...

—Hablaré con ella...

—¿De verdad?

—Ahora tranquilízate y aprovecha estos días para pensar.

—Yo, no sé qué hacer... ¡La he cagado pero bien! —dijo con la voz entrecortada.

—Mira... no quiero ser duro... pero mi hermana es como yo. Nos la juegan una vez... y con esto no quiero que sufras, pero la has cagado pero bien.

Mi hermano y yo nos mantuvimos en silencio durante todo el viaje, me dejó meditar.

Después de instalarme en casa de mi hermano decidí mandarle un mensaje

a Robert, no quise ser pedante así que, le propuse una copita rápida, él aceptó gustoso, me di una ducha rápida y me vestí con unos tejanos ceñidos oscuros, camiseta desbocada negra que enseñaba más que tapaba. Recogí mi melena en una trenza de espiga, dándole forma a todos los mechones sueltos con la plancha, me maquillé ligeramente en tonos suaves y coloqué en mis brazos bastantes pulseritas para darme un toque más desenfadado. Quedamos a dos esquinas de la casa de mi hermano. En verdad no quería que me recogiera en ella, no sé si me entendéis pero... casi no lo conozco y enseñarle el portal directamente da algo de miedo... me encontraba esperando a Robert mientras me fumaba un cigarro cuando vi que delante mío aparcada un *Porche Cayanne* negro, levanté la vista de mis zapatos y miré el coche, se bajó la ventanilla y apareció Robert.

—¡Lucía! —me animó a que me acercara haciendo gestos con la mano.

—Venga, ven —en cuanto cerré la puerta él me sorprendió con dos besos.

—Dime dónde prefieres que te lleve primero —dijo incorporándose a la circulación.

—No sé, dime tú...

—Podríamos ir a tomar algo al centro, conozco un par de sitios que seguro te gustarán.

—De acuerdo, tú eres el guía, así que me fío de ti — lo cierto era que me sentía extrañamente a gusto, notaba un magnetismo entre los dos muy intenso, me apetecía acercarme a él, sería por la falta de Cristian... quizás.

Dejamos el coche en un parking público y salimos justo en frente de Las Cibeles, él me iba explicando cosas sobre las calles y los rincones y yo iba escuchándolo atentamente. Se paró mirándome de arriba abajo delante de una puerta que parecía un local.

—Es aquí —susurró con una voz ronca, sonreí mientras él tiraba de la puerta, era un local pequeño con mesas y manteles granates y sillones negros de fondo, se escuchaba música de Jazz.

—¡Oh! —dije maravillada por lo que veían mis ojos—. ¡Sí que me gusta!
—dije colocándome a su lado.

—Lo sabía, no sé por qué pero... sabía que te gustaría, siéntate — retiró una silla cediéndome el paso, me parecía raro que él, tan serio y arrogante de pronto fuera tan amable.

—¿Qué tomarás?

—Un *Margarita* —sentía su mirada por mi cuerpo, pero esta vez no lo hacía para provocarme como de costumbre. Cuando nos tomaron nota, recostó sus codos sobre la mesa y me miró.

—Cuéntame algo de ti.

—No sé, tengo una vida bastante normal—dije pensativa, “un ex loco con el que acabo de darme el revolcón del siglo y un ex loco que consume drogas”, lo normal.

—Bueno algo de ti, qué te gusta hacer en tus ratos libres, qué libros lees... qué música... ya sabes ese tipo de cosas.

—¡Ah! pues me gusta leer ¡sí! todo tipo de literatura histórica, romántica, todos los géneros... la música me gusta toda, con la excepción del reguetón que es... un horror.

—¿Toda? dirás casi toda.

—Yo diría que toda, el *reguefollo* no es música —me reí— pero sí, el rock, baladas, moderno... todo.

—¡Me sorprendes!

—¿Y eso por qué?

—No sé, pensaba que eras más... de lírica.

—Ja ja ja, en serio, toda la música me gusta ¿y tú? ¿qué? —dije mientras le daba un trago a la copa que acababan de dejar delante de mí.

—Más o menos como a ti ¿cuántos años tienes?

—Veinticuatro.

—¡Muy joven!

—Lo justo ¿y tú?

—Treinta y tres.

—¡Vaya! la edad de Cristo...

—Si eso dicen... aunque... de Cristo tengo poco ¿qué tal con tu novio? lleva bien que tengas que venir tanto a...

—No sigas, no tengo novio.

—¿No? —dijo dando un respingo en el sofá.

—No. Ya no.

—¿Desde cuándo?

—Esto... preferiría hablar de otras cosas, me siento incomoda.

La velada fue bastante amena, era un tipo divertido y muy galán, después de estar en ese local más de dos horas decidimos que ya era hora de volver a casa. Caminábamos por la calle charlando tranquilamente, a mí el alcohol se me había subido a la cabeza y cada vez lo encontraba más guapo y especial.

—Robert ¿y tú qué? ¿Sales con alguien?

—Yo no —dijo mirándome detenidamente— no tengo ni novias, ni mujer ni nada de eso... —dijo con cara de malo —cuando quiero ya sabes... lo busco y después cada uno a su casita.

—!Ah!... —dije con la boca abierta “Lucía que nos conocemos, quieta... para...”

—No me gustan las relaciones, ni el tener que estar pendiente de otra persona, me gusta mi vida y estar solo.

—Suenas muy melancólico.

—Lo soy.

—Y oscuro.

—También —se le cruzó una sonrisa malvada que a mí me puso el corazón a mil.

—Es una pena.

—¿Ah, sí?

—Sí, ahora que te conozco un poco más y no sueltas esas perlititas por la boca.. —le acaricié con el dedo índice el labio inferior— no sé... hasta me caes bien —relajó el gesto de su cara y sus ojos se ensombrecieron, me impactó su cambio, pasar de ser un Gentleman a un villano... soltó de sus labios un suspiro ahogado y cerró los ojos.

—¡Venga! vamos —parecía el increíble *Hulk* que intentaba contenerse para no destrozarse la ciudad, o a mí, me había puesto caliente a decir verdad, demasiado caliente “me estoy convirtiendo en una fresca”.

—Lucía... —sonó ronco y temiblemente excitado, me cogió con dos dedos de la muñeca como si temiera rompérmela y me giró hacia él.

—Di... dime.

—Lucía —dijo acercando su cuerpo al mío.

—Dime —volví a repetir levantando la cara, y cogiendo aire, mucho aire...

—Yo quiero ser tu amigo, pero me lo estas poniendo muy difícil.

—¿Yo?—me reí, que coño me pasaba solo me imaginaba tirada en la

cama y él encima mío empujando salvajemente—. ¡Ay Dios! —logré decir en apenas un susurro.

— ¿Qué? —dijo mientras me cogía con una mano de la cintura, su tacto fue quemándome, mandando a mi cuerpo miles de llamaradas conectadas con mi entrepierna.

—No, nada —negué con mi cabecita loca, su otra mano levantó mi cara con un leve tirón por mi barbilla— el alcohol —a él se le escapó un amago de sonrisa y me acercó más a él, yo como la pava que soy gemí, pero ese gemido no fue involuntario ¡no! ni mucho menos, tenía toda la intención del mundo. Estábamos aguantándonos la mirada “otro pulso de los suyos”, él no reaccionaba y a mí el corazón se me salía por la boca. ¡Mierda! quería que me besara, quería tirármelo. “Tendría que sacar toda la artillería pesada” deslicé mis ojos hasta la mano que me tenía atrapada y después a sus ojos, me lamí el labio inferior con la lengua y volví a mirar la unión de nuestros cuerpos, el resultado fue el que yo esperaba ¡sí! se pegó a mí de cuerpo entero y con la mano libre me sujetó de la nuca fuertemente, apoyó su frente contra la mía y soltó mi brazo, ladeo su cabeza encajando su boca con la mía pero sin rozarme apenas, intenté tocar mis labios con los suyos pero volvió a tirar de mi nuca posesivamente, después de una sonrisa macarra y preciosa se acercó hasta unir nuestros labios. Recibí su lengua caliente, deslicé mis manos alrededor de su cuello y lo atraje más a mí.

—Lucía... —rugió en mi boca, le contesté con un gemido, el beso fue eterno.

Cuando nos despejamos yo estaba caliente como una moto me dolía el vértice de las piernas y tenía la respiración agitada. No dijimos nada, solo apoyó una mano en la curva de mi espalda y con un guiño me animó a caminar. Yo quería morirme estaba como una “perri” loca por violarlo, intenté recomponerme y no parecer frustrada “quería más”. ¿Pero qué pasa? ¿No le gustaba?

—Lucía vamos.

—Sí, vamos —casi no me salieron las palabras, al abrirme la puerta del

coche rozó mi espalda con su mano ayudándome a subir, giré mi cara y vi que se estaba conteniendo ¿por qué? no lo sé.

—¿Pongo algo de música?

—Sí, por favor —toqueteó unos botones y se escuchó una melodía de guitarra.

—Te marchaste al alba —susurré.

—Sí, me encanta, es de Pepe de Lucía.

—Sí, el padre de Malú.

—¡Si que entiendes! —me miró mientras volvía a tirar de mi nuca y besarme con fuerza mientras se escuchaba: *Sueño de Amor. Sueño de amor de amor y secretos amor amiga amor amante*, sin darme cuenta estaba sentada encima suyo y nos estábamos besando con tanta fuerza que hasta me dolía. “esto era realmente bueno, mejor dicho muy buenoooo”.

Robert.

¡Pero qué narices me pasa a mí con esta tía! ¿qué narices estoy haciendo...? solo pensaba en follármela de cien mil maneras posibles buscando su placer y el mío, quería que gritara como en su vida, quería que se retorciera conmigo ¡joder! ¡Mierda!

No podía, con ella no, ella era delicada, era una niña... y yo un depravado que pensaba en hacerle mil perrerías ¡para para! me dije ¡suéltala! pero no podía dejar de besarla, el solo roce de sus labios me estaba volviendo loco. Su lengua esponjosa y dulce me estaba matando, buscaba la mía con desesperación, sentía su cuerpo caliente encima mío, su cuerpecito delgado ¡joder! solo pensaba en manejarla de un lado a otro y meterme por todos sus orificios. Era preciosa, esos ojos de gata, con esas pestañas negras, su nariz pequeña y respingona que está rozando con la mía... y esos labios carnosos. Me encantaba esa niña, como nunca me había gustado una mujer... cogí su cintura y la acomodé encima de mi polla, que estaba a punto de reventarme; se removía encima mío, no podía dejar

de mirarla mientras me besaba con sus ojos cerrados, mis manos recorrían su precioso cuerpo con delicadeza, ella gimió al volverse a rozar contra mi dureza y dejó caer su cabeza hacia atrás ¿sería posible que tuviera el cuello más bonito, fino y suave que había tocado en mi vida? No pude controlarme y se lo lamí hasta la clavícula, que bien sabe, me moría de ganas de lamerla entera conocer su sabor, las cosas que le gustaban. ¡Pero qué cojones me pasa! qué me importa a mí lo que le guste a ella. ¡Para! para, volví a repetir.

—Para Lucía, o no podré parar yo...

—No pares —dijo en un susurro, su voz era tan sensual y adictiva....

—No ¡no! —dije intentando apartar sus labios de los míos —estoy a punto de correrme, como un puto crío, pero esta vez fue ella la que tiró de mí agresivamente, eso me hizo volverme loco por unos momentos e introducir una mano dentro de su pantalón, acariciar ese culo, bajar un poco más la mano y con mis dedos apartar su ropa interior, quería arrancársela... deslicé un dedo y dejé de respirar, estaba tan caliente como yo, al sentirme ella misma se frotó contra mi dedo, “me quiero morir dentro de esta mujer”.

—No nena ¡para! —dije quitándomela de encima—, no podemos yo... yo no soy....

—Tú no eres ¿qué? —dijo con su dulce boca. ¿Cómo sería meterme dentro de ella?

—Yo no soy bueno Lucía, no soy bueno para ti.

—¡Venga va! —dijo como un chirrido—. No quiero casarme contigo, quiero que follemos ¡joder! me miró como si yo estuviera loco.

—No sabes lo que dices...

—Mira, déjalo, llévame a mi casa.

Definitivamente soy un gilipollas, no sé por qué la dejé marchar con esa cara de decepción. Al bajarse del coche me miró, fue a decir algo pero se lo guardó para ella, mi mano salió en dirección a la suya y la retuve, pero

también me guardé para mí lo que quería decirle, entonces se incorporó y me dio dos jodidos besos de mierda en la cara, yo quería sus besos en mi boca, sentía que sus besos me pertenecían.

Lucía.

Al bajarme del coche me sentía fatal, un calentón malísimo me quemaba por dentro, me sentí como una mierda, que asco de macarra pensé mientras él se alejaba con su coche. Caminé las dos manzanas hasta casa de mi hermano deprisa, nerviosa e incómoda, entré en el piso y fui directa a mi habitación, me estiré en la cama y pensé en lo sexual que era ese hombre y no entendía su rechazo...

Llevaba todo el día con Verónica de arriba para abajo, tenía un día de perros y para colmo todavía tenía ese calentón que me torturaba.

—Cari estás despistada hoy —dijo Verónica, ¿hola? ésta mujer me acaba de llamar cari “envenéname” le dije mentalmente al camarero, que volvía a servirme más vino mientras comíamos en silencio. Me provocó gritarle “no, mira es que me duele el toto por culpa de tu arquitecto” sonreí ante mi ocurrencia.

—Estoy cansada de tanto avión, me ponen nerviosa y me dejan agotada, aparte tengo que ir con mi hermano a mirar otro proyecto, un hotel.

—Pasarás por la obra ¿hoy?

—Sí, tengo que dejar unos documentos.

—Vale pues vamos —dijo pidiendo la cuenta y mirándome con ternura, haciéndome sentir malísima, yo que huía de ella por charlatana, cotilla y preguntona y ahora esa mirada. Después de pagar salimos a la calle donde, si cabe, todavía hacía más calor o era yo.

—Estás tan tensa — “no, tensa no, cachonda” no contesté nada por supuesto, solo encendí un cigarro.

Nada más entrar al local me llegó una ráfaga de su olor, su olor a hombre

que me invadió entera, casi sufro un orgasmo en ese mismo momento, apreté mis muslos dentro de la minifalda ceñida que llevaba y sisee como una culebra. Al primero que vi fue a Edu apoyado en una mesa pintando unos planos, levantó la cabeza y nos sonrió, yo ya estaba convulsionándome.

—Lucía —dijo, viniendo en hacia mí— ¿qué haces aquí?

—Hola, Edu trabajo aquí.

—Ya, se rió.

—¿Dónde está Robert? —preguntó Vero.

—Estoy aquí —dijo detrás de mí.

—Hola.

—¿Qué tal Lucía?

—Bien —“espero que se te revienten los huevos”, dije mentalmente.

—Toma estas carpetas, yo me tengo que ir.

—Vale, querida nos veremos mañana.

—Si tienes alguna duda estaré pendiente del teléfono.

—¿Lucía hacia dónde vas?

—Al centro.

—Ya estás en el centro ¿te puedo acercar?

—No, me espera mi hermano —dije despidiéndome de ellos con la mano.

La entrevista con los clientes de mi hermano salió genial, más que eso me habían ofrecido decorar todo el hotel, les encantó mi idea, además la señora Benítez y yo habíamos encajado a la perfección; le encantaron los

diseños y no quería retoque alguno, en pocas palabras estaba fascinada.

—Hermanita en unas semanas empezamos, sabía que eras la mejor —dijo orgulloso.

—Calla zalamero.

—¿Has hablado con Cristian?

—No sigas, le advertí.

—Está bien.

—Me voy que tengo prisa.

Había recibido una llamada de Verónica para reunirnos por un imprevisto. Volví a correr otra vez por todas esas calles que apenas conocía a la espera de encontrar un taxi que me llevara a la otra punta sin morir de asfixia, al final ni taxi ni ángel de la guarda. Cuando entré en la dichosa cafetería donde me esperaba Verónica sin ningún puñetero motivo, solo con la típica excusa de que quería comentarnos algo urgente, estaban todos relajados esperándome. Robert tenía la misma cara de perro en celo que yo.

—Buenas, perdonar pero no he encontrado ningún taxi ni alfombra voladora que me trajera —todos soltaron una enorme carcajada mientras yo me sentaba intentando recobrar el aliento.

Robert me miraba fascinado y Edu se reía igual que Vero, sentí los ojos de Robert directamente en mi escote, mi camisa blanca sin mangas estaba bastante pegada a mí transparentándose mi ropa interior, sentí que los pezones se endurecían bajo sus caricias no dadas.

—Bueno Verónica no pretendo ser impertinente pero que es eso que querías consultarnos, estoy deseando darme una ducha.

—Te entiendo, hoy hace muchísimo calor. Chicos me tendré que ausentar un par de semanas del proyecto. Salgo de viaje con mi marido —asentimos todos como borregos—. No hace falta que diga que confío en

todos vosotros claro está, pero en mi falta Lucía se hará responsable de todo.

—Verónica yo solo estaré aquí cuatro días, tengo que preparar la mudanza.

—¿Te vienes a vivir aquí? —preguntó Edu.

—Estaré por aquí unos meses mientras acabo los proyectos, ¿saldremos por ahí no? dije feliz.

—¡Por supuesto!

—Señora Martín —dijo un hombre detrás de mí.

—Sí, ya salgo, espero que os vaya genial chicos los veo a la vuelta —nos besó y salió lentamente detrás de aquel armario empotrado, luego fui yo la que se puso de pie.

—¿Te vas?

—Sí, me voy, estoy agotada —me encaminé al baño y después de asearme con mis benditas toallitas, me refresqué el cuello, Robert entró como un poseso detrás mío, se abalanzó sobre mí cogiéndome de las caderas.

—Lucía ...

—No me vengas con rollos —dije mirando su cabeza entre mis pechos.

—¡Joder! —gruñó furioso.

—Te importaría salir por favor este es un baño femenino —tiró de mi falda hacia arriba.

—¿Qué haces? ¿Estás loco? —intenté bajármela.

—¡Venga! ayer estabas dispuesta a que te follara, déjame ver qué llevas debajo.

—¡Sal! —lo empujé con todas mis fuerza— ¡cerdo! —grité mientras él tiraba de mí hasta dentro de un cubículo que no media más de un metro por un metro cerrando la puerta y tirándome contra ella.

—¿Pero qué haces? —intentaba apartarlo como podía mientras él se peleaba con mi falda por subirla, al final la dejó toda recogida en mi cintura dejándome con una un tanga blanca y unas ligas que sostenían unos pantis de verano.

—¡La virgen! —rugió como un animal.

Dándome la vuelta y poniéndome de cara a la pared, me acarició las nalgas mientras se arrodillaba en el suelo y me las besaba.

—¡Para por Dios! —no podía respirar.

—¡Joder! que culo —dijo.

Dándose un festín con él hasta que se cansó, me dio media vuelta y de un movimiento ágil intentó besarme, pero me negué.

—¡Haberlo hecho ayer! —me dejó de piedra cuando volvió a arrodillarse y comenzó acariciarme con su nariz en mis braguitas tan finas, tiró de ellas como un animal rompiéndolas por la cadera, éstas cayeron al suelo. Di un gritito cuando sentí la punta húmeda de su lengua entre mis pliegues, me separó las piernas y cogiéndome de las nalgas me obligó a apoyar la espalda contra la pared. Me devoraba entera, mordía, tiraba, succionaba y lamía como si le fuera la vida en ello, coló un dedo dentro de mí y yo me derretí.

—¡Joder Lucía! —decía entre lametones, mientras yo me mordía el labio con fuerza, sentí un remolino de placer que crecía en mi estómago y me quemaba.

—No chilles —dijo entrando en mí con más fuerza mientras yo me dejaba ir sin ningún pudor en aquel baño, con la falda remangada, la ropa interior rota y con un orgasmo que convulsionaba en su boca, cogiéndolo del pelo y apretándolo más contra mí. Cuando dejé de vibrar se puso de

pie mirándome a los ojos, yo esperaba que me diera la vuelta y me penetrara una y otra vez pero no... me bajó la falda, me acarició el labio que me había mordido y me mostró mis braguitas hechas un hilo.

—Están rotas.

—Te compraré más —me dejó sin palabras cuando lo vi salir del baño guardándose las en el bolsillo. Después de más de diez minutos sola en el baño salí dispuesta a pagar e irme pitando. Me atendió un camarero.

—¿Señorita Lucía?

—¿Sí?

—Esto se lo ha dejado su novio.

—¿Qué novio? —se le escapó una risita y me dio una nota, la cogí y salí como una loca. ¡Hay Dios! Eso es lo que soy. Cuando la abrí casi me da un soponcio.

Voy a mi casa, si quieres que

acabemos lo empezado ven.

Más abajo tienes la dirección.

*El hombre es fuego,
y la mujer estopa;
viene el diablo y sopla.*
Refrán.

CAPITULO 19

La proposición... más incomoda...

Cuando la abrí casi me da un soponcio:

“Voy a mi casa, si quieres que acabemos lo empezado ven” y debajo una dirección.

Entré en su casa decidida, él me esperaba en la puerta con sus pantalones de traje negros desabrochados, sin camisa y descalzo.

—Has venido —comentó sorprendido.

—Sí, pero solo a recoger mis bragas —le tendí la mano, mientras él cerraba la puerta con esa cara de macarra, se le marcaba una erección gigante y no le daba pudor que la mirara.

—Mírame cuanto quieras.

—Engreído —dije sentándome.

—Repipi —dijo sentándose en la mesita del café, crucé mis brazos bajo su mirada.

—Lucía, yo no sé qué me ha pasado... —lo miré como si fuera idiota y él estalló en carcajadas.

—¡Pero bueno!

—Sí que sé lo que me ha pasado... me la pones tan dura, que la poca fuerza de voluntad que me queda se va detrás de tu culo.

—¡Cerdo!

—Mira pequeña... yo no soy normal.

—No me digas —abrí los ojos y apreté los labios.

—Escucha... ¿cómo te digo? Que yo juego en otra liga.

—¿Qué dices? —no entendía ni papa, que tío más raro.

—Nena, que no hago el amor, que no tengo novias, que no duermo con las tías que me tiro y no cortejo.

—¿Que eres gay?

—¿Qué? ¿Qué dices? —dijo poniéndose en pie y cogiéndose la polla con la mano—. ¿Tú te crees que si fuera gay me la podrías así?

—Pues no te entiendo —dije molesta cruzándome de brazos y recostándome en el sofá—. ¿De qué vas?

—¿Quieres entenderme?

—Me gustaría ¡claro! después de... —me puse colorada, nada más pensarlo <<pensar en esa cochinada >>.

—Después de que te comiera el coño —abrí la boca y cogí aire.

—Vulgar, eso ha sonado peor de lo que...

—Lo que tú digas, pero no te voy a negar que desde que te vi me volví loco, por meterme entre tus piernas, pero tienes que saber de qué voy.

—Mira déjalo —dije poniéndome en pie y cogiendo mi bolso, con la intención de irme en ese preciso instante.

—¿Tú como follas?

—¿Cómo? ¿perdón? ¿hola? —dije sin poder creérmelo.

—¿Que cómo follas?

—Pues como todo el mundo —miraba a mi alrededor vaya comedor... todo blanco y casi sin nada.

—Yo no follo como todo el mundo.

—¿No? ¿Que eres como los de cocum y lo haces con la mente? —otra vez esa risa de macarra.

—Nena yo follo en camas redondas, me follo a las tías de dos en dos y de tres en tres.

—¡Venga que macho!

—Y lo hago duro, no soy delicado como seguro te follan a ti, ahora bien si aún quieres, ya te puedes desnudar.

—¿Pero de verdad eres así o es que tienes un master en ser un valiente gilipollas?

—Esto es lo que soy —dijo dando una vuelta sobre el mismo, luciéndose con ese cuerpo hecho para el delito.

—¡Vete a la mierda! —dije encaminándome en dirección a la salida <de la casa del pecado y la perversión>>.

—Espera Lucía.

—No, eres un cerdo, un idiota y un machista.

—¡Que no joder! —tiró de mí cogiéndome por los dos brazos.

—Ven, déjame que te explique... Por favor Lucía siéntate.

—No quiero escuchar más, quiero...

—¡Ya! Lo sé ¡joder! pero yo quiero que lleguemos a una conclusión, quiero follarte más que a nada en el mundo. No sé qué tienes... pero es

importante que sepas que luego no habrán abrazos, ni besos, ni...

—Oooh hasta aquí, déjalo no volvamos hablar de esto... Olvidémoslo todo, no estoy pasando por un buen momento Robert y yo... necesito tiempo. Últimamente me han pasado muchas cosas y no creo que nosotros podamos tener algo que no sea destructivo para mí, de relaciones tóxicas estoy harta...

—Pero yo quiero...

—Cállate —le tapé la boca con las manos —calla no digas nada más por favor, deja que me marche —él asintió y me siguió hasta la puerta de su casa.

—¿Te vas y me dejas así? —se miró la erección.

—Yo no te he hecho nada para que estés así.

—En el lavabo, lo de ayer, te parecerá poco Lucía.

—No juegues sucio conmigo.

—Fo... —cambió la palabra cuando me vio la cara— ...acuéstate conmigo y si después no te gusta te dejaré en paz.

—¿Pero qué dices? ¿Estás loco Robert? No me has escuchado lo que te he dicho, no puedo tener relaciones tóxicas, necesito cuidar de mí.

—Sí que te he escuchado... aunque no suelo hacerlo, yo no te ofrezco una relación, solo sexo fuerte, duro y del bueno. Tú seguirás libre, yo solo quiero... que te acuestes conmigo déjame enseñarte lo que me gusta.

—¿Por qué tendría que hacer yo eso?

—Bueno... has venido hasta aquí sin bragas.

—Me las rompiste —me cogió de las nalgas y me levantó mientras caminaba conmigo encima hasta dentro de su casa, tiraba de mi labio con fuerza y yo gemía.

Pero a ver... ¿qué narices me pasa? me gritaba yo misma ¿qué haces? corre loca... pero no podía, tenía claro que quería lo que tenía entre mis piernas. Me colocó encima de la cama de pie. Bonita habitación, de madera y gris ¡preciosa! Con una cama enorme con dos mesitas y una luz tenue, me dio la vuelta y bajo lentamente la cremallera de mi falda, esta cayó a mis pies, estaba solo con la camisa y el sostén.

—Quítate la camisa —dijo mientras me acariciaba ahí, yo obedecí.

—Veo que sabes obedecer, eso me gusta —levanté la vista hasta encontrar la suya.

—Desnúdate preciosa —se sentó en un sillón de cuero negro. Mientras yo me desnudaba.

—Suéltate el pelo, déjame que vea tu hermosa melena, ¡Joder eres preciosa niña! — volví a obedecer <<pero qué te pasa estas tonta corre>> me volví a repetir cuando me solté el pelo, luego volví mi cabeza boca abajo y alboroté la melena.

—¡Joder! —gruño cuando volví a echarla para atrás.

—Ven aquí preciosa —yo obedecía como poseída, no podía estar haciendo lo que estaba haciendo, cuando estuve frente a él, me cogió de las caderas y me besó el ombligo.

—Ahora cielo trágate la —me deje caer al suelo de rodillas y me dispuse a sacársela de su ropa era justo ¿no? ¡O yo que sé! Cuando la vi casi me caigo redonda ¡Ay Dios! Qué grande y gruesa. Inconscientemente me relamí los labios antes de llevármela a la boca, rocé el escroto con los dientes, mientras lo miraba a los a los ojos; ¡Era tan guapo! me sentía mareada.

Descendí hasta su base con un recorrido de mi lengua, noté como aún crecía un poco más en mi mano. Al volver a subir la introduje dentro de mi boca dándole cobijo hasta la garganta, la saboree mientras rozaba con la lengua su apertura, él se estremecía y eso me gustaba y excitaba al mismo tiempo.

—¿Joder! muy bien, preciosa, que bien me lo haces —me cogió del pelo dando dos investidas que me provocaron una arcada, después guió él el ritmo tirando de mí. Gemíamos los dos como dos gatos, me la sacó de la boca y me besó con violencia <<al más puro estilo Robert>>. Se puso de pie y me tendió la mano.

—Ven, ponte así —me colocó de rodillas en la cama con el culo expuesto y sentí que rasgaba un preservativo, pero no me penetró si no que me dio una cachetada en el culo <<¿Hola? ¿En serio?>> me paralicé por completo. Fuertemente volvió a dar otra, dejé de respirar por unos momentos, volvió a dar otra con la misma intensidad, mientras tiraba fuerte de mi pelo, sentí que se pegaba a mi espalda.

—¿La quieres preciosa? es toda para ti — asentí desesperada, cuando volvió a darme otro azote—. ¡Contesta!

—Sí —estaba furiosa y más excitada que nunca en mi vida. <<Después de esto tendré que hacer terapia>>.

—¿Qué quieres?

—Que me ¡folles!

—¿Quieres que te la meta?

—¡Sí métemela ya! —no lo dudó y de un empujón me penetró.

—Apoya tu preciosa cara en la cama —obedecí mientras entraba y salía de mí. Deslizó una mano entre mis piernas y comenzó a acariciarme, mientras yo me corría solo con una de sus caricias.

—¡Dios Lucía! , nena —me cogió de las caderas y me sentó encima suyo en la misma posición.

—Muévete, pero no vuelvas a correrte —me ayudaba a moverme mientras yo subía y bajaba encima suyo.

—Yo no puedo.

—Mírame ¡joder! Lucía mírame —torcí mi cuello mientras él tiraba de mis dos pezones, me quejé pero él volvió a tirar con más fuerza, mientras yo me corría perdiendo las fuerzas.

—No, nena mal —se incorporó conmigo en brazos y tirándome en la cama se colocó encima, penetrándome con fuerza, yo aún temblaba por los destrozos del segundo orgasmo, él sonreía victorioso mientras se deslizaba dentro de mí.

—Eres una gatita; córrete para mí otra vez, quiero verte —coló su mano entre nosotros y volvió a acariciarme. Estaba muy mojada y los dedos deslizaban con facilidad.

—Joder —susurré.

—Venga nena, ahora —esta vez le obedeció mi cuerpo dejándose ir junto con él, no dejaba de besarme con fuerza mientras se corría salvajemente. Sus caderas impactaban conmigo <<brutal>> no paraba de besarme, se tragaba mi lengua, la succionaba con fuerza, sus manos me sostenían la cara, abrí los ojos y lo vi mirándome. Nuestras miradas se encontraron y fue cuando por fin me soltó, cogí aire con fuerza alzando mi pecho y en ese momento sentí una conexión con él, por muy fría que hubiera sido nuestra escueta relación ya había algo entre nosotros <<sal de aquí ¡ya!>>.

Después de recomponerme me puse de pie y recogí todas mis cosas.

—¿El baño? —mi voz sonó sin fuerza <<arrepentimiento tal vez>>.

—Es esa puerta —me indicó examinándome con la mirada — ¿estás bien? Vi un intento de acercarse a mí y respondí casi asustada.

—Sí, solo quiero asearme —dije entrando en el baño. Me sentía tan fría que ni siquiera pensé en lo que había hecho. Era todo tan raro, tan frío, tan jodidamente morboso que me di asco a mí misma. Desde luego eso no era lo que quería, abrí la puerta y salí ya vestida y con el temple necesario para afrontarlo. Bien, él no se encontraba en el dormitorio, salí al comedor y lo vi en la cocina <<por el amor de Dios... me quería morir>>.

—Lucía estoy haciendo café ¿quieres?

—No, me voy pero muchas gracias -aceleré el paso hasta la puerta.

—No te vayas.

—Me quiero ir.

—¿Por qué?

—Porque sí —nos miramos y un silencio agónico se creó en el ambiente.

—¿Seguro que estas bien?

—Que sí, ya tengo lo que venía buscando, hasta luego —dije al tiempo que abría la puerta. Cuando salí de ahí me quería morir estaba temblando, me sentía sucia, una mierda, lo peor. Cogí el teléfono y llamé a Cristian, al primer tono lo cogió.

—Lucía —no le contesté, solo lloré—. ¿Estás bien cariño? Dime algo, ¿dime que estas bien?

—Sí, estoy bien —dije y colgué. No podía hablarle no quería que sintiera mi voz <<que asco me daba>> por suerte para mí encontré un taxi a la primera.

Estaba saliendo de la ducha de casa de mi hermano cuando sentí unas llaves.

—¿Lucy?

—Tete estoy en el baño.

—Vale, no estoy solo.

—Bueno no hace falta que grites, ahora salgo —me vestí con unos pantalones cortitos de pijama, una camiseta sin mangas y cuello bastante ancho y me cogí el pelo en una toalla.

—Hola —saludé a tres tíos como tres soles, fue lo que me encontré—, ya podrías decir que la compañía era masculina —dije dándome la vuelta y entrando en el cuarto de baño, me arreglé el pelo y me puse el sostén, había salido señalándoles con los pezones <<que me detengan>>.

Después de las presentaciones oportunas me senté con ellos en el sofá

—¿A qué hora empieza el partido? Tete ¿preparo algo de cenar?

—No peque, cenaremos pizza.

—Genial —volví a repecharme en el sofá.

—¡Tú idiota! ¿Qué estas mirando? —le dijo mi hermano a Jesús.

—Yo nada.

—Es mi hermana, ojo que te arranco la cabeza.

—Que no tío —yo me reí coqueta.

—¡Tete! —exclamé, sonó un mensaje en mi móvil.

Robert a Lucía

Lucía llámame, me has dejado preocupado.

¿He hecho algo mal?

Lucía a Robert

No te preocupes, todo genial.

Robert a Lucía

¿Te has ido... algo deprisa?

Al ver que yo no contestaba directamente me llamó.

—¿Quién es? —pregunto Marc, mientras sus amigos charlaban entretenidamente.

—Un amigo —dije descolgando—. Dime.

—¿Estás bien?

—Sí, que no pasa nada tranquilo.

—Te has ido muy rápido...

—No puedo hablar, estoy con mi hermano y unos amigos.

—¿Te paso a buscar?

—No, no te preocupes.

—¿Nos vemos mañana?

—Mañana estaré todo el día en casa, tengo mucho trabajo.

—Mañana por favor... Lucía.

—Está bien, te llamo yo y nos vemos, adiós —dije colgando y dejándolo con la palabra en la boca.

Entré en el comedor y sentándome al lado de mi hermano me mire las uñas <<que mal me sentía>>.

—¿Con quién hablabas?

—Con un amigo —puse los ojos en blanco.

—Amigo de ¿aquí de Madrid?

—Sí.

—¿Desde cuando tienes amigos en Madrid?

—¡Tete!

—¿Lucía! —puso mí mismo tonito de voz.

—No me toques las pelotas —dije levantándose y caminando hacia la puerta.

—¡Eeeh! Dani —me colgué de él como un mono.

—Lucy —entró conmigo a cuestras y otro chico más que llevaba unas pinzas y cerveza—. Te presunto a Lucía, no es un mono es la hermana de Marc.

—Encantado soy Luis.

La cena y el partido con ellos resultó ser muy gratificante además de divertido, decían auténticas barbaridades que me hacían reír, disfruté muchísimo y no pensé más en lo fría y mal que me sentía.

Me desperté temprano y me puse enseguida a trabajar, eran las cuatro de la tarde cuando oor fin me senté con todo hecho de momento. Me había preparado una ensalada de pasta con una cocola cuando me sonó el móvil.

Robert a Lucía

Paso por ti en diez minutos

Lucía a Robert

Estoy agotada, mejor mañana

Robert a Lucía

Ahora

Pero este que se pensaba, bueno al final decidí quedar con él y zanjar el tema de una vez, no nos volveríamos a ver más, esa era mi decisión. Caminé hasta el interior de mi habitación y mientras me terminaba de vestir entró mi hermano.

—¿Adónde vas?

—Voy a tomar algo Tete.

—¿Con quién?

—Con un amigazo —dije pasota.

—Está bien —dijo al tiempo que suspiraba. Me puse lo primero que encontré, un vestido marinero ceñido y unas sandalias azules.

Caminaba hasta donde habíamos quedado, no estaba nerviosa, ni tampoco alegre tenía un sin sabor amargo en la boca, ¿qué quería de mí? ¿qué narices le había hecho yo para que no me dejara tranquila?

*Hay cuatro cosas que ponen
al hombre en acción: interés
amor, miedo y fe.*
Napoleón Bonaparte.

CAPÍTULO 20

Hablemos... negociemos...

—**L**ucía —lo sentí a mi espalda, al darme la vuelta me di de morros con él.

—Hola.

—¡Lucía! —exclamó preocupado—. ¿Nena estas bien?

—Sí, ¿por qué me lo preguntas tanto?

—No sé... te has ido tan rápido.

—Es lo que me dijiste que después de... bueno ya sabes no querías...

—Ooh para ahí, no te dije eso, solo dije que yo no quería relaciones y que no dormía con las mujeres con las que me acostaba.

—¡Pues eso! No le des más vueltas.

—No quiero darle vueltas Lucía pero quiero saber si te gusto — lo miré dos veces.

—Ya sabes que sí —lo fulminé con la mirada.

—¿Entonces nos volveremos a ver?

—Claro, trabajamos juntos.

—No me refiero al trabajo —mordí mi labio, no sabía que contestarle la verdad es que sí quería y pero por otra parte no... era demasiado frío.

—No sé... Robert.

—¿¡Pero por qué!?! —dio un paso y se pegó a mí cogiéndome de la cara —. Es que no sé qué cojones te pasa, pensé que nos gustó a los dos y no te entiendo.

—Sí me gustó, pero yo no quiero tener nada con nadie.

—Te pido sexo nada más.

—Bueno yo no... no soy así.

—¿Así cómo?

—De acostarme con alguien y ya. Lo de ayer fue...

—Ven vamos al coche y hablamos más tranquilos.

Intentó cogerme de la mano pero no le dejé. Después de dos horas de negociaciones le pedí que me dejara en mi casa otra vez, eso no le gustó ni un pelo se le cambió la cara pero aceptó.

Al volver a subir a casa de mi hermano aún no daba crédito a lo que había accedido, en fin si era cierto lo que él decía, no supondría ningún problema para ninguno de los dos... cerré la puerta detrás de mí y me encontré con mi hermano, vestido muy sexy.

—Guaaaauuu, Tete estas cañón —se giró en mi dirección y me sonrió.

—Sí ¿verdad? No estoy mal.

—Estas guapísimo, ¿dónde vas? —dije sentándome en el sofá.

—Salgo con unos amigos, ¿por qué no te vienes? —abrí los ojos.

—¿Sí? ¿En serio?

—Venga tonta, vístete y vámonos...

No tardé ni una hora en estar lista, escogí un vestidito corto de palabra de honor negro <<como si no>> y unos zapatos dorados a juego con los ribetes de mi americana, mi pelo ondulado caía tapando mi espalda, me pinté los labios rojos y salí decidida a la puerta donde me esperaba mi hermano hablando por teléfono.

—Ya estoy —dije cogiéndome de su brazo.

Estábamos en un restaurante con algunos de sus amigos <<casi todos solteros>> menos dos que estaban con sus respectivas parejas. La cena fue muy tranquila charlamos todos con todos, bueno mi hermano dos o tres veces tuvo que repetir alguno de sus colegas que yo era su hermanita del alma, pero por lo demás la cena resultó ser agradable. Tras salir del restaurante decidimos ir a bailar, yo encantada de la vida, me apetecía beber y bailar... Salíamos del parking y noté cómo mi móvil sonaba, al mirarlo vi que era Robert <<ni loca se lo cojo>>. Pasé de él y aparte de mis pensamientos todo lo que tuviera que ver con él.

Eran las cinco de la mañana, estaba algo mareada de tanto mojito y cóctel, y de tanto amigo empalagoso de mi hermano, al cual hacía más de una hora que no veía. Subía las escaleras de la discoteca cuando noté una mano en mi espalda.

—¿Dónde vas tan sola? —dijo Jesús amigo de mi querido hermano desaparecido.

—Voy a tomar el aire —me di aire con la mano y subí dos escalones más.

—Dame cinco minutos y salgo, yo también necesito aire.

Salí a la calle y me aparté un poco de la puerta, caminé hasta unos bancos que había justo al lado y tras encenderme un cigarro, volví a sentir mi móvil<<Robert seguro>> al comprobar que era él lo volví a guardar. Cruce mis piernas cambiando la posición de mi cuerpo mirando hasta la puerta para ver a Jesús salir, estaba distraída.

—¡¿Por qué cojones, no me coges el puto teléfono? —sentí la voz de Robert <oooh problemas>>. Levanté mi cabeza y lo vi, con la camisa

desabrochada y la corbata de lado.

—¿Pero tú...? ¿Qué haces aquí?

—He quedado con unos amigos Lucía y ahora dime ¿por qué no me coges el teléfono?

—Porque estoy de fiesta Robert.

—Pero yo quería verte... estar contigo... esta noche. Aunque por lo visto tú ya tenías planes.

—No, me ha invitado mi hermano... y me apetecía y salí —al decir esto se sentó a mi lado y me cogió de una rodilla.

—Estas preciosa nena, tienes unas piernas —dijo subiendo su mano.

—¿Qué haces? —me retiré— ¿estate quieto?

—¿Por qué? ¿No estás sola?

—Estoy con mi hermano ya te lo he dicho.

—¿Estas con algún hombre?

—¿Qué? ¡No!

—¿Entonces por qué no puedo tocarte?

—Por si a mi hermano le da por aparecer y nos ve, se lía seguro, es muy protector conmigo.

—Bueno... podemos irnos... —dijo acariciando mi espalda con su mano y pegando su boca a mi cuello.

—No puedo hacer eso, ¡estate quieto!

—¿Te gusta? ¿te gusta que te toque?

—Mmmm —mordí mis labios y asentí—. Ven —se levantó y me impulsó—. Vamos.

Caminé con él y nos apartamos de la puerta de la discoteca.

—¿Dónde vamos?

—Vamos a buscar algo de intimidad.

Nos apartamos lo suficiente como para que ni mi hermano ni sus amigos nos vieran. Me empujó hasta un portal y sin previo aviso me besó, con violencia, con urgencia.

—Lucía —ronroneó—. Me encanta besarte, ¿espero que eso no sea un problema para ti? —negué como una tonta mientras notaba su saliva en mi boca—. Bien nena —dijo cogiéndome del trasero y besando mis labios, mi cuello, mis hombros, donde había piel besaba él. No insistió en ir a su casa, ni en hacer nada más solamente nos besamos durante mucho rato.

—Robert... es tarde, tengo que ir a buscar a mi hermano.

—¿Te vas? —asentí y recompuse mi vestido.

—Si me voy, si quieres mañana, bueno hoy, nos vemos.

—Está bien, te acompaño.

—No, tranquilo que no me voy a perder.

—Lo sé pero quiero acompañarte.

—¡Que no ostias! Ya voy yo sola — se tensó bajo mis palabras y movió su brazo a un lateral.

—Venga vete —dijo de malas formas.

—Adiós Robert —le contesté yo dulcemente.

—Adiós.

Al torcer la esquina me di de bruces con mi hermano.

—¿¡Dónde cojones estabas niña!?

—Eso me lo dices tú que te has ido hace dos horas ¡venga Tete! —vi que venía Jesús en nuestra dirección.

—¡Joder Lucía! ¿dónde estabas?

—Buscando a mi hermano y ha dado la casualidad que me he encontrado con unas amigas de la facultad y me he entretenido hablando, no sé qué montáis...

—Bueno —dijo mi hermano —venga vamos ya al coche.

—Tío me he encontrado al Tito.

—¿No jodas? —dijo mi hermano.

—Sí y llevaba un cabreo monumental —se rió—, alguna tía lo tendrá así.

—Bueno siempre está igual.

—¿Quién es Tito? —le dije a mi hermano.

—Un compañero de la oficina, un mal bicho —dijo con cariño en la voz—. Es broma, lo único es que es un mujeriego y de ahí su nombre, porque con cada tía que lo vemos nos dice que es su prima —se rió—. ¡Cabrón!

Desperté a las doce del mediodía, durante buena parte del día lo pasé trabajando y recogiendo un poco la casa. No había tenido noticias de Robert aún, cosa que me daba lo mismo... antes de preparar la cena para mi hermano y para mí, me di una ducha y me arreglé el pelo. Recibí una llamada de Robert, en la que me decía que me invitaba a cenar, en dos horas donde siempre. Era más soso el pobre.

Tras dejar la cena hecha avisé a mi hermano y me dispuse a bajar a la calle. Este hombre precia inestable... Yo y mi imán para hombres y relaciones destructivas.

Tras darle dos besos en la cara que lo pillaron desprevenido, me cogió la cara con sus manos y besó mis labios.

—A mí no me saludes como si fuera tu primo, a mí me saludas bien, me metes la lengua en la boca Lucía —puse los ojos en blanco.

—Eres de lo peor.

—¿Quieres ir a cenar a EL CLUB ALLARD?

—No sé cuál es pero... supongo que estará bien.

—Te va a encantar —dijo mientras abría la puerta del coche y me ayudaba a entrar—. Esa falda tendría que estar prohibida nena —no quise hacerle mucho caso o sería peor.

El restaurante resulto ser uno de los mejores de Madrid, precioso y muy sofisticado. Nos dieron mesa en un reservado; la mesa era de un blanco impoluto y estaba decorada con mucho *sharm*. Retiró mi silla ofreciéndome asiento y acto seguido la bordeó sentándose él también.

—¿Quieres que elija yo por ti? —Eso me sorprendió muchísimo, pero aún así acepté.

—Está bien, tú conoces más este precioso lugar —le dije mientras admiraba su decoración.

—Pediremos el menú dos, es el mejor aquí los menús se componen de una variedad de snacks, platos de carne y pescado.

—Vale sí, elige tú —dije acomodándome. Observé como le pedía al camarero nuestra cena y un vino, pero no un vino cualquiera ¡no! un Vega Sicilia, ni más ni menos.

Conforme pasaba la velada comencé a sentirme más cómoda con él, no era tan rudo como me imaginaba, era gracioso y divertido, en los postres nuestra conversación amena y divertida cambió radicalmente. Él intentaba que fuera una conversación amena pero hablar de normal respecto a dos personas que se acuestan no era del todo amena... nos dirigíamos a su

casa, todavía no entendía cómo había podido yo aceptar semejante contrato. Al final acepté tener unas relaciones esporádicas cuando me apeteciera, sin dar explicaciones y hacer solo lo que me apeteciera, saldríamos por ahí como amigos sin ninguna muestra de afecto en público ya que... que afecto ni que leches, solo había sexo duro entre nosotros. Su voz me rompió el dialogo que mantenía conmigo misma.

—¿Qué? ¿perdón?

—¿Dónde estás nena?

—No me creo que me hayas convencido para esto... —suspiré y le pedí que pusiera música, vi como sus dedos tocaban los botones del reproductor y escuché las primeras notas de la canción al alba, sonreí. Esta fue la canción que escuchamos el primer día en su coche entre besos, antes de mandarme a paseo.

—Esta canción me recuerda a ti —lo miré de reojo.

—No hace falta que te pongas tierno ya he aceptado —se rió dedicándome una sonrisa de malo.

—Es verdad, no quiero ponerme tierno porque no lo soy, solo quiero que me conozcas.

—Estoy en ello.

—Lo del otro día, no te voy a mentir me encantó... tan dócil, tan manejable —conforme hablaba a mí se me secaba la boca—, a lo mejor he ido demasiado de prisa pero no he podido contenerme, me gustas muchísimo ¡joder! —le dio un golpe al volante—. En el lavabo mientras...

—Calla —dije dando un respingo—, no seas tan explícito y no te rías —me enfadé.

—Es que nena, te pones colorada muy rápido y eres tan...

—Como digas cursi me bajo.

—Está bien—tiró de mí hasta darme un beso.

—¿Qué haces? —dije seca.

—¡Besarte!

—En el contrato que has dicho de carrerilla...

—No es ningún contrato... son dos cosillas de nada Lucía ¿por qué lo ves así?

—Para mí es prácticamente un contrato.

—Velo como quieras, solo hemos pactado unas cosas —empezó a enumerarlas de nuevo y yo quería matarlo... qué asco ¿qué narices hacia yo con mi vida?

—Punto uno no dormimos juntos, dos nada de muestras de afecto, tres nada de normas ni de citas, cuatro sin explicaciones y cinco cuando salgamos decidimos entre los dos, no es un contrato son normas.

—¡Si tú lo dices! y ¿a dónde saldremos?

—A algunos locales que bueno... —se frotó el pelo.

—¿Que qué?

—Que se intercambian parejas y...

—Ah no, por ahí sí que no.

—Pero no te voy a compartir nena.

—Que no, que no y no me llames nena más, punto dos nada de muestras de afecto.

—Está bien, iremos aunque solo sea para que lo veas, no tendrás que hacer nada.

Al dejar el coche y subir por el ascensor yo intentaba encontrarle sentido a algo cuando me quise dar cuenta lo tenía pegado a mí.

—Nena... Lucía déjame que te demuestre que no soy frío, que no soy un robot hecho para el sexo.

—Es que te veo así, siento que no te haya gustado mi percepción pero...

—Déjame que te demuestre cómo soy y tú decides, siempre ¡tú!

—Está bien —dejé que me besara despacio recreándose en mí, su lengua hurgaba en mi boca recorriéndola entera mientras sus manos me sujetaban de la cara.

—¿No sé qué tienes? ¿No sé qué me pasa contigo? —entre besos y caricias conseguimos entrar.

—Ponte cómoda mientras sirvo algo de beber — me quedé de pie en el salón mirándolo todo.

—¡Pero pasa! Lucía entra —caminé despacio hasta sentarme en el sofá , él estaba sirviendo unas copas de vino blanco, las dejó en la mesa y entró en su habitación , cuando salió llevaba puesto un pantalón de pijama azul oscuro.

—¿Pongo música? —Asentí mientras le daba un sorbo a mi copa.

—Estas muy tensa —dijo a mi espalda, mientras me acariciaba el cuello.

—¿Qué vas a hacer?

—Shh... tranquila, es solo un masaje.

—Ah bueno —sus manos se movían de mi cuello a mis hombros acariciándome despacio, con los dedos pulgares apretaba unos puntos que me relajaban al instante.

—¿Mejor?

—Sí, gracias — me besó en el cuello, después en la clavícula, después en el hombro.

—Eres preciosa —mordí mi labio cuando noté sus manos bajar por mi pecho—, eres perfecta —de un salto se sentó a mi lado y me cogió la cara, después de besarme y morderme bebió de su copa.

—¿Quieres bailar?

—¿Bailar?

—Sí —dijo mientras se ponía de pie, tiró de mi brazo y me incorporé, cogió mi mano a la altura de nuestras caras y con la otra me rodeo la cintura.

—Déjate llevar.

—Eso hago.

—Bésame.

—Las muestras de afecto...

—Cállate —dijo al tiempo que sellaba nuestras bocas. Bailamos y nos besamos a la vez, nos estábamos devorando el uno al otro, me moría porque me hiciera lo de la noche pasada, incluso las cachetadas del culo; me daba vergüenza reconocer que me gusta pero era así y lo quería. Intenté soltarme de él para quitarme algo de ropa que le indicara lo que quería pero me lo impidió.

—Bailas muy bien, bésame.

—Bésame tú —dije retándolo, mientras él se deshacía de mi vestido, tiró de mi ropa interior.

—No la rompas —dije al notar un tirón, pero cuando cayó al suelo mi tanga estaba hecha un trapo.

—Te comparé más.

—No necesito que me compres nada, con que no me rompas más ropa interior me doy por satisfecha.

—Eso no te lo voy a asegurar —se rió. Después se deshizo del sujetador sin romperlo, gracias a Dios, porque me había costado una fortuna.

—Eres preciosa. Ve y trae las copas -lo miré sin entender pero le obedecí. Mientras me acercaba a la mesa noté que él venía detrás mío, cuando me cogió de las caderas y me giró, cogió una copa y la acerco a mi boca.

—Bebe —después de un traguito él se acabó, me cogió en brazos y camino hasta su habitación, abrió la cama y me metió dentro. Tiró de mi moño hasta que se desarmó por completo quedando mi melena suelta y esparcida por la cama.

—Túmbate —al decirlo entró conmigo y nos tapó con una sábana de seda negra quedando frente a mí.

—Me tienes loco ¡joder!

—Loca estoy yo.

—No pienses más, déjame... —dijo besándome— déjame enseñarte quién soy y lo que quiero.

—Es que no sé...

—Shh —se colocó entre mis piernas— ¿tomas algún método anticonceptivo?

—No, no tomo nada —dije mintiéndole—, además soy muy fértil con oler los calzoncillos me quedo embarazada —me miró sorprendido—, bueno yo y todas las mujeres de mi familia ¡claro! eso dice mi doctor.

—Aaah... pensaba que tenías hijos.

—No, no tengo ni hijo ni pienso en tenerlo, así que ponte un preservativo.

—¿Podemos jugar?

—No —pasamos casi media noche haciendo no sé bien el qué; él decía que era sexo pero pasamos horas haciendo el amor, entró calmado en mí meciéndose, mirándome, me besaba y me acariciaba a la vez. Sus manos tocaban mi cuerpo casi con reverencia, se estiró debajo mío dejándome encima y con sus manos me marcaba el ritmo cogido de mis cadera mientras nos mirábamos a los ojos. Se abrazó a mí con fuerza mientras succionaba mi pezón que los tenía martirizados por tanta atención que les dedicaba.

—Córrete Lucía, llámame cuando te corras —el primer orgasmo lo reprimí en silencio no sé bien por qué, solo sé que él lo noto y me miró a los ojos mientras me daba un manotazo en el cachete del culo—. Di mi nombre —dijo al tiempo que apretaba los dientes y grite su nombre con todas mis fuerzas mientras le clava las uñas en la espalda con la llegada de mi segundo orgasmo.

—¡Eso es joder! —se dejó caer encima mío, reprimí las ganas de abrazarlo, así que mis manos cayeron a mi lado como muertas.

—Me encantaría poder meterme dentro de ti sin esto —dijo mientras se sacaba el preservativo- ¿No dices nada?

—No sé qué quieres que diga —intenté ponerme de pie.

—Quédate ahí —volvió a tumbarse encima mío.

—¿Dime?

—¿Qué quieres que te diga?

—Dime ¿ha sido diferente?

—Bastante diría yo.

—No soy siempre tan rudo ¿no? —negué con la cabeza.

—¿Te ha gustado?

—Si no me gustaras, no estaría aquí.

—¿Aquí conmigo o aquí debajo mío?

—Las dos cosas, venga sal quiero ir al baño —lo empujé sacándomelo de encima, pensé en taparme con la sábana pero opté por no hacerlo, con él no sentía ni vergüenza ni pudor ni nada parecido, era solo sexo ¿no? pues esto es lo que hay. Recogí mis cosas del comedor y entré en el baño de su habitación, sin mirarlo teníamos un contrato que yo pensaba cumplir a raja tabla. Me lavé como buenamente pude y me coloqué la ropa.

—Buff otra vez sin bragas —salí con ellas en la mano después de retocarme la cara y el pelo. Él estaba en la barra de la cocina, sentado fumándose un cigarro y al verme me sonrió.

—¿Y la basura?

—Ahí —señaló con la cabeza, abrí el armario que me indicaba e hice una bola con mi ropa interior y la tiré.

—¿Por qué tiras tus bragas?

—Porque las has roto y no querrás que las cosa ¿no? —él se rió como si fuera un niño.

—Claro que no, ven —tiro de mí hasta sentarme encima de él.

—Yo te compare más bragas, te comparé lo que quieras.

—No soy tu puta.

—Claro que no.

—Entonces no me compres nada —él se mordió el labio y apoyó su frente en el mía.

—Me tengo que ir —me liberé de su abrazo, mientras él se apoyaba en la mesa.

—Espera me visto y te llevo.

—No hace falta, cogeré un taxi.

—No, te llevo yo.

—Que no —dije marcado las palabras en la boca, él se humedeció los labios con la lengua.

—Vale, llamo a un taxi.

—No hace falta, llamo yo, bueno... —me encaminé a la puerta —mañana nos vemos.

—Espera Lucía, mañana podríamos salir quiero llevarte a un sitio.

—Vale... —volví a carraspear, me quería ir y él daba la sensación que no sabía qué hacer para retenerme.

—Entonces mañana... ¿qué?

—Sí mañana... es tarde me voy ya —abrí la puerta y salí; cerré despacio dejándolo a él en el recibidor con los ojos como platos. Estaba esperando el ascensor cuando abrió la puerta otra vez.

—Pasa un momento Lucía por favor.

—Es muy tarde Robert y...

—Por favor —cerré los ojos y fui hasta el

—¿Qué? —dije quedándome en la entrada.

—Dame un beso.

—Punto dos, nada de muestras de afecto.

—Lucía...

—Lucía no, son las normas y están para algo. No quiero confundir nada estas reglas, me parecen óptimas para “esto”.

—¿Esto? —dijo con un gesto despectivo.

—Sí, no te ofendas pero no sé cómo llamarlo —dije con cara de apuro—, eh... transacción no es tampoco la palabra pero da igual, las normas están para algo.

—¿Me vas a negar un jodido puto beso?

—Es que...

—¡Me cago en mi vida! te lo he pedido dos veces y me lo niegas pero ¿qué cojones haces?

—A ver, son las normas.

—A la mierda las normas —intentó cogermé.

—¡Cristian para!

—¿Cómo me has llamado?

—Robert, mañana hablamos.

—Perfecto —dijo con la cara petrificada y respirando agitadamente, me mordí una uña nerviosa.

—Per... perdona.

—Tengo sueño punto tres, o cinco no duermo con las tías que me tiro —me lo quedé mirando sin moverme, como una estatua con la boca abierta.

—Si perdona —gire sobre mí misma y me encaminé al ascensor, me froté la cara con las manos <<vaya cagada acabo de pegar, llamarlo Cristian, ay por Dios>> ¡qué vergüenza! y al parecer le había sentado como el culo... pobre. Entré en casa a hurtadillas con las sandalias en la mano y en modo off, quería meterme en la cama y dormir hasta el siglo veintitrés <<joder Lucy estás sembrá!>>.

*Si no somos los guardianes
de nuestros hermanos,
al menos no seamos sus verdugos.*
Marlon Brandon.

CAPÍTULO 21

No... con mi hermana

Me desperté relajada, me encontraba fantástica. Tras recoger el pisito de mi hermano y acicalarme salí a la calle dispuesta a conocer Madrid, de cabo a rabo, quería conocer las tascas, callejuelas tiendas <<muchas tiendas>> y curiosear... Pasé la mañana hablando por teléfono con Beca y Katy, hice una llamada a tres ¡claro está! contándoles lo que había pasado con Robert, ellas se alegraron por mí, por superar lo de Cristian.

—Nena a rey muerto rey puesto —dijo Katy.

—Cielo de toda la vida se sabe que un clavo quita otro clavo —dijo Beca.

—Ya sí, lo que digáis, pero esto es diferente ¡en serio! no es amor es simplemente sexo...

—Uy mira... que moderna se nos ha vuelto la madrileña —se mofaron las dos.

—Lucy, no quiero que te enfades ¿vale?

—Uy uy uy... , Beca algo muy gordo has tenido que hacer...

—El jueves he quedado con Rodri ¿no te importa?

—No, ve tranquila, me cae genial.

—Si tú no quieres...

—Ni se te ocurra... ¿y Andrés? ¿qué pasa con él?

—Baah esta con las misma ni caso, ni nos vemos, como la última vez Lucy y yo sinceramente ya paso.

—Bueno hablaremos el viernes ¿saldremos a cenar?

—Yo no, me vuelvo a Roma.

—¡Joder Katy! —contestamos las dos a la vez. Al final quedamos para el viernes Beca y yo, donde siempre y como siempre. << Hola rutina, ven a mí>>.

Después de comer en una taberna de lo más *cool* me dirigí a casa, para dejar las miles de compras que había realizado y recoger algunos bocetos para la clienta de mi hermano, volví a salir a la calle en dirección a la oficina.

Entré en el despacho a tiempo, antes de que llegaran los clientes. Les presenté los bocetos de lo que serían las suites de lujo, las suites básicas y las habitaciones simples. Les encantó el resultado.

—Es mejor de lo que pensaba —se quedaron las primeras propuestas con algunos cambios que integraron.

—Entonces, ¿dices que todo tendrá la misma armonía?

—Si eso es, todo el hotel tendrá la misma concordancia, las habitaciones simples serán iguales, habrán cambios en los colores, claro no serán exactas, pero las suites de lujo serán las únicas diferentes ¿ves? —les pasé cuatro láminas —estas serán las cuatro, todas diferentes y temáticas ¡claro!

—¿Y las suites normales?

—Digámoslo así, al ser seis serán de dos en dos los diseños —después de explicarlo todo una y mil veces, me felicitaron y me encargaron la recepción, el spa, la sala de actos y la discoteca. Por suerte el restaurante lo hacia una empresa especializada. Mi hermano estaba muy orgulloso de mí.

—Nenita nos has agrandado el proyecto, no sabes cómo están de

alucinados contigo.

—¿En serio?

—Sí, me han dado unos proyectos más y quiero que trabajes conmigo.

—Pero Tete...

—¡Pero nada! tú no sabes lo que es esto para tu carrera.

—Pues...

—El viernes nos vamos y el sábado hablaré con nuestro padre a ver que hacemos contigo, él te necesita pero yo... ya ves, eres indispensable, mi socio está flipando y se muere de ganas por conocerte.

—Vaya que bien, espero gustarle.

—Seguro.

Nos despedimos en la puerta y lloriqueé como una niña. Quería salir con mi hermano por Madrid pero tenía muchísimo trabajo, así que sin más me encaminé por la calle Velázquez mirando el móvil distraída. Tenía tres llamadas de Cristian y un mensaje.

Cristian

Lucía por favor déjame que diga,

lo mucho que siento ser un idiota,

darte las gracias por todo y

pedirte perdón. Te quiero nena

por favor dame una oportunidad.

No contesté ni pensaba hacerlo. Entré en una tienda enorme de ropa interior, una de mis favoritas: LA PERLA y claro está, me compré dos

saltos de cama, una bata nueva y tres conjuntos de ropa, más un par de braguitas sueltas, varias medias y algunas ligas negras preciosas que me enamoraron al momento.

Después me dejé guiar por el olor a café recién hecho. En la esquina de enfrente había un Starbucks, me relamí y fui en busca de mi café *mocka*. Salí con mi maravilloso café en mano y mi móvil en la otra, iba wasapeando con Beca sobre qué ponerme esa noche, cuando me choqué con algo.

—Perdón —dije sin mirar y ni siquiera aminorar la marcha.

—Lucía —levante la vista y vi a Robert mirándome.

—Hola —abrí los ojos por la sorpresa.

—¿De dónde vienes?

—De ver a mi hermano —dije dando un sorbito a mi café.

—¿Has estado de compras? —dijo mirando mi bolsa y dejando ver un amago de sonrisa.

—Sí, de pasada...

—Ya, puedo ver.

—Tengo que irme.

—Siempreeee, siempreeee tienes prisa —sonó mi teléfono al mirar vi que era Cristian y lo guardé rápidamente “veloz”.

—¿No lo coges? —dijo serio.

—No, me voy —dije intentando reanudar mi camino.

—Ssh... quieta ahí —se puso delante de mí — ¿quedaremos esta noche?

—Sí, ¿a qué hora?

—A las nueve y cenamos. ¿Qué te parece?

—Mejor a las diez, ya vendré cenada de casa.

—¿Ahora qué pasa?

—No pasa nada, solo que me ciño a las normas, no tiene lugar el que cenemos cuando solo nos une un mismo objetivo <<fornicar como monos>>.

—¿Eso quieres? ¿Lo quieres así?

—Yo sí Robert ya te lo dije, creo que quedó muy claro.

—Vale, genial pues a las once entonces.

—Perfecto.

—Genial.

Dios que conversación me ponía de los nervios. Escuche mi teléfono y lo cogí era mamá.

—Hola mami, espera un momento... Nos vemos, hasta luego —le dije a Robert, seguí mi camino dejándolo con tres palmos de narices.

—Hija que alegría, me ha llamado el Tete y me lo ha contado todo.

—Sí mamá, es muy buena noticia.

—Sí, papá esta muy orgulloso de vosotros.

—Ya será menos...

—¿Vendréis el sábado a comer?

—Si mañana.

Después de charlar durante todo el camino hasta la misma puerta de casa

con mamá y decirle que quería paella para comer por fin conseguí colgarle el teléfono. No es que no la quisiera, es que siempre estaba igual, hija come más, hija ten cuidado con los hombres, hija Cristian es majo es.... ooh no sé qué le dio a mi madre pero estaba tan colgada de él como yo. Lo quería olvidar para siempre, él tenía razón éramos muy distintos y queríamos cosas diferentes en la vida. Él quería tener una familia y vivir tranquilamente y yo quería triunfar en mi carrera y decorar las mejores salas y casas de medio mundo, definitivamente no éramos compatibles.

Si a eso le sumabas que desde el primer día se avergonzaba de mí...no tenía sentido continuar con lo nuestro.

Mi hermano se fue a cenar con unos amigos a las nueve mientras yo me estaba arreglando con esmero. Robet quería normas, solo quería sexo... pues sería lo único que obtendría de mí. Me embadurne en crema y me coloqué mi nuevo conjunto. Era de encaje y cuero conjuntado con ligas y medias. Me ceñí en un vestido negro que era más corto que largo con un pronunciado escote delante y que dejaba ver mi espalda al descubierto.

No tuve que esperar mucho, cuando bajé él ya estaba ahí.

—Estás preciosa —le besé en la cara.

—Gracias tu también estas muy guapo —nos sonreímos.

—A ver ¿dónde me vas a llevar?

—Ya te lo imaginarás... es un local de intercambio de parejas, si quieres también hay cuartos oscuros y camas redondas.

—Aah —dije alargando la vocal.

—Podemos solo mirar o hacer que nos miren, no te pongas nerviosa no dejaré que nadie te toque.

—Estoy bien, vamos a ver qué tal, pero no te prometo nada, si veo que no me gusta me marcharé en taxi.

—¿¡Qué!?

—Pues eso... que si decido marcharme lo haré sola, tú te quedas y disfrutas ¿vale?

—Si vamos juntos, venimos juntos.

—Como quieras, no pienso discutir, solo espero que no me dejes sola y que si te apetece hacer algo que yo no desee, espero que seas sincero.

—Siempre soy sincero y tranquila, que ni con agua caliente me podrían apartar de ti.

Al entrar como me imaginaba lo reconocieron en la puerta. Conforme subíamos las escalas con forma de caracol e iluminadas por unas lucecitas blancas, pude ver como el sitio aunque fuera un antro de perversión tenía mucha clase.

Una vez dentro me encontré con un local con pinta de pub, de lo más normal: una barra al fondo, sillones con mesas, algunas altas rodeadas por taburetes y otras más bajitas. La decoración era en tonos negros y dorados y la música no estaba para que la gente pudiera charlar <<vaya tertulias se montaban aquí>>. No noté nada extraño, alguna mirada, pero lo cierto es que no había gente vestida de cuero, dando latigazos a diestro y siniestro <<solo en mi mente calenturienta>>.

—¿Ves cómo te miran? Quieren follarte cielo.

—Calla —dije bajito, él pidió unas copas mientras que yo me acomodaba en la barra.

—Me muero por ver lo que llevas debajo de esa ropa.

—Cuando lo veas sí que te vas a morir —arqueó una ceja y se acercó a mí mirándome los pechotes.

—¿Llevas ligas? —dijo amasando mis muslos.

—Sí —ronroneé como una gatita.

—¡Joder! Te libras porque quiero presentarte a unos amigos.

—¿Amigos? —dije tragando como podía.

—Sí, Lucía unos amigos con los que aparte de trabajar venimos aquí a follar.

—¿Pero lo hacéis juntos?

—No, los tíos no me van, pero hemos hecho algún trío.

—¿Entonces no te importaría que yo me acostara con otro? —volvió a mirarme directamente a los ojos y vi duda en ellos.

—Supongo que no, no tendría que ser así —confesó con el ceño fruncido.

—Entonces para que me quede claro, si me gusta un amigo tuyo...

—No, no te equivoques ¡niña! Estás conmigo.

—Ya lo sé, tranquilo me refiero que si me gusta un amigo tuyo, nos acostaríamos los tres.

—No, te equivocas hemos venido a mirar o a que nos observen —sus palabras me tranquilizaron, pero no le daría el gusto de que lo notara.

—No quiero saber más —le dije prestándole atención a mi copa.

Llevaba dos copas y el ambiente me parecía ya otra cosa, las miradas no me molestaban y la gente era muy respetuosa.

—Mira ahí están —vi que saludaba.

—Marc tío —dijo Robert, sentí un vuelco en el estómago y dejé de respirar.

—Esta es Lucía —al girarme me encontré con mi hermano... creo que me estoy mareando.

—¡Hijo de puta! —le dijo mi hermano a Robert al tiempo que me levantaba del brazo.

—¿Qué haces? —le dijo Robert.

—¿Que qué hago? ¿Que qué hago? ¡Apartar a mi hermana de ti! Y tú... — me levantó un palmo del suelo —te vas a enterar.

Salió conmigo a empujones.

—El coche —le dijo a un chico de la entrada.

—¿Tu hermana? —dijo Robert que venía a nuestro lado.

—Si cabrón, esta es mi hermana.

—Tete me haces daño.

—¡Cállate! ¡ni hables!

—Tío yo no sabía que era tu hermana.

—No joder, pues se llama como yo ¡Barrat! ¿A cuántas Lucía Barrat conoces?

—A ninguna tío de verdad —decía nervioso — ¡Joder!

—¿Es a ella a quien querías presentarme? ¡Joder! a mí hermana, a mi jodida hermana le he mirado el puto culo ¡por tu culpa!

—De verdad Marc.

—Que no Tito —ahí me encajo todo, él era el famoso Tito <<me cachis>>
—. ¿Qué le querías meter a mi hermana ahí? para que se dejara... mira te parto la cara —dijo encaminándose hacia él.

—¡Tete vale ya! he querido venir yo...

—Cállate que te doy una ostia que la vas a tener que compartir con tus

amigas.

—Pero Tete...

—No te acerques más a ella, te lo advierto Robert.

—¡Tete vale!

—¿Te has follado a mi hermana? —«Niégalo por tu madre» rezaba para mí.

—Yo no sabía que era tu hermana —«¿Hola? ¿Por qué no lo niegas?».

—¿Has pegado a mi hermana?

—No no, tío.

—Me cago en tu puta madre.

—Vale ya no soy una niña, hago lo que me da la gana.

—Es un depravado ¡joder!

—Igual que tú —grité histérica, vi que levantó la mano «Dios me va a pegar». Cerré los ojos, pero el bofetón no llegó, se interpuso Robert protegiéndome con su cuerpo.

—¡Ni se te ocurra! —le dijo poniéndose como él, los dos se encararon.

—¿Qué dices? —dijo Marc confuso.

—Que no la vas a tocar.

—Yo no quería —movió la cabeza de lado a lado—. Lucía tu sabes que yo... nunca te pegaría, perdóname.

—Lo sé Tete, lo sé pero tranquilízate.

—Tío dime que no es mi hermana con la que has estado estos días —

Robert no contestó—. Es ella ¡joder! No...

—Lo siento Marc, no sabía nada.

—Y si lo hubieras sabido ¿qué eeh?

—No hubiera pasado.

—Y una mierda.

—Yo tampoco sabía que erais amigos.

—Amigos y compañeros de trabajo —<<muerta moría me quedé>>.

—¿¡Qué!?

—Sí, Lucía sí —dijo mi hermano serio—. Pues bien ¿no querías conocer a mi hermana? —le dijo a Robert—. Toma, aquí la tienes y no quiero que te acerques más a ella —me cogió del brazo y me metió en el coche—. Espero que esto se acabe aquí y ahora —miré a Robert a través del cristal, él también me miraba mí.

Mi hermano no me dirigió la palabra en todo el camino y al llegar a casa, me fui directa a la habitación.

Robert a Lucía

¿Cómo estás? ¿Te ha dicho algo?

Lucía a Robert

No, está todo bien tranquilo, mañana te llamo.

Me fui a la cama maldiciendo mi estampa y la hora de mi nacimiento.

La mañana empezó tal y como acabó. Ni mi hermano ni yo fuimos a trabajar, nos quedamos en casa prácticamente sin hablarnos. Yo recogía mis cosas cuando el entró...

—Lucy siento lo de ayer, no me lo esperaba y...

—Ya Tete no pasa nada, nunca he ido a un local así, ni nada por el estilo.

—¿Él te ha pagado?

—No me ha pegado ¿por qué dices eso?

—Joder es un puto pervertido y tú no eres así ¿o sí?

—No, conmigo no ha sido un pervertido ni nada de eso te lo juro.

—Entonces no te ha tocado —suspiro aliviado.

—Si por pegar te refieres a algún cachete... —sin darme cuenta se me escapo la risa, mi hermano me miró furioso pero poco a poco se fue relajando.

—Me cago en su vida —dijo mientras se reía—, lo voy a matar.

—¿Tete?

—A ver esto no es facial para mí, porque sé quién es y qué cosas hace y que se acerque a mi hermana no me hace gracia.

—Está bien, me parece bien.

—¿De verdad?

—¡Claro Tete! De verdad si no quieres que lo vea más... no lo veré —
<<mentira mentirón>>.

—No... yo... ¡joder! Necesito asimilarlo —dijo saliendo de mi habitación.

Recibí un mensaje de Beca comunicándome que había tenido problemas con el dichoso Andrés y que el sábado salíamos.

<<Pues sí que estamos apañadas>> pensé.

Salía ya con las maletas arrastrándolas cuando escuché hablar a mi hermano.

—Está bien, si tío, de verdad, ojo te lo digo de verdad, guarda esa mano con mi hermana o te mato —después se rió.

—Tete ¿nos vamos?

—Si un momento, ve bajando.

Al montar en el coche me dijo las palabras más bonitas que un hermano le puede decir a su hermana.

—Tú eres la niña de mis ojos Lucía y no tengo ningún derecho a meterme en tu vida, perdona mi comportamiento de ayer, se me fue la cabeza. Si quieres verte con él... yo no diré nada, a él ya le he dicho lo que le tenía que decir. Tú eres mi princesa y por ti sería capaz de cualquier cosa, no dejaré que sufras ¡nunca! siempre me tendrás, te quiero por encima de todo... y yo... solo deseo verte sonreír hermanita. Y que conste que a él le he dicho que no me importaría pagar con cárcel si es por defender a mi hermana.

Con esas palabras me hizo llorar. Mi hermano es el verdadero hombre de mi vida.

Pasamos todo el día en casa de mis padres, encantados de tenernos con ellos. La idea de trabajar en Barcelona y Madrid les pareció genial a los dos. Mi hermano les convenció de que sería un impulso a mi carrera y sobre todo para las empresas que yo hiciera esos proyectos, era un trabajo muy complicado y que no se lo daban a cualquiera. Mis padres obnubilados por las cosas que explicábamos se deshicieron en halagos con sus dos queridos hijos. Nos costó sudor y lágrimas salir de casa de nuestros queridos papás.

La cena con Beca fue de lo más movidita. Después de contarnos mutuamente los cambios de nuestra vida y contarle el encontronazo con mi hermano y que ella se atragantara de la risa, me dijo que había dejado a Andrés para siempre, que él estaba con otra y ella con Rodri y que para

colmo estaba deseando tirarse a mi hermano... íbamos muy borrachas.

—Vaya tela que tu hermano se pusiera así tía, cuando a mi me ha dejado el culo como un tomate.

—Aggggg no me cuentes las cosas que te hace mi hermano por favorrrr — dije bailando al ritmo de un tal David Gueta. Nos habíamos metido en un local de house, estábamos rodeadas de moscones y para colmo borrachas hasta decir basta.

—Concurso de chupitos —grité—, tres de tequilas y dos de melocotón.

Una vez nos hartamos de beber decidimos volver para a casa, íbamos muy borrachassss.

Nos montamos en un taxi, los últimos chupitos acabaron con mi cordura el taxista lo paso fatal con nosotras, con las barbaridades que decíamos el pobre hombre no sabía done meterse.

—Pues tu hermano una vez me obligó a hacerle una garganta profunda — dijo ella muerta de la risa— y me dio tanta fatiga que vomité.

—No —dije riéndome como una loca.

—Si tía y con lo asqueroso que es vomitó también.

Bajamos del taxi como pudimos mientras el taxista suspiraba aliviado.

Las dos estábamos en el ascensor riéndonos como cosacas, tardé una eternidad en sacar las llaves y en llegar a nuestra planta. Cuando conseguí entrar no encontré la luz, las llaves se me cayeron.

—Las llaves tonta —dijo Beca al mismo tiempo que nos agachábamos las dos ``click`` colisionaron nuestras cabezas cayéndonos al suelo, no podíamos dejar de reír.

—Para tía que me meo —le decía yo con un ataque, no podía dejar de reírme, ella cerró la puerta de una patada.

—El recibidor da vueltas Becaaa...

—Ya, lo tendrás que cambiar.

—No puedo levantarme —me reí — nos quedamos aquí.

—Vale, se te ven las bragas tía.

—Y a ti cerda.

—Una pregunta Lucy.

—No, más no.

—A ver dime ¿quién la tiene más grande Robert o Cristian? —me reí.

—Que cerda llegas a ser...

—Cerda no tía, soy curiosa.

—Más o menos —dije sin darle importancia.

—Vengaaa seguro que los dos son dos pollones andantes.

—Sí, a lo mejor Robert la tiene un poco más gorda —volví a reírme — ¿y quién la tiene más grande Andrés o Rodri?

—Tu hermano nena.

—Nooo —lloriqueé —deja a mi hermano yo lo recuerdo cuando la tenía como un ganchito.

—¿Ganchito? —se rió— Si la tiene de tres palmos.

—Venga va, mañana le digo que me la enseñe.

—Calla loca, entonces ¿Robert le va durito como a tu hermano?

—Si bueno...

—Dime nena que no pasa nada, yo te he contado todas las perrerías que me ha hecho Marc.

—Calla, calla.

—Dímelo —dijo quejica.

—Bueno me ha dado algún cachete, pero poca cosa.

—Ya se soltará...

—No creo... mi hermano casi lo mata, ese no se acerca a mí a menos de dos metros, venga va vamos a dormir.

—No puedo ponerme en pie.

—¡Joder! ni yo, iremos a gatas —entre risas y cachondeo entramos en el comedor a cuatro patas; me choqué con unas bambas que dentro tenían unos pies, lógicamente...

—Ooh ooh —dije mirando hacia arriba y viendo los ojos de Cristian clavados en mí, detrás mi hermano.

—Marc —gritó Beca chocándose contra mi culo.

—¡Levantaros!

—Sí —dijo Beca a mi hermano tambaleándose.

—Yo no puedo, así que iré así que tengo el punto de gravedad un pelín más bajo y la dignidad al mismo nivel.

Cristian me levantó en volandas dejándome en el sofá. Beca intentaba sentarse y quitarse los zapatos, todo un espectáculo verla.

—¿Que haces en mi casa?—le dije a Cristian.

—Ver el partido con tu hermano, estábamos esperando a un tal Robert.

—¡Que! —abrí los ojos reprimiendo una arcada— Joder —levanté mi mano—, pírate.

—Ni caso Cristian —le dijo mi hermano.

—Ya, que caso le voy a hacer viniendo como viene.

—Quiero agua —dije muy repelente, Cristian me dio un vaso.

—Merci —puse cara de asco.

—Tío quédate con mi hermana yo voy a llevar a Beca a su casa.

—Está bien.

—Tete no le pongas el culete rojo que es mi amiga —mi hermano se cargó al hombro a Beca, parecía un hombre de cromañón.

—Tranquila.

—Lucy —gritó Beca del revés—, me va a zurrar —se rió.

—Como lo sabes... —contestó él.

—Bueno mientras no le pidas una garganta profunda —mi hermano me fulminó con la mirada y le dio un cachete.

—Chivata —se cerró la puerta detrás de ellos y Cristian y yo nos miramos.

—Ya te puedes ir.

—No me voy a ir y dejarte sola.

—¡Sola!, ahora me saltas con esas, ¿cuándo te ha importado a ti dejarme sola?

—Lucy.

—Lucía para ti, yo me voy a la cama —dije intentando ponerme en pie.

—Espera —le escuché decir mientras me levantaba, lo abracé y su olor me invadió.

—Cristian —susurré en su cuello.

—Dime.

—¿Por qué has sido tan malo? —Le pregunté casi a punto de perder la conciencia.

*A donde el corazón se inclina,
el pie camina.*
Refrán

CAPÍTULO 22

Ahora que me has perdido

Desperté el domingo con olor a café y un tremendo dolor de cabeza, casi no recordaba nada de la noche anterior. Tenía imágenes fugaces de entrar a gatas en el comedor y encontrarme con mi hermano y Cristian. Después él y yo besándonos en la cama.

—Aixx —me quejé al intentar ponerme en pie. Dos truenos estallaron en mi cabeza, me volví a dejar caer en la cama presionando mis sienes—. Ooh Dios —después de hacer la croqueta durante diez largos minutos pude dirigirme hacia el lavabo.

Durante un largo rato me miré en el espejo del cuarto de baño y vi que iba desnuda tal como mi madre me trajo al mundo.

—¡Ay Dios mío! ¿Qué he hecho?... —Sentí ganas de vomitar, no podía creer que me hubiera acostado con Cristian <<menuda borrachuca estaba hecha>> No podía ser, no podía estar acostándome con dos hombres <<¡que me detengan! Soy veneno>>. Ahora sí que soy una “perri”. Me lavé la cara y me puse una bata gris clarita, mi aspecto no había mejorado mucho, pero al menos no tenía churretes de rimel por toda la cara. Salí al comedor estaba todo en silencio, asomé mi cabeza por el marco de la puerta — menos mal —susurré. Cristian ya no estaba, o al menos eso parecía.

No podía mirarlo a la cara, estaba en el la terraza tomándome un café cuando sentí la puerta cerrarse.

—¡Tete estoy fuera! —Sentí unos pasos detrás, Cristian se sentó frente a mí—. Joder, que susto — susurré.

—Buenos días —sonrió.

—Buenos días, ¿qué haces aquí? —me miró.

—¿Dónde quieres que esté nena?

—No sé, pero no en mi casa.

—He traído comida, he pensado que tendrías hambre y que no te encontrarías muy bien.

—Gracias, pero no hacía falta.

—Tenemos que hablar.

—No creo que tengamos que decirnos nada.

—¿Todavía sigues con eso?

—Sí, no estamos juntos y no quiero que...

—¿¡Me lo dices ahora!?! Porque ayer estabas encantada de estar conmigo y dejar que te follara —abrí la boca y controlé mi palabrería.

—Eso está fuera de lugar, ayer yo estaba algo perjudicada<<por no decir muy pero que muy borracha >>.

—Sí, muy borracha pero dijiste que me querías.

—Pues no te quiero, mira... el mito de los borrachos ha fallado...

—¡No te creo!

—Pues peor para ti...

—Dime que es lo que tienes con ese Robert —apretó los dientes.

—A ti no te importa —miré en otra dirección, me sentía muy incómoda en esta tesitura.

—Claro que me importa Lucía ¿qué tienes con él? Te ha llamado tres veces y bien sabe Dios que no lo he cogido por respeto a tu hermano y a ti.

—¿Qué haces tú con mi móvil?

—Nada no hago nada, solo lo he mirado por si era importante...

—Bueno... gracias por todo pero...

—No me voy a ir hasta que me lo aclares todo. ¿Qué tienes con ese? ¿Y qué tenemos nosotros? —nos señaló con un gesto de manos—. Yo te quiero mi vida y no me has dado ni una oportunidad, para solucionar las cosas, sé que... la cagué, que lo hice fatal...

—¿En serio me lo dices? —giré mi cara hacia otro lado.

—Sí, a la primera de cambio me dejaste tirado.

—Eso no es cierto, me dejaste tú y para colmo metiste a otra en tu casa y en tu cama, me echaste de malas maneras, me insultaste y me trataste fatal — grité antes de romper en llanto.

—Yo quiero arreglarlo nena, te necesito.

—No, puede ser.

—¿Y es por ese?

—No, no es por él.

—¿Lo quieres?

—No.

—Entonces... ¿qué haces con él?

—¿De verdad quieres saber lo que hago con él? —Él asintió con un gesto de cabeza y yo estallé sin controlar ni mi lengua ni el llanto—. Con él follo como un animal, me hace sentir bien, me hace ser libre, sin tener que

dar ninguna explicación y mucho menos me hace sentir sucia como tú hiciste conmigo —se quedó en silencio unos segundos y pude ver como el rostro se le contrajo.

—¿Estás haciendo tu vida?

—Sí, hago lo que me dijiste...

—Está bien Lucía, ahora sí que lo tengo claro.

—Me alegro, Cristian de verdad.

—¿De verdad? ayer me dijiste que me querías más que a tu vida, que me habías echado de menos y que te follara hasta partirme en dos, no me dejaste que te hiciera el amor solo querías sexo... es eso lo que tienes con ese mal nacido, ¿verdad? —se puso a mi lado y se acercó a mi oído —si es eso lo que quieres y lo que tienes espero que lo disfrutes.

—¿Eso haré?

—Desde hoy te borro de mi vida Lucía ¡has sido un error en mi puta vida!

—Lo mismo digo —entró en el comedor como un loco.

—¿Qué haces? ¿qué buscas? —dije al mirarlo, estaba en el comedor como un poseso.

—¡Aléjate! te lo advierto.

—¿Qué haces? ¡Estás en mi casa! Vale ya por favor, vete.

—Toma —me tiró una caja con tanta fuerza que rebotó contra la puerta de la cocina.

—¿Qué haces?

—Dejarte, olvidarte para siempre, mira tú por donde, solo has sido un rollo de mierda.

—¿¡Un rollo de mierda!?

—Sí eso has sido, cógelo y míralo... piensa también en lo zorra que eres. Pensé que eras diferente pero eres una zorra más y encima fría —me arrodillé a coger la dichosa caja, era una cajita blanca con el símbolo de Suárez, sentí que me moría al abrirla, dentro había un anillo de oro blanco con un brillante engarzado, era el anillo más bonito del mundo.

—Cris...

—¡Ni me nombres! no me digas nada, no quiero escuchar tu jodida voz, no quiero verte en mi vida.

—Toma —se la devolví dejándola en la barra de la cocina, él la cogió entre sus manos y vi que estaba llorando, intentaba aguantarse las lágrimas pero no lo conseguía. La guardó en su bolsillo.

—Está bien, ya se la daré a quien se lo merezca, porque tú tienes lo que mereces; vas acabar sola, eres una...

—Una zorra.

—Ya lo has dicho tú —me di la vuelta para no verlo y poco después sentí la puerta de casa cerrarse.

Después de eso quería morirme, en todo el día no cogí el teléfono ni tampoco salí de la cama; solo quería dejar de sentir dolor, de dejar de sentirme hecha una mierda, no pude conciliar el sueño.

Como ya era costumbre en mi vida estaba haciendo la maleta, tenía puesta la música bastante alta para no escuchar las llamadas de Cristian, tenía más de cincuenta llamadas de él y me estaba volviendo loca. Entró mi hermano en la habitación.

—Lucía baja la música ¡ya! Y acaba de recoger ¡joder! Que perdemos el avión.

—Voy, dame dos minutos y salgo.

Bajábamos en el ascensor cuando mi hermano me preguntó:

—¿Has hablado con Cristian?

—No quiero hablar.

—Oye que soy yo —recalco algo molesto.

—Ya Tete, pero no quiero ni me apetece, dame unos días que asimile todo lo que ha pasado.

—Está bien.

—Dime una cosa —me paré en el portal delante de él—, ¿qué escuchó exactamente? —Él puso los ojos en blanco.

—Todo Lucy, t- o- d- o.

—Ooh —exclamé aturdida.

—Me dio mucha pena, él me enseñó el regalo, ¿sabes?

—Ya, dejémoslo por favor, no me encuentro bien.

Mientras esperábamos el taxi vi venir a Beca corriendo como una loca.

—Lucía —gritó desde la otra esquina de la calle, mi hermano y yo nos paramos en seco y nos miramos alarmados. Ella se detuvo delante de nosotros algo fatigada y apoyó sus manos en las rodillas recobrando el aliento.

—¿Qué pasa? —preguntó Marc.

—Lucía tienes que venir... Cristian, es Cristian...

—¿Qué le pasa? —Me alarmé.

—Está muy mal desde ayer, ¿qué coño os pasó?

—Nada.

—Tienes que venir lleva desde ayer por la mañana de bar en bar...

—¿Qué?

—Como lo oyes Rodri y Peta esta mañana lo han metido en su casa y ahora está algo mejor pero... tienes que venir —miré a mi hermano.

—Ve tranquila, te espero en Madrid mañana.

—¿Seguro Tete?

—Sí tranquila, tienes el trabajo muy adelantado y...

—¿Solo trabajo?! —Exclamó Beca—. És su vida Marc, no seas frívolo — se retaron con la mirada .

—Lucy ve, él te necesita y bueno... tú le quieres ¿mejor así? —Dijo a Beca.

—Sí —le di la maleta a mi hermano y las dos nos pusimos a la carrera ya que ella tenía el coche aparcado al final de la calle. Cruzamos Barcelona en tan solo unos minutos.

—Lucy no se lo que te encontrarás cuando lleguemos, pero yo cuando he ido en tu busca estaba bastante mal.

—¿Mal? En qué sentido.

—Mal no sé... —hizo una exclamación con las manos— aparte tiene la cara como destrozada —abrí los ojos—. Sí, ayer se peleó con alguien...en las condiciones que estaba... vete tú a saber — tras esas palabras nada reconfortantes me dejó en la misma puerta de Cristian, subí las escaleras de dos en dos, mientras Beca aparcaba su coche.

Llamé bastantes veces a la puerta sin que nadie me abriera.

—¡Abrirme! —Grité estaba nerviosa, tenía miedo y me sentía mal. Abrió

la puerta Paula <<su cara lo decía todo>>.

—Lucía, ¿has venido?

—¿Dónde está? —Dije sin saludarla y entrando en el comedor.

—En el lavabo, le han vuelto a dar una ducha, está... muy mal Lucy...

—¡Joder! —Repetía Rodri, estaba temblando y caminaba por el comedor como una fiera, dando vueltas en círculos.

—¿Qué ha pasado?

—No lo sé ni yo Lucía, lo dejé un momento y... — vi que salían con él y que lo sentaban en una mesa, me acerqué a él como si fuera a comérmelo, tenía una ceja partida y un morado en el mentón.

—Cristian —dije con voz temblorosa.

Estaba recostado en la silla con la cabeza levemente apoyada en el respaldo y sus brazos lánguidos caídos cada uno al lado de su cuerpo, tenía los ojos cerrados.

—Cristian —dije apoyándome en sus piernas.

—Nena —susurró—, estás aquí.

—Sí joder, estoy aquí —él abrió despacio sus ojos y sonrió, después los volvió a cerrar. Peta que estaba a su lado mirándome con cara de pocos amigos me dijo en tono seco:

—¿Te puedes apartar ? lo tenemos que volver a duchar.

—Paula, prepara café — gritó Rodri mientras ellos tiraban de él hasta volver a meterlo en la ducha. Yo me quedé de pie en el mismo sitio, poco después lo volvieron a sentar algo más despejado.

—Nena —intentó cogerme de la mano.

—Sí estoy aquí —me arrodille entre sus piernas mientras con sus dedos me cogió un mechón de pelo y se mordió el labio.

—Dime ¿qué quieres? —Se interpuso Rodri dándole un café—. Bebe — le dijo mientras a mí me dedicaba una sonrisa de apoyo, entró Beca y lo besó.

—Rubia —le dijo Cristian—, me la has traído.

—Sí, aquí la tienes.

—Tú eres buena —dijo él mientras reprimía arcadas por el café.

—Sí, soy buena y estoy muy buena —se burló ella.

—Sí, eso también —se rió.

—Anda bebe —me sentí desplazada y un mal bicho, ya no sentía que eran mis amigos, incluso Beca que ya estaba más integrada con ellos que conmigo... esa escena me dolía en el fondo de mi ser por lo que intenté apartarme pero Cristian apretó más mi mano.

—No te vayas, aún no...

—No me voy a ir, estate tranquilo —me solté de él y me acerqué a la ventana mientras me encendía un cigarro. Nadie me decía nada, solo Beca se acercó.

—Nena es normal, es su amigo y míralo... lo ha contado todo llorando como un niño —la miré.

—Está bien.

—Sé que es duro pero al igual que yo te defiendo a ti siempre y me dueles —se señaló el pecho— a ellos les duele él.

—Ya —bajé mi mirada.

—Si hubiera sido al revés, te aseguro que él no hubiera entrado.

—¡Estoy bien joder! —Gritó Cristian, intentando ponerse en pie. Caminaba en mi dirección y mientras se acercaba me temblaron hasta las rodillas. Conseguí apoyar la espalda contra la ventana y miraba de reojo a Beca, ella sonrió de lado, las dos lo mirábamos atentamente. Venía despacio hacia nosotras con la mirada clavada en mí. Se paró a dos escasos pasos, en sus labios vi que decía ``nena`` pero sin voz, Pasó una mano por mi espalda en dirección hacia el culo y me levantó apoyándose en la ventana, mis piernas se enredaron en sus caderas sin dejar de mirarlo.

—Cristian —dijo Peta a su espalda.

—Largo —exclamó con la voz rota—. ¡Largaros todos!

—Cuidado —le dijo Beca acercándose a él y pasándole una mano por el pelo, mientras a mí me miraba nerviosa. Le hice un gesto para que se marchara tranquila y antes de escuchar la puerta cerrarse Cristian ya me estaba besando, como solo él sabía. Me introdujo la lengua hasta casi ahogarme y me acercaba más a él.

—Te necesito y te odio nena—dijo contra mi boca.

No le contesté con palabras, pero sí con mi cuerpo enredándome a él y besándolo con la misma pasión. Caímos los dos lentamente hasta quedarnos en el suelo en la misma posición.

—Te necesito Lucía, déjame que te haga el amor —abrí los botones de mi blusa bajo su atenta mirada, después de desnudarme le obligué a sentarse en el suelo y me coloqué encima suyo.

—El amor esta vez te lo voy hacer yo —dije antes de introducir su pene en mí. Él gimió de placer mientras me abrazaba y yo me mecía encima suyo frotando nuestros cuerpos.

Quería fundirme con él lo amaba tanto que era insoportable. Enseguida nos llegó a los dos el orgasmo y mientras sucumbíamos al placer más absoluto llorábamos abrazados.

—No llores Cristian.

—No lloro, cariño —escondió su cara en mi cuello y lloró con fuerza mientras le acariciaba el pelo y su espalda fuerte y torneada.

Después de una ducha le preparé unos bikinis y le serví una Coca-Cola, él solo llevaba unos pantalones de fútbol de la súper world blancos que resaltaban con lo moreno que estaba, y yo un camisón de encaje color tierra, que tenía en mis cajones, coloqué la bandeja delante de él.

—Come —lo miré a los ojos.

—Solo tengo hambre de ti.

—Si te lo comes todo seré tu postre —los dos sonreímos, yo miraba como él comía y mientras no apartaba su mirada de mí.

—¿Tanto daño te hice como para no poder perdonarme?

—Sí Cristian, ni te lo imaginas.

—Pero yo... ¡joder! Estaba drogado, no era yo y ahora... estás con otro...

—Me dirás que tú y esa fulana no habéis tenido nada —él se sorprendió ante mi respuesta y no contestó.

—Lo ves, tú estás con otra.

—Yo no estoy con nadie.

—Ni yo.

—Tú tienes a ese tal Robert, ¿no?

—Yo no estoy con él.

—¿Entonces?...

—Entonces nada, mira hoy será para nosotros dos, después me iré y cada

uno hará su vida.

—Nena yo...

—No, no digas nada, tú antes que yo rehiciste tu vida, así que no me sermonees...

—Pero...

—Es lo que hay, lo tomas o lo dejas.

—Está bien Lucía, esta noche será nuestra.

Después de pasar toda la noche juntos haciéndonos el amor entre lloros y algún que otro reproche nos despedimos en la estación de SANTS, no había vuelos así que tuve que coger el Ave.

—Nena antes de que te vayas déjame decirte que...

—No digas nada por favor, no lo hagas más difícil.

—Pero nos queremos —repuso molesto.

—A veces el querer no lo es todo... y yo... yo necesito tiempo.

—¿Vendrás a Barcelona más veces?

—Sí.

—¿Me llamarás?

—No lo sé.

Después de un largo beso nos despedimos con un abrazo. Llevaba casi dos horas en el Ave y estaba revisando mis correos cuando me llamó mi hermano.

—Tete.

—Lucy ¿llegas en una hora verdad?

—Sí.

—Vale, estaré esperándote en la estación, viene Robert conmigo.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Dice que lleva todo el fin de semana llamándote y que no le coges el... ¡que sí joder Robert! que se lo digo.

—¿Qué dices?

—Nada, Robert espera... te lo paso.

—¿Por qué? Nooo— alargué la frase.

—¡¿Por qué no me coges el jodido teléfono?!

—Controla tu puta boca que es mi hermana.

Automáticamente colgué mi móvil, entre Marc y Robert peleando no me enteraba de nada y sinceramente no tenía ganas de hablar con él. Volvió a sonar.

—Lucy se ha cortado —dijo Robert.

—¿Qué quieres?

—Te llamo y no coges el teléfono, ni contestas a los mensajes.

—Será porque no he podido.

—¿Ah no, y que te tenía tan ocupada?

—Mira, déjame —volví a colgar y guardé el móvil en el bolso. Vi en su interior que llevaba la caja del anillo que Cristian me regaló. Mis dedos temblaban mientras lo abría, lo miré y volví a guardarlo, el teléfono no paraba de sonar; vaya viajecito.

Estaba saliendo de la estación y el puñetero móvil sonaba y sonaba y yo solo quería pisarlo y destrozarlo ahora mismo, odiaba ese dichoso aparato. Mi hermano corrió en mi dirección.

—¿Cómo ha ido?

—Bien...

—Hola Lucía —dijo Robert haciendo amago de besarme, reaccioné rápido dándole dos besos, él arqueó una ceja pero no dijo nada.

—¿Entonces bien?

—Mejor te cuento luego, no me encuentro bien.

—¿Contar el qué?

—Robert, ¿qué haces aquí? —Le pregunté molesta, me agobiaba su presencia.

—Yo quería verte, solo quería saber de ti.

—Estoy bien —le contesté seca <<cansino>>.

—Perdona, pero me da la sensación de que te estoy molestando.

—A decir verdad no es una sensación, lo cierto es que sí, me estas molestando —sin saber por qué estaba volcando mi ira hacia él.

—Yo no...

—Tú no nada, haz el favor de ceñirte a las normas o si no ya sabes lo que hay —él me miró sorprendido sin saber qué decir, se reflejaba en su rostro que eso le había cogido desprevenido y le había caído como un jarro de agua fría.

—Desde luego no sé cómo no he podido darme cuenta de que eras su hermana, sois jodidamente iguales —se dio la vuelta y se marchó en otra dirección, mi hermano intentaba contener la risa pero no lo conseguía.

—Joder hermanita, como te las gastas.

—Ya está bien, hoy tengo para todos —él levantó sus manos en señal de paz y calló.

Estaba poniéndome el pijama en mi habitación cuando escuché el timbre de la puerta, después unos pasos y a mi hermano.

—Tío yo no sé qué decirte... Mejor déjalo estar —me acerqué a la puerta y la abrí un poco.

—No sé qué decirte, yo no le he dicho nada.

—¿No le has dicho nada? ¿y por eso está así?

—No está así por mí, nunca me metería en su vida ¡joder!

—No ¡pues ya me dirás!

—Tío vete, que como salga y te vea...

—Eso quiero, verla.

—Será mejor...

—No me iré hasta hablar con ella y que me cuente qué cojones le he hecho para que me trate así —mi hermano lo miraba nervioso mientras se frotaba la nuca.

—No es por ti Robert —arqueó una ceja— és por su novio Cristian.

—No tiene novio.

—Es verdad ya no... pero han estado juntos dos días y...

—¿Cómo?

—Mira que te lo cuente ella, a mí no me metáis... Que yo sepa no tenéis nada y ella no tiene por qué darte explicaciones ¿no?

—Dile que salga.

—Está bien pero recuerda que es mi...

—Sí tu hermana, deja de repetirlo o vomitaré.

—Lucy —dijo con pesadumbre.

—Dile que se vaya, no pienso salir no quiero verlo.

—Sal ¡joder nena! Solo quiero verte— dijo Robert intentado entrar en mi dormitorio.

—Vete —dije desde el interior.

—No hasta que hablemos.

—Tete por favor —mi hermano me miró y salió de la habitación apagando la luz y cerrando la puerta.

—No va a salir, quédate el rato que quieras pero déjala tranquila... es muy cabezona.

—Ya como tú ¿no?

—Sí y no va hablar, mañana no saldrá en todo el día y además que es mejor así. Tú eres mi amigo y ella mi hermana, es lo que más quiero en este mundo y si le hicieras daño yo...

—Nunca le haría daño.

—Robert, nos conocemos desde hace mucho.

—Piensa lo que te dé la gana, pero ella no es...

—¿No es qué?

—No es nada. Me voy, ya hablamos mañana —dicho esto escuché unos pasos y la puerta cerrarse. En ese momento mi corazón estaba dividido en

dos... por mucho que me jodiera admitirlo, y entre llantos, no pude resistir el abrazo de Morfeo.

*De qué me sirve amar y dar vueltas como un loco,
si yo muero por ella y ella muere por otro.*

Anónimo.

CAPÍTULO 23

Dónde las dan las toman

Llevaba tres largos días sin salir de casa trabajando a destajo, menos mal que mi hermano entregaba todos los bocetos donde yo le decía; excusándome que estaba demasiado ocupada y necesitaba todas las horas disponibles para llegar a tiempo a los proyectos pactados. Lo tenía todo listo y perfecto, tendría cuatro días de descanso hasta empezar a pasar por las obras, me di una ducha rápida y me arreglé con un vestido liviano de color gris clarito de corte básico, un cinturón trenzado en las caderas a juego con unas sandalias de dedo negras y suela plana, cogí mi bolso y salí a la calle. El aire era caliente pero me sentó de maravilla, me encontraba perfecta.

Serena y relajada caminé sin rumbo por las calles de Madrid deteniéndome en los escaparates de las tiendas y dándome algún que otro caprichito, entre ellos un tejano pitillo color piedra de la Mosquino precioso, más roto que nada en el mundo y una camiseta negra de tirantes. Cogí el teléfono para llamar a Beca. Desde que salió de casa de Cristian no le había cogido ninguna llamada ni contestado a los mensajes.

—Menos mal que me llamas, si no es por tu hermano no sé nada de ti.

—¿Qué tal?

—Yo genial, me podrías decir qué pasa contigo qué te he hecho yo.

—Nada, solo que...

—Que estas encerrada en tu mundo ¿no?

—Sí, algo así...

—Bueno, yo genial tía.

—¿Con Rodri?

—Sí, con él.

—¡Me odia!

—¡Que va! te adora, a veces hasta me pongo celosa.

—¿Y Cristian?

—Está mejor.

—Me alegro. —Nos pusimos al día de todo y dejamos a un lado nuestras diferencias. Yo me alegraba que estuviera con Rodri, él era un amor pero yo sabía que ella estaba enamorada de mi hermano hasta decir basta. No lo podría olvidar jamás, aunque me juró que desde que estaba con él ni siquiera se acordaba de Marc, en fin... Nos reímos como siempre e hicimos las paces, mi vida volvía a ser como hasta antes del incidente de Cristian, sola y con mis amigas. De Katy sabíamos lo justo, que estaba saturada de trabajo y que no volvería de Roma hasta navidades. Lo único que nos contó en un escueto mensaje es que había conocido a un estupendo “machote” que le entretenía las noches.

Estaba llegando a casa y al entrar en el portal me crucé con el vecino de abajo, tras hablar con él unos minutos por fin llegué al piso. Al entrar en el recibidor de casa de mi hermano me encontré con Robert, Marc y Daniel.

—Lucy—dijo andando hasta mí abrazándome como siempre, me colgué de su cuello.

—Eres una mona.

—Hola nena —dijo Robert marcando territorio, mi hermano lo miró arqueando ambas cejas — ¿no me saludas? —caminé hacia él y pude ver su intención de darme un beso pero haciéndole la cobra le planté dos besos en la cara. Él me cogió de la nuca y me miró primero la boca y

después a los ojos.

—¿Lucy que haces esta noche? tengo entradas para...

—Esta noche —dijo Robert mirándolo muy mal— esta noche saldremos ¿no?

—No.

—¿No? —apretó la mandíbula e intentó cogerme de la mano.

—No empieces con tus juegos de palabras no quiero salir.

—Está bien —se mordió el labio.

—Te animas a salir a cenar y a ver el musical del Rey León.

—¿Qué dices? el musical ¡claro! vamos ¡venga! me cambio y...

—¿No has dicho que no querías salir? —repuso Robert viniendo hacia mí, Marc carraspeó.

—No quiero salir pero es el musical. Quiero verlo.

—Pues yo te llevo a ver el jodido musical —dijo desesperado.

—Oye tío ¿qué pasa? —dijo Dani.

—No pasa nada y no te metas donde no te llaman, solo quiero salir con ella esta noche.

—Ehh ya está, me voy con Dani te guste o no, es mi amigo.

—Haz lo que te dé la gana —me miró con desdén—. Marc ¿vamos al Suite esta noche?

—Venga —dijo con una sonrisa pícaro.

—Perfecto todo apañado.

—¿Apañado? —dijo mi hermano con una sonrisa.

—Sí, Dani me cambio en nada ¿vale?

—Vale.

Entré en la habitación. Después de cerrar la puerta me quité el vestido y me puse mis tejanos nuevos con una blusa negra ceñida y un escote de vértigo, dejé las pulseras de color plata y el collar, solté mi melena y me maquillé de nuevo marcando mis labios con el pintalabios rojo. En ese mismo momento entró Robert en el dormitorio.

—Lucía.

—Dime —dije abriendo los ojos y acabando de aplicar la máscara de pestañas.

—Te vas a ver un jodido musical con ese y me dejas plantado, te he dado tiempo y tú...

—¿Tiempo? pero ¿qué dices? son tus normas, no tengo que darte explicaciones.

—Lo sé por eso te digo que me voy al Suite y no te voy a contar a cuantas me follo ni como pienso hacerlo.

—Baah —cogí aire, mi corazón se paró por un instante—. Genial esa información me la trae al paio.

—¿Al paio?

—Si, yo tampoco te voy a contar como me follo a Dani —vengaaa donde las dan las toman—. No creo que esas cosas se las tenga que contar a un hombre con el cual follo de vez en cuando ¿no? —apoyó sus manos en la pica dejándome entre medio de ellas e intimidándome con su cuerpo.

—Vete a la mierda guapa—dijo con la cara desencajada por la mala leche y saliendo del baño como una tromba.

Al salir estaban los tres tomándose una cervezas.

—Voy a tener que pelearme con todo Madrid —dijo Dani al verme.

—Lucy estás impresionante— mi hermano me miró pero Robert estaba con el móvil pude notar como me observaba de reojo.

—Marc las gemelas se apuntan—dijo el <<maldito>> de Robert.

—Hostia tío —dijo él frotándose las manos.

—Bueno Dani, estoy lista vamos ya o no tardaré en llorar por culpa de estos zapatos, son asesinos— eran unas sandalias bastante altas con tiras negras cruzadas en el empeine.

—Vamos —tiró de mi mano.

—Bueno chicos pasadlo bien. —Me despedí de ellos y salí con mi nuevo acompañante.

Cenamos en una tasca vasca de estas que cuentan los palillos y bebimos como vikingos. La cena fue entretenida y me di cuenta que Dani era un amigo de verdad, con el que podías charlar de todo. Le conté la situación con Cristian pero no me atreví a decirle lo de Robert aunque él no era tonto y sabía algo más de lo que dejaba entender.

El musical fue precioso e impactante más de lo que me esperaba y Dani me regalo un *Cd* con la banda sonora, también un peluche de Nala y una taza.

—Dani que no soy una niña —me quejé.

—Ya lo sé y lo veo —posó sus ojos por todo mi cuerpo y tiró de mí hasta sacarme fuera del recinto.

Tomamos unas copas en un bar de la calle Embajadores que estaba bastante de moda y después me acompañó a casa.

—Lucy —dijo mirando el suelo a la vez que su pecho subía y bajaba —

sube venga.

—¿Qué pasa Dani?

—Nada, no pasa nada... vamos sube —sonrió pero esa sonrisa era la más forzada que había visto en mi vida.

—Dani ¿qué pasa?

—Nada —se rió—. Si no fueras quien eres... ahora yo...

—¿Ahora tú...? —dije asombrada. Siempre había notado que me miraba como algo más que una amiga.

—Ahora te besaría Lucía, así que deja de preguntar —dijo de lo más tímido.

—¿Me besarías?

—Sí —levanto la vista y me encaró—. Sube, no me hagas caso son las copas y la cerveza.

—Esta bien— me puse frente a él y me alcé sobre la punta de mis pies para darle dos besos, el primero fue en la mejilla pero el segundo torció su boca y el beso fue a parar a la comisura de sus labios —sentí sus manos en mi cabeza sosteniéndome, volvió a mirarme y yo sentí que dejaba de respirar. En ese mismo instante recordé a Robert en el Suite y me volví loca. Él se acercó de nuevo a mi boca, despacio, dejando un beso en la comisura de mi labio inferior y después en el de arriba, por último otro en la nariz.

—Joder, joder —susurró —pídeme que pare Lucía.

—Bésame Dani —nos miramos.

—No puedo —besó mi frente y se apartó de mí—. Venga preciosa sube.

Me despedí de él con la mano y caminé hacia mi casa, entré en el piso descalza mordiéndome una uña.

—Diosss —cerré los ojos y salí al balcón, me encendí un cigarro y vi a Dani apoyado en su coche observándome. Levanté mi mano y volví a saludarlo, me correspondió el saludo y se apoyó en el coche sacando un cigarro, nos mirábamos, era realmente guapo.

—¿Qué cojones te pasa? —me reprendí a mí misma—, ¿qué te pasa Lucy con todos estos hombres? —Rubén, Cristian, Robert y ahora también Dani, por favor me estaba convirtiendo en un putón verbenero barra zorra según Cristian, pero lo cierto era que me daba igual yo solo quería estar con Robert pero como no podía pues nada viva la pepa a zorrear se ha dicho—. Eso no está bien —me dije antes de escuchar el sonido de mi móvil indicándome la entrada de un mensaje. Era de Dani decía un escueto baja. Sin querer pensarlo más de dos segundos bajé de nuevo al portal y lo vi como caminaba por la acera despacio, me dirigí hasta quedar frente a él.

—Acércate —me tendió una mano que no dudé en aceptar y me acercó a él de un suave tirón, carraspeo y me abrazó dejando sus brazos apoyados sobre mis caderas.

—Lucy, Lucy eres jodidamente irresistible —eso me hizo reír.

—Calla.

—Te lo digo de verdad, escúchame te voy a besar y te voy a besar mucho —me tapé la cara con las manos.

—Qué vergüenza...

—Te voy a besar mucho pero de ahí no va a pasar —lo miré arrugando el entrecejo —y solo va a pasar esta vez —asentí muy seria—. Después de esto haremos un *reset* en nuestros cerebros y lo olvidaremos ¿qué te parece?

—Una locura —nos reímos los dos y nos besamos. Perdí la noción del tiempo, entre besos nos dio la madrugada apoyados contra su coche nos comimos de mil maneras. Fue fiel a su palabra no me tocó ni un pelo, no movió sus manos de mis caderas en ningún momento mientras que yo

intentaba rozarme más con él con tal de calmar mi cuerpo << que calenturienta me estoy volviendo>>. Notaba que estaba muy duro debajo de sus pantalones y a decir verdad me moría por ver lo que escondía y podía darme, estaba realmente excitada; tenía los labios hinchados y la barbilla con rozaduras por su barba que apenas se veía. Me conseguí separar de él.

—Es de día —afirmé.

—Sí, lo es. Dame el último beso y sube —ese último beso duró más de lo normal. Cuando crucé la calle vi que llegaba Robert con mi hermano. Me esperé hasta que llegaron a mi altura, Dani seguía en el mismo sitio mirándonos. Mi hermano llegó y me pasó un brazo por los hombros.

—Vamos.

—Sí —dije caminando con él.

—Lucía —me llamo Robert.

—Que —dije dándome la vuelta.

—Buenos días bruja —me sonroje y aún no se por qué.

—Buenos días.

—Espera, espera me...

—No.

—Joder Lucía —vi que Dani se iba despidiéndose de mi hermano alzando su mano.

—¿Pero cómo qué no? —se puso delante de nosotros—, Marc déjanos solos.

—Joder qué pesado estás con mi hermana tío —me soltó y me miró — si se pone tonto le das una hostia, yo lo remato cuando se me vaya este pedo —dijo entrando en el portal.

—Ven joder — Robert tiró de mí hasta que estuvimos cerca el uno del otro.

—No quiero...

—Tienes los labios hinchados.

—Y tú el ego y no te lo digo.

—¿Qué has estado haciendo?

—¡Ay! Déjame.

—No te dejo, no.

—Seguro que no hemos hecho lo mismo.

—De eso estoy seguro.

—Pues ¡a la machote! ya puedes dormir tranquilo —me di media vuelta y entré en el portal con paso decidido. Me cogió del brazo y me obligó a girarme hacia él.

—Nena yo... yo quiero...por favor vente a casa.

—¿Pero qué dices?—me aparté de él e intentó besarme.

—¿Por qué me niegas los putos besos? eso me repatea ¡joder!

—Yo no tengo que besarte... es solo sexo ¿recuerdas?

—¿Cómo que no?

—No estamos juntos y...

—¿Y qué?

—Quiero acostarme...

Al final me libré de él tras otra pequeña disputa <<lo hacía todo tan complicado>> pero a la vez lo convertía todo en un reto que me encantaba y lo cierto era que ese carácter me volvía loca. Me daba miedo pensar a donde nos podía llevar todo este juego pero si de algo estaba segura es que mi corazón volvía a recomponerse poco a poco.

*Para mi corazón basta tu pecho,
para tu libertad bastan mis alas.*

Pablo Neruda.

CAPÍTULO 24

A ver qué te pasa ahora... tú, yo, él...

Desperté malísima de la muerte, no era resaca no, era dolor del periodo. Eran más de las cuatro de la tarde, estaba sola en casa y cuando me cansé de hacer la croquetilla me di una ducha y me puse cómoda. Llevaba pantalón corto y una camiseta, me estiré en el sofá viendo los programas de telecinco ¡Dios que marujona era!. Picaron a la puerta, arrastre mis pies y abrí. Entró Robert.

—¿Qué haces aquí?

—He quedado con tu hermano, ¿qué te pasa?

—Nada la barriga.

—Baah... eso...

—Sí eso...

—Estírate.

—A eso voy... —me recosté en el sofá.

—¿Has comido?

—Comer, lo que se dice comer, no. —Me puse en posición fetal y cerré los ojos.

—Bueno por suerte para ti —dijo arrodillándose a mi lado—, estoy aquí para hacerte uno de mis platos favoritos...

—¡Sí hombre! Tu qué vas hacer...

—A la señorita desconfiada le voy a preparar el plato del día...

—Emm... bueno pero no ensucies —escuché mi teléfono <<ni nooo ni nooo momento de tensión>>, vi a Robert dirigirse hasta la mesa del comedor donde estaba mi teléfono.

—Toma nena —me lo pasó. Mientras hablaba con Katy de nuestras “cosillas” veía a Robert de un lado para otro en la cocina, de vez en cuando asomaba la cabeza y me guiñaba un ojo o me sonreía << adiós a mis braguitas, hola mente calenturienta>>. Lo vi preparar la mesa con gracia mientras yo seguía en el sofá.

—¿Qué tomarás preciosa, para beber digo?

—Quiero una Coca-Cola muy fría con hielo, por favor.

—Dame un minuto —dijo sirviendo unos espaguetis a la carbonara.

—Wualaaaa, que buena pinta.

—Que te esperabas reina. —Se acercó a mí a dejar mi refresco cuando me beso en la cabeza << ¿hola? ¿ese beso casto a qué es debido?>>.

La comida fue tranquila mientras nos entreteníamos viendo la tele con un programa de preguntas y respuestas. Después de comer insistí en recoger, pero no me lo permitió.

—Lucy ponte cómoda en el sofá, que ahora voy contigo. En menos de un cuarto de hora lo tenía todo reluciente.

—Déjame espacio —se colocó detrás de mí, abrazándome.

—¿Qué haces? —me puse tiesa.

—Abrazarte y dormir...

—Pues no lo hagas, esto es una muestra de afecto, que por cierto no tendrías que estar haciendo.

—¡Niña vete a la mierda!

—Eres un grosero.

—Y tú una estirada. —Eso me dolió, Cristian también me lo decía...

—Cabrón... —soltó una risotada y me pasó un brazo por debajo de mi cabeza mientras me abrazaba, poco después volví a dormirme.

Estaba en estado de darme vela, me había dado la vuelta y tenía a Robert abrazado y una de mis piernas entre las suyas, mi cara estaba pegada a su pecho y notaba como con sus dedos me peinaba, de fondo escuché a mi hermano.

—Espero por tu bien que en mi casa no le toques ni un pelo —dijo mostrando su enfado.

—¿En serio? Marc, no la he vuelto a tocar desde que volvió... no me deja acercarme a ella...

—¡Ya lo veo ya!

—Se encuentra mal, le ha venido el periodo y me he estirado con ella.

—Está bien, le ha venido la regla. ¡Joder!

—¿Joder qué?

—Que no hay quien la aguante... necesita chocolate y no tengo.

—Baah, ¿no tienes?... no te preocupes bajo a buscar.

—¿A qué estas jugando con mi hermana? —me removí nerviosa.

—¡Te quieres callar! la vas a despertar y no juego a nada.

—¿No? pues ya me dirás, ¿qué haces? Porque pareces un novio celoso y ¡posesivo!

—No digas tonterías, es tu hermana ¡joder!

—Mira mi hermana es... bueno... no es una santa y creo que esta vez tú...

—Yo que... acaba.

—Que se te está hiendo de las manos tío... ¡si no lo ves es que estar peor de lo que pensaba! esta vez vas a salir perdiendo tú Robert —lo escuchaba sin decir nada —. Estás colado por ella, no sé si es porque pasa de ti o porque es ella...pero si hasta tienes cara de gilipollas mirándola ¡tío!

—Déjame en paz ¡joder! —me soltó despacio intentando no despertarme y se puso en pie.

—¿Te vas?!

—Sí, voy a por chocolate.

—¡Ves cómo estás gilipollas! —me removí nerviosa y abrí los ojos.

—Lucy...

—Mmm... ¿qué pasa? —Me incorporé.

—Nada ¿estás bien?

—Sí... dame agua por favor —volvió con un vaso y una pastilla.

—Tómatela anda.

—¿Qué tal la faena? —se sentó a mi lado.

—No te lo vas a creer... pero esta mañana he recibido una llamada del despacho, un cliente nuevo amigo de Peláez... bueno los otros socios del hotel.

—Sí, sé quiénes son.

—Pues se han comprado una casa en la moraleja y quieren que le haga la

reforma y además...

—¡No me lo digas!

—Sí —dijo—, quieren que les decore la casa.

—Me haces trabajar muchísimo Tete peroooo me encantaaaa.

—Te estas forrando niña —se rió.

—Sí, cierto es —dije cantarina—. Me encanta. Pero... no sé si estoy preparada para tanta faena, tengo los dos proyectos de Verónica, uno de papá más el hotel y ahora este.

— Bueno poco a poco, ellos son conscientes que estás saturada —sonó el timbre de casa—. Espera —dijo levantándose.

—A ver, tienes todo al día, no me digas que no puedes...

—Es que me da miedo no hacerlo bien y que te repercuta.

—¡Anda! eres la mejor y lo sabes —dijo sentándose a mi lado—. Mira quien viene... —me susurro al oído con cara de circunstancia.

Entró Robert cargado de bolsas y con una sonrisa en la cara.

—¿Ya te has despertado dormilona?

—Sí, ¿que llevas ahí? ¿Es chocolate? —De un saltito me puse en pie—. Déjame ver...

—Dame un beso y te lo doy.

—Qué asco —dijo mi hermano al ver que lo besaba, y con ganas.

—Venga, ahora dame lo que tienes ahí. —Tras una sonrisa y otro beso más, me dio una caja de bombones.

—Me muerooo —dije metiéndome uno de trufa en la boca.

—¿Te gustan? —asentí con la boca llena.

—Están muy ricos.

—Toma —dijo seco, pasándome una margarita, el parecía avergonzado—. No me mires así, la he cogido de un macetero de la pastelería —mis ojos fueron hasta los de mi hermano que estaban tan abiertos como los míos.

—Cójela nena, no muerde.

—Ya —dije quitándosela de las manos—. Tete...

—Sí, lo he visto son margaritas.

—¿Qué le pasa a la flor? ¿No te gusta?

—Sí que le gusta, solo que ella...

—Calla Tete y vamos a merendar ¡anda!

Después de la súper merienda con la que nos deleitó Robert, lo tres vimos una peli chorra como buenos amigos riéndonos y bromeando, los dos me mimaban como a una niña y yo me dejaba hacer. Mi hermano salió al balcón hablando por teléfono.

—Sí, está bien, Cristian. —Al oír eso me senté de golpe bajo la atenta mirada de Robert. En silencio escuchábamos a mi hermano—. Está bien. Sí, es que yo no puedo hacer nada... —Silencio—. Lo haré. —Más silencio—. Claro tío, voy para allá este fin de semana y hablamos, sabes que te aprecio y sé que la quieres. —Silencio otra vez—. Ella también, claro.

Robert no apartaba la mirada de mí mientras que yo me mordía las uñas nerviosa.

—Nena... nena —levantó la voz.

—Dime... perdona... —dije sin apartar la vista de mi hermano.

—Préstame atención.

—¿Qué? —lo miré.

—¿Salimos a cenar y vamos a mi casa? si quieres vemos unas películas... mañana no trabajo y podemos pasar el día juntos.

—Vamos a ver, tú para qué pones unas normas, si luego te las pasas por el forro...

—No son normas... solo dije unas pautas, pero no hay que seguirlas al pie de la letra —expulsé el aire de mis pulmones.

—Tengo la regla, hoy no podemos...

—No te estoy diciendo nada de follar...

—Pero es lo que hacemos tú y yo, vernos para...

—Te estoy diciendo de ver una película en mi casa, no tengo intención de acostarme contigo y si surge... pues mejor para los dos.

—¡Sí hombre!

—A mí no me da asco... y mucho menos de ti Lucía.

—A mí sí...

—Pues a mi no, ya te lo he dicho. Además no tenemos por qué acostarnos... —esa fue una bofetada en toda la cara, otra frase que me recordaba a Cristian.

—Está bien, salgamos hoy —entró mi hermano en el comedor.

—Lucy, venga cámbiate —me dijo Robert.

—¿Te vas con él?

—Sí, vamos a cenar.

—Bueno creo que... —dijo mi hermano— no deberías salir hoy —me puse en pie y caminé en dirección a mi dormitorio, no quería escucharlo.

—A ver Lucy... —me siguió hasta la habitación—. Cristian...

—Cállate, no lo nombres.

—Pero... tienes que aclararte.

—Que no, vete por favor —lo empujé y cerré.

—¿Para qué le dices nada? ¡Joder! Ella está conmigo, no me lo pongas más difícil Marc.

—Es mi hermana y ese, es su novio por si no lo sabes...

—Ella no tiene novio.

—¿Tú qué eres? ¡Tonto! Te vas a llevar la hostia de tu vida ¿no lo ves? ¿De verdad Robert?

—Déjame en paz —escuchaba lo que decían... pero prefería hacerme la sorda.

Al final decidimos cenar en casa de Robert. Compramos comida japonesa en un restaurante y

cenamos en la mesa pequeña, sentados como dos indios.

—Que guapa estas con mi pijama.

—Sí claro, monísima de la muerte —le tiré la servilleta.

—Estas preciosa —saltó encima de mí como un gato —. Me muero por besarte nena —dijo invadiendo mi boca con su lengua —. Sabes tan bien... hueles tan bien...

—Baah —me quejé cuando succionó mi lengua con fuerza.

—La otra noche yo no... no puede hacer nada Lucía.

—¿De qué hablas?

—Ya lo sabes, no tuve sexo con ninguna otra mujer... yo no puede...

—¿Pero qué dices? —abrí los ojos y lo miré, él cogió mis muñecas y levantándolas por encima de mi cabeza me besó otra vez con la misma intensidad.

—Que no me acosté con ninguna, me cabreaste tanto niña mala, solo quería estar contigo... Todo lo que se suponía que quería hacer, solo quería hacértelo a ti.

—No digas tonterías Robert, sal quiero ir al baño —se levantó de encima mío y entré en el aseo.

Al salir estaba todo recogido. En el centro de la mesa había una copa gigante con cinco bolas de helado de chocolate, negro, con leche, avellanas todas distintas con manchas de chocolate líquido y una cuchara, casi lloro de la emoción.

—¡Dios! Qué bueno — me abalancé sobre ellas mientras él se reía.

—Es verdad lo que dice tu hermano ¿eh?

—Chocolate —me cogió la cuchara de las manos.

—Ya te doy yo —me ofreció otra cucharada y tras retirarla me besó.

—Mmm... —se relamió de gusto.

—Que bueno, ¿verdad? — dije con la boca llena.

—Más buena estás tú.

—Calla —intenté coger de nuevo la cuchara pero me inmovilizó y tumbándome en la alfombra me remango la camiseta y embadurno mi barriga con chocolate. Yo me reía como una loca.

—Estate quieta bruja — me decía entre lametones — joder... que bien sabes.

Al final acabé cediendo a la tentación dos veces, en la alfombra y otra en la ducha, no había rastro de regla por ningún lado, solo algún dolor que otro. Cuando terminé el cigarro que me estaba fumando en la terraza entré en la habitación y me vestí.

—Nena... ¿qué haces? —dijo a mi espalda.

—Recoger, me voy a casa estoy agotada.

—Quédate esta noche —abrí los ojos de par en par—. Anda quédate.

—No puedo, ya sabes que esto no está bien... —me encogí de hombros y él se mordió el labio. — ¿Por qué no está bien Lucía? —dijo sereno.

—Robert nosotros solo tenemos sexo y mira es bastante tarde...

—¿No te ha gustado? Dime que tengo que hacer cielo, para que te sientas bien conmigo.

—Claro que sí me ha gustado y estoy a gusto contigo pero... tú y yo...

—¿Qué pasa? ¡Joder!

—Que esto es más que sexo Robert y yo no... quiero esto.

—No te estoy pidiendo que te cases conmigo, solo que duermas conmigo en mi cama.

—Es que no podemos...

—¿Y follar sí?

—Sí, ese era el trato —le contesté de la misma forma ofensiva que él me dedicaba a mí—. Me voy.

Estaba en el comedor llamando a un taxi, cuando de repente escuché:

—Quédate.

—No.

—Vale —cerró de un portazo la puerta del lavabo.

—¿¡Veinte minutos!?! —le grité a la operadora—. Es mucho.

Al final no tuve más remedio que esperar. Salió con un cabreo monumental, mirándome como si le debiera dinero y no le pagara.

—Te vas porque te sale del coño. —No contesté y me encaminé hasta el recibidor.

—Espérame, bajo contigo.

—Vas en pijama.

—Son las tres y media de la mañana, me suda la polla.

—¿Podrías dejar de decir tacos?

Salimos de su casa y entramos en el ascensor, me cogió de la cintura acercándose a él, yo estaba de espaldas y sentí que olía mi pelo.

—Quédate, por favor...

—Sabes que es mejor que me vaya, no sé qué te ha dado con que me quede, no te entiendo.

—Nena... —dijo como un niño al que le quitan su juguete.

En el portal intentó besarme dos veces más, me aparté de él, debía mantenerme fuerte ya que el quiso poner esas normas.

—Para ya.

—¿Pero por qué no puedo besarte ahora?

—Ya nos hemos besado mucho.

—¡Que me des un puto beso cuando te lo pido joder!

—Mi taxi —<<salvada por la campana>> intenté salir rápida como una libre, pero me retuvo <<me cachis>>.

—Lucía, dame un beso.

—No.

—Me cago en mi puta madre —lo escuché decir entre dientes—. Que me des un jodido beso.

—¡Que no!

—¿Qué no?

—Eso es, no.

—Mira niña hemos acabado, hasta aquí, ya no aguanto más tus tonterías.

—No hay nada que acabar, no tenemos nada solo follamos.

—Pues eso se acabó, desde ahora compañeros de trabajo.

—Vale.

—¡Venga chata que te vaya bonito! —Salí del portal sin mirarlo, estaba a punto de entrar en el taxi cuando apareció dándome un susto de muerte.

—Lucía —me llamó, no me di la vuelta, me monté y le pedí que me llevara a casa. Mi móvil sonaba una y otra vez, al final un mensaje de Robert.

Robert a Lucía

Perdona, perdóname por favor

*no quería decir nada de lo que
he dicho, quiero seguir viéndote
Nena cógeme el teléfono.*

Robert a Lucía

*Me cago en todo, coge el puto
teléfono.*

Yo sin hacerle caso lo puse en silencio. Entré en casa y me metí en la cama, todavía recibía más mensajes <<que alguien le quite el móvil, por favorrrrr>>.

Robert a Lucía

*Perdóname no quería hablarte así,
ven a casa por favor. Quiero seguir
viéndote, quiero más que sexo.
Cógeme el teléfono o dime algo,
me vas a provocar un infarto.*

Lucía a Robert

*Estoy en la cama déjame tranquila
de una vez, esto se considera acoso*

Robert a Lucía

*Nena dime que nos seguiremos
viendo, dímelo*

Me costó dormirme ya no solo por los mensajes, también por su contenido <<más que sexo>> no entendía nada. ¿Tanto había cambiado desde el primer encuentro en el local a hoy? Cuándo había cambiado, ni siquiera yo misma lo sabía. Era consciente de que sentía algo por él pero no sabría definirlo y de Cristian solo me quedaba un recuerdo, a veces bonito y otras amargo, pero ... no me entendía ni yo. Por fin estaba cogiendo el sueño cosa que agradecía porque si no me estallaría la cabeza.

A las once de la mañana lo tenía llamando al timbre de casa de mi hermano, no abrí lo ignoré. Mi hermano me avisó por teléfono.

—Lucía ¿qué cojones le pasa a Robert? no deja de llamarme diciendo que no le abres la puerta.

—Mira dile que se vaya...

—Os lo advertí, ¡joder! ábrele y pásamelo o no se marchará, en menos de veinte minutos tendrás ahí a Cristian y Beca.

—Esta bien —abrí la puerta y le di el teléfono. Durante unos minutos habló con Marc. << Yo en otra vida fui muy mala, tan mala tuve que ser que estoy convencida que extinguí a los dinosaurios. Y seguramente en esta vida también he sido la causante del agujero en la capa de ozono... vamos que mi madre en vez de Lucía me tendría que haber llamado CULPA, porque no se entendía tanto mal karma, ¡joder!>>.

—No me voy a ir —dijo enfadado, colgó y corrí hasta él.

—Vete por favor... vete.

—No.

—Si te vas, iré a tu casa esta noche de verdad te lo juro.

—No me voy, hasta que me digas qué te he hecho para que me trates así.

—Por favor, si no te vas no te miraré nunca más a la cara.

—¿Vendrás?... Nena solo quiero hablar, no quiero estar mal contigo, dime

lo que no te gusta de mí y lo cambiaré —dijo con tono de derrota. ¿Qué? ¿Hola? ¿Qué ha pasado aquí? Que no me he enterado.

—Sí, iré, te lo prometo pero ahora vete ya —lo empuje, al abrir la puerta vi que subía el ascensor—. Vete por las escaleras ¡son mis padres! —me miró con recelo pero al fin bajo. Entré en casa e intente calmarme, llamé a Marc.

—Lucy...

—Se acaba de ir.

—Menos mal.

—¿Pero por qué no me avisas?

—Y yo que sé, me han llamado hace dos horas y tú no cogías el teléfono.

—Te dejo, el timbre — al abrir la puerta era Cristian.

—Hola ¿y Beca?

—A ido a ver a tu hermano ¿puedo pasar?

—Claro — me dio un abrazo y entró conmigo a cuestras.

—¿Te puedo besar? —dijo besándome—. Te quiero nena. —Lo guié hacia mi habitación y caímos en la cama.

—No estaremos juntos pero podemos —dije muriéndome de ganas por que él me borrara el recuerdo de Robert.

—Está bien, lo que tú digas, te quiero y con lo que me des me conformaré pero cuando te instales en Barcelona volveremos hablar. Quiero que seas mi novia y después mi mujer.

Después de eso hicimos el amor tantas veces que acabé dolorida.

Cenamos con mi hermano y Beca, su avión salía a las once habían hecho

una visita relámpago. Cristian quería verme y Beca le acompañó utilizándome de excusa para ver a Marc. Nos despedimos con un casto beso en los labios.

Mi hermano entendía mi situación, no le gustaba que su hermana pequeña se viera en ese triángulo amoroso. Lo peor de todo era la disputa que tenía consigo mismo ya que uno era su mejor amigo y el otro aparte de ya considerarlo un amigo también, era el jodido cuñado perfecto enamorado de su hermana hasta las trancas y dispuesto a dar su vida por ella.

—Lucy eres como yo pero con tetas...

—¿Tu crees?

—Sí, acabaremos solos rodeados de gatos —nos reímos los dos a la vez.

Al salir del parking vimos a Robert en la entrada de la portería.

—Ya podía esperarte —me miró—. ¿Qué tal tus padres? —se dirigió a mi hermano. “Ay diosito” dije para mí como si fuera una actriz de telenovela, Marc es tontito pero de los de verdad; vamos que no pilla una ni queriendo.

—¿Qué padres?

—Los tuyos — yo entré en la cocina y cogí una botella de agua queriendo que la tierra me tragara.

—¿Quién coño ha venido? Tu hermana me ha echado de casa — dijo alucinado mientras yo bebía por hacer algo... escondiendo una sonrisita.

—Pregúntaselo a ella yo no estaba, ¡me tenéis harto!

—¿Lucía?— intenté meterme en la nevera pero para mí desgracia no cabía <<cago en to>>.

—Lucía ¿quién ha venido?

—Cristian — lo encaré.

—¿Cristian? ¿Quién es ese?

—Mi novio... —su cara guapa era un poema.

—Tú no tienes novio —siseo las palabras.

—No, no tengo pero bueno... es él...

—¿Me engañas para que me vaya? —dijo dolido.

—A ti no tengo por qué engañarte, pero quería que te fueras, no quería que os vierais.

—¿No? ¿por qué?

—Pues porque Cristian no...

—No quieres que se entere ¿no?

—Ya lo sabe y no quería que.... sé como reaccionaría si te viera — dejé la botella en la encimera.

—Qué pasa, no habríamos partido la cara ¿es eso? —se rió con desdén.

—Seguro.

—Eso si yo me dejo ¿no?

—Créeme, te hubiera hecho daño —dije haciéndole rabiar <<se ponía tan sexy enfadado>>.

—¿Qué es súperman?

—Casi, y no voy a discutir contigo, no tengo por qué darte explicaciones.

—¿Te has acostado con él?

—Pero bueno...

—Chicos —dijo mi hermano— esto es violento para mí, es mi hermana Robert. No contestes Lucy aquí no, ir a hablar a la calle por favor esto ya me supera, Cristian, Dani...

—¿Queé?! —dijo Robert volviéndose a mí, yo abrí los ojos y miré a mi hermano.

—¿Qué dices.... de Dani? —dijo Robert histérico <<me encanta>>.

—¡Ooh venga! —dije dramática, Hollywood había perdido una estrella conmigo — vamos a dar una vuelta —tiré de Robert.

—¿Que has tenido con Dani? Lucía no juegues conmigo...

—Mira —dije encendiendo un cigarro—, tú eres el liberal, el que se folla a las tías de tres en tres y hace camas redondas, no duermes con las tías con las que te acuestas y ahora me saltas con estas milongas.

—Solo te pregunto, yo soy sincero contigo al doscientos por cien y tú me estas jodiendo.

—No preguntes porque no te importa y no he tenido nada con Dani a excepción de unos besitos.

—¿Cómo?

—Hasta ayer solo teníamos sexo, tú eres el que ha querido romper las reglas, así que... —se frotó la barba

—¿Solo quieres eso? ¿No quieres nada más de mí?

—Sí solo eso, ya lo sabes.

—Pues venga vamos.

—No pienso ir a tu casa.

—A mi casa no vamos a la Suite.

—No quiero.

—¿No quieres solo sexo? pues venga valiente —dijo a punto de perder los nervios y retándome << mi segundo nombre es reto, Lucía... Reto>>

—Vale está bien vamos —dije dirigiéndome hacia la salida con mi bolso muy cuki colgado de mi hombro. Quería jugar, pues bien jugaríamos.

Entré en el local y muchas miradas tanto de mujeres como de hombre estaban puestas en nosotros. Salió Edu con una rubia que se acercó a Robert y le dio un morreo delante de todos.

—Hola Sandra —dijo él cogiéndola del culo. <<La mato, la descuartizo y aquí no ha pasado nada>>.

—¿Quién es tu amiga? —Robert me miró como si yo no fuese nada y después la miro a ella de una forma especial como me miraba a mí <<dolida y escocía, me cachissss>>.

—Lucía —dijo Edu prestandome toda su atención <<¿hola? Menos mal que existo para alguien>>.

—¿Te ocupas de ella? —le dijo Robert a Edu—. Si te aburres con ella me avisas.

<<¿Perdonaaa? que me detengan que lo mato>>.

—Claro, no creo que me aburra con ella, ¿verdad Lucy? — asentí como podía, la ira me estaba provocando que se me cerrara la garganta como en una reacción alérgica, reacción alérgica a idiotas de ojos verdes llamados Robert.

—Voy al dos que está libre, venir en media hora —sentía que me faltaba el aire, yo no quería esto <<pero quien me manda a mi>> si él hacía algo yo nosé cómo podría reaccionar.

—¿No sabía que te gustara esto? —me pregunto Edu bastante preocupado por mi cara.

—Ni yo, la verdad...

—Ya lo sé todo Lucy —me pasó mi bebida—. Tranquila —dijo cuándo me la bebí de dos tragos la copa.

—Pídeme otra. —Al beberme la segunda sentí que mi cuerpo se relajaba, Edu me miraba de arriba a abajo sin propasarse.

—¿Entonces?... ¿qué vas hacer? —lo miré.

—Lo que haga falta, haré lo que tenga que hacer por cerrarle la boca, además hoy será el último día que él me vea... —Edu abrió los ojos y negó con la cabeza.

—Lo siento Lucía que te veas en esto...de verdad, si quieres nos vamos, te llevo a casa.

—Nooo, tú y yo no nos movemos de aquí, si no quieres conmigo... lo entenderé.

—¿Qué? ¿Qué dices? Yo sí que quiero, pero no deseo que te sientas obligada a estar conmigo...

—Nadie me obliga, prefiero que seas tú —eso no se lo esperaba, pero no dijo nada más acerca del tema.

Pasamos los treinta minutos poniéndonos al día de temas banales como trabajo, vacaciones etc...

—Venga, ¿vamos? —dijo Edu. Me dejé llevar, no me escandalizo sentir la mano de Edu rozando la parte baja de mi espalda mientras me acompañaba. Al abrir la puerta me quedé pasmada, la tal Sandra esa... estaba suspendida en un columpio y Robert falládosela como un animal, la tenía cogida del cuello casi ahogándola, ella gritaba y él empujaba muy fuerte, no me lo podía creer. Edu me ahorró el mal trago y de un tirón salimos para no ver esa imagen tan grotesca.

—Lucy ¿estás segura?

—Sí, ¿qué quieres que haga? —dije muerta de miedo, aguantando las ganas de llorar.

—Desnúdate, podemos darnos un baño en el jacuzzi —su voz me relajó. Lo miré a los ojos mientras él se deshacía de su ropa.

—Esta bien... —Robert me miraba por el espejo sin dejar de empujar, caminé hasta ponerme delante de Edu y comencé a desnudarme, mordí mi labio que no paraba de temblar. Mi acompañante me miró a los ojos y caminé ofreciéndole una mano para entrar en el jacuzzi, se sentó a mi lado.

—Si no quieres, no pasa nada Lucía, ya sabemos todos como es...

—Sí que quiero, pero toma tú la iniciativa, yo no sé... — me levantó por las caderas sentándome encima suyo. Estamos desnudos <<Dios>> me apartó el pelo de la cara y me acercó a él mientras me besaba despacio.

—Eres deliciosa, no me extraña que ese loco haya perdido la cabeza por ti — dijo entre besos.

—Edu no la beses ¡fóllatela! —gritó Robert.

—Shh ni caso —dijo bajito. Yo veía a Robert por el espejo ya no follaba con la pelandrusca y nos estaba mirando, sentí unas manos entre mis piernas y gemí, ¡no podía ser! ¡hay Dios!

—Que suave eres —me mordí el labio al notar su lengua como le daba toques maestros a mi pezón.

—¡Que te la folles! —dijo Robert viniendo hacia nosotros—. Te he dicho que no la beses.

—¡Eh tío, hago lo que me da la gana! ¿De qué vas? Está muy tensa, tengo que relajarla.

—No voy de nada, ella ha venido a que nos la follemos.

—¡Mira, ya está! —me puse en pie y sin darme cuenta le solté una bofetada

—. Eres un maldito cerdo —salí del agua y cogí mis cosas.

—¿No querías sexo?

—Sí eso quería, pero ¿sabes qué? Cristian me ha dejado tan satisfecha que hoy no me apetece — abrió los ojos como platos y rojos de ira, nunca en mi vida había visto a nadie enfurecerse de ese modo, ni a Rubén y mira que eso, no era normal—. Cuando tenga ganas llamaré a Edu que tiene un buen miembro y no llora como tú.

Entré en el baño ante la mirada de las tres personas desnudas<<manda narices>>.

Salí ya vestida, los tres seguían en la misma posición.

—Así que te lo has follado esta tarde —intentó cogerme.

—Déjame cretino —Edu salió del agua y me apartó de él.

—Ya está Robert, recuerda quien es... — dijo interponiéndose entre nosotros.

—¡Eres una guarra! —escupió con asco.

—Eso lo dices tú ¿verdad? ¿Esto qué es? Una broma de mal gusto...

—También ibas a dejar que te follara Edu ¿no?

—No te entiendo, no sé qué te pasa... este era tu trato de mierda, yo solo he venido aquí porque tu querías... —dije histérica y rompiendo en llanto, salí y corrí todo lo que pude.

Al salir a la calle los porteros me llamaron a un taxi. Mientras esperaba entre temblores y sollozos vi bajar a Edu discutiendo con Robert, los dos se callaron al verme y Edu me llamó.

—Lucía espérame... te llevo —dijo acercándose a mi con cautela, Robert le cortó el paso.

—No te acerques a mi mujer —dijo con una voz que nunca había escuchado, sentí miedo.

—Está bien Robert, pero mírala.

—Lucía —dijo Robert—, ven por favor, vamos a hablar. Yo... no sé qué... ¡¡joder!! Lo siento, no sé qué me ha pasado —me giré para no verlo—. Nena... —dijo abrazándome—. Perdóname yo estoy celoso, no quiero que nadie te toque. Mírame cariño —me susurró mientras limpiaba mis lágrimas—. No llores por favor, me muero...Lucía.

—No Robert, no digas nada más...

—No, nooo ¿Qué vas hacer? ¿Me vas a dejar?

—Robert no sé si lo que tenemos puede dejarse, lo que sé es que... no te quiero en mi vida — él abrió los ojos cogió aire como si hubiera nadado los cien metros a crol.

—No me dejes —dijo sin apenas voz, vi que se acercaba un taxi—. No me hagas esto Lucía...

—Lo siento pero nosotros, no podemos... somos destructivos el uno con el otro —dije al tiempo que montaba en el taxi. La noche fue más larga y más mala de lo que nunca me hubiera imaginado, ahí entendí que para nosotros nunca fue sexo, eras algo más.

*Te pido perdón por las lágrimas que hablan de mí,
pido por tus noches a solas...*

Antonio Orozco

CAPÍTULO 25

Mil veces un perdón...

Los días libres que me quedaban pasaron con calma, no había vuelto a saber nada de Robert al contrario que Cristian que me llamaba todas las noches, pero por raro que me pareciera yo solo quería recibir las llamadas de Robert. Me sentía tan vacía, tan sola que sentía que me dolía el corazón. No tenía ganas de salir de casa, mi hermano no decía absolutamente nada, se mantenía al margen de todo.

Me incorporé al trabajo el jueves por la tarde. Entré en el local de Verónica a esperar a los proveedores, tenían que dejarme unos materiales y el próximo lunes comenzaba la reforma, vi que entraba Edu con dos albañiles, no había rastro de Robert <<sentía que me moría>>.

—Hola Lucy —dijo besándome en la cara.

—Hola...

—Espérame cinco minutos y nos tomamos un café ¿te apetece? —me dijo con la boca pequeña.

—Vale, esperaré afuera.

Entramos en una cafetería y pedimos dos cafés americanos.

—Siento lo que pasó —rompió el hielo.

—No pasa nada. —Intenté forzar una sonrisa.

—Es que no sé qué mosca le ha picado, pero bueno tú mejor que nadie lo sabrás, está inaguantable.

—Bueno dejémoslo, será mejor olvidarlo.

—Sí será mejor, todavía no me creo que seas la hermana de Marc —me reí, ese comentario tenía su gracia, sí.

—Pero a decir verdad sospeché algo desde un primer momento.

Pasamos la tarde charlando tranquilamente de la obra y de todo en general, me despedí de él en la puerta de mi casa.

Era viernes al medio día y seguía sin saber nada de Robert. El camino a Barcelona no fue fácil, yo deseaba estar en Madrid junto a Robert. Nunca había sentido nada parecido ahora entendía el dicho del corazón roto, dolía de verdad físicamente...

Marc respetó mi silencio en todo el trayecto y aunque estaba muy preocupado por mí, supo mantenerse en su sitio.

Al llegar a mi casa mi hermano me preguntó si quería salir por ahí, decidí quedarme en casa no tenía ganas de nada. Marc esa noche salió con Cristian y yo no quería verlo, me apetecía estar sola estaba agotada de todos.... me quitaban las energía. El sábado comimos con mis padres como de costumbre y esa noche saldría con Marc y Beca a cenar y de marcha ya que ellos habían decidido por mí que salir era lo que necesitaba.

Estaba vestida solo con la ropa interior y una bata de seda, me sentía tan fresca y sexy andando así por casa <<peor para él>> me dije. Estaba decidiendo qué ponerme, ya que Beca era tan explosiva... salí de mis pensamientos cuando sonó el timbre de casa. Me dirigí hacia la puerta arrastrando los pies, dudé en abrir no quería ver a nadie que no fuera él...

Abrí de mala gana y me encontré con Robert vestido con unos tejanos desgastados, unas bambas negras y una camiseta oscura de *Hugo Boss*.

—¿Qué... qué haces aquí? —dije sin poder creérmelo.

—Yo... he venido a verte, he conducido seis horas para poder verte —

entró en el recibidor haciéndose el amo y señor.

—Pero Robert no...

—No me digas nada, no sé qué cojones hago aquí, no me entiendo ni yo ¿vale?

—¿Entonces?

—Solo quería verte y con esa idea he aparecido aquí...

—Pues ya me has visto...

—¿Qué he hecho mal? ¿Qué es lo que no te gusta de mí?

—Robert no sigas.

—Necesito tocarte, besarte ¡joder! —se acercó a mí y frotó nuestras caras
—me tienes loco bruja.

—Es mejor que solo seamos amigos...

—Yo también lo creo pero... quiero besarte. Lucía no sé qué me pasa, no te saco de mi cabeza, solo pienso en ti y yo... me voy a volver loco —dijo besándome y cogiéndome en brazos.

—Te necesito niña, eres todo lo que necesito.

De pie como estábamos seguimos besándonos con urgencia y anhelo, cuanto más lo besaba más necesitaba saborearlo, sentía sus manos por mi cuerpo y yo deslizaba las mías por el suyo << es él, es él >>.

La cosa no pasó de ahí. Cuando mi hermano y Beca nos vieron aparecer se quedaron helados, Marc torció la boca y Beca la abrió.

Cenamos tranquilos, el ambiente era relajado. Robert comprendió que estaríamos mejor siendo amigos y lo cierto es que como colega era una pasada. A Beca le cayó fenomenal y fue el primer hombre que no sucumbió a sus encantos, la miraba directamente a los ojos sin desviarlos

ni un momento. Se acercó a mi hermano y le preguntó si esa era su Beca, mi hermano apretó los labios y sonrió.

Después de cenar nos fuimos a una coctelería de El Borne y pedimos unos combinados.

—Nena —me llamó Beca— no sabía que estaba tan bueno ¡joder! es un doble de *Cam Gingandet*, pero en moreno claro.

—Con cara de malo —me reí.

—Estoy abducida por él.

—Cállate —le di un manotazo, lo cierto era que Robert no pasaba desapercibido para ninguna mujer a cincuenta metros a la redonda y mi hermanito tampoco.

—Vaya dos... —dije mirándolos, Robert no les prestaba atención a ninguna solo a mí.

—Está loco por ti —dijo Beca.

—No, es que... bueno ya sabes...

—Si no me mira las tetas eso es amor.

—Eres una bruja —le contesté sin querer darle mucho bombo.

Dejamos el coche de Robert en un parking y caminamos por la calle Tarragona, me acerqué a Robert y él dedicándome una sonrisa de malo me pasó el brazo por los hombros.

—Estás preciosa.

—Gracias —sonreí avergonzada, lleva un vestido palabra de honor negro corto. Me reí de mi misma, mira que era sobria en colores, lo cierto era que me quedaba a la perfección el dichoso traje de la *Guess*, con unas sandalias de la misma marca de tacón y mi bolso de mano. El pelo lo llevaba revuelto e iba maquillada con mi sombra de ojos ahumados y los

labios rojos.

—Te miro y te juro que buff... Lucía.

—¿Me juras qué? Termina la frase.

—El corazón me salta algunos latidos —acarició mi cara con suavidad. Se nos unieron Marc y Beca, caminamos juntos mientras charlábamos entretenidamente hasta la misma entrada de la discoteca.

Llevábamos más de dos horas bailando como dos locas bajo la atenta mirada de Robert y Marc. Ellos no se unían a nuestros bailes obscenos, pero no apartaban la vista de nosotras y yo me sentía hipnotizada por Robert.

A lo lejos pude ver como se acercaba Cristian decidido hacia mi hermano, detrás iba Rodri junto a Paula y su novio. Saludó a mi hermano y charlaron, Marc le presentó a Robert y este me miró, mientras le daba la mano vi que mi hermano señalaba en mi dirección.

Cuando Cristian me vio, caminó decidido hacia mí con una sonrisa en la cara, yo también sonreí al verle, estaba muy guapo pero no era el moreno de ojos verdes. A dos pasos de mí se cruzó Cristina por medio y saltando encima le plantó un beso en los labios, lo rodeó con sus brazos de lagarta y le metió la lengua en la boca. Cristian se deshizo de ella y la apartó de un empujón llegando a mí.

—Lucía... nena...

—Hola —lo miré sin expresión.

—Oye esto no...

—No me tienes que decir nada, no tienes por qué. Me acerqué a él y le di dos besos.

—¡Lucy! —sentí a Paula que corría hacia mí dando saltitos, nos abrazamos y dejé que me condujera donde estaban los demás. Robert me miraba a los ojos intentando ver más allá.

—Lucy —dijo Rodri— estás preciosa —me dio dos besos y un abrazo.

Después saludé al novio de Paula que no mostró mucha alegría al verme... Me acerqué a la barra a pedir y antes de poder pagar sentí a Robert a mi lado.

—Pídeme lo mismo —dijo quedándose en silencio a mi lado, después de coger las copas pagó.

—¿Quieres que nos marchemos?

—No, ¿por qué? Estoy genial, además han venido mis amigos <<mira que soy queda bien>>. —Rodri tiraba de Beca hasta la pista, ella se resistía pero al final cedió. Se nos acercó Marc.

—Bueno, pues a ver como acaba esto —dijo mirando en dirección a Cristian que nos observaba con cara de poseso, pero a su lado tenía a la rubia de las narices rozándole y bailando mientras me miraba. Dejó que la otra le besara, bailó con ella y se dejó comer la boca sin apartar la vista mí.

Salí del baño con Beca, nos dirigimos hacia la pista. Me daba igual todo ya solo quería bailar con mi amiga y olvidarme de ellos. Cristian me miró y vino hacia mí cogiéndome de la mano para bailar.

Bailé con él mientras nos mirábamos y reíamos, sus manos me manejaban como siempre; mientras bailábamos me acerqué a él porque necesitaba olerlo pero resultó que yo ya no buscaba ese olor. Sentía los ojos de Robert en mí, casi podía acariciarme con ellos, seguí bailando con Cristian mientras él me susurraba cosas en el oído que me hacían reír pero enseguida me solté y me marché con Robert que estaba con Marc en la barra. Cogí su copa y bebí sin dejar de mirarlo.

—Lucía nos vamos ya —dijo mi hermano con mala cara, Beca estaba bailando como una loca, cosa normal en ella, y desde que entró Rodri no se acercó más a Marc, bueno a ninguno de los dos.

—Sí, vamos —miré a Robert y le devolví su copa, se la acabó de un trago.

—Coge a tu amiga —me dijo Marc— os esperamos fuera.

—Voy...mira como corroooooo —dije perdiéndome entre la gente, tiré de Beca hacia las escaleras.

—Nos están esperando fuera —le advertí del humor de mi hermano con solo una mirada.

—¿Tu hermano está enfadado?

—No, enfadado no, tiene cara de cabreo pero no está enfadado ataque de cuernos, más bien — las dos nos reímos.

—Ya... —nos apresuramos en salir antes de que Marc bajara como el hombre de cromañón que era y nos arrastrara hasta alguna cueva...

—¡Lucía! —sentí un grito roto, me giré y vi que venía Cristian en mi dirección, Beca, Marc y Robert se pusieron a mi lado. Cuando llegó Cristian me cogió de la mano.

—Ven...

—No, me voy a casa.

—Nena, ven — sentí el rechinar de los dientes de Robert.

—Cristian hoy no.

—Pero... tenemos que hablar...

—Ahora no es el momento —se interpuso Beca.

—Solo quiero hablar contigo cariño, te necesito por favor, no te vayas y ven conmigo nena — sentí la mano de Robert entrelazarse con la mía, Cristian cerró los ojos y muy amablemente le pidió que me soltara. Robert no contestó y tampoco le hizo caso.

—Ven por favor... no me queda paciencia... —se estaba poniendo nervioso.

—Ya te he dicho que no, déjalo, mejor otro día.

—Por favor...

—¿Estás sordo o qué? —dijo Robert—. No quiere hablar contigo.

—Tú, te callas... —Cristian se abalanzó sobre él pero Marc se lo llevó a rastras.

—Iros a casa, Beca vete también con ellos que ahora iré yo —vi como mi hermano cogía a Cristian y tiraba de él...

—Suéltame —gritaba furioso.

Pero Marc era un toro y podía con él, gracias a Dios sabría cómo tranquilizarlo.

Robert tiró de mi mano y me obligó a caminar hasta el coche, me senté adelante y me giré en dirección a la ventana.

—No te muerdas las uñas —me dijo Robert, mientras conducía con soltura por *Barna* <<que guapo es>>.

Aparcamos en mi casa, encontró sitio sin esfuerzo.

—Me marcho al hotel. —se despidió Robert de nosotras.

—¿Qué hotel? ¡No! ¿Por qué?

—El mío, en algún sitio tendré que dormir.

—Quédate en mi casa —me miró y parpadeó.

—Esperaré a que venga tu hermano.

Entramos en casa y por fin pude descalzarme, les ofrecí tomar algo pero

para ese entonces Beca ya estaba rebuscando por los armarios gritando:

—Tengo *jambre* Lucy.

—Busca lo que quieras —dije poniendo los ojos en blanco. Me dirigí a la terraza donde estaba Robert fumando y me senté a su lado.

Beca salió a la terraza con una botella de agua y se sentó a nuestro lado mientras Robert hablaba con mi hermano por teléfono, no me hacía ni puñetero caso y eso me hacía sentir incómoda.

—Beca, dice Marc que bajas que te lleva a casa —al despedirme de Beca me perdí en mi habitación, me puse un camisón negro de encaje algodónado que se ajustaba a mi cuerpo como una segunda piel. En ese mismo instante entró Robert.

—Tápate, tenemos que hablar —me pasó la bata de seda que encontró al lado de la cómoda, lo miré y me la coloqué por encima.

—¡Joder! no sé qué es peor... —dijo mientras se humedecía los labios, suspiré y lo seguí por el pasillo hasta la cocina. Se sentó en un taburete y cruzó los brazos sin dejar de mirarme.

—¿Quieres beber algo?

—Si, lo que sea, deja de moverte y contonearte delante de mí, no estoy de humor y puedo llegar a ser algo cabrón —abrí los ojos nerviosa cogí una botella de vino rosado afrutado.

—¿*Libalis Rose*? —asentí dejándolo delante de él. Fui hasta la vitrina ahumada que tenía justo enfrente y me puse de puntillas para intentar abrir la dichosa puerta, que no alcanzaba.

—Robert —lo llamé.

—Dime —lo sentí pegado a mi espalda mientras sus manos empezaban a subir el camisón por encima de la cintura, me acarició los cachetes y los masajeó mientras apartaba mi pelo y me besaba en el cuello, me pasó la lengua de arriba a abajo mientras besaba mi mentón.

—Si quieres que pare, solo tienes que decírmelo.

—No, no quiero que pares...

—Entonces qué quieres preciosa, dímelo.

—Quiero que me folles —me inclinó hacia adelante apoyando mi cara en la encimera, sentí como rompía mi tanga y este caía << no gano para bragas con este hombre >>.

—¿Quieres sexo o prefieres que te haga el amor?

—Haz lo que te dé la gana, pero hazlo ya —me quejé, iba a entrar en combustión.

—Separa las piernas —alzó mi culo y me lo mordió. Después vinieron cinco cachetes rápidos y fuertes sobre el mordisco.

—Aah —me quejé.

—Uno por cada beso que me has negado y este —“plas” sentí su mano contra mi sexo —este por lo de hoy, por mirarlo como lo miras —intenté moverme para encararlo pero me retuvo con una mano en mi espalda.

—Quieta —volvió a golpear mi sexo con la misma determinación.

—¡Joder! estás empapada —metió dos dedos dentro de mí y los rotó. Gemí, sentía palpitar mi vagina.

—Dime ¿qué quieres?...

—Te quiero dentro de mí.

—No sé si quiero meterte la polla y dejar que me utilices....

—Robert...

—Cállate —se apartó de mí apoyándose en la barra.

—Desabróchate la bata y ven —caminé hasta llega a él.

—Bésame —dijo rabioso. Besé sus labios con deseo, él no me tocaba ni se movía.

—Desnúdame —me deshice de su ropa, colocó sus manos en mis hombros y me ayudó a arrodillarme.

—Trágate la —lamí su punta húmeda.

—Eres una jodida gatita —tiró de mi pelo con fuerza.

—Entera, trágate la entera —la sostuvo desde su base y con la otra mano tiraba de mí dirigiendo los movimientos.

—Me voy a correr en tu boca y quiero que me mires... —asentí como pude mientras él entraba y salía de mí provocándome arcadas.

—Gira un poco la cabeza Lucía, no te costará tanto —dijo dando un último empujón. Sentí su calor en el fondo de mi garganta.

—Sigue —volvió a empujar en mi interior, se estaba recomponiendo de su orgasmo apoyado en la encimera, yo seguía delante de él muerta de deseo.

—Robert vamos a la cama.

—No, ven —sentí frío en mi interior y los ojos me escocían, quería llorar.

—¿Por qué tiembles? —preguntó, me encogí de hombros y me acurruqué en su pecho, lo besé entero, los pectorales, los hombros, las costillas y volví a mirarlo, descendí por su garganta dejando un reguero de besos a mi paso. Él mantenía los ojos cerrados y respiraba tranquilo, me rodeó con sus brazos mientras yo no dejaba de mirarlo. Pasamos así más tiempo del que podía imaginar. Me levantó en brazos y caminó conmigo hasta mi cama.

—No dejes de besarme.

—No —dije al sentirlo encima de mí, me aplastaba con su cuerpo.

—Nunca —susurró.

—Nunca —respondí.

—Te voy hacer el amor nena —descendió por mi cuerpo hasta meterse debajo de mi camisón, cuando encontró mi sexo lo devastó con su lengua una y otra vez mientras yo me removía debajo suyo. Mi cuerpo temblaba y mi útero se contraía por el deseo.

—Robert por favor ya... ya —intenté apartarlo pero me lo impidió, subió lentamente por mi cuerpo hasta besarme en la boca.

Sentí que tentaba mi entrada con su pene erecto y cerré los ojos.

—Espera ponte...

—No, no me voy a poner nada...

—Pero yo...

—Sé que tomas la píldora, no me mientas —dijo clavándose en mi de una estocada—. Ya te follé una vez a pelo sabiendo que no pasaría nada... —gemí de placer, lo noté hasta lo más profundo de mi ser, su piel entró en mí quemándome por donde pasaba y a su vez calmándome—. Quiero estar así dentro de ti, sin nada que se interponga entre nosotros.

Me hizo el amor de una manera tan suave que me estaba volviendo loca, quería fundirme más en él quería escuchar de su boca un << te quiero >> solo algo que demostrara su verdadero amor por mí, le entregué mi corazón y mi alma << tuya, soy tuya >>.

—Mía eres mía, te quiero entera Lucía —dijo besando mi garganta y volviéndome loca.

—Mío, eres mío.

Por fin esa locura estaba llegando a su fin él se corrió diciendo mi

nombre y yo mordiendo su hombro y clavándole las uñas, sin salirse de mí siguió besándome un rato más.

—¿Te duchas conmigo? —me preguntó, yo asentí y cogí su mano. En la ducha seguimos besándonos como nunca yo apoyada sobre las frías baldosa y él sujetándome de las caderas, nos besamos como si no hubiera un mañana. Al salir a la ducha lo noté tenso.

—¿Qué te pasa? —le pregunté, acaricié su espalda y besé sus omoplatos.

—Será mejor que me marche...

—Quédate —le dije apenas en un susurro y lo abracé.

—¿De verdad quieres que me quede? Sé sincera nena... yo no razono contigo.

—Sí Robert, de verdad quiero que te quedes... —<<conmigo para siempre>>.

—¿Para no estar sola o porque?...

—Porque quiero que te quedes conmigo y que me abracés —se giró sosteniéndome la mirada, yo le sonreí—. Quédate aunque solo sea esta noche, pero quédate.

—Si me quedó esta noche, mañana querré más y pasado y al otro y al otro...

—Negociaremos—dije asustada. <<Aix que me lo como>>.

—No quiero negociar contigo, quiero dejar que fluya y que sea lo que Dios quiera...

—Ven —tiré de él hasta llevarlo a la cama, me deshice de la bata y me acosté con solo unas braguitas de algodón color vino.

—Abrázame —él me obedeció enterrando su cara en mi pelo, no le dejé dormir en toda la noche necesitaba su cuerpo y él cumplía mis exigencias.

—Nena ¿qué te pasa? —me dijo mientras volvía a correrse—. No te cansas, no tienes fin.

—No, de ti no —fue lo único que conseguí decir. Él te quiero quedó para mí, el primer te quiero que decía mi corazón y no mi boca.

Al despertarme él seguía durmiendo tranquilamente, me di una ducha rápida y me vestí con un tejano cortito y una camiseta ancha que mostraba mi ombligo, con unas *espardeñas* azules y un sombrero de paja. De complemento escogí unas pulseritas de colores y un collar de dos vueltas azul oscuro con margaritas, me encantaba ese collar.

Salí a la calle y compré algo para desayunar, el periódico y un paquete de tabaco. La noche con Robert resultó ser maravillosa, me sentía tan saciada y completa << sí, era esa la palabra correcta >>.

Entré en casa sin hacer ruido, dejé las cosas y fui a ver a Robert, estaba con todo su cuerpo estirado y los brazos en cruz, me acerqué a él y le besé en los labios.

—Despierta grandullón —volví a besarlo, él abrió un ojo y después el otro.

—Nena —sonrió.

—Venga despierta ¡vamos! te espero en la terraza —me escapé corriendo de un abrazo de oso.

Preparé el café y serví la mesa, lo coloqué todo perfecto. Puse las pastas en unas bandejitas de colores a juego con el mantel, como siempre gris, negro o lila, son mis colores favoritos para que negarlo.

Robert salió con los tejanos desabrochados, descalzo y sin camiseta. Esa imagen suya de recién levantado no tenía desperdicio con el pelo revuelto y esa cara de malo, o yo me estaba poniendo enferma o él era el hombre más sexy del mundo. Cerró los ojos al salir, al pasar junto a mí me acarició la cabeza inclinándola delicadamente hacia atrás para poder besarme.

—¿Has bajado a la calle?

—Nooo, tengo a un enano en la cocina preparando todo tipo de pastas — me reí de él y después le lancé un beso.

—Muy graciosa —dijo al tiempo que cogía un croissant relleno de chocolate y se lo llevaba a la boca.

—¿Vamos a la playa? —solté de repente.

—No me he traído nada de ropa...

—Bueno mi hermano aquí tiene de todo, en la habitación que hay al fondo.

—¿Quieres ir a la playa?

—Sí, después si quieres podemos comer en el puerto ¿qué me dices? — dije poniendo morritos.

—Lo que tú digas, preciosa.

Salimos de casa los dos cogidos de la mano, parecía feliz incluso reía.

—¿De qué te ríes? —sus ojos fueron hasta mi sombrero.

—No será de mi sombrero ¿Verdad?

—No me río de él nena, es que estás preciosa.

—Mmm no sé yo.

—No te imaginaba tan hippy cielo, me la pones muy dura.

—¿Por mi sombrero?

—El sombrero es un añadido, es todo el conjunto el que me encanta, me muero de ganas de follarte con el sombrero como único atuendo.

—Cochino —me reí—. ¿Entonces te gusta?

—Me gusta todo de ti nena ¿no lo sabes ya?

—A ti te gusta todo lo que tenga falda.

—En absoluto, me gustas tú con falda, que es otra cosa muy distinta.

Nos dirigimos a la playa con su coche. El ambiente entre nosotros era diferente había cambiado, estábamos contentos y ninguno mantenía las distancias << parecíamos una pareja feliz, ¡woooo muero de amor!>>.

Estacionamos en la gran explanada de tierra que había junto a la playa de Marbella. El cargaba con mi bolsa y con la otra mano me cogía de la cintura posesivamente. Después de un buen rato buscando sitio y encontramos uno justo al ladito del agua, extendí mi maxi toalla de color negro y verde pistacho y preparé mi set ``playero``: gafas, protección, iPod y libro.

—¡Nena! Sí que traes cosas —se rió. Se quitó la camiseta y vi como todas las mujeres a su alrededor lo miraban <<perras malas ¡es mío! >> dije para mis adentros. Dejé resbalar mis pantalones y los guardé en la bolsa, después la camiseta (todo con movimientos estudiados estratégicamente... ¡chupaos esa perris!). Me senté a su lado y desabroché la parte de arriba de mi bikini bajo su atenta mirada.

—¿No te importa? ¿No?

—¿A mí? —dijo extrañado—. A mí no nena, si dependiera de mí te prohibiría ponerte hasta ropa —se rió.

—Además tienes unas tetas que son dignas de ver.

— ¡Calla!

— Bésame —tiró de mi fuertemente cogiéndome de la nuca.

Después se fue al agua y nado un buen rato. Me llamó para que fuera con él, lo intenté pero el agua estaba demasiado fría y me volví a la toalla.

—¡Ven tonta!

—¡Ni loca está helada!

—Vamos —puso morritos.

—Que no, que no —pensé que iba a darme un beso, pero no... me cogió en volandas llevándome en sus brazos. Yo chillaba como una histérica por sus cosquillas, encima se adentró en el agua despacio, dejando que notara lo fresquita que estaba <<te adoro oooooo>>.

Jugamos en el agua como dos críos, entre besos y abrazos. Cuando él se reía ilumina todo a su alrededor <<¿Hola? No te enamores>>.

—¿Qué miras?— me preguntó.

—Lo guapo que eres...

—¿Soy guapo?

—¡El más guapo del mundo mundial! guapísimo —salté encima suyo y le di un beso.

—¿Te gusto? Nena, ¿de verdad?

—Claro, de lo contrario no estaría deseando ponerme debajo de ti.

—Esa boquita tuya me la pone muy dura —me reí.

—Eres un cerdo.

—¿Y tú? No me has dejado dormir en toda la noche, has abusado de mí ¿sabes? —dijo levantándose en brazos por encima de su cabeza.

—¡Yo! ¡Ja! que morro —me lanzó hacia atrás estrellándome directamente contra el agua, al salir me dio un beso.

—Me muero por probarte saladita.

—Estás enfermo.

—Después de secarnos decidimos irnos a comer. Nos dirigimos a la famosa Villa Olímpica como decía Robert, que se declaró fan de ella en el mismo instante que la vio. Lo llevé al restaurante Salamanca a probar sus arroces. Degustamos una paella deliciosa. Ya estábamos tomando el café cuando llamó mi hermano, interrumpiendo ese momento mágico que estábamos viviendo <<no se puede ser más bonito que él>>. Estaba en una nube, era tan romántico, de vez en cuando me daba algún golpecito cariñoso en el sombrero y me recordaba que me quería desnuda en la cama con él <<sus deseos son órdenes para mí>>.

—Lucy ¿dónde estás?

—En el puerto con Robert.

—Oye el avión sale a las ocho, no me dejarás tirado otra vez.

—Ostras no me acordaba del avión Tete, no te preocupes estaré lista.

—Vale paso a por ti.

—Espera, espera, dame un segundo.

—¿Robert tú has venido con el coche? —me lo confirmó moviendo su cabeza.

—¿Me voy contigo? —sonrió.

—Claro cielo.

—Tete iré con Robert en el coche.

—Esta bien, nos vemos en casa.

—Vale, piensa que llegaré tarde.

—Está bien y tú piensa que a las doce y veinte tenemos la reunión.

—Sí, no seas plasta —después colgué y miré a Robert.

—¿De verdad te vienes conmigo en el coche?

—Sí.

—¿Y eso?

—Son seis horas de camino, para hacerte compañía.

Acabamos de tomar el café y fuimos directos a casa.

—Cielo te doy dos minutos para que te desnudes y te pongas en la cama con las piernas bien abiertas.

—¿Que dices? Estás loco.

—Dos minutos o te arranco el bikini, en serio —lo miré con la boca abierta y salí corriendo hacia mi dormitorio, dejando parte de mi ropa por el camino.

—¡Ya estoy! —dije poniéndome el sombrero y abriendo las piernas, con una sonrisa en los labios. Apareció en el marco de la puerta con una sonrisa triunfal.

—¡Joder! —dijo dejándose caer en la cama y enterrando su cabeza entre mis muslos. Me estaba volviendo loca, succionaba y lamía como si estuviera desesperado, me levantó el trasero con las manos y continuó lamiendo todo mi ser.

—Córrete ya nena, me estás matando —dicho y hecho. No me controlé más y me dejé ir como me pedía. Continuó lamiendo todo mi cuerpo.

—Me encanta todo de ti cariño —<<¿Hola? ¿Ha dicho cariño?>>.

Hicimos el amor durante dos horas, él devoraba mi cuerpo y yo el suyo... Nos marcamos a fuego.

Salíamos de mi casa poco después, él arrastraba una maleta mía gigante.

—¿De verdad te llevas todo esto?

—Sí, ahora que me ahorro facturar —me reí.

—Te sigues aprovechando de mí —dijo levantándola y metiéndola en el maletero.

— No seas tonto —vibró mi teléfono y al descolgar escuché la voz de Cristian.

—Lucía tenemos que hablar antes de que te vayas...

—Vas tarde, salgo ya en coche con Robert.

—¿Te vas con ese?

—Si me voy con él, se llama Robert por si te interesa saberlo...

—¿Dime qué cojones tenéis? ¿Ya me has olvidado?

—No tengo por qué decirte nada de mi vida —Robert se montó en el coche en silencio.

—No me chilles Cristian, dime lo que quieres y déjame tranquila de una vez, haz tu vida que yo hago la mía, no tengo por qué responder a nada. Solo te diré que somos amigos y estamos bien juntos, tú estás con Cristina y yo no te he reprochado nada ¿verdad?

—No me reprochas porque te estás follando a otro.

—Habla cuando estés calmado.

—¡Estoy calmado! —gritó.

—Vale, adiós.

—No me cuelgues —dijo antes de que yo cortara la llamada.

Busqué en la agenda el teléfono de mi hermano que al primer tono respondió.

—Dime.

—Voy a apagar el teléfono cualquier cosa llama al de Robert.

—Vale.

Desconecté el teléfono y lo guardé al fondo de mi bolso.

—Pon música, Robert —toqueteó los botones y enseguida sonó una melodía.

—Es Divo.

—Perfecto. —Con el vaivén del coche y esa música no tardé en dormirme.

—Despierta nena —dijo dándome un beso en los labios. Abrí los ojos y vi un área de descanso, pasado Zaragoza.

—Venga perezosa —abrió la puerta del copiloto y me bajó.

—¿Qué hora es? —dije bostezando.

—No son las seis todavía.

—Hemos salido a las cuatro ¡por Dios!

—Venga va...

—Has corrido mucho...

—No tanto...

—¿Es verdad, que tardaste seis horas en venir a verme?

—No.

—¿Que eres el Ave? —se rió.

Después de merendar nos incorporamos de nuevo a la ruta.

—¿Qué me miras? —dije pasota.

—Te miro a ti, ¿no puedo?

—Así no—dije con mi dedito acusador.

—¿Cómo quieres que te mire?

—No sé —me reí.

—Me gustaría parar un rato y que pasáramos a los asientos de atrás cielo
—lo miré dos veces.

—¿Lo dices en serio? —bufó.

—Claro, ese vestidito tuyo me tiene loco y esas piernas —me las acarició
—. Y esas tetas ¡joder!

—Venga, para... —descendió su mano hasta mi sexo hurgó con un dedo
dentro de mi ropa interior—. Estate quieto o para...

—No quiero dejar de tocarte.

—Vale, busca un sitio y para de una vez —dije apartándolo mientras él se
mordía el labio.

Al primer desvío salió disparado. Estábamos en una carretera poco transitada y en un lado había unos bancos de picnic solitarios. Aparcó de cara a la carretera y saltó dentro llevándome con él, me sentó encima suyo y volvió a romper mi ropa interior.

—Pero bueno... con esta son cuatro las bragas ¡ya está bien! —me reí por su cara.

—Me importa una mierda las bragas que te rompa ¿sabes por qué las destrozo nena?

—A ver, ilumíname —me crucé de brazos.

—Me encanta romperte las bragas por la cara que pones.

—Pero estas... son nuevas —dejé que me estrechara entre sus brazos y me lamiera el pecho.

—Mañana te compraré montones de bragas.

—¿Sabes?

—Cállate, no me repliques más, te compraré lo que quiera somos amigos ¿no?

—Sí.

—Pues entonces ya está. —Desabroché su bragueta y bajé su bóxer.

—Nena métetela —dijo ronco, me la introduje despacio—. Eso es... así... despacio, ¡joder! me encanta como lo haces... —me decía mientras los dos nos abrazábamos y nos amábamos despacio, sin prisas. Tras una buena sesión de “sexo/cocheril” nos volvimos a vestir y continuamos la marcha hasta la casa de mi hermano.

—¿Pero por qué no vienes a mi casa a dormir esta noche?

—Poco a poco, Robert si empezamos así me agobiaré.

—Esta bien, lo haremos como tú quieras.

—Seguiremos la base de nuestro acuerdo y si se tercia saltaremos algunas normas.

—¿Qué coño dices? Te dije que lo dejáramos fluir.

—Prefiero que no, me da miedo, ¡venga va! mañana nos veremos.

—Está bien, enciende el puto teléfono y contesta cuando te llame ¿vale?

—Si eso haré —bajé del coche mientras él sacaba mi maleta, la arrastró hasta el portal, me cogió de la cintura y se pegó a mí mientras me besaba

con todas sus ganas y me deseó felices sueños.

No sabía si podría conciliar el sueño esa noche, lo que si sabía a ciencia cierta era que jamás olvidaría los días tan maravillosos que pasé junto a él.

*No me despiertes,
te estoy soñando.*

Frase.

CAPÍTULO 26

¿Hola? Estas son mis margaritas.

Desperté temprano llena de energía y felicidad. Me di un estupendo desayuno con mi hermano y después una larga ducha, me puse al día con la rutina de belleza. Me depilé y me embadurné en crema, vamos lo que se dice una puesta a punto en toda regla. Me decidí por un conjunto de ropa interior sexy, a decir verdad me sentía realmente provocativa, cogí unas ligas y unos pantis con una falda de tubo negra bastante ceñida de cintura alta, una blusa color coral sin mangas y con bastante escote, un collar de bolas negras largo al igual que las pulseras. Me calcé mis zapatos de salón negros y me encaminé al baño a darme los últimos retoques. Antes de salir por la puerta de casa cogí mi bolsito, los bocetos y me encaminé hacia el exterior.

El taxi me tuvo que dejar dos manzanas antes de la oficina y como iba con tiempo decidí darme un paseo. Entré en el edificio con paso decidido. Los compañeros de mi hermano se levantaron a mi paso con una sonrisas estúpidas, intentaba sonreír en forma de saludo pero... me daba la risa <<en esta oficina son todos unos depravados>>.

—¿Qué cojones pasa aquí? —sentí gritar a Robert—¿no tenéis trabajo? ¡venga! —dio dos palmadas, me giré y lo encontré en la puerta de su despacho con Edu a su lado, este tenía una sonrisa pícaro y Robert la cara desencajada, miraba al resto de sus compañeros como si quisiera matarlos... yo estaba plantada igual que un árbol, con los ojos muy abiertos. Los saludé con un gesto de mano.

—Lucía espera —se acercó a mí, sentí que el corazón se salía de mi pecho. Llevaba un traje gris claro y camisa negra. Cuando se situó delante de mí, no sabíamos si darnos dos besos o uno directamente. Después de no acertar se me escapó un risita y él me cogió de la cara y me dio un besito

en los labios <<un besito de periquito>> no le pegaba nada —. Nena la reunión se ha aplazado hasta después de comer —dijo bajito mirando a sus compañeros con mala cara.

—No me ha dicho nada mi hermano.

—No que extraña, ven —me cogió de la mano y nos dirigimos hacia el despacho de Marc, dimos unos golpecitos en la puerta y él nos hizo pasar.

— Hostia Lucy se me ha pasado decírtelo —frotó su frente—. Llevo una mañana de perros y esto —dijo poniéndose en pie —me lo han dicho hace nada.

—Bueno Tete no pasa nada, como con vosotros y listo.

—Yo he quedado con la antigua decoradora para comer.

—¿¡No jodas!?! —dijo Robert.

—Si, no me ha quedado otra se ha puesto realmente pesada.

—Tete ve a ver.

—Sí, es que no me gusta...

—Será porque solo te gusta Beca ¿no?

—Ja ja lista o todas las que se le parezcan.

—Eres un cerdo Tete... arrgggg

—Entonces comes conmigo —me encaró Robert.

—Claro.

—Pues venga nena vamos —me despedí de mi hermano.

Estábamos esperando al ascensor, cuando este se abrió y salió una chica menuda rubia algo delgaducha y con dos enormes pechos.

—Vaya Robert —dijo ella dándole dos besos.

—Hola —le dijo él cogiéndome de la mano.

—¿Te vas?

—Sí, vamos a comer.

—Ooh —hizo una mueca de pena—, pensé que podríamos comer los tres, como antes— Robert le contestó bastante rudo.

—A mí no me apetece, venga hasta luego.

—Tú te lo pierdes —dijo ella dando un golpe de melena.

Perooo buenoo que descarada, me dio la risa ya dentro del ascensor.

—¿De qué te ríes? —Me arrinconó contra una esquina olisqueando mi cuello.

—De la situación, ha sido algo rara ¿no?

—Es una tía asquerosa —se estremeció. Mi mente recordó la conversación que tuve hace algún tiempo con mi hermano y poco a poco se me retorcieron las tripas.

—No serás tú el tercero en discordia en esa relación ¿no? —levantó la vista y me miró.

—¿Qué quieres decir? habla en cristiano.

—Tú también te la tirabas, con mi hermano ¿verdad?

—Sí —dijo seco—. ¿Qué sabes tú?

—Lo justo, algo que me ha contado mi hermano —intenté arrinconarlo contra mi cuerpo, estaba celosa y rabiosa.

—Pues sí era yo —se abrieron las puertas y salimos.

Caminamos hasta la otra esquina, mientras él intentaba cogerme de la mano yo me negué en rotundo. Entramos en un restaurante y a mí la cara me llegaba al suelo.

—¿Qué te pasa?

—A mí, nada ¿por qué lo dices?

—Se te ha cambiado la cara —dijo removiéndose en la silla.

—Pues no me pasa nada.

Casi no hablamos en toda la comida yo me sentía tensa y quería matarlo, mientras él tenía una sonrisita de satisfacción en la cara. << Esta me la pagas >>. Después de comer volvimos a la oficina y fui directa al despacho de mi hermano.

—A ver casanovas —dije apoyándome en la mesa — ¿Dónde vamos a hacer la reunión? necesito sacar los puñeteros bocetos y ¡hacer algo!

—¿Qué te pasa? —dijo Marc cogiéndome de la mano.

—Nada, me duele la cabeza...—me la cogí entre las manos.

—¿¡Qué le has hecho!?

—¿Yo?— dijo Robert — nada de nada...

—¡A ver! ¿dónde pongo mis cosas? —dije al borde del llanto.

—En tu despacho, ven sígueme —dijo Marc. Pasé por al lado de Robert sin mirarlo y entré en un despacho justo enfrente de él.

—Espero que te guste —dijo mi hermano cerrando la puerta —. Más o menos lo he dejado como el de Barcelona, si necesitas algo me llamas, al lado del teléfono tienes las extensiones las que están rotuladas son la mía y la de Robert.

—Vale, gracias Tete.

—De nada peque, gracias a ti es un honor contar contigo en mi equipo, eres la mejor —dijo al tiempo que me besaba en la frente.

En ese pequeño espacio me sentía como en casa, era una habitación grande toda blanca con unas cortinas tupidas de color moradas, una mesa de dibujo enorme en medio y el escritorio en un lado justo debajo de la ventana. Tenía dos plantas una en cada lado y en la mesa una foto de Marc y mía en blanco y negro, le faltaba algún toque mío pero me gustaba, me descalcé para ponerme cómoda, me recogí un moño alto y me puse manos a la obra con los bocetos y diseños. Lo cierto era que no tenía nada que hacer, estaban perfectos solo faltaba el visto bueno de los clientes. En ese momento llamaron a la puerta.

—Adelante —dije entretenida con un dibujo.

—Perdón señora Lucía, han traído un ramo de flores para usted —arqueó una ceja.

—Está bien, ¿las puedes recoger tú? —sonreí a la muchacha de recepción.

—Sí —dijo fingiendo una sonrisa de seguridad y cerrando la puerta. Poco después volvieron a llamar y apareció ante mis ojos un enorme ramo de margaritas, me quedé petrificada en el sitio, como diría mi Beca << muerta moría >>.

—Señora...

—Llámame Lucía o Lucy por favor —sonreía porque quería caerle bien, hacer amigas <<¿hola? busco amigas>>.

Ella dejó las margaritas en la mesa y una cajita con una nota.

—Lu... Lucía voy a buscar un jarrón para las flores...

—Esta bien, cogí la cajita, en el dorso estaban inscritas el nombre “La Pajarita”. El papel era de diseño antiguo, al abrirla la boca se me hizo agua, tenía un surtido de doce bombones de chocolate de diferentes formas, los ojos me hicieron chiribitas y sin dudarlo me metí uno en la

boca que me transportó directamente al cielo. Observé la nota y me decidí a leerla.

Bienvenida a la oficina ¡nena!

Después de esto que le den a

las margaritas. Robert

Solté una risotada y el corazón latió con fuerza <<era él, era Robert, era mi verdadero amor el portador de mis margaritas... y mi cuento de princesa >>. Se abrió la puerta de mi despacho.

—Perdona la tardanza Lucía — la chica cogió las margaritas y las metió dentro de un jarrón azul.

—¿Dónde las dejo?

—Déjalas donde prefieras, por cierto ¿cómo te llamas?

—Laura Medina.

—Encantada, Lucía Barrat.

—Si la hermana del señor Marc.

—Sí, siéntate y nos conocemos un poco —ella se sentó y cruzó sus piernas—. Soy nueva en la ciudad y no conozco a nadie aquí Laura, podríamos...

—Nena —entro Robert como un huracán en el despacho y las dos nos llevamos un susto de muerte —. Perdonar... —dijo él viniendo en mi dirección — ¿tienes cinco minutos?

—Claro.

—Yo vuelvo a mi puesto.

—Está bien Laura, ¿nos tomamos un café más tarde?

—Estaré encantada —nos dedicó una sonrisa y después salió.

—¿Ahora te vas a hacer amiga de la rarita?

—¿Rarita? ¿Por qué dices eso?

—Lleva aquí tres años, y casi no habla con nadie es muy cortada.

—Ooh vaya —me colgué de su cuello burlándome de él—, será la única mujer que no ha caído bajo tus encantos.

—Mira que eres payasita —me masajé las nalgas con las dos manos.

—Oye, esto —señalé las margaritas y los bombones — ¿lo haces con todas tus nuevas compañeras?

—¿Qué? yo ni loco —se rió—. Es la primera vez en mi vida que compro flores y bombones... para ser sincero con los bombones es la segunda vez —arqueé una ceja —Sí, no me mires así celosa.

—Yo no estoy celosa.

—A ¿no?

—No —me acerqué a su boca y lo besé—. Creo señor, que usted con el gesto de hoy ha roto la norma de no hacer ninguna muestra de afecto.

—Eres una bruja mala.

—Y tú estás guapísimo —le desabroché un botón de la camisa.

—No juegues con fuego nena, tienes a tu hermano al lado y en veinte minutos tenemos la reunión.

Lo callé con mi boca, mientras lo atraía hacia mí, me senté en mi mesa y abrí las piernas mientras él se colaba entre ellas.

—Me tienes loco.

—Eso ya lo estabas antes de conocerme.

—Cuando te vi en la puerta del local perdí toda mi cordura y después cuando te encaraste conmigo me volví loco, pero loco por ti.

—No te creo nada.

—Mientes de pena —nos besamos un poco más.

—Robert ¿por qué margaritas?

—No sé... qué más da... ¿no te gustan?

—Me encantan, son mis flores preferidas. Mi padre de pequeña me contaba una historia y... bueno... déjalo.

—No cielo, cuéntamela... —entró mi hermano.

—¡Ooh joder! aléjate de mi hermana — se dio la vuelta y se tapó los ojos, me reí.

—Pero Tete ¿qué haces?

—Bájate la falda Lucía que te calzo una hostia —Robert y yo estallamos en carcajadas.

—Tú... tú podrías apartar un poquito las manitas de mi hermana.

—A ver Marc, no estamos haciendo nada.

—Separaros de una vez y daros prisa están afuera los clientes.

—Espera —dijo Robert mientras yo me bajaba la falda y atusaba mi pelo.

Caminamos los tres juntos hasta el despacho de Marc.

—Entra conmigo de la mano nena.

—¿Qué dices? ¡estás tonto!

—La sala está llena de hombres, seguro que alguno se quiere pasar de listo, mejor que te vean conmigo de una vez y el resto de idiotas de la oficina.

—No, me niego en rotundo —dije acelerando el paso y uniéndome a Marc, que lo miraba divertido.

La reunión fue más que bien, que digo bien... fue genial. Cuando entraron los clientes todas las miradas se dirigieron a mí, en un principio me paralicé pero rápido reaccioné y me presenté muy profesionalmente. Vino la clienta hacia mí...

—Encantando de volver a verte Lucía.

—Igualmente —sonreí coqueta.

—Como veis —se dirigió a sus socios— no me equivoqué ni exageré, ¡es la mejor! Lucía Barrat es la artista que nos ha hecho los bocetos. Como ya sabéis es la encargada del proyecto final, todo tiene que pasar por ella antes. Los dos hombres más mayores se deshicieron en halagos...

—¿Cuándo podrás empezar? nos comentó el señor Barrat que estabas desbordada de faena — me dijo el más joven de los dos altos, que se mantenían al margen. Rubio como muy... ruso y con una mirada penetrante que me estaba creando un serio problema, con tanta miradita a mí escote.

—En cuanto esté la obra, cogeré las medidas y me pongo a ello, la obra es primordial como me comentaron mis socios —miré a mi hermanito orgulloso y a Robert que mantenía los ojos en el “rusito buenorro”.

—Genial, sería fantástico que te pusieras conmigo enseguida. —<< ¿Comorrr ?mi cara era un poema >> —No me mal intérpretes, me cuesta un poco el idioma —me dedicó una mirada cómplice.

—No tranquilo... necesito que escojáis los materiales y algunas telas pero por lo demás... lo tengo todo bajo control.

—¿Cuándo las tendrás?

—Mañana mismo, a media tarde.

—Está bien... aquí estaré, cuando tú me digas.

—Perdona —nos dijo la clienta—. ¿Te ha comentado Marc que queremos que nos hagas los diseños de una casa?

—Sí, me lo ha comentado...

—¿Qué te parece? —me estudió con la mirada.

—Me parece fenomenal y me encantaría por supuesto, pero antes de hacer nada necesitaría ojearla bien y tomar algunas fotos ya que las casa son muy personales, en fin... conocer los gustos de los propietarios.

—Podríamos quedar esta semana y nos pasamos por ahí.

—Claro, perfecto, dime que día te va bien y me organizo una tarde libre en mi agenda.

Las dos hablábamos de pie en actitud desenfadada, yo mantenía mi cadera apoyada sobre la mesa de Marc para poder mostrar mejor los diseños ya que estaban todos sentados mirándome, a mi espalda estaba mi hermano, el ambiente era relajado y yo llevaba la batuta de la conversación.

—Por cierto los bocetos de la sala polivalente ¿qué te parecieron?

—Sublimes —contestó el más joven invadiendo mi espacio vital, tanto fue lo que se acercó que tuve que inclinarme hacia atrás, Robert se removió nervioso en su asiento mirándome muy serio.

—Me han parecido increíbles Lucía.

—Muchas gracias —me sonrojé por esa mirada tan intensa que iba de mis ojos a mi escote.

—¿Cuándo te vendría bien pasar por mi casa?

—¿Perdón?

—Yo estaré aquí toda la semana y podríamos ir juntos.

—Tengo que consultar mi agenda, mañana tengo que recibir unas cosas de otro proyecto y hacer mi mudanza, lo cierto es que estoy liada.

—Mira a ver y me llamas...saca una tarde para mí —me entregó una tarjeta. La cogí entre mis dedos y lo miré.

—Está bien señor...

—Llámame Alex y llámame directamente a mí, la casa es mía —abrí los ojos ante las atentas miradas de todos los presentes en la sala, que no eran pocos.

—Podríamos comer juntos así me conoces un poco más —abrí la boca por la sorpresa y él sonrió —. Para el diseño... has dicho que tenías que conocer al propietario ¿no?

—S... sí...

—Pues te invito a comer y vamos a la casa.

—Está bien, le llamo en cuanto consulte mi disponibilidad.

—Te estaré esperando... —dijo tendiéndome la mano, mi intención fue estrechársela pero << nooo, horror >> se la llevó a la boca y dejó un beso sobre mis nudillos. Robert nos miraba de pie y estaba tenso, carraspeó cuando el beso se ralentizó, provocando que todos lo miraran.

—Bueno... —me giré para encarar a los demás —Si no tenéis ninguna duda o algo que comentar me retiro. Ha sido un placer —besé a mi clienta y después estreché la mano del hombre más mayor —. Alex estaremos en contacto —dije con la intención de estrechar su mano, pero volvió a adelantarse cogiéndome desprevenida y me dio dos besos.

—Llámame —se acercó un poco más—. Espero tu llamada.

Salí de la habitación con el rabo entre las piernas, me escondí en mi despacho y bebí agua, mucha agua. ¡Qué mal rato por Dios! , me refresqué en el cuarto de baño y después recogí mis cosas.

Antes de salir me acerqué a ver a Laura que estaba en recepción.

—Laura ¿tomamos un café?

—Estoy liada pero mañana sin falta... —hice un puchero.

—Jooo es que no conozco a nadie y podríamos ser amigas.

—¿De verdad?

—¡Claro! dime qué tienes que hacer.

—Pasar estos pedidos por email y unas llamadas.

—Venga, llama ya y estos los envío yo.

Antes de darme cuenta ya teníamos todo el trabajo hecho.

—Ahora no me negarás ese café ¿no?

—Nooo, esta vez no, muchas gracias.

—Nada, para eso estamos las compañeras.

Escuchamos pasos y las dos nos dimos la vuelta, en cabeza venía Robert con una cara que daba miedito, detrás el Alex ese... mi hermano y los demás socios.

—Venga vamos —tiré de ella con cara de apuro.

—Lucía —sentí que me llamaba el ruso... bueno no lo tenía muy claro aún —giré sobre mis pasos y esquivé la mirada de Robert.

—¿Dígame señor?

—¡Alex! —recalcó acompañado de una sonrisa.

—Sí, perdón... Alex— sonreí.

—¿Te tomarías un café conmigo ahora?

—No puedo... he quedado con mi amiga Laura tenemos unos asuntos de trabajo.

—¿No me estarás negando un café?

—¡Claro que no! solo que...

—Venga ¡va! ámate —dijo la clienta.

—Laura... ¿lo dejamos para otro momento?

—Sí claro, ve tranquila.

—Bien, mañana nos vemos. Hasta luego —me despedí de los demás, me encaminé al ascensor y noté la mano de Alex acompañando mi paso acariciando mi espalda, quería morirme.

—Relájate mujer.

—Estoy bien, solo que tengo tantísima faena.

—No te robaré nada de tiempo, te lo aseguro solo, quiero un café.

Caminábamos sin rumbo.

—¿Dónde vamos? —lo miré extrañada.

—Yo no lo sé, no conozco esto —me reí—. Llevo aquí solo unos días.

—Vaya dos novatos en Madrid.

—Parece que sí...— sonó mi teléfono y sentí pavor al ver que la llamada era de Robert.

—¿Dónde cojones estás?

—Hola, trabajando.

—¿Que dónde coño vas Lucía? me suda la polla que ese...

—¡Bueno! te llamo en diez minutos.

—¡No me cuelgues! que te estoy viendo y te aseguro que me planto delante tuyo y te formo una escena. Date la vuelta y ven ahora mismo...

—¡Ay Dios! está bien en diez minutos estaré lista, por favor —dije bajito—, no me hagas esto.

—Eso espero, como a ese niño se le ocurra tocarte un pelo le parto la cara, eres mía, eres mi mujer ¡me cago en... —colgué, estaba como loco y chillaba como un energúmeno. ¿Hola? ¿su mujer? pero bueno, ¿qué le pasa a este?

—Te reclaman, normal... yo también lo haría...

—¿Si? —dije casi sin pensar << ¿hola? Lucía por Dios ¡céntrate!>>. Pensaba para mí mientras él me miraba —. Alex... —sonreí a la fuerza— tengo trabajo y algunos son proyectos que me llevan por el camino de la amargura.

—Para ser tan joven gozas de una reputación magnífica.

Entramos en un Starbucks, después de pedir un café solo y un capuchino de avellanas para mí nos sentamos y charlamos algo más de diez minutos.

Resultó ser un tipo agradable.

Lo más seguro es que me confundiera su acercamiento y el pobre no intentara nada. <<O eso le diría a Robert>>.

—Cuando me confesaron tu edad, no quise aceptar pero después de ver tus trabajos sé que eres la mejor elección. Y más después de conocerte, ya no tengo ninguna duda.

—Muchas gracias por confiar en mí...

—Bueno entonces espero tu llamada esta misma semana.

—Por supuesto...

—Lucía dime si me propaso... pero me gustaría saber... ¿tienes novio, o te ves con alguien? —<< ¡Tierra trágame! ¿por qué a mí?>>.

—Te diré que sí a las dos preguntas.

—Está bien, solo quería asegurarme a lo que me enfrento.

—¿Para? —dije armada de un valor que para ser sinceros ni yo misma sabía que tenía.

—Para salir contigo Lucía, me gustas...

—Yo siento ser brusca Alex pero tengo pareja y no salgo con un hombre que no sea él.

—Me lo estas planteando como un reto.

—No, no sigas por ahí por favor, esto no me gusta.

—Está bien, pero... no dejas de apetecerme, y mucho.

—Bueno me tengo que ir, encantada de trabajar contigo —soné tensa y algo fría.

—Encantado de conocerte y más encantado aún de que te hayas tomado un café conmigo, el primero de muchos... ya no te robo más tiempo —me contestó con seguridad. ¡JA! lo lleva claro. Dejé escapar un suspiro y negando con la cabeza me despedí de él.

Vi cómo se subía a un coche negro muy grande y yo me quedé en la puerta mirando como una tonta.

—¿Te acerco a algún sitio?

—No gracias, tengo que pasarme por la oficina — dije dándome la vuelta y caminando en dirección al trabajo, me volvió a llamar Robert.

—¿Dónde cojones estás?

—Oye tranquilízate, voy a la oficina.

—Ya te veo espérate ahí —escuché un coche a gran velocidad que hacía el mismo ruido que los de fórmula uno, me di la vuelta para verlo y lo que vi fue que venía en mi dirección con mucha fuerza, cerré los ojos pensando que me iba a arrollar cuando olí el olor a neumático quemado. Abrí los ojos y lo vi perfectamente aparcado delante de mí.

Robert salto del coche como un loco y mi hermano detrás descojonándose.

—Hola —dije pasando por su lado y montándome detrás.

—¿Cómo ha ido? —dijo Marc en tono calmado.

—¿Cómo ha ido? Marc no me toques los huevos, ese...

—Cállate tío, solo haces que llorar eres una casamentera —Robert abrió los ojos y se incorporó al tráfico.

—Bien Tete, es un buen tipo solo quería charlar de la casa sin ninguna mala intención.

—¡Una mierda! solo hay que ver cómo te mira...

—La mira como la miras tú...

—Pero yo puedo, está conmigo.

—¿A si ?¿estáis juntos? —fingió mi hermano como si no supiera nada.

—Vete a la mierda —le contestó Robert.

—A ver que yo me aclare... ¿Lucy estáis juntos? ¿es mi cuñado? —dijo

provocador—. Lucía no ha parado de repetir... —dijo en tono de burla imitándolo a lo dramático —Está con mi mujer, MI mujerrrrr —estallé en carcajadas mientras Robert me miraba por el espejo del coche.

—Haz el favor de contestar cariño...

—A ver Tete, no somos novios pero sí buenos amigos —Robert me fulminó con una de sus miradas que parecía atravesar el espejo.

—Robert ¿podrías dejarme en unos grandes almacenes?

—No.

—¿Cómo? —me enfadé muchísimo—. Tete, mañana tenemos que ir a algún concesionario; necesito una moto o un coche me da igual... necesito moverme y tener libertad.

—Un coche mejor —dijo Robert.

—¡Lo que sea! —dije fuera de mí—. No quiero depender de vosotros.

—¿Por qué no?, ¿no somos amigos?... —contestó con todo el retintín que pudo.

—Quiero ir a un centro comercial y no me llevas, yo no tengo porqué depender de vosotros, quiero mi propio piso y coche.

—Dejo primero a tu hermano en casa y después te acerco donde quieras. Cielo no te pongas así, era una broma.

—No me gustan tus bromas Robert.

—Cielo...

—No soy tu cielo ni tu mujer ni ¡nada!

—¿¡Cómo que no!?

—Nooo, no y no —dije bajándome del coche— déjame tranquila de una

vez.

—Cariño ¡joder! Perdóname por favor —corrió detrás de mí y me cogió de la mano —Cielo no pelees conmigo, sé que soy...

—¡Un idiota!

—Sí, lo sé pero yo...

—¿Pero qué os pasa a los dos? Parecéis novios, ¿no lo veis?

—¡No somos novios! —exclamamos los dos al unísono.

—¿No? Entonces qué es eso de cielo, cariño, nena y para colmo mi mujer... ¿Qué te pasa Robert?

—Déjame tranquilo Marc. Lucy vamos a mi casa y lo hablamos...

—No quiero, solo quiero darme un baño, cenar y relajarme.

—Vamos a casa yo te lo hago todo, por favor...

—Arrrgggg joder tío da pena verte —dijo Marc pasando de largo y entrando en el portal.

Robert y yo nos manteníamos las miradas como dos auténticos titanes, podía ver como su pecho subía y bajaba rápidamente. A cada segundo que pasaba se tensaba más. Yo estaba nerviosa, quería gritarle tantas cosas y no me salían, lo estudié de arriba a abajo y no entendía cómo podía estar enamorada de él, se estaba comportando como un déspota. Al subir mis ojos por su cuerpo y llegar a sus ojos me derretí.

—Lucía ¿por qué nos peleamos?

—Nos peleamos, porque eres un mandón y un machista que no me deja tranquila Robert, así que narices quieres —sentí sus manos alrededor de mis caderas.

—Tienes razón pero es que eres tan...no quiero que ninguno te mire, ni

que te toque.

—Pero no te entiendo...

—Ni yo nena, ni yo... vamos a casa Lucía y lo hablamos todo —dijo pasándose una mano por el pelo mientras con la otra me abrazaba <<me cago en to, con lo a gusto que se está así con él>>.

No volvimos hablar hasta llegar a su piso. Él mantenía su mano en mi rodilla y de vez en cuando me apretaba suavemente.

Entramos en su casa y muy serio se dirigió al baño.

—Cielo —dijo cariñoso—, tienes el baño preparado.

—Gracias —le di un beso en la mejilla y entré en él, me invadió un maravilloso aroma, lo había perfumado con sales minerales y un par de velas. Me introduje dentro con cuidado, mi mente voló hasta el día que me di el baño con Cristian antes de venirme a Madrid, como había cambiado mi vida en unos meses, ya no me acordaba de él. En mi cabeza solo estaba Robert.

Perdiendo la noción del tiempo me di cuenta que estaba empezando a arrugarme cuando entró el hombre más guapo del mundo a buscarme.

—Lucy en la cama te he dejado ropa.

—Vale.

—Yo estoy haciendo la cena —me beso y salió. Me sequé con una toalla blanca y salí del baño, encima de la cama había un conjunto de ropa interior precioso, negro y un camisón del mismo color a juego con unas zapatillas. Todo tenía la etiqueta de la Perla y todo era mi talla. Me quedé en blanco, no entendía nada, primero quería dejar que fluyera lo nuestro, ahora me llama su mujer... ¿se había enamorado de mí o simplemente me quería tener cerca y tenía miedo de perderme?. No entendía nada y lo peor de todo era que me dejaba agotada física y mentalmente. << Quien lo entienda que lo compre >> me vestí y salí del dormitorio, lo encontré

cocinando, no se había ni cambiado, llevaba la ropa de trabajo todavía y un paño encima del hombro. Era lo más irresistible que me habían puesto delante en toda mi vida, sentía ganas de abrazarlo, besarlo y fundirme en él...

—¿Ya has salido pececillo? —di una vuelta sobre mí misma enseñándole la ropa que él mismo me había dejado en la cama.

—Preciosa, y ahora ¡venga! descansa en el sofá, a la cena aún le queda un poco para estar lista, mientras me daré una ducha.

—¿Qué estas preparando? ¿Te echo una mano?

—No hace falta, es una ensalada y patatas con solomillo al horno.

—Mmm que bien, me encanta —se perdió dentro del dormitorio, mientras yo hacía zaping en la tele y me estiraba en el sofá. Al poco rato salió vestido con un pijama liviano marrón y camiseta de manga corta. Se dirigió directamente al horno, lo removió y sirvió dos copas de vino, me ofreció una y acto seguido le quitó el volumen a la tele y puso música, volvió al sofá rodeándome con su brazo mientras le daba un trago a su copa.

—Lucía tendríamos que hablar ¿no crees?

—No sé de qué quieres que hablemos —lo miré extrañada.

—Hablar de nosotros, de lo que tenemos...esto es nuevo para mí...

—No quiero que me interpretes mal, pero... —me lamí el labio inferior nerviosa, él bajó su mirada — Robert estamos bien, no le pongamos nombre a lo que tenemos y preferiría que sigamos como hasta ahora — intentó hablar pero le corté—. Escúchame y déjame decirte lo que pienso, prefiero seguir así. Me siento bien, me siento viva y a gusto a tu lado, no quiero ni necesito nada más...

—Ya, pero tenemos que establecer unas pautas.

—No hace falta pautas, las que tenemos están bien, la de dormir juntos es

la única que nos hemos saltado y es conveniente modificar.

—¿Si? ¿Por qué? —dijo enfadado.

—No siempre vamos a dormir juntos claro.

—Ah, ¿solo decides tú? y que yo sepa, yo soy la otra parte implicada quiero cambiar algunas cosas —sonó el timbre del horno y se dirigió a él, resoplé mientras me dirigía a vestir la mesa.

—¿Dónde tienes los manteles?

—Siéntate lo preparo yo, tú ve al sofá.

—Deja que te ayude.

—No, quiero hacerlo solo, ve.

—Pero al menos mírame — exclamé ya molesta.

—Ve venga —me dio una palmada cariñosa en el culo, me quedé quieta mirándolo—. Lucía haz lo que te digo, necesito unos minutos a solas...

—No quiero, no sé qué te pasa y me está empezando a molestar —se me puso delante y se pegó a mí.

—Nena no me pasa nada —dijo mientras me besaba.

La cena fue normal no hablamos mucho, recogimos en silencio y mientras yo me fumaba un cigarro en la terraza él volvía a poner música —. ¿Qué es? me suena —dije para mí misma.

—Es Joaquín sabina en acústico.

—¡Ves ya decía yo que me sonaba! —dije risueña.

—Sí, no se te escapa una —se sentó al lado mío en unas butacas negras que tenía en la terraza con una mesa de cristal.

—Cielo escúchame —desvié mi atención hacia él.

—Tú dirás...

—Nena yo no sé lo que me pasa contigo, la verdad solo sé que esta tarde cuando he visto que te ibas con ese y que te cogía de la cintura no lo he matado de milagro... no entiendo por qué narices te tienes que tomar nada con él.

—Es un cliente.

—Me suda la polla Lucía.

—Pero...

—Ni pero ni hostias, no quiero que te tomes nada con él ni con nadie ¿estamos?

—No, no estamos —me revolví nerviosa en el sillón—. ¿Pero qué te pasa? , es incomprensible que me lleves a un club de esos y después por tomar un café me digas todas estas cosas y encima en tono de ofensa.

—Tienes razón —se pasó las manos por el pelo mientras me miraba—. ¿Qué cojones quieres que te lo diga? ... que me vuelvo loco si sé que estás con otro ¿quieres eso? Por qué te juro que me vuelvo loco hasta un punto que nunca pensé que podría llegar, no lo aguanto.

—No quiero eso y tampoco quiero que sientas celos, no tienes motivos...

—¿A no? ¿No tengo?

—¡No! —grité— no tenemos nada.

—¡Eso es! no tenemos nada porque tú no quieres — contraatacó él a gritos—. Ya no sé qué hacer para que me aceptes, para que me quieras ¡joder! Más no me puedo arrastrar y tampoco pienso hacerlo.

—Tenemos lo que tenemos y ¿sabes qué?

—¿Qué?

—Que prefiero al Robert que conocí, este no me gusta.

—Pues te jodes, a mí también me gustabas más antes.

—Entonces no sé qué narices hacemos.

—¿Qué quieres decir? —escuché que decía mientras yo entraba en el comedor, me serví otra copa.

—¿Dónde vas? —dijo cogiéndome del brazo y dándome la vuelta.

—A beber —le enseñé la copa—. No me voy a ir, tranquilo.

—Estoy tranquilo —tiró de mí—. Vamos a bailar —me llevó de la mano hasta la cadena de música.

—Antonio Machín —dije al sentir la melodía.

—Shh, baila —me cogió de la cintura, me meció y sonrió.

Joder que guapo era, estaba loco pero era tan sexy... Apoyó su cara junto a la mía mientras nos deslizábamos por el salón, una de mis manos lo agarró por su espalda (espalda que me volvía loca, pá que negarlo...), su barba me raspaba la mejilla y al cerrar los ojos me trasladé a otra época mientras me mecía de atrás hacia adelante y olía mi pelo. Cuando terminó la canción sonó otra que me puso los pelos de punta de un autor que me encantaba: Diego el Cigala, era lenta y preciosa. Cuando terminó esa empezó a sonar la melodía de Serrat, Lucía.

—Bésame nena —dijo mientras me besaba y cogía mi cara entre sus manos. Nos besábamos lento, dejamos que nuestras bocas expresaran lo que nosotros no nos atrevíamos a decirnos.

—Dime qué quieres Lucía y te lo daré.

—Quiero al Robert que conocí en la puerta del local hace ya unos meses, que era un déspota y un mal hablado, que me sacaba los colores con sus

lindezas y que no quería muestras de afecto —me miró a los ojos.

—Está bien... —Seguimos bailando mientras yo cantaba en su oído, me miró sorprendido mientras sus ojos me quemaban. Continuamos bailando hasta la madrugada, Robert estaba muy serio y mirándome a los ojos fijamente me dijo que no quería compartirme, yo no contesté a eso ni a nada más.

No volvimos a discutir ni hablar, simplemente me cogió en brazos y me llevó a la cama. Pensé que haríamos el amor pero estaba equivocada, se acostó a mi lado y me abrazo como si fuera su salvavidas. Sentí como si esa noche fuera nuestra despedida y deseaba equivocarme porque aunque nunca lo reconocería estaba tremendamente enamorada de él. Con miedo y dejando mi corazón en sus manos, sin que él fuera consciente, me quedé dormida en sus brazos.

*En la venganza, como en el amor,
la mujer es más bárbara que el hombre.*
Friedrich Nietzsche. Filósofo alemán.

CAPÍTULO 27

No te pienses que esa soy yo...

Tras el despertar la cosa empeoró, no sabría explicarlo, me resultó difícil que Robert no me tocara un pelo en toda la noche, pero cuando me dejó en casa de mi hermano con un escueto adiós, sentí que lo de anoche fue una auténtica despedida.

A lo mejor eso era lo que tenía que pasar, cada uno por su lado a pesar de que yo sabía que le quería... que él era el hombre de mis margaritas pero era muy difícil estar a su lado y me atormentaba mucho su carácter. Preferí dejar escapar mi ansiando cuento y conformarme con el mundo real. Tenía razón mi hermano el amor de verdad no existe, total el enamoramiento dura dos revolcones...

Marc tras verme la cara decidió mantenerse al margen, no insistió como otras veces ni hizo preguntas odiosas de las suyas.

Tres días estuve sin saber nada de Robert, en la oficina manteníamos las distancias y si podíamos evitar vernos mucho mejor. En tres días lo vi solo una vez y apenas unos segundos, sentí ganas de correr hacia él pero me recordé a mí misma que después de dejar a Rubén prometí no volver a llorarle a nadie más.

Al menos esos días en soledad me sirvieron para conocer a Laura. Resultó ser divertida, alegre y muy dicharachera, conectamos enseguida y por suerte para mí nos hicimos amigas, al menos ya no estaba tan sola...

Estaba con Laura tomándonos un café en el descansillo de la primera planta cuando me llamó Beca a mi teléfono.

—¡Zorra! que no sé nada de ti.

—Hola cotorrita mía, lo siento estoy muy atareada.

—Bueenooo... ¿cuándo venís?, es mi cumpleaños y me gustaría pasarlo con vosotros.

—Ya sé cuándo es tu cumple, es el cinco de agosto como me voy a olvidar, si el mío es un mes después.

—Esta vez quiero hacer algo íntimo, ¿te importaría si invito...? bueno déjalo.

—Si quieres invitar a Rodri invítalo.

—¿Tu vendrás con Robert? ¿No?

—No.

—¿Cómooooo?

—Luego te contaré pero digamos que... ya no nos vemos. Tengo mi vida, una vida en la que no encaja él. <<No pensaba decirle que me habían dejado otra vez, primero Cristian, ahora Robert ¿hola? ¿qué está pasando aquí?>>.

—Entonces ¿se lo puedo decir a Cristian?

—Haz lo que quieras ¡total! siempre lo haces —soplé casi frustrada—. Luego te llamo.

—Eso espero perra.

Al colgar seguí hablando con Laura, cuando sonó el móvil donde ella había desviado las llamadas se disculpó y salió. Escuchaba los tacones repiqueteando por la oficina, coloqué los proyectos en la mesa y puse música en el iPod, sentí unas manos en mi cintura y al darme la vuelta estaba Robert mirándome con esos ojos que quemaban. Llevaba la camisa desabrochada y el pelo alborotado, intenté darme la vuelta y besarlo pero me lo impidió, el corazón se me salía por la boca <<necesitaba besarlo>>.

—¡Quieta! —dijo frío, mientras se apoyaba encima de mí. Me desabrocho los pantalones y coló una mano dentro.

—¡Para! estate quieto, ¡no me toques así! —me quejé cuando sentí sus dedos deslizarse dentro de mí.

—Cállate Lucía —tiró de mis pantalones.

—Robert —lo llamé necesitaba mirarle a la cara, perderme en sus ojos como siempre; de esa forma fría y dura no lo quería, este no era mi Robert.

—Como vuelva a escuchar algo más... te juro Lucía que te tapo esa jodida boca— dijo mientras me cogía de la barbilla bastante fuerte. Volvió a romper mi ropa interior de un tirón brusco y me apoyó sobre la mesa de dibujo.

—¿Esto quieres? ¿Lo quieres así? —entró en mí de una sola estocada, mientras que con la otra mano tiraba de mi pelo—. ¡Contesta! —no dije nada, prefería el silencio a romperme delante de él.

Me dio dos cachetadas fuertes en la nalga mientras entraba y salía de mí rudamente.

—¿Solo quieres que te folle verdad? ¿Solo quieres eso de mí? no me has dejado... quererte como sé, ¡joder! —rugió en mi nuca—. ¿Qué cojones te pasa? ¿No te gusta? —solo pude negar con la cabeza—. ¿Dime qué te pasa?...—dijo saliendo de mí y dándome la vuelta. Yo me sentía más fría que nunca, no entendía por qué le había dejado hacerme eso, sería la necesidad de él lo que me hizo hacer esa estupidez—Mírame cuando te hablo, ¿dime qué cojones te pasa?

—Nada, solo que ya no me gustas... —Eso lo desarmó por completo.

—¿No lo dirás en serio? hago lo que me pides, me arrastro ante ti mendigándote ¿y ahora me saltas con esas?... —dijo subiéndose la cremallera del pantalón y saliendo de mí despacho.

Una vez sola me permití llorar, ¿como podía ser tan frío y otras veces tan cálido? ¿y qué narices me pasaba a mí?. Lo justo para los dos sería reconocer las cosas como personas adultas. Pero yo no pensaba ceder, mejor así <<antes muerta>>.

Decidí apartarme de todo y centrarme en lo importante ¡mi trabajo! cuanto antes lo acabara antes podría volver a mi vida. Ese mismo día decidí llamar a Alex para comenzar con el proyecto de su casa, quería encauzar bien mi trabajo para así poder terminarlo y huir de Robert lo antes posible.

Para mi sorpresa Alex me comunicó que se encontraría fuera de la ciudad casi tres semanas <<me cachi en to>>. Tanto adelanté que ya casi no tenía faena, tenía que dejar que mi hermano y Robert hicieran las obras. Cuando se lo expliqué a mi hermano decidió darme unos días libres. En un primer momento pensé en marcharme a Barcelona pero con Beca trabajando todo el día y Katy en Roma no quería volver a cargarme mi vida viendo a Cristian. Conociéndome lo primero que haría en cuanto pisara mi casa sería llamarlo <<la cabra siempre tira al monte>>.

Hoy comenzaba mi tiempo libre. Era miércoles y me decidí a salir con mi hermano y dos amigos a tomar algo. Mientras acababa de arreglarme me mandó un mensaje Rubén diciendo que se moría de ganas de verme, no contesté y pasé del tema. Cogí del armario un tejano pitillo muy ceñido de color oscuro, sandalias verdes de tacón y una camiseta negra de cuello barco que enseñaba mis dos hombros, un bolsito de mano a conjunto y mi pelo ondulado.

Cenamos unas tapas justo en frente de la puerta del sol, luego fuimos a tomar unas copas. Entramos en un pub y tras coger asiento en una de esas mesas altas, nos sirvió una chica monísima que le hizo ojitos a mi hermano. Yo estaba por mi tercer margarita e iba ya un pelín achispada (bastante más bien, aunque jamás lo reconoceré ante nadie). Vi a Robert con una pelirroja odiosa en modo baboso, nos mantuvimos la mirada, se acercó a nosotros y nos saludó y acercándose a mí oreja susurró:

—Relación abierta... es lo que tiene, reina. —ese reina me provocó un poquito de mala leche.

—A mí —abrí mis ojos y sonreí forzosamente— ¡A mi plin! —me miró con los ojos medio cerrados y su sonrisa de lado, volvió al lado de “esa” mala pécora. Sentí unos celos horribles, me imaginé pateándoles el culo a los dos. Él no dejaba de mirarme, me tenía más que harta, pensé en hacerle una peineta pero eso no era para nada *cool*, en ese mismo instante sonó un mensaje en mi móvil y sabía muy bien quien era. Era él.

Robert a Lucía

Esa blusa enseña más que tapa.

(carita de muñeco con ceja arqueada)

Lucía a Robert

*Mira a otro lado, ya decidiré yo quien las
puede ver esta noche.*

(muñeca flamenca bailando)

Robert a Lucía

*No puedo apartar mis ojos de ti,
eres una bruja.*

Lucía a Robert

*Ya sé que no puedes dejar de mirarme,
estas con ella solo porque yo no quiero
estar contigo, seguro que quieres
enterrar tú cabeza entre mis tetas ¿verdad?*

Robert a Lucía

¡Joder sí! , sigue nena me estas

poniendo como una moto.

Solté una carcajada siendo el centro de atención, Marc nos miró a los dos.

—¡Lucía! —me reprendió.

—Tranquilo Tete, ya paro —me reí malvadamente para mis adentros, pensando en la fechoria que le iba a escribir.

Lucía a Robert

Ahora iré al baño, y me acariciaré

pensando que son tus manos...

las que me están tocando, echo de

menos sentirte clavado en mí.

Tendré que buscar compañía...

Levantó la cabeza y me miró, sonrió de lado mientras que con sus ojos seguían fijos en mí. Me puse en pie y caminé hacia los servicios. Era un baño grande, amplio y por suerte estaba vacío. No me dio tiempo a nada, entró como un toro levantándome al vuelo.

—¡Joder! —dijo mordiendo mi boca, mientras se peleaba con mis pantalones como un energúmeno hasta que consiguió sacarlo por una pierna y acto seguido rompió mi tanga, sin más tonterías me penetró. Sentí tanto placer que creí morir.

—¡Joder! estás lista cielo —me acoplé a su cintura mientras nos besamos, mordí su boca dejando con toda la maldad una buena marca, que se diera cuenta esa tonta que él no podía resistirse a mí. Estábamos haciendo el amor salvajemente mientras nuestros cuerpos chocaban, comiéndonos a besos. Le avisé que me corría, aceleró sus movimientos acompañándose conmigo y los dos acabamos con un largo beso mientras nuestros cuerpos

temblaban a la vez. <<Era increíble nuestra compenetración>>.

—Ahora cuando vayas a la mesa... —lo desafié con la mirada— no te pienses que esa soy yo, porque... no hay color entre nosotras querido.

—Me vuelves loco cielo, y ya sé que esa no eres tú, ninguna eres tú.

Sonreí feliz, me encantaban esas palabras en su boca de pecado. Recogió mis braguitas y guardándoselas en el bolsillo volvió a besarme, lo miré y sonreí traviesa. En el labio inferior tenía la marca de mis dientes, apreté tan fuerte que tenía hasta un poco de sangre y los dientes tan marcados que seguro tendría un buen morado al día siguiente. << Olé >>.

Salí del baño satisfecha, bebí lo que quedaba en mi copa bajo la mirada de mi hermano, que se acercó a mí y me dijo:

—Sois tal para cual ¿lo sabes verdad? —asentí con una sonrisa de felicidad.

Cuando pasó Robert por nuestro lado y mi hermano le pregunto qué tal, éste con una sonrisa preciosa le dijo:

—Ahora fenomenal. —Su respuesta vino con un guiño de ojo.

Al final su cita salió cabreadísima, tras verle el mordisco esta salió echa una furia. Él se quedó solo muerto de la risa, me miraba con cara de pillo y eso me encantó, me mandó un mensaje llamándome bruja y yo le dije que si quería compañía. Me ofrecí como una putilla de tres al cuarto. Caminó hasta mí y me envolvió en sus brazos. Teníamos urgencia por estar solos, así que nos despedimos de mi hermano y su amigo y corrimos por Madrid como dos locos, cada dos por tres me apoyaba contra cualquier portal y me comía a besos, la gente no nos miraba demasiado y si lo hacían no nos importaba.

— No te resistes a mí y lo sabes, reconócelo. — pestañeé coqueta.

—Y tú di que te mueres de celos, si me ves con otra.

—Yo... que va, ya te gustaría a ti.

—A mí me encantaría nena ya lo sabes, me gustaría que sintieras los mismos celos que yo siento por ti— besó mi boca con violencia y me arrastró hasta el ascensor de su casa, me cargó a hombro y abrió la puerta de su habitación a patadas. Esa noche no hizo falta nada más, solo amarnos.

Desperté con él desnudo encima de mí.

—¿Qué es esto niña? —nos señaló a los dos—. ¿Qué hacemos?

—No sé lo que hacemos, pero lo hacemos tan bien —mi respuesta le gustó muchísimo ya que me recompensó con un largo y perfecto sexo oral, dejándome saciada otra vez y dejándome abrazar por Morfeo y Robert.

Desperté a las dos de la tarde sola en su cama, junto a mí se encontraba una nota:

Esta preciosa cuando duermes bruja, luego te llamo, Robert.

Era el cuento de nunca acabar, ni contigo ni sin ti.

El viernes noche salí con Laura por Madrid fuimos de tapeo y después de bar en bar, las dos bebimos demasiado.

—Ven a mi casa es pronto, no son ni las doce —le dije mientras subíamos a un taxi que nos dejó en la puerta de casa. Al entrar nos encontramos con mi hermano, Robert y Edu, Laura se quedó de piedra la pobre no se los esperaba.

—Chicas tomaros una copa —dijo Edu.

—¿Dónde vais Tete? —¿Hola? ¿En qué momento no se me ha informado de esta salida?...

—A la *Suite*—levantó las cejas y cogió aire.

—¡Anda! bueno nosotras estamos destrozadas —dejé mi bolso en la silla y me quité los zapatos.

—¡Veniros! —dijo Edu.

—¿Tú que eres? ¿tonto? —le dijo mi hermano a Edu, este no despegaba los ojos de Laura ni ella de él.

—Pero bueno —dije yo cortándoles el contacto visual a los dos y dedicándole una mirada cómplice a mi amiga, solo con un gesto la entendí. Giré sobre mis pasos y ante la mirada de Robert le dije a Edu:

—Te puedes quedar, estarás bien atendido ¡Miauuu!—él soltó una risotada y Robert apretó los labios.

—Venga, vamos —dijo Marc que conociéndome sabía por dónde iba respecto a Robert.

—Sí, vamos —dijo este al tiempo que cogía su móvil y su cartera.

—Edu ¿te vas? —este más blanco que la pared asintió mientras tiraba de Laura.

—Vente —ella negó con la cabeza.

—Ve —le animé yo—, me acostaré y soñaré con los angelitos, anda id y ¡follad!

Todos se rieron de mi o conmigo aún no lo tengo claro.

—Vamos las dos —dijo con apuro.

—Ese portento que ves ahí, es mi hermanito y seguro que le corto el rollo —alcé mis hombros — pero si a ti te apetece ve, de verdad.

— Lucy, vente si quieres —dijo mi hermano—pero te quiero quietecita ¿vale?

—Vale —dije abriendo los ojos y saltando de alegría.

—Hemos quedado —dijo Robert molesto—. No creo que sea buena idea que venga tu hermana...

—Bueno no os preocupéis — dije pizpireta —seguro que rápido encuentro compañía, Tete ¿me dejas las llaves de tu coche?

—¡Has bebido! no.

—Bueno... no tanto y queremos intimidad.

—Mejor que no, subir con nosotros —dijo Robert.

El trayecto fue silencioso hasta que Robert recibió una llamada que el muy... la puso en altavoz, la llamada era de una mujer que le decía que se moría de ganas de verle y que si iba a tardar mucho. Él le contestó meloso al tiempo que me miraba a mí por el espejo. Mi hermano se dio la vuelta y me miró preocupado, yo le lancé un beso al aire.

—Ya me estas contando todo ¡venga! —la animé.

—No hay nada que contar yo venía aquí con un novio que tuve cuando conocí a Edu estuvimos un tiempo viéndonos hasta que mi pareja decidió no venir más. Después no le volví a ver hasta entrar en la empresa.

—¿Y? —dije curiosa.

—Y nada, nunca más paso nada —sonrió tristemente —. Él quiere esto y yo quería algo más...

—Ya, te enamoraste ¿no?

—Sí —contesto sincera.

Nos reunimos con ellos en la barra, Marc nos acercó unas copas con los bordes manchados de azúcar rosa y una mezcla de *Vodka* y amapolas dentro. Entró un grupo de cuatro mujeres y estas se encaminaban hacia nosotros, no voy a negar que las tripas se me revolvieron cuando una de ellas una morena metió la lengua en la boca de Robert y este en la suya. Lo odié por unos momentos aguantando como una campeona, mientras mi hermano me presentaba a las demás.

—Lucía esta es Maribel —dijo Robert, yo más simpática que nunca le

planté dos besos y una sonrisa perfecta.

—Encantada —me dirigí al grupo—, voy a dar una vueltecita.

Giré mi dedo índice delante de mi cara, nada más darles la espalda y puse los ojos en blanco << ¡lo odio! repetí en mi interior y esto me pasa por idiota>>. Caminaba por un pasillo lleno de puertas cuando me alcanzo Robert.

—Lucía ¿estás bien? —dijo cogiéndome de la mano y mirándome directamente.

—Estoy perfectamente, solo quiero investigar un poquito, a lo mejor resulta que me gusta lo que veo y quien sabe... oye y no voy a conformarme con poca cosa. <<¿Duele? Te jodes>>

—Si tú me dices ahora mismo que te vienes conmigo, nos marchamos.

—¿Yo? ¿Por qué tendría que decirte eso?

—Déjate de hostias y contéstame. ¿Nos vamos juntos? —cogí aire.

—No Robert, no —intenté seguir caminado pero él no me soltaba de la mano, clavó sus ojos en mí.

—Vámonos juntos por favor, no me hagas esto —me solté de su mano con toda la fuerza que pude y seguí caminando, los celos me podían.

Entré en una sala, tenía sillones y un espejo. Encima había una luz verde y tras pulsar el botón del sillón los cristales se iluminaron dejándome ver a tres personas, dos hombres y una mujer. El chico alto estaba estirado con ella encima y el otro hombre situado detrás, lo cierto era que disfrutaban de lo lindo y yo no podía apartar los ojos de esa escena. Era caliente, morbosa y el hecho de estar mirándolos me excitaba, sentí una presencia a mi lado y al darme la vuelta estaba Laura con la cara desencajada.

—¿Qué haces aquí?

—No quería dejarte sola —arrugo su nariz—, me doy cuenta de todo

¿sabes? —no me hizo falta decirle nada más.

—Pero ve, de verdad hazlo por las dos... por mí no te preocupes seguro que me divierto.

Después de quedarme sola decidí salir, en el comedor me encontré sin nadie que me conociera así que me arrimé a la barra. Antes de pedir tenía a dos hombres detrás de mí, intentaron tentarme pero no acepté, no sé si porque no me atraían o porque no quería vengarme de nadie en particular. Cada vez me sentía más rabiosa y quería llorar o gritar, hacerle daño a Robert pero no así. Dani al verme se quedó helado iba con un chico moreno bastante majo.

—Lucía ¿qué haces aquí?

—Tranquilo he venido con mi hermano, están adentro —me presentó a su amigo Víctor y se sentaron conmigo.

—Dani, no sabía que tú...

—Ya... ni yo que tú...

—No yo no, se puede decir que es la segunda vez y en ninguna ha pasado nada.

—Si quieres lo podemos arreglar —dijo Víctor.

—No le toques ni un pelo —dijo Dani molesto— ve por ahí y busca algo.

—¿Desde cuándo vienes aquí?

—Hace poco Lucy, vine una vez con tu hermano y ese tal Robert, bueno unos días antes de que saliéramos al musical.

—¿No lo conocías? lo viste en el hotel.

—Hasta esa noche no y te aseguro que no me gusta.

—Ni a mí —cruce los brazos sobre pecho y miré en otra dirección.

—¡Mientes fatal!, ¿te lo han dicho alguna vez? —me reí, Víctor se disculpó y se fue detrás de dos mujeres que pasaban.

—Dani ¿te puedo pedir un favor de amigo?

—Claro preciosa, ya sabes lo que tú quieras.

—Es que es un poco... —torcí el labio — es algo como...

—¡Pero di! te conozco desde que llevabas pañales...

—¡No te pases! a ver, cuando salgan de ahí...

—¿Cuando salga Robert querrás decir? ¿No?

—Si eso es, quiero que me beses y que me digas algo como si lo hubiéramos pasado genial — a él se le escapó la risa—. ¿Eres tonto?

—Es que Lucy... tu hermano me mata.

—Ya le explico yo... Dani porfa —me mordí el labio evitando reírme.

—Está bien.

Le conté más o menos mi historia, entre Cristian y Robert, él asentía y sin más me soltó.

—Ya que no puedo ser yo prefiero a Cristian, Lucía ¡este esta medio loco!

—Ya... —me reí. Pensé que no sabía bien lo que decía, loco era poco. Un rato más tarde sentí las manos de Dani en mi cintura y vi cómo se acercaba a mi boca.

—Sshh, viene por ahí —nos besamos como dos locos durante un buen rato. Cuando se apartó de mí y me miró vi en sus ojos esa chispa de granuja que ponía cuando hacía alguna trastada.

—¿Qué? ¿Era mentira? —me reí, él se rió conmigo dejando su cara apoyada en mi hombro.

—No he podido resistirme y tienes que reconocer que me lo has puesto a huevo. Mira por ahí viene —volvió a besarme.

—¡Joder nena! ha sido una pasada, ¿podemos seguir en mi casa? —sonrió de lado con cara de que malo soy y que bien lo hago. Y me robó otro beso.

—Bueno Dani ha sido un placer, como siempre... —me puse en pie —pero me voy a casa, mañana quiero coger un avión e irme a Barcelona.

—¿A qué?

—A ver a un amigo que hecho muchísimo de menos <<¡toma ya! sabía que Robert estaba detrás mío>>.

—Dani —lo llamo Marc. Este se encaminó y vi que cuchicheaban.

—Bueno chicos —me referí a Robert y a esa morena “odiosa”—, me voy, *Ciáoo* — fui hasta mi hermano.

—Tete —dije algo asustada —no es lo que parece...

—Ya ya, —salió de nuestro camino y nos quedamos solos.

—Ahora sí, me voy Dani gracias y... —Antes de acabar lo tenía pegado a mi boca devastándomela como un lobo, vi que Robert daba un paso al frente y mi hermano lo cogía del brazo, Robert empujó a Marc he intento acercarse a nosotros. Marc y las dos chicas que lo acompañaban junto con Edu y Laura consiguieron pararlo.

Salí con Dani evitando mirar donde estaban los demás, los gritos de Robert llamándome me pusieron nerviosa.

Dani me acompañó a casa, no insistió en besarnos más, ni en subir... se despidió como un amigo y yo le agradecí el gesto. No me veía con fuerzas para nada mas, pensar en Robert con esas haciéndole las cosas que me hacía a mí me provocaba dolor, un dolor devastador.

Subí tranquilamente, intentando comprender por qué me pasaba todo eso a

mí, yo le quería y sabía que era el... mi hombre, pero no conseguía aceptarlo en mi vida ¿Por qué? no lo sé.

Antes de ponerme el pijama y quitarme el maquillaje sentí discutir a mi hermano en el rellano con Robert.

—¡Abre la jodida puerta! Marc.

—Tito te lo dije, te advertí —corrí por el piso hasta abrir la puerta.

—¿Qué cojones? —dijo Robert mirándome, entró como un loco— ¿dónde cojones esta?

—Aquí no hay nadie Robert, ¿qué te pasa? —puse mi cara de niña buena.

—Déjate de hostias ¡Dani! —gritó.

—Pero Tete dile algo, no son horas, no es bonito que se ponga así.

—Robert, joder para —le dijo mi hermano interponiéndose entre los dos.

—Dime donde está, o no me muevo de aquí.

—¡Que no hay nadie! por Dios —dije siguiéndolo por todo el piso—. ¿Quieres parar? ¿Qué te pasa?

—¿Qué me pasa? —se giró y se chocó contra mí— ¿que qué me pasa? —me sostuvo de los brazos — ¿qué has hecho con ese cabrón?

—No sé, a lo mejor lo mismo que tú con esas ¡putas!

—Me cago en mi vida Lucía —intentó besarme, pero aparté mi cara.

—Sal de mi casa ¡ahora!

—Es la casa de tu hermano, ¿por qué no me dejas que te bese? Odio cuando haces eso.

—¿Eeh? da igual... vete.

— ¿Y si no quiero?, le dirás a tu hermano que me eche o llamarás a tu jodido Cristian que venga...

—I-di-o-taaaaa.

—Sí, eso soy un idiota ¿sabes qué? llama a tu jodido Cristian y que me la chupe.

— ¡Veteeee!— me recreé en todas las letras de la palabra.

—No me voy a ir, dime la verdad ¿te ha tocado?

—Claro, ¿no lo has visto?, ¡tú has tocado a otras!

—Lo mato, te juro que lo mato —dijo dando un golpe sobre la mesa—.Yo no toco a nadie hace meses...Lo voy a matar. Te he pedido por favor que nos fuéramos juntos.

—Robert amigo —dijo Marc—, ya está bien, creo que no es momento ni lugar...

—Lo voy a matar.

—¿A quién vas a matar tú? —dijo Marc poniendo los ojos en blanco.

—A ese idiota amigo tuyo. Ya sabe que...

—¿Qué es eso que tiene que saber? porque que yo sepa, no hay nada, así que déjate de hostias —dijo Marc cabreado.

—Él sabe que ella es mi jodida novia.

—Mi hermana es una mujer soltera Robert, créeme que te entiendo... pero no confundas las cosas.

—¿Ah si? Dime, te gustaría ¿qué me follara a Beca? —Mi hermano suspiró intentando calmarse, mientras que yo seguía ahí plantada mirándolos.

—No, no me gustaría pero no estoy con ella y...

—Y una mierda, si me la tirara me cortarías la polla.

—¡Joder joder! Lucía —repitió mi hermano —explícale la verdad.

—¿Que verdad? —dijo él.

—Yo... yo —tartamudeaba por los nervios—. Yo no me he acostado con nadie, solo nos hemos besado —me fulminó con la mirada—. ¿Te ha besado? me cago en su puta...

—¡Lo has visto ¿no?! pues eso ha pasado, ¿tú eres el liberal?, me río yo de tu libertad ¡chato! Y se lo he pedido yo, para que lo vieras... porque estaba ¡celosaaaa! <<mierda, se me escapó>>.

—¿Cuánto te ha besado?

—¿Estás loco?

—Si tú me estas volviendo loco ¡joder! Tú con tus tonterías y tus niñerías, acepta las cosas de una vez y deja de martirizarme Lucía estas tensando la cuerda y ¿sabes? no creo poder soportarlo más —dijo saliendo de la habitación y dejándonos solos.

—Te lo dije —me miró mi hermano.

Lo único que me faltaba era el reproche de mi hermano para hacerme sentir peor, que aceptara ¿el qué? No entendía o mejor dicho no quería entender las cosas, así era yo.

*Cuando el gato está ausente
los ratones se divierten.*

Refrán.

CAPÍTULO 28

Lucía sonríe y canta

Pasaban los días como una nefasta monotonía, lunes, martes etc... Con Beca hablaba cada día, Cristian de vez en cuando y con Rubén bueno con él era una relación de amigos; con Robert lo justo y solo en el trabajo “que conste”. En fin...la vida sigue ¿no?

Eso mismo hice, seguí disfrutando de mi día a día e intenté no perder mi sonrisa, si no tenía mis margaritas tendría limones, al menos me haría mojitos con ellos, qué le vamos hacer, disfrutar de la vida que son dos días. Me acosté en mi cama con esos pensamientos y con un hasta luego hombres...

Recibí la llamada de Beca a las diez de la mañana, intenté rechazarla pero la cansina podía llamar a los bomberos si hacía falta.

—Dime —dije desganada y muerta de sueño.

—Dime no perra, salta de la cama y ven a recogerme.

—Don... ¿dónde estás?

—En Madrid chocho —dijo alegre.

—¿Que dices? ¿En serio? ¿Cómo te recojo? petarda no tengo el coche y el aeropuerto está a mil años luz.

—Tú, misma aquí te espero, me dijiste que tenías unos días libres y como buena amiga que soy he venido a verte y a sacarte por Madrid.

—¡Ja! Tú vienes a beneficiarte a mi hermano ¡y lo sabes!

—Sí, eso también y ver a ese Robert que te tiene mojada todo el día— me reí, como no hacerlo con esa amiga “puerca” que tenía.

—Espera, aviso a mi hermano.

—Ni se te ocurra —gritó histérica.

—¿Pero por qué?

—¿Pero por qué? —se burló de mí poniendo voz de tonta.

—¡Oye guapa!

—Hoy tu hermano se pira con sus amigos a cenar por ahí y nosotras libres cielo, que si me ve no me deja salir —se rió descarada— recuerda...mi cuerpecito zalamero.

—Vale monguít llamaré a un amigo y te recojo, no te muevas.

Salté de la cama como las locas y llamé a Dani mientras me preparaba la ropa y la ducha. Dani encantado dijo que me acompañaba a por mi amiga <<más majo y no nace>>. Después de la carrera por la terminal nos encontramos. La muy pava saltó encima mía cayendo las dos al suelo, Dani no podía aguantarse las ganas de reír.

—Ya la conozco ya, es Beca ¿verdad?

—¿Me conoces?

—Cómo no conocerte, eres la Beca de Marc —las dos nos miramos y sonreímos.

—Sí ¡está loco por mí! —Dani afirmó con la cabeza.

Desayunamos tranquilos en una cafetería del centro y al poco Dani nos dejó para que disfrutaremos nosotras solas <<si es que me lo como>>.

—Tú zorrasca, deja de mirar al Dani con deseo.

—Yo... ¡estás loca!

—Venga, vamos de compras hoy tenemos que estar divinas para quemar Madrid.

—¿Hola? ¿Perdona? Yo ya soy divina —le dije mostrándome tan descarada como ella.

Al final acabamos destrozadas y escondidas en el banco de enfrente de casa de mi hermano hasta que lo vimos salir, guapísimo con unos tejanos y una camiseta informal.

—Tía como no quieres que me lo tire cada vez que puedo —me reí.

—Eres una cerda, es mi hermano ¡Beca!

—¡Y que! no es el mío.

—El día que te encuentres a una monja de frente se pondrá a arder eres veneno ¡joder!

Cruzamos la calle corriendo hasta meternos en casa.

—A la ducha puerca —dijo poniendo la música a tope.

Mientras ella se duchaba yo bailaba en el comedor en ropa interior y cantando a grito pelado como dice mi padre. Me sentía feliz con ella aquí, bailaba mientras preparaba la ropa en el sofá, movía mis caderas al ritmo de la música y al dar una vuelta como las de Bisbal me di de morros con Marc y Robert.

Los dos me aplaudieron y muertos de risa me dijeron ¿que qué hacía? <<disimula por Dios>>.

—¡Bailar! Tete tu amigo me mira con ojitos golosones.

—Mi amigo te tiene más catá...—Robert se rió ronco y varonil << Cabrón >>.

—Nena cojeras frío y yo hoy tengo planes.

—Me la bufa.

—¿Te la bufa? —dijeron los dos mirándome como si tuviera dos cabezas.

—Eso es.

—Oye aquí huele raro ¿no? —dijo mi hermano que no se le escapaba una.

—¿A sí? no sé...

—Huele a Beca.

—Tete estás loco por ella.

—Sí también.

—Llevo puesta su colonia.

—Vale, ya decía yo...

—¡Oye! Vamos marcharos.

—¿Estás sola? —dijo Robert nervioso.

—Claro, es solo que me estoy preparando un baño ¡venga, fuera joder!

Al final tras una inspección en la habitación recogieron lo que venían buscando y se fueron, Beca y yo muertas de la risa y con botella en mano de vino decidimos salir a cenar vestidas para matar.

—¡Ahora sí! Nena si nos ve una monja sí que se echa a arder.

Beca llevaba un vestido corto rozando los límites de la vergüenza, de color lila, precioso, de tirantes y yo uno negro para variar con el mismo corte que el de mi amiga, la dirección que los zapatos estaban intercambiados los míos lilas y los suyos negros <<somos unas friquis pero molamos>>.

Tras cenar y beber yo ya llevaba varios litros de alcohol haciendo estragos por mi cuerpecito , parece típico en mí pero no lo es. Salíamos de bar en bar y de pub en pub los hombres se ofrecían a pagar nuestras consumiciones y nosotras encantadas nos dejábamos.

De flor en flor y tiro porque me toca, conocimos a dos chicos majísimos...

Beca se pidió al pelirrojo, decía que le daba morbo tirarse a uno de los niños del maíz <<no se puede con ella>>.

Yo no decidí nada, me dejé querer por el moreno, bailábamos y reíamos con eso me servía. Tiró de mi mano hacia la pista y cogiéndome de la cadera se encajó conmigo.

—Eres preciosa Lucía << ¿Holiiii? Dime algo que no sepa>>.

—Gracias Juan —nos encontramos con Beca que ya se había comido los morros con el pelirrojo y decidimos ir a otro sitio.

Cruzábamos la gran vía algo borrachas cuando Juan me cogió en brazos, yo grité por la sorpresa. Antes de cruzar el paso de peatones paró un coche haciendo un fuerte ruido que me asustó y escondí la cara en el cuello de Juan, vi que se bajaba un chico del coche, levante la vista y me encontré con Robert histérico.

—¡Bájala ya ! — lo veía todo borroso Marc, Robert, Beca, el pelirrojo, Juan y yo; parados en medio de la calle y dos chicas que no había visto en mi vida.

—¡Apártate de ella! Pero ¡yaaaa!— Robert estaba fuera de sí, daba miedo.

—¿Tú quién eres tío? —le dijo Juan.

—Apártate de mi hermana ¡ahora!— gritaba mi hermano mientras Robert me cogía por la cintura.

—¿Qué cojones estás haciendo Lucía?

—Déjame ¡gilipollas!

—Eso déjala ¡gilipollas! —dijo Beca uniéndose a mí —¡Joder! que bueno estas.

—Serás idiota... así no ayudas —le dije a Beca enfadada.

—Es que... es muy guapo —dijo defendiéndose —. Suelta ¡cara polla! — estallé en carcajadas.

—Marc coge ha Beca... pero ya, van borrachas.

—No me digaaaasssss— dije yo riéndome, hasta que me apreté más fuerte —. ¡Sueltame! Robert.

—¿Dónde cojones vais con estos niñatos?— les gritó y los dos pobres muchachos salieron corriendo.

—Anda que ya te vale guapa — me dijo mi hermano.

—Ya os vale a vosotros —dijimos las dos.

Las dos chicas nos miraban de arriba a abajo.

—Tú que miras... mal follada —le dijo Beca a una que se acercó a Marc.

—Bueno va...— sonó mi voz tranquilizadora, para momentos embarazosos—. Vosotros iros por donde habéis venido con estas señoritas.

—De compañía —dijo Beca celosa y rabiosa.

—Bueno lo que sea... que nosotras nos vamos...

—Y una mierda tú te vienes a casa conmigo ¡ahora! —dijo Robert mirando a Marc.

—No te lo crees ni tú, de-ja-me.

—Te vienes sí o sí.

—No pienso ir a tu casa Robert ya tienes compañía.

—No la he tocado nena, te lo juro.

—No soy tu nena y me da lo mismo, toca a quien quieras. ¡Becaaa ayuda!
—grité al sentir como Robert me subía a hombros, no sirvió para nada
Marc la cogió a ella en brazos, las dos gritábamos como locas:

—Nos raptan ayuda ¡socorroooooo! — grité entre carcajadas.

Se acercaron un grupo de chicos bastante jóvenes que estaban viendo la escena.

—Hey tío suelta a la morena —le dijo uno a Robert.

—Métete en tus cosas.

—Que la sueltes —se envalentonaron los demás—. La morena se viene conmigo —dijo uno. Sentí como mis pies tocaban el suelo y como Robert iba en dirección de los chicos como un toro de miura.

—Robert noooooooo noooooooo por favor —me puse delante de él y le obligué a parar.

—Tú niño, como vuelvas a meterte entre mi mujer y yo te parto la cabeza — los pobres chicos no dijeron ni mu.

—¿Tu mujer? —dije sin poder creérmelo.

—Cállate Lucía —espetó con desdén.

—Encima, ¡que morro! —me ofendí soberanamente.

Al llegar al coche Robert sacó la cartera y les dio cincuenta euros—tomar para un taxi ¡andado! las chicas se miraron y los mandaron a la mierda. Beca y yo muertas de la risa nos apoyamos en el coche que todavía estaba parado en medio de la carretera.

—Sí, ríete —le dijo Marc a Beca— cuando te tenga a solas (silencio absoluto) vas a llorar.

—Oixxxx que bonito —aplaudió de manos y dio unos saltitos— me muero porque me azotes campeón — le palmeó el hombro y Marc como no, le reía todas las gracias.

—Tú ni te me acerques cretino —dije en cuanto vi que Robert venía en mi dirección.

—¡Métete en el jodido coche!

—No.

—¿Cómo?

—Que no —no dije más, me vi boca abajo y en un segundo sentada en el asiento de detrás con Beca.

—No te rías Marc porque esto no tiene ni puta gracia —le dijo Robert muy enfadado a mi hermano.

—No me río —dijo a carcajadas— ¿qué quieres que haga? ¿que las mate?

—Una es tu hermana y la otra tú sabrás, pero que son dos frescas ¡eso te lo dijo yo!

—Tú, cara polla, aquí la única fresca que hay es tu prima la coja —Robert la miro y le dedicó una sonrisa de macarra que nos bajó la bragas a las dos.

—¡Joder, que guapo eres!— Beca abrió los ojos como platos —Lucy... se me han mojado las bragas tíaaaaa— me dijo la guarri de mi amiga en un susurro.

—Gracias, tu también —le dijo el apartándose de ella—. Marc ¿dónde vamos?

—A mi casa.

Giró el coche bruscamente y salió derrapando rueda, apreté fuerte los músculos controlando los espasmos que me producía verlo conducir así. Mis manos cogieron vida propia y cuando quise darme cuenta ya era tarde mis manos acariciaban su cuello, buscó mis ojos a través del espejo retrovisor, lo vi asentir un par de veces, después de eso Beca y yo nos quejamos.

—Queremos bailar y beber.

—En casa — dijo Robert —por hoy ya has bailado bastante.

No dijimos ni “mu” mejor no tensar la cuerda...

Subíamos en el ascensor, Beca y yo compartíamos las miradas cómplices mientras ellos nos miraban enfadados.

—Poner música y algo de beber —dije mientras me dirigía al baño, antes de entrar me atrapó Robert.

—Nena me tienes enfadado...

—¿Y tú? Que ibas con dos tías en el coche y no te reprocho nada.

—Yo nada, solo pensaba en ti desde que te he visto bailar esta tarde.

—Sal, quiero hacer un pis.

—¿Te da vergüenza delante de mí? — dijo ofendido.

—¿Hola? ¿Tú que crees?

—Que me la pones tan dura que podría aporrear clavos Lucía, que me matas— conseguí echarlo del baño, hacer un pis y refrescarme.

Al salir Beca y Robert charlaban entretenidos con Marc. Robert me tendió una mano para que me sentara con él.

—Oye Tito, una cosilla de nada.

—Dime— le contestó al tiempo que me rodeaba con su brazo.

—¿Tú como haces para saber si quiere tema o no? —dijo con una sonrisa en la cara, yo abrí los ojos <<Nooooo, esto no está bonito>>.

—Yo lo que hago es muy simple— sonrió <<verás...>> —yo cojo un trozo de carne y la tiro al suelo, si se agacha a recogerlo —dio dos palmadas al aire — es que quiere.

Todos estallamos en carcajadas.

—¿En serio hermanita? —me reí me daba corte hablar de eso con mi hermano.

—A veces...—Robert me besó en el pelo. Estábamos los cuatro hablando tranquilamente y tomando unas copas, sentía las manos de Robert en mis hombros acariciándome con ternura y de vez en cuando me besaba la mano.

— ¡Lucy cántanos algo! —dijo Beca, la miré y ella abrió los ojos—. No he dicho nada perdóname — dijo sincera.

—Está bien, te voy a cantar...

—¿Está bien? —dijo Marc sin poder creérselo.

—Sí ¿qué pasa?

—Hace años que no cantas Lucía —dijo mi hermano sorprendido, giró su cara y miro a Robert— tío no sé si será cosa tuya pero... en fin, gracias.

—Ahora ya estoy bien — los ojos de Robert estaban puestos en mí y en sus ojos vi amor <<no flipes Lucy>> —. Tete no es por nadie, es por mí —Robert nos miraba sin entender nada.

—Lucía me alegro mucho de tenerte de vuelta — me abrazó Beca.

—Tete canto pero saca la guitarra no me veo para hacer una a capella.

—Flamenquito Lucy —dijo Beca, asentí llevaba todo el día cantando la canción de Gloria Estefan, “Hoy”

—¿Vas a cantar nena?—dijo Robert feliz —me muero de ganas de escucharte.

Feliz y coqueta comencé a cantar en dirección a mi... a Robert.

Tengo marcado en el pecho

todos los días que el tiempo no me dejó estar aquí...

Tengo una fe que madruga, que va conmigo y me cura desde que te conocí.

Tengo una huella perdida, entre tu sombra y la mía que no me deja mentir.

Soy una moneda en la fuente, tú mi deseo pendiente mis ganas de revivir... tengo una mañana constante y una acuarela esperando verte pintado de azul...tengo tu amor y tu suerte y un caminito empinado, tengo el mar del otro lado tú eres mi norte y mi sur.

Hoy voy a verte de nuevo voy a envolverme en tu ropa susúrrame en tu silencio cuando me veas llegar.

Hoy voy a verte de nuevo voy a alegrar tu tristeza, vamos hacer una fiesta pa que este amor crezca más.

Tengo una frase colgada entre mi boca y mi almohada que me desnuda ante ti...

tengo una playa y un pueblo que me acompañan de noche cuando no estas junto a mí.

No podía cantar más los ojos de Robert me traspasaban el alma, realmente veía amor en sus ojos, mientras cantaba y bailaba los tres me miraban, mi hermano acompañándome con la guitarra, Beca con las palmas y Robert con el corazón <<guapo eres>>. La canción se la canté solo a él, bailando entre sus piernas y digiriéndome a mi amor<<me rindo le quiero>>. Al finalizar mi actuación improvisada, les hice una leve reverencia y bebí de mi copa. Mi hermano puso música para aliviar la tensión y saco a bailar a Beca. Robert estaba sentado en el sofá con unos pantalones azul marino y una camiseta de *Dior* blanca inclinado hacia adelante apoyándose en su rodillas y sus ojos me perseguían, me acerqué a él.

—¿Bailas? —le ofrecí la mano. No dudó, me la cogió y se impulsó, agarrándome de la cintura me acercó a él y sin decir nada me besó.

—Cada día me sorprendes más —sentí que me subían los colores, bailamos entre besos un par de canciones.

—¿Me la cantarás luego Lucía? me has dejado de piedra nena, que voz tan bonita y sensual.

—¿Te ha gustado?

—Solo me gustas tú cielo, solo tú.

Volvimos al sofá con Beca y mi hermano que estaban pasando a mayores <<que horror>>.

—Si me queréis —dije como la Lola Flores— arrancarme los ojos, por Dios —escuché la risa de Beca y un piérdete de mi hermano.

—¿Que pasa? ¿nena te da vergüenza?, es natural.

—¿Hola? Es mi hermano no me apetece verle el culo — se rió y me

acercó a él.

—Marc tío nos vamos a mi casa— Marc le hizo un gesto con la mano y volvió a no quiero saber dónde de Beca.

Robert se giró hasta a mí y con cara de niño bueno me ofreció una mano —. Vamos.

—Vale —sonreí tímida.

—Cógete ropa nena.

—¿Cómo?

—Lucía por favor ¡Ropa! Coge la ropa nena, no quiero discutir contigo.

No dije nada entré en mi habitación y cogí mi bolso grande negro, metí ropa interior unos tejanos y una camiseta.

—¿Me cantarás después esa canción?, ¿solo a mí?

—Si quieres sí, pero ya te la he cantado solo a ti.

El camino hasta su casa fue raro entre besos y caricias, conducía con una mano en mi rodilla, un gesto muy íntimo <<eso lo hacen las parejas>> al entrar en el portal me vi estampada por su cuerpo y su fuerza contra una pared mientras su lengua entraba en mi boca sin control.

—Te deseo como nunca he deseado nada, me encanta todo de ti.

No le hice caso, íbamos bastante bebidos. Al entrar en su casa bajó la intensidad de la luz y caminando hasta la cocina se quitó la camiseta, los ojos casi se me salen de las orbitas cuando lo vi, me impactaba tanto observarlo sin camiseta... con ese torso perfecto y esa tableta de chocolate que me apetecía lamer. Cogió una botella de Moët y dos copas.

—Nena ven aquí — me acerqué a él sigilosa negando con la cabeza — No ¿a qué? —se palmeo las piernas mientras servía el champan, me pasó una copa que bebí gustosa, verlo sin camiseta me secaba la boca.

—Cántamela cariño -<<cariño>>.

Volví a cantársela mientras lo besaba y mordía su pecho, acabé cantándole de rodillas entre sus piernas mientras me deshacía de sus pantalones.

—¡Joder! me vuelves loco — me dijo mientras cantaba, tiró de mi pelo suavemente y me acercó la boca a su oreja—. Cántame, me encanta cómo lo haces.

Con las palabras “mi norte y mi sur” acabé ese momento tan nuestro; tiró de mis caderas hasta cogerme y tumbarme en la alfombra, rompió el vestido y mi ropa interior, dejándome completamente desnuda.

—Quiero que me cantes desnuda.

—No puedo cantar... —dije cuando sentí su lengua sobre mi clítoris palpitante, no tardé en correrme pero a él le importó bien poco—. Voy a hacerte el amor hasta que me muera, quiero morirme haciéndotelo.

—Robert —dije tirando de su cabello hasta que pude ver sus ojos.

—Házmelo ya, me muero por sentirte ¡házmelo! —sentí como entraba en mí y me arqueé entera, a veces me costaba acogerlo por el tamaño. <<Venditos centímetros de más, que tenía>>.

—Abrázame cielo — me agarré a él y le acaricié su espalda mientras él me besaba y me hacia el amor lentamente, como si tuviéramos todo el tiempo del mundo.

—Joder Lucía te diría tantas cosas ahora, no sé cómo me siento ni cómo me haces sentir.

—Yo también me siento bien contigo Robert, sea como seas me gusta estar contigo.

—Lucía —grito al tiempo que se corría y me inundaba por completo. Nos fuimos a la vez, la sensación de notarme llena y mojada de él me sobrepasó hasta el punto que me volví a correr mientras la sacaba, por suerte lo sintió y volvió a clavarse en mi interior.

—Me matas Lucía.

—¿No te has puesto protección?

—No, se me ha ido de las manos.

—Suerte que...

—¿Qué?— dijo preocupado.

—Nada no te preocupes ya sé qué hacer, que no vuelva a pasar Robert — asintió y sonrió.

—Perdona cielo, me pones tanto que ni veo.

Entramos en el cuarto de baño los dos y como niños entre besos y salpicones de jabón nos duchamos.

—Cantas tan bonito nena.

—¿Te gusta?

—Me encanta, tienes una voz preciosa. Toma ponte esto —me paso una camiseta de él y entré en la cama.

—Vas a dormir con una mujer a la que te tiras Robert —dije picarona, no le gustó mucho mi broma.

—Tú no eres una mujer a la que me tiro.

—Ya soy tu mujer —me reí.

—No te rías — me advirtió metiéndose conmigo en la cama—.Tu eres Lucía, dejémoslo ahí, ven — tiró de mi hasta abrazarme, me giré en sus brazos y volví a besarlo.

—Quiero que me folles Robert.

—No te he follado que yo recuerde, te hecho el amor.

—¿Quieres que te lo haga yo ahora?

—De ti lo quiero todo.

No sé ni cuando me dormí, ni las veces que llegué a correrme con él dentro, con él fuera... Fue una noche loca, mágica pero el despertar no fue igual de maravilloso.

El despertar de Robert

Abrí lentamente los ojos y me encontré con Lucía abrazada a mí, tan guapa como siempre, dolía hasta mirarla de lo bonita que era, acaricié su cara y sin que se diera cuenta salí para darme una ducha y despejarme. Sinceramente no lo conseguí, me sentía raro era la primera vez que dormía con una mujer en mi casa y consciente.

Se lo pedí yo mismo, no sabía qué me pasaba con ella desde que la vi la primera vez corriendo cargada de bolsas y sus ¿hola? ¿perdona?, me volvió loco, fue la primera mujer que me puso en mi sitio y no me acosaba, era yo el que la perseguía. Desde que la vi necesitaba tenerla, poseerla como una fuerza casi animal. Al principio parecía que ella me tenía miedo pero poco a poco la muy... se me metió dentro hasta lo más hondo. No había nada, solo estaba ella en mi cabeza durante todo el día, no podía comer, no podía trabajar...¡Joder! mierda! Era Lucía, la hermana de mi mejor amigo; una niña consentida y mimada que le daba lo mismo que yo me fuera con otras, ella pasaba, ella solo pensaba en ese idiota de Cristian al que yo quería matar.

Mientras me preparaba el café pensé en como empezó todo, como me dejé engatusar por una niña de veinticuatro años, preciosa eso sí, que me traía de cabeza pero a mi mente solo venían imágenes de ella cantándome con esa voz preciosa y sensual. Y lo hacía solo para mí... ¡Me cago en la pu...!, me he enamorado de ella y lo peor es que no me la merezco. Sentí como salía de la cama, su olor invadía mi casa y escuché como entraba en la ducha.

¿Ahora qué hago? me dije me voy y no la tengo que ver... no podía hacer eso, quería verla, quería besarla y cogerla entre mis brazos, quería que me cantara... ¡Joder!

—Buenos días —dijo pizpireta, salía con una camisa blanca y desnuda, no llevaba nada debajo, sentí como la polla se me ponía dura.

—Buenos días —se acercó a mí y me dio un beso en el hombro.

—¿Has hecho café? —asentí sin dejar de mirarla mientras veía como se servía una taza, se sentó justo a mi lado. Con tan sólo un roce de su brazo me traspasó una electricidad que me hizo saltar, fui a buscar un cigarro y le di uno a ella que puso entre sus carnosos labios. Solo podía pensar en ellos alrededor de mi polla.

—¿Qué te pasa Robert? — dijo mirándome de arriba a abajo

—A mí nada ¿por qué?

—Estás raro.

—¿Yo?, ¡para nada! —No quería que notara lo débil que me hacía sentir —. Estoy cansado eso es todo, me he pasado toda la noche fallándote.

—¿Follándome? —Su voz fue de sorpresa, rápido cambio su expresión, volviendo a ser la Lucía fría.

—Sí, estoy agotado solo quiero meterme en la cama —sentí como mis palabras le rompían el corazón y como le brillaban los ojos ¡Joder por qué he dicho eso! Lo de ayer no fue follar y todas las cosas que le dije fueron sinceras <<mierda>>.

—Voy a recoger un poco este desastre y me voy a casa, también estoy cansada de follar — la última palabra la escupió con rabia. No dije nada y vi como ella se movía por mi comedor como si fuera el suyo.

—Ya está —dijo enseñándome su ropa hecha pedazos, sus ojos brillaban más todavía y tenía la marca de unas lágrimas en las mejillas.

—Voy a cambiarme —dijo cerrando la puerta de mi habitación, no tardó ni cinco minutos en salir, yo permanecía sentado en la barra de la cocina escondiendo mi cara entre mis manos.

—Adiós —fue lo único que escuché, eso y un portazo.

Sin darme cuenta mis pies fueron detrás de ella.

—Lucía, pasa por favor.

—Me quiero ir a casa.

—Pasa —volvió a negar y como el hombre de cromañon que soy la arrastré hasta dentro—. ¿Qué te pasa?

—A mí nada, solo me quiero ir.

—Dime qué te pasa, ¿es por lo de anoche? ¿por lo de hoy?— necesitaba que me dijera algo a lo que sostenerme.

—No anoche... ¿qué pasó? lo de siempre follamos ¿no? —dijo con una mueca de disgusto—. No sé Robert, no me acuerdo de nada iba muy borracha —<<<mentirosa>>.

—Yo también iba bastante mal y no me acuerdo de casi nada.

—Bueno pues mejor así. Ahora me voy que quiero ducharme y acostarme en mi cama, no tendría que haberme quedado perdona.

—No pasa nada, insistí yo.

—Sí que pasa y no se volverá a repetir, tranquilo que lo de anoche y hoy no cambia nada entre nosotros.

—Lucía...

—Adiós —dijo dándome un empujón y dejándome con la palabra en la boca.

Al irse me sentí vacío, una mierda como lo que soy. Fui directo a mi cama y ahí estaba su olor... Lloré durante horas por ella, por no saber que me pasaba y por algo más que todavía no entendía.

Escuchaba su voz, su canción y dormí con ese pensamiento, ese y el de que soy un idiota.

Lucía.

Los días pasaban y mi relación con Robert estaba en *standby*, nos veíamos muy poco y cuando lo hacíamos yo mantenía las distancias <<mira que eres tonta>>. Confié en él, en su mirada de amor << todos prometen hasta que la meten...una vez metido...>>. Prefería tenerlo lejos y no verlo ni saber nada de él. Intentaba constantemente acercarse a mí; incluso, la noche en que se fue Beca que salimos a cenar los cuatro con algunos amigos de Marc y Robert me mostré fría y distante, por más que intentaba acercarse y que los demás chicos se dieran cuenta que estábamos juntos yo no me bajaba del burro <<ni loca, me había hecho daño>>. Permaneció toda la cena sentado a mi lado me cogió un par de veces la rodilla pero mis miradas le hacían retroceder.

—Nena ¿podemos hablar?

—No tengo ganas Robert, ¿oye me podrías presentar a ese chico de ahí?
—señalé a un amigo suyo, rubio, guapísimo que no dejaba de mirarme y sonreírme.

—No me toques los cojones, estás conmigo, eres mía Lucía.

—¿En serio? —escuché las carcajadas de Beca.

—Lucy ¿salimos a bailar?

—Hecho —dije cogiendo mi copa y bebiéndomela de un trago— venga nosotras nos vamos—dije poniéndome en pie, Robert de un tirón volvió a sentarme.

—ú no te vas sin mí.

—He venido con mi hermano, estúpido —dije apartándome de su lado y cogiendo a Beca de la mano.

—Tete —llamé a mi hermano—, estaremos por aquí, llámanos. —El me miró negando con la cabeza pero al final aceptó.

Entramos en una discoteca bastante famosa de la misma calle y tras pedir unas copas fuimos a la pista. Estaba sonando una canción modernita y nos pusimos a bailar, no tardamos en estar rodeadas de chicos guapos, yo bailaba con uno la canción de Bailando del Enrique Iglesias bien pegaditos, me dio una vuelta y me estrechó a él, movía mis caderas acercándose más, sus manos me sostenían y yo poco a poco me acerqué a su cara con la intención de besarlo. Vi venir a Robert con el rostro descompuesto y me importó un comino. Besé a mi acompañante con ganas, mientras veía como Robert se acercaba a nosotros entre empujones. Impactó con nosotros cogiéndome del brazo y dándole un puñetazo al chico.

—¿Que haces loco? —dije intentando soltarme.

—¿Esto es lo que buscabas? ya lo tienes —el chico intentó abalanzarse sobre Robert, pero de otro golpe lo tumbó al suelo.

—Ven —tiró de mí por toda la discoteca, hasta llegar a la salida.

—Gracias —le dijo a un portero, que no apartaba los ojos de mí.

—Suéltame.

—Ni un numerito más, Lucía —dijo mi hermano que iba seguido de Beca y sus amigos.

Me discutí con Marc y Robert. Beca intentaba defenderme pero nada <<oye estaban los dos como cabras>>.

—Dejarme tranquila tengo veinticuatro años, estoy soltera y hago lo que me da la gana.

—No estando conmigo.

—No estoy contigo—dije histérica—. Estoy soltera y hago lo que quiero cretino.

—Vete Marc, ya me encargo yo de mi jodida mujer —dijo viniendo hacia a mí.

—Ni lo sueñes, me voy a mi casa —vi cómo se remangaba la camisa y se crujía el cuello, caminé en dirección contraria de ellos seguida de él.

—¡Espérame joder! —tronó detrás de mí.

—Por qué no me olvidas, eres un pesado.

—Lucía, no me queda paciencia estate quieta de una jodida vez— dijo girándome de mala manera, su cuerpo impactó con el mío, me presionó contra una pared y me sujetó de la cabeza.

—Quieta ya, niñata de los cojones, has besado a un tío delante mío—cerró sus ojos.

—Y tú te tiras a todo lo que lleve falda, eres un cerdo y un machista, te odio... ojalá nunca te hubiera conocido, ¡me das asco!— mis palabras le dolieron, lo averigüé por la cara que tenía.

—Eso, ojalá nunca te hubiera visto con tus jodidas falditas y tus tonterías, ¿sabes qué? me arrepiento de todo Lucía, de todo.

—Tiene fácil solución olvidémoslo y empecemos de nuevo, cada uno por su lado Robert, no me gustas y no te quiero cerca.

—Ni cerca, ni lejos.

—¿Qué? ¿Qué dices?

—No te quiero ni cerca ni lejos nena —intentó besarme y tras forcejear dejé que me besara<<no podía resistirme a él >>.

Su lengua entró en mi boca con urgencia como si necesitara ese beso más

que el aire que respira, sus manos se perdieron debajo de mi falda levantándome del culo mientras mis manos se enredaban en su pelo. Con tan solo un beso conseguía hacerme gemir, me impulsó hacia arriba y cogiéndome por la cintura enrollé mis piernas en él.

—Me vas a matar, no puedo contigo.

Tras el escándalo en la calle llegamos a su coche.

—¿Vamos a mi casa?

—No. Llévame a la mía.

—Ni hablar, tenemos que hacer las paces —rompí a reírme como una loca.

—Que paces ni que leches Robert tú quieres...

—Sí, quiero estar contigo ¿algo que decir?

—Bueno, pero en tu casa no.

—¿Un hotel?

—Sí.

Esa noche hicimos mucho el amor, éramos capaces de hacerlo y pelearnos a la vez, acabamos exhaustos.

—Dúchate conmigo, cántame cariño, relájame.

—No —dije seria—, dúchate tú, después entraré yo.

Al salir él, llegó mi turno, me di una ducha larga y al salir ya vestida me lo encontré dormido en la cama <<más guapo no podía ser>>; quería arrancarme los ojos para no verlo más, cogí mi bolso. Salí de la habitación dejándolo solo, me monté en un taxi y llegue a mi casa. No sabía por qué me había marchado así pero necesitaba asimilar todo lo que pasaba entre nosotros, y con ese pensamiento concilié el sueño.

Me despertó Beca con una sonrisa cabrona en la boca.

—Sal Lucy, verás lo que te espera.

Salí de la cama medio dormida con el pijama puesto del revés y me encontré con mi hermano sentado en el sofá y Robert de pie con la ropa de la noche anterior, la camisa abierta enseñando el pecho <<lógico le arranqué los botones>>.

—¿Qué haces aquí? Robert eres un plasta.

—¿Un plasta? me has dejado tirado.

—Lo siento no duermo con los tíos que me tiro, si quieres una mujercita búscala en otro lado guapo, yo—dije señalándome y poniendo cara de perra mala — yo ya te tengo muy visto, me aburressssssssssss.

Vi como cogía aire y caminando hacia mí me cogió del pelo y me beso, las piernas me temblaron del dolor que me provocó y la sorpresa que me causó.

—Me tienes muy visto ¡eh! —dijo apartándose de mi pero sin soltarme el pelo —y más me vas a ver.

Con esas mismas salió por dónde había entrado. Mi hermano y Beca me miraban divertidos.

—¿Quéee? —grité fuera de mí—. Lo odio, odio a ese maldito mamón— cerré la puerta de mi habitación y volví a acostarme <<anda ya, mierda pa ti>>.

*El amor no tiene cura,
pero es la cura para todos los males.*

Leonard Cohen

CAPÍTULO 29

Aprenderemos a querernos bien

Llevaba sin ver a Robert más de tres semanas desde ese despertar, no quise volver a saber nada más de él. Ahora sí que estaba decidida a olvidarlo, para una vez que intento dejarme llevar y aceptar que me había enamorado de él como una loca, va y recula como un cobarde. No entendía nada, ¿por qué decidió ser tan maravilloso, darme a entender que me amaba y quería estar conmigo, para después echarme de su vida de esa manera tan cruel?

Para rematar la faena mi hermano decidió bajarse unos días a Barcelona y recoger mi coche, que excusa tan mala para ver a Beca, como si yo fuese tonta. Además de mis cosas, que para Beca eran secundarias, tenía que planear con ella su súper mega cumpleaños que en un principio sería íntimo y por lo que hasta ahora me contaba iba a ser monumental.

Estaba con Alex el cliente ruso o alemán, que resultó ser de Grecia y con una madre suiza << anda que yo, no daba ni una >>, comiendo en un restaurante de las afueras. Después de ver su casa, que más que una casa era una mansión, me invitó a comer. Resultó que el muchacho tenía un gusto exquisito por el arte, entre sus peticiones me pidió varias obras. No importaba el dinero repetía una y otra vez.

La conversación dio un giro radical, pasando del arte moderno al terreno personal, para mi fue bastante violento; conseguí contestar lo más honradamente que pude, y sin soltarle ninguna fresca, cosa que me apetecía más que nada en el mundo.

Tras despedirnos en la misma puerta del despacho, me encaminé al de Robert <<maldita mi suerte >> tenía que darle los detalles de la reunión, ya que no estaba mi hermano, él era el responsable barra capullo mezquino y

socio del puñetero despacho. Al cruzarme con Laura la note más feliz y relajada que nunca. ¿Qué narices me he perdido? Mi lado cotilla y sin vida social pedía a gritos chafarderías y guarradas.

Me quedé en la misma puerta de su despacho sintiendo mi corazón a punto de saltar por los aires, podía sentir su ruido acelerado, cerré los ojos, cogí aire y armándome de valor di dos golpecitos suaves en su puerta.

—Adelante —dijo Robert, me paralicé por completo, me sentía como el chiquito de la calzada un pasito pa'lante y dos para atrás.

—Adelante ¡joder! No tengo todo el día.

Abrí la puerta decidida y entré. Sentí hasta que me mareaba tan guapo, tan hombre, tan Robert... carraspeé decidida a hablar.

—Hola —sonreí—. Venía a comentarte la reunión, pero si estas ocupado puedo pasarme mañana —dije desde la puerta, se cogió el puente de la nariz y vi sus ojeras.

—Pasa Lucía, no pasa nada.

—Si estás cansado, yo...

—No pasa, perdona —dijo masajeándose la nuca—. Es el ordenador ¿sabes? es una mierda.

—¿Te ayudo?

—No, ya está —caminé hechizada por él, casi levitaba, me coloqué detrás suyo y aprovechando que tenía la camisa desabrochada metí mis manos hasta cogerlo de los hombros, el contacto con su piel me erizó el bello del cuerpo, noté cómo se sobresaltó al sentirme.

—Tranquilo es un masaje, te irá bien —noté como se relajaba antes mis manos inexpertas.

—Cuéntame cielo —susurró.

Relaté la entrevista entera, los detalles de la casa y todo lo que necesitaba para poder llevar acabo mi trabajo.

—Tengo las fotos en la cámara del móvil, si quieres...

—No no, no pares lo necesitaba.

—¿El masaje? —me reí—. ¡Si los doy fatal!

—Es verdad los das como el puto culo pero...

—Pero... —le repetí con dulzura. Me cogió de una mano y tiró de mí, hasta sentarme en sus rodillas.

—Te necesitaba a ti ¡joder! Lucía ¿no lo ves?

—No veo nada —intenté resistirme a él, pero sentía que lo necesitaba yo más, ni Rubén, ni Cristian, nada, solo a él.

—Dame un beso nena.

—Mmm... nena —me reí.

—Dámelo, no seas mala.

—Dámelo tú —le contesté nerviosa.

Su respuesta no tardó en llegar, aplastó su boca con la mía y nos besamos como nunca lo habíamos hecho; me revolví encima de él remangándome la falda, sentándome encima, comencé a rozarme <<quien me ha visto y quién me ve>> este hombre despertaba en mí algo salvaje, algo intenso. Me moría por acostarme con él y se había vuelto indispensable en mi vida, era lo más raro que me había pasado nunca.

—Para para, vamos —dijo intentando pararme.

—No, no quiero; te quiero ahora y te quiero ¡ya!

—Lucía —me levantó del culo sentándome en su escritorio, tras cogerm

la cara y acariciarme los labios con los suyos me dijo con su voz ronca, varonil que prometía horas de sexo:

— Sabes lo que les va a pasar a tus braguitas ¿verdad? —me reí recostándome, dándole más accesibilidad.

—Lo estoy deseando —tiró de ellas haciéndolas un hilo, me separó bien las piernas y me tentó con la lengua, gemí ante el primer contacto.

—Calla— se rió.

—No puedo —dije revolviéndome encima de la mesa, su lengua cubría mi sexo al completo de arriba a abajo, despacio... lentamente volviéndome loca.

—Si no callas tendré que taparte la boca.

Intenté contenerme todo lo que pude, pero era imposible me devastaba a su paso... en ese instante noté que me corría y que iba a estallar en un chillido. Mordí mi mano, arqueándome entera y temblando, se me escaparon dos lágrimas de lo fuerte que me estaba mordiendo.

—Por favor —le rogué —. Házmelo ya— se recostó encima de mí.

—¿Qué quieres? Lucy.

—A ti.

—¿Cómo me quieres?

—Quiero que me folles, quiero sentirte dentro, quiero que me ames como sabes pero ¡hazlo ya! —lloriqueé.

Noté como entraba en mí lentamente, mis carnes se abrían a él mientras me penetraba; nos mirábamos a los ojos.

—Eres mía ¿lo sabes verdad? —asentí mientras tiraba de él.

—Y tú mío, que te quede claro ¿vale? —él asintió mientras bombeaba en

mi interior, sin darme cuenta y de un movimiento ágil, después de que me azotara y viniera mi segundo orgasmo me arrodilló en el suelo, mientras él se sentaba en su sillón.

—Trágate la cielo —me empujó de la barbilla hasta su erección. La abarqué con mi boca hasta el fondo de mi garganta al notar que estaba a punto, succioné tragándome todo lo que me daba.

—¡Joder! gatita que boca tienes —dijo besándome de nuevo.

Nos recompusimos como pudimos, me temblaban las piernas por lo intenso que fue. Volcamos en el sexo el deseo de esas semanas separados y nos arrolló a los dos.

—Nena ¿vamos a cenar?

—Mejor vamos a casa, tiene que venir mi hermano con mi coche y no quiero dejarlo solo.

Salimos de la oficina cogidos de la mano, caminamos por la calle en dirección al parking besándonos.

—Cariño a partir de ahora no quiero que te veas con nadie, no quiero que ninguno se te acerque, no lo aguanto.

—Esta bien ¿pero eso será para los dos no?

—Nena yo no necesito a nadie más, solo a ti ¿vale?

—Vale, eso espero.

—Solo los dos, como dos personas civilizadas.

—Este bien ¿y la Suite?

—No iré más.

—¿Ni conmigo?

—No, piensa Lucía que desde ahora...—levantó nuestras manos dejando un beso en la mía— desde ahora mismo somos novios y de los chapados a la antigua.

—¿Qué dices Robert? ¿Cómo vamos a ser novios...?

—Sí, somos novios te guste o no —paró de caminar y me abrazó—. Lucía, a veces soy un poco bruto, pero cielo de lo que estoy completamente seguro es de que quiero que seas mi novia, te necesito no puedo estar sin ti, llámalo amor o lo que quieras. No sé si esto durará una vida, un año, unos meses...pero dure lo que dure quiero que sea contigo porque de lo que sí estoy seguro es que nunca en mi vida me he sentido mejor que contigo. Me gusta cuando estás en casa, me gusta verte dormir, escucharte cantar y sobretodo verte a mi lado. A lo mejor no soy el hombre perfecto Lucía, pero puedo asegurarte de que por ti, lo voy a ser.

Yo no daba crédito a lo que escuchaba, me escocían los ojos, me moría por él.

—Te prometo que aunque a veces me comporte como el hombre de las cavernas contigo, no vas a encontrar a otra persona que te respete como yo te respeto, ni te van a cuidar como yo lo voy hacer, te daré todo de mí. Estoy en tus manos Lucía, me he abierto a ti y te doy lo que soy, en tus manos queda aceptarme y hacerme feliz o dejarme ahora.

Me temblaba el labio me iba a poner a llorar, sus ojos me miraban con incertidumbre y miedo, las palabras se apelotonaban en el fondo de mi garganta.

—Cariño contéstame, si no me quieres déjame que te demuestre...

—Calla —le corté—. Te acepto Robert, claro que te acepto en mi vida. No me tienes que demostrar nada, sé que lo que me dices es verdad y yo también siento lo mismo por ti, solo te pido un poco de... —dije llorando.

—¿De qué? mi niña —dijo recogiendo mis lágrimas y dando un beso en el lugar de ellas.

—Te pido que no corramos, hay que hacerlo bien, aprender a querernos bien.

—Te quiero demasiado Lucía, lo que tú me pidas.

Tras esas palabras fui consciente de que me acababa de rendir a él para el resto de mi vida. Lo abracé con todas mis fuerzas y besé su barbilla, mientras me envolvía entre sus brazos, sentí que se reía y lo miré.

—¿Qué?

—No se te ocurra reírte por lo que te voy a decir ¿vale?

—Me das un poco de miedo —dije mirándolo con gesto preocupado.

Entrelazó sus manos con las mías.

—¿Quieres ser mi novia? ¿quieres estar conmigo? —estallé en una risa nerviosa y por supuesto mi respuesta fue un sí, como decirle que no a mi hombre de las margaritas.

Entramos en casa de mi hermano cuando recibí una llamada de Cristian.

—Cógelo Lucía, dile que estamos juntos y que no quiero que te vuelva a escribir ni llamar ni que piense en ti, será mejor que se lo digas ya —cerré los ojos y descolgué.

—Lucy.

—Hola Cristian.

—Cariño, ¿cuándo vas a venir? te echo de menos.

—Verás hay una cosa que quiero contarte y...no es fácil para mí decirte esto.

—Di lo que tengas que decir.

—He conocido a un chico, no es un chico normal es mi novio nos estamos

conociendo y...

—¿Es ese Robert no?

—Sí, es él y no quiero que me escribas ni tampoco que me llames más, quiero cortar el contacto.

—Pero ¿qué cojones dices?

—Lo que oyes, estoy con él y nunca en mi vida me he sentido más completa. Esto es lo que hay, espero que lo aceptes y me dejes tranquila.

Tras esas palabras colgué el teléfono y miré a mi novio que estaba relajado, me levanté y salí a la terraza a fumar.

—Ves como no era tan difícil —me dijo bajito en el oído y abrazándome.

—Ni fácil tampoco, Robert.

—Bueno nosotros somos felices juntos y me voy a encargar de adorarte de por vida.

—Hola — sentí la voz de mi hermano.

—¡ En la terraza! — dije respondiendo en un tono más alto de lo normal.

Cuando nos vio se echó las manos en la cabeza

— ¡Joder no!

—Venga cuñado —lo abraó Robert.

—¿Qué dices? —lo esquivó Marc.

—Lo que ¡oyes!

—¡Tú estás loco!

—Nena díselo, que no me cree —sonó tan adolescente que me reí.

—Tete... sí, algo así.

—¿Algo así? eres mi novia.

—Joder —se rió mi hermano—. ¿Es verdad? —me miró.

—Si Tete, pero tengo el tiquet de devolución, si no me gusta lo devuelvo.

Robert me cargó sobre su hombro y me dio un cachete.

—No le pegues a mi hermana —le advirtió Marc saliendo detrás de él.

—Venga pedimos un jopo y lo celebramos —dijo Marc contento.

—Por cierto Lucía ¿qué le vas a regalar a Beca?

—No se Tete, había pensado en unos zapatos o un bolso ¿y tú?

—Me ha pedido un reloj, pero yo ya le he cogido el regalo.

—¿ A si? dime ¿qué es?

—Una semana en Menorca los dos solos, después de su mega fiesta —apretó sus labios—. Coge vacaciones y me la llevo.

—Vale, le compro yo el reloj.

—¡No! se lo regalo yo que me lo ha pedido.

—¿Y el viaje?

—También.

—Ya está la cena encargada —repuso Robert feliz.

—Nena coge unas cosillas y vente.

—¿¡Qué dices!?! Robert, vas muy rápido.

—¡Que no joder! que solo quiero que tengas algunas cosas en casa para

cuando te quedes, no te digo que te vengas a vivir conmigo ¡de momento!

—Bueno, ya veremos...

Cenamos los tres la comida japonesa que encargó Robert. Durante la cena no dejó de hablar de los planes que tenía para el verano, lo que podíamos hacer, donde quería llevarme... mi hermano lo miraba con la boca abierta y no daba crédito a lo que escuchaba. Lo cierto es que yo tampoco, nunca pensé que él pudiera aceptarme en su vida tan rápido, todavía no sabía si él encajaría en la mía; aún así necesitaba estar con él, me encantaba, no era amor al estilo puro y duro pero a mí me servía, me hacía feliz y me llenaba.

—Cielo dime qué te parece.

—¿Qué? —estaba perdida en mis pensamientos y no escuché ni papa.

—Nena ¿quieres que vayamos a la costa de Capri este verano?

—No tengo vacaciones y tengo tres proyectos, ¿hola? ¿qué es lo que no entendéis de mi vida? — los miré muy mal —¡¡Negreros!!

—Lucy —dijo mi hermano—, la empresa cierra un mes como la de papá, claro que tienes vacaciones y además tienes los tres proyectos perfectos, solo queda empezar las obras.

—En ese caso sí —miré a Robert.

—Entonces mañana lo preparamos todo ¿qué dices?

—Bueno, a ver mañana... —me froté la cara.

—Si prefieres ir a otro sitio por mi genial — al final accedí a ir dónde él decía ¿cómo negarse?, imposible. Me decidí por recoger algunas cosillas de aseo y algo de ropa para el día siguiente.

Salíamos por la puerta con las manos entrelazadas cuando mi hermano cogió a Robert por el brazo.

—Robert tío, ya sabes que es mi hermana, no sé cómo decirte que...

—¿Que la cuide no? ¿Que no le pegue? —se rió Robert.

—Sí, eso mismo.

—Nunca le he puesto una mano encima tío —levantó nuestras manos y dijo— es mi novia —los dos se sonrieron y se dieron un abrazo.

Conducía por Madrid con una mano en mi pierna, nos mirábamos de reojo y sonreíamos como adolescentes, lo notaba bastante nervioso.

—Robert ¿qué te pasa? —acaricié su pelo y sonreí con ternura.

—Nada, que esto es raro para mí.

—Si ves que vamos deprisa dímelo no pasa nada, lo entiendo.

—No es eso, es que quiero que salga bien, ¿entiendes?

—Sí, pero no nos presionemos, no quiero tensar la cuerda y que... tenemos que ir despacio.

Entramos en su piso y tras encender las luces, me dirigí a su dormitorio y me quedé parada en la puerta... él se pegó a mi abrazándome desde atrás.

—Es nuestra habitación —me giré entre sus brazos y lo besé.

—¿Te gusta?

—Sí, mucho.

—Bueno, deja tus cosas nena te espero afuera; voy a poner algo de beber ¿qué quieres hacer?

—Podemos ver alguna película ¿no?

—Claro, ponte cómoda.

Después de sacar mis pocas pertenencias, salí al comedor.

—Robert ¿dónde dejo mis cosas? —él estaba sirviendo unas copas en la mesa auxiliar cuando levantó la vista y me miró.

—Donde quieras cariño —abrí los ojos y me di media vuelta.

Abrí un cajón de la cómoda y vi sus pijamas, en otro sus camisetas interiores perfectamente dobladas, en otro unos jersey, miré en el armario y tenía miles de camisas, corbatas y trajes ordenados por colores, ¡Dios que meticoloso!

—Robert ven —sentí sus pasos.

—Dime.

—Dónde quieres que metas mis cosas —levanté las manos—. No te rías.

—Esa cajonera está vacía, hay únicamente unos camisones y ropa interior.

—No la había visto perdona, ¿de quién son los camisones? —abrí los ojos.

—Tuyos cielos, los que te compré.

—Aaah —no pude decir más.

Fui hacia el mueble, en el primer cajón estaba la ropa interior, en el otro ropa de cama y los otros dos vacíos; me desnude y me puse un camisón de tela fina gris oscuro ceñido del pecho, en los bordes tenía un ribete blanco que subía por los tirantes finitos y se perdían entre las costuras del pecho separándolo con dos botones blancos, era un camisón precioso a conjunto, sería un loco y un lunático pero tenía un gusto exquisito para la lencería, me recogí el pelo en un moño mal hecho y al salir del baño lo vi desnudo poniéndose un pantalón de pijama.

—Joder cariño eres la cosa más bonita que he visto en mi jodida vida, si pudiera detener el tiempo lo haría en este preciso momento —sonreí ¿qué podía hacer? solo él podría poner en la misma frase la cosa más bonita y

un joder con todas sus letras.

—Nena mírame —apreté mis labios aguantándome la risa esperando alguna de sus lindezas.

—Sal al comedor o ese precioso camisón no terminara muy bien —corrí por el pasillo escapando de sus manazas, no llegue muy lejos me levanto en volandas.

—No me rompas el camisón me encanta por favor —dije entre risas.

—Te compro otro.

—No no, por favor —me dejó en el sofá echándose encima mío—. No lo rompas por favor es precioso.

—Tu eres preciosa —susurró en mi barriga, mientras levantaba mi ropa despacio noté que tiraba de mis braguitas nuevas.

—Robert ¡no! , no las rompas, estas no —le advertí muy seria.

Se puso de pie y me ayudó a levantarme.

— Levanta los brazos. —Los levante por encima de mi cabeza y deslizó el camisón, lo dejó apoyado en el sofá y con sumo cuidado me quitó las braguitas, mientras las bajaba por mis piernas beso mi pubis y después subió hasta mi barriga, mis pechos, mi cuello y por último mi boca.

—Cielo me gusta más quitarte la ropa, que arrancártela.

—Espero que sea verdad, ya que tienes un gusto formidable para ella — me abracé a su cuello mientras él me levantaba del culo.

Caminó conmigo hasta la barra de la cocina y me sentó en ella yo misma liberé su erección, la cogí con la mano, estaba dura y pesada, de su punta salía una gota de deseo.

—Estírate cariño —obedecí mientras él me besaba por el cuerpo.

—Eres tan perfecta —amasó mis pechos llevándose uno a la boca, me hizo soltar un gritito debido al mordisco que le dio a mi pezón—. Tienes unas tetas que me vuelven loco —lamió y mordió las dos durante un rato, después de exigirselo repetidas veces me penetró.

—Mírame a los ojos cariño, te voy hacer el amor hasta que me muera y si es dentro de ti...— gemimos los dos— si es dentro de ti muero en paz nena.

Estábamos en la barra de la cocina los dos subidos y haciendo el amor despacio mirándonos, saboreándonos, cuando se levantó conmigo en brazos sin salir de mi interior, apoyándome contra la pared de pizarra.

—Cógete bien —dijo antes de empujar con fuerza—. Me vas a sentir hasta en la garganta, vas a entender que somos el uno para el otro, tienes que darte cuenta que soy yo ¡solo yo! el único para ti —sentía su voz de fondo, notaba un orgasmo que subía desde mis pies hasta mi pecho mientras seguía cogida a su cuello y mirándonos como dos animales. Me corrí con fuerza y violencia sin dejar de mirarlo, de mi garganta salió un grito animal y en ese preciso instante supe que sería mi perdición, mi razón de ser y mi consuelo, él se corrió en el mismo momento que dejé de tener los espasmos.

—Me succionas la polla cuando te corres, me encanta —se mordió el labio y se dejó ir. Noté su calor en lo más profundo de mi ser y sin demorar un segundo más volví a correrme, me soltó el culo que a esas alturas tendría sus dedos grabados y se apoyó en la pared con ambas manos. Contemplándome como solo él podía hacer mientras yo respiraba aceleradamente, al abrir los ojos me sonrió y me besó.

—Me encanta ver cómo te corres cariño, me encanta esa cara de bruja que pones. Me vuelve loco — intenté bajarme pero me lo impidió—. No quiero salirme de ti.

—Robert —le reprendí notaba nuestro rastro por mis piernas—. Quiero limpiarme.

—Me gustas sucia —se meció un poco más dentro de mí y resopló—.

¡Joder joder! —dijo entre dientes. Fuimos hacia la ducha y abrazados dejamos que el agua nos cubriera a los dos besándonos y abrazándonos. Nos secamos el uno al otro; mientras él se ponía unos pantalones de pijama yo me daba mis cremas. Eran más de las dos de la mañana cuando me metí en la cama, él estaba apoyado sobre las almohadas mirando el techo con los brazos detrás de su cabeza, me acurruqué a su lado y lo abracé, besé su pecho y su barbilla, su mentón, él jugueteaba con mi pelo.

—Lucía cielo —inclinó su cabeza hasta encararme.

—Mmm —dije entretenida mientras lo acariciaba, era el hombre más guapo y sexy de la tierra, tenía un cuerpo definido y perfecto trazaba dibujos en su vientre.

—Yo nunca he tenido novia, nunca me ha gustado una mujer más de dos o tres días seguidos —mordió su labio—. Nunca he dormido con nadie y nunca he sentido nada de lo que siento contigo, no sé si esto es amor Lucía o encoñamiento; no sé si estoy enamorado de ti... no sé lo que es nena pero nunca he sido tan feliz en mi jodida existencia —suspiré y lo miré—. Lucía por ti haría lo que fuera ¿me entiendes?, siento que eres mi mitad —me abalancé sobre él y lo besé.

—Es lo más bonito que me han dicho nunca Robert.

—Tu eres lo más bonito que me ha pasado y no sé cómo decirte las sensaciones que siento, no les encuentro nombre... yo por ti moriría, mataría eres ¡joder! —me cogió de la cara—. Eres mi vida, ¿lo entiendes? —asentí—. No quiero que me digas nada, no es necesario, las cosas se saben y se notan nena... ya me lo dirás.

Volvimos a besarnos.

Desperté con Robert a un lado de la cama, relajado y con una sonrisa de felicidad en la cara, besé sus labios y salí despacio. Escuché el teléfono y al mirarlo vi que era mi hermano.

—Lucy ¿estás bien?

—Woooo Tete, que pesado eres.

—Yo...solo quiero lo mejor para ti.

—Tete, ¿cómo quieres que te diga que Robert me cuida y me protege como nunca nadie lo ha hecho?

—¿Más que Cristian? —dijo confuso.

—Tete no lo nombres, no tienen nada que ver el uno con el otro y te aseguro que Robert es... único; no me preguntes más, estoy bien ¿vale? Estoy perfectamente y feliz.

—Feliz ¿enamorada?

—Creo que sí, Tete ya hablaremos...

—Vale ahora que sé que estás bien, despierta a ese mendrugo y dile que se ha dormido que ya desayuno solo y que así no se gana el favor de su cuñado — me reí.

—Eres tonto —caminé hasta entrar en la habitación.

Lo desperté suave y le di el teléfono.

—Joder —gruñó—. ¿Qué quieres? —en un momento dió un salto de la cama y entró en el baño desde fuera lo escuché reírse y llamar maricón a mi hermano. Yo estaba en la cocina preparando el desayuno cuando me cogió por sorpresa del pelo, dobló mi cabeza suavemente para atrás, besándome.

—Buenos días mi amor —se sentó frente a mí y apoyó su cabeza en las manos—. ¿Siempre estás tan bonita?

—Oh calla —le hice un gesto con las manos—. ¿Quieres café y tostadas?
—él asintió.

—¿Esto lo has hecho tú solita?

—Sí —dije de lo más orgullosa—. Oye ¿no llegas tarde?

—No, hoy no trabajo.

—Ah ¿no?

—No, mi jodido cuñado me ha dado el día libre y también a ti. Hoy, mañana y pasado son para nosotros ¿qué te parece?

—Genial —di saltitos por la cocina hasta abrazarlo —. ¿Y qué vamos a hacer?

—Lo que tú quieras.

—Woooo —dije besando ese mentón que me encantaba.

Desayunamos entre bromas y risas hasta que sonó su teléfono.

—Dime mamá —le escuché decir, habló con ella un buen rato mientras yo recogía la cocina; escuché mi nombre un par de veces pero me hice la sueca que se me daba estupendamente. Entré en la ducha, tenía tanta energía y felicidad que sin darme cuenta cantaba a gritos una de mis canciones preferidas de Alejandro Sanz, *Mi Marciana*, cuando sentí a Robert.

— Si mamá, es Lucía quien canta, está en la ducha, no sé... ahora le diré pero no te hagás ilusiones, vale un beso, —no deje de cantar cuando entró en la ducha.

—Cantas jodidamente bien, todo lo haces bien —como me sentía tan feliz, pletórica y maravillosa le regalé una mamada en la ducha. Terminó apoyado en la pared y aguantándose con las manos sobre mi cabeza soltando barbaridades por esa boca. Tiró de mi pelo hasta ponerme de pie y me besó, él me devolvió el regalo de la misma manera.

*Cuarentón y solterón,
que suerte tienes ladrón.
Refrán.*

CAPÍTULO 30

Qué bonito es el amor

Llevábamos ya unas cuantas semanas de relación, nunca pensé que se pudiera ser más feliz, por una vez en la vida podía ser yo sin ocultarme, podía mostrarle lo bueno y lo malo de mí y siempre me encontraba con el mismo hombre sonriente, que con sus palabras, besos y caricias me hacía sentir especial. Me sentía en una nube, cómo podía ser tan perfecto en todo.

Estaba en su piso dando unos retoques a los bocetos de Alex cuando entro mi hombre por la puerta.

—Cielo —me llamó, yo me encontraba en la terraza, me encantaba tomar el sol mientras dibujaba.

—Estoy afuera —dije trazando unas líneas sobre el papel.

Sentí sus manos recorrer mi espalda y mis caderas, me tocaba con cuidado como si tuviera miedo a dañarme, me di la vuelta y lo miré, estaba guapísimo embutido en un traje claro y corbata oscura. Deshice el nudo y le desabroché los botones de su camisa.

—Hace mucho calor —dije mientras besaba su pecho—. ¿Quieres que nos demos una duchita los dos? —sonrió como un canalla y me acarició la cara.

—No hay nada en el mundo que me guste más que ducharme contigo mi amor, bueno si... me gusta más llegar a casa y verte, definitivamente eso es lo que más me gusta en la vida.

Nos besamos en la terraza y poco a poco entre besos llegamos al

dormitorio.

—Lucía haces mis días más bonitos con cada una de tus sonrisas—dijo mientras caminábamos hacia el baño.

—Tú también haces mi vida más bonita —dije desnudándome y entrando en la ducha.

Se metió conmigo y antes de poder encender el agua me besó y apoyó sus manos en la pared mientras yo recostaba mi cabeza, me encantaba que me besara despacio sin prisa y mirándome a los ojos. Recorrí su espalda con mis uñas hasta perderlas en su pelo.

—Hazme el amor Robert, necesito sentirte— fue lo único que fui capaz de decirle, me perdía en su mirada y me perdía en él.

Hicimos el amor tan despacio que fue hasta tortuoso, me encantaba cuando me cogía de la cara con sus manos y me succionaba la lengua con tanta fuerza que me hacía gemir. Nos dejamos ir a la vez, sus manos me tocaban con vehemencia, por donde pasaba me marcaba. Me sentía suya de todas las maneras posibles. <<Que bonito es el amor cuando se está con la persona correcta>>. Salimos a trompicones de la ducha.

—¿Te acuerdas lo que te dije una vez? ¿qué acabarías gritando mi nombre al correrte? —asentí—. Cuando lo dije te puedo asegurar que no imagine el placer que me produciría escuchar mi nombre en tu boquita.

—Si, también me dijiste que querías follarme el culo—dije poniendo los ojos en blanco y riéndome.

—¡Y quiero!

—¿¡Quieres follarme el culo!? —<<mi culillo noooo>>.

—Claro —dijo tan pancho—. ¿Quieres que...?

—¡Calla! —me puse colorada, él se rió a carcajadas.

—Joder nena, me encanta sacarte los colores —tiro de mí.

—Yo nunca he... eso ya sabes.

—Mejor —me guiñó un ojo.

—¿Pero a ti te gusta? —dije asustada.

—Sí pero tranquila, no tenemos que hacerlo ahora —suspiré aliviada.

Pasamos el resto del día de turismo por Madrid, entre sus mágicas calles, museos, teatros y cafeterías. Me explicaba los rincones de Madrid y yo lo miraba fascinada por lo que explicaba con tanta pasión. Eran las diez de la noche y salíamos del restaurante *Triana* de cenar, estaba agotada y tenía los pies doloridos, momento que él aprovechó para cargarme sobre su hombro como un saco de patatas. Escuché que lo llamaban unos hombres y él se paraba en seco, dio media vuelta y se dirigió a ellos.

—Hermano —dijo el más alto, yo intenté bajarme pero me retuvo mientras hablaba con su hermano y dos chicos más.

—Os presento a mi novia —dijo dando la vuelta y poniéndome de cara a ellos, los tres se rieron y yo me quejé.

—Déjame en el suelo Robert —tras poner los pies en el suelo los saludé, el hermano de Robert se sorprendió muchísimo al verme.

—Tú eres la famosa Lucía que has vuelto a mi hermanito loco —sonreí y afirmé.

—No exagerabas cuando decías que era preciosa tío, enhorabuena es realmente una belleza —Robert me cogió de la mano con una sonrisa de orgullo—. Encantado, soy Raúl y estos David y Luis.

—¿Os venís a tomar algo? —Robert se negó, los chicos no insistieron mucho más ya que lo conocían perfectamente.

Entonces nos veremos mañana en el cumpleaños de María.

—¿María? —dije yo sin entender mucho.

—No lo sé, ya he hablado con mamá y le he explicado.

—Vamos tío no jodas, no vas a venir al cumpleaños de nuestra hermana pequeña, cumple dieciocho.

—Ya veremos, igualmente le llevaran el regalo antes de la cena.

—¿Qué le has comprado?

—Exactamente lo que me pidió, ¡Sí! la jodida moto.

—¿Una Vespa rosa? —pregunto Raúl.

—Sí, rosa —se rió.

—Bueno pues yo quiero el *Audi R8* en blanco —le palmeó la espalda.

—Que te den —le contestó.

Poco después nos despedimos. Me encantó mi cuñado, tan simpático y guapo como mi chico. Una vez dentro del coche le reproché no saber nada de su vida.

—Nena hasta hace unas semanas, no me dejabas decirte nada ¿qué quieres?

—No sé, saber de ti, de tu familia... lo normal.

—Tengo dos hermanos yo soy el mayor Raúl el mediano con 30 años y María la pequeña con 18 —yo lo miraba con atención—. Mis padres Joaquín y Pepa y están locos por conocerte.

—¿En serio?

— Sí cariño, quieren que vengas al cumpleaños y yo pues como no quiero agobiarte... —se rascó la cabeza— no te he dicho nada.

—¿No quieres que vaya?

—A mí me encantaría, pero eres tú quien decide —me quedé pensativa

mientras lo observaba conducir.

—Iremos mañana al cumpleaños —sonrió.

—¿Tú quieres ir?

—Claro que sí, no dudes de mí, todo lo que tenga que ver contigo me interesa.

Entramos en el comedor en silencio, salté a sus brazos y lo besé.

—¡Estate quieto! —grité como una loca mientras él me hacía cosquillas y tiraba de mí, a veces no lo reconocía, no era el tipo duro que yo me imaginé. Y como no, esa noche inmersos en nuestra plena felicidad nos amamos sin descanso.

Decidimos ir al cumpleaños de su hermana. Su familia me recibió con los brazos abiertos. Raúl, María, Pepa y Joaquín al igual que el resto de tías y primos parecían llevarse fenomenal.

Como imaginé no era un cumpleaños normal y corriente, era una puesta de largo pero más informal <<como la mía>>. Por suerte no iba disfrazada en plan fiesta de cumple, para la ocasión me puse unos tejanos color capri y camisa blanca entallada, unas sandalias altas y me ondulé el pelo. Robert iba en vaqueros y camiseta negra tan guapo como siempre, me presentó como su novia y la mujer de su vida. Eso me dejó, si se podía, todavía más enamorada de él.

Encajé perfectamente, era gente tan amable y dicharacheros, nada que ver con la opinión que tenía de Robert cuando lo conocí. María era monísima, una muñeca de porcelana, finita y algo alocada, alucinó con los regalos pero lo que más ilusión le hizo fue una gargantilla de *Swarovski* con una estrella con muchos cristallitos que yo misma le compré, bueno eso y la moto claro. Las mujeres de su familia me animaron a ir con ellas a la cocina y fumarnos un cigarro, Robert merodeaba por mi lado por si necesitaba ayuda.

—Lucía, nos contó Robert que eres la hermana de Marc.

—Sí —sonreí—, la pequeña.

Tras charlar con ellas un rato me dijo su madre:

—Mi hijo ha esperado treinta tres años para presentarnos una chica, perdona si somos curiosas —se rieron— pero ahora que te vemos coincidimos en que ha merecido la pena la espera.

—Gracias.

Por lo que pude comprobar su madre estaba al tanto de nuestra historia al completo, con lo bueno y lo malo. Estuvimos bastante rato hablando hasta casi entrada la madrugada. María me hizo subir a su habitación y nos confesamos secretos como dos amigas e intercambiamos los teléfonos.

—¿Me prometes que me llevarás de compras? —dijo con cara de animalillo.

—Claro, llámame y pasó por ti.

Nos estamos despidiendo en la puerta de casa de sus padres cuando aparecieron los amigos de María, ella salió como una loca y a grito pelado me presentó a sus amigas.

—Chicas, mi cuñada —dijo muerta de ilusión, muy agradables ellas me sonrieron y se acercaron a mí.

—Es Lucía, os hablé de ella, esta semana quedaremos para ir de *shopping* —dijo pizpireta.

—¿Podemos ir? —dijo una nena más bajita y monísima con el pelo marrón y unos ojos azules preciosos—. Tú cuñada mola, la mía es una rancia, yo quiero ir.

—Claro, quedar con María y nos vamos todas juntas —de lejos vi que venía una limusina a buscarlas. La niña era muy lista y decidió hacer dos fiestas de aniversario, una con la familia y más allegados y otra con los amigos que no quería que conocieran sus padres, lo entendí al ver a su chico, el chico malo y guapo.

Me despedí de ellas y suspiré aliviada.

—Has causado furor entre las amigas de mi hija —dijo Pepi muy orgullosa.

—Mamá recuerda que nos vamos de viaje, así que siento no poder estar en el cumpleaños de la tía —dijo Robert <<excusa en todaaaa regla>>.

—Ir tranquilos —dijo de lo más feliz. Cuando entramos en el coche pude escuchar como le susurraba a su hijo— Es perfecta — y sonrió como solo una madre sabe hacerlo.

Iba sumida en mis pensamientos recordando cuando conocí a Cristian, mi mundo giraba en torno a él. Después me di cuenta que no era para tanto, que no era perfecto. Desde un principio solo mostró su lado bueno y poco a poco como es habitual se fue desenmascarando, sale nuestro verdadero yo. En cambio Robert desde un principio me enseñó su lado oscuro, poco a poco se le cayó la coraza, entendí con el paso de los días que nunca me enamoré de Cristian... era atracción, deseo, pero no amor. Hay chicas que siempre tiene pareja como Beca, otras que van y vienen como Katy y otras que están mejor solas como yo.

Entre nuestras idas y venidas hacía casi un mes y medio que estábamos juntos y hacíamos muchísimas cosas juntos. Estábamos inmersos en nuestro viaje, pero antes de eso teníamos la dichosa fiesta de cumpleaños de Beca que para rematarlo era una fiesta al estilo ochentero, era para matarla ¿o no?

La dichosa fiesta me costó la primera bronca con Robert, no entendía que siendo mi novio yo no quería que asistiera. Él sabía claro está que Cristian estaría y no le hacía ninguna gracia no poder estar ahí.

—¿Son celos? —le pregunté—. No tienes motivo ¿lo sabes verdad? — acaricié su mentón con ternura.

—No son celos nena, pero no sé, no entiendo por qué no puedo ir.

Terminé cediendo, me partía el alma verlo así y al final optamos por una tregua entre los dos. Mi hermano y Beca se estaban volviendo a ver desde la ruptura que tuvo ella con Rodri hace ya algunas semanas. Parecía que esta vez les iba bien y de verdad les deseaba que fuese así. Así que esa era nuestro pacto, Marc también venía.

Llegó el día y ahí estábamos nosotros, Robert vestido con un pantalón tejano roto por todos lados negro, con cadenas y camiseta del mismo color y una chupa de cuero al más puro estilo *James Dean*, con una especie de tupé que le venía como anillo al dedo dejando lucir su lado macarra. Cuando lo vi entrar en la habitación casi me derrito.

—¿Pero se puede estar más guapo? —abrí los ojos y camine hacia él.

—Me siento ridículo cielo.

—Estas guapísimo, nene —me enseñó el dedo corazón y me dejó sola en la habitación. Me hice un cardado de esos casi imposibles, remontándolo con un pañuelo azul y haciendo un lázame. Me pinté la cara como una puerta, labios rosa y sombra del mismo color, colorete <<mucho colorete>> me hizo gracia pintarme un lunar encima del labio (no sé por qué, pero me hizo gracia) me embuté en el body negro de tirantes y cogí la falda de tul, que tenía más pinta de tutú, negro y rosa. Me puse unas victorias de toda la vida negras y me anudé al muslo un pañuelo azul. Llevaba todas las pulseras doradas que encontré en una tienda de bisutería y unos aros granadinos, todo bien dorado <<ya está>> me dije. Al mirarme en el espejo casi me da un ataque de risa, tenía pinta entre una gallina “matá” a escobazos y Madonna, saliendo mal parada en uno de sus videoclips.

Cuando Robert me vio estalló en carcajadas de lo más varoniles alzándome del suelo y dando vueltas conmigo.

—¡Hostia puta Lucía! estas buena hasta con pinta de punky —intenté besarlo pero con el ataque de risa fue imposible.

Al entrar en la fiesta la pinta de los invitados no era mejor que la nuestra, menos la zorrasca de Beca que llevaba un modelito de lo más *pin up*,

tejanos altos y un top sujetador, con un tupé increíble y un lazo de color rojo a cuadros blancos a juego con su top. Estaba increíble.

Caminamos hacia el fondo del local que por cierto era chulísimo, en las afueras de Badalona, era del padre de Beca una nave industrial que hasta hacía poco era una discoteca. Había un *Catering* al final de todo y lo cierto es que todo estaba buenísimo para chuparse los dedos. Sin esperarlo, olí el perfume de Cristian, el olor venía de detrás mío, me giré y lo vi hablando con Marc, Robert estaba en la terraza fumando como un indio. Me acerqué a Cristian y toqué su hombro, cuando se giró ya no lo vi el hombre más guapo del mundo, lo que vi fue un chaval de veintipocos años de lo más mono, vestido de la misma guisa que los demás. Al verme me hizo un escáner con sus ojos, de arriba a abajo y viceversa parándose en mi cara.

—Vaya con Madonna —sonrió y me dio dos besos.

—Estas muy guapo —le dije con cariño, él me cogió de la mano y me dio una vuelta.

—Para guapa tú.

—Baah, zalamero parezco una gallina matá a escobazos ¿qué tal tu padre?
—suavicé el temita.

—Genial está muy contento, me pregunta mucho por ti Lucía. No sé, podrías pasar un día por el taller y os tomáis un café.

Noté que Robert me miraba desde la barra, levanté la vista y lo miré, cuando nuestros ojos se cruzaron sonreí, sin querer me devolvió la sonrisa y levité hasta el cómo hacía siempre que me miraba. Creo que me llegaban órdenes por ondas celébrales.... dando saltitos y moviendo la falda caminé hasta engancharme a su cuello.

—Ven quiero presentarte a...

—A Cristian.

—Sí —tiré de él y caminamos los dos, sentí un impulso de decirle miles

de cosas y vomitar mis sentimientos pero me controlé. Me paré en seco, me giré hacia él y lo besé.

—No pienses cosas raras Robert, nunca ha sido lo mismo, lo nuestro es ...
—me mordí el labio y cerré los ojos.

—¿Qué? —sentí sus manos en mi cintura.

—No sabría decirte, pero lo nuestro es más fuerte, es de verdad ¿vale? —
me cogió por la cintura y caminó conmigo besándome, me solté de su
abrazo y nos acercamos.

—Cristian —lo llamé para que me prestara atención.

—Dime Lucy —se giró y miró directamente a Robert que casi le sacaba
una cabeza.

—Este es Robert, mi novio —realicé las oportunas presentaciones, ellos
se estrecharon la mano algo tensos, pero Marc apareció al rescate con
unos chupitos. Beca bailaba y gritaba como una loca, vino hasta nosotros
y saltó a caballito encima de mi hermano, le mordió la cara y lo besuqueó
delante de todos sin cortarse un pelo, Marc se la bajo de encima casi a
patadas y, riéndose por las obscenidades que decía, tiró de ella hasta un
almacén.

Robert me miró y no nos hizo falta nada más.

—Le va a zurrar —me reí apretándome más a él.

—Sí —dijo rotundo.

—¿Y tú a mí? —arqueó una ceja.

—No, tú eres buena mi vida —yo que iba piripi solté como si tal cosa.

—Quiero que me des azotitos, quiero que me hables mal y me hagas lo
que te apetezca.

—Estas tontita —cogió mi cachete con una mano y lo amasó, asentí como

una depravada e intenté rozarme pero me lo impidió tirando de mí hasta bailar.

—No me creo que vayas a bailar —él se reía mientras se movía al ritmo de la Unión un grupo bastante bueno de esa época.

—¿Te lo estás pasando bien? —dije sorprendida. Se contoneaba delante de mí poniéndome moritos, pero como era posible <<¿Hola? ¿quién era ese Robert y qué había hecho con mi novio?>>. Me animó a bailar con él poniéndome caritas, mis amigos se unían a nosotros, incluso Cristian, Paula y Peta se sumaron. En ese momento todos olvidamos nuestras rencillas y bailamos como descosidos hasta que apareció mi hermano uniéndose a nosotros con media cara roja de pintalabios. Apareció Beca delante de nosotros y nos avisó del pastel. Como no, era uno enorme de chocolate blanco y trufa, adornado con un veinticinco gigante de chocolate. Mil flashes me dejaron bizca mientras ella cortaba la tarta y yo le pasaba los platitos negros de plástico.

Cuando comíamos me pidió delante de todos que cantara nuestra canción como regalo.

—Japuta —le grité en su cara, ella muerta de la risa me dijo:

—Tía es mi cumple y nuestro himno.

Todas las miradas fueron hacia mi persona como a *Pantoja* << me cago en to>> mi hermano organizó un escenario improvisado e hizo de dj.

—¿Lo teníais planeado? —les acusé. Robert me miraba alucinado.

—¿Qué pasa nena?

—Estos que juegan sucio —ellos se rieron.

—Si si, reiros,¡TU! — dije con mi dedito acusador señalando a Beca— garganta profunda... —mi hermano abrió los ojos y me enseñó su dedo corazón y Beca caminó hacia mí poniendo morritos como si apartara cortinas imaginarias.

—Venga tonta, si te encanta.

—No me gusta cantar en público y lo sabéis —caminé dignamente hasta subirme al escenario (si se le podía llamar así), una luz blanca se posó encima mío y sentí las notas, me dio la risa cogí el micro, me mecí lamiéndome el labio y empecé a cantar.

Las chicas tienen algo especial,

las chicas son guerreras...

desde el perfume a las medias de cristal

las chicas son guerreras

tras una barra de pinta colegial las

chicas son guerreras...

Lo estaba disfrutando, mis ojos no se movían de Robert y sonreía como un tonto, yo me animé y empezó a bailar mientras me ponía morritos, hacía gestos obscenos, tapándome la cara con las manos dramatizando que era un escándalo, la gente comenzó a bailar y cantar.

Uuuu Aaaa las chicas son guerreras

Uuuu Aaaa laaaas las chicas son guerreras

Me lo estaba pasando pipa, animé a subir a Beca y fue nuestra perdición; eso sí que fue obsceno pero divertido, se unió mi hermano con un montón de amigos y cantamos juntos. Yo solo veía a Robert, le hice un gesto para que subiera y no lo pensó, de un salto se quedó agazapado a mis pies cogiéndome en brazos. Yo cantaba como una loca y él conmigo, todos nos hacían los coros, bailé con él y sin darme cuenta, muy descarada, le enseñé el culo levantándome la falda, él muerto de la risa me dio un sonoro cachete. No le importó, al contrario... le encantó.

Después de eso él y mi hermano cantaron *Hace Calor* a voz en grito muertos de la risa, Beca y yo les hacíamos los coros; hasta que mi

queridísima amiga le gritó a Marc: ¡*Garganta Profunda!* me salió parte de la copa por la nariz. Qué noche... hacía años que no me lo pasaba tan bien, reí hasta decir basta. Cristian me miraba alucinado y yo ni siquiera recordaba que estaba, bajamos del escenario, la gente quería cantar (todos locos) en ese momento se acercó Cristian a mí y me cogió del hombro.

—Lucy no sabía que cantaras —dijo extrañado.

—Si a eso se le llama cantar...

Robert entrelazó los dedos conmigo y me susurró al oído mirando directamente a Cristian:

—Voy a por nuestro detallito.

—Cantas increíble nena.

—Gracias... —caminé hasta la mesa de regalos y los organicé con una amiga del trabajo de Beca. Lidia se llamaba. Pusimos una silla y nosotras se los pasaríamos poco a poco, Cristian no se apartaba de mí.

—¡Ay! —le rodeó los hombros Marc.

—¿Qué os contáis?

—Nada tío, no sabía que cantaba —Marc chasqueó la lengua y puso cara de apuro.

—¿Lo he hecho tan mal? —me miró triste y yo negué con la cabeza.

—Mal no, fatal —dijo Beca sentándose en la silla—. Venga — palmeó en el aire.

Madre mía que de regalos habían, ella me los iba pasando para que yo más tarde los guardara. Después de un rato enorme de espera Marc le dio los regalos ella saltó como una loba y cayeron los dos al suelo, se lo comió entero y él se dejó hacer, finalmente como era de esperar le regaló el viaje y el reloj de marca, el que ella quería ¡claro!. Yo le obsequié un bolso de la *Bimba & Lola*, un monedero a conjunto y una cajita que dentro donde

había un vale para una tarde de chicas en un spa.

Después de tres horas más al fin salíamos, ella iba encantada y feliz colgada del cuello de mi hermano. Robert y yo estábamos embobados el uno con el otro.

—¡Quiero churros! —gritó Beca—. Vamos.

—¿Pero nos has visto las pintas? —me quejé. Como no, comimos churros y terminamos en la playa, ella mandaba porque era su cumpleaños.

Tras despedirnos en la puerta de mi piso me dijo que mañana nos mandaría los videos de la fiesta, yo la besé.

—Te vas por la noche, tráeme algo.

—¡Claro! y tu pedazo de zorra que te vas con este semental a Capi, tráeme de t-o-d-o —dijo cada letras como si le pesara, dejando la boca abierta. Estallamos en carcajadas mientras nos despedíamos, mi hermano negaba con la cabeza pero se le escapaba la risa.

—Pero será posible que sea tu mejor amiga —decía Robert muerto de la risa.

—Todos los dones los tiene mi Mari Juana, guarra, cochina y marrana— dije mirando cómo se despedían.

Se me metió en la cabeza hacerle una mamada en el ascensor, él se resistía pero a decir verdad o yo era una súper mujer o él se dejaba hacer. Entré en casa practicamente a rastras y él casi con la chorra fuera, se despatarró en el sofá y me animó a seguir. Yo gustosa lo seduje, no había nada que me gustara más que chupársela y verle esa cara de malo (estoy irreconocible). Ay mi madre, no me desnudó... solo apartó el body y la metió de una estocada certera que me hizo arquearme entera.

—¡Joder! me estoy follando a Madonna —lamió mi cuello mientras apretaba mis nalgas hasta hacerme daño, contra más me quejaba más me gustaba, incomprendible pero cierto.

—Córrete nena —me exigió y yo obedecí.

—¡Joder! —gritó en mi oído.

Fuimos hacia la habitación y caímos en la cama con esas pintas, no nos despertamos en toda la noche hasta que le móvil de Robert empezó a sonar y atendió.

—¿Quién coño? —gruñó—. ¡Joder! —sentí decir — ¡Que sí! que sí ¡hostia puta! — y colgó.

Entró en la habitación, yo estaba incorporándome cuando me cogió del pelo inclinandome la cabeza para besarme “su costumbre”. Después de ducharnos desayunamos tranquilamente, intenté ponerme retozona pero él me lo impidió.

—Cielo, tu hermano que quiere que lo llevemos al aeropuerto esta tarde.

—Baah y que tiene que ver eso con que no me dejes tocarte— me dedicó una mirada cómplice.

—Tócame cuanto quieras mi niña, solo que me apetecía hablar contigo, pero entre esas manitas y esa boca —suspiró— no puedo.

—¿Quieres hablar?

—A ver pequeña, dime qué te apetece hacer hoy — me acurruqué entre sus piernas y él abrió el periódico.

—Ahora quieres leer... lo estás haciendo a propósito ¿verdad?

—Verdad —dijo riéndose de mí.

—¿Con que esas tenemos? —dije poniéndome en pie y quitándome la ropa muy despacio.

—Dime qué hacemos ¿nos vamos cuando dejemos a tu hermano o nos vamos mañana?

—Mañana por la tarde, así vamos a la playa o vamos a ver a mis padres, ya los conoces así que no te causara trauma ¿no?

—Que va, yo encantado—dijo recorriendo mi cuerpo con los ojos—. Tú ganas —de un solo movimiento me encontré tumbada en el suelo con él encima de mí. Nos volvimos a dar una ducha después de todas las cochinas que realizamos sobre el suelo profanándolo ahí por donde pasábamos.

Al salir de la ducha cogí mi teléfono y tras ver las llamadas perdidas de Beca y mi hermano vi los wasaps Beca me decía :

Cerda levántate

Me reí y se me corto en seco cuando vi el de Cristian.

*Como me jode verte feliz, como me
jode no ser yo quien te haga feliz,
me duele verte con él y verte sonreír
de la forma que nunca me sonreíste
a mí, tenía razón solo fui tu capricho,
mierda Lucía me has jodido yo te
quería, que cojones te quiero y estoy
hecho una mierda, nunca te
escuché cantar.*

Abrí los ojos y vi otro más.

*Perdona estaba borracho aunque es
cierto te quiero y me duele, nos*

queríamos joder el amor no se

va así como así.

Me froté la frente y sonreí con amargura.

—¿Qué pasa mi vida? —dijo Robert sentándose a mi lado en la cama.

—Nada —intenté disimular.

—Mientes muy mal, ¿dime quién es?

—Es Cristian. —Le pasé el móvil y él lo leyó. Chasqueó la lengua y suspiro.

—Es normal, si fuera al revés yo estaría como loco, lo hubiera matado. Eres mía ¿qué quieres que te diga? no me sabe mal, prácticamente lo odio —lo dijo tan serio que me sobresalté—. Vístete, nos vamos por ahí.

Salí del vestidor con unos tejanos cortos, una camiseta de nadador blanca y unas bambitas del mismo color, un bolso de paja y un moño, caminé hasta pegarme a Robert que llevaba unos bermudas camel y camiseta blanca.

—¿Qué miras? —me dijo muy chulito.

—A ti —dije con cara de buena—. Eres el hombre más guapo y maravilloso del mundo.

Caminamos calle abajo hasta entrar en una cafetería donde comí como un vikingo, después me llamó Beca que fuéramos a su casa a ayudar con su maleta.

Al abrirnos la puerta nos miró de arriba a abajo.

—¡Joder! qué asco... sois la puta pareja perfecta, estáis buenos, sois guapos, tenéis pasta y lo bien que os quedan esas gafas —los dos llevamos unas carreras negras iguales las mías más pequeñas eso sí, nos miramos y sonreímos—. Me repatea que seáis tan jodidamente perfectos seguro que

cuando folláis tenéis fuegos artificiales ¡puagggg! —se metió dos dedos en la boca fingiendo una arcada—. Oye por cierto, tienes aquí las fotos, llévatelas cuando puedas no hay prisas.

—¿Que fotos? —pregunté.

—Las de la exposición.

—Aaah —abrí los ojos— no me acordaba.

—Ya, no me molestan.

—¿Qué exposición? —dijo Robert, nosotras intentamos cambiar el tema pero Marc que es tonto de verdad y sé que me repito, le contó que hice de modelo para una amiga etc. etc.... claro el otro monguú quiso verlas, aunque me negué por activa y por pasiva. Las miró y le encantaron, la del beso fue la única que no le gustó pero las otras le encantaron, hasta que leyó los rótulos de todas <<Silencio maligno>>.

Después de hacer las maletas y recoger su casa ayudamos a montar todo en el coche, fuimos al centro de Barcelona a comer. En un descuido de los chicos salimos a fumar y le conté lo de Cristian.

—Me sabe mal decírtelo pero es que nunca te he visto con nadie como con Robert, ni te distes cuenta de Cristian a noche, él no apartaba los ojos de ti y tú ni sabías que estaba, me dio mucha pena.

—Ya, a mi esta mañana también, es que no quería hacerle daño.

—Solo existe Robert para ti.

—Sí —dije muerta de pánico.

—Bien, no la cagues y ya está.

Cuando nos pasó los videos del cumpleaños casi me da algo ¡Dios! que espectáculo dimos sobre todo cuando me levanté la falda, él me miraba con ojos de enamorado y yo igual. <<Le quiero y para mí es lo más grande>>.

—¿Cómo grabaste todo?

—Nena habían dos cámaras por toda la fiesta. Le mandé a María las fotos donde salíamos y el video donde cantábamos y bailábamos. Al momento recibí un mensaje: con un montón de

Ja ja ja me meo toa, ¿qué droga le disteis a mi hermano?

Me reí y le pasé el teléfono.

—Que cruel eres ahora tiene material para amargarme de por vida — miraba las fotos que nos hicieron, en algunas salíamos horrorosos pero en las otras estábamos geniales, sobre todo en una que estábamos los dos mirándonos y sonriendo. Otra muy chula de los cuatro cantando digna de enmarcar.

Por la noche, después de pasar un maravilloso día nos encontrábamos en casa; me había dado una ducha y más tarde fui hacia la terraza en busca de Robert, ahí estaba solo con el pantalón del pijama y descalzo, yo en un camisón de verano fresquito y el cielo oscuro con miles de estrellas que iluminaban Barcelona, la luz tenue de mis dos farolitos y la música de fondo de *Pepe de Lucía*, dos copas de vino y magia alrededor.

—¿Bailas? —me tendió una mano que acepté encantada, nos mecimos al ritmo de la música y me dejé llevar por él.

—Nena ¿tú le querías? —no dudé, respondí sin pensar.

—No, fue un capricho Robert —asintió con la cabeza.

—Me he prometido no decirte nada, no preguntar nada, pero no puedo... me matan los celos.

—Pregunta Robert yo te contestaré sincera, siempre sincera como tú — apoyé la cabeza en su pecho.

—¿Qué soy para ti? Lucía.

—Para mí... eres mi Robert, mi novio, mi amigo, mi amante, todo, hoy

por hoy todo, — él no se esperaba esa respuesta, lo noté en su cara al relajarse.

—¿Y yo para ti?

—Eres mi vida Lucía —<<seré tu vida pero nunca me dices te quiero>> a lo mejor sí que lo dice de otra forma, pero no un te quiero con todas sus letras.

Después de esa conversación que mantuvimos deseábamos seguir amandonos. Estábamos haciendo el amor despacio, como era ya costumbre últimamente, cuando me miró, dejó de moverse en mi interior y sin más me dijo:

—Te amo, te quiero te quiero tanto que me mata —sonreí como una pava y le confesé que yo también le amaba, que lo quería como nunca en mi vida había querido, solo deseaba que no acabara nunca y con ese pensamiento siguió venerándome.

Al día siguiente, después de dejar a mi hermano y a Beca y de ir a casa de mis padres, pusimos rumbo a Madrid. Durante el camino en coche no dejé de pensar en la cara de mis padres, lo cierto era que les gustó muchísimo, ya que lo conocían. No les importó que fuera ocho años mayor que yo, mi madre se quedó abducida por él y en un momento de madre e hija me confesó que aunque Cristian le encantaba este era un hombre, un hombre de verdad que me haría feliz. Como es normal unos padres no necesitan más que saber que el novio de su hija está perdidamente enamorado de ella.

Estábamos en casa durmiendo y sobre las once de la mañana me llamó María. Al cogerlo escuché un sollozo que me puso en alerta, bajé corriendo las escaleras de casa hasta encontrármela, la pobre estaba abatida, temblaba y no dejaba de llorar. Tras tranquilizarla subimos a casa Robert que estaba recién duchado, miró a su hermana y caminó hasta ella; la acurrucó en sus brazos y ella lloró. Cuando se tranquilizó nos contó lo sucedido... empezó su relato de lo más vergonzosa pero se le paso rápido.

—Alex y yo llevamos un año después de mi cumpleaños decidimos

hacerlo por primera vez— la cara de Robert era un poema pero no dijo ni pio. Ella nos miraba a los dos mientras relataba—. Decidí que era el momento, así que salimos a cenar a bailar y en fin...— suspiró— llegamos al hotel, por suerte y a tiempo recapacité y me eché para atrás.

—Y él se enfadó —repuse yo molesta.

—No para nada, al contrario me mimó y me dijo que esperaría a que estuviera preparada, que en el amor se ha de esperar.

—¡Chico listo! —dijo Robert rabioso.

—¿Entonces? —dije sin entender.

—Al día siguiente me dejó en casa y tras meditarlo mucho me di una ducha y me puse mona —al decirlo se encogió de hombros—. Me presenté en su casa con mis llaves y al entrar me lo encontré en el sofá con Alba.

—¿Qué Alba? —gruñó Robert.

—Alba, nuestra Alba, mi mejor amiga —me miró directamente a mí.

—Entonces no es tan amiga cielo.

—En fin, ella se dio un susto de muerte y Alex me miró, intentó cogerme pero salí corriendo, me cogió a mitad de la escalera y me gritó que era una estrecha y que no aguantaba más. Al final me enteré que hacía seis meses que se están acostando y en fin eso es todo, llevo desde anoche sin dormir.

—Cielo no sé qué decirte la verdad pero... es mejor así, ese chico no era para ti y listo. —Venga nos arreglamos y nos vamos que no hay nada que una ducha e ir de compras no se solucione, además tu hermano nos va a invitar a comer y si no le rompo las piernas.

María por fin sonrió y yo con ella. <<El dolor del primer amor quema el alma>> la entendía tan bien.

—María ¿conoces a Exupéri?

—No ¿quién es?

—Bueno él dice: que al primer amor se le quiere más, pero a los otros se les quiere mejor.

Tras prestarle unos vaqueros y una camiseta salió dando saltitos.

—Wooooo cuñada tu ropa me va de lujo— dio dos vueltas sobre sí misma, se reflejaba en su rostro que se encontraba mejor. Después nos vestimos Robert y yo.

—Cielo ¿si lo mato pasaría algo? — me reí.

—Hombre, pues lo más seguro es que entras en la cárcel.

—¿Vendrías a verme?

—¡Claro! —dije haciéndome la graciosa. Estaba terminando de pintarme cuando entró María —. ¿Vivís juntos ya?

—Más o menos.

—¿Os vais a casar?

—Eeh... no.

—Ooh, estarías tan guapa con un vestido de princesa —me reí, que cosas decía esta niña enamorada de la vida.

Íbamos por una calle toda llena de tiendas en el barrio de salamanca cuando vi una de mis zapaterías preferidas, María caminaba a mi lado cogida a mi brazo y Robert cargado con miles de bolsas, se empeñó en comprarnos de todo y claro nosotras no nos íbamos a negar. Me paré en seco en la puerta de la zapatería y muy seriamente le dije a María:

—Cielo, nada cura un corazón roto, pero te aseguro que unos *Manolos* te quitan las penas.

—¿Que Manolo? ¿qué dices? —dijo Robert asustado.

—Unos *Manolos* son los mejores amigos de una chica —tiré de ella y entramos—. Este será mi regalo de cumpleaños y como una especie de parche para tu corazoncito —ella daba saltitos. Las dependientas corrieron a atendernos y tras pedirle unos Manolos a gusto de la señorita María y otros al mío, estas corrían como locas.

—¡Me cago en todo! ¿eso valen los zapatos?

—¡Anda baah! un día es un día.

—Te juro por mi vida que nunca te haré enfadar —María y yo nos reímos a carcajadas de la cara de susto.

—Tranquilo yo me los compro sin motivo, solo porque me gustan —su cara era un poema.

Comimos en el centro en un restaurante que le encantaba a María el *Taíatela* y después de camino a su casa se nos quedó frita en la parte de atrás del coche. Robert la cargaba en brazos y yo tiraba de sus bolsas como podía; lo cierto es que entre Robert y yo le habíamos hecho un armario nuevo. Yo me decanté más por pinturas y cositas que nos vuelven locas. La cara de sorpresa de sus padres lo dijo todo cuando nos vieron llegar.

No quise decir nada ante las preguntas de Pepi.

—¿Esta bien? Preguntó Pepi.

—Desencantada...

—Esto supongo que se llamara Alex —me encogí de hombros y le di un trago al café.

Al final con tanta cháchara nos quedemos a cenar y en mitad de la cena María apareció delante de nosotros con la cara hinchada y sonrojada por el llanto, se sentó en las piernas de su hermano y se acurrucó en su pecho, nadie dijo nada. Solo Robert que acariciándole el pelo le susurraba que

era la mujercita más bonita y maravillosa del mundo y que el que no lo viera... era tonto. Yo los miraba enamorándome más de ellos, ella era tan bonita y tan frágil entre los brazos de su hermano que era la estampa más tierna del mundo.

—Eres el hombre perfecto.

—Bueno —le contestó el con tristeza— no lo soy pero lo intento —eso lo dijo mirándome y yo suspiré.

María no se despegaba de encima de su hermano, hasta la hora de irnos que él se la tuvo que sacar de encima, nos besó y abrazó a los dos.

Entramos en nuestra habitación se sacó la camiseta despacio y la dejó caer en la cama mientras yo besaba su espalda y le acariciaba el pecho, tiré de él hasta sentarlo en la butaca donde lo hicimos la primera vez. Mientras me miraba yo me desnudaba despacio dejando que me recorriera con sus ojos, me solté la melena como cuando me lo ordenó la primera vez y caminé hasta arrodillarme entre sus piernas. Desabroché sus pantalanes, bajé su bóxer gris de *Calvin Klein* y su miembro salió disparado. Lo atrapé con mi mano dándole cobijo y empecé a masturbarlo, despacio contemplándolo. Él suspiraba pero no se movía me dejaba hacer, yo estaba curiosa y a él no le importaba nada que yo investigara. Me acarició la cara y me miró a los ojos, ejercí un poco de presión y acariciando sus testículos deslicé mi lengua por toda su largura hasta acogerla dentro de mi boca, de su garganta salió un rugido animal que me excitó todavía más. La sentía tan dura, a punto de reventar; sus venas se marcaban llenas de sangre mientras mi lengua la recorría, deslicé mis dientes sobre su punta morada y repasé su abertura con la lengua, tiró de mi pelo hasta que lo miré.

—Nena quiero correrme dentro de ti, ven —volvió a tirar de mí hasta ponerme de pie, me sentó encima suyo y yo me la introduje hasta lo más hondo que pude. Atrapé sus manos y las alcé por la cabeza como él hacía conmigo. Me miraba maravillado. Yo me mecía y frotaba encima suyo, buscaba mi propio placer y me volví loca encima suyo, me corrí entre un sollozo y un grito... no podría definirlo, me convulsioné cayendo en su pecho.

—¡Hostia puta! nena me has follado con una jodida amazonas — esperó hasta que me recompuse y me hizo arrodillarme.

—Apoya tu preciosa cara en la cama, cielo —obedecí mientras él me separaba las piernas, sentí un dedo en mi orificio trasero y di un respingo.

—Shh, no te asustes que no voy por ahí —eso me relajó y me dejé hacer. Después donde estaba su dedo puso su lengua y ese dedo encima de mi clítoris hasta hacerme chillar, me penetró rudamente sin dejar de torturarme. Coló un dedo en el interior de mi recto y me preguntó si dolía, al negarlo lo empezó a mover dentro y fuera dentro y fuera acompañándolo con sus penetraciones.

—Más, quiero más grité apunto de correrme —me dio más, más rápido y más fuerte, hasta que lloriqueé, me retorcí y grité su nombre como una posesa, él se corrió dentro de mí y eso me llenó, me sentí saciada y repleta de él.

—¡Joder joder! Lucía cada día es mejor, es más cojonudo.

Después de bañarnos nos pusimos a ver una película tranquilos como una pareja normal y corriente, estirados y abrazados hasta quedarnos dormidos.

*El amor se compone de una sola alma,
que habita en dos cuerpos.*
Aristóteles.

CAPÍTULO 31

Dime que sí...

Nuestras vacaciones en pareja realmente fueron maravillosas, compartimos miles de secretos, horas interminables de charlas en las terrazas de los restaurantes más bonitos de toda la costa amalfitana, largos paseos en las playas y sumergiéndonos en su mar. Cenas y salidas románticas, excursiones en coche que duraban días enteros.

Casi todas las noches salíamos a bailar y disfrutábamos al máximo, una de las tardes más bonitas la pasamos en *Positano*, al principio no paramos a ver el pueblecito donde teníamos el mismo hotel, luego decidimos salir con el coche y hacer rutas para ver todos los rincones. Pero esa tarde después de comer y echarnos una siesta, salimos a dar una vueltecita por los rincones del precioso pueblo, a conocer sus calles y la famosa isla de las sirenas que tanto nos recomendaban los trabajadores del hotel. Qué decir del hotel, un palacio del siglo XVIII reformado en el 2006 era de cinco estrellas y unos de los mejores de toda Italia.

Sí, Robert era de lo más finolis, y como no, eligió él. Era el *Sirenuse*, camínanos por todas sus calles, entre cuevas, callejuelas, iglesia y sus árboles con flores, realmente era precioso; íbamos cogidos de la mano bajando dirección al mar, estaba atardeciendo y se empezaba a ver la puesta de sol.

Paramos a descansar y así ver la escena de la puesta de sol, escondiéndose por detrás del mar. En un muro de piedra Robert me tenía cogida por detrás abrazándome y los dos mirábamos al mar, nos habíamos sacado cientos de fotos y no se nos ocurrió en ese momento hacer una, era realmente espectacular, el silencio era parte de la belleza que emitía el cielo, el mar y nosotros estábamos en medio. Formábamos parte de eso, sentí que me besaba en la mejilla y al volverme para mirarlo lo noté

nervioso, tenso y hasta algo turbado.

—Cielo ¿sabes que estas han sido las mejores vacaciones de mi vida?

—Y las mías.

—Todo lo haces especial Lucía, hasta lo más simple —abrí los ojos y lo miré, dándome la vuelta y abrazándolo.

—Tú me haces la vida especial Robert.

—Nena no me gustaría que salieras corriendo — me reí.

—Nunca haría eso, te quiero demasiado.

—Yo te quiero Lucía, como nunca pensé que se podía querer, eres la mujer de mi vida, lo sé, lo siento. Sin ti me moriría nena, eres lo que siempre he deseado —sus palabras eran tan sinceras que me llegaron al alma y rompí en llanto.

—Shh —dijo mientras recogía mis lágrimas entre sus pulgares—. Nena ahí va y que sea lo que Dios quiera.

En ese preciso momento hincó su rodilla en el suelo, sus ojos recorrieron mis piernas, mi cuerpo hasta llegar a mis ojos.

—Lucía nena, mi cielo —se le escapó la risita nerviosa—, no quiero ni puedo imaginar mi vida sin ti, quiero levantarme todos los días y verte al lado, en mi cama; eres todo lo que siempre he deseado, tu eres mi mitad lo mejor de mí, quiero tenerte en cuerpo y alma, que seas mía hasta el fin de mis días, deseo envejecer a tu lado y que juntos lleguemos a viejos. Quiero dártelo todo, cástate conmigo —se mordió el labio y soltó mis manos, sacando una caja roja de *Cartier* y al abrirla había un anillo, pero no uno cualquiera no, un diamante como un garbanzo cuadro y engarzado en platino. Lo cogí entre mis dedos, sin dejar de llorar y vi que en su interior ponía nuestras iniciales y la palabra “nosotros”. Él seguía con la rodilla en el suelo y yo haciendo pucheros.

—Nena di algo —dijo apenas con un hilo de voz.

—Sí, ¡síiiiiiiii! —grité y salté encima suyo besándolo, caímos al suelo. Mientras nos besábamos él me decía que le había hecho el hombre más feliz del mundo. Me colocó el anillo y volvió a besarme.

Esa noche cenamos en la terraza de un restaurante junto al mar, Robert estaba como loco. Pidió unas pizzas, lasaña de carne y después un *Risotto alla zucca* acompañado con un vino de la casa. La comida estaba increíble, deliciosa; tanto el pueblo, el hotel y la gastronomía del lugar nos habían facilitado unas de las vacaciones más increíbles de nuestras vidas y como no la declaración de amor ¡Dios! Robert mi Robert.

—Cielo no me cabe nada más —le dije nada más ver la carta de postres.

—Vale cielo, pero toma un poco de limoncillo.

—Está bien— dije nada más por complacerlo.

—Nena vas a ser mi mujer ¿verdad? — me repitió un par de veces.

—Que sí...

—Es que no me lo creo, pensé que saldrías corriendo y no sé hasta que me denunciarías —arranque a reír.

—¿Pero cómo piensas que haria eso? Robert, sabes que te quiero cariño —y simplemente me sonrió me dejó una vez más noqueada con su belleza.

Nuestras vacaciones estaban llegando a su fin, al día siguiente tendríamos que coger el avión de vuelta a Barcelona, tras pasar todo el día en la playa, una siesta de dos horas y hacer el amor salvajemente; esa noche decidimos cenar en nuestra habitación y pasar la noche en la terraza disfrutando de nosotros mismos y de una mariscada que nos sirvieron con dos botellas de *Moet Chandon Rosado* que se nos antojó. Estábamos los dos con nuestra ropa de cama, de fondo teníamos puesto a *Pepe de Lucía*, obviamente.

—Baila conmigo cariño aquí en Positano en este castillo maravilloso, cántame frente a la isla de las sirenas donde has prometido ser mi mujer.

—Como negarme —dije abducida por su belleza y su espléndido cuerpo que bañaba el reflejo de la luna, sus ojos parecían dos luceros llenos de felicidad. Caminé hasta él y cogí su mano, él me besó en la palma de la mano y me acercó aún más si se podía. Bailamos durante mucho rato, su respiración se acompasó con la mía y entramos en una especie de realidad paralela, solos él y yo.

Esa noche hicimos el amor hasta la madrugada, disfrutamos el uno del otro y nos entregamos al máximo, entre marido y mujer se crea un vínculo especial y ese mismo vínculo lo creamos esa noche, entre los dos, él era mío y yo era suya, hasta el fin de los días.

Al despertar los dos nos sentíamos maravillosos mientras hacíamos las maletas y yo peleaba por cerrar la mía.

—Cielo déjalo, no va a cerrar.

—Que sí, verás...

—Estate quieta, voy y compro una ¡para por Dios! —dijo muerto de la risa.

Al final opté por darle la razón, tuvo que ir a comprar otra. Monté en el avión haciendo pucheros, no quería irme no quería dejar nuestro hotel, ni nuestra burbuja.

Mientras salíamos de la terminal de Barcelona vi a mi hermano y a Beca que aguantaban un letrero que ponía A LA QUE VIENE DE POMPETA. Al leerlo los dos estallamos en carcajadas mientras mi hermano como siempre negaba con la cabeza y sonreía a la vez, mi amiga era una loca cariñosa, pero una loca. Salté encima de ellos y les enseñé el anillo, Beca chilló como una loba y mi hermano me besó.

—No me creo los huevos que has tenido tío —lo abrazó y le palmeó la espalda.

—Ni yo Marc, ni yo.

—Cuando me lo dijo mi padre pensé que estabas más loco de lo que me pensaba pero...

—¿Mi padre? —dije abriendo los ojos.

—Sí hermanita —Robert sonrió avergonzado y mi hermano puso una coletilla —, este tío duro pidió tu mano a papá.

—Es que eres, eres mmm... —me mordí y salte a sus brazos—. Eres el hombre de mis sueños, eres mi príncipe de las margaritas.

Nos quedaba una semana para acabar las vacaciones y eso significaba volver a la realidad; yo no quería y me resistía, estábamos tan felices. Nuestras familias sabían lo de la boda y estaban encantados, mis padres vendrían a Madrid a celebrar mi cumpleaños en dos semanas y conocerían a mis suegros, ya se habían saludado por teléfono ¡claro! mi madre y mi suegra ya están decidiendo como sería la boda. Nosotros queríamos una boda sencilla pero mi padre y su padre eran hombres de negocios, lo que quería decir que tenían ciertos compromisos y mi señora madre y mi suegra unas peponas que querían ponerse pamea, porque mantilla era exagerado. Entre eso y que Robert estaba molesto porque no quería que me pasara casi todo el mes viajando de Barcelona a Madrid me tenían la cabeza como un bombo. Quería que dejara el proyecto de Alex y no dejaba de repetirme que se iba a llevar dos guantazos como volviera a invitar a su futura mujer a un café, así que estaba de lo más nerviosa.

Esa noche estábamos los dos de lo más tontorrones, entre besos y caricias las cosas subieron de tono, acabó rompiéndome el camisón, las braguitas y enterrando su boca en mi pubis. Durante todo el rato jugueteo con mi trasero pero no pidió ni insinuó nada. Mientras me lamía me penetraba el recto con sumo cuidado dijo:

—Ven —tiró de mí hasta la habitación, me sentó en la cama y me dijo— trágatela —ese vocabulario soez me encantaba y me excitaba a partes iguales.

Ya dentro de mi boca, él pellizcó mis pezones haciéndome gemir, tiró de mi pelo al tiempo que se mecía en mi boca, de un movimiento ágil me

puso en la misma posición pero contra la cama.

—Apoya tu bonita cara cielo — lamió mi ano e introdujo un dedo mientras que con la otra mano frotaba mi clítoris.

—¿Lo vas hacer?

—¿Quieres?

—¡Dios sí! —me estaba volviendo loca, con tanta fricción solo quería que me calmara. Sentí que abría la mesita y sacaba algo.

—¿Qué haces?

—Shhhhh —alzo mi trasero y sentí algo frío entre mis pliegues, al momento sentí la cabeza de su pene tentando mi entrada.

—Relájate no te voy hacer daño, ¿confías en mí?

—Sí —intenté relajarme y noté como poco a poco mis carnes cedían a él, lo hacía despacio entraba un poco y retrocedía volviendo a empujar un poco más. Así repitió hasta que lo albergué por completo en mi interior.

—¿Te duele?

—No —sentí como introducía en mi vagina un consolador, acompañó los movimientos de sus caderas con el de su mano mientras que con la otra me sujetaba.

—¡Dios nena! que apretada estas —dijo loco por la pasión.

—Robert más.

—¿Quieres más?

—Sí, a ti como siempre —entendió lo que le quería decir y empujó con más brío, los orgasmos me quemaban en el bajo del vientre, no me recomponía de uno, que ya me llegaba otro. Su cuerpo se acoplada junto al mío, chocaban como dos muros de hormigón, él repetía que estaba

apretada y en una de sus muchas palabras mal sonantes se corrió, empujando tan fuerte que tuvo que sujetarme de la barriga para no tirarme. Permanecimos en esa posición unos minutos, yo tenía miedo de moverme o que me partiera en dos. Salió de mí despacio, besando mis nalgas y demostrando que me amaba sin reservas.

La vuelta a la realidad fue aplastante, cada día era lo mismo ¡vaya un fiasco! Trabajábamos juntos pero casi no nos veíamos, yo estaba todo el día liada con los pedidos de los proyectos y dirigiendo un poco los últimos retoques. Por el momento me centré en el trabajo de la señora Martín, ya estaba todo listo solo faltaba pintar y acabar de decorar, me tiraba hasta las tantas de la noche en la dichosa tienda peleando con pintores, carpinteros y electricistas pero al final mi trabajo dio sus frutos y todo estaba saliendo a pedir de boca. Una de las noches que llegué a altas horas Robert estaba preparando la cena mientras yo me daba una ducha; me ponía la ropa de cama cuando él entró en el baño.

—¡Joder cielo! qué bien te han sentado las vacaciones.

—Si lo dices por el moreno... —me reí.

—No lo dijo por el culazo que se te está poniendo —me cogió de las nalgas levantándome —y las tetas ¡joder! que tetas —dijo con los ojos entrecerrados.

—¿Me estás diciendo que me he engordado? —dije manteniendo la calma. << Satán yo te invoco, desata tu furia >>.

—¿Yo? ¡No! no he dicho eso...solo digo que has cogido los kilos que te hacían falta.

—¿Me estás diciendo gorda?

—Nena... por favor— dijo dejándome en el suelo —estas preciosa solo que no sé, estas más guapa.

—Ya claro— dije con toda la repelencia que fui capaz y dándome la vuelta, recogí mi pelo en una cola alta.

—¿Estas enfadada?

—No, sal.

—Anda va, solo te digo que estás preciosa.

—Y que tengo el culo gordo Robert, eso no está bonito.

—¡Hostia puta Lucy! he dicho que tienes un culazo y que tienes las tetas más grandes —lo miré asesinándolo.

—No me mires así.

—¿Así cómo?

—Cielo, estas preciosa tienes la cara más redondita —abrí la boca como un besugo.

—¡Ya está! —dije dejándolo solo.

Salió detrás de mí. Me seguía mientras yo ponía la mesa.

—Venga no te enfades.

—No me enfado pero deja el tema, lo digo en serio —Yo últimamente también había notado que tenía unos kilitos de más pero yo me veía más guapa.

Desperté el día de mi cumpleaños sobre las diez de la mañana, Robert no estaba a mi lado, salí a buscarlo por la casa pero no lo encontré así que me di una ducha, mis padres llegarían al medio día y quería estar lista. Me estaba secando el pelo cuando escuché a Robert entrar, salí para verlo y me lo encontré con un ramo de margaritas blancas preciosas y globos de colores atados a un cordel.

—Felicidades cielo —me dio un abrazo y me sentó en la encimera de la cocina—. Quiero ser el primero en darte mi regalo.

—Tú ya me lo has dado todo —repuse feliz, me entregó una bolsa,

deshice el lazo y al abrirla encontré una caja. Dentro un reloj precioso igual que el suyo un Rolex de mujer de platino engastado en diamantes tanto en la esfera como en la corona, era de la colección *Lady-datejust*.

—Es precioso.

—Tu eres preciosa y ahora ¡venga! arréglate que nos vamos a comer con la familia —. Entramos en la habitación, mientras él se cambiaba la camisa yo rebuscaba en el cajón de mi cómoda algo decente que ponerme.

—Cielo ¿por qué soplas?

—No encuentro nada que ponerme —me quejé—. No tengo casi nada de mis cosas y... —lloriqueé sin ningún motivo.

—Eeh ¿qué te pasa? —caminó hasta envolverme con sus brazos.

—No sé —entre hipidos y sollozos él me acariciaba el pelo.

—Venga ni una lágrima, vamos a vestirnos que nos esperan tus padres y los míos —puse morritos y di media vuelta en dirección a baño.

—Cielo pásame la corbata morada.

—¿Qué corbata?

—Está en el armario, una morada —lo mire extrañada nunca le había visto ninguna corbata morada.

Abrí el armario y lo único que vi fue una caja enorme con un lazo plateado.

—¿Qué es esto? —dije alucinada.

—¡Ábrelo anda! —Cuando la abrí rompí en llanto—. Cielo —dijo sin apenas voz.

—Es precioso —entre sollozos comencé a reírme como una loca—. ¡Es precioso! —grité fuera de mí, era un vestido de un color gris claro

palabra de honor entallado por debajo de la rodilla, la tela se ceñía a mi cuerpo con un guante, realzaba mi pecho, en mis caderas, en la parte baja del vestido tenía unas pequeñas florecitas de color lila.

—¿Te gusta mi amor?

—¡Claro tonto!

—Vale, ¿me podrías pasar ahora mi corbata? —Rebusqué en la caja y al fin la encontré, entre tanto papel de seda di con algo más... unas sandalias de tacón, unos Manolos, morados con tiras finas, cogían mi pie enredándolo hasta el tobillo —grité, reí y canté de alegría. Entré en el baño y tras maquillarme y darme rímel me subí a los zapatos, me puse los pendientes de perlititas, una gargantilla y el reloj de Robert, él estaba esperándome en el comedor hablando por teléfono.

Salí metiendo mis pertenencias en el bolso de mano.

—¡Cielo! —dijo pegado al teléfono y abriendo los ojos.

—Ya estoy —di una vuelta sobre mí misma.

Camino al restaurante iba respondiendo las llamadas de teléfono que recibía, entre muchas felicitaciones de amigos compañeros de trabajo y familia me alarmó la de Rubén.

—Hola.

—Felicidades preciosa.

—Muchas gracias.

Tras la típica charla de felicitación me dijo que se moría de ganas de verme, que respetaba que tuviera novio pero él tenía mi regalo y quería dármelo.

—Tranquilo cuando llegue te llamo y nos tomamos un café.

Robert conducía tranquilamente canturreando las canciones de la radio.

Estaba agobia de teléfono, lo metí en el fondo del bolso y me acomodé en el asiento con una mano acariciaba el pelo y la nuca de Robert.

El restaurante estaba en las afueras de Madrid rodeado de jardines, era una masía bastante antigua y reformada al estilo tradicional, allí estaban mis padres, mis suegro, mi hermano con Beca y mis cuñados. Tras comer tranquilamente entre risas y bromas charlamos de la boda; nosotros insistíamos en una sencilla y nuestros padres el tradicional bodorrio, lo único que no consentí cambiar fue el lugar yo quería Barcelona y en Barcelona se haría. Fui con Beca al baño tras una mirada cómplice.

—Nena Cristian lleva llamándome todo el día dice que no le coges el teléfono y está desesperado — dijo tras cerrar la puerta de los servicios.

—Es que no sé qué decirle, no quiero ser estúpida con él pero...

—A ver Lucy él te quiere y tú ya no, eso pasa acéptalo y compórtate como una súper woman. Cógese lo que te felicite y listo.

Después me contó que seguía con mi hermano, que estaba muy cambiado, irreconocible y los dos se encontraban en el mejor momento de sus vidas. Gracias a Dios por fin reconocían ese amor tan grande que sentían el uno por el otro.

Tras el pastel vinieron los regalos, mis padres me regalaron una gargantilla de perlas que además me serviría para la boda, mis suegros unos pendientes con el mismo fin, eran unas perlas idénticas a la de la gargantilla. María como siempre tan original, una caja azul con rayitas rosa, dentro tenía una taza que decía: “A la mejor cuñada del mundo mundial”, un llavero en el que ponía lo mismo y un vale hecho a mano para ir de birras con la segunda mejor cuñada << me la tenía que comer con patatas>>. Mi hermano me regaló una chaqueta preciosa que hacía tiempo que me gustaba y Beca un set de maquillaje de la *Mac* con un neceser de *Cristian Dior*. El hermano de Robert me obsequió con un fin de semana en la sierra en un hotelito de cinco estrellas.

Después de la cena y más charloteo de la boda el maldito vestido y el convite mi madre se me quedó mirando.

—Hija estás muy guapa, ¿has cogido algo de peso? —Robert abrió los ojos y le hizo señas de que se callase.

—Nooo nooo, déjala —le dije a Robert que el pobre no sabía dónde meterse — ¿tú también me estas llamando gorda?

—Hija por Dios, no.

—Pues he cogido peso, sí ¿ y qué? — mi hermano, Beca y los demás se reían—. No me hace ni puta gracia.

—Esa boca... —dijeron papá y Robert a la vez.

—Perdón — me senté en la silla y suspiré— a lo mejor he cogido unos kilos... pero yo me veo bien.

—Esta preciosa —dijo Robert cogiéndome de la cara con sus manos y dándome un beso.

—Ya — sonreí de lado quitándole importancia.

—Es cierto nena —dijo Beca— estas preciosa, más que nunca.

—Me veo bien —dije bostezando.

—Lo estas —dijo mi hermano.

No aguantaba más tenía un sueño horroroso, me apoyé en el hombro de Robert quedándome semi dormida, intentaba mantener los ojos abiertos pero era incapaz.

Nos despedimos de la familia, que nos acompañó al coche, tras los besos de mi madre y mi futura suegra por fin conseguí sentarme en el asiento e intenté descansar, volví a dormirme.

Al entrar en casa fui directa al baño a vomitar, Robert algo preocupado intentaba entrar dando empujones a la puerta.

—No entres.

—Nena déjame verte.

—Que no ahora salgo, me ha sentado mal la cena y el camino en coche, eso es todo.

Al salir me lo encontré en la puerta del baño.

—Estas pálida mi niña.

—Déjame un momento, ve afuera ahora salgo —me costó convencerle pero al final cedió.

Cogí el pijama y salí dirección hacia el sofá, me acurruqué a su lado y volví a dormirme. Pase el fin de semana mala, malísima con fuertes vomiteras que se pasaban a lo largo del día, pero que por la mañana volvían a estar ahí. El lunes mi aspecto no era mejor pero me sentía bastante bien, Robert se había ido a trabajar más temprano de lo normal; yo sentía unas ganas tremendas de verlo y no podía esperar a la tarde a que me llevara al aeropuerto. Estaría tres días fuera y sin él, así que cogí mi coche y con unos vaqueros pitillos una camisa entallada de media manga, los zapatos que me regaló él y fui a verlo. Cuando llegué a la oficina y me encaminé hacia su despacho, sus compañeros ya no babeaban al verme solo se les escapaba alguna risita. Entré en su despacho sin llamar y sin avisar cuando lo vi con la chica pelirroja de las *Suites*.

Él estaba sentado en su sillón y ella en la silla de enfrente pero la actitud de ellos era rara, no sabría describirlo pero el ambiente estaba cargado.

—Nena —dijo el dando un salto de su silla, ella se volvió y me dio un repaso de arriba a abajo.

—Lo siento —salí y cerré, caminé tranquilamente hasta el despacho de mi hermano cuando Robert me cogió.

—Cielo ven.

—No, no quiero, déjame —solté mi brazo y con la cara desencajada le pedí que no me tocara. Llamé a la puerta de mi hermano y tras un escueto pasa entré seguida de Robert.

—Tete ¿podrías llevarme al aeropuerto? ¿Ahora?

—Hola lo primero y lo segundo ¡que te lleve tu marido! estoy ocupado.

—Él no es mi marido.

—Todavía —dijo Robert.

—Ya veremos —salí dejándolos a las dos con la boca abierta y me encaminé al ascensor.

—¿Podríamos hablar?

—No, no quiero hablar ni saber por qué esa está en el despacho de mi novio, me da igual.

—Cielo ha venido hablar, no sé qué has podido imaginar.

—No imagino nada solo quiero irme a Barcelona y ya está.

—Pero nena... ven —intentó tirar de mí pero lo esquivé.

—Si me llevas al aeropuerto te lo agradecería.

—Quedan tres horas para que salga tu vuelo.

—Miraré si me lo adelantan.

—Pero Lucía...

—Tú sabrás lo que has hecho o has dejado de hacer —Él se frotaba las manos nervioso.

No pensaba justificarse y a mí eso me cabreó todavía más, me despedí de él con un beso rancio y caminé hacia adelante con paso firme, tiró de mí y me dio un beso de los suyos.

—Cielo no pienses cosas que no son, tú eres la única mujer para mí y si eso no lo ves es que estas ciega.

—Es que no me ha gustado nada verte con esa.

—Lo sé cielo, pero te aseguro que ella sabe que estoy enamorado de ti y que tú eres la única mujer que me interesa, que vas a ser mi mujer, no pienses mal de mí por favor.

Al final nos besamos y nos abrazamos como lo que éramos, dos enamorados que no podían estar el uno sin el otro.

*Nada están fácil de creer como la verdad,
y por el contrario nada tan seductor
como la fuerza de la mentira
Cuanto mayor es su peso.
Anónimo.*

CAPÍTULO 32

Sin perdón...

Al entrar en casa me di una ducha, tenía el estómago revuelto tras el vuelo y el trayecto en coche con un taxista loco que conducía como si le persiguiera el diablo. Una vez duchada y algo más relajada cené una manzana y me puse el pijama de Robert. Dormí hasta las diez de la mañana y tras vestirme y desayunar unas madalenas rellenas de chocolate caminé hasta el despacho de mi padre con el que pasé parte del día, después de recoger las cosas más importantes que tenía en el despacho y embalarlas recibí una llamada de Rubén.

Habíamos quedado a las siete en el *Chapín* un pequeño bar de la Granvia donde merendamos y charlamos, le conté que me casaba y que estaba muy enamorada. Él lo entendió con un deje de amargura pero como buen amigo me felicito por la boda.

—Lucía si algún día me echas de menos o te arrepientes o lo que sea, yo siempre te esperaré — tras esas palabras me regaló un relicario precioso de *Loewe*.

—¡Es precioso!

—Sabía que te gustaría, pero ábrelo —dentro tenía una foto del mismo día que comenzamos nuestra relación, en ella salía yo sola con el pelo en media melena y sacándole la lengua.

—Muchas gracias, de verdad —me despedí de él con dos besos y le pedí que me dejara en el taller de Cristian.

Lo vi a lo lejos con su peto negro mirando el motor de un coche, apoyado en su capo, pareció sentirme porque levanto la vista y miró en mi dirección, se sorprendió y al verme sonrió, vino corriendo hacia mí. Mé levantó en el aire y me dio un beso, cogió mi mano.

—¿Entonces has venido solo a ver a mi padre?

—No, he venido a veros a los dos y a despedirme Cristian.

—¿A despedirte? — asentí.

—Sí, me voy a Madrid ahora tengo mi vida allí y...

—Claro, él está ahí ¿no?

—Sí, él está ahí y va a ser mi marido.

—¿Tú lo quieres Lucía?

—Sí, estoy enamorada de él, yo lo siento de verdad —dije mientras rebuscaba en mi bolso la caja con el anillo de Cristian.

—Pero Lucía... —Fueron las únicas palabras que atinó a decir cuando le entregué el anillo.

—Entonces ¿lo escoges a él?

—No se trata de escoger, estoy enamorada de él Cristian y aunque ahora no me creas —acaricié su cara—, esto es lo mejor, para los dos.

—¡Lo mejor para vosotros! yo te quiero nena.

—Mejor dejarlo ahora y ser amigos.

—Para ser tu amigo tendrá que pasar mucho tiempo, Lucía ahora no me puedes pedir eso.

—Está bien, como tú quieras. Adiós Cristian. —fui a marcharme cuando entro Rodri con Paula.

Al final me dejé convencer para ir al cortijo. Cristian caminaba a mi lado con las manos en los bolsillos sin decir nada. Todos me recibieron como si nunca me hubiera marchado, cené el dichoso bocadillo de pinchitos y después fuimos a ese parque donde prácticamente empezó lo nuestro. A fumar unos cigarros de los suyos... sin darme cuenta eran más de las doce de la noche, lo cierto era que estaba fenomenal con ellos, aunque nuestras vidas fueran muy distintas.

Cristian se empeñó en acercarme a casa, acepté ya que era muy tarde y no quería irme sola. En el portal intenté despedirme de él con dos besos, pero me envolvió con su cuerpo y sujetándome de la nunca me besó. Consentí ese beso que para nada era de amistad, mis manos tiraron de él apretándolo contra mí, con fuerza y deseo mientras sus manos me alzaban del culo levantándome.

—Nena vamos a despedirnos como merecemos —esas palabras me hicieron reaccionar y tras separarme de él le dije que eso nunca se volvería a repetir, que él no era el hombre de mi vida y que yo ya no le quería. Tras esas palabras subí a casa y llamé a Robert con la intención de contárselo pero después el miedo me lo impidió.

Después de recoger, envolver y empaquetar casi todas mis cosas volví a mirar mi piso con tristeza, la verdad es que no lo dejaba vacío ya que pasaría algunos días en Barcelona y necesitaría más cosas. Tras dejar el regalo de Rubén al fondo del vestidor, cogí mi chaqueta de punto y salí de casa, me dirigí hacia la oficina y le encargué a la secretaria de mi padre que la empresa de mudanzas recogiera las cosas de casa y de la oficina y las dejara en mi nueva casa. Después me monté en el taxi rumbo a Madrid.

Llevaba unos días horribles, además de que me encontraba fatal la tienda de Verónica me estaba costando sudor y lágrimas, solo quedaban los últimos retoques, acabar de colocar los adornos y mover unos cuantos sofás. Por fin estaba todo listo, el local era perfecto, luminoso, espacioso y la decoración había quedado estupenda. Estaba recogiendo los plásticos de unas estanterías cuando entro Verónica con Robert, yo estaba enfrascada en mi tarea para acabar de poner los adornos cuando me sorprendió Verónica con un gran grito.

—Lucía es, es... como decirlo ¡espectacular! —Robert sonreía orgulloso.

—Ya está todo, solo queda que coloquéis la ropa, los bolsos —señalaba las paredes, las estanterías, caminaba entre los estantes y los sofás.

—Sí Lucía, será mañana a primera hora y la inauguración a las siete.

—Estupendo —aplaudí con las manos nerviosas.

—Me has impresionado pequeña —tiró Robert de mí hasta echarme para atrás y besarme.

—Estoy nerviosa... me duele la barriga —me reí.

—Bueno nena tú trabajo aquí está finalizado y es todo un éxito, estoy muy orgulloso de mi mujercita —dijo al tiempo que me besaba la mano y sonreía.

—Si, mañana pasaremos, tomaremos una copa y voilaaa —levanté mis manos — todo acabado.

—Venga vamos a cenar y a tomar algo para celebrarlo.

Nos despedimos de Verónica y nos dirigimos a un restaurante tailandés a solo dos calles de casa. Después de cenar paramos a tomar una copa.

Una vez en casa, después de tanta celebración, volvimos a brindar por mi éxito, tomando una copita de champan. Se puso meloso y me desabrochó el vestido, este cayó al suelo quedando en mis pies. Me levantó de la cintura y me sentó en la barra de la cocina.

—Suéltate el pelo cielo —estaba besando mis pechos cuando los acunó en sus manos. — Nena te han crecido las tetas —volvió a darme un lametazo — son perfectas ¡joder! —beso la piel de todo mi cuerpo y le dedicó especial cuidado a mi entrepierna, tenía las hormonas revolucionadas y solo quería que me llenara. Una vez me penetró le exigí que lo hiciera más rápido y fuerte, tiró de mi pelo mientras entraba y salía duramente de mí, nos corrimos a la vez.

Esa misma mañana desperté con un terrible dolor de vientre Robert me miraba extrañado pero no decía nada.

—Son los nervios —dije pasando por su lado. No le dimos más importancia, era la típica gastroenteritis.

La inauguración fue un éxito, hasta la tele se hizo eco de la apertura de una nueva tienda de moda en la ciudad. Nos hicimos las fotos obligatorias en el *photocall*. Nos perdimos entre la multitud, todo era realmente espectacular, la gente estaba muy animada y compraban de todo. Al final de la velada Verónica nos felicitó delante de todo el mundo y como agradecimiento por el trabajo y por implicarme más allá sobre técnicas de venta, me regaló un traje de noche de *Oscar de la Renta*... mi cara era un poema, nunca pensé en tener un traje de él <<muerta moría me quedé>>.

Pasaron dos días de lo más normal, yo estaba en mi despacho preparada para la visita al hotel cuando entró Robert a recogerme, se empeñó en llevarme al trabajo y en recogerme a la salida. Montamos en coche dirección a casa de Alex, pasamos más de una hora hablando sobre colores y armonías. Tras despedirnos con un apretón de manos y dirigirnos de nuevo al vehículo me dí cuenta que Robert estaba serio, tenía la mandíbula apretada y cuando me alcé a darle un beso se apartó.

—Lucía ¿tienes algo que contarme?

—¡Yo! ¡Nada cariño! ¿Qué te pasa? —me pasó el móvil y tras desbloquearlo, él se incorporó al tráfico. Era un mensaje de Cristian.

Lucía siento lo que pasó, perdóname

por favor te deseo lo mejor en tu nueva

vida. Siempre me quedará el recuerdo

del último beso. Te quiero, Cristian.

Abrí los ojos y cogí aire, tuve dos minutos de silencio absoluto mientras miraba a Robert, él ni siquiera pestañeaba. Fuimos en silencio hasta llegar

a casa, se encaminó directo al mueble bar y yo a la habitación. Me quité la ropa y tras una ducha rápida cogí un pantalón de pijama azul cielo y una camiseta blanca. Al salir al comedor él estaba sentado en un sillón, en una mano tenía una copa de coñac y en la otra un cigarro, me recogí el pelo en una coleta y caminé hacia él.

—A ver Robert, todo tiene una explicación —él no decía nada solo me miraba serio—, eso que has leído es una tontería, no hemos tenido nada.

—¿Se supone que te tengo que creer?

—Te vuelvo a repetir, nos vimos, tomamos algo y a la hora de despedirnos me dio un beso, yo me aparté y me fui. Eso es todo.

—Venga Lucía, cuéntaselo a otro no me lo creo.

—Te estoy diciendo la verdad Robert, puedes creer lo que quieras, pero yo solo te quiero a ti.

—¿Y te follas a otro?

—¿¡Pero qué dices!?! ¿no lo dirás enserio?

—Lo que oyes.

—Fue un beso sin importancia ¿vale?

—Mira déjalo —se puso de pie, recogió su cartera el reloj y las llaves de la mesa, salió dando un portazo. Yo muerta de nervios solo hacía que llorar, sobre las dos de la mañana recibí un mensaje de Laura:

Robert está en el Suites en muy

malas condiciones, ven a buscarlo.

Salté de la cama y llamé a mi hermano que me recogió en apenas diez minutos. Entramos en el local y al localizarlo mi hermano prácticamente lo llevó auestas. Después de meterlo en la cama se sentó conmigo en el comedor.

—¿Qué ha pasado? —dijo de lo más serio y preocupado—. Nunca lo he visto de esta forma Lucy.

Le expliqué a mi hermano lo sucedido y asintió con la cabeza, sentimos una risa y Robert se presentó delante nuestro.

—¿Marc tú te la crees? porque yo no me creo una mierda, me ha puesto una cornamenta.

—Vigila tus palabras ¡es mi hermana!

—Pues como tú bien me dijiste una vez, no es ninguna santa.

—Robert no te pases y tu Lucía recoge tus cosas, te vienes conmigo esta noche.

—Ni lo sueñes es mi mujer y no se va a ir de casa — los dos estaban enfrentados como dos gallos y yo enfadada al máximo con Robert no lo quería ni mirar manteniéndome en silencio.

—¿Cómo has podido ir ahí? —dije interponiéndome entre ellos y quedando frente a él.

—Yo —se señaló el pecho y tras dedicarme una mirada de odio me dijo fríamente —yo no he ido a follar guapa, como haces tú, he ido a tomar algo y a entender por qué me enamoré de ti y cómo me has jodido.

—Yo no te he hecho nada —le pedí a mi hermano que se fuera y me encerré en la habitación, Robert entró detrás de mí y se acostó a mi lado.

—¿Por qué me has hecho esto Lucía?

—No te he hecho nada, fue un beso del que me aparté, no sentí nada —él se frotaba la cara mientras me miraba.

—¡Joder! ¿Ahora qué?

—¿Qué de qué? ¿qué quieres decir?

—No creo que pueda confiar más en ti —me senté en la cama y convencida solté unas palabras que me pesarían después.

—Si ya no puedes confiar en mí no entiendo ¿cómo te puedes casar conmigo?

—En eso te doy la razón, creo que sería mejor que dejáramos esta relación.

—¿Qué? ¡No, no, no por favor! Robert ¿qué estas haciendo?

—Es mejor Lucía.

—Vamos a pensarlo, no creo que sea motivo para dejarlo, nosotros estamos enamorados.

—Por hoy no quiero hablar más y no necesito tiempo Lucía está decidido.

—Pero Robert te juro que es como te lo he contado, de verdad.

—Intento creerte de verdad, pero no puedo. —Ninguno de los dos durmió esa noche, estuvimos tendidos en la cama él hacia un lado y yo mirando al techo, la noche más larga de toda mi existencia.

A la mañana siguiente desperté con vómitos y un fuerte dolor de estómago, él salió de casa sin despedirse dejándome tirada como una colilla dedicándome una sonrisa de odio, no me esperó para irnos juntos como siempre ni dejó el café hecho. Lo llamé pero no respondió, al entrar en la oficina me tomé un café con Laura y Edu, me encontraba mal tenía mal cuerpo, todos me decían que tenía ojeras, entre esas tuve que correr por el pasillo dos veces ya que mi cuerpo no retenía nada, todo salía por mi boca disparado y para colmo no podía dejar de llorar, entró Robert al baño.

—¿Qué es lo que te pasa?

—No lo sé —dije limpiándome la boca —los nervios supongo.

—O la puta conciencia —salí del baño sin mirarlo y caminé a mi

despacho, tras cerrar entró él cogiéndome del brazo.

—Es la conciencia, te has comportado como una puta, me has engañado y ahora estás así, no me das ninguna pena. —Yo lloraba desconsolada mientras él me decía toda clase de insultos. Tras un: qué asco te tengo, salió dando un portazo.

Entró mi hermano en mi despacho y tras convencerme salimos a comer, una vez fuera de la oficina noté que algo no iba bien, escuchaba a mi hermano distorsionado y comencé a sudar; mi visión se volvió más oscura, comencé a sentir un pitido muy fuerte en el oído e intenté cogermelo a Marc, pero todo se volvió negro. Traté de mantenerme en pie pero nada sirvió, una nube negra me envolvió y me arrastró a un lugar frío y oscuro.

Sentía muchísimo frío y por fin la nube negra dejaba ver algo en su lejanía, pude ver unas luces blancas que cada vez se hacían más grandes y claras.

—Está volviendo en sí —escuché una voz femenina —, necesita descansar —otra voz y la voz de mi hermano y de Robert pero no entendía lo que decían.

Abrí los ojos y di una bocanada de aire, me encontré con mi hermano delante de mí y Robert a su lado, en el medio de la sala una chica morena.

—Lucía ¿sabes dónde estás?

—Es un hospital.

—Sí, has sufrido un desvanecimiento.

—De algo me acuerdo —intenté incorporarme pero me sentía débil, Robert me ayudó y se colocó a mi lado.

—Entonces ¿ha sido un desmayo?

—Sí, es normal en la primera fase —<<¿Hola?¿primera fase?>>.

—¡Dios! me voy a morir —me froté los ojos.

—¿Entonces no sabes nada?

—No, ¿de qué? ¿estoy en enferma? ¿cuánto me queda?

—Lucía, para ahí — dijo Marc — no estás enferma.

—¿No?

—No — entonces rompí a llorar.

—Estás embarazada —dijo la doctora sonriente.

—¿Qué? ¿cómo? —me cogí el vientre con las manos — no puede ser.

—Pues así es —dijo Robert, que estaba blanco y apretando tan fuerte la mandíbula que se le marcaban todos los huesos de su cara.

—No puede ser, es más el diecisiete de agosto me vino el periodo, tras volver de las vacaciones.

—Bueno estamos a veinticinco de octubre, así que es correcto; casi de siete semanas de gestación.

—Pero yo tuve el periodo.

—Bueno son cosas que pasan, es normal ¿el periodo fue el mismo?

—No, duro menos y casi no sangré —conforme hablaba entendí la situación.

—¿Ya te empieza a cuadrar Lucía? —dijo la doctora acercándose a mí.

—Sí.

—Bueno entonces tema solucionado, imagino que tienes pareja estable — la doctora hablaba y escribía.

—Por supuesto mi futuro marido —cogí la mano de Robert.

—En ese caso felicidades, ahora vendrán a hacerte unas pruebas y podrás irte a casa — se despidió de los tres y salió.

Mantuvimos un silencio y ninguno nos mirábamos, Robert soltó mi mano con rabia y miró a Marc, vi como recogía sus cosas bajo la mirada de mi hermano.

—Lucy —dijo mi hermano. La voz de mi hermano tenía una mezcla de pena, alegría y muchos sentimientos entremezclados.

—Tete —rompí a llorar.

—Shhhhh no llores —dijo mirando a Robert que parecía una estatua a mi lado—. ¿No piensas decir nada? —le reprochó mi hermano.

—No sé qué decir.

—No sé, tú eres el padre, novio y futuro marido algo tendrás que decir ¿no?

—Déjalo, es igual Tete está en *shock* como yo.

—Para nada estoy en *shock*.

—Entonces di algo—contraatacó Marc.

—Es ella quien tiene que decir si es mío —giré mi cara y lo miré.

—¿Cómo?

—Lo que oyes, ¿es mío?

— Ni respondas —dijo mi hermano —. Fuera de la habitación y no vuelvas.

Robert salió dando un portazo, pero antes de salir pudo dedicarme una mirada de odio que me dejó helada en el acto. Esa mirada me caló hasta los huesos, sentí un dolor muy fuerte en el pecho y un nudo en la garganta. Después de que me dieran el alta me fui con mi hermano a casa.

Estábamos en el sofá cuando por fin rompió el silencio.

—Pequeña no le hagas caso, es un bruto pero te quiere.

—No confía en mí.

—Ya se le pasará, déjale unos días.

—No creo Tete, ayer me dijo que quería dejarme —reprimí mi llanto.

—Entonces, decidas lo que decidas, yo estaré ahí, siempre.

—Gracias Tete —él se levantó y me acercó una bandeja con ensalada de pasta y unos trozos de lomo. Sonreí era tan parecido a mí en todo.

—Cuando nos lo han dicho, casi nos tienen que atender a los dos, nos hemos quedado de piedra.

—Ya imagino.

—Que susto Lucy, cuando te has quedado medio muerta en mis manos ¡joder! Nunca he sentido tanto miedo —dijo Marc encaminándose a abrir la puerta, el timbre sonó interrumpiendo nuestra conversación.

Entró Robert en el comedor seguido de Marc, tenía mala cara y me miraba de una forma que me hacía sentir sucia, eso me dolía más que cualquier ofensa que saliera de su boca.

—¿Podríamos hablar?

—Claro.

—Estaré en la habitación —dijo mi hermano dejándonos intimidad.

—Tú dirás...—dije apartando mi vista de él.

—Lo primero quiero saber si es mío.

—Claro que es tuyo —dije ofendida.

—Bueno en ese caso tendremos que tomar una decisión ¿no?

—No.

—¿Cómo que no? si como dices soy el padre, cosa que dudo... —me cogí el vientre con las manos.

—¡Eres su padre joder!

—¿Qué piensas hacer? ¿vas a tenerlo?

—Claro que sí, nos vamos a casar ¿no?

—No Lucía, no nos vamos a casar, lo siento.

—¿De verdad vas a dejarme?

—Sí, quiero saber ¿vas a abortar?

—Sal de aquí Robert desde ahora mismo hemos dejado de ser tu problema, no te preocupes por nada, es cosa mía.

—No te equivoques no pienso tener un hijo por ahí perdido, quiero que te lo quites Lucía.

—Fuera de mi casa Robert ¡ahora!

—Está bien me voy pero esta semana iremos los dos a un centro y te lo sacas de dentro, ¡es que no puedo ni mirarte!

—No digas nada más y vete, ya veré lo que hago. Pero solo te lo diré una vez, ¿estas seguro de dejarme y de no querer este hijo?

—Sí, lo estoy.

—En ese caso ya no tenemos nada más que hablar —intenté cerrar la puerta pero él me lo impidió.

—Iremos —lo dijo de lo más rotundo —. Si es mío o un bastardo lo

quiero fuera de ti, no quiero que nadie me pueda poner la cara colorada porque mi mujercita es una puta.

—Voy hacer como que no he escuchado lo que me acabas de decir y haré lo que yo quiera, en este momento no tienes ni voz ni voto, has dejado de ser mi novio y el padre de mi hijo; tú lo has decidido.

—Te piensas que me vas a colgar a mí el hijo de otro —se apoyó en el marco de la puerta con el ante brazo y me encaró.

—No te voy a colgar nada, no sufras y ahora por favor déjame tranquila necesito descansar —mis manos se fueron a mi vientre.

—Eso, cuida de tu bastardo —cerré la puerta y me quedé quieta en ese mismo lugar hasta que Marc consiguió meterme en la cama.

A las dos de la mañana yo estaba en el comedor sentada como un indio con la televisión apagada y a oscuras, tenía un mal presentimiento... no podía dormirme, cuando sonó mi teléfono era Robert. Lo cogí con miedo a ver que quería, que me decía. Descolgué pero mantuve el silencio.

—¿Qué haces?

—En casa —dije sin apenas voz.

—¿No te has ido por ahí?

—Como quieres que salga tengo que cuidar de mí y de mi bastardo ¿no?
—él se rió.

—Sí ¿aún piensas en tenerlo?

—No lo sé —estuvimos en silencio un par de minutos en los que solo se escuchaban nuestras respiraciones.

—¿Sabes? me has jodido pero bien.

—Yo no te hecho nada.

—Con tu cara de buena, me la has colado pero bien, eres una...

—¡Qué! ¿una puta? ¿una zorra? dime.

—Ya lo has dicho tú —volvió a reírse.

—Sí y ¿sabes? también digo que tú eres un cabrón, por los cuernos .

—Zorra.

—Zorra lo será tú... no voy a caer tan bajo, eres un cabrón y un cornudo.

—Tú también llevas unos cuantos.

—Me da igual.

—Ya somos dos.

—Ya claro, Robert ya no tenemos nada más que decirnos... te voy a colgar.

—No me cuelgues Lucía, si no quieres hablar no hables pero no me cuelgues.

—¿Realmente tengo que escuchar que me insultes? No me merezco esto.

—No te voy a insultar, pero no me cuelgues, me da miedo cometer una locura.

—Está bien —dije quedándome en silencio.

—Si te pido que me cantes no lo vas hacer ¿verdad?

—No.

Supongo que me quedé dormida con el teléfono en la mano, pero no volvimos a decirnos nada más. La mañana era peor todavía, empeoró más cuando me llamó mi hermano y me dijo que Robert no se había presentado a trabajar, intenté hacerme la tonta pero al final cogí las llaves

de su casa y me presenté en ella.

Al abrir la puerta escuché, como no, la música de *Pepe de Lucía*. Caminé despacio con algo de temor por lo que me encontraría, cuando lo ví en la terraza de pie semi desnudo con una botella vacía en las manos.

—Robert —lo llamé, giró sobre sus pies y me miró. Lo vi dudar, se tambaleó y dio dos pasos cayendo de rodillas. Me acerqué al aparato de música y lo apagué, esa canción me dolía en el alma.

— Lucía —me llamó.

Caminé con el porte de una reina hasta quedarme a un paso de él.

—Ven, siéntate.

—Vas borracho.

—Sí.

—¿Qué haces con tu vida?

—Con mi vida hago lo que puedo, tú me la has jodido.

—He venido, he visto que estás bien y me voy.

—Por favor quédate —se incorporó quedando de rodillas. <<Jolines todos los hombres de mi vida tenían que montarme numeritos de pasión de gavilanes>>.

—No es buena idea, yo no me encuentro bien y tú no estás en condiciones.

—Si alguna vez has sentido algo por mí, quédate —respiré profundamente y caminé hasta el lavabo, encendí la ducha.

—Date una ducha por favor, te prepararé café —asintió y entró en el baño.

—¿Si te pido que te duches conmigo? no lo harás ¿verdad?

—No, no lo haré soy zorra pero conservo mi orgullo.

—Yo... no —dijo metiéndose debajo del chorro de agua.

Recogí el comedor, preparé su café y salí a la terraza, antes de darme cuenta él ya estaba de vuelta.

—Ya estás mejor —dije cogiendo mi bolso.

—No te vayas, tenemos que hablar.

—Tú y yo no tenemos nada que decirnos.

—¡Joder! —gritó.

—¿Sabes? tus grititos no me impresionan ya.

—¿Podemos tener una conversación normal por favor?.

—Yo por mí sí, pero en lo que se refiere a mi bastardo...

—No lo llames así.

—¿Qué? —me reí —ahora que quieres que le llame ¿Robert junior?

—Lucía dime la verdad ¿es mío?

—Yo no he estado con nadie desde que formalizamos la relación y antes tampoco, solo la vez que ya sabes, y sí el hijo es tuyo, ¡claro que sí! y además yo te quiero como a nadie y ahora duda de mí si quieres. —Sus ojos se llenaron de lágrimas al tiempo que se encendía un cigarro.

—Yo lo siento nena, pero no puedo perdonarte, acepto que el bebe es mío y creo que lo mejor será...

—Ya, ya sé lo que quieres decir y si así lo quieres así lo tendrás, pero después nosotros nunca más volveremos ni a vernos ni a hablarnos.

—Está bien, será lo mejor.

—Bueno pues ahora sí, me voy —me puse en pie y di dos pasos.

—No, no te vayas.

—No quiero, ni puedo mirarte Robert —sentí sus manos en mi cintura.

—¿Tú lo quieres? —dijo posando sus manos en mi barriga y oliendo mi pelo.

—Yo ya no quiero nada Robert, déjame marchar por favor, no me lo hagas más difícil —dije cerrando los ojos.

—Me voy a morir sin ti, no voy a poder... vivir Lucía.

—Nadie se muere por nadie, ese será problema tuyo, ahora déjame marchar —al sentirme libre de él, caminé hasta la puerta, y sin mirar atrás cerré. <<No voy a llorar, él no se lo merece>>.

Pasaron dos días en los que me tiraba horas hablando con mi hermano, él no quería que abortara, quería ser tío.

—Seré el mejor tío del mundo pequeña y al bebé no le faltará de nada, no lo hagas — mi hermano estaba sufriendo igual o más que yo, veía su rostro, me dolía mucho ser la causante de una pena tan grande para él.

Esa tarde iría con Robert a mirar la clínica, dijo que me pasaría a buscar pero insistí en ir sola. Nos encontramos en la puerta, se acercó a darme un beso y yo retrocedí.

—Lucía —dijo mirando al suelo.

—No me digas nada, entramos y acabamos con esto después ya no nos tendremos que ver más.

Empujé la puerta y nos adentramos, nos atendió un joven doctor el cual era simpatiquísimo, salió la vena posesiva de Robert. El doctor nos informó de los pros y los contra.

—Bueno antes de todo tendríamos que hacer una ecografía vaginal y

después si estáis tan seguros, os daré fecha lo antes posible.

El doctor me miró con compasión, yo estaba muy nerviosa me temblaba los dientes, mejor dicho me castañeteaban; me desnudé de cintura para abajo y me estiré.

—¿Esto no podría hacerlo una mujer? —dijo Robert. Lo miré incrédula, qué narices estaba haciendo.

—Una mujer o un hombre, son los dos igual de profesionales —el doctor me sonrió y se colocó entre las piernas. <<No me podía sentir más incómoda>>.

Tras introducir ese aparato en mí, se centró en la pantalla.

—¿Estás bien? —me preguntó Robert.

—¡A ti que más te dá ! —cerré los ojos intentando aguantar las lágrimas.

—Sí, aquí está de ocho semanas —los dos miramos la pantalla y ahí estaba, no se apreciaba bien del todo, aún era muy chiquitito ... era mi bebé, un escalofrío se adueñó de mí y solo tenía ganas de salir corriendo y protegerle...

—¿Quieres verlo mejor?

—Me gustaría.

—Espera necesito hacer unas fotos y asegurar unas cosas —me deslizó un gel en la barriga y con otro aparato pude ver a mi bebé.

—Es mi bebé —dije señalando la pantalla.

—Se está formando su cabeza —señalo con la flecha del ordenador —brazos, piernas —me reí—. Está en perfectas condiciones, escuchar —dijo subiendo el volumen del ordenador.

Al sentir los latidos del corazón no pude reprimir las lágrimas. Ese momento fue tan solo mío, lo sentí muy dentro de mí y estaba convencida

que jamás lo olvidaría.

Estaba vistiéndome ante la mirada de Robert.

—No me mires así.

—Ya se te nota —pasé por su lado y sentándome le pedí al doctor que me diera hora.

—El miércoles próximo a las once —fueron las únicas palabras que escuché, no quería oír nada más, quería morirme, no entendía por qué tenía que perder a mi bebé queriéndolo.

Salí a paso ligero, Robert intentaba seguirme pero yo no pensaba detenerme, necesitaba correr, irme de ahí y no verlo más.

—¿Me puedes esperar?

—Nooo —dije acelerando el paso hasta casi correr.

—Lucía tenemos que hablar.

—No—dije parándome en seco—, toma —me saqué el anillo y se lo di.

—¿Qué haces? es tuyo.

—No lo quiero, metete tu anillo, tu costa de Capri y tus tonterías por el culo. El miércoles no quiero verte y a partir de ese día no volveremos a vernos y toma —abrí mi bolso bajo su mirada y le entregué su reloj y una ecografía—. Toma tu reloj y la foto de tu hijo — él se quedó con tres palmos de narices. Comencé a correr por la calle no podía contener las lágrimas, él me seguía de cerca, pero por suerte pude parar un taxi y marcharme.

Entré en casa de mi hermano y unos minutos más tarde escuchaba cómo Robert aporreaba la puerta, me serví una copa de vino.

—Qué más da —dije entre lágrimas, la puerta se abrió y entró Marc con Robert.

—¿Qué haces? —dijo mi hermano.

—Beber, no lo veis.

—Estás embarazada.

—El miércoles se acaba todo.

—¿Cómo? ¿Lucía lo has decidido?

—Yo no, espera —entré en mi habitación y saqué las ecos.

—No hagas esto Lucía —dijo Robert al verlas.

—Toma Tete —se las pasé.

—Todo esto es por tu culpa ¿verdad? —dijo Marc a Robert.

—No, es lo correcto.

—Vete de mi casa y no te quiero cerca de mi hermana, como te vea cerca de ella te mato, que te quede claro.

Robert salió por la puerta con la cara desencajada tras escuchar las palabras de mi hermano. Pasé el resto de la semana hecha un asco, llamé a Robert para pedirle permiso para ir a su casa y recoger mis cosas.

—Claro Lucía, ven.

—No tardaré mucho —fue lo único que pude decirle.

Abrí la puerta de su casa y cogí unas bolsas de cartón, me encaminé al lavabo y amontóné todas mis pertenencias, cuando entré en la habitación vi la eco de mi bebé en su mesita, eso me hizo perder las fuerzas me senté y abracé mi foto. Pasaron varios minutos, me recompuse y comencé a vaciar el armario y la cómoda, escuché las llaves de casa, decidí darme prisa abrí el cajón de ropa interior y solo cogí lo mío, dejé sus regalos, las cajas del anillo y el reloj.

—¿No te llevas tus regalos?

—No los quiero, además me voy, ya mandaré a mi hermano a buscar el resto de mis cosas .

—¿Te puedo llevar?

—No hace falta, no necesito nada de ti ya tengo bastante —me acaricié la barriga que ya estaba un pelín abombada.

—Joder nena —dijo suspirando forzosamente. Pasé por su lado a buscar unos zapatos del mueble de la entrada, él me seguía por toda la casa.

—Me estás poniendo nerviosa —dije arrodillándome al lado de la cama para sacar más zapatos.

—Ya lo hago yo, sal.

—No déjame y no te me acerques —dije agresiva.

—Estás embarazada, déjame hacerlo a mí

—Pasado mañana ya no lo estaré, qué más da.

—Podemos hablar, he estado pensando y...

—No quiero hablar más contigo, déjalo, déjanos.

—¿Ya no me quieres?

—No, no te quiero solo siento odio hacia ti, no quiero saber nada más de ti Robert, ¡nunca!

—Lucía si te dijera que lo siento, que os quiero...

—No sigas por Dios, ni una palabra más —intenté salir de la habitación pero Robert me cogió.

—Perdóname nena.

—No, suéltame, no quiero saber nada más de ti.

—Perdóname aunque no me lo merezca.

—El jueves me voy a Barcelona y no nos volveremos a ver.

—¿Te vas?

—Sí, me voy.

—¿Por qué el jueves?

—Cuando me arranquen a mi hijo me iré.

—No lo hagas Lucía por favor, vamos hablarlo y recapacitemos, yo os quiero de verdad, mi amor perdóname —intentó besarme pero lo corté.

—Ni se te ocurra —le advertí. Con sus manos me cogió las mías y las alzó por encima de la cabeza y con su otra mano me acarició la barriga.

—No me toques, estate quieto.

—No quiero, eres mi mujer.

—No lo soy déjame.

—Vale ya nena, por favor para no quiero... no quiero forzar a esto.

—Que me dejes —escupí las palabras—. Suéltame, el miércoles nos veremos Robert ahora no.

—No quiero que lo hagas.

—Y yo no quiero tener que verte más, eres muy poco hombre para mí —me cogió de la cara con fuerza y me besó con rabia.

—Te creo, perdóname cielo —otro beso más.

—Ya está para, para —al final nos besamos . Deslizó una de sus manos

por mi vientre y más tarde la perdió entre mis muslos, gemí.

—Te necesito.

—Yo a ti no —lo miré a los ojos.

—Te quiero Lucía.

—Yo no te quiero.

—Perdóname.

—No, nunca —tras esas palabras me soltó.

—Está bien Lucía, si no me quieres lo entiendo y que no me perdones, pero nuestro hijo...

—No es nuestro, es mío y solo mío.

—No vayas por ahí.

Conseguí salir de su habitación y caminar por el piso sin que me retuviera.

—Déjanos en paz —di un portazo al salir.

El resto de la semana la pasé llorando, lo tenía decidido no iba a quitarme a mi hijo no lo haría, era mío y lo quería pero para poder quitármelo de encima él tenía que pensar que él bebe ya no estaba.

—Es una locura —dijo mi hermano al unísono con Beca que había venido para apoyarme a pasar por este trance y de paso estar con Marc, ellos estaban mejor que nunca.

—Es lo mejor de verdad — los dos asintieron pero no querían que lo hiciera.

El miércoles nos encontramos los tres con Robert en la clínica y no dejé que entrara, pasé solo con Beca y tras decirle al doctor que no lo haría sonrió y me felicitó.

Salimos dos horas más tarde, la primera estuvimos con el médico y la segunda hablando en los lavabos.

—No quiero que te enfades gorda —dijo Beca con cariño—. Ayer estuve con Robert todo el día y hablamos de todo —yo la escuchaba con atención—. Té quiere, os quiere, no seas orgullosa esto ya no va solo de ti cielo.

—No lo puedo perdonar, me duele aquí —señalé el pecho.

—Lo sé pero serás infeliz sin él, tú lo quieres mi niña.

La charla con Beca no me hizo cambiar mi parecer, estaba decidida. Salimos a la calle Marc estaba apoyado en la entrada y Robert como un león enjaulado dando vueltas, se frotaba el pelo, al verme camino hasta mí.

—Lucía ¿lo has hecho? —dijo mirándome la barriga, no puede contestarle e intenté pasar pero me cortó el paso—. Lucía cielo... —yo caminé hasta mi hermano y los dos junto a Beca comenzamos a andar. Robert nos seguía detrás callado, entramos en el coche y nos dirigíamos a casa cuando mi hermano comentó que Robert venía detrás.

—Sé sensata, háblalo dile la verdad y si no quieres estar con él perfecto, pero dile la verdad.

—Está bien, lo haré pero no voy a dejar que me joda la vida, me vuelvo a Barcelona y se acabó.

Estábamos parados en un atasco de mil demonios, cuando en un arranque de ira me bajé del coche y me monté con Robert, su cara fue un poema al verme entrar.

—Hola —dijo sorprendido, sin decirle nada toqueteé el radio cassette y puse el cd dos en el cual sonaba nuestra música favorita, los dos nos miramos pero ninguno dijo nada hasta llegar al desvió que iba para casa de mi hermano o hacia la de él.

—¿Dónde vamos?

—A tu casa.

—A casa.

—No a tu casa —el resto del trayecto nos mantuvimos en silencio.

Al entrar en el piso, esta vez era yo la que llevaba la voz cantante y él se veía hasta indefenso, con su metro noventa y grande como un armario, después de sacarme los zapatos y dejar la torerita y mi bolso me senté en el sofá. Llevaba un vestido negro de media manga cogido al pecho que marcaba el abombamiento de mi vientre.

—Lu... Lucía ¿quieres algo?

—Sí, lo que sea que tenga chocolate —él me sonrió y fue a la nevera tras unos segundos apareció con un Cacaolat y unos donuts de chocolate cuando los vi, gemí de placer. Se sentó a mi lado y Robert rompió el silencio.

—No lo has hecho ¿verdad?

—No, no lo he hecho no he podido —el respiró por fin o esa es la sensación que me dio.

—Menos mal cielo —se echó las manos a la cabeza y se dejó caer en el sofá—. ¿Entonces, seremos papás?

—Sí, seremos papás.

—Bueno entonces vamos a recoger tus cosas y...

—No mis cosas están bien dónde están, yo me marcho a Barcelona.

—¿No lo dirás en serio?

—Sí, que no me haya quitado al bebé no significa que vayamos a estar juntos Robert, me has hecho daño y te has portado fatal.

—Pero nena... —lloriqueó.

—No Robert.

—Pero si estábamos bien, todo ha sido por mis celos ¡joder!

—Sea por lo que sea, pero juntos no vamos a volver a estar.

—Pero si te vas a Barcelona no te veré, no veré al niño.

—Bueno estarán los fines de semana, las vacaciones...

—Yo quiero ser padre todos los días, esto a mí no me vale.

—Está bien no me iré a Barcelona.

—Muchas gracias nena, pero quiero estar con los dos.

Pasamos muchas horas discutiendo y peleando, acabamos tirados en la alfombra del comedor, me tenía cogida de las manos mientras él besaba mi barriga y me penetraba con un dedo, yo estaba a punto del desmayo, gemía con fuerza y apretaba mis muslos con fuerza.

—Robert... Robert... Robe... —dije dejándome ir.

—¡Dios!— dijo el acomodándose entre mis piernas—. Eres mía, solo mía, eres mi mujer Lucía — decía perdiéndose en mí.

—Estás tan caliente — dijo casi con vergüenza. En dos investidas se corrió, caminé desnuda hasta el baño cuando él me levantó en el aire.

—Preciosa ¿nos bañamos?

—No, me tengo que ir.

—No te vas a ir, esta es tu jodida casa y yo tu puto marido, nos hemos peleado y reconciliado ¡pero ya está!

—No lo entiendes ¿verdad? No estamos juntos ni lo estaremos.

—No pienso volver a discutir contigo.

—Ni yo contigo Robert, dejemos las cosas tal y como están.

—Y una mierda, no me sirve, te quiero como antes y no hay más que hablar.

Después de esa noche juntos mantuve las distancias, él me arrollaba todo los días pero me mantuve firme; aún me dolían las palabras que me dijo y sus miradas de desprecio, pero cuando lo veía se me subían los colores. Estaba cerca ya de los tres meses y todos sabían que estábamos enfadadillos pero que íbamos a ser papás. Mis padres estaban encantados y mis suegros ni os digo, en realidad no sabían los problemas que teníamos, para mí no estábamos juntos, pero él actuaba como si lo fuéramos pareja. Yo esquivaba las preguntas que me hacían y Robert las contestaba por mí. En verdad se comportaba fenomenal pero me podía la rabia aunque cada día la coraza bajaba más, entendía que él era el padre de mi bebé pero yo no podía perdonarlo... casi se podría decir que lo odiaba; todas o casi todas las mujeres tienen a su pareja ese día que se hacen la prueba y yo lo tuve para vociferar las cosas que me dijo, en fin era imposible... no podía y no quería estar a su lado.

—Lucía te necesito, te necesito en casa, te necesito cerca quiero dormir y despertar contigo —lo repetía cada vez que me veía, que nos cruzábamos, cada día me mandaba un ramo de margaritas y todas iban a la basura, delante de la familia hacía el papel como buenamente podía por evitar el disgusto a mis padres, pero sentía que estaba a punto de estallar.

Estaba arreglándome en mi habitación cuando picaron a la puerta.

—Lucy voy yo —dijo mi hermano, sentí la voz de mi hermano pero no entendí que dijo, esperé unos segundos.

—Tete ¿quién es?

—Nadie.

Acabé de vestirme y al salir me encontré con mi hermano y Robert encarados en la puerta.

—¿Pero bueno que pasa aquí?

—Nada Lucy —dijo mi hermano.

—Entra en la habitación Lucía —dijo Robert.

—No me voy a mover hasta que me digáis qué pasa, es que de verdad no entendéis que necesito tranquilidad, que estoy embarazada ¡joder! a nadie le importa una mierda como me siento, como estoy, cada uno os preocupáis de lo vuestro y ya bastante tengo, ya no puedo más ¡no puedo más! — pasé entre ellos y mi hermano me retuvo.

—Lo siento Lucy.

—No Tete ya está bien, dejarme ir por favor necesito estar sola.

Caminaba entre las calles de Madrid con la cabeza baja, se me encharcaban los ojos de vez en cuando, me paraba en los escaparates de tiendas de bebes y todavía me sentía peor, no tenía a Robert que me acompañara no tenía con quien compartir la ilusión, me sentía sola, triste y abandonada. Paré en una crepería, llevaba horas caminando, me senté en una mesa al fondo. Enseguida me trajeron lo pedido y no le había dado dos mordiscos cuando se sentó Robert enfrente de mí. Cerré los ojos y respiré.

—¿Qué haces aquí?

—Necesito estar contigo cielo, ya no sé qué hacer tú no me quieres cerca, tu hermano no me deja acercarme a ti, estoy solo.

—Yo también estoy sola ¿no lo ves?

—Arreglémoslo cielo, seamos felices.

—Es que no te quiero ya.

—Lucía no quiero sonar duro de verdad nena, te juro que no puedo más, mira — hizo una pausa y cogió aire—. Te quiero más que a mi vida, te quiero, os quiero como a nada. Os necesito conmigo y cerca, necesito a

mi mujer, me estoy conteniendo Lucía te juro que no puedo más.

—Robert no puedo...

—Inténtalo ¡joder!, no aguanto más, no me dejas tocarte y lo necesito.

—Solo te interesa eso, solo quieres sexo ¿no?

—No, no es eso, quiero hacerte el amor y quiero estar contigo.

—Eso no te lo puedo dar Robert, quiero que entiendas que no estamos juntos que no me voy a acostar contigo entiéndelo —saqué un billete de veinte euros y lo tiré en la mesa; después de eso salí del local, paré un taxi y me fui a casa.

*Abandonar puede tener justificación;
abandonarse, no la tiene jamás.*

Ralph Waldo Emerson

CAPÍTULO 33

Todavía puedo albergar más tristeza

Llevaba una semana bastante triste, pero ese día me desperté con ganas de verme bien, de disfrutar de mi embarazo y ser feliz. Me puse guapa, estaba embarazada y con una barriga que ya empezaba a ser grandiosa para mi cuerpo, cogí del armario un vestido entallado de color negro por la rodilla que combiné con unas sandalias monísimas de color gris claro, arreglé mi melena, me maquillé, cuando me visualice en el espejo me gusté.

Salí en dirección a la oficina de mi hermano a buscarlo para comer y comprar cositas para mí bebé. Faltaban unas semanas para que me dijeran que sería. Después de recoger a Marc fuimos a disfrutar de ese momento de regalos, mi hermano compró casi más que yo, el pobre tuvo que irse a casa a dejar las compras y yo decidí quedarme un rato más, me costó convencerle pero al final me salí con la mía. Hablé con Katy y con Beca de todo y de nada, como siempre. Mientras caminaba en dirección a mis tiendas preferidas, ahora las compras que tocaban eran para mí, ropa interior de pre mamá y las cositas para el hospital.

Me paré en un bar antiguo de la Puerta del Sol, se había hecho muy tarde ya. Mi hermano tenía una cena con sus amigos así que decidí entrar a comer, el camarero me ubicó en una mesita para una persona... yo miraba a mi alrededor, la gente estaba en grupos y justo a mi lado una pareja acaramelados. Pobre tonta pensé, me estaba comiendo una lasaña de carne cuando sentí una risa, una risa que me puso los pelos de punta. Me removí en mi asiento pero por suerte había sido mi cabeza, no era Robert suspiré. Después de pagar la cuenta fui al baño, conforme avanzaba entre las mesas vi a un chico y esta vez sí era Robert, ¡mierda! él no se dio ni cuenta, estaba pendiente de la chica morena de pelo corto que se reía, la cogió de la nuca y la besó. Dejé de caminar, de respirar, me quedé parada en el sitio

como si hubiera echado raíces.

—Perdone señora ¿está bien? —me preguntó uno de los camareros.

—Sí.

Seguí mirando como Robert la besaba, se removió nervioso giró la cara en mi dirección y sus ojos se posaron sobre los míos, abrió los ojos y la boca al mismo tiempo, mis manos fueron directamente a mi vientre. Pasé por delante de él y entré en el baño. Hacía muchas semanas que casi no nos dirigíamos la palabra y casi nunca nos veíamos.

Me miré en el espejo y respiré profundamente hasta que esta se normalizo; de repente sentí una patada, me eché las manos al vientre y sonreí, ya está ya... mami está bien, pensé. Recobré la compostura y salí del baño, pasé por su lado sin mirarlo y cogí un taxi para marcharme a casa. Mi móvil sonaba sin cesar era Robert, lo sabía. Lo apagué y lo metí en el fondo de mi bolso. No voy a pensar que no me afecta y que no estamos juntos, me repetía mentalmente una y otra vez. Sin darme cuenta hice una maleta de mano cogí una hoja y boli y me decidí a dejarle una nota a mi hermano.

Tete no quiero que te preocupes,

necesito estar unos días sola,

no le cuentes nada a nadie por

favor hazlo por mí, estaré bien,

soy fuerte, solo me voy unos días

por favor entiéndeme, te llamaré

te lo prometo. Te quiero, Lucía.

Cogí mi coche y me encaminé a Barcelona, eran las ocho de la mañana cuando llegué, fui a ver a Beca y tras contarle lo ocurrido le pedí que me ayudara, que no dijera donde estaba.

—Está bien gorda, sabes que no diré nada pero quiero saber dónde estarás y quiero poder ir a verte.

Mi hermano nos llamó una y mil veces. Ella fiel como siempre dijo no saber de mí. Me despertó Beca a las siete de la tarde.

—Gordacaaa —tiró de mí— ¡joder! nena estás hecha un mulo —me encogí de hombros y me senté en la cama.

—¿Qué pasa? —me quejé.

—Tú hermano me ha llamado, se ve que Robert ha ido y le ha contado lo que ha pasado y se ha armado una grande, se han pegado.

—¿Cómo? —dije alarmada.

—Eso no es lo peor, tu hermano sabe que estás aquí, no por mí.

—¡Ya claro! ¿Beca?

—Lucy te juro que no le he dicho nada, pero dice que mi reacción no se la cree, sabe que si yo no supiera dónde estás hubiera puesto el mundo patas para arriba.

—También es verdad, ahora no los quiero ver.

—Venga vámonos, no sé cómo vendrán pero Robert estaba como ido, éste se viene en avión o corriendo, no tenemos tiempo.

—Estate tranquila, llamaré a Rubén.

—¿¡Qué?! No, ni loca ¿las hormonas te han dejado tonta?

—Somos amigos, déjame hacer algo por mí misma, hacer lo que realmente me apetece. Ellos que vengan y tú te haces la sueca —aceptó aunque no le gustó la idea, pero mi rubia nunca me negaba nada.

Llamé a Rubén que encantado me dijo que pasaba a buscarme en treinta minutos. Marc no dejaba de llamar a Beca y ella le daba largas.

—Nooo cari, sí cari... — era para verla. Podía ser una repelente cuando se lo proponía.

Sonó el timbre y apareció Rubén, tan expresivo como siempre.

—¡Alaaaa! —dijo nada más verme.

—¿Qué pasa? —puse mis manos en jaras.

—Estás preciosa ¡vaya panza! —me la acarició.

—Venga, vamos —dijo mirando a Beca.

—Cuídala, te lo advierto.

—Descuida, estará como una reina.

—Eso espero o te arranco las pe-lo-tassss.

—¡Beca! —me quejé antes de abrazarla y besarla— te quiero mucho, gracias por todo.

—Yo te quiero más nena, ojo con éste —dijo bajito en mi oído.

Entré en casa de Rubén, algo tímida.

—Ponte cómoda.

—Yo lo siento, no sé dónde ir, no sé dónde meterme.

—Tranquila —sonrió y se sentó a mi lado, me cogió la mano.

—Lucy de verdad me alegra que pensarás en mí.

—¿En serio?

—¡Claro gordi! —me besó la mano— para eso estamos los amigos, ya sabes que te quiero.

—Gracias —lo abracé.

—Que bien hueles...mmm... —se rió de mí.

—¿Tienes hambre?

—Sí —dije mientras me pellizcaba el labio.

—A ver dígame la señora ¿qué quiere comer?

—Quiero una pizza con huevo.

—¿Qué? —dijo asombrado.

—No sé, me apetece eso.

—¡Hostias! a ver, espera que llamo a una pizzería , joder una pizza con huevo....—dijo riéndose con el móvil en la mano.

Estaba sentada en el sofá y él frente a mí, en el suelo.

—¿Qué miras?

—Lo preciosa que eres...

—Calla, estoy hecha una foca, puedo rodar ¿quieres verlo?

—Ya lo veo ya, pero estás preciosa ya te daba yo...

—Aaah —dije abriendo la boca, él se descojonaba tirado en el suelo.

—Marrano.

—En serio, estás guapísima no pasa nada que él estuviera con otra créeme cuando te digo que esa otra no eres tú — sonreí. — Lo sé bien, ninguna puede ser tú Lucía, él lo sabe y se tiene que conformar con las migajas como yo, que se ijoda!

—¡Que se joda! —dije enfadada con el mundo— estará como loco ahora.

—Pero no te va a encontrar, aquí nadie te va a molestar.

—Lo sé, pero bueno no me siento bien haciendo esto. Aunque lo necesito, no aguanto más... no lo estoy pasando bien ¿sabes?

—Bueno dejemos el tema, quieres que veamos una peli o ¿algo?

—Vale, pero quiero ponerme antes el pijama.

—Tira gorda que esto lo recojo yo.

Salí con un pijama negro y camiseta gris, con ellos todavía la barriga se veía más grande, me recogí el pelo en una coleta alta y me senté.

—Rubén tu móvil.

—Voy —cruzó por delante de mí —es Beca— me incorporé.

—Siéntate que ahora te traigo unas palomitas.

—¿Palomitas?

—Hola Beca, si está aquí rodando por el comedor, no me ha dado tiempo a descuartizarla todavía —lo escuché reír y me dio el móvil.

—Beca dimerr.

—Lucía, madre de Dios han venido los dos en avión.

—¿No me digas?

—Como lo oyes, los dos traían la cara que para verla ¡uf! tu hermano no tanto pero Robert la ceja y el labio partidos y la nariz torcida.

—¿Qué dices?, ¿mi hermano está bien?

—Sí, solo la mano vendada. Robert no se defendió, lo que tenía en la cara era de algún cabezazo que se dio él mismo.

—¿Se dejó pegar?

—Sí, pero su ira la ha sacado conmigo, bueno él y tu hermano ¡claro!

—¿Qué te han dicho?

—Que donde estabas, que patatín que patatán... les he dicho, ¡ey ey ey! que yo me tengo que hacer la sueca...y ellos histéricos, como no. Al final les he informado que estabas en un sitio donde estás muy bien, que no se preocuparan que cuando te sientas mejor volverás, Robert está como loco... me ha dicho de todo.

—¿Y tú?

—Yo le he dicho que no se lo pienso perdonar en mi vida, que cuando nazca la niña porque seguro que es niña, como su tía que soy voy a conseguir que le odie tanto como yo, y que espero que nazca huérfana de padre.

—Beca ¿le has dicho eso?

—Sí Lucy, lo siento me he puesto nerviosa y yo... no lo pienso, digo lo que pienso y pienso lo que digo. ¡Ves! como ahora.

—Lo sé, tranquila está bien.

—No le volveré a hablar en mi vida, lo odio tanto que me dan ganas de potar puagggg, suerte tiene que no le he escupido. Para colmo de todo se ha dejado caer en el rellano y se ha puesto a llorar.

—¿A llorar? ¿Robert?

—Sí, como una nenaza el muy cabrón. Se han ido a casa de Cristian.

—No no noooo.

—Sí pero tranquila, Cristian se sabe defender y un par de hostias no le vendrían mal, que se jodan... ¿qué se piensan estos tíos que nos pueden joder la vida y quedarse tan panchos? ¡me cago pa ellos!

—Qué mala eres —dije riéndome a carcajadas, no entendía de donde sacaba esas cosas, decía cosas que no eran normales “me cago pa ellos” el colmo del mal gusto, no dejaba de reírme <<tiene una boca que es un pozete>>. Me despedí de ella con un te quiero, adoraba a esa loca que tenía por amiga y sabía que siempre iba a estar a mi lado.

—Tú, gorda —dijo Rubén que iba cargado con palomitas y chocolatinas — vamos a la cama.

—Rubén yo...

—Lucía por favor te respeto al cien por cien no te tocaría ni un pelo.

—¿De verdad?

—De verdad —dijo serio— a menos que tú me lo pidas, ya tú sabes — arqueó las cejas.

—Me respetas entonces...

—Claro tonta por supuesto a ti y a tu criatura, Lucy te he dicho que te quiero y lo digo de verdad —lloré como una pava mientras él me abrazaba.

—Deja de llorar o no te hago un masaje en los pies, ¡tú misma! —me estiré en la cama comiendo palomitas mientras él me masajeaba los deditos. Estábamos viendo una película cómica y los dos nos estábamos partiendo de risa.

—Te ríes y estás más guapa, que asco tía —dijo poniéndose en pie.

—¿Dónde vas?

—A por coca cola.

—¿Con hielo?

—Y limón.

—Oixxxx, te adoro...

—Lo sé —volvió con el vaso más grande que jamás había visto. Tras horas de charlas y risas me quedé dormida. Desperté abrazada a Rubén, él estaba recostado en la almohada con un brazo detrás de la cabeza.

—Buenos días gorda.

—Mmm... ¿qué hora es?

—Duérmete, es pronto —me cogí más fuerte a él y volví a dormirme.

Unas horas más tarde entró Beca en la habitación.

—Lucíaaaa —dijo como si cantara opera.

—¿Qué pasa? —dije haciendo la cama.

—Robert a pegado a Cristian —dijo riéndose.

—¿Qué? ¡Ay Dios! no te rías.

—Tía le ha dado una somanta de palos, las hostias no sabían por dónde le venían, bueno... tiene la cara guapa ¿sabes? también te está buscando ahora, ¡Joo tía como mola! eres veneno japuta.

—¡Que se jodan! —dijo Rubén —está aquí y no la van a encontrar ¿a qué no?

—Eeh... no, pero será mejor que me vaya, no quiero líos y mucho menos meterte a ti en ellos.

—Tú te quedas aquí y punto, no te vas a ir y por mí no te preocupes que sé defenderme, si quieren venir, aquí estaré pero primero me tendrán que escuchar, no voy a dejar que nadie te trate mal, nunca más...

Comimos con Beca que en todo momento hablaba por teléfono con Marc.

—Lucía, yo llamo a tu hermano quedo con él y le digo lo que hay, si

quieren hacerme caso te llevaré a casa, si no que te busquen ¿qué dices?

—Está bien, de acuerdo lo haremos así.

—Pos nada gorda, dame el teléfono.

—¿Y Robert?

—¡Ese que me la chupe!

—Rubén.

—¿Qué? —dijo aguantándose una carcajada y tecleando el teléfono de Marc.

Rubén negoció con mi hermano, éste le dio las gracias de mil formas.

—Marc, la llevo yo y ya está, no me agradezcas nada tío es mi Lucía haría lo que fuese por ella, hasta criar un hijo que no es mío pero como si lo fuera.

—La quieres ¿verdad?

—Nunca he dejado de quererla —y todo eso lo dijo tan serio y con sus ojos puestos en mí, Beca me miró alucinada.

—Marc ¿te puedo pedir una cosa?

—Tú dirás.

—Si ese Robert, no cuida de ella, si no la hace feliz, llámame iré a por ella.

—Está bien Rubén, si eso pasa te llamaré.

Al despedirme de Rubén, mantuve una conversación con mi hermano que duró hasta bien entrada la madrugada, le conté la idea que desde algún tiempo me rondaba la cabeza. Quería irme a vivir con Katy a Roma.

Ella se había hecho cargo de todo, nos había encontrado a mí y a mi bebé una preciosa casa, al lado de la suya y ella misma me ayudaría con el bebé, lo criaríamos juntas.

Después de esa noche con mi hermano no volví a saber nada de Robert. Ni me volvió a llamar, ni a buscar. Me encontraba muchísimo mejor aunque todavía me pasaba las noches en vela llorando por él, yo le quería y no podía perdonarlo.

Pasaban las semanas y por fin llegó el día de saber que sexo tendría él bebé, nos dijeron que era una nena. Mi hermano saltaba de alegría junto con Beca y mis padres.

—¿Cómo la llamarás?

—Martina... está decidido, me encanta —dije feliz.

Todo giraba en torno a mí y a mi pequeña. Marc no quería oír hablar del tema de Roma y mucho menos pensar en que no vería ni ayudaría a criar a su sobrina, con la única ayuda que contaba como siempre era con el y mis amigas que por muy descabelladas que fueran nuestras ideas, siempre nos apoyábamos.

Mis padres lo llevaban bastante mal, no querían saber nada de Robert, en fin, yo tampoco. Los padres de Robert se preocupaban muchísimo por nosotras, me llamaban y venían a verme casi cada semana, María era la que estaba más reticente, siempre me decía que su hermano estaba muy mal.

Cada día estaba más y más gordita. Salí de casa sobre las seis de la tarde a recoger unos encargos para mi hermano, crucé la calle y me detuve en una tienda de bebés preciosa, entré sin dudarle, en el escaparate había un vestidito amarillo con unas margaritas blancas que me enamoró.

Al salir de la tienda me encontré con los padres de Robert y con éste mismo, su primera reacción fue saltar encima de mí pero su progenitor se lo impidió. Pepi me ayudó a parar un taxi y así poder marcharme, estaba muy nerviosa y sentí unos dolores fuertes que me hicieron asustarme. Me

daba miedo que le pasara algo a mi niña y a su vez todavía me dolía su padre, nunca olvidaría el daño que me había hecho pero sobretodo nunca se lo perdonaría.

*Cada noche morimos,
cada mañana nacemos de nuevo.
Cada día es una nueva vida.*
Edward Young.

CAPÍTULO 34

Un parto, una huída y un nuevo destino...

Desperté temprano, y eso era bastante raro en mí. Últimamente dormía como un tronco. Salí al comedor, eran las siete y media de la mañana, mi hermano estaba desayunado antes de irse a trabajar.

—Gorda ¿quedamos para comer? podemos ir a comprarle cositas a la niña.

—Tete... —callé no sabía cómo explicarle, que tenía pensado marcharme a Roma con Katy. Llevaba varias semanas planeándolo y estaba muy segura de hacerlo; así no podía seguir no estaba en Madrid ni Barcelona, conociendo a Robert seguro no nos dejaría tranquilas.

—Tete te quiero comentar que cuando nazca Martina... — me cortó.

—¿Todavía sigues con eso? — dijo molesto.

—Sí está decidido, nos marcharemos nada más nacer; Katy nos ha encontrado una casa preciosa, papá me facilitará el trabajo vía email y en fin... es lo mejor para mí.

—No puedo hacer nada para que cambies de opinión ¿verdad?

—No. Está decidido, pero tranquilo nos veremos mucho.

—Robert es el padre Lucía y está como loco con la niña, él tiene la esperanza de que... bueno ya me entiendes, os arregléis.

—Que se quite esa idea de la cabeza, no lo quiero cerca de nosotras, me voy ir y se acabó. Si quieres en la hora de la comida te enseño las fotos de

la casa y del barrio que ha mandado Katy.

—Está bien, ¿me recoges tú?

—No, no vayas por ahí ¿entendido?

—Vale perdón, bueno quedamos en casa, ya traigo yo la comida.

Después de recoger y darme una ducha, me tuve que sentar en el sofá tenía un dolor en el vientre casi parecido a una contracción, pensé en la posibilidad de ponerme de parto, pero aún faltaban tres semanas, serían las contracciones de encajamiento << la Virgen si esto ya duele, parir ni lo quiero saber>>. Rezaba cada día por una cesárea, no podría soportar el dolor. Me despertó mi hermano a las dos de la tarde.

—¿Lucy estas bien?

—¡Sí! ¿qué pasa ahora? me siento genial.

—Tienes mala cara.

—He pasado una mala mañana —me encaminé al baño, no di ni dos pasos seguidos cuando noté que rompía aguas, la mirada de mi hermano era de pánico y a mis pies un charco de agua—. Oh ooooooh.

—Lucía —caminó hasta a mí — venga, cogemos las cosas y nos vamos.

—Tete tranquilo.

—¡Tranquilo no! estás pariendo en el comedor ¡joder! —dijo dando vueltas— ¡muévete niña!

—Tete he roto aguas, no estoy pariendo —me reía porque estaba blanco....pobrecito estaba *cagao* —. Tete, deja que me dé una ducha, recoja las cosas y nos vamos.

—¿Una ducha?, ¿estás tonta o estás qué?

—Tete se lo que hago, quedan horas —caminé hasta el baño con mi

hermano pegado a mí— a ver, déjame me voy a duchar.

—Estoy en la puerta.

—Llama a los papás que vengan y a los padres de Robert, pero sobre todo que nadie llame a Robert. Será más fácil para él no verla.

—¿Lucía?

—Marc, hazme caso.

Escuché como llamaba a nuestros familiares y recalcaba que no le dijeran nada al padre. Entramos en el hospital, mi hermano delante de mi muy nervioso y yo detrás de él comiendo unos Donuts.

—Deja de comer.

—No Tete, que estas mamonas del infierno no me dejarán comer hasta que hayan pasado doce horas después del parto y tengo hambre.

—¡Joder! Lucía das por el culo hasta para parir.

Nos instalaron en una habitación blanca muy bonita, insistí en colocar mis cosas yo misma.

—Estoy bien tranquilizaros ¡joder!

Antes de acabar de decir la frase entran los padres de Robert seguidos de la hermana. Nosotros manteníamos la misma relación de siempre, conmigo eran encantadores y estaban al tanto de mis ideas de marcharme.

Al rato me pusieron las vías y pasadas cuatro horas empezaron los dolores. Eran insostenibles, llevaba seis horas de parto y había dilatado 7 centímetros.

—¡Joder! —dije mientras me retorecía de dolor.

—Que la saquen ya por favor, lloraba contra el brazo de mi padre —papá por favor diles algo, os juro que la epidural no hace nada.

Al momento volvieron a anestesiar me un poco más y al fin llegó la calma. Llegó la calma es un decir porque en el momento apareció Beca liándola como siempre, todo hay que decirlo gracias a ella nos reímos y el rato se hizo más ameno. Por fin una buena noticia, en dos horas había conseguido dilatar un centímetro más, justo cuando salía la enfermera entró Robert.

—¿Por qué cojones nadie me ha llamado? —dijo entrando en la habitación y mirándonos a todos; yo no contesté, y mi hermano ya tenía bastante intentando tranquilizarlo, pero las cosas se pusieron bastantes feas cuando quiso acercarse a mí, Marc y Beca le cortaron el paso, intentaron echarlo pero les resultaba imposible, solo entendía que yo era su mujer, que la niña era su hija y que lo dejaran en paz, no podían pararlo y yo me moría de dolor.

—¡Mamá viene otra contracción! —grité lloriqueando mientras cogía la mano de mi madre y me retorció. Robert estaba a mi lado pálido y ojeroso.

—Nena por favor... —lloró como un niño—. Lucía ¿qué hago? —de su boca salían frases que no lograba entender estaba nervioso pero a mí su presencia me dolía, no quería verlo.

—¡Vete joder! Vete, haz tu puta vida, vete con todas las tías que quieras, no te necesitamos —dije gritando como una loca, arqueándome por otra contracción—. Me mueroooo... ésta es muy fuerte —no podía soportarlo más.

—No pienso moverme de aquí, estás de parto, y va a nacer mi hija.

—Fuera ¡joder!

Por fin me bajaron a sala de partos. Decidí que entrara mi madre y mi suegra; Robert lloró desconsolado, tuvieron que retenerlo entre mi hermano, papá y su propio padre. Diez minutos de empujones y dolores insoportables y de golpe se acabó todo sufrimiento. Noté un tirón de mí y escuché un llanto, mi Martina preciosa lloraba con fuerza y tenía las manitas extendidas y con los puños apretados. Mi madre y la madre de Robert no dejaban de llorar y abrazarse, a mí me decían campeona y

besaban mi frente me moría por cogerla. Al ponérmela en el pecho lloré como nunca, tenía los ojitos abiertos.

—Martina soy mamá —dije entre lágrimas. Conseguí que cogiera el pecho a la primera, y se aferró a él como una fiera, no se podía negar quien era su padre.

No sé cómo retuvieron a Robert pero no volvió a molestarnos en toda la noche y al día siguiente, sentí que estaba en la puerta de la habitación durante horas, escuchaba como hablaba con las visitas pero no hizo nada por entrar. No lo negaré, esa situación me dolía en el alma pero él lo había decidido y aceptado durante muchos meses. No por verlo lloriquear yo iba a flaquear. Lo hice una vez y no tardó ni dos meses en pegármela, me negué en rotundo, al día siguiente me darían el alta y sabía perfectamente que él nos perseguiría.

Pensaba en pedir el alta voluntaria y marcharme esa misma noche a casa de Rubén que me estaba esperando, al ser una clínica privada en Barcelona no habría problemas, además estuve un día más de la cuenta en el hospital, no pondrían inconveniente alguno, seguro.

Monté en el coche de mis padres con mi hija en brazos, mi hermano y Beca nos seguían detrás. nos dirigíamos a casa de mis padres.

Pasaron dos semanas con mucho ajetreo, entre preparar nuestro viaje y nuestras cosas iba a tope. Todos sabían a donde iba, sabían que era a Roma pero solo Beca tenía la dirección exacta.

Antes de coger el avión con Beca le entregué tres cartas a mi hermano una para Robert, otra para sus padres y otra para su hermana.

Para Robert

Hola Robert seguramente ahora me odies, lo siento en el alma. Solo quiero que nos olvides. Estaremos bien cuidaré de la niña, esa niña que nunca has querido y de la que, como tú bien dijiste una vez, siempre tendrás dudas. Esa sombra no la borrarías nunca de tu vida. Nosotras ya no estamos, olvídanos y haz tu vida, que nosotras haremos la nuestra. Nunca le diré a

mi hija que su padre no la quiso, me inventaré algo y no sabrá quién eres, estate tranquilo. Espero de corazón te vaya bien la vida. Lucía.

Los meses pasaban y Martina cada día estaba más grande; era preciosa, morena y con los ojos de mi madre tan azules como el mar. Yo estaba recuperándome y empezando mi vida sin Robert, tenía una casa preciosa llena de margaritas, era de madera y piedra. Sería feliz al cien por cien si lo tuviera a él, me dolía escuchar a mi hermano lo que me contaba de él. Que cada día estaba peor, que estaba perdiendo peso, que no era ni su sombra, sus padres nunca lo mencionaban y su hermana tampoco, era un tema tabú.

Nos adaptamos muy bien en Roma; yo mantenía mi trabajo en la empresa familiar y económicamente no me podía quejar. Katy como buena tía que era, me ayudaba con todo. Beca venía dos veces al mes, Rubén una y mis padres casi siempre estaban en casa. El único que no venía era Marc, no porque no quisiera si no porque yo no quería, cuando quedábamos lo hacíamos en un hotel cerca del aeropuerto, si él sabía mi dirección conociéndolo se lo diría a Robert.

Llevaba meses sin saber de él y eso me hacía bien a pesar de que todas las noches me dormía recordándolo, lo seguía amando como siempre y Martina era su viva estampa. Estefan, un amigo de Katy, me rondaba cada día; yo sabía que le gustaba pero para mí era imposible estar con él... sentía rechazo a los hombres, solo quería uno y no podía ser. Después de insistir varios meses me lo encontré debajo de casa; yo salía con mi niña a dar una vuelta cuando se ofreció a invitarnos a merendar. Acepté claro que sí, Martina estaba sentada en su carricoche y nosotros charlando tranquilamente, cuando ella dio un salto y se escapó, salimos los dos detrás de ella y me encontré con Robert y mi hija en brazos, acto seguido golpeó a Estefan.

Nada es difícil para el que ama.
Cicerón.

CAPÍTULO 35

Solo me importáis vosotras...

Robert

La ansiedad me puede, no aguanto más, no puedo más... necesito que este dolor pare como sea. Escuché como llamaban a la puerta de casa. ¡Joder!

—¡No quiero ver a nadie! —grité alterado; llevaba varias copas de más y largas noches sin dormir, a decir verdad desde hace meses que no duermo ¿Lucía dónde estás? ¿dónde estás con la niña? Las lágrimas salían solas de mis ojos sin poder remediarlo. Volvieron a picar a la puerta y decidí abrir, seguro que sería mi madre, no podía dejarla en la puerta o terminaría por derribarla, me acerqué a la mesa, dejé la copa de Whisky y caminé mirándome los pies, no me atrevía a mirar a nadie a la cara. Todos habían perdido a mi hija por mi culpa, al abrir la puerta me encontré a mis padres, mamá tenía una sonrisa tierna en la cara y mi padre una cara de reproche que no soportaba más.

—Pasar, estáis en vuestra casa... — caminé otra vez hasta el sofá y antes de sentarme encendí un cigarro.

—Hijo esto no es vida, no puedes seguir así.

—Piensas que no lo sé, que me gusta no saber dónde están mi mujer y mi hija a la cual no conozco, mamá ¿piensas eso?

—Claro que no hijo, pero...no puedes seguir así, terminarás matándote.

—Dáselo ya —sonó la voz de mi padre con el tono hosco con que se dirigía a mí desde hacía casi un año.

—¿Son las fotos de mi hija? —no aguanté la presión y volví a llorar

como un niño delante de mis padres, escondí mi cara detrás de un cojín mientras sollozaba en silencio.

—Si hijo sí, es Martina mira qué bonita está, nos han llegado esta mañana —salté sobre la carta que me entregaba mi madre y busqué un remitente, pero que como siempre nunca ponía.

—No dice dónde están ¿verdad mamá? —me arrodillé en las faldas de mi madre enterrando la cabeza en sus piernas y abrazándome a ella.

—No hijo no —me acarició el pelo y me animó a abrir la carta.

Dentro estaba mi niña preciosa, morenita y regordeta con unos ojos azules como su abuela y tan bonita que dolía mirarla, sentadita en una trona comiendo unos macarrones con la cara untada a más no poder de tomate, solté una carcajada mientras no dejaba de llorar. En la siguiente foto estaba dando sus primeros pasos los cuales yo me estaba perdiendo, y en la tercera estaba sentada en una mesa de dibujo, seguro en la mesa de su madre, mi mujer. En la última mi hija estaba sentada haciendo unos dibujitos y juro que esa foto me quitó unos años de vida, mi mujer y mi hija mandando un beso, mi pequeña diciendo hola con sus manitas regordetas.

—Hijo en unas semanas hará un añito, nos hemos perdido un año de la niña.

—Nos hemos perdido un año de nuestra nieta porque tú siempre has sido un sinvergüenza —dijo mi padre levantándose y dejándome a solas con mi madre. Nunca me lo perdonarían ni mis padres, ni mi hermana, ni Marc y mucho menos Lucía o mi hija. Me froté la cara y suspiré.

—Mamá ya no sé qué hacer, no sé dónde buscar, no puedo más —cogí mi copa y me la bebí de un trago.

—Hijo habla con Marc, con sus padres, alguien tendrá que saber algo no han podido desaparecer de la faz de la tierra...—se hizo un silencio y después clavó sus ojos en mí —hijo... si no tendrás que recurrir a la justicia...

—Mamá no quieren saber nada de mí, con Marc en el trabajo está todo tenso y no puedo más, me volveré loco, las quiero a las dos, mamá te juro que me estoy muriendo por ellas. Y sí, tienes razón tendré que ir a la policía o hacer algo, pero no puedo hacerle eso a mi mujer.

—Hijo habla con Marc por favor, devuélvenos a la niña por favor Robert... devuélvenos a Lucía.

Tras una charla con mi madre bajo la mirada de odio de mi padre me dejaron solo, me sorprendió de mi padre que antes de marcharse se acercara a mí y me diera un abrazo sus palabras fueron:

—Por una vez compórtate como un hombre y ve a por tu mujer y tu hija, tráelas de vuelta Robert o por mucha pena que me des, no seré capaz de perdonarte... no porque no quiera si no porque no puedo hijo.

Después de darme una ducha y varios cafés cogí el coche, sabía que Marc estaba en Barcelona con Beca la cual cada vez que me veía intentaba sacarme los ojos... conduje durante seis horas hasta aparcar en la puerta de mi mujer, enjuagué las lágrimas y guardé la pena para mí. Subí directamente, abrió Marc que al verme sin decir palabras me dejó pasar, sus ojos me recorrían entero pero no decía ni una palabra.

—Marc por favor escúchame, te lo pido por favor.

—Está bien, siéntate — me hizo un gesto con la mano ofreciéndome sitio en el sofá— tú dirás...

—Sé que lo he hecho fatal, sé que no merezco que me miréis a la cara, pero Marc me muero, necesito ver a tu hermana necesito ver a mi hija por favor.

—Me pides algo amigo que no puedo decirte.

—Te lo suplico, no puedo más, llevo meses sin dormir, sin comer.

—Robert, sé perfectamente como estás, sé que las quieres, sé que mi hermana... bueno en fin no está bien lo que ha hecho pero recuerda que la

obligaste tú. Solo tú fuiste el que causó todo este problema, siento recordártelo, pero es la verdad.

—Lo sé, te juro que me arrepiento Marc... no sé qué me pasó me cegaron los celos, me volví loco pero te juro por mi vida que ellas son lo más importante para mí, las necesito, dame una oportunidad, sabes como soy, sabes que he cambiado ¡tú lo sabes joder! me conoces mejor que nadie ¡éramos amigos!

—Lo sé Robert pero mi hermana no me dice dónde está, solo lo sabe Beca, ella sabe que yo te lo hubiera dicho, mi hermana lo ha pasado fatal Robert no lo habría hecho por ti, pero si por ella ¿entiendes?

—Díganme donde está por favor, hablaré con Beca si es necesario.

—Mira, llama a Rubén.

—¿Rubén? ¿qué cojones dices? —me encendí, quería matar a alguien, Rubén cerca de mi mujer y de mi hija.

—No tío no te equivoques, Rubén ha cuidado de mi hermana, se ha comportado como un amigo y él sabe dónde está, él te lo dirá... seguro no te lo ha dicho porque no le hemos dejado, pero creo que ya es hora de que esto se solucione, quiero a mi hermana y a mi sobrina conmigo.

—Dame el teléfono.

Con el número de teléfono de Rubén en mi mano salí en busca de mi coche, lo llamé y quedé con él en su casa. Me sorprendió al recibirme con un cálido abrazo y unas palmadas en el hombro, era la primera persona en un año que no me miraba con reproche, odio o incluso asco.

—Pasa tío, no te quedes ahí.

Pasé con él y tras una larga charla que duró hasta las cuatro de la mañana me estuvo explicándolo todo de ellas, me dolía que él estuviera con ellas una vez al mes, me mató que hablara con ella cada semana y que tuviera miles de fotos de mis mujeres. Para mí solo existían ellas. Me dejó en el

aeropuerto a las seis de la mañana con una dirección. Durante el trayecto repasé todo lo que me contó, desde que pidió el alta voluntaria en el hospital hasta que se marchó a Roma con su amiga Katy. Vivían cerca la una de la otra, desde que mi hija Martina tenía apenas dos semanas de vida. Lucía trabajaba en su misma empresa de siempre vía internet y dedicaba todo el día a Martina, su amiga la ayudaba en todo lo que podía... ya que Lucía hacía poco que estaba bien.

Al bajar del avión, alquilé un coche y me dirigí al primer hotel que encontré que estuviera cerca de ellas, la ciudad estaba llena de turistas sacando miles de fotos y como decía Lucía andaban en procesión. Dejé las cosas en el hotel, decidí calmarme un poco, no podía ir en este estado y siguiendo el consejo de Rubén dormí unas cuantas horas, comí y me di una buena ducha.

Me dolía el corazón igual que las manos de tanto apretarlas, las iba a ver... y por mucho que no quisieran las tocaría, abrazaría... (son mías joder). Caminé la calle estrecha llena de piedras hasta llegar a unas casitas, el número siete me había dicho Rubén, me paré frente a la puerta y miré hacia arriba, el jodido balcón estaba lleno de Margaritas, “Margaritas para mi Lucía” mordí mi labio con fuerza y armándome de valor piqué a la puerta de madera. Me cansé de picar y no recibir señal de que hubiera alguien. Eran las seis de la tarde y comenzaba a desesperarme, me apoyé en la fachada y contemplé las vista de la casa de mis mujeres, justo en frente había un precioso parque y la terraza de un bar.

No puede ser, mi corazón dio un vuelco y sentí que me fallaban las piernas, era Lucía, mi Lucía sentada junto a mi hija, entorné los ojos y vi que con ellas había un hombre y los dos se reían mientras le decían cosas a mi niña.

Me acerqué cauteloso, no quería asustarla y que volviera a huir. Tres pasos me faltaban para llegar iba de espaldas a Lucía cuando vi unos ojitos azules que se clavaron en mí <<mi niña>> me saludó con las manitas y aplaudió feliz, Lucía seguía ajena a mi hablando con ese hombre que la devoraba con la mirada.

—¿Que pasa pícola? — dijo mi mujer con ternura a nuestra pequeña y ella

me señaló con su dedito —. Sí, Martina ahora iremos al parque, espera un poquito cielo, todavía hace mucha calor — la besó en la frente y continuó hablando con ese tipo.

La pequeña no dejaba de mirarme y de repente saltando de su carricoche dio dos pasitos hacia mí, ajena a todo mi hija caminaba hacia mí ¡sentí que me moría en ese momento!

—¿Dónde vas Martina? —dijo el hombre que estaba con ellas cogiéndola en brazos, justo ahí me volví loco, en dos zancadas lo cogí del brazo.

—Suelta ahora mismo a mi hija —lo empujé y de un tirón cogí a mi pequeña, en ese momento sentí un calor dentro de mí que me consumió—. No te acerques más a ella o te mato— ella pasó sus manos por su preciosa cara y dijo con su voz de bebe:

—¡Cucú!

Cuando me di cuenta a nuestro lado estaba Lucía blanca como no la había visto nunca, me arrancó a mi hija de los brazos.

—¿Qué narices a haces tú aquí?, ¿quién te ha dicho dónde estamos?, ¡vete!
—el tío que estaba con ella le habló en italiano y ella le contestó con unos gestos despectivos hacia mí. La niña empezó a llorar al notar la tensión de los tres, las manos de ese hombre, ``hombre muerto´´ fueron hasta la cara de mi hija para quitarle las lágrimas y sin contenerme volví a empujarlo hasta apartarlo de ellas.

—¡No las toques! —grité — no te acerques a mi hija ni a mi mujer.

—Robert por favor vete por dónde has venido, déjanos... —la veía temblar, sabía que tenía pánico.

—No. Lucía tenemos que hablar y lo vamos hacer.

—No jamás, vete, déjanos a mí y a mi hija.

—Nuestra hija —dije fuera de mí.

—No, no.... tú no tienes hija Robert.

—Lucía vamos a hablar —me di cuenta que tenía a ese tío cogido del cuello, apreté con todas mis fuerzas.

—Lo ahogas Robert por favor, suéltalo.

—¿Qué haces con mi mujer y mi hija? ¡contéstame!

—Que lo sueltes Robert, suéltalo —ella gritaba asustada, pero yo solo veía que ese hombre estaba con ellas, tenía que controlarme o lo mataría.

—Suéltalo y hablaremos te lo prometo.

—No te creo Lucía saldrás corriendo.

—Suéltalo ¡por Dios! no puede respirar, lo estas matando —me obligué a centrarme dejándolo en el suelo, vi que ella hablaba con él otra vez y yo no me enteraba de nada, mi hija me miraba asustada y yo ya no atendía a razones, tiré de Lucía y de mi hija hasta el portal de su casa.

—El carrito Robert —dijo dejando a la niña dentro.

—Vamos Lucía por favor estoy a punto de perder los nervios, no quiero que la niña me vea así.

—Está bien vamos a mi casa, pero cálmate, Martina tiene que dormir —dijo muerta de miedo.

Entramos en su casita de madera y piedra, el interior era muy Lucía, dejó a mi hija en la cuna con un biberón de Margaritas de colores y bajo mi mirada, mi niña se quedó dormida, no sé el rato que pasó yo no podía moverme del quicio de la puerta no podía dejar de mirarla, era tan bonita como su madre.

—Robert —la voz de mi mujer me erizó la piel.

—Lucía escúchame.

—Te escucho Robert pero por favor no me líes, hablemos como personas, esta mi hija durmiendo.

—Nuestra hija.

—Robert... por favor ¿qué quieres? —vi cómo se sentaba en una silla en el salón y la seguí hipnotizado por su belleza.

—Lo que quiero es tener a mi mujer y a mi hija conmigo.

—No te equivoques Robert, ni yo soy tu mujer ni...— la corté.

—No me mientas, es mi hija joder ¡tiene mi cara! no me mientas ¿o prefieres que te pida una prueba de paternidad? —ella se quedó petrificada con cara de dolor—. Nena he sido un cabrón, un cerdo lo que tú quieras, pero reconoce que ya he pagado por todo, os he perdido me he perdido todo de mi hija Lucía.

—Pero es que... ahora no, no.

—Pero es que nada, o recapacitas Lucía o nos veremos en los tribunales.

—Tú no la querías —rompió en llanto— no me hagas esto Robert por favor, no mi niña no por favor —intentó correr hasta la habitación de la niña pero la cogí de los brazos.

—Lucía no me temas, no quiero quitarte a la niña, no te haría eso nunca —lloré con ella y la abracé con todas mis fuerzas <<su olor, su cuerpo cerca del mío>>—. Yo os amo, sois mi vida nena recapacita, te he hecho daño y tú a mí, nena, solo quiero recuperaros... quiero teneros conmigo.

—No puede ser Robert, no... no puedo, ya tengo mi vida aquí, no te quiero en ella.

—Lucía —esas palabras me dolían en lo más profundo de mí ser — no me hagas esto no... no alarguemos esto más de la cuenta. Ven — tiré de ella hasta la mesa y la senté, estaba asustada y con la cara bañada en lágrimas... era preciosa.

—Nena vuelve conmigo por favor, os necesito —su llanto me rompía en

dos—. Shhh, no llores cariño no lo soporto.

—¿Por qué has tenido que aparecer?, ¿por qué estás aquí?, ¿por qué? — me golpeó el pecho, en uno de sus golpes tiré de su mano hasta sentarla en mis rodillas.

—Cielo escúchame dime qué es lo que tengo que hacer y lo haré.

—Es que no quiero que hagas nada Robert, nada.

Llevábamos una hora hablando sin llegar a ninguna conclusión, ella me echaba todo en cara y yo asentía como podía sin reprocharle nada, asentía y respiraba y al final dijo:

—Lo siento Robert, siento haberte apartado de ella, yo creía que no nos querías.

—Sois mi vida cariño, las dos —contesté con un nudo en la garganta, casi me estaba ahogando, escuché ruidos en la habitación de la niña y abrí los ojos.

—Ya se despertó —dijo Lucía caminando hasta la habitación, mis ojos salieron disparados a su cuerpo perfecto. Qué bonita estaba. Volvió con la niña en brazos y una muñequita de trapo.

—Martina —dijo Lucía con voz cantarina, la pequeña abrió los ojos y miró a sus madre —¿quieres sentarte con papá? —la pequeña miró sin entender y sonrió mostrando su muñequita.

—Sentaremos a María con papá también —mi hija no decía nada, Lucía caminó con ella en brazos y se acercó a mí, mis manos temblaban y juro por Dios que pensaba que me iba a desmayar, dejó a mi pequeña en mis rodillas y contuve el aliento.

—Martina, éste es papá —dijo mi mujer sonriéndonos mientras mis lágrimas campaban a sus anchas.

—Pupa —dijo mi niña limpiándome las lágrimas de la cara y acercándome la muñequita a la cara— bezo, pupa, ya tá — sonreí como

nunca en mi vida y la abracé por primera vez, la besé mientras ella reía a carcajadas, yo reía, lloraba y la besaba. Lucía nos miraba desde la silla aguantando el tipo como solo ella sabía hacer, de vez en cuando veía su labio temblar, el puto timbre me sacó de mi trance oí pasos y unos golpes.

Lucía entró en el comedor seguida de Katy que me miró de arriba a abajo sin mostrar expresión en su cara, se acercó a Martina y le dio un beso en la mejilla y otro a mí. Cerré los ojos, era la segunda muestra de afecto que recibía en mucho tiempo, Rubén y ella, quien me lo iba a decir.

—¿Martina te vienes con la tita mientras los papás hablan? —le preguntó con ternura.

—M... ama.

—Sí y papá —respondió Katy, que se acercó a mí —y papá— la pequeña apretó sus labios marcando una “o” con esos morritos, quiso saltar a mis brazos pero Katy no la dejó.

—Los papis hablan y después vienen a por ti —se lo dijo a la niña pero eso iba por mí.

Lucía estuvo en silencio un buen rato hasta que por fin rompió a hablar.

—Robert... La niña... —se apartó el pelo de la cara y me miró, hubiera dado todo lo que tengo por poder tocarle la cara—. La niña es muy pequeña, ella no entiende que eres su papá porque te acaba de conocer.... si quieres estar en su vida tienes que entender que un hijo es para siempre... si la quieres de verdad...

—Lucía sé lo que es un hijo, la quiero más que a mi vida, es mía, es mi niña, está claro eso, no lo dudes fui un estúpido pero creo que ya está, no podéis flagelarme eternamente. Me he jodido la vida ¡bien! ¡lo asumo! pero os quiero y vengo a por vosotras.

—Robert a por tu hija sí a por mí no, no puede ser.

—Te quiero.

—Yo no.

—Mientes.

—No, no te quiero desde hace mucho, me costó sí, pero te tengo olvidado.

—Te volveré a enamorar.

—Déjalo, por favor te lo pido, no merece la pena —sus ojos verdes me miraban con amor, sabía que me quería, no entendía cómo podía decirme que no con esa serenidad— ¿hasta cuándo te quedas?

—Estaré un par de días, tengo que volver, por el trabajo.

—Mmm...

—Pero quiero que os vengáis conmigo, quiero... veniros Lucía y veremos cómo arreglo lo que tenga que arreglar para que te vuelvas a enamorar de mí, nena yo te quiero y siempre te querré y sé que tú me quieres, tus ojos no me engañan —bien era un paso ella no negaba lo evidente.

—Si quieres estar con la niña Robert, vamos a por ella, si quieres puedes cenar con nosotras —sonreí dándole las gracias al cielo.

—Por favor, quiero hacerlo todo con vosotras.

Entramos con la niña en casa, mientras Lucía preparaba la duchita de mi pequeña yo jugaba con ella y sus muñequitas de trapo, caminaba a trompicones dando culetazos por el salón, mis carcajadas la desconcertaban.

—Bombón, le das la mano a papi —sus deditos se entrelazaron con los míos y juntos de la manita caminamos hasta el baño, insistí en bañarla yo. Lucía me miraba sorprendida.

— Bueno, si necesitáis ayuda estoy haciendo la cena.

La ducha que le di a mi bomboncito me supo a gloria nunca había

disfrutado tanto de nada en la vida, los dos nos reíamos a carcajadas, después le di la cena y entre juegos, mimos y besitos se quedó dormida, Lucía muy educadamente me invitó a marcharme, no me quedó otra que irme.

Al día siguiente y al otro los pasé con ellas desde la mañana hasta la noche. Lucía estaba distante conmigo pero mi pequeña me comía a besos, esa misma tarde invité a Lucía a cenar, me costó sudor y lágrimas que aceptara, por fin lo logré, estaba acabando de vestirme nervioso como un quinceañero, me jugaba muchísimo en aquella cena.

La recogí a las nueve de la noche en su puerta y al verla, me volví a enamorar de ella como la primera vez, llevaba un vestido cruzado negro con escote y una abertura en la pierna que cortaba la respiración con sus zapatos de tacón y un bolsito en la mano, su pelo largo caía sobre sus hombros, me recibió con una sonrisa en la cara que no llegó a sus ojos. Me dolía ser el causante de su pena, ser yo quien le hubiera quitado la sonrisa más bonita del mundo.

—Estás preciosa mi... Lu... Lucía, perdón estoy nervioso —tartamudeé como un niño delante de su mejor regalo.

—Tú también estas muy guapo —dijo al tiempo que comenzó a caminar dejándome dos pasos por detrás — llevaba mucho tiempo sin sentir deseo, y desde que la vi se había despertado, no podía ocultar la erección de caballo que tenía, ella se giró y me miró.

—¿Vamos? —preguntó con una sonrisa tímida, asentí y la alcancé.

La cena fue tranquila hablando de la niña, de todo lo que me había perdido, ese era el momento.

—Lucía te tengo que proponer una cosa — sus ojos se abrieron y se puso seria — mira, yo me voy mañana a Madrid te dejo un tiempo para que asimiles todo, que te aclares y cuando sientas que estas preparada me llamas y vengo a por vosotras —me miraba asombrada, coño estoy asombrado hasta yo—. Cuando tú decidas os recojo, no te voy a obligar a que estés conmigo si no quieres, pero poco a poco espero volver a

enamorarate y que podamos ser una familia —¡mierda! ese silencio no era bueno, no lo era no—. Sin presiones Lucía, te dejo tu tiempo, solo te pido que me dejes llamarla y que sea su padre.

—Me parece bien —fue lo único que dijo, el resto de la velada fue algo más tensa. Ella estaba distraída pensando y yo no podía dejar de mirarla... me encantaba el arco de su cuello, su barbilla, me encantaba morder esa barbilla cuando estaba debajo de mí retorciéndose, mi mente iba deprisa, sentía un impulso animal de saltar encima de ella.

Caminábamos en dirección a su casa pasada la media noche, iba a su lado sin apenas rozarla, al llegar a su casa se volvió a mí.

—Te agradezco Robert que me dejes un tiempo, de verdad lo necesito.

—Haré todo lo que pueda Lucía por facilitarte las cosas —me dedicó una sonrisa de las de ella, de las de verdad y se me paró el corazón, dejé de ver y sin darme cuenta la arrinconé contra la pared sosteniéndole las manos por encima de la cabeza, ella me miraba con la cabeza levantada y directamente a los ojos vi el deseo en su mirada, cerré los ojos al tiempo que suspiré y me apretaba a ella, podía correrme con solo olerla. Era más mujer que nunca, me aguantaba la mirada perversamente sabía cómo volverme loco.

—¿Qué piensas hacer Robert? —dijo en un tono altivo y chulesco que me desarmó.

—Voy a besarte nena y a follarte después —dije sin miramientos mientras que invadí su boca con fuerza, en ese momento no pensé si podía hacerle daño estaba cegado por el deseo, su cuerpo tembló y supe que era mía—. Dios Lucía —dije contra su boca, mientras intentaba abrir la puerta de madera, subí con ella en brazos hasta la habitación, no pensé rompí su vestido y enterré mi cara entre sus pechos, sus gemidos inundaron la habitación volviéndome loco, mordí su barbilla mientras mis manos recorrían su cuerpo.

—No voy a aguantar nena... yo hace mucho que no... —no dijo nada solo volvió a besarme, intenté meterme dentro de ella pero su quejido de dolor

me hizo recular. —¿Qué pasa? —dije apartando mi erección.

—Hace mucho que... —se calló en seco —hace mucho que no estoy con un hombre Robert, me duele.

—¿Con un hombre?, ¿cuándo?, ¿quién? —me iba a volver loco.

—Tú, hace mucho Robert.

—¿No has estado con nadie después de tener a la niña? —ella negó con la cabeza y un peso de dentro de mí desapareció — iremos despacio cariño.

Enterré mi boca entre sus piernas hasta notar que se deshacía como tantas veces lo había hecho, el segundo intento fue mejor y pude introducirme en ella, despacio acoplándome a su cuerpo, estaba estrecha y apretada, me estrujaba la polla con fuerza. Ninguno duró mucho, nuestros cuerpos se reclamaban y se necesitaban. El verla debajo de mí con sus brazos a mí alrededor me hizo olvidar el largo año tan duro que pasé.

Salió de la ducha y se acercó a mí.

—Te tienes que ir, Robert.

—Lucía, me gustaría dormir en tu cama esta noche, con la niña.

—La niña esta con Katy y Robert esto no significa nada.

—Haré como que no he escuchado eso, dime donde está su casa y la voy a buscar, es la última noche que estoy aquí y quiero dormir con mi hija, Lucía por favor.

La casa de Katy estaba justo dos puertas a la izquierda, al verme me sonrió y me dio a la niña dormida envuelta en una mantita, me acosté con mi bombón en brazos al lado de mi mujer y contemplándolas me quedé dormido. Me desperté sobresaltado a las siete de la mañana y me encontré con unos ojitos azules que me miraban, sonrió y me dio a María, su muñeca. Pasamos parte de la mañana, jugando y viendo dibujos los dos solos mientras Lucía dormía, me maravillaba lo lista que era para ser tan pequeña.

—M... ama —dijo cogiéndome de la mano y arrastrándome con ella hasta la habitación, Lucía estaba en la cama acostada de lado con la melena desperdigada por la almohada, con mi niña en brazos preparamos el desayuno y la despertamos, antes de comer me despedí de ellas.

Lucía se despidió de mí con dos escuetos besos en las mejillas y una sonrisa de lado, no pude reprimir el instinto animal cogiéndola del cuello y besando su boca mordiéndola y recreándome en ella delante de los ojos de la niña y de la gente. Al separarme de ella vi como respiraba agitadamente y negaba con la cabeza escondiendo su sonrisa.

—Te amo —le dije antes de irme.

Llevaba dos días en Madrid hablando con mis padres, Rubén, Beca, Marc, Lucía y mi niña. Me sentía solo, me sentía casi peor que cuando no sabía dónde estaban. Le prometí darle tiempo, le prometí esperar, pero no podía, no quería las necesitaba y con otro acto animal me monté en el avión apoyado por Marc y Beca quien para más inri después de las dos hostias que me dio la jodida rubia de las narices saltó a mis brazos y besándome por toda la cara me dijo la muy perra:

—Anda pipiolo, deja de hacer el panoli y ve a por mis niñas —sentía ganas de matarla y adorarla a la vez, qué podía hacer... en parte la entendía aunque era una muñeca daba las hostias como panes.

Con la cara dolorida todavía monté en el avión. Aparecí al medio día en la casa de mi mujer, piqué como un loco en la puerta hasta que abrió sobresaltada.

—Que... — no dejé que hablara irrumpí con ella en el salón devorándola como a mí me gustaba con prisas, urgencias y fuerza, la besé durante un largo rato hasta que me sentí extraño, despejé mi boca de la de ella, y la encontré sin respiración y jadeante (como me gustaba) miré a nuestro alrededor y me encontré con ocho ojos puestos en mí, de ellos solo conocía los de Katy, me importaba una mierda quien fueran los demás.

—Ehhh... éste es el papá de Martina que no sé qué hace aquí —la tres

chicas y el chico sonrieron.

—El padre de Martina y su marido.

—Robert.

—Dime cariño.

—¿Qué haces aquí?, me dijiste...—Lo sé nena pero no pienso estar lejos de vosotras así que, ¿nos vamos o nos quedamos? —dije de lo más chulo volviéndola a coger desprevenida y violando su boca —¡joder!— gruñí, cuando me cansé de besarla y me giré guiñándoles un ojo.

—¿Dónde está mi bombón? —pregunté.

—Dormida —dijo Lucía, los demás estaban con la boca abierta, me dirigí a su habitación y la contemplé, me daba paz verla dormir.

Sentí la puerta cerrarse y sonreí.

—Bien, son mías —dije saliendo a buscar a Lucía, que en ese mismo momento estaba justo detrás de mí—. Nena ¿nos vamos o nos quedamos? —la dejé sin palabras, me acerqué a ella como si fuera una gacela y yo un león cogiéndola del culo y levantándola.

—Dime cariño nos vamos o nos quedamos.

—No me has dado tiempo —dijo nerviosa.

—Te doy mi vida nena, mira si tienes tiempo, ¿te mudas o me mudo?

—Robert para —dijo bajándose el vestido, que yo volvía a subir.

—Contéstame —dije comiéndome la cara interna de sus muslos.

—¿Qué quieres que te diga? —gimió, dejándose a mi merced, eso era mi perdición.

—¿Nos vamos o nos quedamos?

—Nos vamos, nos vamos ¡pero estate quieto! —dijo dando un grito mientras yo introducía un dedo en su interior.

—Entonces nos vamos —los roté haciendo que se arqueara y me ofreciera su pechos, mordí un pezón a través de su ropa.

—La niña... —dijo apartándome, se recompuso la ropa y entró a por mí bombón.

Me abalancé sobre mi hija casi igual que me había abalanzado sobre su madre, me la comí entera a besos y ella encantada reía, no se podía ser más feliz.

Pasamos dos días de locura arreglando su traslado, lo teníamos todo listo ya.

Ahora quedaba lo más difícil, conseguir que se quedaran conmigo, Marc y Beca habían preparado la casa, la habitación de la niña y todas las cosas de Lucía además de una fiesta sorpresa con todos nuestros amigos, incluidos Rubén y la familia al completo, en unos días era el cumpleaños de mi pequeña, un añito y quería que todo fuera perfecto.

Lucía estaba nerviosa no decía nada cogida a mi mano miraba hacia adelante, yo sostenía a la niña en brazos que con sus manitas me giraba la cara para que le prestara atención.

—¿Le damos a María a mamá un ratito? la pequeña sonrió y le dio su muñeca, Lucía sonrió mirándonos a los dos y cogiendo a María.

Las dos durmieron apoyadas en mí todo el viaje, yo no cabía en mí de gozo. Mi mujer y mi niña el bombón de su papá.

Peleamos durante un buen rato Lucía quería ir a ver a su hermano, me costó convencerla. Subíamos en el ascensor Martina mirándose en el espejo y haciendo caritas y Lucía seria, enfadada sin mirarme y yo temblaba como si mi cuerpo fuera gelatina.

—Nena abre tú la puerta —me miró y empujó la puerta.

SORPRESAAAAAAA gritaron todos acogiéndonos en un abrazo inmenso. Lucía lloraba, la niña lloraba y el resto de personas lloraban, la niña y mi mujer pasaban de brazos en brazos y a mí solo me abrazó mi suegro con uno muy fuerte y largo, la niña encantada reía y me buscaba con la mirada y mi mujer nerviosa recorría el salón escapado de la gente, fui hasta ella.

—¿Qué te pasa mi amor?

—No me lo esperaba Robert estoy nerviosa —tiré de ella metiéndola en la habitación y besándola hasta notar que su cuerpo se relajaba.

—Te voy a dar mi vida, os doy lo que tengo y lo que soy nena acéptame —esas palabras se las había dicho una vez en el mismo sitio— te voy a adorar y a hacer feliz todos los días de mi vida —no podía dejar de besarla y ella reaccionaba a mí.

—Te quiero hacer el amor Lucía —estalló en una carcajada.

—Vamos fuera.

—Está bien —tiré de su mano y peleando con ella le puse el anillo de boda que le regalé.

La visión de mi familia y amigos felices, reunidos en el comedor y mi pequeña con la cara naranja de los ganchitos volvió a emocionarme, esta vez fue Lucía quien me besó hasta calmarme. Salí con ella en brazos mientras nos besamos, vi los ojos de mi pequeña felices y corrí hasta ella.

—¿Dónde está el bombón de su papá? —saltó a mis brazos y me tiré al suelo con ella, Lucía se acercó a nosotros y tiré de ella también hasta hacerla caer encima mía, la besé hasta hartarme, ante los regaños de mi madre y mi suegra, los demás se reían de vernos. Al llegar la noche y quedarnos solos Martina cayó rendida, enseguida tras dejarla en su cuna fui en busca de su madre, pensaba pasarme toda la noche haciéndole el amor, quería meterme debajo de su piel, quería que fuéramos uno.

*Para un buen matrimonio hay que,
enamorarse muchas veces,
siempre de la misma persona.*
Mignon McLaughlin.

CAPÍTULO 36

Nuestra boda y mis zapatos rojos

Tres años más tarde.

Desperté la mañana de mi boda con Beca a mi lado en la cama, tanto mi suegra como mi madre me prohibieron que durmiera con Robert esa noche “tradicción” y Beca que se vuelve loca con una fiesta de pijamas literalmente acampó en mi habitación de hotel.

—Buenos dioses —dijo Beca feliz —¿te ha gustado nena?

—¿Qué dices loca? — abrí los ojos—. ¡Oh cállate! —me incorporé en la cama y suspiré.

—Beca, me caso —dije muerta de miedo y de nervios.

—Sí cielo, te casas.

—¿Qué te pasa?, ¿tú también estas nerviosa?

—Sí, lo normal se casa mi mejor amiga, mi hermana y la compañera de mi vida —vi que sus ojitos azules, se anegaban de lágrimas.

—Ven aquí y dame un abrazo monguí mía —ella se abalanzó sobre mí y nos dimos un abrazo, las dos llorábamos.

—¿Seguro que estas bien? —antes de que pudiera contestar, la puerta de la habitación se abrió y apareció mamá.

—Venga dormilonas arriba, a la ducha las dos, en dos horas vienen las peluqueras, maquilladoras y tenéis que estar listas —dicho esto abrió las

cortinas.

Salí al balcón a contemplar las vistas, nuestra boda se celebraba en el mismo hotel donde me pidió matrimonio, un capricho de Robert. Reunió a toda la familia y les contó sus planes de celebrar su boda en Capri y como nosotros queríamos, casi todo lo planeó él, quería darme una sorpresa <<me lo como a mi loco>>. Prácticamente de lo único que me tuve que preocupar fue de mi vestido de novia que <<horrorrrrr>> nos costó un trauma de marujas absoluto. Mi madre y mi suegra pusieron el grito en el cielo cuando vieron mi vestido, pero cuando les dije que pensaba casarme con los zapatos que me había regalado Robert eso fue una hecatombe. Dos semanas antes de la boda mi maravilloso futuro maridito se presentó en casa con unos Manolos rojos altísimos.

Claro está a mí casi me da un soponcio al verlos, esa misma tarde me fui a la tienda de novias y les dije que quería todo el vestido con piedrecitas pequeñas en rojo.

Que decir de mi vestido, era perfecto para mí. Tenía el corte palabra de honor y muy ceñido hasta la rodilla, después le seguía una cola de metro y medio preciosa decorada con piedrecitas rojas. Todo de encaje <<no lo había en el mundo tan bonito>>.

Salí al balcón y vi a mi hermano y a Robert dándose un desayuno de campeones. Robert debió sentirme porque nada más mirarlo se giró, nuestros ojos se cruzaron y volví a enamorarme otra vez, él me mandó un beso.

Todas corrían de un lado a otro preparándose como locas, mientras yo andaba con una batita de seda tranquilamente. Estaba sentada en un tocador, mientras Javi mi amigo peluquero me recogía la melena en un precioso moño alto y lo adornaba con unas perlas blancas.

—Lucía estás preciosa —dijo Javi emocionado — no he peinado novia más bonita en mis cuarenta años de profesión —nos dimos un gran abrazo <<lo quería muchísimo>>.

No nos dejaron despedirnos bien, mamá y la maquilladora esperaban

dando un poquito por saco. Mi única sugerencia era que mis labios tenían que ser rojos.

Ya estaba prácticamente lista, acabándome de poner los pendientes ‘unas perlitass’ cuando entró Marc por la puerta.

—Mi hombrecito, precioso —lo cogí en brazos y le comí su carita regordeta —él se rió y me dijo:

—Mami estás muy bonita, pero no tardes tengo hambre <<que me maten, no se lo dejo ninguna tarde más a Beca>>.

Tenía dos añitos pero ya dejaba ver el mismo genio que su padre. Después de darme un besito vi como salía de la mano con mi suegra, su trajecito diminuto de chaqué lo hacía parecer todo un hombrecito.

Por fin sola... tenía veinte minutos antes de que todas vinieran a ayudarme a vestirme <<que alegría que alboroto>>. Me miré detenidamente en el espejo y suspiré. Después de todo lo que pasamos Robert y yo por fin nos casábamos, teníamos dos niños preciosos y cada día nos amábamos más, recordé el día que nació Marc, pobrecito mi loco que mal lo pasó. Yo en todo el parto no sufrí ningún dolor y él los tenía todos, lloraba por la emoción de ver nacer a su hijo.

—Cariño, ¿te duele?

—No, Robert no —la comadrona no paraba de preguntarme, intentaba ponerme cómoda y miles de cosas más.

—Que estoy bien, ve afuera un rato Robert, toma aire.

—No me pienso mover de vuestro lado jamás Lucía —no dejaba de darme besos de decirme palabras de ánimo y de amor.

En menos de tres horas nació Marc, él muy dispuesto como es, se ofreció a la comadrona para ayudar a sacarlo y dejándome a mí de *pasta de moniato* fue él quien acabó de sacar a nuestro pequeño, tras cortar el cordón, dejó al niño en manos de los profesionales y vino hasta mí

llorando. Me dio miles de besos, me dio las gracias por hacerle el hombre más feliz. Pobrecito mío no dejó de llorar hasta que me subieron a la habitación y tras ver a Martina y cogerla en brazos lloró con ella, mientras ella le daba besitos y le decía que era el mejor papi del mundo. Lloramos todos, hasta Marc que eso era un hueso. Estuvo toda la noche pendiente de nosotros, cogiéndolo, acomodándome mientras le daba el pecho, etc. No consintió que sus padres y los míos se llevaran a la niña a casa. <<Mis hijos y mi mujer conmigo, no hay más que hablar>> fueron las palabras que les dijo sacándolos hacia fuera... ese día que bonito fue.

Sentí un golpe en la puerta que me sacó de mi letargo.

—Adelante —entró mi hermano por la puerta, con un ramo de margaritas gigante.

—Hermana esto es de tu marido —dijo besándome en la mejilla —estás preciosa Lucy al final será cierto lo de las Margaritas —dijo saliendo al tiempo que entraba mamá, Pepi y Beca. Noté una tensión muy fea entre Marc y Beca, era raro llevaban casi cuatro años de relación y estaban de lo más raritos.

Lucía, mi niña, mi mujer... gracias por todo,

te veré en un rato en el altar, este loco te ama

cada día más suspiro y respiro por ti.

Te quiere, tu marido.

Entre todas me vistieron.

—Algo azul la liga —dijo Beca — algo nuevo el vestido y zapatos, y algo prestado... ah los pendientes.

—Si lo tiene todo —dijo Pepi, mi madre no podía hablar solo lloraba, creo que lloraba de lo que le pesaba la pamea, que más bien era un satélite de lo grande que era, en fin pepona total.

Me cogió mi padre en el jardín.

—Lucy ¿estás lista?

—Como nunca —contesté besándole.

Delante mío iban mis niños; mi Marc llevaba los anillos y mi Martina vestida como yo pero con su vestidito por encima de las rodillas y sus zapatitos rojos, tenía una cesta llena de pétalos de rosa blancos y margaritas. Cogí aire, miré al frente y me enamoré de mi boda, era perfecta Robert mimó hasta el más mínimo detalle. El jardín estaba precioso, con una carpa de madera y un altar improvisado, un camino todo lleno de margaritas que me guiaba hasta él. Era el día de la verbena de San Juan y el cielo se iluminaba con miles de colores, era media tarde ya y por todos los rincones habían pequeñas antorchas encendidas, me mordí el labio y lo miré. Él estaba de espaldas a mí justo al lado de Marc y su hermano Raúl, al otro lado estaban mis niñas Beca, Katy y María vestidas de rojo con sus trajes largos y unas sonrisas preciosas en la cara.

—Hija —dijo papá dándome un ligero apretón a mi brazo —cógete y vamos, Robert te espera —asentí.

Papá le hizo un gesto al Director de orquesta y ellos comenzaron. Al sentir las primeras notas se me cortó la respiración... era, como no, nuestra canción de Pepe de Lucía. Miré al cielo y al volver a centrar mi vista me encontré con los ojos de mi amado príncipe.

Camine hasta él con la acústica de Al ALBA.

—Hijo cuídala, te la entrego a ti, cuídala como hasta ahora y mantenla a tu vera —tras esas palabras los dos se abrazaron, no pude aguantar las lágrimas, cuando mi padre nos cogió de las manos y nos unió, Robert me limpió las lágrimas con su dedo me sonrió y besó mi frente.

—Lucía, yo Robert me entrego a ti por el resto de mi vida, te cuidaré, respetaré y te daré lo mejor de mí, acéptame cariño y te haré feliz hasta el fin de mis días. Desde el día en que te vi me entregué a ti. Hoy te pido que seas mi mujer.

—Acepto, sí. Yo Lucía te aceptó como mi esposo por el fin de mis días, tú haces mi vida especial porque tú eres y serás siempre el hombre de mi vida, el hombre de mis margaritas. Acéptame, todo lo que soy te lo doy, tuya y hasta el fin de nuestros días caminaré contigo... y el día que la muerte nos separe, allí donde vayamos, te buscaré porque me entrego a ti Robert en esta vida y en la eternidad.

—Acepto —dijo mi marido llorando, antes de que el cura dijera *ya puede besar a la novia*, mis pies no tocaban el suelo y Robert me dio el beso más bonito y obsceno que se puede dar en una boda <<ese es mi hombre>>. Al mirarlo vi que nos cubrían miles de palomas blancas y todos nuestros familiares lloraban y nos tiraban ¿qué si no? margaritas, cogimos a nuestros pequeños y corrimos por el pasillo mientras mis flores nos cubrían.

El restaurante era precioso todo lleno de arcos y de un blanco impoluto, por las paredes subían unas enredaderas preciosas, las mesas redondas blancas y las sillas con lazos rojos. Después de las fotos y el convite nos dimos los regalos. Robert no dejó de besarme, abrazarme y gritar como un poseso “es mi mujer” cada vez que los invitados decían vivan los novios. Los dos estábamos repletos de felicidad. Estaba llegando la hora del baile nupcial y yo tenía mi regalo especial para él. En un momento de despiste me oculté de todos y preparé mi sorpresa, se apagaron todas las luces del restaurante y me subí al escenario donde estaba la orquesta

—Preparados —les dije; ellos asintieron y empezó la melodía, se encendió una luz blanca encima de mí y comencé a cantar bajo la mirada de todos, pero solo vi a Robert venir hasta a mí, desabrochándose la corbata.

Es como una maldición

este tiempo sin tu amor,

como te extraño,

y como sangra la herida y se me acaba la vida,

*ya no lo aguanto,
como agua de cristal así es el amor que yo llevo
por dentro y me consumo
cuando te sueño, las mañanas
junto a ti son como el cielo inmenso
este amor es como un mal
algo que se va a escapar nunca de mi pecho
para mantearme viva necesito ese motivo que en ti yo encuentro.
Cuando ya no pueda más, voy a salir a volar,
voy a buscarte
y cuando tenga tu amor sincero
volverá la luz de nuevo a mi universo.
Tu amor es como un río que baña el cuerpo,
es como un remolino que va creciendo.
Tu amor es el perfume que trajo el viento
si te vas a marchar, llévate antes mi cuerpo.*

Cantaba la canción en flamenquito que como decía mi padre <<la bordaba>>. Robert no dejó de mirarme mientras yo cantaba, en medio de la sala solo y a coro con todos nuestros familiares, detrás de él nuestros pequeños. Me crecí, canté como nunca y solo para él. Al terminar me cogió en brazos y me dio un beso de película echando mi cuerpo hacia atrás y él casi acostándose encima mío.

—Te amo desde que te vi, pero cada vez que te miro me enamoro más.

—Te deseo Robert, cada centímetro de mi ser te ama.

Tocaban la canción de Alejandro Sanz, Mi Marciana y ese era nuestro baile, la bailamos como siempre bien pegaditos mientras yo la cantaba, se la cantaba a él, solo a él. Claro está la novia tenía que bailar con todos y todas con el novio, de vez en cuando Robert me raptaba de los brazos de los invitados, para bailar conmigo o besarme, al verlo bailar con su niña casi me da algo, de rodillas le pidió su manita y ella aceptó encantada, mi pequeño ya estaba dormidito, pobrecito aguantó como un campeón. Era tardísimo ya. Vi que Beca se apartaba de la gente y se perdía en los jardines, a decir verdad no la vi cerca de mi hermano en toda la boda. Salí detrás de ella.

— ¿Dónde vas?

—Lucía por favor deja que me vaya, necesito irme —dijo rompiendo en llanto.

—Beca por favor ¿qué pasa?

—Ahora no, es tu día... ya te llamaré, deja que me vaya por favor.

—Está bien vamos a la habitación.

—No, me voy, pero me voy a mi casa.

—¿Qué ha pasado?

—No estoy con tu hermano, necesito tiempo... te prometo que te lo contaré, déjame que me vaya y perdóname.

—Este bien Beca, me voy contigo.

—No ¿qué dices? es tu boda.

—Tú me necesitas.

—Nena —sentí gritar a Robert y en dos pasos nos alcanzó —¿qué pasa?

—Robert llévatela dentro, me tengo que ir.

—No me pienso ir de aquí Beca.

—Ven —tiró Robert de nosotras hasta la calle, nos acercamos a la limusina de boda y le dijo — sube.

—¿¡Qué dices loco?!

—Llévate la limusina Beca —ella lloró y nos abrazó.

—Perdonarme por favor.

—Toma Beca —le entregué el ramo de novia— te quiero Beca... siempre juntas ¡siempre! no importa nada, te apoyaré toda la vida —ella entre lloros me lo agradeció.

—Lucy dame los zapatos —dijo escondiendo una sonrisa.

— ¿Los quieres?, ¿de verdad? —dije asustada <<norrrr mis zapatos>>.

—Es broma quita esa cara perra —dijo riendo—, chicos es la boda más bonita del mundo parecía que la había organizado yo de lo perfecta que ha sido —estallamos los tres en una carcajada.

—Bueno menos cuando las palomas —se rió— si llegan a cagarme muero.... —Robert la acabó metiendo a empujones en la limusina entre la risa y el llanto era una sensación extraña verla así.

Al entrar encontramos a Marc como loco buscándola.

—Lucy ¿dónde esta Beca?

—Tete, ya hablaremos mañana ahora déjame —dije de lo más enfadada. Busqué a mis hijos y por fin nos reunimos los cuatro en un rinconcito del jardín. El pequeño dormidito y a Martina ya se le cerraban los ojitos, estaba sentadita encima de su papá y se quedó dormida. Estuvimos

escondidos los cuatro un buen rato besábamos a nuestros hijos y nos besábamos nosotros.

—Cariño ha sido todo perfecto.

—Tú eres perfecta mi amor —dijo Robert.

—Ahora Lucía nos espera lo mejor, toda una vida juntos. Te vi correr con tus “¿holas?” y me perdí en ti, hoy te digo que me encanta haber nacido y haberte encontrado en mi vida, tú eres el motor que me mantiene en pie.

—Robert, gracias por hacer mi fantasía y mi cuento realidad. Tú eres el hombre de mis margaritas.

Fin

EPÍLOGO

Diez años más tarde...

Sentado en el chiringuito de paja de las islas Seychelles contempló a mi familia, Martina hecha toda una mujer, Marc un adolescente y mi mujer tan perfecta y bonita como siempre. Caminé hacia ellos y sentándome al lado de Lucía la miré.

—¿En qué piensas mi vida?

—Pienso en todo Robert, en nuestra vida juntos, estamos celebrando diez años de matrimonio.

—Si cariño los mejores de toda mi vida, soy el hombre más afortunado del mundo, te tengo a ti —me estrechó entre sus brazos y sentí el calor de mi hogar, donde estuviera ella, ahí tenía mi casa.

—Papá —dijo Martina — ven al agua.

A nada de lo que decían mis mujeres y mi hijo podía negarme, así que fui hasta ella, me encantaba jugar con mis hijos en el agua, lanzarlos como cuando eran pequeños y comérmelos a besos. Sentí las manos de mi mujer en la espalda, como siempre me acariciaba con delicadeza, cosa que yo no tenía con ella, era superior a mí, la tenía que coger fuerte, notarla entre mis manos era lo mejor que me podía pasar y besarla con fuerza, ella era mía. La cogí en brazos y la besé ante las burlas de mis hijos, ya los ahogaría después. La besé como siempre con prisa y urgencia y ella en mis brazos se dejaba hacer.

—Nena esta noche, estamos solos... te quiero desnuda hasta en la cena — ella se reía entre mis brazos. Eso era la jodida felicidad hacer reír a mi mujer, ella se reía y yo podía notar hasta electricidad en mi corazón, su risa era música.

Cogí su mano y besé el interior de su muñeca donde llevaba su margarita tatuada con mi nombre .

—Ya pueden pasar mil años cariño que con una sonrisa consigues alegrarme el alma.

—Robert me dices cada día una cosa nueva y cada día es más bonita.

—Es lo que me haces sentir amor. Prométeme que esta noche es para nosotros —ella asintió y yo me volví a enamorar.

Dejamos a Martina y a Marc en la habitación, eran grandecitos, pero aún así dejé a un empleado del hotel con ellos.

Al salir mi mujer del baño como me pasaba muchas veces, sentí como el corazón bombeaba más de prisa. Era lo más bonito que mis ojos habían contemplado. Llevaba un vestido por encima de la rodilla y que se ceñía a su perfecto cuerpo, su pelo ondulado, moreno y esos ojos verdes que me miraban con adoración.

—Cariño no puedes ser más preciosa —le tendí mi mano que ella cogió gustosa. Tras despedirnos de mis pequeños subimos al coche de alquiler.

Cenamos en un restaurante en alta mar. Para ella cualquier regalo mío era lo más maravilloso, todo le hacía feliz, lo que ella no sabía era que el mejor y más maravilloso regalo me lo había hecho ella aceptándome ese día en Roma, me devolvió la vida y las ganas de vivir.

Cenamos entre risas, recuerdos y palabras de amor hacia nuestros hijos. Al desembarcar en la misma orilla se giró y me miro.

—Robert.

—¿Qué? —dije besando su cara.

—Hazme el amor, aquí ahora —pidió con esa boca que me volvía loco.

Besé su cuello suave, luego sus hombros y poco a poco la desnudé, enterré mi cara entre sus piernas y la devoré. Al notar como ella temblaba le hice el amor rápido y fuerte como ella me exigía, como los dos lo necesitábamos. Al acabar me tumbé a su lado.

—¿Lucía mi vida, te arrepientes de algo, de haberte casado o cambiado tu vida?— ella negó con la cabeza y la apoyó en mi pecho.

—No cielo ¿y tú?

—Solo me arrepiento de no haberte hecho feliz desde un principio.

—Robert no tenía que ser así, no te atormentes más — escuché su historia de las margaritas por enésima vez.

—¿Lo ves? ¿te das cuentas ahora? Nuestra historia es real Robert no una fantasía, todos cometemos errores en la vida, porque esto es la realidad. Lo raro entre nosotros es que tú si has cumplido tu parte de la historia — la miré sin entender nada.

—¿Yo cariño?

—Sí, tú — dijo cogiendo mi brazo y mirándolo, con su dedo recorrió mi tatuaje. En el cual estaba su nombre y sus flores—. ¿Lo ves ahora?—volví a negar—. Mira —dijo con su voz de sirena — Margaritas para Lucía.

AGRADECIMIENTOS

La parte más difícil sin duda de terminar tu novela, es nombrar a todas las personas que te han ayudado, apoyado y sobretodo te han dado su cariño. La persona que sin duda ha caminado a mi lado cogiéndome de la mano y levantándose en los momentos más difíciles ha sido mi editora la cual es amiga, compañera y una gran persona. Me ha dedicado su tiempo, se ha ofrecido entera y gracias a ella he hecho mi sueño realidad. Necesitaría otra vida para agradecerle todo lo que ha hecho por mí, gracias Verónica Martínez.

La segunda persona es mi jefe, con todo mi cariño gracias Javier Cadenas por confiar en mí desde el primer momento.

Con mucho cariño a mi correctora Flor la cual ha estado noches en vela descifrando los códigos morse que le haya podido pasar, gracias por todo, eres única. A Nune por la portada tan preciosa que ha plasmado, captó la idea desde un principio y la hizo realidad.

A mis compis de la editorial chicas y Rodmann, sois la leche, además de unos profesionales como la copa de un pino. A todo el equipo que tenemos en Ediciones Coral entre bambalinas, sois la hostia.

A mi amiga Tania ``mi rubia`` gracias a ella he reunido el valor necesario para meterme de lleno en la novela.

A mis amigas Laura Cabeza y Emi García de las que he tenido un apoyo continuo... sin vosotras no sería yo.

A todos mis compañeros de trabajo los cuales siempre me han apoyado de todo corazón. Y sobre todo a Javi mi mejor amigo de por vida, mi Javier Sancho.

A mi hermana y mí cuñada que son mis lectoras cero, a las que adoro y tengo conmigo siempre. Y sin olvidarme de mi tía que ha cuidado de mis pequeños para que pudiera descansar. Cosa que tiene mérito que son dos indios de niños. No me voy a olvidar del mejor cuñado del mundo ya que gracias a él Lucía se toma las cosas con humor.

A mi familia en general pero sobre todo a mi padre por la de veces que me ha dicho que está orgulloso de mí y por ser mi mayor crítico ``sin pelos en la lengua'', todo hay que decirlo.

Mis abuelas las cuales me han criado y me han hecho ser la mujer que soy, con ideas claras y sobre todo me han enseñado que ser mujer es algo maravilloso.

Y a los tres hombres de mi vida, mis dos hijos y mi marido por cenar durante tantos días bocadillos mientras yo estaba con los deditos en el teclado.

A mi marido por enseñarme lo que es el amor verdadero y darme diez años de felicidad, dos niños preciosos y una vida de amor. Tú me has dado mis margaritas.

Os quiero

Y a la estrella que cuida de mi familia desde el cielo, mi mamá. Allí donde estés espero que te sientas orgullosa de mí.

A mis amigas en general, a mis chicas de Facebook vosotras sabéis quienes sois por estar conmigo siempre y gracias también a todas las personas que me leen, espero que os guste mi libro ya que es un trocito de mi corazón plasmado para todos vosotros.

En fin que me pongo ñoñas... gracias a todos lo que formáis parte de mi vida y de los que la formareis, os llevo conmigo.

Un saludo con mucho cariño

Lorena...

Table of Contents

[SINOPSIS](#)

[CRÉDITOS](#)

[PORTADILLA](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[CAPÍTULO 30](#)

[CAPÍTULO 31](#)

[CAPÍTULO 32](#)

[CAPÍTULO 33](#)

[CAPÍTULO 34](#)

[CAPÍTULO 35](#)

[CAPÍTULO 36](#)

[EPILOGO](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)